Antonio Soler

Sur

Galaxia Gutenberg

SUR

ANTONIO SOLER

ANTONIO SOLER

Sur

I Premio de Narrativa
Alcobendas Juan Goytisolo

Galaxia Gutenberg

Un jurado compuesto por Jorge Eduardo Benavides, Juan Cruz, Luis Mateo Díez, Diego Doncel, Antonio Lucas, Juan Antonio Masoliver, Mercedes Monmany y José María Pozuelo Yvancos concedió a esta obra el I Premio de Narrativa Alcobendas Juan Goytisolo, que convoca el Ayuntamiento de Alcobendas

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© Antonio Soler Marcos, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: © Cyrille Druart

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-86-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus

titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

SUR

María del Mar,
sur, norte, este, oeste.
Rosa de los vientos

Hablo de la ciudad contemporánea, en perpetua construcción y destrucción, novedad de hoy y ruina de mañana; la ciudad vivida o, más bien, convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, restaurantes, salas de conciertos, teatros, reuniones políticas, bares, apartamentos minúsculos en edificios inmensos, la ciudad enorme y cambiante, reducida a un cuarto de unos cuantos metros cuadrados e inacabable como una galaxia, la ciudad de la que no podemos salir nunca sin caer en otra idéntica aunque sea distinta; la ciudad, realidad inmensa y diaria que se resume en dos palabras: los otros.

OCTAVIO PAZ

Este era nuestro pan cada jornada,
la imagen simple y sepia de la vida,
la puta realidad
paciente como un francotirador.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ VERA
Los barrios lentos

La leche tibia del cielo se derrama en silencio sobre todas las cosas. Los tejados, los árboles dormidos, el brillo de los automóviles. Es una luminosidad blancuzca que brota con un golpe rápido, espesa, turbia. Mancha las nubes y cuelga de ellas. Se oye el jadeo con el que viene el día, una respiración profunda que por un momento se suspende, como si la tierra estuviera a punto de detenerse y girar hacia atrás antes de retomar su órbita y traer un nuevo día.

La noche no ha podido enfriar el asfalto, que sigue ahí, adormilado y caliente, serpeando con su costra de fiebre. El sol asciende, obstinado. Bulle la vida. Se acaban las horas menguadas, la patarata de la muerte. El día comienza. Los insectos escarban la tierra.

En ese tramo de la avenida Ortega y Gasset la ciudad se ha desnudado ya de viviendas y almacenes, el polígono industrial deja paso a los solares y las tapias que solo guardan terrenos baldíos. Palmeras solitarias, torretas de electricidad, un barco a medio pintar junto al muro de un jardín abandonado. En la cornisa de la gasolinera BP se produce un fulgor momentáneo, la atraviesa un pájaro de luz.

Un hombre vestido con un mono verde cruza entre los surtidores, tiene cara de pez, sin barbilla, sin apenas cuello. Mira a su alrededor con ojos brillantes y pequeños. Lo que ve es poco. La monotonía del verano, un coche que pasa, y al otro lado de la rotonda las vallas publicitarias: Un hombre abrazando por detrás a una mujer, acostados, supuestamente desnudos bajo la sábana que los cubre, y a su lado la leyenda RENUEVA TU COLCHÓN RENUEVA TU PASIÓN y ese otro mural, desgarrado desde días atrás, que deja entrever la fotografía de un vehículo blanco, el emblema de la marca Volkswagen y una palabra flotando en el papel roto, **Caddy**. Las dos vallas centrales quedan medio ocultas detrás de un árbol. Se entrevé un coche rojo y un letrero, ***Espíritu*** MEDITERRÁNEO, estampado sobre la fotografía de una playa idílica.

Al fondo, detrás de las vallas, se dibuja el perfil de un edificio alargado y rojizo, de varias plantas, que el hombre de la gasolinera, a pesar de llevar años trabajando allí, no sabe lo que es. También ve la mancha verde del pequeño cañaveral que hay cerca de los carteles publicitarios. Unas cañas despeinadas

como el pelo ralo y encrespado de alguien que acabara de levantarse, con mal aliento, como la propia tierra.

Lo que el hombre de los ojos pequeños no puede ver es lo más importante, aquello de lo que le hablarán los compañeros y sobre lo que le preguntarán algunos clientes a lo largo de ese día y de los días siguientes.

El hombre no ve el camino que comienza al pie de las vallas. Un camino bordeado de hierbajos secos, plantas con espinas y desechos desperdigados entre los rastrojos semiurbanos. Alguna lata de cerveza aplastada, una maraña de plástico enredada entre tallos quemados por el sol, fragmentos de ladrillos, vidrios y papeles descoloridos, cables, alambres oxidados. La tierra desecada y gris, polvorienta y recalentada.

El pequeño sendero se adentra por el descampado, apunta hacia la lejana construcción rojiza y hacia unos montículos desabridos en medio de los cuales se levanta una solitaria pared de hormigón, una especie de muro dividido en dos que parece haber surgido de la tierra, allí sembrado como un menhir doble en el que alguien, con letras enormes, ha pintado **WAS** en el primer muro y, con caracteres algo más pequeños, **BUEST** en el segundo. Y es allí, al pie justo del segundo bloque de hormigón, donde se encuentra esa masa parda. Setenta y cinco kilos, ovillado, recogido sobre sí mismo.

La sensación que transmite es extraña. Contradictoria. La masa, el cuerpo, parece inmóvil y al mismo tiempo da la impresión de que se estremece, de que se mueve e incluso de que susurra o piensa en voz alta.

La postura es casi fetal. Solo una pierna extendida rompe el dibujo de la posición prenatal. Bajo la capa hirviente de hormigas que lo cubre se aprecia que el torso del hombre está desnudo, lleno de polvo. Los pantalones son grises. La pernera derecha está subida hasta casi la rodilla. Allí también trabajan las hormigas, lo mismo que lo harán en la otra pierna, cubierta por el pantalón aunque ese pie, el izquierdo, esté descalzo y sea una mancha oscura, de un morado casi negro en el que los insectos se afanan ejemplarmente, como células de un verdadero superorganismo.

Son hormigas de la especie linepithema humile, la llamada hormiga argentina. Son pequeñas, rojizas, absolutamente omnívoras. Viven en la tierra, bajo la madera, bajo los suelos, matan a otros insectos, acaban con todas las especies de hormigas de la región que invaden. Aquí forman una costra sobre el cuerpo caído, se introducen por todos los pliegues de su piel, se adentran por los orificios, horadan, cortan, arrastran, se comunican ansiosamente, ávidas, codiciosas, ciento treinta millones de años para llegar a este punto de eficacia, de

precisión.

La piel del hombre es pastosa, pajiza, amarillenta. Tiene los ojos entreabiertos y en la ribera de sus párpados abreva celosamente un centenar de hormigas. El iris azul grisáceo. Los ojos que vieron aquellos campos nevados en otro continente, los ojos que amanecieron contemplando el cuerpo de su hijo Guillermo en la cuna y que al verlo por primera vez dejaron escapar lágrimas de alegría. Cuando rozó la plenitud. Trabajan en los ojos los insectos, acuden en una cadena organizada al cráter de las orejas y se introducen como espeleólogos por el laberinto de los oídos, se adentran por el cuero cabelludo, merodean por las fosas nasales, entran en la boca y sacan su botín de saliva con residuos de benzodiazepinas —diazepam, bentazepam, lormetazepam— y alcohol —vodka, ginebra, tequila—. La respiración del hombre es leve, y en la montaña del tórax apenas se percibe el trabajo de sus pulmones.

Al otro lado de la rotonda, al otro lado del camino y de los carteles en los que un hombre abraza por la espalda a una mujer que finge estar dormida y un coche rojo surge al lado de una playa con agua esmeralda, un automóvil llega, un joven se baja de él y risueño pregunta al hombre de los ojos pequeños y el mono verde:

—Lolo, ¿te has dado cuenta de que han tumbado la señal de la gasolinera? La de la rotonda. Está en el suelo, ¿te has dado cuenta?

Y el hombre de los ojos pequeños, la cara de pez y el mono verde responde Jé y siente que ha empezado el día.

Las tijeras de Ismael son pesadas, puntiagudas, están afiladas. Las tijeras de Ismael son manejadas con cuidado y una considerable precisión. Cortan la tela en línea recta. Primero un tajo limpio, después giran y dan un nuevo corte formando un ángulo agudo en la tela de la cortina. Con el tercer corte se produce un nuevo triángulo que cae al suelo, entre los pies desnudos de Ismael. Los pies casi sepultados por triángulos, todos de un tamaño aproximado.

Ismael es corpulento, muy joven, tiene los brazos musculosos, la espalda pesada y carnosa, la mirada muy fija. Está concentrado. Empezó a cortar la cortina del salón desde abajo. Primero el paño derecho. Desde el suelo hasta la altura de sus ojos. Ahora ha empezado con el otro paño. Corta de izquierda a derecha. Meticuloso, de cara al ventanal, bañado por la luz que, sin el freno de la cortina, cada vez se adentra más en el salón.

Empezó a cortar temprano. Cuando aún no había amanecido. Fue a la cocina, abrió con cuidado el cajón de los cuchillos. Sacó dos. Los más largos. Los

alineó, los midió. Cogió uno en cada mano. Los sopesó. Y volvió a soltarlos sobre la encimera. Bebió agua del frigorífico, directamente de la botella, un trago largo, inclinando la cabeza hacia atrás exageradamente, y luego guardó los cuchillos. Del mismo cajón cogió las tijeras. Dio una vuelta por el piso. Miró la cama vacía de su madre. Turno de noche. La cama grande, como una balsa. Flotando en la penumbra. Imaginó a su madre desnuda, abierta de piernas. A su padre. Y al Otro. También el Otro habría estado allí. Con su polla. Ismael afirmó con la cabeza.

Entró en el cuarto de baño. Vio su silueta en la oscuridad del espejo. Cogió la toalla que colgaba junto al lavabo y salió. Al pasar delante de la habitación de su hermano Jorge dio una patada a la puerta cerrada. «¡Gorgo!» Se sonrió al oír el sobresalto del hermano. El ruido de la cama, el balbuceo dormido y asustado de Jorge. Después el silencio. Sabiendo que el otro se había despertado y estaría medio incorporado, quieto, mirando la puerta desde la cama.

Ismael fue a sentarse en el sofá del salón. Y comenzó a cortar la toalla en triángulos, mecánicamente, con atención. Cortó la toalla, cortó los paños que encontró en la cocina, cortó un vestido de la madre que había sobre la cama y cortó los pantalones de deporte de Jorge. Siempre en triángulos equiláteros, o al menos acutángulos. Luego empezó a cortar la cortina. Parsimoniosamente, tan ensimismado como cuando dio el primer tajo a la toalla, mirando la tela y a veces mirando con la misma concentración la calle, cada vez más visible bajo la primera luz del día. Los pájaros cruzaban veloces por delante del ventanal, a la altura de cinco pisos, trazando una maraña de líneas rectas, un cableado invisible y obsesivo sobre las copas de los árboles, entre las ventanas y los toldos de color naranja de la calle Juan Sebastián Bach.

El sol toca los pies de Ismael, los triángulos de tela beige, los copos cálidos que siguen cayendo a su lado. Los rayos de luz provocan fulgores en las ventanas de enfrente y convierten los cristales en reflectores. Allí, a la altura del tercer piso, ve a una anciana salir a la terraza y sentarse al otro lado de los barrotes. «Otra vez, otra vez, todo el día, todos los días, en la jaula, en el zoológico, hasta que te mueras, o yo vaya y te mate, pedazo de puta.» Sigue con lo suyo, tranquilo, casi animado.

Olor a tomillo. El Atleta corre y atraviesa la zona de sombra de unos pinos, sol, la sombra de un algarrobo, de nuevo sol. Sudor, liberación. El golpeteo perfectamente rítmico de las zapatillas en el asfalto, el diapasón y la velocidad aumentando. Corre, ligero y rápido, llevado por el viento.

El Atleta baja la pendiente suave de ese carril antiguamente conocido como el Camino de las Pitas y que ahora llaman calle Julio Verne. Sale a campo abierto, acelera, fuerza el sprint, el fulgor de la luz inundándolo todo y todo a punto de distorsionarse, de romperse. Cuando el cuerpo le dice basta dobla el esfuerzo y aumenta la velocidad como un largo y maravilloso aullido, diez, veinte, treinta metros más, y cuando lo consigue y todo se tensa al máximo sigue corriendo diez, veinte metros más.

Se detiene y la sangre le vuelve súbitamente al cuerpo en una gran oleada, el corazón ocupa todo su cuerpo, se apodera de toda su anatomía y luego se dispersa y se le concentra en pequeños cúmulos en las sienes, en el cuello, en el abdomen.

El Atleta se dobla sobre sí mismo, se apoya en las rodillas y traga aire, vuelve el olor del campo, el calor de la mañana y el grito eléctrico de las chicharras, tan temprano. Se incorpora, camina. Mira el cronómetro. 56’ 09”.

Camina, trota, carrera suave. A su derecha, al otro lado de la valla metálica, va dejando las instalaciones del colegio Los Olivos, tres curas patean un balón en el campo de fútbol, se ríen, alborotan como niños. «Como pájaros en la mañana» les gustaría decir a ellos. Siente nuevos deseos de tomar impulso y correr a fondo, pero hace justamente lo contrario, abandona el trote suave y continúa la marcha andando.

«La Alegría en Cristo, la Nueva Vida, los Campos del Edén Eterno» escribían esas cosas en la pizarra, siempre con mayúsculas para que se viera que todo era verdad y único. «No penséis que lo que hacéis lo han hecho otros hombres antes que vosotros» decía el padre Isaías Abril, «Y cuando beséis a una chica no penséis que eso lo han hecho otros hombres y otros jóvenes antes que vosotros, sino que inauguráis el mundo, y también la vida. Y así debéis valorarlo, con moderación y sin exceso. Porque el otro es el camino que lleva al vicio y a la disolución, a la desaparición ante los ojos de Cristo. La desaparición eterna. ¿Sabéis lo que es eso?» Seguro que lo diría sintiendo que Mundo, Historia y Vida iban con mayúsculas en su pensamiento. Y Vicio y Disolución. Desaparición. Repeinado, con un tupé aéreo y con reflejos amarillentos. Tal vez tintados con unas gotas de agua oxigenada en la soledad de su habitación, en las noches interminables allí en la residencia que hay a la espalda del colegio. Sus gafas ahumadas. Hablando con prodigalidad, hijo del páramo salmantino o palentino, haciendo alarde de progresía. Chicas, besos, jóvenes, vicio. Desaparición eterna.

El Atleta avanza a paso rápido. Ve una pintada nueva en el muro que marcha

paralelo al camino. TE KIERO CULIYO. La primera vez. A ese también podría haber ido el padre Abril a soltarle la monserga con las mayúsculas y el camino del vicio. Se pierde el rumor de los curas que jugaban al fútbol. El trino trinitario.

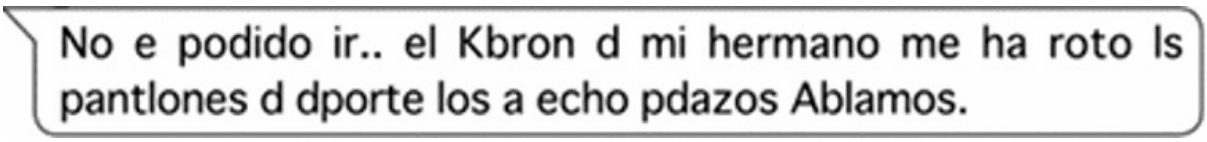
A lo lejos divisa su moto. Ha recuperado las pulsaciones, el sudor es una segunda piel, el aire parece entrar en sus pulmones no solo por los conductos nasales y por la boca sino a través de los poros del pecho y los costados, atravesando la camiseta, las costillas, los capilares, esa esponja rosada con la que en los dibujos de anatomía representaban los pulmones.

Aprovecha el camino que le queda hasta la motocicleta para hacer estiramientos. Sóleos, cuádriceps, isquiotibiales, flexores.

Cuando ya está al lado del vehículo ve la mancha bajo el motor, las gotas de aceite. Se lo temía. «La puta que parió.» Se agacha, toca el aceite con la yema de los dedos. «La puta me cago en, dinero mamá otra vez.» Viene a su cabeza el dormitorio de la madre, el cajón de la cómoda. Los pañuelos y las bragas, la pequeña montañita de billetes.

Se alza, mira el campo, los edificios, otra vez visibles, del colegio. Abre el portaequipaje. Se quita la camiseta y se pone una limpia, blanca, con el cuello algo raído. Mete la camiseta sudada en una bolsa de plástico. Respira hondo. Estira los flexores. Piensa que todo se solucionará, no sabe cuándo. Se solucionará. Vuelve a agacharse, observa la mancha de aceite en la tierra. Mira el incomprensible motor asomando bajo la carcasa sucia. **Piaggio**.

Antes de cerrar el portaequipaje mira el móvil. Dos llamadas perdidas y un whatsapp de Jorge. Gorgo. Lo abre.



El Atleta restriega la mancha de aceite con la suela de la zapatilla. Mira los grumos de tierra. Sube a la moto. La arranca. Le parece que suena bien. Suena como siempre. Y la mañana se abre. Como la cueva de Sésamo.

Las hormigas cumplen infatigablemente su trabajo. Detectan los puntos de mayor y más fácil extracción en la cantera humana que se les ha ofrecido. Su lenguaje es químico. Un rastro volátil de feromonas. Distintas proporciones de

esas moléculas significan una cosa u otra. Las glándulas que las producen no dejan de trabajar en ningún momento. Emiten un morse antediluviano, perfeccionado a lo largo de los milenios. Un alfabeto de doce significados básicos. Alarma, reclutamiento, trofalaxia, estímulo sexual, determinación de la casta, etcétera.

La colonia forma una maraña frenética alrededor del cuerpo caído entre los arbustos resecos, al pie del monolito de hormigón con esas cinco letras **BUEST** escritas en su parte superior. El hombre —Dionisio G. G., según sería nombrado en los periódicos y distintos medios locales en los días posteriores— ha cambiado ligeramente la posición de los dedos de la mano izquierda en los últimos minutos. También se han producido unos movimientos reflejos, autónomos, en su vientre.

La temperatura ha subido tres o cuatro grados, el terral, ese aire cálido que recuerda una estufa encendida a punto de incendiarse, se expande por la ciudad y se va apoderando de los descampados, de las piedras, las fachadas, lame los cristales de las ventanas, convierte las persianas metálicas de los establecimientos cerrados en parrillas, envuelve a las personas en un halo casi palpable, táctil, reblandece el asfalto.

Los vehículos han aumentado su cadencia en la avenida Ortega y Gasset, y un tipo huesudo, llevando una guitarra cogida por el mástil, se aproxima por el descampado hacia los dos monolitos de hormigón, todavía sin advertir la presencia del cuerpo cubierto de hormigas. Mientras, al otro lado de la ciudad, en la zona conocida como los Pinares de San Antón, un hombre que a veces se ha cruzado en la notaría de Amelina Marín con quien ahora está comido por los insectos, se encuentra sentado en una hamaca de teca, jugueteando con las hojas de un arbusto. Es un hombre grande, también canoso, con entradas y el pelo echado hacia atrás. El mentón casi cuadrado y la frente orgullosa. Va vestido con una estrafalaria camisa hawaiana. Céspedes, así me dicen mis amigos, todos, y los empleados, para qué me vas a llamar tú de otro modo y para qué quieres saber el mote que me endosaron en la pila bautismal.

Es lo que le dice ese hombre a la mujer que está tumbada en la hamaca contigua a la suya. Ella es joven y los dos están solos en el jardín, cerca de la piscina. Han pasado la noche en blanco. Él, animado, sigue hablando:

—Céspedes. Todos, desde el colegio, los empleados, los clientes, en la financiera, y si fuera a la cárcel lo mismo, para qué me vas a llamar de otro modo, menos mi madre, todo el mundo. Hasta mi mujer. ¿Qué miras, qué me miras así?

Ella lo observa con la boca abierta, calibrándolo y sonriendo con los ojos mientras pasa la lengua por la parte trasera de sus dientes, despacio, como si los estuviera contando.

Céspedes sigue:

—¿Te parece raro? ¿O es que ibas a consentir, ya sabes, si te digo el nombre que me pusieron en el registro? Toda la noche a tu lado velando las armas y tú ahí como una reina de hielo, o de frigorífico por lo menos.

—Que si iba a consentir qué, qué significa. ¿Follar?

—La nomenclatura la pones tú, yo hablo de la máquina que mueve el universo, ya sabes, los planetas que se atraen, las fuerzas gravitacionales y el oleaje de las células, todo, los ácidos sumados a los fantasmas infantiles, a los cuentos froidianos y todo lo que hace que un hombre se sienta atraído por una mujer como un triste alfiler por un imán de herradura de los grandes, de los que están cargados con más energía de la que ellos mismos pueden soportar. Somos viruta cósmica, Carole, los hombres digo, no vosotras.

—Qué mono eres.

—Acepto mi condición de alfiler nada más —Céspedes levanta la vista a los árboles que hay frente a ellos y se pasa la mano por el pelo, tratando de echárselo más atrás aún—, pero como antes te dije, yo estaré encantado de seguir hablando castamente contigo, como hemos estado toda la noche.

—¿Crees que tengo más energía de la que puedo soportar, Céspedes?

—Te sale por los ojos.

—Y qué pasa, ¿que lo de follar es solo cosa tuya y yo soy como la taquillera, que te deja pasar o no? Si consientes, dices. Menudo. Y que llevamos toda la noche hablando, pues ya ves, cuando nos presentó el dueño de la casa eran las cuatro por lo menos y luego estuviste detrás de la de los tacones plateados hasta que te dio largas y por lo menos eran las cinco y media cuando te pusiste a mi lado a mirar la luna.

La mujer se incorpora, tuerce la cabeza, su melena cuelga como una cortina pesada y oscura. Sin dejar de mirar a Céspedes.

—La luna no, lo que miraba era tu nuca y a ti mirando la luna, que es muy distinto. ¿No te parece?

Pero la mujer no contesta, entorna los ojos, mira a su alrededor, alza el cuello, largo, y bosteza, bosteza justo cuando a diez kilómetros de allí, el tipo que camina por el descampado llevando una guitarra agarrada por el mástil se eleva sobre un pequeño montículo y ve el primer muro de hormigón completo,

no el que pone **WAS** sino el que tiene escrito **BUEST** en la parte superior, y avanza, el sol cegándolo en la misma proporción que lo ciegan la heroína y la cocaína adulterada que lleva en el organismo. Camina por el pedregal arcilloso, entre plásticos, matojos, latas y fragmentos de ladrillo triturado. Y es así, todavía en movimiento, todavía avanzando, como al principio el alucinado hidalgo confunde el cuerpo caído con una tela metálica, con un animal muerto, una cabra, y después lo toma por un fardo polvoriento, algo que un prendero ha dejado abandonado, hasta que ya cerca, cuando ya siente el calor del hormigón recalentado tan de mañana, fija la mirada y comprende. Se espanta y comprende al mismo tiempo.

Carole, la mujer que bosteza, deja la cabeza doblada y la melena le cuelga como un péndulo blando. En ese jardín la temperatura es seis o siete grados más baja que en el descampado de las hormigas. Aquí el terral apenas se deja sentir, los pinos desprenden un olor suave y el hombre, mirándola fijamente a los ojos, le dice Me gustas.

—Dios cómo me gustas. Cómo me han gustado siempre las mujeres como tú, aunque nunca, aunque no he conocido de verdad a ninguna, pero siempre, por lo leído por las ensoñaciones que uno ha tenido, he sabido que las mujeres como tú existían y ahora te encuentro aquí en este momento como si un náufrago se encontrara en una isla desierta la llave de una caja fuerte que está al otro lado del mundo llena de millones, así es como me siento, de verdad, de verdad, ¿o me ves con necesidad y ganas de mentir?

Carole lo mira con ironía, una ceja levantada, una media sonrisa. Él continúa.

—Lo vivo aquí, en mitad del pecho en las tripas, y aunque ya sea tarde para todo está bien es un regalo de todos modos, aunque sigas ahí mirándome con esa cara o precisamente porque me miras así. Te reconozco, eres una de ellas, una de esas mujeres de las que existen muy pocas, ponen una en cada doscientos kilómetros cuadrados o no sé cómo coño hacen el reparto pero es muy escaso y a mí siempre me han estado dando esquinazo, siempre, cuando yo llegaba a una habitación ellas salían por la otra puerta cuando yo subía a un tren en una estación ellas iban caminando por otro andén, o era mi cobardía la que me decía al oído que esas mujeres inaccesibles las que yo estaba buscando eran las que salían por la otra puerta las que estaban al otro lado del cristal cuando ya era imposible dirigirles la palabra acercarme a ellas, estaban lejos así que me permitía soñar fantasear. Pero ahora no, a lo mejor ha tenido que pasarme todo lo que me ha pasado para estar aquí y decírtelo, ahora no te veo desde un tren ni parada en otro coche en un semáforo y en dirección contraria, estás sentada a mi

lado en este sitio absurdo en esta mañana en la que todo está abierto después de una noche y de un día y de un mes y de una vida bastante absurda. No quiero darte más el coñazo no quiero que tampoco te pongas ahora a flotar como una pompa de jabón, ya te he dicho lo suficiente ya he puesto unos cuantos pétalos al pie del altar ¿no te parece? Y no es por ganarme nada no me mires así, a veces incluso uno dice las cosas que siente, o más o menos, pero el resumen es ese.

Céspedes se levanta, la hamaca cruje al liberarse de su peso. Se pone las manos en los riñones y se queda mirando la piscina como si la piscina fuese su pasado, así de absorto. Después se gira y levanta la vista hacia la fachada de la casa, hacia la balconada que da al jardín:

—¿Sabes que aquí en esta casa rodaron una película, una parte de una película?

—No han parado de decírmelo en toda la noche. El dueño y no sé cuántos más. Pueden poner una placa de mármol en la puerta.

—Sí ¿y también te han dicho que era una escena o una de las escenas era una especie de orgía y luego una tía acababa aquí en el jardín suicidándose y Juan Diego llorando a su lado? Seguro que era ahí en ese trozo de césped.

—Los detalles me los he ahorrado. ¿Es que iba a haber aquí una orgía, una partouze o algo así? ¿Quién es Juan Diego, otro de tus amigos, como estos?

—Na.

—No qué.

—Todo. Ni la orgía ni es mi amigo ni yo no conozco a casi nadie de aquí, a un amigo del dueño nada más o a dos, y se me olvidaba que tú no sabes quién es nadie en este país, francesita. Una niña perdida en el bosque que vino huyendo del lobo y que al ser francesa o medio francesa o tres cuartos de francesa no puede conocer a los desgraciados actores españoles.

—¿Lo de la niña perdida en el bosque es algo que te pone especialmente? Ya me lo dijiste anoche.

—No, es que se te nota un poco. A saber de qué lobo has huido, aunque bien puede ser que sea el lobo el que huyó. Juan Diego es un actor enorme, en mi casa casi le ponían velas cuando salía en la tele, era de los que hacían el Tenorio y todo eso, los tíos con pantis y el cuello de almidón pero él como si fuera del método…

—Muy interesante. A lo que íbamos, ya que no me dices tu nombre ¿te puedo decir Cespedito? Así, con esa pinta, es lo que te pega.

Céspedes se mira, camisa hawaiana, bermudas, zapatos náuticos.

—No está a tu altura es barato. En cambio tu nombre sí, sí lo está, hasta tu nombre me gusta. Carole. Y este —se vuelve a mirar la camisa— es el uniforme que te ponen cuando te echan de tu casa, nada más.

La mujer se encoge de hombros, sigue con la sonrisa:

—Ya. Otra costumbre indígena.

—Sí, ya ves —resopla, hace un gesto de cansancio— llevo dos días fuera de mi casa y me siento como si me hubieran abierto la puerta de la jaula así, puede que mi mujer piense que ha cerrado la puerta de mi nido pero lo que siento es que ha cerrado la puerta de la jaula y me he quedado en el lado de fuera al aire libre, con demasiado espacio. La libertad desorienta mucho.

Carole lo observa. Céspedes levanta la vista al cielo, el mentón aún más cuadrado desde la perspectiva de Carole, la boca entreabierta y los dientes poderosos. Mira los hombros anchos del hombre, su espalda firme cuando Céspedes se vuelve a girar y se acerca al borde de la piscina y todavía murmura algo que ella no puede entender. En cierto modo, este hombre le produce ternura.

Jorge, el cobarde, el hermano menor de Ismael, el que ha dejado colgado al Atleta en el entrenamiento de esta mañana, gira en Juan XXIII y entra en la avenida de Europa, manipula los botones del aire acondicionado. Por los conductos sale una bocanada cada vez más caliente. Golpea con la mano abierta los respiraderos, los mandos «Puta mierda de coche, de mi primo y de quien lo parió». Levanta la vista, da un volantazo para esquivar a un tipo que venía de frente y que le toca el claxon estrepitosamente «Tu puta madre». Se pasa el acceso de la explanada que sirve de aparcamiento, saca el intermitente y da marcha atrás, entra en el descampado «Su puta madre».

Jorge sale del coche, es un Renault Kangoo con las ventanillas traseras convertidas en una prolongación de la carrocería y la publicidad del negocio de su primo rotulada en forma de un semicírculo **MOLDURAS Y MARCOS FERRER** con la dirección, **Avd. Europa 45**, cortándolo a modo de diámetro. A un lado del letrero hay dos pinceles cruzados como los huesos de una bandera pirata. En el otro extremo, muy mal pintado, un marco, supuestamente de cerezo, del que brotan unas hojas y unos frutos que tal vez representen cerezas aunque parecen albóndigas. Jorge contiene las ganas de soltarle una patada al vehículo. Se conforma con dar un manotazo al letrero, que suena como un gong sordo. Al darse la vuelta ve a Vane, la dependienta de Calzados Famita, bajándose de su coche.

—Qué, ¿no te gusta tu buga? Lo vas a echar abajo.

Jorge sonríe, tuerce la cabeza «Mierda de todo», mira la chapa que acaba de golpear:

—No qué va. Iba uno por ahí con ganas de bronca —señala con la barbilla el extremo de la avenida. Le avergüenza reconocer que no funciona el aire acondicionado.

Se queda de pie, con los ojos entornados por el sol, esperando que la dependienta —pelo ondulado, teñido de rubio pajizo, leggins blancos— saque el bolso y alguna cosa más de su vehículo. Jorge aprovecha para mirarle las nalgas, imagina que llevará un tanga, piensa si esa chica suda y piensa en el sabor del sudor de su novia. Se vuelve justo antes de que la dependienta saque todo el cuerpo del coche y cierre la puerta con la cadera.

Al llegar a su lado, Jorge comprueba que es más alta que él. «Putos tacones.» Todo se le pone en contra. Siempre. Su hermano, Ismael, mide casi quince centímetros más que él, una cuarta.

De los linderos de la explanada llega un olor a rastrojos quemados. A Jorge el olor le parece en ese momento sensual. Marihuana, barritas de incienso. Caminan juntos, Jorge intenta seguir una línea recta, la dependienta, en cambio, zigzaguea un poco, se acomoda el bolso a un lado, abraza una carpeta azul. Tiene los labios pintados de rosa, una pasta cremosa, excesiva. Los ojos y las cejas oscuros, un mechón amarillento y rizado se columpia en la frente bronceada. La erección de Jorge llega a la máxima rigidez al mirar el rabo de maquillaje negro en el ojo.

—Es muy temprano para ti, ¿no?

La joven se pone unas gafas de sol, su cara se transforma, parece mayor «Todavía está más buena».

—Díselo a mi jefe. Rollo de rebajas, anoche estuve ahí hasta la una y media. De premio me trajo un cubata de La Esquinita.

—Vaya rollo —Jorge tuerce la cabeza fingiendo contrariedad «Te querrá follar». Piensa en la trastienda de la zapatería, el olor a cuero que percibió al entrar allí una tarde. Se imagina a la rubia abierta de piernas en una mesa, el culo en la superficie de formica y el dueño de la zapatería delante de ella, de pie. Se acuerda de los pezones de su novia, hace dos noches, los ojos entornados y diciendo Más.

—Pero es buena gente. En el fondo —la chica sonríe, levanta una mano y agita los dedos en el aire como si quisiera que Jorge los contara o algo así.

—¿Eh?

—Chao. Voy a comprar tabaco. Hasta lueguito.

—Adiós. Hasta luego, Vane —«Vane.» Le estaría diciendo su nombre cien mil veces. «Vane, Vane y ella mirándome.»

La melena le golpea la nuca siguiendo el compás firme de los pasos. La blusa rosa fuerte oscilando y la malla blanca ciñéndose a cada milímetro de sus piernas. Los tacones. Jorge se detiene en el borde de la acera, deja pasar dos coches, cruza. Se acuerda del capullo del claxon. Pasa por delante del escaparate de la zapatería REBAJAS!!! OFERTAS!!! IMPARABLES!!! Y se vuelve a mirar la figura ya lejana de la dependienta.

El sonido de la campanilla. En su tienda no hay nadie. Están al fondo, en el taller. Rodea el mostrador y se acerca a la dependencia trasera. Su primo está hablando con Pedroche.

—Buenos días —Jorge piensa que quizás sea la primera vez que dice allí eso de buenos días. Como cuando en el colegio entraba en el despacho del director. Para recibir las quejas por algo que hubiera hecho su hermano.

El primo alza la barbilla, esboza una mueca parecida a una sonrisa:

—Qué pasa chaval.

Pedroche, sentado en un taburete alto, lo mira de reojo y lo más que llega a salir de su boca es un sonido parecido a Jumm.

—El coche tiene roto el aire acondicionado, no le funciona.

El primo lo mira como si no hubiera entendido:

—¿Seguro?

—Sale aire caliente.

—¡Joder, cómo va a ser! Lo arreglé el año pasado. Qué le has hecho tío.

—Hace dos.

—¡Qué dos, joder! El año pasado.

—Qué va, el otro.

Pedroche interviene desde su rincón, sin levantar la vista del marco que está ensamblando:

—Fue hace dos años, Floren. Lo llevó Paquito que en paz descanse.

—¿Estás seguro de que no funciona? Hoy hace mucho calor. Eso le has dado a tope y ha saltado la calefacción si lo has girado mucho con el ansia lo has pasado de rosca.

—No funciona. Eso no se pasa de rosca.

—¿Cobraste las molduras del hotel? Lo de Valleniza.

—Sí, por la tarde, después de cerrar.

—Vale, déjalo en la caja, con la factura. No hubo problema, ¿no?

Jorge niega con la cabeza, el primo se le acerca, casi lo roza, Jorge se alarma, pero no hay motivo, Floren señala con la mirada a Pedroche y susurra:

—No veas qué panorama. No le preguntes por la cara.

—¿Eh? —Jorge arruga la frente, tranquilizado, despistado.

El primo susurra, Ya te cuento, le ha pegado la mujer, no le preguntes, ya te contaré, y se vuelve a Pedroche:

—Bueno, yo me voy a desayunar. ¿Te vienes entonces?

Pedroche hace un leve gesto afirmativo sin apartar la vista del marco en el que está trabajando, puede adivinarse que ha dicho su frase preferida, Jumm, aunque en un tono inferior al habitual. Suelta el pincelito de la cola. Lo limpia con esmero, cierra el bote cuidadosamente, como si fuese un explosivo.

Se baja del taburete con parsimonia y se quita el mandil azul. Lo cuelga. Paticorto. Rechoncho. Tan alto al bajarse del taburete como cuando estaba sentado en él. Se encamina hacia la salida.

Al pasar por al lado de Jorge este puede advertir las heridas. Una raspadura y un arañazo en la mejilla. En la frente, casi en el centro de la calva, lleva dos tiritas por cuyos bordes asoma la piel tumefacta, de un rosa intenso. Tiene un ojo amoratado. Al girarse y mirarlo desde atrás Jorge también cree ver bajo el cuello de la camisa el rastro de unos arañazos.

Jorge se vuelve hacia su primo arrugando el entrecejo, con una mirada interrogativa, pero Floren no se da por aludido y abre la puerta de la tienda. La figura achaparrada de Pedroche lo sigue con calma. Así entran algunas reses en el matadero. Les golpean el cráneo con un mazo, o eso hacían. Ahora dicen que las electrocutan. Da igual, cuando todavía están con los espasmos ya les están vaciando las vísceras. Caen al suelo dejando escapar un vapor espeso. Pedroche cierra la puerta tras de sí. La campanilla china o lo que sea vuelve a emitir su desagradable tintineo cristalino. Vicente, el tonto de la carnicería, dice que al oírlo le dan ganas de mear.

Jorge espera unos segundos. Se acerca a la caja y la abre. Saca dinero de su cartera y lo deposita allí. También saca de la cartera la factura de la que le ha hablado su primo. La desdobla. Comprueba que los números que ha falsificado concuerdan con lo que ha dejado en la caja. Oye pasos de mujer en la acera. «Vane.» Pero al otro lado del escaparate aparece la autora del taconeo. Una

mujer de mediana edad, menuda, con pantalones como de hombre. Jorge vuelve a ver a la dependienta de la zapatería inclinada, con medio cuerpo dentro del coche, sus labios, el mechón de pelo en la frente perfecta. «Perfecta.» El ojo con el maquillaje, las gafas de sol que lo cubren, un cuerpo en la noche.

Saca el móvil. Se da cuenta de que el Atleta ha visto su mensaje, pero no ha respondido. «Se habrá cabreado. Otro. A la colección, a la mierda.» Como su hermano, como el del claxon, como el portero del edificio con su cara de borrego. «Electrocutados.» Como su madre, sin querer frenar al cabrón de Ismael. «Vane.»

Abre la galería de fotos del móvil. Elige la de su novia en la playa. En toples. Aumenta el tamaño de la fotografía. Se centra en la boca. Los labios. Aparece la cicatriz en la comisura izquierda, pequeña pero lo suficientemente marcada como para conferirle a su expresión un signo de severidad, incluso cuando sonríe como en la foto. A Jorge le gusta esa cicatriz, el efecto que produce. «Si no la tuviera se la haría con una navaja.» Un día se lo dijo, Si no la tuvieras te la haría con una navaja, y ella se rió a la vez que hizo un gesto de negación, halagada y al mismo tiempo fingiendo repulsión, «Si tuviera dinero me la quitaba, me hacía la estética».

Jorge devuelve la foto al tamaño normal y luego se centra en los pechos, los aumenta, observa los pezones, las areolas, su color cremoso, su lisura, las pequeñas erupciones. «Volcanes niños.» Va devolviendo la foto a su tamaño normal lentamente. Aparece el volumen completo de los pechos, «El peso, cómo pesan. Lo liso, la suavidad». Aparecen los pliegues del abdomen y de nuevo la pieza inferior del biquini, de color naranja, la parte superior está arrugada «Un perro atropellado», tirada sobre la toalla.

Jorge vuelve al whatsapp y abre el de su novia. Teclea.

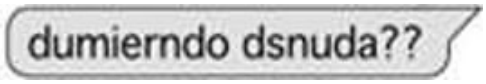
Se queda mirando la pantalla. La pequeña foto identificativa de su novia, esa foto que a él no le gusta pero que ella se niega a cambiar. Vuelve a escribir.

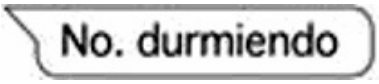
La imagina en su casa, hablando con su madre, esa tía seca y falsa.

El teléfono vibra. Es la respuesta de Gloria.

Jorge visualiza el dormitorio de su novia, la penumbra, recuerda cuando la vio allí al entrar para despertarla, hace dos semanas. La madre mirando desde el comedor y él llamándola «Gloria, Gloria», la pierna asomaba bajo la sábana, hasta el muslo, al volverse le vio el pubis depilado.

Tecleó:





«Borde. En pelotas, su coño.» El muslo, la ingle, la sábana.

Jorge cierra el teléfono, su primo Floren y Pedroche se acodan en la barra de La Esquinita. En la explanada que hay frente al bar, a la orilla de donde están aparcados los coches y donde hasta hace unos años se levantaban los depósitos de Campsa como viejas naves espaciales, la temperatura sube. En las aceras, en el vidrio de los escaparates, en la chapa de los automóviles y en el asfalto, el terral se expande por la ciudad. Viento desértico, reseca, dobla los cartones y astringe las maderas, las deshidrata, lo libra todo de cualquier rastro de humedad, contrae los muebles. Se agita despacio, como un animal amenazante, se instala en las calles y envuelve a los transeúntes con su aliento incendiario. Es más suave en los Pinares y en la zona protegida y próspera de la ciudad y se hace fuerte en las llanuras por donde se ha extendido la población, Portada Alta, La Barriguilla, polígono del Viso, Los Prados, barriada de San Andrés, La Luz, La Paz, Virgen de Belén. El gran vivero, el almacén humano.

Corre y se engolfa el terral a través de los cañones que forman los ríos menores, esa zona aluvial formada por arenas y arcillas del terciario. Un suelo expansivo, idóneo para procesos de humectación-desecación, siempre dispuesto a hincharse con la lluvia y a contraerse, como un animal acorralado, con el calor seco, con este terral que aturde a las personas y aviva los insectos. En el descampado que hay frente a la gasolinera BP el hombre comido por las

hormigas ya está completamente expuesto al sol, su temperatura está cercana a los cuarenta grados, las hormigas se agitan, empecinadas, con la constancia de las máquinas, y a unos cientos de pasos de allí el hombre que se dirigía a los monolitos de hormigón acarreando una guitarra habla con aquel otro hombre de la gasolinera, el que va embutido en un mono de color verde y tiene cara de pez:

—Está allí, tirado, a la vera de los pilares aquellos, los que se ven allí —dice el de la guitarra, y señala hacia el descampado, hacia los carteles publicitarios donde un hombre y una mujer duermen en el mejor colchón del mundo, donde un coche rojo parece volar al lado de una playa con aire caribeño.

Allí, al lado de las cosas de cemento aquel, señala con la mano libre, hace aspavientos y la guitarra choca y retumba blooonk contra un surtidor, mientras el otro lo mira desconfiado:

—Explícate, de qué cemento, dónde.

—Ya me he explicado caballero.

—Tranquilo tranquilito, explícate, sin alterarse ¿ein?

Unos minutos antes, el tipo de la guitarra se ha acercado al hombre caído, se ha quedado hipnotizado viendo el hervidero de las hormigas y ha dado unos pasos atrás, ha mirado a su alrededor, ha iniciado el camino hacia el lado contrario de la gasolinera y luego ha vuelto, ha tocado con la punta de su pie el pie del hombre caído, se ha acercado aún más y ha palpado el pantalón en busca de la cartera, de un móvil, no ha encontrado nada, se ha sacudido las hormigas de los dedos, no ha querido meter la mano en los bolsillos, «Las huellas, el adn, lo sacan todo», ha vuelto a mirar a su alrededor y allí a lo lejos, en la ventana de la casa que colinda con el descampado, le ha parecido ver una figura humana que se ocultaba, «Me han visto», mira a un lado y a otro, la ventana ahora parece vacía «Me han visto y se van a chivar», sigue caminando y finalmente, temeroso, ha cambiado el rumbo y se ha dirigido hacia el letrero verde de BP.

—¡Jesús! ¡Jesús! —llama el hombre del mono en dirección a la tienda de la gasolinera. Se asoma un hombre joven—. Jesús, llama a la policía, que este dice no sé qué de uno que hay allí tirado con dos millones de hormigas.

Se acercan unos clientes atraídos por las voces y el revuelo. El de la guitarra mira a los lados. Luego muy fijo, casi bizco, al del mono verde:

—Yo no quiero poblema, jefe. Yo ya he dado el parte.

—Muy bien. Tú espera aquí.

—Yo iba a cagar jefe y de pronto me lo encuentro allí.

—Muy bien, pues si quieres caga en el retrete de ahí. Todo lo que quieras.

No te jode.

—Cuajado de hormigas como si estuviera muerto jefe. Parecía un saco de cemento jefe, del polvo que tiene. Qué quiere usted que haga yo. Estaba allí coño.

—Pero no está muerto —afirma más que pregunta uno de los curiosos.

—No sé. Yo iba a cagar.

—A cagar o a meterte —dice para sí el del mono verde—. A saber lo que ha visto este.

—¿Meterme? Qué dice. La cosa es insultar. Qué sabrás tú, meterme. Iba yo y me lo encuentro allí con las hormigas. Le pueden haber metido un hierro.

—Ahora cuando venga la policía le cuentas eso o lo que sea.

—¿Yo ya qué tengo que ver? Con el asunto coño, está tirado, allí, al lado de unas paredes o cosas de cemento, allí aquello que se ve allí en detrás de los carteles joder.

—Habrá que ir a ver —dice uno de los curiosos.

El que está a su lado se encoge de hombros. El del mono verde conmina a todo el mundo a no moverse. Vuelve a decir que está por ver si el guitarrista no se lo ha inventado todo, por broma o por colgado.

Un cliente se ríe:

—¿Será posible?

Otro niega con la cabeza, mirando con los ojos entornados hacia los dos monolitos de hormigón:

—Verse no se ve nada, está lejos. Hay que ir a mirar, coge agua Manolo —le dice al que va con él—, una botella del coche, por si podemos hacer algo.

El llamado Manolo saca una botella grande de agua, el otro mira hacia el descampado usando su mano a modo de visera.

El de la guitarra, que ya no escucha lo que dicen a su alrededor, mira a un lado y a otro. Prueba a envalentonarse:

—Pero este qué abuso es, voy al vientre, me encuentro un menda en el suelo y ahora me viene y me quieren putear. Lo mejor es haberme ido y ya está, me va tocar a mí la china por buena persona.

—¿Tú no querías hacer caca hombre? Pues ve, que el que no quiere problemas soy yo, y no te pongas gallito —el del mono verde separa los pies, se planta. Por primera vez se siente bien en lo que va de día, o de semana.

Se asoma el hombre joven y desde la puerta de la tienda le dice al del mono verde:

—Ya viene también. Una ambulancia, Bartolo.

—No veas, Bartolo, vaya tela de nombre.

—Qué pasa contigo —el del mono verde se acerca al de la guitarra, que da un paso atrás y toma el camino de los aseos sin dejar de hablar, cada vez en voz más alta.

—Que qué pasa dice, la puta que parió a todo, me pasa por gilipollas ustedes tenéis mucha cara abusando en cuanto podéis pagando con los demás lo pringados que estáis.

Entra en los aseos. «En tus muertos me voy a cagar cabrón.» Apoya la guitarra contra la pared. «Se me ha parado el vientre con el hijo puta y el otro cabrón de las hormigas.» Mira el lavabo, la jabonera, los rincones. Imposible esconder nada allí. «Mi puta estampa.» Abre la puerta del retrete, se saca una papelina del bolsillo y sigue mirando. Intenta retirar un azulejo que parece algo despegado, las uñas ennegrecidas se clavan en los bordes pero no lo puede retirar. Oye voces fuera. Se acerca al cesto de los papeles usados, saca dos o tres, con asco. Desenrolla uno. «Hijos de la gran puta.» Corta un trozo de papel del rollo que hay apoyado en la cisterna, envuelve en él la papelina y luego envuelve el pequeño bulto en el papel usado. Las voces se acercan, No se habrá ido ¿no?, dice un policía ya casi en el umbral del baño. Está ahí, se oye decir desde lejos al capullo del mono verde. Bartolo. Tiene cojones.

El de la guitarra cierra la puerta del retrete con pestillo y rápidamente se baja los pantalones.

—Tú, tú, ¿estás ahí?

—Estoy cagando joder.

Tira de la cisterna, tose en falso y mete el pequeño bulto en la papelera, echa papeles usados encima. Hace ruido con la ropa, se pone los pantalones. «Y el calor que hace me cago en la puta.» Sorbe, tose y abre.

La doctora Galán avanza por el pasillo. Se cruza con Blasco, una enfermera veterana que se detiene ante ella y le dice El de trauma con la tibia y el peroné está listo, para cuando quieras.

—Vale, voy a hacer una llamada y ahora te busco.

«Ahora te busco. Me vuelvo transparente, la ansiedad se me ve en los ojos, una piedra cayendo en un pozo.» Una piedra que cae y nunca deja de caer en ese túnel, esperando inútilmente el sonido en el agua. Esa es la sensación que arrastra la doctora Galán, una piedra cayendo interminablemente por la oquedad

de su pecho en la que hace meses, años, que no ha entrado la luz. «Ni siquiera un asomo de luz verdadera. Luz artificial y solo luz artificial, cada día. Dioni. Él desaparece y soy yo la que se pierde, metida en un laberinto, extraviada.»

Alta, morena, los ojos verdosos, los pómulos redondeados. El pelo recogido en una cola alta. Dos líneas de expresión dejan su boca carnosa, su sensualidad, en medio de un paréntesis. La doctora Galán, médico de urgencias, madre de un adolescente aparentemente dócil, mujer de un abogado, Dionisio Grandes Guimerá, con pasado brillante.

Entra en su habitación de guardia. Saca el móvil y se coloca unas gafas de pasta negra. Busca en los contactos. Julia Mv. Selecciona y pulsa. Descuelgan a la sexta o séptima señal, se oye un ruido de ropa, un suspiro profundo, adormilado, antes de contestar:

—Dime Ana.

—¿Estás durmiendo?

—No eh, no importa, jo me he vuelto a dormir.

—No has sabido nada entonces.

—¿No has sabido nada tú? No yo no. No me ha llamado ese que algunas veces ha coincidido con él en los garitos.

—Ya.

—Le dejé tres o cuatro mensajes en el buzón pero no, me he dormido. Ahora…

—Ya.

—Espera, tengo un mensaje suyo, lo miro.

—Sí.

La doctora Galán mira la radiografía que tiene sobre la mesa, el trazo celeste del hueso, la línea negra de la fractura.

—¿Ana? Dice que no, que no lo ha visto ni sabe.

—Ya. Bueno, no sé ya, yo voy, voy a llamar a la policía.

—¿Sí? Otras veces…

—Son dos días. Más. Desde el martes.

—

—Algo ha pasado.

—No sé, Ana. No sé qué decirte la verdad. Me visto y voy para allá.

—No no, no te preocupes. Esperaré un poco más.

—Me doy una ducha y voy.

—Algo tenía que pasar, algo iba a pasar. Solo eso.

—Tardo media hora.

—Te dejo. No te peocupes, te dejo.

—Yo dentro de media hora estoy ahí.

—Como quieras.

La doctora Galán toca con el pulgar el dibujo del teléfono rojo que corta la comunicación. Está tentada de volver a llamar a su marido aun sabiendo que volverá a encontrarse con la voz mecánica indicándole que el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Mira la foto de él en el teléfono. Sonrisa y tristeza. La amargura con la sonrisa dulce. Los labios ahora cubiertos de hormigas, la piel amarillenta y mate bajo el sol del descampado. Los hombres alocados por el mundo.

Se quita las gafas. Mira hacia la ventana, la visión del aparcamiento trinchado por las varillas de la persiana. Aspira a fondo, se pasa las manos por las mejillas. Los dedos fuertes, «Como yo, fuerte», y sale de la habitación.

«Los hombres alocados por el mundo» piensa el Atleta subiendo de dos en dos los escalones que lo llevan a su casa. Calle Martínez de la Rosa, edificio estrecho, escalera oscura. «Igual que estar en ninguna parte, este piso, esta calle, esta gente.» Un bloque blanco, rodeado de casas bajas y cercano a la calle Barón de Les, por cuyas tripas asciende el Atleta hasta llegar al quinto piso. La puerta izquierda. La mirilla rajada y el perfil del Sagrado Corazón del anterior dueño todavía recortado en el barniz oscuro. «Un año y medio, dos años aquí. Y ahí se quedará para siempre.» Abre. Entra.

El olor a comida «Tan temprano» como una arcada.

—Vaya peste.

La madre no lo ha oído, no ha entendido sus palabras, ni levanta la cabeza, cortando unas verduras que irán a parar a la olla de la que sale un vaho espeso.

—¿Estás aquí? Has tardado ¿no?

—La moto —el Atleta avanza por la estrechez del pasillo, dejando a su madre y la cocina atrás. El olor.

—¿Eh?

—¡La moto! Rota otra vez.

Ve a la abuela sentada en el sillón de escai.

—Hola.

—Qué haces, hijo. ¿Otra vez se te ha roto el amoto?

—Sí.

La madre se asoma al pasillo, secándose las manos en el delantal, las gafas en la punta de la nariz, como si se las pusiera ahí para molestar al Atleta a propósito:

—Qué pasa.

—Na —el Atleta se sienta en el borde de la cama, sacándose las zapatillas de deporte.

La abuela tuerce el cuello y le habla al pasillo:

—El amoto. Otra vez se le ha roto.

La madre se acerca:

—¿Es mucho?

—No sé, ya me dirán.

—¿La has llevado a Leandro?

—¡Qué Leandro! —el Atleta se pone de pie, la madre mira el hueco que ha dejado en la cama.

—La colcha, te he dicho mil veces que no te sientes cuando vienes con el sudor míralo el cerco se queda y luego yo de criada.

—Joder.

La abuela tercia:

—Viene cansado de las carreras. Eso no mancha.

—Como tú no lo lavas.

—Mucho he lavado, y en tu casa también.

La madre del Atleta ignora a la anciana, se apoya en el quicio de la puerta y le habla a su hijo:

—¿Entonces no la has llevado a Leandro? El vecino, si tiene la tienda y el taller ahí de motos, una tienda muy hermosa.

—Yo no lo conozco. La he llevado donde siempre, al barrio, al Niño del Sordo.

La abuela pilotando su sillón, intentando torcerlo «Una astronauta perdida en el espacio», no se resigna a quedar fuera de la conversación:

—¿Y desde allí te has venido andando criatura, después de las carreras?

—Habrá cogido el autobús. Habrás cogido el autobús, ¿no?

—Qué autobús, desde allí no hay autobús. ¿Y el calentador? ¿No te dije que me lo enchufaras? Ahora me tengo que duchar con agua fría.

—Se calienta en un momento, te tomas el zumo y se calienta. Además con el

calor que hace, pero tarda un momento la cosa es ponerle faltas a todo y que una lo hace todo mal —se aleja la madre por el umbrío pasillo en dirección a la cocina, al olor—. El zumo está recién hecho.

El Atleta enchufa el calentador, ese recipiente que siempre le recuerda una vieja cápsula espacial rusa remendada, con su indicador de temperatura atrofiado y sobre el que han pasado varias capas de pintura dejando su rastro. Sale del baño y vuelve a sentarse en la cama, ve el perfil de su abuela, el moño, la bata negra con dibujitos blancos «Protozoos», un brazo con la carne descolgada, amarillenta «De cadáver», y la mano con los dedos temblorosos acariciando el escai marrón.

—¿Cómo va la cosa por Cabo Cañaveral, abuela?

—De qué.

—Por la base, que cómo va la cosa si te dicen que será pronto el alunizaje.

—Anda ya con tus tonterías —plisa una arruga del vestidillo—. ¿Y ahora qué vas a hacer con lo del amoto? La falta que te hace si te sale un trabajo.

Resopla el Atleta, la sangre repentinamente transformada en cieno, «No quiero vivir como viven no quiero su vida, irme no sé adónde irme nacer otra vez siendo otro en otra parte». Se levanta, va hacia el cuarto de baño:

—No sé, abuela, no lo sé —cierra la puerta.

La abuela del Atleta se queda pensativa. Se inclina despacio, asomando la cabeza en dirección a la cocina. Le tiembla la mano. Afina la voz. El tono suave, pedigüeña:

—Antonia —«Me ha oído.»

Espera. Mira hacia el pasillo. La voz algo más fuerte, pero manteniendo el tono de súplica:

—Antonia —«Mala qué mala es ha sido siempre»—. ¡Antonia!

—¡Qué! ¡Qué pasa!

—Eso, la tele.

—Con esas voces, qué pasa.

«Voces dice, conmigo siempre con el aguijón.»

—Que por qué no me pones *La mañana.*

—Para eso. Parece que hubiera un incendio.

—Un incendio no mujer, es por distraerme, por ver a Silvia y me distraigo.

—La puedes poner tú. Te vas a morir y no vas a saber poner la tele. Ni darle a un botón.

«Siempre con lo de morirse si no lo dice revienta y cada uno se muere cuando le toca, como Anita, veintinueve años y mira.»

La madre del Atleta pulsa el botón del mando a distancia, la anciana se recoloca en el sillón, le tiembla la mandíbula.

—Ahí la tienes, la tele.

—Mírala Silvia.

—Para eso estoy yo para oír tonterías.

El Atleta se mete bajo el chorro de agua fría, las agujas en la piel, el eco de las voces en el televisor llegando a través de las paredes *Tenemos con nosotros al máximo especialista*, los aplausos, y la voz de su madre, Para eso estoy yo para oír… pasando por el otro lado de la puerta, el agua como una liberación efímera. «Todo el mundo todo el mundo ahogándose los hombres alocados por el mundo y yo aquí, en la jaula y mañana.»

El Atleta se coloca bajo los hilos de agua, quisiera sumergirse, hacerse cristalino, huir por ese desagüe que pisa su pie venoso. Le viene el vivo recuerdo de una noche de lluvia, ese invierno, el desasosiego nocturno calmado por las gotas de agua tecleando en el cristal de la ventana. El Atleta y sus pensamientos son todo agua, líquido incoloro, agua obediente deslizándose en busca del centro de la tierra.

El Atleta piensa, los pájaros trazan una maraña de líneas invisibles en el cielo, las hormigas trabajan como mecanismos metálicos, como aparatos sin vida, y los hombres deambulan, laboran como hombres, se desgastan, se aburren, se cansan, sueñan y se pierden, y en la barra del bar La Esquinita, Pedroche niega con la cabeza, niega como un péndulo romo, como una peonza al final de la inercia y dice No, no puede ser. Niega y levanta los párpados carnosos y rosáceos, por una esquina morados, levanta los párpados como al otro lado de la ciudad un hombre maduro, robusto, llamado Céspedes, alza la vista y mira por entre las ramas de una araucaria las vetas azules del cielo por donde se conducen en su ritmo frenético los pájaros del verano, esa geometría, y dice Vámonos, vámonos, te invito, y la mujer joven lo mira entre la ironía y la sorpresa, fingiendo ser la mujer sin alma, la joven dura que ya todo lo conoce, y pregunta, Adónde, a qué.

No, no puede ser, dice Pedroche agitando parsimoniosa, bovinamente la cabeza enorme, calva, herida. El bigotillo rubiasco, casi pelirrojo.

—No puedo vivir seguir viviendo así con esa mujer —la voz es suave, el

tono amargo—. Cualquier día hace algo peor. Me engañaron, me engañaron como les dio la gana. El tonto que pasaba por allí y le cargaron la loca.

Floren lo observa apoyado en la barra del bar. Alza una ceja, y el otro se vuelve hacia la vidriera, mira la calle comida por el sol, el aire caliente que remueven los coches al pasar, el páramo que se extiende más allá de la explanada, el improvisado aparcamiento, los matojos amarillentos y pardos que cubren esa extensión de terreno baldío en medio de la ciudad.

«Su cabeza es como la de un hipopótamo», piensa Floren «O un cerdo muy grande, un cerdo bueno, con las heridas, los golpes», se fija Floren en los ojos pequeños de Pedroche, de un verde claro pero empañado, que podrían ser bonitos en otra cara, y al observarlos con ese detenimiento siente pudor y para espantar el pudor habla:

—Chico, no sé eso, eso es una crisis como otras que ha tenido ella, qué te voy a decir si tú lo has vivido joder, qué te voy a decir pero paciencia.

—No, ya está. Yo —mira a los lados Pedroche—, se acabó.

—Eso ya lo verás con un poco de calma no te precipites, como estás, ahora lo primero es lo del dinero, que lo recuperes y las joyas, y que se tranquilice todo.

—Mil ochocientos euros, ¿tú te crees? Y los anillos valen un dineral, eran de su abuela y las pulseras y unos pendientes que yo le regalé cuando éramos novios, como un gilipollas me engañaron.

—Pues eso el cura no se lo va a quedar, sabe, él sabrá que ella no está bien y te lo devolverá todo no se va a quedar con el dinero de esa forma. ¿Sabes dónde vive o qué vas a hacer? ¿Ir a la iglesia?

Pedroche hace un gesto de abatimiento, mira el resto de tónica que le queda en el vaso, lleno de melancolía. Floren teme que se ponga a llorar, mira al camarero y piensa que es una suerte que esté con unos clientes en la otra punta del bar.

Floren quiere sacarlo del ensimismamiento:

—Di, entonces ¿qué vas, a ir a la iglesia? Si quieres voy contigo, te acompaño vamos los dos.

—Iré o me entero por la del quiosco de dónde vive el cura aunque él me lo tendría que haber devuelto nada más darle ella todo, mil ochocientos euros para caridad y lo que valga lo otro, para los necesitados dice ella y cuando le digo Es mi dinero ese dinero es mío, ella va y se quita la bota con toda la calma así como si tal cosa o lo tuviera pensado desde hace no sé cuánto tiempo que yo me creí

digo Tiene algo en el pie una molestia o el calor que no sé por qué se pone una bota con el calor que hace, en verano con las botas, y conforme se la quita, pum, la cogió por la caña y pum el tacón gordo dándome en la cara en la cabeza, casi nos estrellamos y ella pum pum…

—Bueno ya —Floren teme el llanto o la ira.

—Iba conduciendo y ella dándome esos golpes no sabes tú, como para matarme con toda su fuerza el pedazo de bota el tacón y diciéndome perro sarnoso, egoísta cerdo y cabrón lo de cabrón no se cansaba, si no paro como pude nos matamos.

Jadea Pedroche como si aún estuviera conduciendo y su mujer, Belita, le estuviera golpeando la cabeza, la cara y los brazos con una bota, en medio de una noche veraniega, cerca del mar, cuando las nubes se alargaban como hilachos de algodón y se diluían como baba en torno a un atisbo de luna que apenas se atrevía a temblar en el horizonte, ese túnel.

Céspedes ordena por segunda vez al taxista que baje la radio…, *el joven de diecinueve años, de origen somalí y nacionalidad noruega que vive en Londres*… El taxista, antes de acercar su mano al botón del volumen que lleva acoplado al volante, observa con calma a Céspedes por el retrovisor…, *mató a una mujer estadounidense e hirió a otras cinco personas en la noche del miércoles*… El taxista aprovecha y lanza una mirada a la mujer joven, Carole, que lo acompaña. Luego aplica el dedo al botón y baja un poco el volumen…, *la policía da prioridad en sus investigaciones a la hipótesis de que se trata de un acto espontáneo.*…

Céspedes deja de mirar al taxista a través del retrovisor. Un zumbido le suena en la ingle. Se dobla ante la mirada escéptica de la joven. Consigue sacarse el móvil del pantalón, Joder. Mira la pantalla: Julia.

… trastornos piscológicos. Una familia española que se encontraba en Russell Square…

—Joder qué coñazo, pesada, tengo veinte mensajes suyos.

—Pues si no coges vas a tener treinta ya mismo. Si quieres me tapo los oídos. O saco la cabeza por la ventanilla. ¿Verdad señor que a usted no le importa que saque la cabeza por la ventanilla?

… la zona en la que se produjo el ataque había recobrado en la mañana de ayer la normalidad…

—Yo de bromas las precisas señorita, o señora.

El zumbido sigue, tiembla el teléfono en la mano grande de Céspedes.

—No, si no es broma.

—Líos yo no quiero que este, aunque ustedes piensen otra cosa, es un trabajo muy delicado.

… el más alto responsable de la lucha terrorista en Scotland Yard, Mark Rowles…

—Apague la radio haga usted el favor, apáguela de una vez.

El taxista, ahora sin mirar por el retrovisor, se decide a obedecer.

… la investigación, que contemplaba

Céspedes pasa el pulgar por la pantalla del teléfono y se lo lleva a la oreja.

—Julia dime.

—¿No has visto mis mensajes?

—Sí joder y te mandé uno, no estoy para nada. Y si ese conocido tuyo se queda sin casa…

—Conocido no, amigo, muy amigo de mi hermano.

—Da igual, Julia, aunque fuese el hermano que no tengo.

—Ya.

—No puedo hacer nada. La semana que viene lo miro.

—Y de vernos ni hablar, claro.

—La semana que viene.

—De todas formas intenta hacer ese contacto. Llamar por lo menos.

—Lo intento.

—Vale bueno si sabes algo me llamas. Es grave, si no no te daba el coñazo ¿vale?

—Muy bien.

Céspedes pulsa el botón rojo de la desconexión. La joven lo mira, Céspedes se encoge de hombros.

—Qué.

—Nada.

Avanzan en paralelo a los viejos almacenes del puerto. «La tristeza amarilla de los barcos», recuerda Céspedes el verso del poeta Soto. Susurra:

—La tristeza amarilla…

La mujer lo mira, sin que se sepa si ha entendido o si ni siquiera ha oído lo que Céspedes murmura. El taxista gira desde la prolongación del Muelle de Heredia y toma la avenida Ingeniero José María Garnica. Las grúas y los

contenedores del puerto quedan atrás. Sobre la luz blanca que viene de allí el taxista ve recortadas en la luna trasera la cabeza poderosa de Céspedes, la melena oscura de la mujer.

—Es una amiga que le quiere solucionar la vida a medio mundo, o al mundo entero, menos a mí.

—Céspedes y Sus Líos te tenías que llamar según veo. Ponértelo en el pecho, una chapita de esas —dice Carole.

Julia Mamea. Julia en otro taxi hace cuatro, cinco años. Mil quinientas, dos mil noches. Sentada entre él y Ortuño. Esa sonrisa de ojos tristes que ya entonces reconocía perfectamente y que identificaba no como una expresión de desánimo sino de deseo. La noche pasaba por las ventanillas con el parpadeo de las farolas y Céspedes volvió a besarla, los labios blandos, la saliva, la punta de la lengua. Al abrir los ojos vio la mano de Julia en el muslo de Ortuño, y, sin dejar de besarla, cruzó la vista con su amigo. Con los párpados hizo un gesto de afirmación, dándole permiso, la mano de Ortuño se levantó hasta el pecho de Julia y se posó allí como un pájaro sin peso, acariciando el seno derecho, moldeando la curva con la palma de la mano al mismo tiempo que Céspedes ponía sus dedos en el otro pecho y los movía suavemente como alguien que buscase algo delicado, una hebra de hilo, una lentilla, bajo el agua. Julia, al saberse acariciada por los dos hombres, espiró profundamente, se quejó como si un dolor antiguo le volviera a algún rincón de su cuerpo, avanzó los riñones y sin abrir los ojos retiró la boca de la boca de Céspedes y la giró hacia el otro lado para ofrecérsela a Ortuño.

El taxista con el que hoy viajan Céspedes y Carole, casi en idéntica posición a la que aquella noche ocupaban él y Julia, pregunta:

—¿Los dejo en el lateral?

—¿Eh?

—Que si los dejo en el lateral de la estación o quieren entrar por delante.

—El lateral.

El taxista gira. Se detiene en un semáforo. Julia separando la boca de la boca de Ortuño y reposando la cabeza en el asiento, entre los dos hombres, mirando al techo del taxi, percibiendo la intermitencia de las luces que pasaban por su cara al transitar del halo de una farola a otro, antes de entornar los ojos y avanzar una mano por un muslo de cada hombre.

Céspedes observa un aparcamiento de motocicletas, una chica rubia que se quita el casco y sacude su melena al sol. La tristeza amarilla, los barcos, la furia.

Delante, a la derecha, está la estación María Zambrano, un edificio gris con un reloj blanco en uno de sus brazos. «La muñeca de un gigante.» La respiración de Julia, abriendo la boca como un enfermo, dos dedos de él entrando en el flujo de la vagina. A la izquierda los ladrillos desnudos del asilo de las Hermanitas de los Pobres. El sol aplastándolo todo contra el asfalto al otro lado de los cristales «Al otro lado de la pecera, el mundo».

El taxi se detiene a un costado de la estación.

—¿Va a querer recibo? —hay un atisbo de ironía en la voz del taxista, no en su mirada a través del retrovisor.

El otro taxista también miraba. Veía cómo Ortuño desabotonaba la blusa de Julia mientras Céspedes volvía a besarla en la boca, ella abandonada, blanda como si hubiera perdido la conciencia.

—No. No voy a querer recibo no voy de trabajo —«Gilipollas.»

—Vale —aprovecha el taxista para lanzar una última mirada a la mujer. Vuelve a conectar la radio.

Austria considera que Turquía no reúne los estándares democráticos mínimos para…

Céspedes saca del bolsillo unos billetes aplastados, de diferentes colores. Le tiende al taxista uno de veinte euros. El tipo lo coge, se toma su tiempo. … *el canciller austríaco, el socialdemócrata Christian Kern…* Carole se baja. Al abrir la puerta ha entrado en el vehículo una vaharada flamígera. … *la Comisión Europea debería abrir los ojos a esta realidad…*

—Haga el favor de cerrar, entra el calor —el taxista mira a Céspedes por primera vez directamente, girando la cabeza.

Céspedes, sosteniéndole la mirada empuja con el pie la puerta, la abre más. … *dar por cerradas las negociaciones que abrió hace once años con Ankara…*

—Aluego mucho dinero, mucha risa y mucho de todo pero de educación.

—Educación y descanso.

… *a su juicio dichas negociaciones ya solo son una ficción diplomática…*

—¿Eh?

—Educación y descanso, el ministerio del franquismo, ¿tanto oír la radio y no sabes lo que era eso? ¿O eres sordo?

… *los estándares democráticos de Turquía están lejos de…*

—¡Céspedes! —la mujer se ha inclinado para poder mirar a los ojos a Céspedes—, coño, parece mentira, te vas a enredar con un taxista.

—Señora yo a usted no la he faltado.

… *desde el frustrado golpe de Estado…*

—Mi dinero, la vuelta.

—Aquí tiene y otra vez yo sé quién los va a coger.

—Yo sí sé quién te va a coger a ti.

—¡Céspedes joder!

Céspedes se arrastra por el asiento, pone un pie en la acera. … *se ha detenido a miles de sospechosos…* Se detiene en el extremo del asiento. Mira al taxista.

—Se abaja o tiro.

—Tiro —el otro lo mira otra vez directamente a los ojos.

—¡Céspedes! —la mujer se incorpora, da un paso atrás, se aleja del taxi.

… *un Estado de tintes totalitarios…*

—Por ahí te libras —Céspedes sale del coche, cierra la puerta y la voz del taxista se pierde detrás de los cristales.

El aire es sofocante y Céspedes tiene la sensación de haber entrado en una especie de túnel de lavado en seco. El calor evapora su ira en un instante. Ha llegado a otro mundo, con otra luz. Carole le habla sin darse cuenta de que todo lo sucedido en el taxi pertenece ya a un tiempo lejano.

—De qué vas, es una garantía estupenda para meterme en un tren contigo que te pongas a hacer el macarra con el primero que te encuentras.

—Carole.

—Lo mismo que te da la ventolera de hacer quinientos kilómetros para ir a comer la emprendes con…

—Perdona. Carole.

—La verdad es que no sé.

—Déjalo olvídalo. ¿Puedes darle aquí al botón —le toca la sien— y olvidarlo, por favor? Mira ahí está el edificio de las Hermanitas de los Pobres hazlo por ellas.

Carole lo mira con una ceja alzada. El otro taxista también miraba, miraba las manos de los hombres, miraba los pechos de Julia que salían por encima del sujetador, fuera de la blusa, la miraba con el hambre de los famélicos, y a ellos los miraba con el odio de los arrinconados. El hambre y el odio. El pezón entre los dedos. Limosnas.

—Venga vamos.

Céspedes coge a la mujer del brazo, intenta conducirla hacia la puerta de la estación, intenta que el pasado se pierda, seguir adelante, olvidar a Julia, la

noche, a su mujer, la puerta cerrada de su casa, el perro ladrando a su lado, la voz de su mujer al otro lado de la puerta, el vómito del perro, su cara reflejada en la ventana, detrás de los visillos su vida, la copa de los árboles cabeceando en su jardín como si también fueran a vomitar, las palabras y los reproches, todo dejado atrás al menos por un día, por unas horas o para siempre. «Clavarle un cuchillo y que se hunda, una colchoneta hundiéndose en una piscina atiborrada de cloro, esa es mi vida, respirar.»

—Vamos —ya ha soltado el brazo de Carole, ahora solo la mira y mira la puerta de la estación. «Mi cuchillo esos ojos mi cuchillo y mi salvación, hoy es lo único que tengo y lo único que importa, que siempre sea hoy.»

Carole retira lentamente la mirada. Carole da un paso, Carole avanza y Céspedes siente el aire incendiado como una bendición antes de que las puertas automáticas se abran «Ábrete Sésamo» y entren en uno de los pasillos del centro comercial que sirve de preámbulo a la estación y a los andenes.

Ismael abre un ojo y lo primero que siente es la sed y de inmediato, superpuesta a la sequedad de la garganta o tal vez a consecuencia de la misma, la furia, un aguijón que lo espolea y lo quiere levantar del sofá aunque se contiene, sin saber dónde está ni apenas quién es, solo sintiendo ese arañazo en la faringe y un dolor agudo en las vértebras cervicales.

Su madre da un paso atrás y él hace un esfuerzo y no cambia de posición, la reconoce y se queda recostado a pesar del dolor en el cuello, de la ira y la sed. Mira el salón sin cortinas, solo esa tira de tela que ha escapado a sus tijeras y que como una minifalda trasquilada cuelga del riel.

Ella es de estatura mediana, tiene el pelo teñido de un color parecido a la caoba. Ella es la madre de Ismael, la madre de Jorge, la divorciada, la amante incierta de un hombre al que Ismael llama El Otro y al que apenas ha visto de lejos un par de veces, cuando ha ido a recoger a su madre y él, asomado a la ventana, ha visto su coche, un Nissan Leaf rojo con la matrícula acabada en 8. Moreno, ¿más joven que su madre? Sí, más joven que su madre.

Ella se llama Amelia. Sus escasos amigos la llaman Amel y ella, al oír ese nombre, se siente levemente sofisticada, ridículamente transportada —medio paso— a una vida que potencialmente pudo haber tenido. Amel. Tiene la marca de una vacuna en la parte superior del brazo, un anacronismo en su generación, un cráter suave, un remolino hipnótico en la tersura bronceada de su piel. Tiene las cejas y los labios perfectamente dibujados. Trabaja como recepcionista en el

hotel Los Patos.

Ha abierto somnolienta la puerta del piso después de su turno de noche, y al instante la dulce premonición de su dormitorio en penumbra con las aspas del ventilador del techo girando en silencio se han fulminado al encontrar en el suelo de la entrada los restos triangulares de una toalla. «Ismael» ha sido la alarma eléctrica que ha corrido por todas las células de su cerebro al ver esos pequeños triángulos esparcidos por el suelo. Los copos de la desgracia.

A partir de ahí, como Hansel y Gretel, Amelia siguió el rastro de los triángulos de tela, de diferentes telas, a lo largo del pasillo, la cocina, el salón. Tan desolada como los hijos del leñador pobre, extraviada en un bosque mucho más denso y más oscuro que el que envolvía a aquellos niños abandonados, sin luz de luna que pudiera guiarla hasta su hogar porque esa casa, esas paredes, esos muebles, la vitrina con las copas con el borde dorado, la góndola de cristal, la mesa del comedor con las patas tan refinadamente arqueadas, eran su hogar. Y su hogar era también la devastación que arrasaba su ánimo, la ira y el miedo al ver a su hijo mayor tumbado en el sofá, dormido con las tijeras en la mano, la montaña de triángulos de tela alfombrando la tarima barata y aquel resto de cortinas colgando como un harapo absurdo en el frontal del salón. El hogar. Amel. La vida real y aquel hijo que ahora la miraba con los ojos ensangrentados por el sueño, bizqueando por un bostezo que era una especie de grito mudo e interminable «Esos labios con tanta carne que nunca nadie ha tenido en mi familia».

Unos labios como un filete. Ismael. Dios ha escuchado. El primogénito. Sin acabar de incorporarse, ahí medio tumbado, medio desnudo. Como el salón. «Como nuestra vida.» El hogar. Y ahí viene la petición de explicaciones por parte de la madre, el asombro y la exageración del asombro, «Porque ya qué me va a asombrar de este», e Ismael tuerce el cuello, mira el trozo de cortina que queda ahí colgando, el pendón después de la batalla, sonríe Ismael, se ríe, no puede evitar la risa, consciente de su genialidad, de la maravilla de su intuición, de lo fácil que es todo, de lo fácil que puede ser todo si uno se deja llevar, cómo la vida puede fluir y convertirse en un prodigio, en un milagro cotidiano solo dejando que el motor líquido de los impulsos siga su cauce. Envuelto Ismael en ese estado beatífico y su madre sin comprenderlo, sin querer levantar la vista y comprender. «Pero ¿no se da cuenta? Pero ¿no te das cuenta? Y dices que eres mi madre. Que me conoces, en qué mundo vives.»

Y ya Ismael ni ríe ni sonríe. Mira al suelo, se mantiene en silencio pero ya su silencio no tiene nada de felicidad, se traga el silencio como se traga el agua un

ahogado, se come las palabras que rebotan por su mente y se pasean por su lengua, todavía callado, como si siguiera durmiendo como si no estuviera aquí, y vuelve a sentir la sed, el dolor de las vértebras, ese calor que no sabe de dónde sale, esa llamarada que su madre parece haber traído de alguna parte, de esos sitios a los que va «En qué cama follará se la habrá follado en el coche. Fingiendo que está furiosa por las putas cortinas, por la mierda de las toallas cuando la furia es por mí, por haberme tenido, por ser yo su hijo».

Y es entonces cuando Ismael se incorpora, se pone de pie casi de un salto y las primeras palabras que dice son No he bebido ¡No he bebido! No he bebido todavía pero me dan ganas de beber es como si me obligaras como si no te quedaras tranquila, como si me obligaras, para poder tener razón para estar satisfecha a gusto diciendo ves como tengo razón, si yo lo sé si yo lo sé ¡y no sabes nada!, ¡sabes una mierda! Eso es lo que sabes. Así de grande.

Y acerca su cara a la de su madre, la boca, esos labios que nadie ha tenido en la familia de Amel pero que están ahí, que siempre van a estar, que se engendraron dentro de su vientre, con la combinación de sus propias células y con el flujo de su sangre «Con una semilla invasora con un veneno que me dejaron dentro, y creció un árbol». En medio de ninguna parte. Los árboles solitarios que cabecean abatidos por el viento y se recogen sobre sí mismos bajo el sol. Hay ríos que pasan bajo los árboles.

Lo que sé es que no puedo más. Eso es lo único que Amelia alcanza a decir ante la ira de su hijo y él da unos pasos en una dirección, vuelve sobre ellos y luego se coloca bajo el pingajo de la cortina, cruza por su mente el recuerdo todavía latente de las ganas de reír que sintió unos momentos antes al ver el harapo pero de inmediato el recuerdo se transforma en el vuelo de un pájaro negro que baja, entra por su boca, se cuela en mitad del pecho, escarbando como su madre y la madre balbucea: ¿Las pastillas?

—¿Las pastillas?

Como si fuese el peor de los insultos, así lo recibe Ismael —Dios ha escuchado— pensando, creyendo firmemente que su madre ha dicho esas dos palabras con el único fin de herirlo.

—Es como si yo te dijera puta —abre mucho los ojos Ismael. Duda y los abre más—: O peor. Peor que te lo dijera. Que te lo hiciera.

A la madre le gustaría llorar pero puede más el desconcierto, el temor que le inspira ese hijo, ese individuo que fue su hijo. Y siente el impulso de preguntarle: «¿Si me lo hicieras? ¿Si me hicieras qué?». Pero atisba una sombra

de verdadero miedo, cierra ese camino tenebroso y opta por una senda más fácil:

—Pero qué dices pero qué estás diciendo Ismael —pregunta al mismo tiempo que nuevas preguntas cruzan como aviones ultrasónicos por su mente, y las preguntas son: «Qué le está pasando, qué le pasó, cuándo, hasta dónde va a llegar», y la conclusión, mucho más lenta y conocida, es: «Ya está, se perdió, hace mucho y hace mucho que no hay camino de vuelta».

Y es verdad. Ismael está perdido. Mucho más perdido que los hijos del leñador del cuento y que su propia madre. Extraviado en un bosque más lejano, con pájaros que no solamente devoraron las migas de pan sino las piedras que ella, ella y no su hijo, ha intentado ir dejando en el bosque, hincándolas en el suelo para volver a encontrar su rastro, el camino a casa. El hogar.

—Envenenarme —Ismael parece que imita a un loco. Así es la mueca de su cara. Una imitación mala. Solo que no imita a nadie.

—De verdad que lo he intentado.

—Es lo que tú quieres, que me envenene con esa mierda. Como tú con tus pastillas. La psicóloga y tú, y yo todo el día metido en el autobús yendo a la consulta viniendo de la consulta oyéndote a ti y a ella preguntándome por mi padre por su puta madre me va a preguntar. Y tú qué.

—Lo he intentado —y ahora sí llora Amelia, rompe en llanto al imaginarse a sí misma buscando a su hijo, su niño, en un bosque oscuro—. Lo he intentado.

—¡No llores!

Se debilita Amelia, se le debilitan las piernas, como si el llanto requiriese toda su energía y los músculos, los tendones y hasta los huesos abandonaran su función en beneficio del llanto. Todo su cuerpo volcado en ese sollozo infantil, ese desconsuelo. Y de nuevo repite las mismas palabras, ese alimento, ese salvavidas que ella y el llanto han encontrado para nutrirse, para flotar en la marea:

—Lo he intentado. Lo he intentado.

—¡Que no llores! ¡Me cago en! —un manotazo en la mesa, un golpe estrepitoso que consigue atraer la mirada de su madre, atrapada por ese cabo, ahora solo se trata de tirar de él, sacarla de la mierda del llanto—. Tú toda la noche por ahí. La próxima vez.

—He estado trabajando por Dios Ismael por Dios —llora pero ya ha perdido la concentración, la intensidad, la liberación, ya vuelve a estar dentro del mundo, con sus ruidos.

—La próxima vez me bebo el alcohol del cuarto de baño a ver qué pasa.

—He estado trabajando ¿sabes tú lo que? Toda la noche para…

—¿Trabajando? ¿Desde las ocho? Te fuiste a las ocho ayer era de día y ahora ahora qué hora es.

—¿No tengo derecho a nada más a estar de criada vuestra tuya?

—¿Qué ibas a decir antes, que no sé lo que es trabajar? ¿Y los dos meses en la cocina del hotel ese? Por qué. ¿Por qué no me buscaste sitio en tu hotel? Tenía que ser ese. Me pusiste allí en el peor sitio con aquella gente sabiendo que me iban a joder, para escarmiento.

—Como si yo pudiera como si yo mandara en todos los hoteles del mundo. Si no fuiste ni dos semanas, con las bajas y con…

—Todo, lo sabéis todo tú lo sabes todo. Y qué eh, qué ibas a decir y qué, dilo. Con las bajas y con qué.

—Con tus borracheras eso iba a decir. Allí bebiendo, cuántas veces te pillaron, el vino de cocina el coñac todo lo que había por la cocina, si no ibas a trabajar era mejor que si ibas y si no ibas peor y yo dando la cara por ti.

—Venga ya, todos esos mierdas allí chivateando inventando. Tú a esos no los conoces.

—Los conozco muy bien, trabajé allí tres meses. Nada más verte allí cuando fui a ver cómo iba todo me di cuenta de mi equivocación con todas esas botellas, si bebías más que trabajabas.

—Es lo que esos cabrones querían, lo que decían, joderme todos esos y tú…

Y bla bla blá, y bla bla blá. El calor entra a través de las paredes, se filtra por las rendijas, tuerce las maderas. Ismael gesticula, él y su madre entran en el capítulo de lo ya sabido, lo de siempre. El río se ha convertido en aguas estancadas. Ya no hay peligro de desbordamiento. Allí está la cortina desgajada, el cristal recalentado a través del cual se ve el edificio de enfrente. La piel del cielo se vuelve más fina, es un plástico azul demasiado tenso que en cualquier momento puede ser desgarrado por el vuelo zigzagueante y loco de los vencejos. La calle Juan Sebastián Bach es un ballet metálico de automóviles, resplandores y ruidos, y lejos de allí, tal vez a cinco kilómetros en línea recta, apoyada en una de las mesas de la administración de Urgencias del Hospital Clínico, la doctora Galán dice Sé que es él. Y a sí misma se dice «Ya está, ya ha ocurrido».

Se cruzan las palabras alrededor del hombre cubierto de polvo y hormigas. Intensa palidez cutánea, sequedad de piel y mucosas, córneas deslustradas. Deshidratado. Hay una ambulancia en la orilla del descampado. Un hombre y

una mujer con pantalones y blusas verdes. En el hospital se ha recibido una llamada de la ambulancia para que preparen el recibimiento. Los datos son suficientes para que la doctora Galán tenga la certeza de que el momento temido ha llegado. Sabe, sin que medien documentos, sin que todavía se sepa ningún nombre ni haya otra descripción física que la de un hombre de mediana edad y pelo canoso, que se trata de su marido. Se lo dice a Quesada, el médico que ha recibido la llamada desde la ambulancia. Todavía están allí, en el descampado, o estaban hace tres minutos, le dice Quesada. Sostiene entre los dedos las notas que acaba de tomar la enfermera. La doctora Galán le coge el papel. Lee.

Informan que el paciente debe llevar más de un día inconsciente al sol por el estado de deshidratación importante que presenta, y la falta de respuesta a las órdenes verbales. Inconsciente, hipotenso. Respiración agónica. Pulso débil y filiforme. Cubierto de polvo y de pequeñas hormigas que tapizan casi en la totalidad los restos de ropa polvorienta y los pliegues cutáneos más pequeños. No se le aprecian heridas externas. Todo parece indicar que el paciente ha sufrido un cuadro grave de golpe de calor tras permanecer inconsciente uno o dos días por motivos desconocidos, sometido a temperaturas de más de 40 grados.

Quesada duda, la doctora Galán lo mira a los ojos. Son viejos amigos. Quesada recurre a su vieja templanza para aguantar la mirada. Y ella dice Déjamelo a mí, es él.

Lo recibimos los dos, propone Quesada. Y ella niega con la cabeza. Di que preparen la sala de paradas y, y ¿está Ramiro en la enfermería?

El doctor Quesada dice Sí. Y ella dice Dile que venga, dile que se venga conmigo, y gracias. Julia va a venir, he hablado con ella tiene que estar de camino. Te lo agradezco.

Ana, dice Quesada. Y ella niega con la cabeza al tiempo que se da la vuelta y se dirige hacia la entrada de urgencias. Tan lejos aquellos días pasados con Quesada y su familia en la paz del campo. Igual de lejos que las noches de verano, de aquel otro verano cuando salía a su terraza y el olor de los árboles vecinos subía hasta ella como una ofrenda. Un coro silencioso. Se apoyaba en la baranda y mientras fumaba miraba las luces lejanas, ese parpadeo que hablaba de otras vidas, de una armonía que llegaba hasta la orilla de su casa como una ola mansa. El mundo estaba allí y ella podía hundir los pies en su agua templada. Todavía no era consciente de que él, su marido, tenía otra vida. Esa que ahora lo traía hacia aquí en una ambulancia cubierto de polvo y hormigas.

Los pies de la doctora Galán avanzando por el pasillo de luz aséptica.

Ramiro, el enfermero, la alcanza. La mira a los ojos. No pregunta. «Ya lo sabe, Quesada le ha dicho que el que traen puede ser Dioni, que yo sé que es él.»

Para evitar la mirada de Ramiro, para enturbiar sus propios pensamientos, la doctora Galán le dice:

—Julia está de camino, nosotros vamos a prepararlo todo.

—Como digas. ¿Sueros intravenosos?

—Sí. El monitor-desfibrilador, monitorizar las constantes vitales.

—¿Cómo?

—Yo te voy diciendo.

—¿Lavado gástrico?

—Es posible. Yo te voy diciendo.

—Vale.

Entran en la sala de paradas. Ramiro se dirige a la vitrina central, la abre. La doctora Galán se ve en el reflejo del cristal.

«Si yo hubiera sabido cómo hacerlo. Si yo hubiera sabido que todo era mentira mucho antes, que aquellos viajes de trabajo eran una tapadera, que esas noches en las que supuestamente se quedaba preparando un juicio complicado estaban dedicadas a buscar hombres o tal vez a verse ya con Vicente, quizás todo podría haber sido distinto. Todo tan inútil después. Cuando supe lo que estaba ocurriendo con su vida, con la mía, tuve la sensación de que ya era tarde para todo, tarde para el divorcio, tarde para hablar, tarde para estar a su lado de otro modo. Pensando ilusoriamente, por comodidad o por miedo que el destino estaba trazado y yo solo debía resistir, conllevar, compadecerlo, quererlo. Madre eficiente, médico eficiente, esposa eficiente, así se justifica todo. Y todo era vacío y yo estaba sola en medio del vacío, tanto como ahora.»

Raimundo, el hombre de la guitarra, echa la cabeza atrás exageradamente y apura el botellín de agua.

—No veas qué calor. Muchas gracias hombre.

El policía, apoyado en el capó del coche patrulla, lo observa con condescendencia y poca curiosidad. Los clientes de la gasolinera los miran de reojo al pasar hacia el interior del establecimiento.

—Mañana te pasas por comisaría, no se te vaya a olvidar.

—No me se olvida hombre. Aunque no quiera lío soy legal. Lo he demostrado, ¿no? He venido aquí y el hombre ese se salva por mí.

—Me parece que no se salva, ni por ti ni por nadie.

—Eso yo ya, jefe, yo he hecho lo que he podido dentro de mis posibilidades. Me podía haber escaqueado.

—Lo que tú digas.

—Una cosa, ¿ustedes no me podéis llevar al centro?

—No somos un taxi, no sé si te has dado cuenta, Facundo.

—Raimundo.

—Bueno pues sigue sin ser un taxi, Raimundo.

—Hombre, jefe encima que me he estado aquí todo el rato y que ya tenía que estar con mi colega currando para sacarme un dinero, jefe venga ya qué trabajo le cuesta.

—Ni vamos al centro ni somos un transporte público a ver cómo te enteras.

—Qué duro ¿no jefe? Es para currar. Ustedes también están para ayudar al transporte público ¿no? Aunque no sean transporte público, y yo lo único que quiero es ganarme unos billetes con la guitarra.

—Tú eres de los de apretar ¿no?

El policía gira medio cuerpo en dirección al interior del vehículo en el que está apoyado:

—Gabi.

—Con el calor que hace andando hasta el centro me muero yo jefe.

—Ya. Gabi.

—Es para currar.

—Sí joder ya me he enterado. ¡Gabriel!

Del interior del coche sale un hombre de paisano. Moreno, con barba.

—¿Tú vas para el centro o cerca?

—Sí.

—¿Te quieres llevar aquí al amigo?

—Adónde vas.

Un cliente de la gasolinera al pasar mira al policía de paisano, se detiene:

—Usted es el policía del periódico, hombre, enhorabuena.

El de la guitarra los mira con desconfianza. El cliente le tiende la mano al policía:

—Gabriel Muñoz, ¿no? Lo he visto en el periódico. Salvavidas.

—Sí. Ya.

Se aleja el cliente en dirección a la tienda. El de la guitarra pregunta adulador y desconfiado:

—¿Es usted famoso? ¿Ha pillado a muchos malos o qué?

—Venga, que tengo prisa, si quieres que te lleve.

Llega con un periódico el hombre del mono verde. Bartolo, murmura el de la guitarra.

—Hombre fírmenos usted, esto no lo tenemos todos los días.

El del mono verde despliega el diario *Sur*. En la primera página aparece a cuatro columnas una foto del policía que ahora va de paisano. UN POLICÍA SALVAVIDAS. El de la guitarra se sorprende y exagera su sorpresa.

—¡No vea! ¡Eso qué es! A todo plan —se dirige al de uniforme, que sigue apoyado en el capó—: Jefe aprenda usted.

—Bueno deme usted un boli, parece que estamos aquí de carnaval —el policía de paisano quiere abreviar.

El de la guitarra intenta leer:

—Un policía salvavidas Gabriel Muñoz, un agente…

—Quita coño —el del mono verde lo aparta.

—Tranquilidad, hombre —el policía coge el bolígrafo que le tiende el otro empleado de la gasolinera, que mira alternativamente al policía y el periódico como si aún no comprendiera que ese hombre pudiera estar en dos sitios al mismo tiempo.

El de la guitarra retoma la lectura:

—… agente … que estaba fuera de servicio, rescata a dos jóvenes bañistas a punto de ahogarse en la playa de la Misericordia. ¡Coño! ¡Jefe!

—Muchas gracias —el del mono verde observa la firma orgulloso, como si fuese él quien hubiera rescatado del mar a los dos jóvenes.

—Venga, nos vamos, dime adónde vas —el policía de paisano empieza a andar en dirección a un coche estacionado en la sombra.

—Si me deja usted un momento un momento solo que llame por teléfono se lo digo.

—Pues llama.

—No o sea usted me presta el teléfono un momento yo no tengo. Un momento, saber dónde está mi colega y cuelgo.

—Joder, tío —saca el teléfono de su vaquero—. Venga llama.

—Gracias jefe, Gabriel.

Raimundo coge el teléfono, mira la pantalla, mueve los labios:

—Seis cinco tres seis siete cómo era seis cinco tres seis siete dos.

—¿No te lo sabes?

—Sí sí ya ya. Ya.

Acaba de marcar. A la cuarta o quinta señal descuelgan.

Es una zona peatonal entre bloques de tres pisos con un par de bancos de madera al sol y unos arbolillos que apenas pueden respirar, al final de la calle Archidona.

El móvil se estremece en el bolsillo del Tato reproduciendo el sonido de una alarma antiaérea.

El Tato está sentado en un poyo que sobresale de la pared pintorreada de grafitis KUKI ANAIS, mira el número desconocido y desliza el dedo sobre la pantalla:

—¿Quién eres?

—Raimundo. ¿Está contigo el Eduardo?

—¿Dónde te metes?

—Que tengo bulla, ¿está el Eduardo contigo?

—Está con el Juanmi.

—¿Quién? Pero ¿ahí? ¿Está contigo el Eduardo?

—Sí ahí, aquí.

—Llámalo, dile que se ponga rápido.

—¡Chinarro! ¡Chinarro!

—Dile que se ponga.

—Ya viene joder. ¡Chinarro! ¿Tú dónde estás?

—Aluego te cuento, no te veas el marrón. Un tío lleno de hormigas tirado en mitad del campito.

Eduardo Chinarro se ha levantado del banco en el que estaba sentado con el Juanmi y con la Penca y se acerca al Tato con calma. Coge el teléfono:

—¿Qué haces Rai? ¿Dónde estás?

—¿Tú dónde estás?

—En Portada con el Tato, el Juanmi y la Penca.

—¿En Portada? Coño, íbamos a ir a currar.

—Natural, ¿tú dónde estás? Se me ha pasado la hora, no veas la papa que tiene…

—Pero tú qué haces ahí, joder.

—Hasta han venido el Oreja, el de los Dalton.

—Vale vale.

—Los Dalton, Rai, ha sacado la pipa y se la ha puesto en la cara al Juanmi. ¿Tú dónde estás?

—Voy para allá.

—No veas qué papa tiene el Juanmi.

—¿Ese quién coño es?

—¿EL Juanmi? Un colega de…

—Espérame ahí.

—Escucha, ¿entonces no voy al centro?

—Espérame ahí.

—¿Tú dónde estás Rai?

—Espérame ahí.

—Vale, ¿eh? Rai, Rai —Eduardo Chinarro se despega el teléfono de la oreja, lo mira rencoroso—. Se ha cortado o algo, Tato. ¿Dónde está el Rai?

El Tato da una calada profunda al porro, retiene el humo.

—No sé.

—Viene para acá.

—Jé.

—Eso me ha dicho.

—Uah —el Tato expele un leve vaho azulenco.

—Parece que me se va a meter fuego la cabeza los pelos, el calor que hace ¿no Tato?

Eduardo abre la boca desdentada, se da la vuelta y mira hacia donde están el Juanmi y la Penca. Sonríe Eduardo, se acaricia la perilla rala. Da dos palmadas, un zapatazo y con su voz rajada empieza a cantar, la cara torcida y las venas del cuello infladas:

—Tiene mi Cuba un son y una cantina…

—¡Coño Eduardo! —protesta el Tato—, no empieces coño.

—El hijoputa qué arte —el Juanmi se ríe desde el banco en el que está medio tumbado.

—Como no te calles sí que van a venir los Dalton, embustero.

Se vuelve indignado Eduardo:

—Pero si han estado, Tato, antes de que vinieras tú, ha estado el Oreja o su hermano y ha sacao la pipa y le ha dicho al Juanmi Te callas o te meto la gorda.

Eduardo camina torcido, con las piernas zambas, murmurando con una leve

entonación musical:

—Hecha de caña y ron y agua marina —levanta la voz, cambia el tono—: Juanmi, ¿a que te has cagao cuando has visto la pipa Juanmi?

Se sienta al lado del Juanmi y le da una palmada en el muslo. El Juanmi es enjuto, esmirriado, y tiene el pelo lacio y lamido enmarcándole las mejillas. Pecoso y medio rubio.

—Te has cagao.

—No ves, todavía estoy de temblando —el Juanmi levanta la mano la sacude con un parkinson exagerado.

—¿Que no, Penqui? Dice que no.

La Penca alza una ceja al tiempo que da una calada a su Marlboro, se despega la camiseta amarilla de tirantes y se la sacude para darse aire. Se sopla el escote, entre el humo se le ven los pechos, un tatuaje verdoso, un pájaro, cerca de un pezón:

—Cómeme el coño, Eduardito —mira a un lado—: ¡Uh! la Segueta, ponte derecho Juanmi que viene la Segueta.

Mira Eduardo en la misma dirección que la Penca, se ríe, imitando a los niños en el colegio:

—Ponte derecho.

Viniendo desde los bloques del fondo se aproxima una mujer, está cerca del banco y ha oído lo que han dicho la Penca y Eduardo. Es la madre de Rafi Villaplana, el Marqués de Portada, el Caracartón, el Chico de Oro y todos los motes que la ocurrencia del barrio va añadiendo al fulano. Todavía se acuerda la Penca del día que detuvieron a su hermano la primera vez, cómo la Segueta llegó a su casa con las bolsas de la compra, a fisgar, sin sujetador, con los cántaros allí colgando, estirando con su peso la camiseta manchada, con lamparones de aceite o de lo que fuese. Con la media fila de dientes inferiores asomando y la otra media encía completamente desnuda. Más impúdica que si enseñara el coño, decía el del quiosco.

La Segueta lleva la boca entornada, mostrando la herramienta rara de los dientes, le bambolean las ubres y arrastra un carrito de la compra viejo. Azul y destartalado como un baúl. Se detiene un par de metros antes de llegar al banco en el que están sentados la Penca, Eduardo y el tal Juanmi. La Segueta es baja, tiene la cara ancha, los ojos y las pestañas juveniles en medio del caos, el pelo rubio platino desteñido.

—A vosotros os va a ir muy bien en la vida, y a ti ni te cuento Aurori.

Aurori, la Penca, mantiene la mirada al frente, molesta.

—Tu madre iba a estar contenta viéndote.

—Anda que la tuya —susurra la Penca y fuma.

El Juanmi contiene la risa, se dobla en el banco, blando, descoyuntado.

—Sí tú ríete anda. Seguro que a este también lo habéis sacado de la universidad por lo menos.

—Como a ti —murmura la Penca, tira la colilla, la pisa, se sacude el escote amarillo, asoma el pájaro verde—, a Oxford que te vas a volver cuando hagas la compra.

El Juanmi estira las piernas como en un espasmo, las encoge, se dobla y desdobla queriendo contener la risa o haciendo ver que quiere contener una risa que no tiene.

—Uh ¿esta quién es tío? ¿La novia de Drácula? Uh qué risa.

—Poca vergüenza. Qué poca tenéis.

—No te pases, Juanmi —recrimina Eduardo—. Coño, joder, Juanmi.

—¿Has visto a Mariano? —la mujer de Mariano, la Segueta, Encarnación Molledo, Encarni, Encarnita, la madre de Rafi Villaplana, la de las tripas sonoras, la novia de Drácula, le pregunta a Eduardo—. ¿Lo has visto esta mañana?

—Estaba en La Amistad, Encarni, hace un rato.

—Con la cervecita.

—No sé Encarni. Estaba durmiendo. ¿Y tu Rafi?

Encarni, Encarnita, la Segueta se ha puesto en marcha, el carro de la compra parece que se ha reblandecido con el calor:

—Mi Rafi trabajando que es lo que teníais que hacer vosotros no ahí.

—¿No tiene turno de noche Encarni? Hace mucho que no lo veo.

La Segueta se para y muestra el espectáculo de la encía y los dientes:

—El Rafi es jefe de personal y el jefe de personal no tiene turno de noche ni de nada es jefe de personal. Eso aparte de sus cosas.

—Jefe, no veas el Rafi qué pera, pero sigue trabajando en el hotel Los Patos, ¿no, Encarni?

—Es el faraón del hotel que no te enteras, Eduardito —la Penca levanta la barbilla mira con los ojos entornados el reflejo del sol en los cristales de una ventana, la de su casa.

La mujer va avanza y despotrica bajo el sol, babosea las palabras Envidia,

envidiosos, verdes de envidia, y allá se va con el doblar de campanas insonoro de sus tetas, el carro reblandecido por el sol, su pelo descolorido brillando como el aura de un santo. La Penca piensa en su padre detrás de la ventana, durmiendo, ese cerdo. Imagina la casa a esa hora, el sofá con las borlas y los flecos gastados, el Yubri, su hermano, metido en el cuarto de baño, sentado en la diminuta bañera, ocupándola entera con su cuerpo carnoso, los granos y los pelos en la espalda, el Kuki echado delante de la puerta esperando que alguien lo saque, el fregadero atorado, la foto de su madre muerta, dos rosas de plástico engarzadas en el marco. Abre la boca la Penca, traga una bocanada de aire abrasador, levanta la vista aún más, los pájaros alocados «Pronto se mueren», hace tanto calor que todo parece irreal,

¿En invierno esos pájaros se mueren, Tato?,

y el Tato levanta la vista a su vez,

Se van,

«Se van», Eduardo se pone de pie, se estira levantando los brazos al cielo, parece que quiera despegar la cabeza del cuerpo por la forma en la que se retuerce,

Tato, ¿te ha dicho a ti el Rai cuándo va a venir?,

niega el Tato apoyado contra la pared,

Parece que te van a afusilar ahí puesto Tato,

el sol, la Segueta es una figura neblinosa, cruza entre los coches aparcados, va camino de La Amistad y allí, en la puerta de la tienda, encontrará a su marido con la cabeza torcida, igual que si le hubieran disparado en la sien y gorgojeara con los espasmos de la muerte, roncando en la acera, sentado en la silla metálica que el Palmiro, el dueño de la tienda, le presta, con el periódico, que también le presta, posado en el regazo,

¿Dónde se van, Tato? Los pájaros,

el Tato se encoge de hombros,

A tomar por culo,

dice, y escupe,

Tarírarí,

Eduardo cierra los ojos, alza las manos, palmea a la altura de su cabeza y entona,

Tarírarí,

los árboles escuálidos siguen en posición de firmes al lado del banco en el que están sentados, sin que apenas su ridícula y vertical sombra los alcance, las

ambulancias llegan a los hospitales y sus sirenas penetran agudas por el tímpano del aire caliente, «Portada Alta aquí nací», los mataderos con el riachuelo de sangre y agua corriendo por el canalón, el vapor como una gasa que se te pegaba al cuerpo y él allí en medio, una colilla en los labios y el animal a sus pies, con un espasmo casi cómico en las patas, «Así lo vi», así vio Aurora, la Penca, a su padre, el día que fue a decirle que su madre había muerto, la barba de tres días, los ojos más saltones que nunca, los tirantes de la camiseta con hilachos, los pies allí metidos, el pequeño arroyo de agua y sangre bordeándolos. El matadero, los hombres se desangran, corre la sangre por tuberías finas, cánulas, tubos, filamentos, salpica por el suelo de los quirófanos, empapa los algodones, mancha las sábanas, se duerme en bolsas de plástico en la oscuridad de los frigoríficos hasta que vuelven a sacarla y conducirla como una serpiente por otros tubos, por otras venas, Mamá, le dijo, y el padre comprendió con el cuchillo en la mano, la sangre marrón en el pecho, la madre muerta, los mataderos, aquellas sombras azules de los animales despellejados, los trenes que cruzan los campos vacíos,

Tirírarí,

en el tubo blanco del AVE Céspedes bebe en el vaso de plástico, el hielo diluyendo el whisky y él mirando los ojos rasgados de Carole y volviendo a pensar «Cómo me gustaron siempre, cómo me gustaron esos ojos», unos ojos que nunca había visto hasta la madrugada anterior pero que siempre lo habían habitado, o eso sentía o quería sentir ahora, eso o algo parecido sintió en medio de la noche cuando ella lo miró entre irónica e interesada, la ironía como una forma esquiva de aproximación, como un reto, esas pupilas, esa almendra estrecha del ojo, y el tono de voz acoplado a la mirada, los árboles negros en el jardín, el resplandor de la piscina y las voces que se cuarteaban allí abajo, y él ahora, viendo correr el campo amarillo por la ventana, apenas una franja borrosa partiendo el cristal, un cuadro de Rothko, el cielo, el campo, los muertos que viajan en el vidrio,

Tarí,

Tus muertos, Eduardo coño, ¿no te ibas ya?

Cómo me voy a ir, sin la guitarra dan menos, Tato, fueraparte que el Rai me ha dicho que lo espere aquí tarí tarírarí,

el Atleta saca de debajo del colchón el cuaderno de las tapas azules, se tumba en la cama, pasa las hojas y desea que su vida sea eso, un tren que lo aleje de allí, ir perdido, ir sin rumbo, tener una vida y conducirla, tener problemas, tener desengaños, subir, bajar, pero no esto, no esta casa hincada en ninguna parte, con gente que hace mucho que renunció a todo, maniobrando en un callejón sin

salida, esperando los días como una colección de sobres vacíos, el tren, 294 km/h, una monotonía de olivos que de pronto se interrumpe en la ventana y un muro de arcilla de color naranja avanza súbitamente contra el vagón y parece que se le va a echar encima, a entrar en el tren y devorarlo, «La ballena de Jonás», Céspedes respira, los cementerios pequeños, una sensación de carricoche, el mundo que avanza y se aleja, «Jugando con nosotros como un yoyó, y cuando quiera, sin que se oigan sus pasos ni veamos su sombra, nos habrá engullido, y no estaremos y no sabremos que no estamos puta barata filosofía»,

Tato ¿no sabes si el Rai estaba?

Que no, coño Eduardo, que no me ha dicho dónde estaba

las ambulancias, el calor, la Segueta mira a su marido, duerme, ronca, el sol le abrasa los pies, tiene los zapatos en chancla, la protuberancia verde y morada de las venas, la doctora Galán también mira su cara reflejada en un vidrio, ha visto llegar la ambulancia, sabe que es esa y sabe que quien va en ella es Dioni comido por las hormigas, comido por él mismo, camina por el pasillo como si también el suelo y las paredes fuesen de vidrio, esa luz de los enfermos, lee el Atleta, mira lo que ha escrito días atrás, *Mi padre apareció una noche con unos peces de color naranja, sujetaba un tarro grande contra el pecho y yo, todavía dormido, pensé que los peces estaban nadando por sus pulmones, por dentro de mi padre*, levanta la vista del cuaderno, «A lo mejor alguna vez yo pueda escribir algo que no sea mentira, algo como este aire que está en la habitación y que yo respiro», la doctora Galán no ha querido ir a la recepción de urgencias, prefiere esperar en la sala de paradas, Ramiro está a su lado sin mirarla, observa la cama, el doblez de las sábanas, los sueros intravenosos, los fármacos vasoactivos, *Y lo miré, lo miré como si mi padre se hubiera muerto y viniera a revelarme lo desconocido, los peces que nadaban por su pecho transparente, pero ni siquiera eso*, el Atleta oye el rumor de la televisión, una voz que anuncia el fin del mundo, la Segueta toca el hombro de su marido,

Mariano, Mariano,

lo toca con repulsión, como si de verdad fuera un cadáver, y el marido abre un ojo viniendo del más allá,

Pasan trenes, son la música de los muertos, pasan trenes vacíos,

Céspedes tiene la voz grave, Carole lo mira con una ceja alzada y él sigue recitando los versos del poeta Soto,

Pasan trenes vacíos, sí es así, pasan trenes vacíos, van a los puertos donde

aguardan las horas,

Mariano abre la boca como un pez, la cara enorme, rubicunda, los ojos pequeños y verdosos, calvo pero con una brocha rala y canosa en la frente, Mariano se recompone en la silla metálica, los tubos calientes, los listones de aluminio hincados en su carne de cincuenta y nueve avejentados años, tose y sonríe bajo la mirada de desprecio de su mujer,

Van a los puertos donde aguardan las horas, las horas que no tengo,

Dame dinero,

dice Encarnación, Encarnita, la Segueta, y Mariano muda la sonrisa por una expresión desabrida,

¿Dinero?

Céspedes mantiene una sonrisa triste, los ojos de Carole entran en los suyos, por un momento se limpian de cinismo. La Segueta se reafirma, muestra el despropósito de sus dientes,

Sí dinero, eso que tengo que dar en la tienda si quieres comer, dinero, lo que echas en la máquina,

se agacha, bufa Mariano intentando ponerse los zapatos, el dedo índice a modo de calzador, la voz desde allí abajo le suena a ronquido, como si de nuevo se hubiera quedado dormido,

Yo dinero no me queda, te di, te lo di la semana pasada y ayer los veinte euros, ¿no te ha dado nada el Rafi?

la Segueta zarandea nerviosamente el carro de la compra, la lona azul, blanda de calor. Se asemeja la lona a los párpados emporrados del Juanmi,

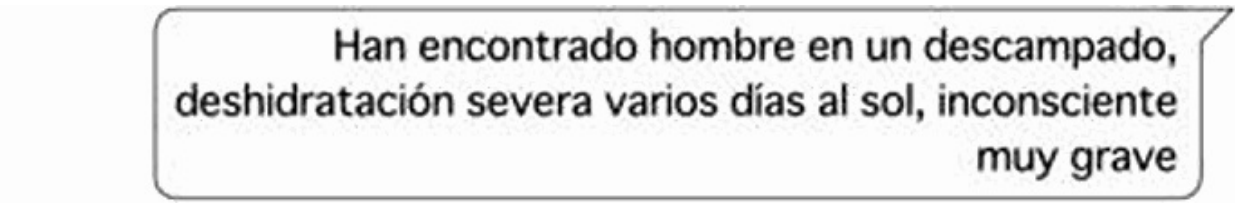
¿Veinte euros? Quince, y antes de ayer, ayer no, nada. Te lo has gastado en la máquina, otra vez el dinero en la máquina que pareces medio, con las frutitas medio tonto, y el Rafi está trabajando no está en la casa y le hace falta para lo suyo, con lo que tiene, Sí, sí, sí, dice congestionado Mariano, incorporándose en la silla, dejando por imposible los zapatos, el talón en chancla, el cuero plastificado de los zapatos como un animal rebelde, de nuevo doblado, sí, sí, sí, Mariano maldice su suerte, la Niña tendría que trabajar, el Rafi tendría que aportar, y el Migue aportar más de lo que aporta —le gusta el verbo aportar, le parece distinguido, le confiere una superioridad aristocrática, es hombre de estudios, siempre recuerda su diploma de bachillerato como un título olímpico —, más de lo que aporta, ya son mayores, ya todos sois mayores, a mí tendríais que dejarme en paz. Son las palabras de siempre, la voz de siempre y la mirada de siempre de su mujer, la boca entreabierta de la Segueta. En el tren Carole

entiende que con ese hombre solo vale el camino de la ironía, el dulce cinismo, entiende que para hablar de otro modo tendrían que volver atrás los dos, volver al punto de la madrugada anterior en el que cada uno lanzó al otro la primera palabra, tal vez la primera mirada, ya de nada vale otro camino, sería echar abajo el débil castillo de naipes que desde anoche han venido montando con su, en el fondo, absurdo esgrima y quedarse en el vacío, así que Carole hace un quiebro mental, se olvida de aquello que dicen los versos que, equivocándose o intencionadamente amoldándolos a su conveniencia, acaba de recordar Céspedes y le dice ¿Con lo mayor que eres y todavía haciendo versitos, Céspedes?, y Céspedes, que ha comprendido el juego y el razonamiento interno de Carole, responde en consonancia, Ya ves, el whisky, que me devuelve a la juventud, A la adolescencia por lo menos, le responde ella y él asiente y mira de nuevo el paisaje borroso, el aullido silencioso de la velocidad, *ni siquiera los peces podían nadar ya en el agua estancada de aquel pecho, abrían la boca y se ahogaban. Así los vi en los días siguientes, flotando en el agua, el vientre blanco, y así vi los ojos de mi padre, la barba sin afeitar y los pelos de enfermo, una aguja hundiéndose en una pecera*, la ciudad también es un aullido silencioso, y los que la habitan también pueden ser agujas hundidas en la corriente de un río, la Penca se pone un nuevo cigarrillo en los labios, entorna los ojos, las hojas de los árboles cuelgan sobre ella inmóviles, tensas, las ruedas de la camilla que llevan al hombre del descampado producen un leve chirrido en el silencio de esa parte del hospital, *una aguja hundiéndose en una pecera*, se apartan los visitantes y los sanitarios miran de modo profesional el paso de Dionisio Grandes Guimerá y sus hormigas camino de la sala de paradas donde lo aguarda su mujer, el paso de los condenados, fuma la Penca, levanta la vista a los pájaros el Tato, lee el Atleta, zapatea Chinarro,

Tarírarí.

El coche de Julia Mamea abandona el garaje de su edificio por el lateral de la calle Compositor Lemberg Ruiz. La luz aparece ante ella como plata fundida. Tantea la guantera en busca de las gafas de sol. No las encuentra. Tanta luz. Aún lleva el pelo mojado de la ducha, ondas oscuras que con la humedad viran al negro y a veces incluso a algún tipo de azul o morado profundo. Toma la avenida Obispo Herrera Oria en dirección oeste.

Después de hablar con Ana se ha vuelto a quedar dormida. No sabe cuánto tiempo. Antes de salir de su piso ha recibido dos mensajes de Ana:



Y un minuto después el siguiente.

«Ella sabía que iba a pasar yo también, en el fondo, se sabía, es él, Ana está convencida, será.» Y lo imagina. Julia imagina el cuerpo de Dioni tirado en un solar, el que ella conocía en un lateral de la calle Martínez Maldonado y que en nada se parece al descampado abierto y lleno de montículos y rastrojos en el que realmente ha aparecido el marido de su amiga. Imagina los ojos grises y la sonrisa de Dioni, esa sonrisa triste y un poco alelada, una máscara detrás de la que ese hombre se refugiaba. Igual que si pusiera el letrero de CERRADO en su cara. «Todo esto por follar, por eso todo ese dolor, qué más da que más da al final con quién lo hiciera, se va a morir, se puede morir por eso, porque a los demás no les parece bien dónde o con quién lo hace, los genitales de quién le gusta tocar o lamer, estamos locos algún día lo verán claro.»

Julia abre la ventanilla en busca de aire. Una llamarada de calor, un aullido candente se cuela desesperado por la ventanilla. Sube el cristal, cierra. Se aparta el pelo de la mejilla, «Me lo corto y me lo decoloro», se mira un instante en el espejo retrovisor y se imagina con el pelo corto, sin color, amarillo pálido, ¿sus rasgos resaltarían? Las arrugas finas alrededor de la boca. Cuarenta y seis cumplidos el mes anterior. Un coche la adelanta aparatosamente por la derecha, veloz, el conductor le hace gestos. «Idiota. La boca, los rasgos parecidos a los de Céspedes.» Piensa que quizás tendría que enviarle un mensaje más a Céspedes. Quizás darle algo más de tiempo. «Que cabrón cuando le da la gana.» Siente ganas de volver a abrir la ventanilla, el aire acondicionado apenas enfría. Se contiene. «Nunca me he querido ilusionar, siempre lo he sabido yo también desde el principio, y él a su modo fue honesto, ha sido honesto dentro de lo deshonesto que es. Sí desde el primer momento me lo dijo no me ocultó que estaba casado, con eso él pensaba que ya estaba libre de todo, de culpa, de responsabilidad, qué capullo.»

Se conocieron en la consulta del veterinario cuatro o cinco años atrás, Julia

con el cachorro que le había comprado a su hijo, Céspedes con el suyo, casi una hora de espera, hablando, no del clima ni de los nombres de los perros ni de mascotas anteriores, sino de modos disparatados de pasar esos tiempos muertos. Céspedes divertido, sensible, proponiéndole que en su condición de enfermera vacunara los perros y se fueran de allí.

Y allí volvieron a coincidir un mes después. Celebraron la casualidad como una obra del destino y fue ella quien entonces le dijo que le gustaría pasarse por el despacho de él, para hacerle una consulta. Se arregló con esmero ese día. Se pintó los labios en el ascensor mientras subía al despacho. Al ver el carmín, Céspedes supo que aquello era una señal, un mensaje escrito con barra de labios y destinado a él. Sin embargo, hasta el momento de despedirse no mostró más interés que el de explicarle las soluciones al asunto inmobiliario que ella trataba de resolver. Julia, decepcionada, cuando ya se iba, pasó el índice por un libro que había sobre la mesa y leyó el título. *Ventajas de viajar en tren*. Qué gracioso, ¿es una novela?, preguntó. Sí. ¿Está bien? Creo que sí, no la he empezado, pero he leído otras de este escritor, muy interesante, si quieres te presto alguna. Julia, desganada, respondió que sí, Céspedes le dijo que no tenía allí los libros, solo los de trabajo y algo que estuviera leyendo, pero que podían quedar en su estudio, donde podría elegir entre unos dos mil libros, Un refugio en Cánovas del Castillo, allí voy a leer, a no hacer nada, mirar las grúas del puerto, los barcos que se van. Muy bien, y ¿solo miras los barcos que se van, no los que vienen? Sí, solo los que se van. Muy romántico eso ¿no? No no creas, pero con eso del romanticismo me has dado idea para un libro que te va a gustar. A mí cosas de gente con capa y dramones no me des. No descuida, es del barrio de Salamanca, con burgueses del siglo veinte, una maravilla.

Julia tiene a su derecha los terrenos de la Ciudad Deportiva, el muro verde del frontón, los árboles asomando por encima de la valla. «Habrá llegado, Ana ya sabe, ahora sí sabe.» Está detenida en un semáforo. Una mujer obesa camina con los brazos despegados del cuerpo al lado de una chica joven, se ríen las dos. «Treinta y ocho grados y como dicen los capullos sensación térmica de cuarenta y tres.» Se abre el semáforo.

Céspedes y ella en una habitación pequeña, forrada de libros. Junto a una mesa con varias columnas de volúmenes amontonados. Julia estaba hojeando el libro que Céspedes le había ofrecido, los dos de pie, uno al lado del otro. Y así, con el cuerpo de Céspedes a unos centímetros del suyo, giró el libro y leyó en la contraportada **La alta burguesía madrileña se despereza tras la muerte de Franco**, volvió a pasar las páginas, alzó la vista, Me lo llevo, y él se giró

levemente, sin enfrentar su cuerpo con el de ella, solo lo suficiente para situar la cara ante la de Julia y acercarla despacio mientras ella decía Yo no he venido a esto y empezaban a besarse. Ella con las suficientes ganas como para que él pensara que lo estaba deseando desde que se habían visto en la consulta del veterinario.

Nuevo semáforo. A la izquierda los edificios chatos de Portada Alta, a la derecha, bajo el toldo naranja de un establecimiento con un rótulo que indica BAZAR ALIMENTACIÓN LA AMISTAD una mujer con el pelo desteñido está de pie junto a un hombre sentado en una silla metálica, de las que ponen en las terrazas de los bares. La mujer mueve la boca como si mascara chicle y tiene a su lado un enorme carrito de la compra, el hombre lleva los zapatos en clancla, protesta. Sabemos que son Encarni, a la que llaman la Segueta, y su marido, Mariano, el Mariano.

Él le había besado el cuello, había pegado el bulto duro de su entrepierna a la suya, había pasado la mano por los pechos, suave, todo suave, y la había mirado a los ojos antes de proponer, Ven. De la mano la llevó hasta la habitación con las persianas bajadas, formando una suave penumbra, y ella pensó «Lo tenía preparado», la cama hecha, todo en orden. Y ella pensó, mientras él desabotonaba su blusa, mientras pasaba las yemas por su sujetador satinado, el relieve de los pezones, pensó cómo iba a actuar, si se dejaría hacer, sintiendo el placer agradable de ser penetrada, disfrutando moderadamente, o si le explicaría lo que ella necesitaba para llegar al orgasmo. «Depende de cómo sea todo, de cómo sea él», pensó Julia, pero cuando, todavía de pie, abrazados, él pasó las yemas por encima de su pubis, y lo apretó con una dulzura firme, cuando apartó la braga y se entretuvo, con una delicadeza, con una paciencia de relojero, en acariciarla, empapando, hundiendo los dedos lentamente en ese limo viscoso, decidió que sí, que ese día, sin importar que fuese el primer encuentro, ella también iba a querer su recompensa, su placer absoluto.

Avanza por esa calle envuelta en luz blanca, cada vez más despejada de edificios, Julia vuelve a recordar a Dioni, en el último cumpleaños de Ana, la melancolía de sus ojos grises, y se pregunta cómo habrán sido estos últimos días, si ha deambulado de un lugar a otro, si lo han atacado, si todo es un accidente o un intento de suicidio, penando por su homosexualidad encubierta, vencido después de un acoso de años.

Se lo dijo a Céspedes como se lo había dicho a tantos otros después de que él la hubiera estado penetrando, experto, utilizando casi todos los ritmos posibles, mirándola a los ojos pero sin afán interrogador, disfrutando del deseo, sin querer

que este se extinguiera. Esperó a un momento de baja intensidad, las dos bocas muy cercanas, las miradas conectadas, un halo de complicidad, de alegría.

Yo para correrme tengo que hacerlo de una forma especial ¿quieres, probamos? Él retiró la cara, con las cejas hizo un gesto inequívoco de aceptación al tiempo que preguntaba, Qué crees. Julia se detiene en la entrada de la rotonda Sandro Botticelli, una luz aplastante empalidece los cilindros de colores que hay allí, giran los automóviles como en un tiovivo. Entra en la rotonda y continúa la avenida en dirección al hospital. Hilera de árboles, nueva rotonda, sol blanco, edificios a lo lejos, la ciudad empezando a desmembrarse.

Tienes, tú tienes que ponerte así boca arriba —Céspedes obedeciendo, Julia tendida de lado junto a él, un codo en la almohada, poniendo uno de sus pechos cerca de la boca de Céspedes— así y yo me pongo pegada a ti, así y tú, tú metes la mano pasas el brazo por debajo de mí —arquea la cadera Julia, un olor lejano a cítrico— y metes la mano por detrás así así metes un dedo me metes un dedo —toda humedad, una herida abierta— y otro dedo atrás dentro así sí así sí y me chupas el pezón chúpame la teta —le mete el pezón en la boca, se pasa los dedos por la boca y se los unta de abundante saliva, experta— mientras yo te pajeo la polla dura así así sí ay sí así ay qué dedos sí así así dame así dame así —sorbe con la boca, se filtra el aire entre los dientes como un silbido a la inversa y Julia se mueve suavemente repitiendo el sí entre susurros mientras Céspedes mueve los dedos, entra sale, se esfuerza y chupa el pezón, lame, muerde suave, y Julia, tensándose, va repitiendo el siseo hasta que se le convierte en una especie de aullido ronco, silenciado y espasmódico, intenso y maravillado. Como si hubiera sido la primera vez que conquistase esa dimensión del placer.

Eso es lo que verdaderamente te hace única, ese inmenso regalo que le haces a un hombre al correrte de ese modo, le dijo, años después, Céspedes. Poético.

El ascensor tiene un espejo artificialmente envejecido, unos dorados que quieren darle al elevador un aire de distinción que por otro lado le restan el traqueteo exagerado, un siniestro ruido de cadenas y el lejano zumbido de un motor que amenaza con el colapso.

Ismael ha ganado el fondo del cubículo, consciente de que quien lo ocupa reina en el ascensor. Tiene a su madre de perfil, mirando con la vista perdida hacia la parte baja del espejo. Lleva los hombros desnudos, media espalda desnuda, con ese vestido de gasa estampado en naranja que Ismael odia, una cesta de cáñamo colgada de la que asoma el pico de una toalla de color rosa. La playa. Ismael la observa desde su altura. Le mira la nuca, el cuello

completamente visible, luciendo ese corte de pelo que a él tanto le desagrada. Lo ve como un insulto, como una ofensa, a él, a su familia, al mundo «Una puta», la tersura de la piel y el pelo recortado en la nuca, largo por los lados, cayendo en ondas «Mira al suelo mira como una oveja la hierba que te vas a comer entre las piedras y ahora te vas a poner boca arriba en la playa como te vi ese día tirada en la arena».

Aquel día Ismael vio a su madre tumbada en la toalla, dormida, las gafas de sol torcidas sobre los ojos y la parte superior del biquini suelta, los lazos que debían sujetar la prenda al cuello intencionadamente abandonados sobre el pecho y un pezón asomando bajo la copa desplazada de su lugar. Ismael de pie en la arena, haciendo sombra sobre la cara de su madre y ella sin inmutarse, con la boca entreabierta, respirando profundamente, recuperándose de su turno de noche «Y cualquiera sabe de qué más y todo el que pasa mirándola, parece que está dormida después de echar un polvo». Estuvo tentado de sacudirla con el pie. Pero después de mirarla durante más de un minuto se dio la vuelta, se introdujo en el mar caminando, como si lo hiciera por la calle, y cuando el agua le llegaba a media cintura se hundió doblando las rodillas, se sumergió por completo e inmediatamente se dio la vuelta y salió del mar. Y ya sin volver a dirigir la vista hacia donde estaba su madre, siguió caminando por la orilla en dirección a Sacaba, buscando al Canijo.

En el ascensor:

—Cuántos años tienes, mamá.

Amelia, sin mover la cabeza, con la barbilla baja, levanta las cejas y mira a su hijo, que no sonríe como ella esperaba, sino que la mira serio, sin que se sepa si lo que ha enunciado es una pregunta o una consideración.

—¿No lo sabes?

Ismael niega con la cabeza, mira los hombros desnudos de su madre y ella siente un pudor oscuro, vergonzante, lamenta no llevarlos cubiertos. El ascensor da una fuerte sacudida y Amelia se siente liberada, agradecida por ese brusco aterrizaje que le infunde ánimos.

—Lo puedes mirar en el carné de identidad cuando te dedicas a registrar mis cosas y mi cartera.

—La miré una vez la abrí y no miré nada, quería ver…

—Sí ya. ¿Y a qué viene ahora los años que tengo?

«No te enteras no te enteras no lo coges, los años que tienes para no vestirte así, que no te enteras, tú sí que no sabes cuántos años tienes.»

Caminan hacia la puerta del edificio. Amelia delante, la espalda dulcemente divida en dos dunas bronceadas y lisas. Ismael detrás, mirándola con cara de odio, asomando la hilera de dientes inferiores al hablar.

—Quería ver si te había tocado el cupón, por eso te abrí la cartera, lo que me importa a mí lo que tú tengas, no veas lo que me importa.

—Pues entonces no sé para qué tienes que mirar.

La calle aparece como una mancha blanca y descolorida detrás de los cristales de la puerta.

—Coñazo.

—Sí, un coñazo es que te registren el bolso que te abran la cartera y te espíen el móvil.

—El móvil, como que no nos dijiste nada más comprar el nuevo lo de tu clave, lo de la huella del dedo.

Amelia ya con el pomo de la puerta en la mano se detiene y se vuelve a mirar a su hijo:

—Os lo he dicho no. Te lo he dicho a ti nada más, Jorge no me registra ni me revuelve mis cosas.

—Que tú sepas.

—Sí y tener el teléfono así es precisamente porque te metías donde no te tienes que meter.

—Como si a mí me importara, ¿qué iba a ver? ¿Una foto de ese? ¿O tuya que no se puede ver?

Amelia no contesta, se detiene un instante para que conste el desprecio con que lo mira «Niñato de mierda hijo de puta cabronazo». Ismael le mantiene la mirada, haciendo ostentación de su indiferencia. Amelia abre la puerta y una bocanada de calor se apodera del portal, como si en la calle hubiese fuego y una nube de pavesas invisibles se hubiera colado en estampida.

La acera es un incendio, Amelia se agarra a las asas de la cesta, se baja las gafas de sol que llevaba encima de la frente.

—Nos vemos luego —alza una ceja Amelia—. Y haz el favor Ismael, haz el favor…

—Vale vale.

Se da la vuelta Ismael, empieza a caminar en dirección a la avenida Velázquez. La madre lo mira, hace un esfuerzo y todavía pregunta:

—¿Adónde vas? Ismael adónde vas.

Ismael se encoge de hombros, sigue caminando sin ni siquiera volver la

cabeza. La madre lo observa, se gira y camina en sentido contrario. Se cruza con Saray, la vecina de su rellano. Se hablan sin detenerse, cada vez en voz más alta mientras se aleja una de otra.

—Vaya día, qué terral ¿eh Amelia hija?

—De locos «Veinte años menos que yo y la puta manía de llamarme hija».

—Vamos a arder. Tú a la playita menos mal, las que podéis.

—Me lo he ganado, toda la noche de pie.

—Di que sí tú que puedes, adiós guapa.

—Hasta luego.

—¿Y el Ismael?

«El Ismael, anda y métete en tus cosas y en tu casa y que el gilipollas de tu novio te haga otra barriga.»

Amelia ya no contesta, finge que no ha oído. Ha llegado a su coche, pulsa el botón de apertura electrónica. Se quema con el tirador de la puerta. El coche al sol, recalentado, hirviente. Entra, se quema con el volante. Arranca y pone el aire acondicionado a la máxima potencia. Se sale del coche para esperar que sea habitable. A lo lejos, casi en el otro extremo de la calle, ve a Ismael detenido en la acera, inclinado sobre su móvil. Su figura solitaria, «Mi hijo». Prefiere no pensar. Entra en el vehículo a pesar de que apenas ha bajado la temperatura del interior.

DIARIO DEL ATLETA

(*Imaginación no rota por la rutina y la repetición, por la estadística) (por la ley de probabilidades) (es decir por los recuerdos, la memoria + lo imaginado)*

Cómo sería ir por la calle sin hacer otra cosa que ir por la calle. Ignorar, avanzar, sin pararse ante nada, no dejar que nada nos afecte (nos desvíe), ver cómo pasa todo sin detenernos como si fuésemos un tren marchando por su vía, todo lo que hay fuera son insectos chocando contra nuestra coraza, andar impulsado por una corriente una energía ajena o por lo menos mucho más fuerte que nuestra curiosidad (la curiosidad es un insecto más, dejarlo atrás). Avanzar sin hacer otra cosa que eso. Cumpliendo miserablemente los horarios.

Así van muchos. Muchos que conozco. O lo parece. (Como cuando corro en la pista, no hay nada más que la carrera, la zancada, el ritmo y la respiración, dosificar para poder correr más. Todo acaba y todo empieza en ti)

Los niños sí se detienen. No hacen otra cosa que detenerse. Observan agujeros, le dan la vuelta a un insecto que encuentran en el suelo, le arrancan

un ala, luego la otra, luego quieren que vuele. Miran su cara deformada en los tapacubos de los coches, en el guardabarros niquelado de una moto, se miran en las vitrinas sin acabar de reconocerse. Se resultan sospechosos a ellos mismos. Hacen muecas y se observan, como si ellos también fueran insectos, tratan de ver en los reflejos de los escaparates quiénes son, cómo son. Lo que les espera, o lo que no recuerdan.

Pueden ser cualquier cosa, todo está abierto. Casi abierto. Casi todo. Y sospechan, algunos sospechan. Los que no están demasiado aturdidos (los que no están seguros, esos).

Hacen bien en sospechar. Yo todavía no estoy seguro. Es mi pureza. Esa es la única pureza que tengo.

Me acuerdo de entonces. Aquella casa era mi casa, todavía digo mi casa a aquella casa en la que vive otra gente que no conozco. Era mi casa y al mismo tiempo era un túnel. Me acuerdo de la luz del patio, del sol dando en las losetas y calentándolas. Me acuerdo del calor, de cómo me quemaba cuando me quitaba la sandalia y ponía allí el pie y quería resistir. De toda aquella claridad y del sol rebotando en la pared blanca. Pero sobre todo cuando pienso en la casa me acuerdo de las habitaciones a oscuras. De gente durmiendo, respirando, mi hermana, mi madre, mi padre o algo que parecía que eran ellos echados en la oscuridad, cubiertos como bultos, de pronto movían un brazo o la cabeza sin ser ellos, se quejaban, eran ciegos perdidos en un conducto paralelo al que estaban sus cuerpos, en el que yo estaba, y de pronto abrían los ojos, alguien entraba en su cuerpo y me reconocían, a veces tardaban un segundo, y entonces decían ser quienes eran. Yo caminaba descalzo, las baldosas estaban entonces congeladas. Desde lejos miraba aquel mueble recto y seco de la entrada, con un espejo al que me daba miedo asomarme. A ese más que a los otros. El pasillo que lo dividía todo y donde a pesar de que nunca había nadie parecía que se concentraban todas las respiraciones de la casa, y de otras casas, de otros túneles.

Me acuerdo de un resplandor en la pared de mi habitación. Yo dormía con mi hermana. Las dos camas separadas por un agujero oscuro. El resplandor estaba allí todas las noches, temblando en la pared cuando mi hermana se dormía, el resplandor venía de la calle, iba avanzando despacio, hacia el techo (sé ahora que no podía ser, era la luz de una farola que había clavada en la pared de enfrente, clavada, fija y que no podía moverse, pero yo veía avanzar su reflejo igual que el agua derramada de una bañera avanza por el suelo, una lengua).

Estaba despierto. Estaba despierto y todo era posible. No era un tren, no era una máquina con una coraza. Me detenía en todos los lugares. No estaba en la pista, no estaba corriendo un 400. No sabía lo que era nada y nadie me lo enseñaba. Nadie me decía: Nadie sabe nada, disimula, debes disimular como disimula todo el mundo, solo te vas a enfrentar cara a cara con las preguntas un día, un día, un instante, y luego ya no estarás, no habrá ni pregunta ni respuesta, todo habrá acabado, pero hasta entonces disimula, finge, vive, respira, camina por el túnel como si hiciera sol.

Era inexperto. Ahora soy un experto en inexperiencia. Entonces, en ese tiempo, todo estaba vivo y era posible. También a pleno día. Veía una sombra pasar por la pared y la sombra podía ser cien cosas distintas. Un hombre, una mujer con la cara cubierta, alguien o algo todavía desconocido. Las sombras eran en sí mismas una pregunta. Las personas podían hacer cosas muy lejos de lo conocido. De repente tu casa podía convertirse en un árbol de llagas. Todo podía ocurrir. Un hombre pasaba por delante de la ventana y te llenaba de miedo, porque no lo habíamos visto con detalle, porque la lógica no había establecido sus cimientos y el mundo no se había solidificado. Lo que el hombre llevaba en la mano podía ser un cuchillo. Y el cuchillo para matarte. Mi padre entraba en la habitación y era un hombre, y una amenaza y un misterio, y los peces podían nadar por su pecho. Así es como lo vi o me pareció verlo cuando me desperté y lo vi en la entrada del dormitorio, en la penumbra. La cara borrosa, una cara que podía ser de cualquier otro hombre, y una luz que parecía venir de dentro de él y que era el reflejo de la lámpara del pasillo dando en el enorme tarro de cristal que llevaba entre los brazos, con peces de color naranja. Detrás de él había voces. Mi madre le decía que saliera, que me dejara dormir, y él se reía, sin entrar en la habitación.

Yo había visto a un hombre desangrándose al borde de la calle. Sentado en un portal, las piernas estiradas, lívido pero sonriente. Le faltaba un zapato y hacía pompas de sangre con la boca. Lo había atropellado un coche y más que herido parecía borracho, con los ojos entornados, medio inconsciente y como si se estuviera corriendo, con esa expresión, pero con las burbujas de sangre, y la gente que lo rodeaba y hacía muecas, gestos de malos augurios. Se salvó, no era grave y un día, unos meses después mi padre me lo señaló y me dijo Ese es el que viste atropellado y se salvó porque nada más tenía unas costillas rotas, aunque una de ellas se le había hincado en el pulmón, el pulmón es como la cámara de un balón de fútbol que se hincha y se deshincha y uno de los pulmones de ese hombre se pinchó como se pincha un balón de fútbol. Se salvó.

Dos o tres años antes mi padre me llevó a ver a un ahogado. Estábamos por los alrededores de la calle Salitre, se corrió la voz y él me cogió de la mano y me llevó hasta allí. Lo vimos desde el puente de hierro que hay en la desembocadura del río. Lo que yo recuerdo es estar apoyado en aquella barandilla metálica, viendo a lo lejos a unos hombres que iban y venían. Recuerdo montículos, una especie de dunas sólidas, oscuras, y en medio de ellas charcas con apariencia de ser profundas. Al ahogado, un niño decían, lo habían sacado de una de aquellas pozas y lo tenían cubierto con una lona. Yo pensaba que podría levantarse, que en cualquier momento aquel bulto podía retirar la lona y ponerse de pie, dejar de ser un bulto. Igual que hacían ellos mientras dormían. O a lo mejor es lo que ahora pienso al recordarlo. Pero lo que está claro es que esas cosas pasaban, que todo podía pasar en un instante. El niño estaba jugando en aquellos montículos y un rato después estaba quieto debajo de la lona. Te podías convertir en otra cosa. Luego el muerto fue mi padre. Un bulto en alguna habitación de hospital, paseado en una camilla, solo en un sótano. Un bulto que no vi. Era así. La gente podía estar de pronto sentada en un escalón haciendo pompas de sangre, desinflada por dentro, o tumbada debajo de una lona, o en un sótano. Mi madre de lo que hablaba era de la gente que se quedaba muerta mientras dormía, y que eso era lo mejor que podía pasarle a nadie. Todavía lo dice. Y si está cerca de mi abuela lo dice con más placer. Mi abuela está enferma del corazón. Toma pastillas, tiembla. Seguro que también ve sombras y bultos cuando por la noche todas las luces se apagan y escucha cómo respiramos los demás.

Julia avanza por la calle Jiménez Fraud, al fondo, entre los árboles, aparece el edificio del hospital. El último semáforo de la calle se pone en rojo. Es el que da paso al metro, en este tramo convertido en tranvía. Recuerda una mañana con Céspedes en el metro. No sabe por qué lo cogieron, una avería del coche, sí. «Nunca me engañó, nunca prometió ni como otros habló de divorcio, ni siquiera me dijo que no se llevaba bien con su mujer. Tampoco me dijo que había otras pero yo lo sabía, los sabíamos todo el uno del otro diciéndonos muy poco, todo lo que unos podemos conocer de los otros. Llegué a pensar que su mujer también lo sabía y miraba para otro lado. Ahora monta todo eso porque lo pilla follando y lo echa de la casa.»

Pasan los vagones del metro. Un hombre joven se queda mirándola. Se estremecen unos matojos secos al paso del convoy. Julia vuelve a ser consciente del calor que debe de hacer en el exterior. El semáforo se pone en verde. «Y con

lo de Ortuño tampoco me engañó, sabía que me iba a gustar, y lo hizo, y me gustó, me besaba y me miraba a los ojos cuando la mano del otro empezó a tocarme, aquella noche en el taxi, cruzando el túnel del Cerrado las luces pasando como un tiovivo, uno lamiéndome el cuello el otro modelándome una teta como si fuera arcilla, el taxista mirando por el retrovisor, le mantuve la mirada un segundo, lo suficiente, mientras Céspedes me abría la blusa, lo suficiente para que supiera que no me avergonzaba ni era una puta en horas de trabajo. Una señora, eso los pone todavía más cachondos.»

Julia aparca en batería. Una ambulancia se dirige a la zona de urgencias «No puede ser Dioni, si es Dioni el que han encontrado estará dentro, Ana con él».

Tiene razón, en esa ambulancia no va Dioni. Dionisio Grandes Guimerá ha llegado al hospital en una ambulancia desprovista de los medios necesarios para atender el estado en que se encuentra. No le han analizado la sangre, no conocen su saturación de oxígeno ni su nivel de iones. Por experiencia saben que el paciente es víctima de un desequilibrio electrolítico severo y que ha tenido pérdida de fluidos corporales, pero no pueden precisar cifras ni detalles. Mero transporte, poco más. Su mujer, Ana Galán, y el enfermero Ramiro González, esperaban en la sala de paradas.

Ana Galán esperó en silencio. Tenía las manos metidas en los bolsillos. Y cuando la camilla entró en la sala y vio el pelo, la frente, el arco de las cejas, confirmó que era su marido. Ramiro solo advirtió en ella un gesto involuntario del músculo orbicular de los labios, una contracción que se repitió de un modo más evidente cuando retiraron la sábana y aparecieron cientos de ínfimas hormigas caminando por la blancura de la tela y aún rebuscando en los pliegues de la piel de su marido, hurgando en aquella piel amarillenta y desecada.

A partir de ahí todo fue mecánico y rápido. Conocían a la perfección los pasos a seguir y hablaban menos que otras veces. Julia cruzaba con pasos rápidos la distancia entre el aparcamiento y la entrada de Urgencias bajo un sol agresivo, hiriente. El pelo pareció secársele de repente, de un modo súbito. A lo lejos vio la cara de la enfermera Blasco, los ojos fijos en ella y supo «Dioni ha llegado era él», aceleró aún más el paso.

Dioni ha llegado. Dioni ha llegado y Céspedes viaja a trescientos kilómetros por hora en el asiento, clase Club, de un tren blanco, mira por la ventanilla la mancha gris de unas encinas, a su lado Carole se adormece y él recuerda un viaje lejano con su mujer, una piscina y su hija caminando por el borde, metía un pie en el agua y trazaba un surco suave en el agua. Dioni ha llegado, su mujer está pasándole una gasa humedecida por la piel, librándolo de las hormigas. Lo han

monotorizado, cuatro pegatinas con electrodos ya pegadas en el pecho, el abbocath conectado al gotero introduciendo el suero fisiológico por la vía periférica que Ramiro se ha apresurado a tomarle nada más llegar. La tierra pálida y parda y los árboles huyendo de la ventanilla, arrancados de cuajo, volatilizados «Avanzar, seguir», Céspedes se recuerda a sí mismo la mañana anterior con la frente apoyada en la puerta de su casa, la voz de su mujer al otro lado, Se acabó, nunca más, no me lo merecía, «Ese rosario esas palabras demasiado manidas aprendidas en las películas, en sus folletones», aprendidas en las horas que él le ha pagado frente al televisor, en las conversaciones con sus amigas en el club. Las constantes de Dionisio anuncian su final. La doctora Galán y el enfermero Ramiro lo han visto demasiadas veces como para equivocarse, respiración agónica «Esto es, esto significa cuando lo registramos y esa gente está ahí afuera esperando saber qué ocurre, ratones dando vueltas a la rueda, a su propia rueda interior». La doctora Galán repasa las cifras, 40,2 grados de temperatura, tensión arterial 9-5, frecuencia cardíaca 36, saturación de oxígeno 63. «Hipoxemia», los términos científicos ahora aplicados al lenguaje de los sentimientos «Tanta brutalidad».

El Atleta dormita en su cama con el cuaderno de su Diario caído sobre el pecho, Ismael acecha desde un lateral de la calle Juan Sebastián Bach, finge mirar su teléfono móvil, pero no pierde de vista la entrada de la tienda de enfrente, atento a quién entra y a quién sale, busca a Consuelo, la Giganta, la espera, y mientras espera mira los maniquíes de la vitrina, los conoce, se los sabe de memoria —blusa celeste, pantalón blanco ceñido, camiseta verde limón, falda amarilla— como de memoria se sabe cada trazo del rótulo verde que cuelga sobre la tienda **D'SKANDALO** MODA Y COMPLEMENTOS. Mira, da unos pasos y vuelve a mirar mientras su madre camina por la playa, ya cerca de la orilla, y su hermano, Jorge, Gorgo, el pequeño, el trabajador, el enamorado de Gloria, ese Jorge que teme a su hermano y mira en el móvil las fotos de su novia, escucha lo que su primo Floren —al que desde hace seis meses estafa en el cobro de las facturas— le cuenta lo que le ha ocurrido a Pedroche y de lo que hasta ahora solo conocemos algunos detalles:

Ni te lo vas a creer es que es muy fuerte, qué te crees que le ha pasado a Pedroche, de qué tiene las heridas esas de la frente y la cara. Su mujer, Belita. Sí, se lo ha hecho ella, pero por qué te crees que ha sido. Te lo digo y te caes, ya sabes que está encoñada con el cura ese al que va, va todos los días a misa, dice Pedroche que es un guaperas un tío alto que tiene a las titis del barrio con la boquita abierta o sea a las que van por la iglesia. Pues va la tía y coge mil

novecientos euros o dos mil que tenía Pedroche en su casa, dice que siempre ha tenido dinero metido en las hojas de una enciclopedia para un imprevisto o una emergencia, sus manías, y que ella le echó el ojo al escondite y ha cogido la tía el dinero lo ha metido en un sobre, ayer o antes de ayer no sé ya muy bien cuándo me ha dicho porque me lo estaba contando joder y yo decía pero este tío cómo aguanta todo el rollo este joder, bueno el caso es que va la Belita de los cojones y coge la pasta y, espérate, eso no es todo, cogió además unas joyas que tenía de su familia, fíjate tú el anillo que Pedroche le había regalado de pedida porque en la familia de ella eran todos estaban echados a la antigua eran de estos de llevarlo todo de un modo muy cumplido y dándoselas de finos y el pobre Pedroche tuvo que hacer todo el paripé cuando se fue a casar, imagínatelo los otros fritos por quitarse de encima a la loca y él allí con la carita esa que tiene me lo imagino mirando para el suelo y aguantando sin tener ni idea del regalo que se llevaba, todos en la familia sabían que la pobre estaba fatal de los nervios y a él cuando la internaban le decían que se había ido al campo con su tía o que estaba en un balneario acompañando a su madre, en fin bueno pues va la tía y le da al cura, al cura en persona o al sacristán o a una vieja que limpia allí, en fin que a uno o a otro le suelta la pasta y en una bolsa el anillo de la pedida de los cojones, unas cadenas de oro con medallas pero quita no una ni dos, todo lo que tenía, pendientes de su madre su abuela yo qué sé, y dice que eso es un donativo que ella tiene la obligación de hacerle a la parroquia y al padre como se llame el tío, y se va, y cuando por la tarde va Pedroche a meter o a coger un billete en la enciclopedia joder se encuentra con que el dinero ha volado, dice que de pronto se puso colorado ya te lo imaginas como un semáforo y dice, esto es que me equivocado, nada, respira tranquilo coge otro tomo de la enciclopedia el de al lado, lo abre y nada el dinero no está, que no aparece tío, se pone hecho un flan pone el libro boca abajo, el otro de al lado, el otro y nada, pone boca abajo los diez o doce tomos, y se le enciende la bombilla claro y dice la madre que me parió esto es Belita que me ha visto o que una vez en su vida se le ha ocurrido limpiar y a ver dónde lo ha puesto o lo ha metido en el banco, la llama al móvil, no le coge, el tío hecho un flan como es con el dinero imagínate llama otra vez, buzón de voz, Belita que me llames, otra vez Belita coño que me llames y a la cuarta o la quinta vez la tía le coge tan normal dime Chiqui, yo cada vez que la oigo decirle Chiqui me parto el culo de verdad, bueno pues le dice ¿tú has cogido un dinero de la casa?, y ella, ¿un dinero, qué dinero?, y este desesperado el dinero coño mi dinero que yo tenía y la otra lo corta, Chiqui por qué no vienes a recogerme que estoy en casa de mi prima Auxi y no tengo ganas de ponerme

en la parada del autobús con el calor, y él pero el dinero dónde está, y ella nada, ¿vas a venir a recogerme o no?, total, sale de la casa se monta en el coche, me cago la puta la tía esta el día que se me ocurrió casarme con ella y todo el rollo, llega allí, ella no está la llama al móvil, Belita joder que bajes y ella ay Chiqui cómo te pones que me estoy despidiendo, un cuarto de hora metido en el coche ya casi anocheciendo y este desesperado, otros diez minutos se va al telefonillo llama, joder Belita que llevo aquí una hora, y ella ya voy ya voy y no te pongas así que es que la niña está mala y le estaba acabando de contar un cuento, ¿un cuento, joder para eso me haces venir?, y ella te va a oír todo el bloque, ya bajo corcho con tus modos, al final aparece así como te la puedes imaginar dice este que vestida como tú ya sabes de invierno casi, con la falda gorda que no se quita ni aunque la maten, las botas y andando a cámara lenta y protestando, vaya modales, cómo me he tenido que despedir de mi prima la niña la pobre casi se queda llorando por las prisas, y nada más montarse en el coche él le dice el dinero ¿dónde está el dinero lo has cogido tú?, di dónde está, y ella dice Pedroche que mirando al frente y diciendo la pobre la niña cómo se ha quedado por tu culpa tú y tus líos y ahora vienes con eso nada más pensando en ti y en tu egoísmo, y él ya conduciendo y mirándola de reojo, lo estoy viendo me lo imagino, dice que muy bajito, conteniéndose, dime Belita ahora cuando lleguemos a la casa me das el dinero, es dinero del trabajo cosas cobradas que tengo que reponer, y la otra, además embustero, cosas cobradas ¿desde cuándo has cobrado tú en ese plan?, y él, Belita ahora me lo das al llegar y se acabó, y ella se queda mirándolo dice este que con mucha calma le dice el dinero yo ya no lo tengo y no es nuestro ya, Pedroche se pone nervioso más nervioso qué estás diciendo qué has hecho con mi dinero, ¿tu dinero?, ¿y yo no cuento?, yo nunca cuento, eso es lo que tú quisieras que todo fuera para ti eres el egoísmo en persona como ahora sacarme de casa de mi prima a voces por el telefonillo que se ha enterado todo el bloque, y él joder Belita, conduciendo como él conduce pegado al volante joder Belita qué estás diciendo y ella eso ponte además hecho una furia que lo único que quieres es hacerme la vida imposible y ahora escarbando por todos sitios como una comadreja como una urraca y metiendo ahí entre unos libros lo que no es tuyo, pero qué dices pero qué estás diciendo que no es mío de quién es de quién es el dinero que gano con mi trabajo, y va la tía y le contesta de Dios, qué, dice este, ¿de qué dios?, de Dios es de Dios como todo, todo le pertenece y todo se lo debemos, le dice la tía y claro este ya no puede más y le suelta me cago en mi estampa tú estás loca estás más que loca, y ella muy tranquila me parece que la estoy viendo con la carita esa que le ocupa

medio coche se queda callada y él nota que está haciendo un movimiento raro así mirándola de reojo y ve que se está quitando la bota y de pronto sin decir ya nada la tía empieza a zumbarle, con la bota cogida por la parte blanda por la caña pim pam pam pim joder tío como para matarse los dos, Pedroche allí agachado queriendo esconderse detrás del volante, iban por la Ronda Intermedia y con tráfico la tía dándole con el tacón con toda su fuerza y el coche dando bandazos joder qué fuerte tío hasta que se metió en el hueco de una parada de autobús paró como pudo y va y se le queda enganchado el cinturón de seguridad y ella mientras dándole pim pam sin parar dice Pedroche que, joder, como una máquina sin gritar ni decirle nada nada más que pegándole con toda la mala baba que podía hasta que él consigue soltarse el cinturón que en las manos mientras se lo quería quitar ella también le pegaba ¿no has visto cómo lleva una mano toda medio morada llena de cardenales?, bueno pues se baja del coche y qué te crees que hace la menda, se baja detrás de él joder tío qué fuerte, qué risa es que es para reírse joder, y a la pata coja o sea cojeando un pie con la bota y el otro descalzo se va detrás de él y todavía le suelta dos o tres golpes que la gente que había en la parada de autobús por lo visto dos chavales y una mujer mayor se quedan con la boca abierta diciendo hostia esto qué es, una tía enorme con una bota en la mano pegándole a un tío pequeñillo, él ya echando sangre por la frente, dice que toda la cara llena de sangre, le pusieron cinco puntos, y se va medio corriendo, el coche con las puertas abiertas la gente mirando y ella andando detrás de él pero ya sin cogerlo claro sería para verla con la bota en la mano y diciéndole, dice que le decía, mal hombre eso es lo que eres y lo que has sido siempre desde que te conocí un mal hombre, los de la parada flipando y va la tía se da la vuelta se sienta en el taburete en uno de esos taburetes que hay en las paradas de autobús dice buenas noches y empieza a ponerse la bota tan normal y cuando se la acaba de poner sale y se va andando por la acera pim pim para su casa, y este allí agarrándose la cabeza, sin fiarse y mirando desde lejos, dice que se le acercaron los dos chavales de la parada preguntándole si estaba bien pero acojonados claro dirían el tío este a ver si va a ser un maltratador o un borracho o qué sé yo, y él así, sin levantar la cabeza coño que parece un jabalí, no nada gracias no es nada un corte nada más, se metió en el coche viéndola a ella desde lejos y se fue para Carlos Haya claro porque el corte ese le cogería una venilla o algo y dice que bueno la camisa empapada de sangre, la cara como si le hubieran partido el cráneo, y nada, le echaron los puntos, dijo que se había caído por una escalera, los enfermeros dice que mirándolo de arriba abajo pero claro con la pinta que tiene de no haber roto un plato en su vida no iban a pensar

que es un macarra ni nada y menos, joder, que su mujer le había dado una somanta de palos con una bota así que bueno, ahora con ese papelón sale del hospital y claro tira para su casa imagina cómo iba el titi, cagándose en la madre de la Belita y pensando qué mierda había pasado con el dinero y por otro lado diciendo a ver qué me encuentro en la casa y cómo está la tía esta, si en vez de con la bota ahora me da con el palo de la escoba o con un cuchillo, tío es que está loca, pero nada, dice que llegó y se la encuentra acostada despierta pero acostada y mirando al techo, ¿tú no has entrado en su casa no has visto el dormitorio?, bueno pues el dormitorio es como de Drácula, cómo te diría yo muy antiguo o sea antiguo pero así tenebroso o rancio todo muy oscuro los muebles de madera negra y la cama es como para que en ella haya siempre un muerto un velatorio ya sabes ¿no? unos cortinones como del siglo pasado pues bueno se asoma el compañero Pedroche al dormitorio y la tía allí tumbada le dice tan normal has tardado mucho ¿no?, y él claro no se atreve no sabe muy bien cómo entrarle porque dice como me ponga a hablarle de la que ha montado en el coche a lo mejor me la lía otra vez pero tampoco podía hacer como si no pasara nada porque seguía dándole vueltas a lo del dinero así que le dice, no es que me he pasado por Carlos Haya, lo dice así como si se hubiera ido al bar a ver a un amigo nada que me he pasado por Carlos Haya y entonces dice que ella se vuelve un poco así, lo mira se queda mirándole los esparadrapos esos y le dice en la mesa tienes el huevo frito y las patatas, la tía, tú sabes, le hace los huevos fritos por la tarde y se los deja en la mesa imagínate un huevo frito cinco o seis horas después y este se los come, pero ayer al decirle eso, él se queda en la puerta como diciendo qué hago me como el huevo o qué coño hago y le echa valor y dice bueno muy bien ahora me lo como Beli pero una cosa dime porque es que es importante y eso tengo que solucionarlo lo del dinero Beli es que es importante ese dinero nos hace falta es un dinero que, y la tía lo corta, ese dinero ya no está de ese dinero olvídate porque a nosotros no nos hace falta ni el dinero ese ni las joyas, y él ¿cómo que no nos hace falta Belita mujer?, para qué ¿para que esté metido en unos libros con la de necesidades que hay en el mundo y la de pobres y cosas que hacer qué falta hacen ahí esos papeles que son como las hojas de los libros?, eso no es así Belita, este acojonado, en el quicio de la puerta sin atreverse a entrar y dice que ella se empieza a cabrear otra vez se medio levanta de la cama y le dice vamos a dejarlo ya, son cosas que a nosotros no nos hacen falta y a otras personas sí de modo que ya está bien me has dado la tarde en casa de mi prima y me vas a dar la noche cómete el huevo y si quieres en la nevera tienes también lomo del que te gusta, y dice que medio siguiéndole la

corriente él le contesta sí sí ahora ya me lo como, ¿las joyas, a qué joyas te refieres Belita?, y ella ya dice que tranquila otra vez echándose de un lado le contesta las joyas, las de mi madre, las de mi familia ¿o me vas a decir también que eso era tuyo? y el anillo de pedida también era mío, en mala hora pero mío, y Pedroche viéndola allí esa mole echada en la cama que no sé cómo no la hunde se le ocurre decirle bueno sí esas son cosas de tu familia y entonces lo has dado ¿no?, para los pobres ¿no?, ¿al cura?, entonces dice que se volvió así medio cabreada y le dice al cura no, a la parroquia o a ver si te piensas que todo el mundo es igual de egoísta que tú, él no quiere nada para él y si alguna vez le he dicho de darle dinero siempre me dice eso al cepillo o a las hermanitas de los pobres, así que Pedroche ya lo dio por imposible, dice que se fue al salón y se quedó allí toda la noche medio dormido en un sillón sin ni siquiera echarse en el sofá esperando que se hiciera de día para ir a la iglesia y hablar con el cura y decirle oiga padre que sé que mi mujer ha dejado aquí un dinero y unas joyas de la familia pero que en fin yo no sé si usted se ha dado cuenta de que no está bien vamos que tiene algunos problemas con sus crisis y sus cosas y sé que no hay mala intención por su parte pero que en fin que ese dinero y esas joyas pues que haga el favor de devolvérnoslas porque ella misma dentro de una semana o cuando caiga en lo que ha hecho será la primera que se arrepienta y puede venir a pedirle explicaciones, o sea que ya tenía su discursito preparado y antes de que se hiciera de día ya estaba en la puerta de la iglesia, apareció un tío, digo yo que sería el sacristán, eso esta mañana, y Pedroche le dice ¿el padre el padre Sebastián?, me parece que me ha dicho Sebastián o Julián no sé bueno y el otro claro mirándole la pinta, las tiritas el moretón del ojo pensaría el tío este qué quiere, le dijo que no sabía a qué hora iba a ir o si ni siquiera iba a ir el cura ese día porque tenía que hacer unas cosas en los Asperones o no sé dónde, y este mosqueado perdido le dice que si sabe dónde vive el cura y el otro que no, que por ahí cerca, entre la iglesia y la Cruz de Humilladero, o sea como diciéndole que lo dejara en paz, y cuando Pedroche se le ha subido un poco el otro por lo visto le ha soltado eh eeh a mí con historias no que yo llamo a la policía ahora mismo eeh, así que se quedó un rato dando vueltas por la puerta de la iglesia y ya desesperado se ha venido para acá, ya ves el panorama, míralo, ahí estará hablando por teléfono con su hermana o con la prima esa de Belita no sé chico la vida que lleva este hombre no sé yo, yo le he dicho que esta tarde lo acompaño a ver al cura, me da cosa dejarlo que vaya solo, y a ver lo que dice el cura que puede salir vete tú a saber por dónde porque si la otra ha dado unas joyas que son suyas y el dinero que se supone es del matrimonio no sé a lo mejor el cura

puede decir esto lo ha dado su mujer conscientemente y se queda ya dentro de la parroquia o yo qué sé aunque mi madre que iba a esa iglesia decía que era muy buen chaval, el cura, eso sí por lo visto las tenía a todas loquitas tratándolas a todas como si fueran marquesas, señora por aquí señora por allá todo el rollo ese, además por lo visto es un guaperas, decía mi madre un artista de cine el cura es como un artista de cine como Gregory Peck decía mi madre, Gregory Peck, uno, como George Clooney ahora.

No lo intuban. Le han puesto la mascarilla de oxígeno al cien por cien. Dionisio Grandes Guimerá es un organismo en extinción, todavía hay hormigas perdidas por la sábana. La doctora Galán las retira cuidadosamente, como si en eso consistiera su trabajo y la posibilidad de curar a su marido, de recuperarlo, de tener otra oportunidad, otra vida. Un poco antes, Julia ha entrado en la sala. La doctora Galán solo advierte su figura en ese momento, a un lado, casi detrás de ella, junto a Ramiro. Y Ramiro, un poco antes le habrá dicho en una voz apenas audible que la posibilidad de deterioro cerebral es muy alta y que el paciente, Dioni, tiene un Glasgow muy bajo, una saturación de oxígeno de 63. No lo vamos a pelear, le susurra. Lo dejarán ir. Ana y Julia saben que eso es lo que él, lo que Dioni quiere. Acabar. Una pesadilla que aún debe culminar, pasar su cuerpo, toda esa maraña de sufrimiento, por un filtro estrecho, por un embudo que conduce a la nada. «Las ondas de una piedra en el agua que se hacen cada vez más suaves» la doctora Galán aprieta una hormiga entre las yemas de los dedos y Julia posa los suyos en el hombro de la doctora mientras Amelia extiende en la arena su toalla de color rosa y a través del tejido siente el calor vibrante de la arena, esa sensación de paz y de vida.

Y su hijo, su hijo Ismael, descubre a lo lejos el vestido verde con el que Consuelo baja cada día a las tiendas del barrio. La llaman la Giganta.

Es alta, corpulenta, morena de piel, las cejas oscuras y con el pelo peinado y teñido a lo Marilyn Monroe. Tiene los ojos negros y lleva una mancha de maquillaje azul en los párpados. Ese es el pelaje. Consuelo, la Giganta, debe de tener alrededor de cuarenta y cinco años. Está casada con un tipo desabrido, alto también. Un tipo que solo saluda a quien conoce de primera mano. En el ascensor mira desde arriba, sin ver a quienes comparten con él el cajón. El maravilloso cajón donde cada día Ismael espera coincidir con Consuelo. Tienen un hijo, también esquivo, tres o cuatro años menor que Ismael. Moreno, con los ojos brillantes y oscuros de la madre. A Ismael le desagrada profundamente ver esos ojos en la cara del chico. Tiene la sensación de ser testigo de una

profanación, de un acto sucio.

Viven en el sexto piso. Un piso más alto de donde vive Ismael con su madre y con su hermano, aunque no ocupando el mismo lugar de la planta. A Ismael le gustaría que Consuelo viviese justo en el piso de arriba. Escuchar sus pasos al caminar. Oír la cisterna, los grifos, el eco de su voz pugnando por atravesar la barrera de falso mármol, hormigón y cal que los separa. A pesar de eso, a veces Ismael tiene la sensación de advertir ruidos que provienen del piso de Consuelo y de la propia Consuelo. Una voz, el timbre tan particular de su voz, su entonación. Es una entonación suave, terrosa, la voz que se oye en un túnel estrecho. Oye también algunas noches un claveteo que es el caminar de Consuelo con tacones, cuando se arregla y sale con su marido. Van a la peña El Palustre. Ismael la ha oído varias veces hablar de ese lugar que para él es un reclamo morboso a partir del momento que sabe que ella está allí, que habla y ríe con otros.

La Giganta tiene los labios oscuros y los dientes pequeños, no demasiado blancos pero bien alineados. Se los amarillea el tabaco. A veces, asomado a la ventana de la cocina, también ha visto Ismael los brazos desnudos de Consuelo tendiendo la ropa por encima de su cabeza. En esas ocasiones, Ismael gira el tronco, tuerce el cuello y ve los brazos morenos, las uñas pintadas de rojo oscuro, casi marrón, los dedos como si emitieran un mensaje secreto, moviéndose en el aire, manejando las pinzas de la ropa. Ismael vuelca el cuerpo hacia fuera para ver más allá del antebrazo, más piel, y consigue ver el codo y ve, en alguna ocasión, el bíceps, terso, y aún el sobaco, ese hueco sagrado y blancuzco, verdoso, gris, insondable, donde la bata que la Giganta usa en su casa se abomba y deja entrever la mancha oscura del sostén, la tira de esa prenda, siempre negra, siempre adivinada cuando Ismael se monta con ella en el ascensor.

Una tarde, al salir del ascensor la encontró en el portal, Consuelo estaba sentada en la silla del portero. Ismael no supo qué hacía allí. Al verlo aparecer, Consuelo le pidió fuego, con una sonrisa, con la boca torcida y los ojos negros enturbiados «Siempre mira como si estuviera corriéndose», llevándose el cigarrillo a la boca, posando suavemente el filtro moteado en los labios y él, torpe, le dijo No fumo, no tengo fuego, y siguió caminando hacia la calle, desconcertado, con la sensación de que había perdido una ocasión, La Ocasión, y nada más ganar la calle se apresuró, corrió en un sprint alocado hasta el quiosco y pidió, ansioso, un encendedor. ¿Azul o rojo? Le preguntó el hombre, guarecido detrás de una barrera de chucherías y revistas. Me da igual. ¿Rojo? Que me da

igual sí rojo. Se le cayó una moneda, la apartó con el pie y volvió corriendo, frenó justo antes del portal y entró sonriente. Consuelo fumaba, hablando con una vecina. Ismael dio dos pasos hacia ellas, se detuvo, miró los buzones, sacó la propaganda del cajetín de su casa, hizo con ella un rollo y se la metió en el bolsillo de atrás justo cuando la vecina se despedía de Consuelo. Ismael se acercó a ella, le sonrió y le mostró el encendedor, Ya tengo fuego, le dijo. Ella, a su vez, le mostró el cigarrillo, Yo también, y dio una calada larga, mirándolo intrigada, ¿desafiante? Fueron tres o quizás cinco segundos los que Ismael se quedó inmóvil delante de ella «Chúpamela puta trágatela», casi pronunció esas palabras, por un instante aquel pensamiento, aquellas palabras, fueron tan intensas que creyó haberlas dicho o que ella, Consuelo, sin necesidad de que él las pronunciara sabía perfectamente lo que estaba a punto de decir, lo que se estaba diciendo, lo que significaba aquel silencio, esos segundos en suspenso durante los cuales se vio a sí mismo cogiendo el cuello de la mujer y tirando de la nuca hacia él, hacia su entrepierna. Hasta que ella le dijo Qué. Y él despertó, volvió al mundo y volvió a verse con el encendedor rojo en la mano, ella otra vez con el cigarrillo en los labios y ahora desviando la mirada hacia la calle, hacia el fulgor y el movimiento que había detrás de los cristales. Ismael, sin saber qué hacer, ya había dado un paso hacia el ascensor, ya había abierto la puerta y estaba allí, viéndose en ese espejo que tantas veces había reflejado la imagen de Consuelo la Giganta y sobre el que él puso los labios, besando el cristal, lamiéndolo.

Su madre se tumba boca arriba en la toalla recién desplegada. Mete las dos manos bajo la espalda y se desabrocha la parte superior del biquini. Baja los tirantes, baja las copas. Levanta el cuello —la cara con un gesto forzado que contradice su sensación de bienestar— y cuida que la línea del tejido cubra los pezones. Las areolas son la frontera. Recuesta la cabeza, relaja el gesto. Baja las gafas de sol de su frente y se cubre con ellas los ojos. El sol intenso punza su piel con un millón de finas agujas a la par que la proximidad del mar le produce una sensación de alivio, casi de frescor. Ese ronroneo, ese arrullo.

«Algún día, algún día va a pasar», se decía Ismael a sí mismo, levemente zarandeado, ascendiendo pisos en esa caja forrada de espejos, pensando que algún día besará esos labios y esos brazos y esos pezones ocultos que él imagina oscuros como los labios. Así lo pensó entonces y así lo piensa ahora mientras vigila la entrada de D’SKANDALO.

La Giganta sale cada mañana a la misma hora a hacer su ronda por el barrio. Con apenas una variación de cinco o diez minutos. Y casi cada día entra en esa

tienda para hablar con la dueña. A veces Ismael se acerca al escaparate y las ve dentro. Ríen, cuchichean. No sabe de lo que hablan. No sabe de qué se conocen y por qué Consuelo entra allí con tanta frecuencia. Una vez el marido de Consuelo entró en la tienda y salieron los dos serios, discutiendo. El marido escupió al suelo, andaba delante de ella y ella detrás mirando los hombros y la nuca del marido con una calma que Ismael tradujo como desprecio. En casa de Ismael también se burlan del marido de Consuelo. El marido de la Giganta.

A Ismael le molesta que su hermano y su madre la llamen la Giganta. Él se masturba susurrando su nombre, Consuelo. La acecha cada mañana, de lunes a viernes. Los sábados Consuelo tiene un horario irregular, imprevisible. Los domingos las tiendas están cerradas y si tiene suerte oye el agudo retumbar de sus tacones en algún lugar del techo. A veces, desde su ventana, la ve cruzar la calle con su marido y subir al coche, un Peugeot 406 con una puerta trasera hundida por un golpe. Desde arriba, Ismael ve las piernas de Consuelo a través de los reflejos del parabrisas. A veces las piernas están enfundadas en un pantalón negro. Son unas piernas demasiado delgadas para el volumen de ese cuerpo. Da igual. A Ismael las piernas no le interesan. El coche se pierde silencioso al final de la calle y el domingo se queda vacío.

Nunca la ha visto fuera de la barriada. Todo se concentra en apenas dos calles y en tres o cuatro tiendas a las que Consuelo entra y de las que sale momentos después. Carnes Castilla, El As del Pan o el pequeño supermercado de la calle Manuel de Falla. A veces entran en su itinerario la frutería y el asador de pollos de la plaza Mozart. Casi cada día el estanco, aunque esa visita no cuenta, es demasiado fugaz, como si la estanquera estuviera esperándola con su paquete de Marlboro en la mano y la Giganta lo recogiese con la velocidad de un corredor de relevos. Y siempre D'SKANDALO. Siempre es la última posta de Consuelo y ahí la duración de la visita es imprevisible.

Ismael pasa largos minutos observando el cartelón verde de la tienda, los escaparates y los maniquíes. Son unos minutos que se expanden, largos, en los que el propio Ismael se siente observado, espiado desde cada ventana, por cada transeúnte, por cada conocido que ve a lo lejos y sobre todo por el portero de su edificio, muchas veces apoyado en el quicio del portal, con los brazos cruzados, observando «El puto parásito». Ismael finge mirar el móvil, llamar, atender llamadas, simula que está hablando con alguien, elige al Canijo, a su hermano, a su madre como supuestos interlocutores, al capullo de la cocina del hotel donde su madre lo puso a trabajar. Camina hacia un lugar u otro de la calle, cambia de tono de voz y de puesto de vigilancia, de acera, de esquina. Hasta que de pronto

la melena desvaída, el vestido verde, los brazos morenos de la Giganta aparecen en el umbral de la tienda y él se pone en marcha.

Todo está medido. Sus movimientos están sincronizados con el caminar lento de la Giganta. Sabe que partiendo desde la esquina de la calle su paso rápido coincidirá en el portal de su edificio con la marcha pausada de Consuelo si esta no se encuentra con alguna vecina y se detiene a hablar con ella. En ese caso, Ismael desacelera la marcha, maldice, vuelve a sacar el móvil o se detiene a mirar un escaparate y espía de reojo a su presa hasta que los compases de la persecución se reanudan. El corazón es un pitido, un fluido que se expande y se diluye por su cuerpo.

El objetivo es compartir durante treinta segundos el ascensor con ella. Entra a dos pasos de Consuelo y Consuelo ya sabe a quién pertenecen esas pisadas silenciosas y esa sombra que detecta a su espalda. El portero los ve entrar, mira «Sabe, el cabrón sabe y qué me importa que sepa, que lo sepa que lo sepan todos». Y después el ritual. Ella lo mira y le sonríe, le dice Hola y él le responde. Esperan el ascensor, él rogando porque no llegue nadie. Ella mira la luz que indica el piso por el que va el ascensor, el techo, él la mira a ella. La leve papada, la negrura turbia de los ojos, los hombros casi desnudos y la tira del sujetador asomando bajo la manga del vaporoso vestido. La curva, no demasiado abultada, de los pechos, dos dunas verdes.

Entran, ella siempre ocupando el fondo. Él pulsando sin preguntar el botón con el número 5 grabado en blanco sobre fondo negro. Treinta segundos de silencio, de víspera, de antesala de lo que va a ocurrir, ese día u otro día. Los dos saben y callan. El misterio con el que ella a veces juega diciendo, solo muy de tarde en tarde, y complacida, Coincidimos mucho tú yo, a lo que él responde con un monosílabo o simplemente con una sonrisa que quiere ser un mundo, un mensaje claro. Y la sacudida de la llegada, el ascensor detenido y él mirándola otra vez antes de salir. Y la frustración, esa rabia sorda al verse de pronto en el rellano de su casa, sin saber por qué ha perdido esa nueva oportunidad ni qué está haciendo en ese lugar solitario, escuchando cómo la puerta del ascensor se abre en la planta de arriba y sintiendo que en ese momento él tendría que estar al lado de Consuelo y no allí, oyendo sus pasos, el tintineo de las llaves, la puerta abriéndose y después de dos, tres segundos cerrándose, él tendría que estar en ese momento apretándola contra la puerta después de cerrarla, metiendo su boca en la cavidad que forman el cuello y el hombro de Consuelo, pasando la palma de la mano por las dos dunas verdes del vestido, deseando y retrasando el momento de apartar la tela, de ver su torso desnudo, solo cubierto por la figura

geométrica e hipnótica del sujetador, tocar su piel igual que la tocó aquel día, un día en el que el deseo penetró en el mundo de la realidad y por unos instantes Ismael no distinguió si estaba soñando o viviendo en un momento distinto al que estaba viviendo, como si por un pasadizo extraño hubiera llegado al futuro o a un sueño y así, llevado por esa sensación parecida a una profunda embriaguez, moviéndose como se mueven los cuerpos debajo del agua, alargó la mano, extendió el índice y el dedo medio y mientras Consuelo miraba pasar indolente los pisos él deslizó los dedos por el brazo desnudo, un recorrido suave, de unos diez o quince centímetros por la piel de Consuelo, que por una vez pareció sorprenderse y le preguntó Qué, qué pasa, verdaderamente intrigada, justo cuando el ascensor cabeceó y se detuvo en la quinta planta e Ismael, todavía sumergido en la profundidad del mar o transportado por un estrecho túnel de la imaginación o del tiempo, apoyaba la mano en la puerta del ascensor, esa escotilla que comunicaba con la realidad, y salía.

Y así, con la esperanza, y también con la certeza de que un día el anhelo se cumplirá y él finalmente estará ante Consuelo —viéndola apoyada en la puerta medio desnuda, bajándose lentamente el sujetador y mostrándole un pezón oscuro, llevándolo por un pasillo que él nunca ha visto hasta una habitación en penumbra, echándose en la cama y diciéndole al oído, Fóllame, así así, Ismael, fóllame—, imbuido por esa fantasía, se encuentra hoy Ismael, esperando que Consuelo salga de la tienda de moda y confección D’SKANDALO, dispuesto a subir con ella en el ascensor, pensando confusamente que alguna vez sucederá algo, que en algún momento ella romperá su barrera de hielo y le dirá Sube conmigo o directamente pulsará el sagrado botón 6.

Y así, como cada día al divisarla, a Ismael se le diluye también hoy el corazón cuando ve el vestido vaporoso y verde de Consuelo la Giganta atravesar la barriada de la Paz.

Y así, en este día de agosto, flota despiadado el terral y se asoma por las calles y las envuelve como un monstruo imaginario e invisible que trastorna las costumbres y reblandece y dispara las mentes.

Así, llevadas por la obediencia extrema que les marcan las feromonas, en el descampado de la calle Ortega y Gasset, a cuarenta y dos grados de temperatura, se mueven miles de hormigas buscando el rastro dejado por las compañeras que han sido evacuadas con el cuerpo de Dionisio Grandes Guimerá. Trazan una red de movimientos cada vez más amplia, marchan por la tierra recalentada, esquivan los plásticos reblandecidos por el sol, avanzan entre escombros de

proporciones gigantescas, matojos resecos, bosques incendiados, fragmentos y despieces de edificios de otra civilización. Una arqueología compuesta por conglomerados de cemento, grumos de yeso, colillas resecas, vidrios, latas de refrescos, aluminio aplastado con restos de un extraño abecedario desteñido en su vieja carcasa de buque varado. Pululan, suben, bajan, rastrean, se comunican y dentro de sus conexiones nerviosas sufren algo oscuramente parecido a la frustración y la alarma. El alimento de años, esa despensa inagotable que era el cuerpo de Dionisio Grandes Guimerá, se ha evaporado, y ellas, como células de un solo organismo, buscan la reparación de ese engaño, la vuelta a la vida de ese espejismo.

Así, como las cadenas de ese ascensor en el que suben y desaparecen las fantasías de Ismael, crujen los pensamientos y las palabras susurradas, masticadas, soliviantadas y sucias de Raimundo Arias. Desasosegado como una hormiga burlada, caminando por ese pequeño laberinto que forman las calles de Portada Alta busca a su colega Eduardo. La guitarra le pesa y le estorba como le pesan y le estorban la vida, el día, el calor, la luz desaforada y la miseria. Le jode llevar esos zapatos cuarteados, es lo que más le jode de todo. Y por más que se pasa el empeine por el dorso de la otra pierna y se lo frota con saña, allí quedan las estrías y las arrugas cubiertas de las miasmas y el polvo amarillento del descampado, el hueso del juanete deformando el lado interior y el otro vencido por los cientos o los miles de kilómetros andados en busca de sustento y caballo.

«Un zapato hace a un hombre.» Eso es lo único bueno que su padre le enseñó antes de ahorcarse en el gancho del comedor. Y allí lo encontró su madre, el cuerpo desgarbado y enclenque sustituyendo a la lámpara de cuatro tulipas que el padre, cuidadosamente, había colocado encima de la mesa camilla antes de colgarse. Lo que no pudo evitar fue la descomposición del vientre, esa suciedad última con la que el ahorcado manchó su despedida del mundo, el hule de la mesa camilla y una de las cuatro tulipas. Los zapatos, en cambio, permanecieron libres de mácula. Brillantes, el kanfort recién untado. En perfecto estado de revista y no como estos que lleva su hijo y con los que pisa la solería rosada y blanca y el asfalto ardiente de Portada Alta hasta dar, en un recodo de la calle Papamoscas, con el Tato.

Afanoso, indignado, Raimundo le preguntó Coño Tato ¿dónde está el hijoputa el Eduardo? Y el Tato, con los ojos de brótola y la mirada enturbiada de hachís, le respondió, No veas qué plasta el Eduardo. ¿Dónde está el gilipollas? ¿El Eduardo? No, mi prima, puta que me parió, me he encontrado un tío muerto en el quinto coño y casi me pillan. ¿Un muerto? Un muerto total. ¿Qué potente

no? Y me ha traído en el coche un pasma. Qué grande eres, Rai. ¿Dónde está el mamón el Eduardo? En el bujío del Nene Olmedo, ha tirado para allá con el Juanmi y la Penca, vino el Nene Olmedo y se fueron los tres con él. El Eduardo tiene un trastorno joder, me cago en su fibra, Raimundo agita la guitarra en el aire con violencia.

Y todavía diciendo Me cago en su fibra y me cago en mi puta nación, Raimundo Arias comienza a andar sin querer oír lo que el Tato le dice: Rai tócame una rumbita, anda Rai. Tus muertos, responde entre dientes Raimundo sin que él mismo tenga claro si el recordatorio va dedicado al Tato o a Eduardo Chinarro. Y así susurrando, asqueado por el aspecto de sus zapatos —el Tato llevaba unas Nike impecables—, el Rai cruza con su guitarra al hombro la calle Ave del Paraíso, cruza también la calle Colibrí y se adentra en el Parque de la Peseta en busca de su socio.

Y así cruza la casi desierta meseta el tren, la lombriz blanca en la que Céspedes viaja sosteniendo en su hombro la cabeza dormida, la cabellera perfumada de Carole «Este saco de sueños esta vida que no va a estar cerca de la mía y que yo ya no veré, me quedaré hoy mañana dentro de una semana o, si tuviera suerte, dentro de un mes en un andén y ella seguirá su camino se irá a trescientos a mil kilómetros por hora llevándose la vida por delante hasta quedar ella abandonada en otra estación en el andén del año 2042 o del 2050 si tiene suerte, si una sábana negra no se la lleva, si no se la ponen por encima». Barcos oxidados, sábanas negras, un perro vomitando y alejándose bajo la lluvia, faroles y luces amarillas de ventanas en la noche, la cara de Julia que de pronto es la de Carole, la habitación de un hotel y él caminando a oscuras entre unos muebles desconocidos. El borde del sueño trae imágenes inconexas a la mente de Céspedes.

Abre los ojos y allí, repetido en los cuatro o cinco monitores del vagón, está el rostro de ese actor del que no recuerda el nombre, camina él también por un callejón oscuro, pisa charcos que levantan reflejos como de otro mundo, saca sigilosamente de su chaqueta una pistola plateada. «No sé si esto es la libertad o es la puerta de una prisión que se cierra.» De pronto la vida sin amarres. Céspedes repasa a saltos los últimos días, las últimas horas, los revisa con esa dispersión que provocan las horas sin dormir, un abatimiento indolente, casi alegre que lo mantiene aletargado pero con la mente viva, electrificada. Si desde el primer momento hubiera mandado a la mierda al gilipollas ese, el engreído jefe de personal del hotel Los Patos, el Rafi Villaplana que le presentó Ortuño, en este momento Céspedes estaría en el borde de su piscina con un dry martini

mal preparado por su mujer en la mano o quizás planeando con ella la escapada de septiembre, eligiendo, entre el aburrimiento y el deseo, un hotel en Copenhague o en Ámsterdam, Elisa eligiendo los hoteles y él asintiendo con una indiferencia bonancible. «Ese payaso con pretensiones al final me ha jodido bien si es que esto es estar jodido o es lo que yo quería lo que venía buscando desde hace no sé cuándo.»

Ese payaso repeinado, con los pantalones subidos por encima del ombligo, modos de señorito e historial de arrabal, hijo de la gloriosa y desdentada Segueta, que para ganarse el favor de Céspedes y facilitar lo que él consideraba el negocio del siglo le puso a tiro a la tía aquella con la que su mujer lo pilló en la cama, bueno, en la cama no, en la mesa, follándosela en la mesa. Natalia Ibáñez, presentó el capullo, mi confidente, mi mujer para todo. Y se chupó los dientes, no se sabe si por fanfarronería o como anuncio de una de las habilidades de la que a partir de ese momento Céspedes y Ortuño llamarían Ibáñez la Tragasables o simplemente La Ibáñez. «Uñas de puta y culo de yegua.»

Mi trabajo en el hotel es circunstancial, yo la cabeza la tengo puesta en otro sitio, decía el tal Villaplana. Como te lo digo, Céspedes, circunstancial, y tú eres un ejemplo, te lo digo sin reparo y no soy de halago fácil, un ejemplo. Gilipollas. Habitante de Portada Alta, energúmeno de consideración, Rafi Villaplana hablaba con la seguridad de quien en vez de palabras emplea balas. Así se ligaría a la inglesa esa que, según él, tiene un padre al que le sobra el dinero para invertir.

Diciendo que lo del hotel es circunstancial y Céspedes pidiendo informes y comprobando que llevaba quince años trabajando en ese mismo hotel, al que había llegado como conserje y en el que había subido peldaños haciendo gala de una actitud servil con la empresa y de antropófago con los compañeros. Nos vamos a montar Céspedes, te lo garantizo, tú pones una parte y mi suegro, mi futuro suegro, lo demás, él solo tiene que ver que tengo tu aval, que disponemos de infraestructura y no somos, no soy un pardillo, tiene inversiones en media Inglaterra, pero que de aquí está in albis, empezó desde abajo, no desde abajo del todo pero como capataz y a los cinco años tenía una fundición, a los siete dos, y a los diez años era quien era dentro del sector en Gloucester, metalurgia con madera, un tío listo y del que nos podemos fiar, Céspedes, ¿verdad nena que Céspedes se puede fiar de él y de nosotros?, ¿y también de ti? Y Villaplana le tocaba el muslo a La Ibáñez, le pasaba la mano por el interior. «Territorio conocido explorado con lengua y polla» pensaba Céspedes.

Y fue la facilidad la que perdió a Céspedes, fue esa falta de importancia y

también casi de interés por La Ibáñez, esa desidia la que lo llevó a cometer una imprudencia en la que jamás había incurrido. La sensación de que con esa medio putilla con pretensiones no subvertía ninguna ley ni traicionaba a nadie fue lo que lo condujo primero a llevarla a su casa y a ofrecerle un baileys, la tía solo bebía esa mierda, mientras él recogía unos documentos de su despacho y eso fue lo que luego lo impulsó a sentarla en el escritorio, bajarle las bragas y follársela allí. Y así fue, los pantalones caídos en los tobillos, la camisa desabotonada y cubriéndole las nalgas, La Ibáñez gimiendo como ella debía de pensar que gime una gata en celo, así estaba la situación cuando la mujer de Céspedes, sonriendo, asomó la cabeza, solo la cabeza, y dijo Hola Cuco. Y ya no dijo nada más. La cabeza se quedó allí, decapitada, cortado el cuello por el marco de la puerta, la mueca que había nacido como sonrisa marchitándose, transformándose en ese encogimiento de los músculos que una arcada provoca justo antes del vómito mientras Céspedes «Los pantalones en los tobillos eso fue lo peor de todo esa ridiculez qué mierda» se daba la vuelta, todavía erecto, e intentaba dar unos pasos sin rumbo, trabado, dejando al descubierto el coño de La Ibáñez, su cara de estúpida, su gemido convertido, ahora sí, en el ronquido que emiten los gatos cuando algo les gusta demasiado. ¿Cuatro, cinco segundos? Probablemente la cabeza de la señora Céspedes no estuviera más tiempo allí. Pero todos sabemos que el tiempo es una medida relativa, completamente inexacta cuando está en conexión con las emociones más agudas.

Así observa Ismael el avance decidido y al mismo tiempo lánguido de Consuelo la Giganta por la acera de los números impares de la calle Juan Sebastián Bach. Y así se hunde su madre en un sopor dulce, el pelo y las dos piezas del biquini empapados de agua por el baño rápido que acaba de darse en el agua fría y casi cristalina. Playa de la Misericordia. Amelia agradece la tibieza de la toalla, el calor que desde la arena se filtra a través del paño, húmedo y al mismo tiempo caliente. Bendice el abanico del aire que en ese punto de la playa, cerca de la orilla, se bate entre una brisa fresca y un bochorno flamígero que cae sobre ella y le acaricia la piel como una lengua blanda. Cierra los ojos y el mundo se le descompone, se le fragmenta la realidad casi con la misma precisión con que su hijo Ismael ha cortado las cortinas, las toallas y todos los tejidos que esa madrugada o ese amanecer ha encontrado a su paso. Triángulos, retales que se desmoronan y vuelan sobre la arena hasta dar con ese rompeolas mínimo que apenas remueve el agua con un murmullo dócil. Y en uno de esos triángulos va la imagen de Rafi. La última pelea, ella diciéndole Nunca más te lo advertí nunca más, sabiendo que sus palabras han perdido valor, que nada de lo que

hubiese dicho podría atravesar la piel de Rafi Villaplana. Un callejón sin salida.

Lo supo desde el primer día. Desde que él le propuso ir a comer para tratar de solventar de un modo distendido, así lo dijo, solventar de un modo distendido, los problemas que habían surgido con el nuevo contratado de la recepción. Amelia sabía que esa comida era innecesaria y que nunca se habría producido si ella hubiera sido un hombre. Villaplana jamás tenía necesidad de consultar nada, nunca tardaba en resolver los conflictos. Y cuando a última hora la comida fue cambiada por una cena su impresión se confirmó. Sabía que la reunión sería aún más distendida. Se esmeró con el maquillaje, eligió la blusa de seda, los pantalones que mejor le habían quedado nunca. Conocía los antecedentes del pájaro, pero ella no iba ahora a ser la víctima, ella era ahora cazadora, amazona, libre, independiente. Consciente. Hacía más de dos años que su marido se había ido. Había recompuesto su vida o al menos la había salvado del naufragio total. Se había visto obligada a trabajar, su hijo menor también había alcanzado el bote salvavidas que le había ofrecido su primo en la tienda de marcos y cristalería, y el otro, Ismael, chapoteaba sin remedio entre la violencia, el alcohol y el despotismo. Así que iba a darse una alegría con ese jefe de personal con aires de dandi un poco trasnochado pero atractivo, seguro de sí mismo. Todo perfecto. Tranquilizó a Queta, la compañera que trabajaba en la administración del hotel. Yo lo he padecido, déjalo pasar, le aconsejó la amiga. Yo no tengo ninguna expectativa, yo no quiero nada más que un poco de aire y una alegría para el cuerpo. Sí. Así fue.

Y así se vio en aquellas arenas movedizas. La que era libre, independiente, amazona, emancipada y hasta rebelde un día amaneció tan cubierta de hilos como Gulliver al despertar en el país de los liliputienses. Solo que los suyos, los de Amelia, eran unos hilos viscosos, escurridizos, con unos nudos imposibles de deshacer. Como si el hilo y las ataduras estuvieran fabricados con la propia naturaleza de Rafi Villaplana. No te he engañado, Amelia, desde el principio lo sabías sabes la verdad. Ese era el argumento irreversible, acerado y único, detrás del que se parapetaba Villaplana. Desde el principio, desde aquella cena en El Higuerón, le dijo que tenía novia. Y con una sonrisa seductora que dejaba abierta la puerta a la ironía e incluso al sarcasmo, negando con la cabeza, añadió, Novia o lo que sea, a saber cómo acaba eso. Y rápidamente volvió la vista al horizonte, a esa masa de alquitrán que confundía cielo y agua como él confundía el rastro de sus emociones, siempre haciendo zigzag entre lo cierto y lo posible, entre lo aparente y lo imaginado.

Así se hunde Amelia en el laberinto que aparece ante ella en cuanto cierra los

párpados. Así corren los trenes y las hormigas, así chocan las olas una y otra vez contra la arena, empecinadas, fracasadas y dóciles, casi silenciosas, levantando un murmullo que a nadie importa. Así es esa marea y esa hiedra que no para de subir por el pecho de Amelia y nunca aflora por su garganta. Cediendo cada vez que Rafi llama, lamentando cuando pasan unos días sin tener noticias suyas, encelada cuando lo ve pasar hablando con una huésped o con alguna empleada más joven que ella. Sin ánimo para abandonarlo, sin fuerzas para desasirse de esa maraña que la tiene atada. Pero hacia dónde ir. Y por qué. Todo es cansancio, levedad. Gritan, chapotean, se ríen unos niños que Amelia ya no sabe si están a su lado o forman parte del duermevela.

Y así, al final de un sueño que desemboca en la lucidez más clara, la doctora Galán, por primera vez desde que su marido entró en esa sala, mugriento y agonizante, le coge la mano. Se acaba el sueño en el que ha querido vivir y comienza la realidad que ha querido ignorar y que ahora, cuando ya es demasiado tarde, se hace insoslayable. Por primera vez toca ese día a su marido sin afán científico, sin atender a constantes vitales, sin calibrar lo que dicen los monitores, el pulsioxímetro o los índices del Glasgow. Así toma la mano hinchada entre sus dedos, y, al mismo tiempo, con un movimiento del hombro esquiva la mano que Julia iba a poner sobre ella. Repele las compasiones y sus derivados. Ahora más que nunca. Y ni siquiera responde a la voz suave de Julia, situada a su espalda. ¿Quieres que nos salgamos?, ¿te dejamos sola un momento?

La deformación de la muerte. La cara de Dioni transformada por la máscara y los días de abandono. Los ojos entornados. La doctora Galán ha visto morir a demasiadas personas en esa habitación. Ahora lo sabe. Oye los pasos mullidos de Ramiro y de Julia saliendo de la sala. Por un lateral de su campo de visión ve las dos siluetas. ¿Qué clase de intimidad espera Julia que pueda tener con ese cadáver inminente, qué clase de consuelo? Puede volverse y preguntarlo. Pero, no, sabe que le corresponde callar. Ha querido que su vida estuviera envuelta en silencio. Tan abierta de mente «Siempre engañándolos a todos, siempre asustada, la médico audaz, la sinmiedo, y siempre metida en mi rincón volviendo a mi rincón como cuando era niña y no me atrevía a salir a la calle, el miedo a los otros niños a los mayores y sus caricias y bendiciendo la noche porque entonces el miedo estaba justificado y no tenía que esconderme ni fingir el mareo o el dolor de estómago, como también luego tuve la excusa de ser yo la única que con mi paciencia y mi estoicismo podía salvar la paz de la casa y la de mi hijo, ¿o mi hijo era la coartada? También ahora me queda ese látigo con el

que flagelarme, me lo has dado todo Dioni, la espalda y el látigo y tú aquí».

Así coge y acaricia la mano agónica de Dioni, así mira sus labios estriados y resecos, la piel mustia y amarillenta, los electrodos y los monitores, la cadencia de la muerte en la pantalla, el goteo que la hará indolora, casi dulce. Y la doctora Galán piensa en el momento en que deberá hablar con Guille, su hijo, dieciséis años, demasiada vida sin padre.

Y así, Guille, tumbado en la hamaca colgante del jardín, calle Sierra Pelada, combate el calor bajo la arboleda verde, aspira su canuto de marihuana y se adormece viendo en el piso de arriba cómo la peruana esa que su madre ha contratado quita las sábanas de su cama «El manchón de anoche, a esa no se la folla ni el perro del JuanCa, cuando vea al JuanCa se lo voy a decir le voy a decir JuanCa tienes que ver a la peruana». Y se ve a sí mismo delante del JuanCa diciéndole Te tengo que enseñar la pirula que ha puesto mi madre en mi casa tiene la cabeza así de gorda la hijaputa mide medio metro y de los bollos que tiene parece que se ha caído rodando del Machu Pichu me juego mis huevos que a esa no te la follabas tú por muy perro que seas. Y el Juno y Loberas, riéndose los tres y el JuanCa diciendo, Pónmela a tiro y te digo, antes de que te des la vuelta me he corrido dos veces. Veinte euros a que no te haces una paja con una foto que te dé de ella so perro. ¡Machu Pichu! Guille siente ganas de llamarla desde la hamaca: ¡Machu Pichu! Y solo la idea de hacerlo lo llena de una risa endeble, dulce, incontenible, como si un río se abriera dentro de él y esas dos palabras fuesen la cosa más absurda que nunca nadie hubiera podido concebir ni inventar. ¿Cómo la gente no se daba cuenta de ello, cómo podían decir eso y permanecer con sus caras serias como si no pasara nada? Y así se balancea Guille con los espasmos de la risa callada, los ojos llenos de lágrimas viendo el ridículo trajecito, la bata rosa que su madre le ha encasquetado a la mucama y pensando en JuanCa «Qué perro Machu Pichu».

Y así el Atleta se despierta envuelto en sudor, el cuaderno en el que ha estado escribiendo aplastado bajo su pecho. La Virgen de escayola que su madre tiene colocada sobre la cama, al lado de la foto de Sebastian Coe, lo remite fugazmente a un sueño que estaba teniendo. Una casa tenebrosa y un hombre que iluminaba las habitaciones con una vela, quizás era un cura, ¿el padre Abril del que se acordó mientras corría por los alrededores del colegio?

El Atleta no oye nada al otro lado de la puerta, ni el murmullo del televisor ni las protestas de su madre «Ojalá se hubieran ido», y siente un enorme alivio, un asomo de alegría al pensar que está solo en la casa, como cuando los domingos su tío aparece su voz retumbando en la estrechez del pasillo. Ufano,

vibrante, sonoro. Absurdo y a la vez deseado por el Atleta, aquel hombre supone una liberación. Se lleva a su madre y a su abuela de la casa durante ocho o diez horas. Van a las orillas de los riachuelos, su madre y su tío buscan espárragos y otras miserias por las laderas, identifican plantas y cantos de pájaros, mientras su tía y su abuela cuchichean sentadas en sendas sillas de playa bajo la sombra de un eucalipto o un olivo. Y si los astros se alinean, si la hermana del Atleta pasa el fin de semana con su novio, la casa queda vacía y silenciosa para él. Y para Lucía. Y así sucederá pronto, cuando el año próximo su hermana se haya casado y cada vez que su madre y su abuela se vayan la casa quede para él. Pero esa idea, la idea de permanecer allí un año más levanta en su interior una ola de oscuridad, una yedra oscura que trepa por su pecho «Soy yo el que se tiene que ir abrir la puerta respirar acabar con esto».

El Atleta se vuelve sobre su costado, apoya la mejilla en las sábanas y recuerda la última vez que estuvo con Lucía en esa misma cama, casi con esa misma luz, los visillos tamizando la claridad violenta de aquel día, la tarde silenciosa del domingo. Pero no es el recuerdo de Lucía el que arraiga y germina en su cabeza. Es esa imagen fugaz, esa invocación mental a la casa vacía la que lo conduce a aquella otra casa, *su* casa, después de la muerte del padre, cuando todo se llenó de provisionalidad y nadie sabía muy bien lo que iba a ser de ellos un año, un mes después. Hasta tal punto todo era precario que los muebles empezaron a mudar de sitio, los dormitorios a cambiar de dueño en una extraña rotación que acabó dejando una de aquellas habitaciones completamente vacía, sin un solo mueble más allá de dos sillas y el tablero de una mesa colocado contra la pared, mostrando su vientre de conglomerado y sus manchas antediluvianas. Esa habitación vacía se convirtió en el refugio del Atleta. Unos cojines en el suelo, los postigos entornados y horas en la penumbra. Oyendo música, él que nunca había sido devoto de ningún grupo ni de ninguna orquesta. Sentado en aquellos cojines leía bajo la luz endeble que se colaba por la ventana. Los libros que el Canijo le iba prestando. Y los sueños. Un futuro al que no le veía los bordes, ningún rastro que permitiera adivinar en qué iba a consistir pero que él quería imaginar muy lejos de allí. Diferente. Y los saltos. Tomaba impulso, saltaba y golpeaba la pared con un pie, lo más alto posible. Con un lápiz marcaba su récord. Una y otra vez. Nadie, ni su madre ni su hermana parecían advertir todas aquellas pisadas en la pintura de color verde. Saltaba con furia, elevando cada vez más la pierna, rozando los dos metros y amortiguando como podía la caída. Dejó de correr. Cuando Santi Cánovas y Ángel lo llamaban para salir a entrenar no contestaba, o daba excusas absurdas, claramente

inverosímiles. Santi Cánovas estuvo una tarde sentado con él en aquella habitación. Fue el único que le preguntó por aquellas pisadas en la pared. Saltó dos o tres veces con él. Lo dieron de baja en el club de atletismo, rompió su ficha. Leía, estaba sentado durante horas y saltaba contra la pared.

Ahora, en este día sofocante de terral, piensa que aquello era algo parecido a lo que hacen algunos adolescentes, cortarse con cuchillas, quemarse con la brasa de un cigarrillo. Recuerda esa habitación vacía. Recuerda aquella lámpara extraña que en medio de la mudanza interna de la casa, apareció allí colgada un día. En el dormitorio de su madre apareció otra, esa de color morado. Debió de instalarlas en algún momento su tío. No el de la voz ahuecada sino el otro. El que hablaba como una flauta y siempre llevaba en el bolsillo de la camisa un destornillador. Lo arreglaba todo. Era un monomaníaco de los arreglos. Enchufes, planchas, televisores, relojes, teclados de ordenadores, cuadros eléctricos, cerraduras, persianas, cafeteras. Y mientras atornillaba y desatornillaba hacía sonar la flauta de su voz. Habría sacado aquellas lámparas de algún almacén, de la tienda de algún amigo, de alguna cacharrería. Y se las trajo a su cuñada como una ofrenda, como el principio de la recuperación vital y económica de aquella casa. La regeneración. El Atleta abre el cuaderno, lee las últimas líneas escritas hace un par de días. *No sé dónde mirar. Mejor a ninguna parte. Mejor no levantar la cabeza. Aunque sé que si sigo más tiempo inmóvil todo se moverá a mi alrededor. Lucía incluida. Corro y no voy a ninguna parte. No importa que corra en línea recta, al final estoy dando vueltas a la pista de 400 y después de correr diez kilómetros estoy en el mismo sitio, o quince o veinte metros más delante de donde estaba al principio. O quince o veinte metros más atrás.* El Atleta se incorpora. Abre el cajón de la mesilla. Allí están sus bolígrafos, alineados de mayor a menor grosor. Coge uno intermedio. Está tentado de tachar lo que ha leído. Lo pone entre paréntesis. Mira otra vez la lámpara. Y escribe.

DIARIO DEL ATLETA

La lámpara. Está ahí colgada del techo y parece un ovni. Tiene la forma de un ojo y pende (cuelga) de un cable negro y corto. En vez de alumbrar parece que vigila. Da una luz pobre. Una bombilla de pocos vatios que se hace todavía más endeble a causa de ese cristal oscuro, verde como el de las botellas pero con concavidades que se suponen son el adorno, la propiedad estética de ese artefacto que es el recordatorio de nuestra miseria. Una lámpara de caridad. El orgullo de mi madre. Dos lamparitas. Así las llamó cuando de pronto

aparecieron ahí colgadas y yo le pregunté. Me miró con pena, no sé si por ella o por mí, cuando le dije que parecían dos ovnis y que además eran dos ovnis ciegos, dos pequeños agujeros negros que chupaban la poca luz de la casa. No lo dijo, no me contestó, pero sé que pensó que si no me gustaban trabajase y comprase otras, con una luz cegadora. Tuvo piedad y se calló. Y su piedad se convirtió en un anzuelo, en un gancho con el que quedó sangrando mi estómago. Con la pus del remordimiento. Me pregunto si ella sentirá lo mismo, si alguna vez tendrá remordimientos cuando acorrala a su madre. Cuando le raciona la televisión o la ridiculiza por sus gustos. Cuando van al campo y se ufana de subir por las cuestas más pedregosas y empinadas mientras mi abuela se queda hundida en la silla de playa haciendo ganchillo y ella, mi madre, al bajar victoriosa de la montaña con sus ramajos, le dice que para eso mejor se habría quedado en la casa.

Vengo de ahí.

Vengo de ese magma, de esa nebulosa. No solo de ese cuerpo, no solo de la oscuridad de ese cuerpo ni de lo hondo de ese vientre blanco y venoso, entre líquidos, vengo de ese desquiciamiento y de esa lluvia de meteoritos que no deja de producirse dentro de su mente. Desciendo de ese orgullo dolorido y de esa humildad igualmente herida. De esa soberbia que es capaz de arrinconar y destruir a una madre y de esa humildad que se doblega y enternece ante unos ridículos objetos como esas lámparas, ante la mano que las trae. Ese cable rígido que las sostiene. Esa disciplina. Así es ella y ese es el plasma que me inoculó, con el que me alimentó, el que imprimió en mis células y por medio del que me fue adiestrando desde que salí de su útero.

La lámpara (lo que representa) (escribir más?)

Mi madre dice que cuando era joven el mundo estaba lleno de ovnis, de gente que veía ovnis. En la TV no paraba de salir gente que había visto luces extrañas en el cielo, descendiendo, girando o ascendiendo, en el borde de las carreteras, en las casas perdidas en el campo. Casi todo el mundo estaba convencido de que los pilotos de aviación civil, y por supuesto los militares, habían hecho avistamientos. Estaban en el secreto. Mucha gente confesaba haber sido secuestrada. Llevada al interior de esas naves por medio de haces de luz muy potentes que absorbían sus cuerpos. Es lo que ocurre con mi madre. La secuestran o se evade, va a otro lado, desaparece, y luego la vemos transformada. Va de un polo al contrario. Sin pasar por ningún punto intermedio. La mujer ejemplar, modesta, y la que fustiga a su madre. Me da vergüenza escribirlo. Me siento, soy, un traidor. Infinitamente peor que ella. Un

miserable. Porque soy más inteligente que ella, porque ella se ha esforzado para que yo sea mejor que ella y que todos y solo consigo ser mucho peor. Porque a mí solo me llega la primera, la madre ejemplar. Me perdona, me disculpa, me defiende ante mi hermana, ante las miradas y las preguntas suspicaces de mis tías. ¿No ha encontrado trabajo todavía? Le preguntan, felices, acosándola a su vez. La miran y me miran. Sus hijos, mis primos, hace dos, cuatro, seis años que trabajan. Tienen coches. Uno se ha comprado un piso, otro se va a casar. Tienen vacaciones, viajan. Les regalan cosas a sus madres, relojes que ellas enseñan a mi madre. Yo le robo a mi madre. Ese es mi regalo. Abro el cajón de su armario, levanto los pañuelos, la ropa interior y miro el pequeño fajo de billetes. Cojo dependiendo de su grosor. Cuando mi necesidad es desesperada no tengo en cuenta cuánto hay. Dos veces, que yo sepa, mi madre ha acusado a mi abuela. La palabra que usó entonces fue hipocresía. Mi abuela le entrega la cantidad completa de su pensión cada mes salvo los cincuenta euros que me da a mí. Mi madre en esas ocasiones la acusó de quitarle con una mano lo que le daba con la otra. No concebía que pudiera ser otra persona la que cogía dinero de su cajón. No puede pensar que soy yo. No es que no quiera pensarlo, es que NO lo piensa.

A mí no es necesario que me rapten los dueños de los ovnis ni su puta madre. Yo me transporto y me transformo solo. Yo soy mi agujero negro. Me trago, me engullo y no sé adónde voy. Soy la sombra que da esa lámpara. Soy todo lo que se pierde en el camino. Los restos de pan que caen cuando el pan se divide, lo que no entra en la boca de nadie ni nadie aprovecha. Lo que se llevan las hormigas o la escoba. La semilla de la que hablaban los curas en el colegio. No la mala semilla, sino la que cae en la piedra y ahí se descascarilla y se abre.

¿Esos son los pensamientos que me trae esa lámpara? Lo que ella encarna. Lo que yo vuelco en ella, porque la lámpara, ese trozo de cristal y ese cable que parece una fusta, no encarna nada. ¿Qué es lo opuesto a esa lámpara? ¿Qué hay en el planeta, hasta donde yo puedo abarcar, que me produzca el efecto contrario o que es un antídoto contra el virus de la lámpara?

LA MARIQUITA, EL TATUAJE, EL TOBILLO, LA PIERNA, LA ESPERANZA. ELLA.

Sí, la mariquita que Lucía tiene tatuada en el tobillo derecho. En la parte interior. Ese dibujo es la paz. El consuelo. (escribir lo que siento) (lo que me produce).

Pero la lámpara está siempre presente. Está atornillada al techo y vuelvo aquí cada noche, vuelvo a estar debajo de ella. Cuando duermo y cuando me despierto está ahí flotando con su tristeza. Es la última luz que veo cada día. El primer ojo de cada mañana. Me recuerda paso a paso la vida que he tenido. Y después, cuando ha acabado su repaso, me dice Venga y ahora levántate si eres capaz, sigue por el surco, tú y yo sabemos lo que hay, lo que no vales, yo soy tus dados, tu porvenir también. Me recuerda lo que soy. Lo que no tengo. La vida que puedo tener. Lo que no quiero imaginar, para no hundirme. Pegada al techo, como el triángulo que encarnaba el ojo de Dios. Vigilando que no salga del terreno de la penumbra.

Lucía tiene una mariquita como de un centímetro o dos (más bien dos) tatuada en la parte interior de su tobillo derecho, justo encima del tobillo. Se la había tatuado antes de que yo la conociera. No es un buen tatuaje. Apenas tiene sombras que le den relieve y si no lo miras bien podría parecer que se trata del dibujo que un aficionado le ha hecho ahí con un bolígrafo. A lo mejor en eso reside el secreto, a lo mejor es esa inocencia, esa libertad, unida a la piel de Lucía, lo que me infunde ese ánimo, esa alegría incluso. Esa fe en las cosas buenas y, por decirlo así, del modo que podría hablar mi tío (el de la voz fuerte) esa fe en la vida.

No tiene ningún tono rojo (solamente un reborde en el contorno de lo que serían las alas, la coraza, que es casi rosa pálido), tampoco los lunares de la mariquita son negros. Es azul entera. Azul y piel solo. Me acuerdo de las primeras veces que me senté en los bancos del paseo marítimo con Lucía y de cómo ella sacudía nerviosamente la pierna, arriba y abajo, columpiándola sobre la otra y cómo la mariquita subía y bajaba, y yo veía en ese movimiento la confirmación de una promesa lejana. Que estuviera nerviosa por estar conmigo me conmovía. Que hiciera el mismo movimiento unos meses después cuando su hermano estuvo tan enfermo me produjo la misma emoción. El pie desnudo, su sandalia de tiras, el arranque suave de la tibia pálida y la mariquita balanceándose.

Yo seguía atentamente el recorrido que podría hacer la mariquita, subía despacio por el puente, por esa autopista lisa de su tibia camino de la rodilla y allí bordeaba el obstáculo redondeado del hueso para adentrarse en la planicie del muslo salvando el trigo endeble, esos vellos dorados y casi invisibles en la piel, espigas solitarias, la planicie, el desierto pálido que hay más arriba del muslo, ese espacio que no es vientre ni muslo ni ingle ni casi cadera, con el vacío a un lado y la sombra del pubis al otro, ese seto recortado detrás del que se oculta la entrada a otro mundo, y seguir, seguir hacia arriba camino del tórax, hacia ese norte que es una promesa siempre, ascender por la escalinata suave de las costillas y por la duna sedosa del pecho hasta el monumento sencillo del pezón, contemplar desde la cima el paisaje maravilloso, esa extensión de valles y colinas, badenes, poros invisibles, lunares planetarios, hondonadas y cauces despoblados, seguir después el camino en un descenso armonioso hacia la depresión de la clavícula, remontar ese obstáculo leve y emprender el ascenso del cuello, ya a la sombra de la selva del pelo, esas ondas, esas curvas de mechones claros, una siembra abundante de trigo en medio de vetas pardas, culminar la ascensión de la barbilla y desde ese promontorio contemplar la frontera roja de los labios, ese cráter elástico que se expande en una sonrisa que es la encarnación del futuro y la verdad (lo que para mí es el futuro y la verdad, lo incierto, lo que quizás nunca alcance del todo y huya de mí, como de mí huye la vida, como huyen los días, igual que el paisaje queda atrás cuando corro sin ir a ninguna parte), la boca, la verdad, el futuro, mi suerte en lo hondo de esa cueva de la que asoma brillante y húmeda la piedra de los dientes, esa arqueología de estalagmitas y estalactitas blancas, subir a la sombra de la ladera de la nariz y, sí, entonces llegar realmente al lugar elegido, al destino último, la desembocadura del ojo, su orilla, la mirada de la que todo

depende.

La lámpara me dice que eso se puede acabar. Que eso también tiene fecha de caducidad. Y que un día esa luz se apagará para mí. Los ojos no me mirarán, el columpio de la mariquita subirá y bajará en su balanceo nervioso ante otra voz. Lucía también puede cansarse. Eso lo sé yo. Eso, a veces, en las tardes sin ir a ninguna parte, lo siento, aunque su voz me calma, sus palabras me comprenden y su mirada me quiere consolar. Lo siento, lo temo. Eso no hace falta que me lo diga la lámpara, ese es el diente roto en el engranaje, lo que antes o después acaba por romper la máquina.

La puta moto. El Niño del Sordo me ha dicho que prepare la cartera. No sabe cuánto, lo que el Sordo diga. Hoy ni mañana ni sé cuántos días más ni siquiera puedo llevar a Lucía a su casa.

Rai qué perita, qué haces Rai.

Raimundo ha llamado a la puerta dos, tres, cuatro veces con la palma de la mano, y solo al rato le ha abierto el Nene Olmedo, que lo mira sombrío, despectivo, de arriba abajo: la guitarra, los brazos secos, el pecho hundido, la cara llena de ángulos y esquinas y la mirada desorbitada. El Nene Olmedo le hace una mueca que el Rai deberá interpretar como quiera. El dueño del tugurio se da la vuelta y dándole la espalda le dice, Entra y cierra, coño ya, y es entonces cuando desde el fondo del cuchitril se oye la voz de Eduardo Chinarro: Rai qué perita, qué haces Rai.

—¿Qué haces Rai?, ¿quién te ha dicho que estamos aquí?

Raimundo no contesta, da dos o tres pasos titubeantes, la guitarra choca con algo bloonk, se detiene hasta que sus ojos se habitúan a la penumbra.

—¿Te lo ha dicho el Tato? Le he dicho que te lo dijera, Rai.

—Eso tú haciendo propaganda, majarón, si quieres pon un anuncio en el periódico —el Nene Olmedo vuelve al sitio que ocupaba, se sienta en el colchón que hay tirado en el suelo, al lado de la Penca.

—Es al Tato, Nene, yo no lo he dicho a nadie más, ¿es colega tuyo no?

El Rai, al mismo tiempo que las figuras —el Nene Olmedo, la Penca, Eduardo sentado en una caja de cerveza, y otro tío que no conoce y que está sentado en el suelo cerca de Eduardo, con la cabeza apoyada contra la pared, dormido—, percibe de lleno el olor que flota allí. Sudor, lejía, jaco, nicotina. Y la temperatura de horno. Desde el techo cae a plomo un calor denso. El

ventanuco del fondo cerrado, con el cristal pintado de blanco hace mil años y ahora virado a un tono sepia, casi marrón, deja entrar una luz medio podrida.

—Sí, mucho colega, todos semos colegas pero hay que tener el ojo así, más abierto que el culo de tu hermana.

El Rai ve la jeringuilla clavada en el brazo del Nene Olmedo. Encima de un taburete están la cucharilla, el mechero, el polvo. La Penca, su Dulcinea, lo está mirando de reojo y el Rai comprende. Se jode.

—¡Me cago en la puta, Eduardo! ¡Yo contigo no curro más ni con tus muertos ni que me lo pidas de rodillas!

—Rai qué pasa. No ve el Rai, qué pasa Rai. Yo le dije al Tato que te avisara. Hemos dicho, te lo dije por teléfono coño Rai.

—¡Tu puta nación! ¡Me cago en tu puta madre!

Eduardo Chinarro se levanta del cajón, tuerce la cabeza, la voz rajada se le raja más:

—No te pases Rai, no te pases me cago yo en —bizquea, la tubería de la carótica se convierte en canalón, se acerca al Rai, que enseña los dientes, como las perras que defienden a sus cachorros.

—¡Eeeh eeh eeeeeh! —el Nene Olmedo grita desde su trono, desde la mugre del colchón—, aquí no, de aquí os dais el piro ahora mismo a tomar por culo.

Eduardo Chinarro, con la cara torcida, sigue mirando a Raimundo Arias, a treinta centímetros de él, la vena bombeando. Raimundo asiente nerviosamente una y otra vez, más que una afirmación lo suyo parece parkinson. Juanmi, que es quien estaba dormido, se despierta, sorbe, tose, mira sin saber dónde está, tiene una arcada, eructa, se contiene, parece que se va a reír.

Desde su posición de monarca el Nene Olmedo le suelta una patada en el costado. ¡Iaaaaa! se queja el otro, pero parece que el dolor no le corta las ganas de reír, al contrario, se convulsiona en una risa muda, se vuelca del todo, se deja caer y medio en posición fetal se ríe con la boca pegada al suelo.

—Ya os estáis yendo a la puta mierda todos —la jeringa le cuelga del brazo como un péndulo estropeado.

—Mal rollo —dice el Rai con su cara de indio, afilado.

—Mal rollo ni hostia, jopo —dice el Nene Olmedo. Mira a la Penca, le habla en otro tono, cómplice—. Venga nena.

El Juanmi se ha vuelto a dormir tirado en el suelo, con una sonrisa en la boca, sueña con los angelitos. El Nene Olmedo estrangula el brazo de la Penca, la vena asoma, Pica, dice ella.

Y el Rai mira la melena de su amor cayendo por los hombros, tan derramada como su propio ánimo. La camiseta amarilla, los pechos redondos y altos —la recuerda en la playa de Sacaba, riéndose, el sol arriba, los dos entrando en el agua—. Ya no le importa Eduardo ni su aliento pegajoso llegándole a la boca como el vaho de un motor. Sorbe, encaja. Se da la vuelta.

—Venga Eduardo, trinca. Vámonos.

Abre la puerta y sale. Eduardo vuelve de la parálisis, todavía jadeando. No me conoces tú a mí, este no me conoce, la próxima te la comes, la próxima se la come, susurra, traga saliva como quien traga una píldora, enseña la mella como un león sin rugido y vuelve la cabeza para decir:

—Adiós Nene, hasta luego Penqui. Gracias colega, tú eres un colega potente.

Nadie le contesta. Sale tras la estela de Raimundo Arias. Al cerrar cuidadosamente la puerta ve el cuadro. El Juanmi en el suelo envuelto en el vaho de la ventana, el Nene Olmedo manejando la jeringuilla en el brazo de la Penca y ella levantando la barbilla como si en el techo hubiera algo que la deja con la boca abierta, desconcertada.

El Rai camina acelerado por en medio de la calle, aplastado y disminuido por el sol. La guitarra es un mueble viejo bailando a su lado. Eduardo lo sigue yendo por la acera y la sombra. Ahora sin susurrar dice:

—La próxima te la vas a de comer Rai, por mis muertos.

El otro no contesta, anda a toda marcha. Eduardo lo sigue a diez o doce metros. Cruzan el Parque de la Peseta. La sombra de los árboles los apacigua. Pasan por al lado del parque infantil. Un niño de cinco o seis años, sudoroso, metido dentro de una caseta de colorines, sorbe de una lata de Fanta, aspira, vuelca la cabeza hacia atrás ansioso por sacar una gota más de líquido. Sin detenerse, Eduardo le aconseja al pasar:

—Niño mira que te vas a cortar.

El niño sin apartar la lata de los labios lo mira con los ojos desorbitados mientras sigue sorbiendo con ruido de aspiradora averiada.

—Que te vas a de cortar.

De la sombra surge un tipo con la camisa abierta, la barriga por delante.

—Qué pasa contigo, qué le estás diciendo a mi hijo.

Eduardo se detiene, contrae la cara, mira al fulano, que sigue avanzando hacia ellos, el niño deja de sorber pero continúa con los ojos aspaventados y con la lata pegada a la boca. El Rai sigue andando y reclama:

—Vamos.

—Tú qué quieres con mi hijo.

—Voy a querer ni voy a querer, que se va a cortar la boca el niño como está con el Fanta jefe qué voy a de querer.

—La lengua te la voy a cortar yo a ti como no te largues ya.

Eduardo lo mira con la boca abierta, verdaderamente sin comprender. El Rai vuelve a ordenar:

—Vámonos —se para.

El padre sigue con lo suyo:

—¿Tú qué eres un maricón de eso de los niños?

Eduardo no reacciona, continúa mirando cómo el tipo se acerca, Qué grande, dice Eduardo.

—Qué, qué dices tú payaso.

El Rai se ha dado la vuelta, viene hacia ellos. Acelera el paso, la boca torcida. Empuña la guitarra por el traste, como un bate de béisbol, casi aúlla:

—¡Que te vayas! ¡Que te vayas a la puta mierda! ¡Me cago en tu sangre hijo la gran puta!

El niño aparta la lata de la boca por primera vez pero se queda con el hocico abierto, enrojecido y tan abierto como los ojos. El papá responsable levanta las manos al cielo como si en vez de con una guitarra lo amenazaran con un arma de fuego:

—¡Eh, eeeh eeeeeh!

El Rai llega hasta él, hace amago de golpearlo con la guitarra y el otro se cubre la cabeza y es entonces cuando el guitarrista aprovecha para soltarle una patada, una patada que da en el muslo del papi, y a continuación lanza el guitarrazo, boon, en el costado del fulano. Se acerca justiciero Eduardo Chinarro y agarra él también el traste del instrumento musical.

—¡Déjalo Rai, déjalo! ¿No ves que es un majarón el gilipolla?

El otro da dos pasos atrás y se envalentona ante el arbitraje de Eduardo, el fuelle de la panza se le acelera:

—¡Y vosotros! ¡Vosotros! ¡Te acercas otra vez y te crujo la guitarra!

El Rai avanza, Eduardo lo placa:

—¡Venga ya Rai! ¡Colega! ¿No íbamos a currar? ¡Venga ya! Te vas a poner con el mierda este.

Raimundo Arias no ha dejado de mirar en ningún momento al tipo de la camisa abierta, que ahora se palpa el costado en el que ha resonado el canto de la

guitarra. Al Rai le vuelve la marea loca:

—¡Lárgate de aquí! Lárgate de aquí maricona.

—De qué —dice el otro dando un nuevo paso atrás. Ha captado la neura del Rai, mejor ahuecar, aunque galleando un poco, lo mínimo.

—¿De qué? De que te vas ahora mismo o te mato aquí —el Rai asoma los dientes—. ¡Que te largues!

Se oye entonces el llanto del niño, una especie de grito a la inversa, como si el niño, con la boca descomunalmente abierta, aspirara todos los sonidos del mundo.

El padre, cogiéndose el costado para justificar la retirada, se acerca al niño, le da una palmada a la mano que sostiene la lata de Fanta, que cae al suelo, y es entonces cuando el niño cambia la absorción del aire por su expulsión y haciendo brotar toda la fuerza de sus pulmones y grita ¡Nooooooooo! ¡Noooo! ¡Nooooooooooo!

—No veas, no ve el niño el hijoputa, vámonos Rai —Eduardo coge del brazo a Raimundo, lo mira con cara de conmiseración como si fuera el Rai quien estuviese llorando—. Venga Rai, es un mierda y ya está.

Pero el Rai sigue mirando fijamente al hombre. Observa cómo coge al niño en brazos y cómo el niño cabecea histérico, poseído, horrorizado ante la pérdida de la lata vacía. El Apocalipsis.

Finalmente, Raimundo, quizás trastornado por la estridencia disonante del llanto (al fin y al cabo es músico), cede y se deja llevar por Eduardo, se da la vuelta y reemprenden el camino que llevaban. A su espalda, alejándose, se oye el llanto desesperado del niño, y en uno de los intervalos de los sollozos llega la voz del padre, Que te vea más por aquí piojoso, a los dos va por los dos.

El Rai se tensa pero, para desactivarlo, es Eduardo el que reacciona y se vuelve:

—¿Quieres candela no, carapapa? —busca con la mirada por el suelo.

—Que no os vuelva a ver por aquí mamones, pederastias —grita sin dejar de alejarse.

Berrea y se convulsiona el niño, hace de estatua el Rai y Eduardo encuentra lo que buscaba, dos, tres pedruscos de granito, bien cortados. Los agarra, ignora cómo le queman en la mano y emprende una carrerilla de lanzamiento, breve, potente, como la de un jabalinista, y con el mismo ímpetu que un atleta de esa disciplina corta bruscamente la carrera y lanza. Impecable, el proyectil traza una parábola perfecta: foco, directriz, parámetro, eje, vértice, radio vector, unidos a

la potencia y dirección adecuadas, y = a × 2 + b × + c, hacen que la piedra llegue al pie del destino deseado, literalmente al pie del individuo de la camisa abierta y la panza prominente. El tipo suelta un aullido y una maldición y, advirtiendo que Eduardo se apresta para un nuevo lanzamiento, emprende un trote torpe, con el niño zarandeado y, a pesar de los vaivenes, empeñado en el llanto.

El segundo proyectil alcanza el bulto, ese conglomerado que en la distancia forman padre e hijo. El sonido del impacto es sordo. Desde el lugar en el que se encuentran el Rai y Eduardo, imposible de precisar con detalle. El cálculo llega a través de los sonidos. Primero hay un instante de silencio absoluto, solo una motocicleta a escape libre rompe la quietud recalentada de los alrededores. Luego viene el grito del padre, una especie de alargamiento de la vocal i desgarrado y roto en algunas partes para introducir a pleno pulmón varias aes, como si de un modo primario tratase de imitar el sonido de una sierra mecánica, o algo parecido. Después llega el eco de las primeras palabras: Me lo habéis matado, me lo habéis matado, asesino, asesino, me lo habéis matado, me lo habéis matado etc. (siempre multiplicando por dos los enunciados). Asesino, asesino, insiste la cadencia doble ante el silencio preocupante del niño y la expectación de Eduardo Chinarro, arrepentido de su puntería o de la milimétrica imprecisión de la misma que ha llevado a estrellar la piedra contra el hijo y no contra el padre.

Eduardo arruga la cara, intenta discernir. Demasiado calor, demasiada luz. Los árboles contienen la respiración, los bancos y las construcciones infantiles de plástico están a punto de derretirse. Eduardo mira al Rai, que se ha dado la vuelta y observa con curiosidad lo que sucede. Se encoge de hombros Eduardo. Abre la mano y deja caer la tercera piedra, el proyectil nonato.

El padre de la criatura deambula desesperado de un lado a otro de la explanada, levanta una mano empañada en sangre, desde lejos la camisa también parece tintada de rojo. Se detiene y retoma la retahíla abandonada por unos instantes (Me lo habéis matado × 2, asesino × 2, criminal × 2, etc.), pero he aquí que en medio de la letanía surge, resurge, el aullido exasperado, renovado y también duplicado del niño. Sano, a pleno, y doble, pulmón.

A Eduardo se le dilatan las pupilas, levanta las cejas al cielo y suelta una carcajada que contagia al Rai:

—Vámonos Rai, vámonos primo.

Y los dos empiezan a caminar siguiendo el sentido que llevaban cuando encontraron al Niño de la Fanta. Marchan a toda velocidad dejando atrás ese reino de los Garamantas. Eduardo susurra, El hijoputa ese, mientras a lo lejos el

hijoputa invoca a la policía y vuelve a hablar de asesinato y pederastia.

—Sus muertos, ¿no verdad Rai? —le raspa la garganta a Eduardo.

Pero Raimundo Arias no responde al enigma sino a otra cuestión. En el fondo este hombre tiene algo de cartesiano:

—¿De por qué me dices tú a mí primo? ¿Primo de qué?

La respuesta de Chinarro es la de los hombres sabios:

—Yo qué sé.

Los viajeros se remueven, la voz de la azafata anuncia que la próxima e inminente estación es Puerta de Atocha, y aunque pide que los viajeros permanezcan en sus asientos por todos lados surgen desobedientes, afanosos por ser los primeros en poner pie en su destino.

La cabeza de Carole todavía permanece apoyada en el hombro de Céspedes. Abre los ojos y mira el mundo como si despertase dentro de una nave espacial. Cabrón me has abducido, susurra.

—Qué —Céspedes mira de reojo la coronilla de Carole, solo alcanza a ver una mancha de pelo, la punta de la nariz de ella.

—Que me has abducido —bosteza cierra los ojos—. Qué sueño Dios. Dile al revisor que nos quedamos una hora aquí.

Un tipo alto, con chaqueta de verano, bronceado, la mira desde su metro ochenta y cinco, entre el desprecio y el deseo. Carole abre un ojo y lo observa, le hace retirar la vista con su ojo de cíclope. Parece que ese es el estímulo que le faltaba para acabar de despertar. Se incorpora, mira por la ventanilla cómo pasan lentamente los cables, las torretas, la tonalidad gris que anuncia la estación de modo inminente.

—¿Sabes ya dónde estás? —pregunta Céspedes.

—Más o menos —responde Carole mirando absorta el paisaje de hormigón.

—Ya. ¿Y sabes quién soy?

Ella gira los hombros, la cara, es la primera vez que lo mira desde que se ha despertado «Dios qué guapa es», niega, columpiando levemente la cabeza:

—De eso, te lo aseguro, no tengo ni puta idea.

Sonríe abiertamente Céspedes.

—¿Te ríes, de qué te ríes? —Carole arruga el entrecejo.

—No, no me río.

—Cómo eres, y yo que soy gilipollas y me dejo llevar.

El tren se detiene. Alrededor de Céspedes y Carole ya todo son cinturas, maletas que bajan del techo, gente que camina poniendo un pie junto al otro, conteniendo el ansia de escapar.

Carole sube los brazos por encima de su cabeza, se estira, se arquea.

Céspedes hace un gesto con la cabeza, indicando la puerta del vagón:

—¿Vamos, señorita?

Las columnas de hormigón, el desfiladero de gente y el rodar de las maletas. Cojinetes con música dodecafónica, calor seco, somnolencia, una luz lechosa. Caminan entre la multitud, Céspedes tiene una sensación de libertad intensa, sabe que es efímera «Flotando en una nube de hormigón en un bloque de granito que de un momento a otro caerá en picado al vacío, la libertad de la caída». La libertad de los que se despeñan, la prerrogativa de quien ya no rinde cuentas porque todas las cuentas le suman cero o infinito.

«Mañana es el siglo veintidós lo que está detrás de todas las montañas, ni se sospecha ni importa lo que haya allí», Céspedes monta en la escalera mecánica pegado a Carole, huele su espalda, la melena. Una vez, tiempo atrás, una mujer le preguntó Por qué te quedas esta noche conmigo y no te vas a tu casa. «Por el olor de tu pelo», lo pensó pero inventó otra cosa.

Caminan. Carole y a su lado Céspedes, camisa hawaiana, bermudas, náuticos, caminan entre el carnaval viajero.

—¿Esto lo haces tú a menudo? —la ceja alzada de Carole.

Céspedes sabe a lo que se refiere pero pregunta:

—Qué.

Carole no contesta, lo observa con una mezcla de ironía y desprecio.

—¿Invitar a una mujer a comer? —Céspedes elige un camino intermedio, ni se rinde ni responde a lo que realmente se le pregunta.

—A quinientos kilómetros.

—Menos de lo que debería. Lo hago menos de lo que debería.

—Porque necesitas una loca para hacerlo.

—De todos modos antes de comer vamos a ir…

—Todos los días no encuentras a una, claro.

—Vamos a ir antes a un sitio si me dejas —de pronto la cara de su mujer se le presenta, rotunda, definida, mucho más real, con mucho más peso que si estuviera a su lado arrastrando una de esas maletas.

Una zanja abierta delante de él. Las hormigas procesionan en orden. Se identifican, conocen su misión. Céspedes se ha salido momentáneamente de la

fila, ha perdido el rastro de las feromonas.

Ni su mujer ni su hija. No va a haber chantaje. No va a haber sombras. Por lo menos en todo lo que queda del día. El teléfono vibra en su bolsillo. No lo saca. La libertad no solamente de no cogerlo sino de no interesarle quién llama. Escaleras mecánicas. El perfume de aquella melena. La cadencia de Carole. Al fondo aparece la vitrina de la estación, la cola de los taxis, y Céspedes tiene un recuerdo inopinado, aquel libro de religión en el que aparecía una inmensa cola de gente, almas decía el cura, esperando entrar al Juicio Final. «Juan, las siete iglesias de Asia.»

No va a insistir más, no lo va a volver a llamar. Es lo que se dice a sí mismo Rafi Villaplana. «Que le den por culo a Céspedes yo salgo adelante con él o sin él.»

Pasa contactos con el pulgar por la pantalla del móvil mientras conduce. Amel.

«Amel. El capricho de que la llame Amel. Se creerá que se quita dos letras y ya ha salido de la puta vida que lleva, y que va a llevar, nació para el hoyo y se morirá en el hoyo, por muy bien que mueva el culo, eso es natural, lo tiene innato, hay tías que lo llevan en la sangre son putas desde que se ponen el chupete, pueden estar veinte años o cuarenta años como ella sin saberlo, casada, con su maridito, el novio que tuvo cuando tenía el pelito largo y todavía se llamaba Amelia Martínez Robledo o Rebollo o como se llame y de pronto bang un día hacen así se les mueve algo por dentro una glándula o un chorro de hormonas o de neuronas que hacen sus conexiones, un puente como el que hacen los ladrones en los coches, los hijos de puta que me lo robaron y me rajaron la tapicería antes de soltarlo, hacen esa conexión y todo lo que tenían ahí guardado empieza a correr y vaya si corre, me cago en la puta cómo me pone la tía esta, por ahí me tiene cogido el anzuelo por la encía, cada día más puta y más sabia, que aproveche que tampoco le queda tanto de circular en condiciones, el culo empieza a hacerle gachas y en cuanto se descuide puede hacer un flan con los brazos con los bíceps o hace más pesas que Tyson o se lo compra todo de mangas largas, que busque entonces otro como yo más joven que ella, las tetas no, la cabrona las tiene que parecen de goma hija de puta cómo me pone cuando se levanta y anda por la habitación alrededor de la cama como si fuera un buitre buscando comida cómo te mira mientras te la chupa que parece que además de la leche quiere tu cerebro llevarte tragarte entero, eso o lo tienes en la sangre o no hay forma no como la Nuri aquella que le daba un aire y aunque hasta se pintaba

como una puta parecía que lo que te estaba haciendo era una paella o fregándote la polla, follar con ella era como jugar a las cartas con un niño todo mentira pero esta, esta sabe de qué va pero con las mismas la despacho, la tengo que despachar en septiembre como mucho no me puedo descuidar una temporada no me puedo descuidar, antes de septiembre, el padre de Jane es más listo que el hambre con sus ojillos de zorro, ahí está mi vida ahí tengo que pegar el salto, el cabrón de Céspedes me lo puede poner más fácil pero si no lo hace se va a joder, nos vamos a encontrar antes o después y entonces no me va a mirar desde arriba, se cree que no sé cómo me mira, pensando que soy un pringado, el jefe de personal de un hotel de la costa, se equivoca a propósito cuando se refiere al hotel donde trabajo, dice Las Golondrinas, Los Gansos, y una vez, qué gracioso, Los Pollos, y yo me río, unas veces lo rectifico para que se sienta bien, Los Patos, y otras me callo, se cree que me voy a quedar en eso, que me voy a quedar ahí hasta jubilarme o que a lo mejor subo un escaloncito más, arrieros somos y la gilipollas de La Ibáñez lo ha acabado de liar, ir a follárselo a su casa y que los pille la mujer, esa tiene los sesos de una mosca y él con lo listo que se cree, tiene un picadero pero quiere hacerse el campeón, tirarse a la pamplinas esa en su casa, pues ahí tienes el recibo campeón, y las largas que me da, la chulería esta de cogerme el teléfono cuando le da gana y cuando le da la gana no, de decirme Dime Rafi como diciendo qué coño quieres abrevia que yo tengo cosas más importantes que hacer que hablar contigo de tus fantasías, todo eso va apuntado a mi libro de notas, no sabe con quién se la juega me lo como a él y a su madre, es mi tren y lo voy a coger eso va a pasar, así de claro, desde los quince años ganándome la vida, primero en el mercado de Huelin, tragando, y desde los diecisiete en el hotel, haciendo de todo, lo que nadie quería, poniendo la mano para las propinas, subiendo maletas, fregando la cocina, haciendo de vigilante por la noche viendo cómo funcionaba todo y haciéndome respetar, subiendo, primero recepcionista luego jefe de recepción y luego jefe de personal, siendo el costado de la empresa el perro guardián, la bestia negra del comité de empresa poniendo en la calle a los que no cumplían, a los conflictivos o a los que me señalaban desde arriba, el cabrón de Domínguez aquel, haciéndose la víctima y por debajo yendo a los periódicos buscando en mi basura a ver si encontraba algo en lo que comprometerme, esperándome a las seis de la mañana en la puerta de mi casa metido en su coche siguiéndome a todos lados un día y otro las cuatro ruedas de mi coche rajadas una vez y otra, que hasta la empresa me hizo un pago especial para cubiertas, y la pintura rayada silicona en la cerradura de mi apartamento dos veces, y los otros, los que he ayudado sé que no van a estar

cuando a mí me pongan contra la pared, Gamal, puse dinero de mi bolsillo, un mes de alquiler que me fue pagando en seis veces, sin interés, lo llevé con María Luisa la abogada mejicana para que le arreglara los papeles, un buen trabajador y está agradecido pero ¿qué voy yo a esperar de él?, ¿que me regale una bolsa de dátiles?, o Seoane, lo ascendí dos veces en tres años, y vive como Dios, gracias a mí, y Covaleda, lo contraté cuando su negocio quebró, estaba desahuciado, en la calle, cabrón, y luego me lo pagó metiendo presión en el comité jodiéndome, yo sé dónde juego y con quién, el padre de Jane se va a llevar una buena impresión se la tiene que llevar y va a aflojar, a la madre me la he ganado sé que queda rematar, que todavía me mira cuando me doy la vuelta diciendo qué estará buscando este con mi hija pero no puede evitar reírse con las cosas que le cuento, seguro que piensa con veinte años menos este me hace reír de otra forma, se le nota, y valora mi inglés, eso para ella fue una sorpresa que pueda bromear con ella en inglés y no tenga dudas ni balbucee como esos que chamullan cincuenta o sesenta palabras, no soy Rafael de la Fuente con su acento de Cambridge ni falta que hace pero me luzco, lo tengo que hacer bien y la gente de mi familia tiene que espabilar parece que no se dan cuenta de lo que me estoy jugando, mi madre se tiene que arreglar los dientes de una vez, la gilipollez esa de que le va a ser muy incómodo comer con una prótesis, o un implante o no sé cuántos, una pasta pero ella no puede abrir la boca y enseñar la encía como si fuera una mendiga coño, comprarle ropa, que se la compre mi padre por una puta vez y luego el sonido de las tripas ese escándalo de desagüe que le da cada vez que se pone nerviosa, el día que conoció a Jane parecía una cisterna joder y se lo he dicho de todas las formas posibles Mami por favor come otra cosa o no comas o yo qué sé ve al médico y ella lo único que hace es reírse para enseñar ya el desastre de los dientes y ponerse la mano en la barriga como si tuviera ahí una rebelión y la pudiera aplacar así joder parece mentira esa mierda de barrio se los ha comido nosotros no somos así nunca lo hemos sido y además llega un punto en el que hay que ir marcando las distancias eso no lo entiende mi madre, aunque sabe que no es como esos se ha relajado, por aburrimiento o por lo que sea se ha relajado, todo el día tratando con esa gente dándoles confianza no importa cuántas veces se lo diga Mami pon distancia mujer pon distancia no estás viendo que nosotros no podemos estar en los líos ni en la farfolla de esta gente, ¿te vas a pelear por quién friega la escalera o quién ha volcado la basura?, levanta la cabeza y pon a esta gente en su sitio y no te vayas coño con la Puri ni con esas tías a comentar si la hija del Petuso se droga o si la de la frutería de enfrente está embarazada y quién es el padre como si a

nosotros nos importara eso, ¿no tienes una tele no te he comprado una tele de treinta y dos pulgadas para que te empapes de lo que te dé la gana?, ni una vez la he visto ponerla eso sí el otro mi padre todo el día enganchado, al fútbol o a lo que toque, si salen tías con poca ropa mejor y él lo mismo, haciendo honor al despelote, frotándose las manos como si tuviera delante un festín, da igual el partido que sea o la puta que enseñe las tetas, en medio del sofá y en calzoncillos como el otro día que entro y me lo veo ahí sentado dormido en calzoncillos, el bulto en primera fila destacando empalmado me cago en la puta qué vergüenza y me dice que por qué le grito Coño papá que puedo entrar con Jane y tú ahí en calzoncillos entro con ella y no veas qué espectáculo lo bien que nos estás dejando y el tío con la cara abobada de sueño los ojillos rojos y sonriendo Estoy fresquito Rafi hombre, ¿Fresquito?, me cago en la puta y luego va y me dice Como si vinieras tú con la Jane todos los días aquí, no te jode Vengo cuando tengo que venir y si vengo menos es por el espectáculo que me podéis montar ¿no lo estás viendo coño papá?, me daban ganas de decirle que se te va a salir la picha joder como te muevas un poco se te sale y ya das el número completo ¿o no te enteras?, se entera de lo que le conviene, siempre ha ido a lo que le interesa, un tío así lo tengo en el hotel y me dura dos días, el primero para calarlo el segundo para putearlo y el tercero ya está en la cola del paro, y va y se queda allí sentado en el sofá con los brazos cruzados, la barriga los pelos, esa cosa blanda gris, la tele a toda pastilla y él haciéndose el ofendido o el que no se entera mirando la pantalla y dispuesto a empezar a dar cabezadas otra vez, tuve que señalarle el pasillo como un guardia de tráfico para que se levantara y se fuese a su habitación no me extraña que mi madre no quiera dormir con él, andando así con los pies más planos todavía de lo que los tiene los pelos de la calva de punta y protestando ¡Y no apagues la tele hombre no la apagues!, me dieron ganas de estrellar el mando contra la pantalla, pero me concentré y me salió el temple cogí el mando con cuidado y apreté muy suave el botón del off y aunque me daba asco alisé el hoyo que había dejado en la sábana que mi madre usa para proteger el sofá pasé la mano tocando lo menos posible, todo tibio como para vomitar pero lo hice, esa calma me sobrepuso fue como si me hubiera puesto los zancos y los viera a todos un metro por encima de sus cabezas como hago en el hotel muchas veces aunque con este con mi padre en vez de unos zancos me tendría que ver encima de la torre Eiffel y ni aun así, cada vez que lo veo dormido en la puerta de la tienda esa en medio de la calle contra la pared como si lo hubieran fusilado sentado, hay gente a la que la fusilan así, roncando lo he visto más de una vez coño súbete a la casa a dormir ¿no tienes una

habitación para ti solo joder?, y además protesta dice que es una alacena que es un nicho la habitación, lo que te has ganado a tus sesenta añitos compañero día a día y pasito a paso ahora qué quieres ¿una suite imperial?, el último día me dieron ganas de darle una patada a la silla y tumbarlo en mitad de la acera que escarmiente, entré y le dije al gilipollas del bazar, Bazar la Amistad tiene cojones, le dije No deje a mi padre dormir ahí ¿no ve usted la imagen que da?, ni para usted ni para nosotros está bien y el tío me dice Hombre que no le hace daño a nadie, que Mariano viene cansado de su turno de noche y si da una cabezada qué más da qué daño hace a nadie que el hombre descanse a la sombra del toldo y que al final es su amigo, se ríe el capullo, otro con las mellas, al final dice Este establecimiento se llama La Amistad, la amistad tus huevos y el turno de noche sus huevos como si yo no supiera a qué se dedica este por las noches como si no lo hubiera visto cuando iba y me lo encontraba echado en el sofá con los zapatos quitados y la corbata aflojada, yo entraba hasta el fondo me daba una vuelta por la planta baja y me sentaba en el pico de la mesa y hasta la cuarta o la quinta bola de papel que le caía encima no se despertaba como un pachá y me decía Rafalito hijo qué bien verte por aquí, me acabo de tumbar, ¿un cafelito?, y se iba con los zapatos en chanclas a la máquina del café y se sentaba en el sofá bostezando, siempre durmiendo siempre comiendo, comer dormir como un animal eso y las tragaperras y la tele en eso consiste todo, por lo menos él no socializa con el vecindario, si no está en el bazar de los cojones o echando monedas como un miserable en la máquina del bar está delante de la tele o roncando en su cama lo demás le importa una mierda, lo único que se puede salvar es que se comporta con algo de educación cuando hace falta aunque sea pesado y diga una y otra vez las cuatro mismas cosas, Uno con un humilde bachiller superior ha sacado adelante a la familia, lo de superior lo dice meneando la cabeza para que los oyentes digan Qué modesto este hombre, lo dice también porque se considera el Einstein de la familia el único que acabó el bachillerato, para lo que le ha servido ahí está y a mí que no lo terminé pues ya ve pasándolo por la izquierda y por la derecha por arriba y por abajo, por lo menos no le suenan las tripas, con todo lo que se mete sería raro no le cabe ni un puto ruido, y que se defiende en inglés los años trabajando en la recepción le sirvieron de algo, le tengo que comprar una corbata porque este se presenta delante de los padres de Jane con la corbata de la empresa los dibujitos del logo, le importa una polla con el nudo flojo y el último botón de la camisa desabrochado aunque al final es el que puede salvar la cara, de mis hermanos se puede sacar poco, la Niña tiene días de cal y días de arena y con el novio ese, es

prudente, da el pego, pero qué se cree, con sus libritos y sus poesías, y mi hermana embobada que me dan ganas de decirle Niña Estefanía que el papá de este tiene una ferretería de catorce metros cuadrados en la calle Mármoles o sea que no se piense que es de sangre azul o que pisa nubes y sobre todo no te lo creas tú ese no es nadie por muy derecho que se siente en el sillón, como si le diera asco, da el pego y punto, mis hermanos, lo que me ha tocado, el Pepe mejor que no aparezca ha salido a su padre solo que en peor, con suerte ese día está con la tía esa en el campo con su rollo ecológico, lo que sea con tal de no dar un palo al agua, no distingue una lechuga de un nabo de lo que entiende es de estar en la mecedora a la sombra del algarrobo y si es con una botella de ginebra cerca mejor, el día que me estuvo enseñando aquello, El campito decía, Mira mi campito Rafi, con el sombrero de paja las sandalias y agachándose a ver cómo iban creciendo las calabazas, arrancando hierbas y hablando de abonos y pesticidas y la tía esa detrás, callada, como si no supiéramos lo que estaba pensando, no nos traga, y el Migue siguiéndole la corriente y preguntándole por el regadío y la acequia que quieren hacer que a la vuelta en el coche le tuve que decir Miguelito hijo ¿no te das cuenta de que todo eso son chorradas y que nuestro hermanito el día menos pensado manda todo esto a la mierda?, el Migue sí que es mejor que se esté callado si el otro ha salido a mi padre este parece de verdad que lo recogieron en la puerta de la calle como le decíamos cuando era chico, Miguelito te dejaron unos gitanos en la puerta y el Pepe y yo le decíamos a mami Mami por qué metes al gitano este en la casa que cuando crezca nos va a robar y le va a pintar con betún las muñecas a la Niña y se ponía a llorar como un desgraciado y cuanto más lloraba más nos reíamos el Pepe y yo, lo poníamos delante del espejo y decíamos ¿No ves los pelos de gitano que tienes?, y era verdad no se sabe en eso tampoco a quién ha salido, mi abuela me parece que decía que su abuela ¿o sería su madre? era medio mulata de Brasil, cualquiera sabe, lo que es verdad es que todos somos más bien claros y él agitanado pero la cabeza no la ha heredado, esa gente gitanos o mulatos es despierta pero este no se entera si llueve de arriba para abajo o de abajo para arriba y tampoco parece que le importe mucho, aunque ahora quiere copiarme pero la criatura no arranca, quiere hablar un poquito menos basto se ha comprado dos o tres pantalones medio decentes se pone a hablar así de pie, recto, con los hombros bien puestos pero joder las cosas que dice el niño, el Pepe por lo menos carbura pero este por mucho que ahora le haya dicho a los cuatro amigos esos que tiene que le digan Jaime en vez de Migue, qué gran idea de mi padre ponerle Miguel Jaime Sebastián Ricardo, como si el niño fuese el hijo del zar, pues por mucho que le

digan Jaime la criatura no va dejar de ser un tarugo, es un buen muchacho pero no da más de sí, a ver si con el trabajo ese en la residencia militar se espabila un poco el Miguelito joder vaya panorama pero eso es lo que hay con esa plantilla tengo que jugar y sacar el partido adelante aquí no vale el empate al padre de Jane hay que ganarle cinco a cero, sabe que no somos los primos de Bill Gates pero le tiene que quedar claro que no somos chusma, que sabemos dónde estamos y las cosas que se han descuidado por desidia las vamos a recuperar, los dientes de mi madre lo primero, el saber estar y la clase se llevan en la sangre igual que la Amelia lleva en la suya lo que es, así que lo mismo da que ahora mis padres vivan en Portada o en el Limonar, antes o después tienen que salir de ahí, que el huevón de mi padre pida un préstamo, a Sepúlveda o lo que sea, pero salir de ahí, de todas formas en esta visita los padres de Jane no van a pisar la casa ni la barriada que piensen lo que quieran, y si al final tiene que haber entorno familiar los llevo a mi apartamento de Los Álamos diciendo que es la casa de mis padres, ponemos allí cuatro fotos de ellos y punto, llamaré a Céspedes, otra vez, la última, no me puede dejar tirado el pedazo de cabrón, el puto día que tengo y con esta, con Amel-Amelia Martínez, tengo que hablar hoy, mañana o la semana que viene, el día que vaya a hablar con ella me hago una paja antes o que me lo haga en plan puta, eso es en plan puta total, y como me dé el coñazo le doy un toque severo, que está donde está en el hotel por mí, y lo sabe ya ves si lo sabe, si hay que dar un toque se da, así que si se pone rebelde más allá de la pataleta y el llanto correspondiente, amenazas o que se va a presentar delante de Jane, la crujo, a ver si juega entonces con su puesto de trabajo, con el pan de su familia del niñato ese sonado que tiene, si quiere volver a la cola del paro para los restos que me dé el coñazo cuando llegue el momento cuando me la chupe la última vez con su cara de puta y esos ojos que parece que se le van a caer de gusto que se le van a derretir.

La doctora Galán sale al pasillo. A su espalda queda su marido, la máscara, las sondas, esa cápsula en la que se ha convertido la sala de paradas. Cruza una mirada con Ramiro. Respira, susurra la doctora. Ramiro hace un gesto vagamente afirmativo y entra en la sala que ella acaba de abandonar. «¿Y a Guille qué le digo? ¿También que su padre respira? Y qué, puede decirme. Claro que respira. Sí, pero solo va respirar unas horas, ve preparándote tenemos que prepararnos, yo también.»

La doctora Galán mira a su alrededor. Julia ha desaparecido. «Estará pegada a la máquina de café, tratando de resucitar, desconcertada, sus días de descanso

interrumpidos por capricho de Dioni.»

Toma una decisión, saca el teléfono móvil de su bata. Lista de contactos, Guille. Se queda mirando las seis letras. Vuelve a guardar el teléfono, vuelve a caminar pasillo adelante. Voces quedas, pasos, el ruido del mundo acrecentándose a medida que se acerca a la salida de urgencias. Un calor de estufa la recibe en la puerta. Al salir la envuelve ese vaho que parece a punto de incendiarle el pelo y la piel. Piensa en la cola alta en la que lleva recogido el pelo como en una tea a punto de arder. Le agrada esa sensación, ese calor casi irreal, desproporcionado. Una alucinación que la saca fuera del mundo.

Se apoya en un coche que a pesar de estar a la sombra tiene la chapa caliente, casi le quema a través de la bata y la braga, pero permanece ahí. Saca un paquete de tabaco. Winston extralargo. **Fumar perjudica gravemente su salud y la de los que están a su alrededor** «Vivir perjudica gravemente la salud y la de los que están a tu alrededor», piensa y casi se dibuja una sonrisa triste en su boca. La doctora Galán enciende un cigarrillo. Aspira el humo como una salvación y vuelve a sentir el peso del móvil en el bolsillo. «Un segundo más, un instante más antes de que empiece todo.»

Da un par de caladas, tira el cigarrillo al suelo, lo aplasta. Coge otra vez el paquete de tabaco, lo suelta antes de sacarlo de la bata, coge el teléfono. Forma una visera con la mano para ver los contactos. De nuevo Guille en la pantalla. Pulsa suavemente el nombre de su hijo,

y su hijo sube parsimonioso la cuesta, que ya se va atenuando, a su izquierda están los chalets adosados de la calle Macizo del Humo, a su derecha una valla de alambre deja ver copas de árboles, azoteas, una masa verde salpicada a lo lejos de diminutos edificios y la tierra descarnada, parda y rojiza, que, en una sucesión de colinas, se extiende hasta la mancha azul del mar.

Apenas hace diez minutos que ha salido de su casa y nada más doblar la esquina y empezar a ascender la rampa de Sierra del Pinar ya estaba renegando por no haber cogido el ciclomotor. Se ha liado la toalla de playa a la cabeza, se imagina que es un beduino, que una mora con los ojos de Mónica Ovejero le hace la danza del vientre justo cuando le vibra el móvil en el bolsillo del bañador. Cree que es Loberas. Lo está esperando en su casa para ir juntos a la piscina de su urbanización. Ve que es su madre quien lo llama «Coñazo». No coge, avanza bajo el sol con el móvil vibrando en la mano, deslumbrado.

No quiere que su madre le cuente los rollos de su padre. Sabe que hace dos o tres días que está por ahí. No le importa dónde, no le importa qué tienen entre ellos, ni si se van a divorciar o por qué no lo han hecho «Abusan de mí». Son

unos egoístas «Y no van a usarme que me dejen en paz la puta qué calor».

Guillermo Grandes Galán —flequillo recortado sobre la frente, hombros caídos, alto, desgarbado, parece zambo sin serlo, parece pies planos sin serlo— ni intuye ni sospecha lo que ocurre en su casa. Ni quiere sospecharlo ni intuirlo. Su padre se queda mirándolo fijamente algunas veces. En el umbral de su dormitorio, sin entrar ni salir. Quiere soltar algo, desembuchar. Divorcio, enfermedades, lo que sea. Pero no entra. Él no le va a dar facilidades. A él no le cargan ningún rollo extra. Ni su padre ni su madre. Que cada uno apechugue con lo suyo.

El calor. «El aire se puede tocar, medio fundido.» Guille piensa que si encendiera una cerilla el aire ardería «Guay», como las explosiones de las películas, una gran flor roja y amarilla apoderándose del aire. Ahora se lo dirá a Loberas, Loberas ¿te imaginas que enciendes una llamita y todo el aire hace buuuuúm y se incendia, todo a tomar por culo? Hasta el culo de la Piluca buuuuuún y el Juno se iba a quedar con los pelos así como un paraguas nada más que con las varillas, hostia. El teléfono empieza a vibrar otra vez en su mano. Su madre «Sí tú llama sigue llamando». Guille se detiene en la puerta del chalet adosado de Loberas. Llama. Una hilera de hormigas argentinas, idénticas a las que han estado alimentándose de su padre, sube disciplinada y afanosamente en una delgada línea recta por al lado del telefonillo. Guille saca el encendedor y aplica la llama a las hormigas, que se volatilizan «El aire no arde pero con vosotras vamos a hacer una excepción y os van a dar un poquito por culo».

—Sí —la voz de Loberas se oye cascada en el interfono.

—Baja capullo que te estoy haciendo de exterminador gratis.

—¿De qué?

—Del coño de tu prima, baja joder que me voy a derretir.

El teléfono vuelve a vibrar. Ahora es un whatsapp. Su madre.

—La leche puta qué coñazo.

—De qué —la voz de Loberas suena adormilada, rayada por las interferencias eléctricas.

—¿Vas a bajar o qué tío, no me has llamado para ir a la puta alberca joder?

—Voy, voy. Marchando una de Loberas.

Otra vibración, otro whatsapp de su madre. Lo mira de forma que su madre no advierta que ya ha sido leído. Llamame urgente! «Sí espérame sentada que ya me conozco tus urgencias y tus rollos.»

Las urgencias y los rollos de mamá. Su madre quiere contarle cuál es la

situación clínica de su padre. Y en parte, cómo ha llegado hasta aquí, cómo han llegado las cosas hasta una sala de hospital donde su padre moribundo pasa sus últimas horas. Solo le dirá una parte de lo que ella sabe. «No es necesario que ahora, ni nunca, lo sepa todo, todo lo que yo sé, lo poco que sé», piensa su madre. «Si se lo oculto no conocerá nunca realmente a su padre, pero eso nos ha pasado a todos, la verdad no tiene que ser un cuchillo.»

«Lo poco que sé.» La doctora Galán no sabe, y por tanto no se lo dirá a su hijo, que todo empezó un día remoto, allá por 1975, también en un día caluroso de verano, cuando Dionisio Grandes Guimerá al que todos empezaban a conocer en su barrio como el Talento, se encontraba en la playa de El Candado. Estaba allí porque en el instituto había hecho amistad con un chico de buena familia cuyo padre, concejal y empresario, era socio del club náutico. Enrique Rodríguez y él se habían hecho compañeros no solo de estudios. Compartían lecturas, se iban juntos hasta el bar de la facultad de Económicas y se entretenían hablando con aquella gente implicada con movimientos clandestinos. Se escapaban con algunos amigos de Enrique, Meliveo, Paquito Arteaga, el Pajarito, al pantano de El Agujero. Se tumbaban bajo un árbol, fumaban, hablaban de chicas. Dioni los escuchaba, sentía que formaba parte del centro del mundo, relacionado con aquellos cachorros de una cierta crema social que jugaban a ser malos.

Enrique Rodríguez había sido expulsado de dos colegios y había recalado en el instituto a modo de exilio o de escarmiento. Sin campos de deporte, sin autobuses que lo llevaran desde la esquina de su casa al centro educativo, sin mimos. Su padre lo condenaba al infierno de vivir entre las clases bajas de las que él mismo provenía. Sin embargo, lo que para el padre suponía un castigo, para Enrique fue una especie de paraíso. Falta de control, libertad. Sin ningún cura que anotara sus ausencias de clase. Algunos de sus antiguos camaradas habían seguido la misma deriva que él y compartían ahora aulas y escapadas. Era la corte de Enrique. Y en ella habían aceptado a ese chico aplicado pero al mismo tiempo ingenioso y siempre dispuesto a seguirles el juego.

Dionisio Grandes Guimerá compaginaba diestramente los hábitos disolutos de sus nuevos amigos con sobresalientes en la mayoría de las asignaturas. A lo largo de ese año había descubierto que quería ser abogado. Y también ese verano, al acabar ese primer curso de amistad con Enrique Rodríguez, realizó otro descubrimiento, aún más importante en su vida. Ocurrió en esa playa de El Candado.

Enrique, Meliveo y el Pajarito estaban tumbados en las toallas con dos chicas que acababan de conocer. Inmaculada Berruezo y Vicky Leyva. Biquinis azules,

cuerpos adolescentes. Enrique y sus amigos paliaban su torpeza en la seducción con el manejo hábil de la ironía. Dioni el Talento, metido en el agua hasta los muslos, oía las risas a su espalda, imaginaba cómo los tres amigos estarían haciendo, cada uno a su modo, méritos ante las dos chicas, y fue entonces, al volverse, cuando vio a aquel muchacho desconocido que avanzaba despacio por la orilla. El agua le lamía mansamente los pies. En un momento determinado el chico varió su rumbo y se introdujo en el agua. Avanzó hasta quedar cubierto por encima de las rodillas, cerca de Dioni, mirando al horizonte.

Era algo mayor que él, quizás dos o tres años. No lo había visto nunca. No sabía quién era. Pero Dionisio supo en ese instante quién era él mismo. Una cortina se descorría ante sus ojos. Los reflejos del sol en el agua y la luminosidad violenta le impedían ver con claridad, pero allí estaba todo. Al otro lado de la cortina había un espejo. Y la imagen inequívoca que ese espejo reflejaba era la suya. El anuncio de una desgracia y de una verdad. El chico ignoraba la presencia de Dioni, era un intruso, alguien que con toda seguridad no pertenecía al club. Piel bronceada, unos pezones de un llamativo color rosa adormilados en el borde de unos pronunciados y barbilampiños pectorales. Y aquel bañador. Ceñido, blanco, inmaculado. Aquella prominencia, aquel tumulto callado pero pujante, con varios nudos poderosos, que abultaban el tejido esponjoso.

Dionisio apartó la vista, quiso centrarse en el horizonte, en la temperatura del agua, en aquel barco, blanco también y también resplandeciente, que zarpaba del pequeño muelle. Pero en realidad era como si no viese ni comprendiese nada, agua, barco, sol, las risas y una maraña de recuerdos y sensaciones que de pronto se desenredaban, que se extendían sobre el agua como una serpentina al abrirse y que al hacerlo mostraban toda la superficie que había permanecido oculta hasta ese momento, plegada sobre sí misma. Era él. Allí estaba, desvelada, su propia naturaleza. Era diferente. Lo sabía. El mensaje venía desde mucho atrás y ese muchacho, ese intruso, ese orgulloso hijo del arrabal, no era otra cosa que el portador de ese recado, el mensajero.

Allí estaba, enviado por no se sabe quién pero con una encomienda clara. Una oscura anunciación. Nunca se borró de su recuerdo la figura de aquel joven. Con el paso de los años, Dionisio Grandes Guimerá, pensaba al recordarlo en esos individuos de las películas americanas enviados por el juzgado que entregan por sorpresa una orden judicial a un desprevenido ciudadano que ya no puede rehuir el mensaje. Ha extendido la mano, ha tocado el papel, ya no hay vuelta atrás. Arcángeles del lado desconocido.

Nunca supo si en la playa, por encima del vacío, sintió deseo, o si eso fue

algo que elaboró su memoria al revivir aquel momento. En cualquier caso, cada vez que recordaba la figura del joven, su pecho, su vientre bronceado y liso, el bañador con aquellos relieves, aparecía la tentación, el impulso de acercarse o haberse acercado a él, haberse arrodillado y sumergido en el agua hasta los hombros, aproximarse al tejido esponjoso y terso del bañador, aplastar su mejilla y sus labios contra él. Tocarlo. Dibujar aquellas prominencias con la yema de los dedos, todo su cuerpo mecido por el flujo suave de las olas, aquel día de sol intenso y destellos blancos.

El muchacho se fue. Igual que había llegado. Silencioso. El mensajero. Dioni lo vio subir la escalinata que daba al aparcamiento. Un pequeño terreno limitado por rocas descoloridas y la alambrada del club. Al poco se oyó el petardeo acelerado de una motocicleta con escape libre. A través de la red metálica del vallado vio pasar su figura. Una camisa abierta, volando a ambos lados del pecho desnudo como la bandera de un país desconocido.

Se quedó en la orilla. Transformado. Con aquel peso desconocido, aquella gravidez nueva, tan nueva como nuevo era el mundo. La luz, el mar, las risas de sus amigos que volvían de la nada. Acarició la piel del agua con incredulidad, avanzó unos pasos, los pies deslizándose por el limo suave del fondo. Era otro.

Volvió hasta donde estaban sus amigos, repentinamente transformados en unos desconocidos. La chica que se llamaba Inmaculada lo miró con una sonrisa, fumaba y entornaba unos ojos almendrados, grandes, verdosos. Al otro lado del cristal. Ella y Enrique, pecoso, la piel blanca, de matadero, Meliveo con sus gafas de sol espejadas, bombeando entusiasmo a todas horas, el Pajarito, la otra chica, todos estaban al otro lado del cristal. «Sí», dijo cuando Vicky le preguntó si el agua estaba buena, «Sí», y sonrió agradecido, sonrió igual que podía haber lanzado un grito o escupirle a la cara, abandonado, náufrago. Subir por la escalera, correr, desaparecer bajo el sol. Miró los pechos de Inmaculada, intentó adivinar el relieve de un pezón, del otro, recordó el pezón, la areola grande, cuando la semana anterior se zambulló en la piscina de Enrique y al emerger del agua el biquini se le había desplazado, recordó su erección, un consuelo, algo que quería ser una victoria sobre el muchacho del bañador blanco, sobre sí mismo. Siguió mirando a la chica en busca de estímulos, bajó la vista por su estómago y fijó la mirada en los muslos, la entrepierna, el monte de Venus cubierto por la endeble tela azul del biquini, y se topó con la mirada directa, seca, de la chica, que juntó lentamente los muslos sin dejar de mirarlo. No importaba que él hubiese apartado rápidamente la vista, sentía sobre sí esa mirada que, por muy llena de desprecio que estuviera, a Dioni le parecía la señal

de inocencia más clara con la que se había encontrado nunca.

Comenzaba la era de la confusión. Bienvenido. Bienvenido, le decían desde los balcones, desde las aceras, desde lo hondo de su cabeza. El coro de los apestados. Dioni se tumbó boca abajo en la toalla. Se apretó contra el tejido caliente. Bajo él estaba aquel calor que parecía venir del centro de la tierra. La arena oscura, los ojos cerrados, los ruidos, las voces, las risas, la humedad de su cuerpo todavía goteando, el salitre y el sol con su caricia áspera, su respiración, el pecho, el pezón de Inmaculada brotando del biquini, el bañador blanco, Inmaculada besando al mensajero, sus bocas unidas, sus cuerpos, y, ahora sí, una erección fuerte, una tirantez esplendorosa pegándolo al calor de la arena y de la tierra. Tantos años atrás.

El taxi rodaba por el bulevar casi vacío. La luz pastosa de agosto. Carole miraba por la ventanilla derecha con una ceja alzada y Céspedes intentaba aprehender esa imagen, esa altivez pura, ese flujo de vida «No sabría si follármela o arrodillarme delante de ella y llorar, y no haré ni una cosa ni otra, demasiado tarde. La dejaré ir, se irá, esta noche, mañana, tanto da, esta es mi parada, eso es lo que cuenta, el tren sigue sin mí, a saber qué me encuentro a partir de ahora en esos andenes, en los túneles que rodean la estación. Los túneles, los pasos subterráneos. Sí, me quedarán los trenes de cercanías, esos trayectos cortos, esos paisajes demasiado conocidos, esas camas tristes, esos cuerpos tan sombríos como el mío propio, fantasmas como yo sabiendo que están cubriendo el último tramo antes de renunciar definitivamente. Ya vendrá, ya llegará ese día y ese momento que hoy empieza a perfilarse en el horizonte. Ahora sigo aquí, ahora veo esos ojos sin recurrir a la memoria, ese baúl cada vez más lleno, con tanta ropa sucia. Estoy aquí, la veo, su frente pequeña, esa ceja igual que una pincelada, no, igual que un pincel sedoso, alzada, peligrosa, un arco dispuesto a lanzar la flecha».

Le había dado al taxista una dirección precisa, Serrano 51, y una ruta a seguir pero Carole no sabía adónde iban. Solo había comentado irónica, Demasiado pronto para comer, ¿no? Y Céspedes había respondido, Eso es. La sombra dulce de los árboles acariciando los cristales del automóvil, combinándose con los destellos y los resplandores. El coche empieza a subir la calle Alcalá y Céspedes recuerda lo que ha leído hace unas semanas en ese libro de anarquistas, cómo remontando esta calle tres de aquellos alucinados a bordo de una motocicleta con sidecar se colocaron detrás del automóvil de Eduardo Dato y la emprendieron a tiros, lo mataron disparando a ciegas a través de la capota. No recordaba

Céspedes si en el libro se hablaba del mes en que ocurrió aquello, si habría esta luz pesada y las fachadas de las casas serían un espejo muerto. El taxi afronta la Puerta de Alcalá, toma la curva suavemente.

—Aquí mataron a Dato. ¿Te parece bien?

Carole no aparta la vista de la ventanilla:

—Me parece bien.

«Es perfecta, tanto que habría que estar de guardia veinticuatro horas al día, y aun así no sería suficiente, en otro tiempo lo habría intentado, qué más da», el taxi continúa por la orilla del Retiro. Carole vuelve la vista a Céspedes, lo mira de lado «Qué más da», sin querer preguntar, pero con la suficiente intensidad como para transmitirle su desconfianza y hacerle saber que un error puede costarle caro «Sí, es perfecta, lo sabe y no deja de recordárselo al mundo ni un segundo». La calle Velázquez. La otra vida. Céspedes recuerda los días del hotel Wellington, aquella noche con Malcolm y Lago, y más atrás aún los años de la carrera, su juventud, aquella libertad que no acabó de ejercer, que no exprimió. Piensa que también él tuvo sus años de inocencia «No, no era exactamente inocencia, solo inexperiencia».

Las fachadas de marfil, de nuevo un asomo de somnolencia y de nuevo una vaharada levantándose de la melena de Carole «De ese olor vienen las ensoñaciones y a lo mejor una ración de desgracias, media vida mía resucita de pronto gracias a la combinación de un champú, de unos flujos sanguíneos y el musgo o las esporas o lo que tenga esa melena brillante, mi enfermedad, esa debilidad que me ha hecho perseguir olores, miradas, labios, tonos de voz, intuiciones, insinuaciones, sombras, más que el sexo en sí, se lo podría explicar a mi mujer, decirle No mira no te he puesto los cuernos por follar lo he hecho por sentir el olor de sus pelos o por quedarme en éxtasis viendo cómo levantaban una ceja, sí, y por eso tenía la polla metida en el coño de esta tal señorita Ibáñez, explicarle que ni el pelo ni las cejas ni mucho menos la voz de esa mujer me interesaban lo más mínimo que fue una cuestión de rutina, que tirarme a esa gilipollas era lo menos importante, lo menos lesivo para nuestro matrimonio y lo menos fraudulento que había hecho en bastante tiempo, sí, eso, ve y explícaselo, a ella y al perro, lo iban a entender igual una que el otro».

El taxi emboca la calle Serrano, Carole bosteza, mete sus manos juntas, como para rezar, entre sus muslos y mira adormilada los escaparates que pasan por el carrusel de la ventanilla «Para empezar nada más que para empezar tendría que explicármelo a mí mismo, meterme hasta la barbilla en ese pantano, y empezar a tragar agua, barro, no hablar como si yo mismo entendiera por qué

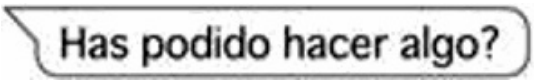
he hecho lo que he hecho, de dónde me nació ese abandono ese dejarme llevar, rodar por la pendiente abajo pensando que lo que estaba haciendo era ascender. Ascender a un agujero. Mejor dejarlo estar. Es así, es lo único que podría decirle sin mentir ni a ella ni al perro ni a mí. Es así, así ha sido y así lo he hecho».

El taxi se detiene al mismo tiempo que el móvil de Céspedes emite el sonido de un nuevo whatsapp. Mientras paga la carrera y Carole baja del taxi llega otro mensaje. Céspedes baja del coche «Quién coño viene a joderme el momento».

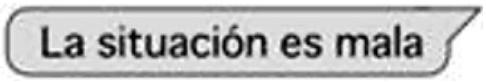
—Un segundo —Céspedes le señala a Carole la acera contraria, queriendo desviar su atención a un punto distinto al que realmente se dirigen.

Saca el móvil, casi se le cae.

Carole se recoge el pelo, se lo levanta, muestra la nuca, con los brazos alzados, dice algo sobre el calor. Céspedes pulsa el icono verde de whatsapp. Julia. «Qué coño quiere ahora.»



«Joder, no me lo puedo creer, el coñazo.»



«Esta tía es gilipollas.»

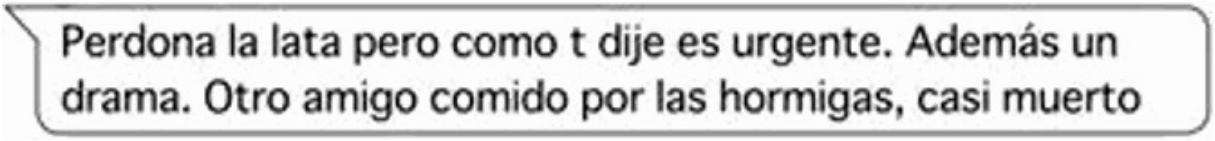
—Un momento, perdona —le dice a Carole, que se ha dado la vuelta y lo mira descreída—. Un segundo.

—¿Tu mujer dolida, tus líos, los líos de don Céspedes el atribulado?

—No, una gilipollas, te lo juro de verdad, una gilipollas como esta calle de grande —dice mientras teclea.

—Ya, o sea, tus líos.

Llega un nuevo whatsapp:



Y después de ese absurdo mensaje uno más:

Qué coño dice. Céspedes sabe que puede arrepentirse, pero da igual, ha escrito su mensaje Hasta los huevos y pulsa la cuña blanca para enviarlo, tiene que dar salida a la mala baba que le ha creado Julia «Que pague ella también que paguen, acción reacción acción reacción y luego que en el juicio final el Gran Lotero ajuste el saldo».

—Perdona, Carole, ya está —Céspedes se guarda el móvil en un bolsillo lateral de las bermudas, uno de los que el pantalón tiene casi a la altura de las rodillas.

—Ahí también lo vas a oír, hasta si te lo metes en el zapato lo vas a oír. Y a cogerlo.

Céspedes no le responde, la toma del brazo, ella mira la fachada que tiene delante. Banco Santander.

—¿Me has traído hasta aquí para ir a un cajero, Céspedes? Demasiados kilómetros ¿no?

—Claro, pero es que este es el cajero que más me gusta, pone música de Wagner mientras suelta los billetes.

—Wagner, el de Woody Allen y Polonia.

—Ese mismo.

—Una vulgaridad, no te pega nada de esto, Céspedes. ¿O sí? ¿Y sabes lo peor? Que me contagias, que me haces decir chorradas porque en el fondo lo que me dan ganas lo único que pienso es, qué hago aquí.

Se detiene Carole y hace que Céspedes se detenga a su lado.

—Y sabes lo que pasa cuando una se hace esa pregunta ¿verdad?

Se miran de frente, él afirma con la cabeza, siente cómo el móvil le vibra en la pierna con un nuevo mensaje, tiene la tentación de sacar el teléfono y reventarlo contra la acera «Tiene razón».

—Tienes razón. Esa es la peor de las preguntas, la antesala del punto y final, del encantado de haberte conocido y nunca jamás.

Una nueva vibración «Julia cabreada que le den por culo que se follen a todo el mundo que me dejen en paz», pero no coge el teléfono ni mira los mensajes —????—, —De que vas???—, lo que mira son los ojos de Carole, le pone la mano en la mejilla, le cubre con las yemas de los dedos el lóbulo de la oreja, se

hunden sus uñas bajo la melena y dice:

—Perdóname. Tómatelo como un pequeño paréntesis, la, como te digo, la despedida de un amigo, un paréntesis pequeño, un día de verdaderas vacaciones mentales.

—¿Un amigo de? Oye…

—Amigo de un día, lo que sea, eso no importa. Un día en la vida, nada más. Voy a hablar en serio un minuto, nada extraordinario pero lo que menos quisiera es que recordaras esto como una vulgaridad y aunque haya habido algunos ingredientes para que sea así olvídalo, no tomes en cuenta eso, solo quiero que te quedes con la mejor versión de mí mismo, lo otro por favor discúlpalo, es el desecho de Céspedes que han producido cincuenta y tantos años de trituradora automática, pero detrás o debajo de eso hay algo más, por lo menos lo había te lo aseguro. Solo eso. Nos habíamos entendido, lo habías captado esta noche nada más cruzar la primera palabra.

—Cada cual capta y entiende lo que puede, Céspedes. Eso ya lo tienes más que aprendido, seguro.

—Sí, y se trata nada más que de eso, de que por un día no nos hagamos demasiado caso a nosotros mismos y nos olvidemos o hagamos que nos olvidamos de esa puta línea de puntitos de la vida diciéndonos por dónde tenemos que ir y cuál va a ser el paso siguiente, la palabra siguiente, la reunión siguiente y el ataúd siguiente. Por muy joven que seas, sabes de qué va todo mucho mejor que yo, joder Carole, nada más que hay que mirarte a los ojos, lo estás diciendo llevas un cartel de dos metros en la frente.

—Si tú lo dices.

—Sí, es lo que digo, mañana podemos volver a la línea a los puntitos y seguir completando el dibujo, lo que se espera de nosotros, de mí por lo menos.

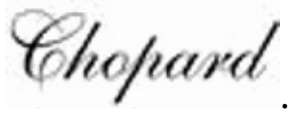
Lo mira. La ceja alzada. Los labios apretados hacen una mueca que podría traducirse por una afirmación.

—De todos modos el día avanza como el lobo de los cuentos por el pasillo de la abuela, ya te queda menos, y aunque sea por la ley de probabilidades meteré la pata menos veces, eso es combinatoria, cosa científica, el mejor consuelo.

Céspedes la toma del brazo. Avanzan por la acera vacía. Calles como tubos, árboles muertos.

—Y ya que estamos perdona otra vulgaridad, pero te traía aquí, de verdad no me tomes por un macarra, solo por un muchacho extraviado que quiere que

tengas un recuerdo suyo nada más.

Una fachada blanca, dos arbustos de boj podados de forma cónica escoltando la puerta, un letrero sobre ella: 

. Carole interroga a Céspedes con la mirada, él hace un gesto de disculpa y le señala la entrada susurrando Por favor. Cruzan la puerta de vidrio con una marcada al agua.

Los recibe el silencio de la joyería y una bocanada de aire fresco. La pulcritud del suelo y su geometría marrón flotando sobre el fondo de madera clara. Sillones tapizados de rojo sangre y ramos de flores a juego. Las vitrinas como partes de una nave espacial de la que surge una elegante azafata que intenta pasar por alto la indumentaria de Céspedes —camisa hawaiana, bermudas, náuticos gastados—, calibra a Carole y se prepara ante la posibilidad de tener que despedir con más o menos consideración a los bárbaros que por error, desconocimiento o altanería han osado irrumpir en su templo.

—Queríamos un reloj para la señora.

La sacerdotisa sigue calibrando a la pareja por medio de una sonrisa amable.

—¿Oro blanco? ¿Oro rosa? —Céspedes casi se lo dice al oído a Carole.

—Puede ser.

—Puede ser —repite Céspedes a la empleada y le sonríe al tiempo que abre exageradamente los ojos y mastica un poco del refinado aire del lugar, al estilo de Jack Nicholson en la entrevista con el director del manicomio en *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

Por un instante la subalterna del dios Plutón echa de menos la presencia de un jefe, pero reacciona, se faja y desciende a la arena. No quiere ser la víctima fácil de un equívoco. A partir de ese momento la extraña pareja es heredera de Buckingham Palace o pariente de cualquier futbolista recién aterrizado en la capital.

—Por favor.

Los acomoda y empieza a levantar piezas. Oro blanco, oro rosa, relojes con círculos concéntricos y diamantes inmortales que giran alrededor del tiempo. La muñeca de Carole recibe los sofisticados artefactos mientras la empleada va recitando su poema, Los modelos Happy Diamonds están caracterizados por los famosos diamantes móviles de Chopard «Papagayo que nos consideras clientela de tercera basura ocasional que probablemente no llegará a comprar una

mierda», cuarzo de treinta y dos milímetros, este oro rosa, sí, ¿lo ve?, es de dieciocho quilates, así es, vibra de nuevo el teléfono en la pierna de Céspedes «Las hormigas», las hormigas acuden de pronto a su mente y es ahora cuando parece leer el mensaje de Julia aunque sin acabar de entender su significado, «Comido por las hormigas, qué coño, qué coño quiere decir, ¿es real?», el teléfono deja de vibrar, este es un modelo atrevido, es un diseño especial, como puede ver gira en torno a un único color «A juego con su sujetador por lo menos con el tirante», mira Céspedes el hombro de Carole, la sombra verde esmeralda de la tira del sostén, «Yo también estoy comido por las hormigas, el mundo entero», la esfera es de ágata y como puede apreciar cubre todo el diámetro de la caja «El mundo entero es un millón un billón de hormigueros y todos esos hormigueros están dispuestos a venir sobre nosotros buscando el momento de empezar a comernos por los pies o por los ojos», Céspedes mira la calle a través de la sala desierta, los coches que pasan sin sonido al otro lado del cristal «Por qué me dice eso Julia, lo podría mandar en un whatsapp colectivo, porque a todos nos concierne por igual, o quizás me lo ha mandado a mí porque sabe, porque huele como solo una hembra como ella puede oler la carne podrida, ¿yo el siguiente?», Uummm, este, dice Carole alzando la muñeca, dejando flotar el brazo en el aire como si fuese un cardenal al que hubiera que besarle la mano, Sí, confirma la sacerdotisa, es precioso, una variación en negro intenso, ónice, y el efecto de los diamantes al girar alrededor de la esfera es único, la gama de brillos parece que aumenta sobre ese fondo, espectacular, no se arrepentirá, la dependienta sonríe complacida, igual que si estuviese tratando con dos clientes habituales, ha llegado la hora de comprobar si todo es una broma o si el desarrapado de las bermudas es un excéntrico que acabará pagando. Carole alza la interrogación de la ceja, muestra a Céspedes la muñeca realzada por la joya negra y el giro hipnótico de los diamantes, Ónice, dice ella y Céspedes confirma, Ónice. Perfecto.

Susurra, ruge, bulle el hormiguero en el descampado. Las hormigas exploradoras, las que corren riesgos y se aventuran en lo desconocido no son las jóvenes. Son las viejas, las deterioradas, las enfermas, las que ya no suponen una pérdida grave para el hormiguero. Suben las montañas de arcilla, remontan los guijarros recalentados, husmean, liban una gasa abandonada con restos de baba y sangre de Dionisio Grandes Guimerá.

Susurran, rugen y bullen los descampados bajo la ley del sol. Rai voy a de morirme tío, voy a morirme del calor, le dice con la voz rajada Eduardo Chinarro a Raimundo Arias, que camina delante de él y sin volverse pregunta Quién es

ese, dime quién es ese mierda.

Tres, cuatro, seis hormigas caminan atolondradas por la sábana. Ramiro extiende los dedos, las aplasta con suavidad. Mira la raya vacía en la que se han convertido los ojos de Dioni, un hervor amarillento, casi marrón, su despedida del mundo. Allí está, al otro lado de la máscara, escondido detrás de esa escafandra, un buceador sin oxígeno ni agua. Susurran y crujen las tripas del ascensor al caer la puerta y llevarse al inalcanzable paraíso del sexto piso a Consuelo la Giganta, ruge y se contrae la ira de Ismael al encajar el fracaso de cada mañana. De nada ha servido esperar en la esquina, calibrar con maestría de relojero los pasos, las visitas a las tiendas y las demoras de la Giganta para al final confluir con ella en el portal, abrir con parsimonia el buzón mientras ella comenta algo con el portero «Qué mierda tienes que hablar con el piojoso ese Consuelo estando yo aquí estando yo esperándote», mirar por un lado y por otro los dos folletos de publicidad y volver a soltarlos dentro del buzón justo cuando ella pasa por su lado, la sonrisa, los dientes pequeños «Cara de puta», clic, cierra el buzón y se reúne con ella para esperar juntos el ascensor, Qué terral ¿no? Sí, le responde él, entregado, poniendo en el monosílabo la misma calidez que si ella le hubiera dicho Hoy es el día en que me vas a follar. Y el desastre, la llegada de esa gorda, la tía del cuarto que anda balanceándose, un metro y medio de una cadera a otra, las piernas momificadas saliendo cada una por una esquina de esa falda negra que es como una tienda de campaña de luto, un trapo tirado en una carretera, y que da los buenos días y habla del calor y del accidente del dueño de la carnicería y de los robos en los pisos, del cuidado que hay que tener, y de su hija que vive en Suiza y de las cartas que le manda por el ordenador, así lo dice, y del fresco que hace en Suiza, donde nadie roba nada, y de cómo mañana hará todavía más calor y ya estaremos en las puertas del infierno y esto no habrá quien lo soporte y todos tendremos que emigrar a Suiza o al Polo Norte aunque dicen que el Polo Norte se está derritiendo entero por culpa de los chinos, y todo lo larga en esa espera fugaz en el portal y en ese tramo efímero de cuatro pisos de ascensor. Y luego un único piso a solas, apenas dos metros y medio de viaje, para mirar a Consuelo, su sonrisa podrida, y salir del cajón crujiente maldiciendo la vida y deseándole la muerte a la puta gorda del cuarto. Cruje, retumba el ascensor, retumba el edificio, crujen los dientes de Ismael.

El sol se adueña de todo. Arden las piedras y escupen calor los metales, la chapa de los coches aparcados, el aire inflamado. Se concentra la luz como en el foco de una lupa que persiguiera a la gente por las calles. Se asoma a la vitrina de su negocio Jorge, mira el descampado al otro lado de la calle y piensa en su

novia, Gloria «Se habrá despertado, estará en la ducha», los ríos de agua y espuma bajando por la ladera de su muslo como aquel día que la vio ducharse, él sentado en el bidé y ella bajo el agua, su piel de estatua y carne.

El Atleta entra descalzo en el dormitorio de su madre y abre el cajón de la cómoda. La ropa interior, sujetadores de color carne con el tejido pasado, bragas, la tristeza de esos encajes, fantasía sobre carne vencida. Ese cajón tiene un aire mortuorio y la mano del Atleta entra en él como en una cripta. Profanando tumbas, levantando lápidas, oliendo a muerto reciente, la mano escarba y levanta los tejidos funerarios en busca del dinero. Allí están los billetes, como niños dormidos, en lo hondo de la cueva. Sus dedos los sacarán al sol y los pondrán en la mano del mecánico, el Niño del Sordo, en la del de la gasolinera Repsol, en la de la camarera que esta noche cobrará lo que él y Lucía beban. Cierra el cajón y aparta la vista de esos tirantes color carne, de la pobreza, de su propia miseria «Mi madre en algún tiempo pasado también fue una mujer, algunas madres son al mismo tiempo mujeres, la madre de Jorge, ella sí».

La madre de Jorge dormita tumbada al sol en la playa de la Misericordia. A su alrededor venden helados, fuman, hablan, nadan, beben, bostezan, unos niños corren, se persiguen, gritan y salpican y la madre de Jorge, la amante de Rafi Villaplana, Amel, lo percibe todo al otro lado de un velo suave pero firme, un velo que la aísla de ese bullicio, que lo transforma en un eco manso, lejano. Martilleo suave de olas, aire en el que flotan cristales de sal, la tierra es una mecedora que no deja de oscilar. La brisa la arrulla. Y es como si no tuviera edad ni hubiera tiempo.

Suda, su cuerpo es un motor lento, pesado, que respira con una asfixia larga, pacífica, mantenida. Belita se toca la cruz que el padre Sebastián Grimaldos le ha bendecido, casi lo obligó a hacerlo, al lado de la pila bautismal. Ella se puso de rodillas y le besó la mano. Olía a tabaco. Belita Bermúdez tiene recuerdos viscosos, su pasado está sumergido en un estanque. Está asomada al ventanal de su casa y contempla la gran extensión que hay bajo ella. Tiene la cara redonda, carnosa. Los mofletes desproporcionados y la boca pequeña, cerrada. Un bigotito de gotas de sudor. Unos ojos redondos y adormilados que miran sin expresión la lejanía, ese horizonte en el que los tejados de las naves comerciales dejan paso a una planicie árida encuadrada entre la avenida Juan XXIII, la avenida Europa, el barrio de Dos Hermanas y la amalgama de bloques y solares que se difuminan a su derecha. Esa llanura de la que se levanta una flama casi visible y que parece a punto de hervir.

Todo lo observa Belita impasible, sentada frente al ventanal, a diez pisos de

altura. El pelo apelmazado, dividido en dos montañas, en dos olas solidificadas, el mar Rojo dejando paso no a Moisés, sino a una raya ancha de la que nacen raíces espesas y oscuras, un pelo grueso que a partir de los dos o tres centímetros cambia bruscamente de color y se torna en una especie de trigal oscuro, anaranjado y mustio. Como si un sol riguroso, como si una maldición bíblica lo hubiera desecado, una cosecha arruinada, un maizal abrasado por la sequía. Abre la boquita y traga una bocanada lenta de oxígeno. Tiene las rodillas juntas y los tobillos separados. Zapatos negros con tacón cuadrado. La piel de las piernas es blanca, rosa enfermo. Una vez soñó que estaba embarazada. Lo soñó despierta y lo soñó a lo largo de semanas, de meses casi. Tenía cuarenta y dos años, Pedroche llegó a creerla, incluso tuvo un atisbo de ilusión. Un hijo. Belita se transformó en una mujer alegre, o casi alegre. Se miraba el vientre delante del espejo, desnuda. Miraba su vientre como ahora mira el descampado lleno de matojos y coches aparcados. Su enorme vientre blanco, lo veía crecer. Pálido, venoso, blando, gravitando sobre un pubis tupido, un cañaveral abandonado y profundo. Se palpaba los pechos en busca de algún indicio. Llegó a decir que le habían brotado cinco gotas de leche del pecho izquierdo. Fue un día feliz para ella. Para Pedroche fue un motivo de sospecha. Belita compró ropa de bebé, una cuna. Y cuando Pedroche empezó a protestar por lo prematuro de aquellas compras ella fue escondiendo las nuevas adquisiciones Chupetes, sonajeros, calcetines, petos, baberos quedaban ocultos bajo las sábanas, camuflados entre las toallas, dentro de las cacerolas. Le contaba a su prima Auxi los consejos que le daba el médico. Le contaba a Pedroche los consejos que le daba su prima Auxi. Todo destinado a un embarazo agradable y a un buen parto. Se le dulcificó el carácter, se le humanizó la mirada.

—Dicen que a los perros, a las perras, les pasa lo mismo —le confesaría Pedroche a su socio y amigo Floren—. Es un embarazo psicológico, lo llaman así y hasta se retira el periodo aunque a ella no sé si le pasó, ella dice que sí y dice que lo que ha tenido ha sido un aborto aunque el médico dice no, que ni aborto ni embarazo ni nada, ha tenido solo eso, una cosa psicológica. El médico, por lo visto, nunca le confirmó lo del embarazo, lo que ella nos contaba a su prima y a mí era inventado, las cosas de su cabeza.

Pedroche se quedaba pensativo, mirando los marcos, los cuadros en los que estaba trabajando, con la misma distancia con la que su mujer mira ahora la llanura de tejados, naves industriales y descampados que se extienden ante su vista.

Y a partir de entonces, a partir de lo del embarazo, todo fue peor. Mucho

peor. Belita pasó varios meses sin salir a la calle. Casi un mes en la cama, reponiéndose de eso que ella unas veces llamaba el aborto y otras incluso el parto. Se le formaron unas bolsas oscuras, casi moradas, bajo los ojos. La boca más pequeña, los labios más finos y la cara más grande. La medicación. Quién tuvo la culpa. Quién tiene culpa de algo, Señor. Lo decía a menudo. A su prima Auxi, a Pedroche, a cualquiera que fuese a verla. A los hijos de su prima les daba miedo entrar en la habitación. Belita lloraba al verlos y aun así extendía las manos hacia ellos y les decía, Cuánto os quiero, cuánto os iba a querer vuestro primito. Los niños miraban de reojo a su madre, que los empujaba a acercarse a la cama, a besar al monstruo.

Belita se consideró a partir de entonces una madre. Ella también sabía lo que era tener un hijo, y todavía más: sabía lo que era perderlo. Ese dolor de madre. El día del aborto, del parto, de la aparición de la regla, Pedroche la encontró sentada en el suelo del cuarto de aseo, entre el inodoro y la bañera, el suelo manchado de sangre, las manos, la loza del retrete, del lavabo, todo tenía restregones oscuros, marrones, rojizos. Había llorado, pero cuando llegó Pedroche ya estaba serena. No exactamente serena, calmada. Como sumergida en un sueño. Las piernas extendidas en el frío del suelo (era diciembre), la falda arremangada y el sexo como un animal muerto entre sus muslos, desangrado. Lo primero que hizo Pedroche fue cubrir con una toalla aquella visión. El niño, el niño, decía Belita. El niño era aquello, ese coágulo que manchaba la braga de algodón y que ella levantaba del suelo y mostraba a la gente —su prima, el fantasma de su hermano, de sus padres, de sus tíos— que debía de imaginar allí, de pie en la bañera, aplastados contra el bidé, espectrales, silenciosos como su niño muerto.

Fue una Navidad dura. Belita pasaba las horas sentada en el salón, enfundada en una bata de lana. La televisión apagada, por el luto. Lloraba en silencio. No consentía que Pedroche le cogiera una mano para consolarla, que la rozase. La atormentaba el eco de los villancicos, el nacimiento del Niño Dios, las felicitaciones que la gente se daba en su presencia, los ruidos alegres que llegaban a través del patio y de la escalera. Todo cerrado, hay que cerrarlo todo, estar a oscuras como está mi niño, le dijo a Pedroche. Y así lo hizo. Ventanas, postigos, cortinas. La luz eléctrica encendida. Todo estaba en penumbra cuando Pedroche volvía del trabajo. El bulto de Belita en el sofá adquiría una forma extraña en la oscuridad. Pedroche encendía la luz sin saber qué se iba a encontrar. Y allí aparecía ella, con la boca abierta, la cabeza doblada y los ojos casi en blanco, dormida. O haciéndoselo.

Creo que lo hace para asustarme, y también para que me sienta culpable por lo del niño, lo del embarazo que no ha sido, le confesó Pedroche a Floren. Se levanta, no me dice nada y se va para el dormitorio arrastrando los pies como si fuera al cadalso.

Pedroche alargaba las jornadas de trabajo todo lo que podía. A veces Floren pasó casualmente con el coche por la puerta del negocio pasadas las once de la noche y vio luz en la parte trasera, en el taller. Al regresar a su casa, Pedroche ya ni siquiera encontraba el huevo frito que antes le cocinaba Belita cuatro o cinco horas antes de su llegada. El último día del año Pedroche tomó a escondidas unos sorbos de sidra. Tiró el resto por el fregadero. También miró esa explanada. Vacía, oscura, con unas luces al fondo. Gente que vivía.

«Él vendrá y me lo dará todo, el padre Sebastián no deja de decirlo cada día en cada misa me lo dice a mí con sus labios me lo dice, me conoce él sabe y Él sabe, Él nos conoce y nos podría perdonar, nos podría perdonar a todos, pero no lo hará, le pido por mí y le pido por esos a los que no va a perdonar, esos que están ahí, en el mundo.» Belita Bermúdez, noventa quilos de materia dormida, sumergida en un líquido amniótico, en una dulce ola que la mece «El mundo, los que andan por él». El mundo es eso, un inmenso descampado, unos automóviles que pasan en silencio allá abajo, Belita los observa a veinticinco metros de altura. Esos seres diminutos, esos insectos cada uno con su propia vida, sus casas, sus familias y sus sentimientos, al menos eso le dice el padre Sebastián a Belita. El mundo no se acaba en nosotros, el mundo es una cadena maravillosa, hija mía, milagrosa. «Una cadena que se corta en mí porque ese no es capaz de hacer un hijo un hijo que no se vaya un hijo que me diga mamá, ponerlo en el mundo entre esos, entre todos los demás pero siendo mi hijo siendo él siendo yo una parte de mí mi vida.»

El padre Sebastián Grimaldos dormita en su piso de la calle Amarguillo. Sofá de escai, aparador castellano. Paredes vacías y las persianas bajadas hasta la mitad. El alzacuellos a su lado, en el suelo. La camisa abierta hasta mitad del pecho. La cabeza caída a un lado. Ensoñaciones. Calor. En su mano una cucharilla. En la mesita, al lado de un periódico atrasado y de un libro, *Gran Granada*, los restos del helado de vainilla que antes de subir ha comprado en la heladería Valentino. En la ventana hay una mosca que zumba.

El sol es una navaja, el aire parece el pensamiento inflamado de un loco. En el interior de las casas las maderas se resecan y crujen sordamente, se quejan.

—La cabeza me parece que se me va a poner a echar fuego Rai.

Raimundo camina por el laberinto de las obras del metro, han dejado atrás la

plaza Manuel Alcántara y van avenida de Andalucía adelante, Eduardo Chinarro avanza detrás de él, a unos cinco o seis metros. Los pies recalentados por el asfalto, el interior de los pantalones goteando sudor, el tejido pegajoso, tieso.

—Esto no es normal, es tan potente el calor que ya hasta gusta ¿no verdad Rai? Tan perita que parece que va a reventar todo. ¿Y tú como puedes ir con calcetines Rai? ¿Son de lana Rai? Joder no corras tanto.

Chinarro va con la camisa completamente abierta, resopla.

—No tenemos bulla, Rai. La gente no se va a ir.

Susurra, chamulla, insulta por lo bajo Raimundo, se pega la guitarra recalentada al costado.

—¡La gente no se va! ¡La gente no se va! ¡Natural que se va, te van a estar esperando a ti!

Niega con la cabeza Eduardo, acelera el paso, suda «La cabeza y los cojones me van a echar fuego me cago en tu estampa».

—Si no te fueras distraído con esa gente no habría bulla.

—Te estaba esperando, Rai —casi lo alcanza, casi se pone a su altura.

Pasan ante el edificio de Hacienda. Frente a ellos, envuelto en un tejido gris humo, sucio, recalentado, se alza el edificio clausurado de Correos. Fantasmal, víctima de una rara aluminosis, un monumento a la ruina. Como un desastre natural entre las obras, las vallas y el calor desproporcionado. Atrapado por una inmensa araña.

—Y el menda ese quién es.

Eduardo frunce el ceño:

—Quién Rai, cuál. ¿El del niño y el Fanta? Yo qué sé, un pringao.

—Qué coño, el que estaba allí, contigo y con la Penca.

—Uh. Uno o sea el que estaba es el Nene Olmedo, ese tiene tiento Rai hay que tener cuidado con él. Y el otro un niñato.

—O él conmigo.

—También.

Caminan a trancos largos. El Rai en línea recta, Eduardo descompuesto.

—Eso también, Rai, él contigo también tiene que cuidarse un taco.

Rai lo mira por primera vez en muchos metros, el ojo derecho volviéndose pequeño, agudo. Eso significa una pregunta.

—El Nene Olmedo es colega de los Dalton, Rai, los de Portada, y del Barriga también. Tú sabes, Rai, dan palos a por lo grande en los bancos, con

pistola y no hay huevos de cogerlos. No tienen sangre Rai, tienen horchata, dice que esperan el retardo de los bancos como si estuvieran comprándose un chupachup.

—¿Y ese va con ellos, a los palos? ¿O está ahí para picarse y vender mierda en la esquina?

—Tienen unos amotos como un relámpago, yo los he visto en Portada de cachondeo y ni te lo crees Rai, contra más cuando vayan en serio —perorata Eduardo, traga quina el Raimundo—. El Nene Olmedo no me creo que vaya con ellos, es su colega, o dice él. Tienen unos aparatos de esos de las películas Rai, con relojes y números. Tienen muchos boquetes por ahí.

—Para su puta madre.

—Boquetes, donde guardan las pistolas y el dinero, y el segundo, me parece que es el segundo de los Dalton, es cinturón negro o más Rai.

Han pasado el puente, un lecho de hormigón bajo ellos. Un río sin agua, una vena seca. Entran en la Alameda. La sombra de los árboles gigantes los cobija.

—Qué dabute la sombrita ¿no Rai?

—¿Y el Nene ese también es cinturón negro? Para mí…

—No…

—Para mí como si es tirante de colores, él y su puta madre.

—No, el Nene no, pero mejor no arrimarse Rai, con esa gente, aunque no es mal muchacho, solo es así, ciezo, pero que se lo coma Rai, y la Penqui lo que habrá visto o le ha gustado es el aire que tiene, pero no han hecho nada, lo único que nos hemos estado riendo con el otro también Rai, el otro, el otro que estaba allí, tiene mucha gracia, se llama Juanmi o se lo dicen pero no sé quién es.

—Me importa una mierda ese.

—Claro ni a mí, a mí me importa dos mierdas Rai.

Sí, a todos nos importa poco, casi tan poco como a Raimundo Arias y a Eduardo Chinarro, quién es el tal Juanmi pero por si alguien lo quiere saber (su historia no es larga aunque algo curiosa) diré que su nombre completo es Juan Manuel Ares Ruiz. Está al borde del cuarto de siglo y es hijo de una familia relativamente acomodada. Su padre era médico, otorrinolaringólogo, su madre, antigua maestra y prematuramente jubilada, se dedicaba al cultivo de su depresión y a emitir unas vagas amenazas de suicidio. Juanmi ha dejado varios trabajos. Sacó ostentosamente un pañuelo blanco para decir adiós a varias oportunidades laborales llegadas a su orilla en forma de contactos,

enchufes y compromisos de su papá. También dejó los estudios universitarios en su segundo curso. Filología. ¿Por qué estudió eso? Solo porque en aquella época andaba con un amigo ceñudo y solitario llamado Veloso. El tal Veloso tenía ínfulas de poeta, o eso dejaba entrever. Escribía algo, nadie sabe qué, ¿horarios de trenes? (le gustaba ir a la estación y mirar poéticamente la llegada y partida de viajeros), ¿recetas? (decía que amaba la cocina), ¿puntuaba las tetas de las compañeras de curso? (las sometía a una penetrante y permanente evaluación óptica), bien, escribía lo que fuera en una agenda Moleskine y luego se quedaba mirando el cielo. Era un poeta, no había duda. Juanmi, no se atrevía a preguntarle por lo que escribía o por lo que pensaba. Nadie le preguntaba nada al medio mudo Veloso. Avanzaba hacia el corazón de la selva dantesca, iba a encontrarse con su Virgilio personal y, para que el tal Virgilio lo reconociera (un Virgilio que en el mejor de los casos podía ser Antonio Gala o Mario Benedetti), Veloso se puso un sombrero de ala media y se dejó un bigote fino y una perilla más fina aún. En la facultad lo empezaron a llamar el Fino. Otros, los del sector más sedicioso, lo llamaban sencillamente el Cantinflas. Pero dejemos a Veloso con su Moleskine en su camino al centro de la lírica. Si la historia de Juanmi nos importa poco, imagínense la de Veloso. Juanmi comprendió que la selva poética era demasiado tupida para él. Perdido el impulso que lo había llevado a aquella facultad, encontró el amparo de dos importantes elementos en su dudosa trayectoria. Eran, precisamente, los que habían bautizado a Veloso como el Cantinflas. Se trataba de Alfonso Pallarés y Víctor Calero. Dos espadachines. Pallarés tenía culo de mujer y sacaba de paseo la lengua al hablar, en plan culebra. Sobre todo lo hacía al hablar de mujeres o desmanes. Sus dos aficiones. Y si iban unidos, mejor. Era un liante simpático, un embaucador que hacía alarde de su vocación marrullera. Calero imitaba lo de la lengua, pero le salía mal, no tenía encanto, ni en eso ni en casi nada. Lo que Pallarés bordaba, Calero lo zurcía. Era un aprendiz. Se mató un par de años después en un accidente de tráfico. Uno de sus más luminosos hallazgos fue descubrir que en las carreteras, calles y autopistas había muchas más curvas a la izquierda que a la derecha, y así lo defendía con pasión. Él se mató en una recta, aunque su cuerpo, despedido del vehículo que él mismo conducía (sin licencia), trazó una parábola perfecta hasta estrellarse contra un mojón que indicaba, cosas de la providencia, justamente la

edad que entonces tenía: 21. Pero no nos adelantemos. Juanmi, nuestro Juanmi, fue a pegarse a estos dos personajes. Pallarés y Calero. Vio en ellos un faro que alumbraba el neblinoso paisaje de la transgresión en distintas y prometedoras vertientes. Un territorio desconocido para el iluso Juan Manuel. Pallarés se sabía el Tenorio casi de memoria, sí, sorpréndase, y además, salvo los últimos pasos, aspiraba a seguir al pie de la letra las tropelías amorosas del protagonista. Calero decía ser el Capitán Centellas, «un gran follador». Realmente, Calero era Chuti, el machaca del señorito Pallarés, pero tenía ínfulas. El proyecto era enamorar o embaucar y luego abandonar con alevosía. Humillar, engañar y contarlo. Si por el camino se sableaba a la víctima, mejor. Si se la dejaba en la puerta de un psicólogo, mejor todavía. Cuando Juanmi se arrimó a esas dos malas fotocopias de Casanova, Pallarés estaba en el Everest del malditismo. Salía con una chica noruega y al mismo tiempo se acostaba con su madre, con la de la noruega. La hija no sabía lo de la madre, la madre parece ser que sí sabía lo de la hija. O eso decía, con la lengua revoloteando como una mariposa en primavera, Pallarés. Esto sí que es poesía, se dijo el iluso Juanmi. Y cuando Calero lo llevó al Llano de la Trinidad en busca de «material», aún vio más de cerca el rostro reverberante de la poesía. Polvos pardos que según Calero eran coca. Cocaína para fumar. Nada de meterse cosas por la nariz que luego tienes que apechugar con un tabique de platino, le dijo Calero al aprendiz Juanmi. El Centellas Calero quería que Juanmi fuese su Chuti. Pero ni siquiera. Abreviando, Calero le pedía la pasta a Juanmi, Juanmi sisaba en casa. Papá lo maldecía y amenazaba con la excomunión familiar. Mamá decía pobrecito mirando al marido con un ojo esquinado mientras que con el otro ojo rastreaba el cajón de las pastillas, el de los cuchillos, la ventana por la que se arrojaría si al nene le pasaba algo. Qué amarga es la vida. Sí. Juanmi pagaba (mejor dicho su padre), Calero compraba y los dos, Juanmi y Calero, flotaban. ¿Y Pallarés? No, nada de eso. Pallarés circulaba a ras de tierra. Para sorpresa de Juanmi, cuando este sacó los «instrumentos musicales» para proporcionarse un buen viaje, el admirado Pallarés lo miró de arriba abajo y se dio media vuelta. Adiós compañero. Y cuando Juanmi volvió la vista a Calero este se lo resumió todo en dos palabras, Eres gilipollas. Por qué. Pues porque Pallarés no se metía de nada. No a las drogas, que se dijo luego. Mucho desmán verbal, mucho malditismo y mucho butrón femenino, pero el aprendiz de Tenorio tenía

las cosas meridianamente claras al respecto. Calero llevaba el asunto de las adicciones a espaldas del líder espiritual. A Juanmi le brujuleaba el cerebro intentando encontrar la estrella polar. Y cuando además supo que Pallarés no solo pasaba los cursos con la holgura de un pertiguista francés sino que había empezado a estudiar simultáneamente Derecho, su rosa de los vientos acabó de volverse loca. ¿No era el más malo entre los malos el tal Pallarés? ¿Lo más maldito que se podía ser en esa tierra baldía? ¿Entonces? A Dios rogando y con el mazo dando, decía a veces su padre. Pues eso. Otra orfandad para el pobre Juanmi. Pallarés era ya un punto que se alejaba en el horizonte. La carrera de Juanmi hacia el hospicio moral se convirtió en frenética. Las 500 millas de Indianápolis en versión inclusa. En unos cuantos meses papi también decía adiós. Asuntos de la próstata que ni siquiera el doctor Torrecillas pudo solventar. Para mamá aquella muerte fue una especie de bálsamo de Fierabrás. No solo dejó de acumular ansiolíticos por los lugares más insospechados de la casa sino que dejó de tomarlos. Las ventanas ya no eran el irremediable trampolín para un salto al vacío y el gas podía tener otras utilidades domésticas aparte de la asfixia. Se puso en forma doña Brígida (a estas alturas les digo el nombre, ya ven). Al fin se encontraba en condiciones de ayudar a su único hijo. Pero Juanmi ya había soltado amarras. En el intervalo que se produjo entre la muerte de su padre y la resurrección de su madre, nuestro héroe pudo apropiarse de algún dinero de la familia. No demasiado, pues doña Brígida aunque sonada para la vida no lo estaba para la economía. Aun así Juan Manuel, hombrecito de la familia, se hizo con una cantidad suficiente como para independizarse. O eso creía él. Un pequeño apartamento frente al mar de Pedregalejo, un par de meses de creerse ante Calero que él era el nuevo Tenorio porque pagaba con generosidad el consumo de los dos. Unas cuantas chicas pasaron por aquel apartamento, unos cuantos sonados también. Alguien le robó un pequeño fajo de billetes que Juanmi guardaba en el cajón de la mesilla de noche. Una chica Erasmus, un colega o una puta, porque también alguna representante del viejo oficio pasó por allí. Vocación de maldito pero trayectoria de papanatas. Juanmi regresó al hogar. Poca tregua. A las pocas semanas fue cuando se produjo el mortal encuentro de Calero con el mojón 21 de una poco transitada carretera comarcal. Nuevo adiós. Solo en la vida, porque su madre ya no era la antigua señora comprensiva que por todos lados le daba mimos. Aparte de algún

consejo y algún esporádico aguinaldo poco daba doña Brígida a su hijo. Ayudas samaritanas más altas la necesitaban. Caridades, bancos de alimentos, viajes de viudas, la reclamaban. Así que ni Centellas ni Chuti ni el Comendador. Juanmi era un mozo cuerda en versión siglo XXI. Y si el elenco masculino del Tenorio brillaba por su ausencia no digamos el femenino. Lo más parecido a una Inés que nuestro amigo encontró fue una página de internet en la que una señorita con hábitos de monja y un cigarrillo colgado de la boca orinaba copiosamente sobre un tipo al parecer sediento de justicia y orina monacal. De modo que Juan Manuel Ares Ruiz se quedó en la mera estampa de un pobre diablo al que aquí, casi por misericordia, le damos cobijo. A Juanmi solo le queda un camino para la felicidad. El reconfortante polvo que hasta entonces le había proporcionado su amigo Calero y que Juan Manuel va a comprar personalmente por primera vez. Reconoce al proveedor habitual, el tipo flacucho y nervioso que entregaba a Calero las papelinas mientras Juanmi esperaba en el coche de mamá. El proveedor oferta, Juanmi demanda del siguiente modo:

¿Jaco?

Coca.

¿Coca?

¿Eh?

¿No caballo?

No —titubea Juami—, coca, la que se llevaba Calero, se ha matado.

Jaco.

No.

Qué pasa tío cuál es tu rollo.

Yo ninguno lo que le pasabas a Calero.

Jaco.

¿Jaco?

¡Oh! Durante no sabía cuántos meses Juanmi no había estado consumiendo cocaína. Aquel polvito pardo era una cosa que se llamaba caballo, jaco, heroína. ¿Imposible? No, con Juanmi nada es imposible. Así que jaco. Bueno, qué le vamos a hacer. Juanmi, a su modo, tiene las espaldas anchas, puede con casi todo. Fundamentalmente si se trata de dejarse llevar cuesta abajo. ¿Jaco? Pues jaco. Las habladurías y el satanismo con que habían bautizado ese material eran solo eso, cuentos

de viejas. Nada le había pasado hasta ahora y nada le iba a pasar. Además, coartada principal en esa especie de máquina pinball que es el cerebro de Juanmi: fumar no es lo mismo que pincharse. Adelante pues, el mundo es nuestro, Juanmi. El resto se lo pueden imaginar. Un camino lento hacia el limbo, la vida girando alrededor de los polvos mágicos, sisas y hurtos variados a mamá. El gran Juanmi sigue sin considerarse adicto, porque lo lleva bien y a veces consigue estar una y hasta dos semanas limpio, lo suficiente para pensar que ha vencido el enganche y que para celebrarlo puede permitirse un viaje tal como ha ocurrido en este día de terral en el que ha estado departiendo con Eduardo Chinarro y luego el Rai lo ha visto en el garito del Nene Olmedo, dormitando y sin que su historia ni su vida le importen a nadie.

El Rai y Eduardo pasan por entre el laberinto de vallas metálicas, pivotes de plástico, cercas y obstáculos de las obras del metro.

—No veas currando ahí con la calina que hace ¿no Rai?

Raimundo mira de soslayo a Chinarro. El chirrido de un radial raya el aire y les impide oírse. Rai ha abierto la boca, pero Chinarro no sabe lo que ha dicho. «Algún rollo de la Penqui», piensa Eduardo, «de seguro que sigue con el muermo ese, bebiendo el aire por la periquita.» Camina a su lado por entre la sinfonía del radial, los coches, el polvo blanco que asciende unos cuantos metros por el aire recalentado y luego empieza a caer en forma de copos microscópicos.

Y sí, acierta Eduardo, el Rai va pensando, va imaginando, va visualizando a la Penca en brazos del Nene Olmedo. «Toda para él» piensa el guitarrista Raimundo, pero la imagen de la Penca en aquel antro desprende unas gotas de ácido sulfúrico que le perforan el estómago. Camina rápido por entre la polvareda y el estrépito y al mismo tiempo desea frenarse en seco y tomar desesperadamente el camino de vuelta. Se ve irrumpiendo allí, volcando la mesa, agarrando por el cuello al cabrón del Nene. Cuanto más lo acucia este deseo con más decisión y más rápidamente avanza. «Arrancarle la cabeza ¿y aluego qué?» No quiere pensar, azuza a Chinarro, quiere sacarse a la Penca de dentro, eliminarla como una infección. Sabe lo que está haciendo en ese momento «Puta mierda le arranco el alma toda para él me cago en su nación.»

Sí, toda para él. La Penca, abandonada, flota en esa habitación penumbrosa, bajo su espalda hay unos cojines que se mueven y parecen deslizarse por el suelo como las nubes lo hacen por el cielo, ella misma es una nube que se dilata y se contrae, que pierde flecos, partes de sí misma que se funden con el aire y

desaparecen, la boca del Nene Olmedo es una puerta roja que da a otra habitación, al interior de su cuerpo, túneles, bóvedas, los jadeos del Nene vienen de muy lejos, rebotan en las paredes y vuelven a ella, es un idioma secreto, remotamente conocido, como el morse de sus lánguidas embestidas, lo tiene dentro, forma parte de ella, los ojos secos y sangrientos de un pescado, el Nene Olmedo es una anguila que no solo le llena lenta y completamente la vagina sino que se expande por todo su cuerpo, se filtra por los capilares, se adentra y ocupa las fisuras más mínimas de su piel, las colma, las inunda y está en los latidos que unen las uñas a su carne, en el interior de los dientes, en la raíz del pelo, brota por los lagrimales, está derramado en esa pátina viscosa que el sudor ha formado entre los dos cuerpos y sobre la que el Nene Olmedo se desliza, la piel y los cuerpos son de una goma suave y gelatinosa. Sí, toda para él, la Penca flota en los cojines, tiene la camiseta amarilla enrollada en el cuello y blandamente desea ser estrangulada, su perro le muerde los pezones, entreabre los ojos y mira con dulzura la bombilla desnuda del techo, el Nene Olmedo le lame ahora el cuello, su vaho entra en el túnel de su oído, y gime, gime como un hombre que llora, entra, sale, se dobla, gime, hay tanto sudor en medio de los dos, hay tanto ruido de charca que parece una hemorragia, tanta dulzura, y la Penca, dejándose llevar, de nuevo cierra los párpados, oye la respiración del Nene a lo lejos, se toca, unta sus dedos con ese fluido y haciendo un esfuerzo sobrehumano desde el otro lado del mundo pregunta, ¿Es la vación, te has corrido? Y aunque siente unas irrefrenables ganas de reír apenas puede abrir la boca en una expresión turbia, algo que ella habría querido que fuera una sonrisa.

Guille la observa. Mónica Ovejero —quince años, melena larga, cara afilada — está de pie. Habla con la madre de Trini como si fuese de su misma edad, una vecina de esas que vienen a la piscina con su pareo de colores, su sombrero de ala ancha y una silla plegable. Mónica también lleva una cesta grande colgada del hombro y unas sandalias doradas sobre las que alternativamente va cargando el peso del cuerpo, sube, baja las caderas, mientras gesticula. Loberas parece no darse cuenta de nada, manda whatsapps a Juno y sin levantar la vista de la pantalla dice, El caraculo no se entera joder, le digo que estamos aquí y me dice tengo sueño, el hijoputa.

Mónica Ovejero es delgada, casi rubia, tiene apariencia de modelo. Treinta metros de piernas, dice el JuanCa que tiene.

—¿Y el JuanCa? —pregunta Guille por disimular.

Mónica ha dejado de hablar con la madre de Trini y, hundiendo blandamente

el césped, se dirige hacia ellos. Al Guille le aparece el nerviosismo, finge una especie de indignación al preguntar de nuevo a Loberas:

—¿Y el JuanCa qué pasa con él, tío? Siempre se escaquea coño, me tiene hasta los huevos.

—Que no viene —cubierto por la sombra de Mónica, Loberas alza la vista y se sorprende—. ¡Eeey piba! Qué haces.

—Montar en globo. ¿No lo estás viendo? —suelta la bolsa en el césped, alza el cuello para que la melena le caiga en orden por la espalda.

—No eres borde. Menos mal que cada día estás más buena.

—Sí, anda cógeme la toalla.

—Sí, lo que yo te cogía.

—Coge, la punta, así —Mónica, en contraste con su apariencia dulce, tiene la voz algo rajada.

—¿Y tu hermano?

—Gilipollas.

—Joder tía ¿te has peleado con él?

—Yo con la basura no me peleo.

—Qué borde.

—Más todavía —Mónica se sienta en la toalla, se quita la camiseta, sacude la melena y se la estrangula un momento en la nuca, una cola efímera que al instante se abre en un cortinaje espeso.

El biquini blanco, los omoplatos dibujados suavemente, con acuarela.

Guille la observa, consciente de que él todavía no ha dicho una sola palabra desde que Mónica ha llegado. No la ha saludado, tenía que haberlo hecho. Ahora lo sabe. Siempre lo sabe todo unos segundos después de que todo ocurra. Ella podía haberle pedido a él que le ayudase a extender la toalla, estaba casi más cerca que Loberas. Es como si no lo hubiera visto, parece que no se ha dado cuenta de que él está ahí. Y Loberas diciéndole Cada día estás más buena y Lo que yo te cogía, y la conoce menos que él y ella le responde sin inmutarse, como a una amiga de toda la vida.

Mónica vuelve a recogerse el pelo en la nuca, se lo suelta, a Guille le late el corazón, le cruza una nube atropellada de palabras por la lengua, se ve a sí mismo hablando, calla, espera el momento de intervenir, y sin saber por qué lanza unas palabras que no formaban parte de lo previsto y que surgen a medida que habla, como si nacieran en el contacto de su lengua con el aire y nada tuvieran que ver con su voluntad:

—Está buena la madre de Trini —y, observando que sus palabras han hecho detener el juego de manos de Mónica con su pelo, pletórico, sube la apuesta—: Como está, para metérsela y no parar en una semana.

Un tipo descreído con sus huevos de acero, hablando con toda seguridad pero que, sin embargo, oye, o cree oír, un susurro de Mónica —Imbécil— al tiempo que la chica le lanza, y eso sí lo percibe con claridad, una mirada de reojo, llena de desprecio.

Ya no puede parar, se ríe Guille, da un codazo a Loberas:

—¿No Loberas?

—Qué —el otro no sabe de qué le habla, enfrascado en la pantalla del móvil.

Y ahora, no sabe si es un eco o Mónica lo ha vuelto a decir de una forma más clara: Imbécil.

Una ola oscura le corre por todo el organismo. Siente ganas de pedir perdón, de decir que era una broma, que en verdad no ha querido decir lo que ha dicho y que realmente no lo ha dicho, eran solo palabras, sonidos para decir que está ahí. Habría que empezar de nuevo, Mónica tendría que estar otra vez hablando con la madre de Trini y él, al verla llegar, le diría Hola qué guapa estás, o qué buena estás, o nada más que Hola Mónica ¿y tu hermano? Pero no, todo se ha confabulado en su contra, Loberas actuando como una maricona, cogiendo la punta de la toalla, diciéndole a Mónica que está muy buena porque no lo hace como lo hacen los hombres sino como una tía le toca el pelo a otra y le pregunta qué crema usa y qué bien tiene la piel, y Mónica, después de decir Imbécil, ondea el pelo, otra vez, sí, otra vez, como si solo ella en el mundo tuviera pelo, como si fuera la elegida de la humanidad para ser la Reina de las Melenas o estuviese permanentemente anunciando un champú. Y después se tumba en la toalla de cara al cielo, igual de distante que si estuviera en el otro extremo del planeta.

Guille se da cuenta como nunca antes de que cada cual va a lo suyo, y de paso, si pueden, dándole por culo. Desde lo hondo del diafragma le sube una arcada sucia igual que cuando se atoró el sumidero del garaje de su casa y empezó a subir un agua negra. Una marea de indignación «Gilipollas con el puto pelo y las tetas que no son tetas sin parar de toquetearse la mierda de biquini como si tuviera un tesoro o fuese la madre de Trini qué coño se ha creído la tía esta, y el hijoputa de Loberas ahí, en qué mierda piensa este, el JuanCa es quien tenía que estar aquí, le iba a dar un corte, se iba a enterar la asquerosa medio pija, mírala, ahora con las gafas de sol y la cara como si le estuvieran haciendo

fotos todo el tiempo y no la está mirando ni su puta madre, se iban a enterar y el mierda de Loberas, me la va a pagar me la van a pagar».

—No viene —Loberas levanta la vista del móvil.

—Qué.

—Que no viene ahora, que más tarde.

—Quién quién no viene adónde —Guille tiene todavía la expresión ida.

—Qué, tío dónde tienes la olla. El JuanCa.

—Mejor «Me cago en todos vosotros».

El teléfono le vibra a Guille en el bolsillo. Todavía no se ha quitado las bermudas «JuanCa, me llama a mí». No. No es JuanCa, en la pantalla de nuevo están las fatídicas cuatro letras Mama. No coge, pone el teléfono en el césped «Un ovni para las hormigas, intergaláctica la amenaza del espacio, hostia la que faltaba».

Cerrando la puerta metálica que da entrada al recinto de la piscina está Piluca. Ojos claros, casi transparentes, rechoncha. Es la inseparable de Mónica. Guille y sus amigos las conocen como Jekyll y Hyde. Avanza hacia ellos saludando a un lado y a otro con la mano, parece un presidente de gobierno o algo así, o, como piensa Guille, «Un puto rey mago en la cabalgata, esta y su amiga van en cabalgata por la vida y esta, además, un callo».

Llega. Mónica y ella se dicen Cuchi, Mimi, Puki, mierdas de esas. Mónica exaltada al verla, emocionada después de tanto tiempo de separación —probablemente una o dos horas, se pasan la vida maquillándose y probándose ropa en casa de una o de la otra—. Se ríen, se hablan al oído y se vuelven a reír. Loberas intenta meter baza y lo ignoran. También ha pasado a la No-existencia, el limbo donde habita Guille desde la llegada de Mónica. Loberas, huérfano, le pregunta a Guille si no se va a bañar, «Ahógate mamón», piensa Guille, pero dice simplemente, Na, y luego dice, Luego.

Más visitas. Más personajes. Aparecen el hermano de Mónica —ella alza la ceja del desprecio, él esboza un corte de mangas a su espalda, sin que ella lo vea —. Con él está Juno. Choca los puños con Loberas y con Guille. El hermano de Mónica dice que tiene partido de pádel y ni siquiera se sienta. Juno se saca la camiseta, se le alborota el inmenso y esponjoso flequillo, y se va directamente a la ducha. No saluda a nadie «Este por lo menos tiene huevos y a Mónica ni la ha mirado, a joderse». A joderse porque Mónica sí que ha mirado y vuelto a mirar a Juno, se ha colocado las gafas de sol en la frente, con una sonrisa, preparada para hablar, y la sonrisa se le ha cuajado en la boca viendo como su Apolo con

Flequillo se alejaba hacia la ducha y luego, sacudidos los músculos por el frescor del agua, atraviesa al trote la verde pradera de césped impoluto y en un salto de delfín se sumerge en el agua color turquesa importándole una mierda que los saltos estén prohibidos por los habitantes de la pradera. Da media docena de brazadas potentes, emerge y escupe como la fuente de un parque un chorro de agua al tiempo que se reordena el portentoso flequillo. Cuchichean Mónica y el callo. Hablan de Juno, sí, pero parece que también han susurrado el nombre de Guille. Y no solo eso, Piluca se vuelve y lo mira, mira a Guille, y sonríe. ¿Las cabronas están hablando de él? ¿Lo están comparando? ¡De qué coño va esto! Y es entonces cuando vuelve a sonar su teléfono. Guille lo mira y no lo puede creer. Su madre. ¿Qué se ha creído todo el mundo? Y ahora sí, ahora es cuando pasa el pulgar por la pantalla y su vida cambia.

—Ya está bien.

—Guille…

—¡De qué coño va esto!

—Guille…

—Qué coño pasa.

—No no me hables así.

—Joder con las llamadas pareces la interpol con el agobio.

—Guille.

—Estoy de vacaciones ¿no? ¿No quedamos en eso?

—Guille, Guille escucha, ha pasado, ¿has hecho…?

—Sí mamaíta no me he levantado a las doce y no he roto nada.

—¡Calla! Escúchame, escucha Guille.

—Escucho joder.

—Y no hables así, por favor no me hables así.

—¡Pues no llames joder! Para qué se ha inventado el whatsapp.

Piluca se vuelve a mirarlo, Mónica lo hace de reojo. Se siente crecido, le parece que ha encontrado un argumento brillante, luminoso:

—Si no me quieres oír no me llames.

—Ha pasado algo.

—Como siempre.

—A tu padre, a papá…

La bilis, esa repugnancia, el rastro que sus padres van dejando tras ellos como la baba que los caracoles dejan a su paso.

—Vuestros líos, yo estoy de vacaciones ¿no lo habíamos dicho?

—Papá…

Brillante, enérgico, firme. Ejecutivo:

—Que no quiero saber nada ni por qué ni de qué vas tú ni él.

—Tu padre se está muriendo.

—Uh ¿eh? ¿Que tú? Ma.

—Tu padre se está muriendo, le quedan horas de vida.

—De qué qué dices qué «El mierda no qué qué está pasando esto qué es estoy en la piscina todo normal esto qué es».

—Escúchame, perdóname Guille.

—¿No es verdad? ¡Me cago! ¡Eh!

Lo mira Piluca y también Mónica, ahora ya no de reojo. Incluso Loberas levanta la vista del móvil.

—Sí, sí es verdad Guille, ojalá no, escúchame. Tu tío Emilio va a casa, te va a recoger. Y os venís. No te lo quería decir así pero tú…

—¿Dónde…?

Dejan de mirarlo. Juno da unas potentes brazadas en la piscina, corta el agua como un escualo.

—Al hospital, estoy en el hospital. Perdóname no quería, no puedes hablar como, es la tensión lo siento Guille perdóname.

—¿Un accidente? —baja la voz Guille, repentinamente pudoroso.

—Eh no, un parecido un… un shock tu tío Emilio está recién llegado de vacaciones y viene de camino, dentro de una hora estará en casa. ¿Tú estás en casa?

—¿Qué? Sí en sí, ¿y es?, ¿es seguro que es así de así grave no puede?

—Es muy grave hijo pero tú ve a casa si quieres yo voy ¿voy?

—No no, yo, no. No.

—Ahora cuando te vea te digo.

—No no «Joder dejándome tirado siempre siempre siempre a lo vuestro, toda vuestra mierda y ahora se muere».

Juno sale de la piscina, ha apoyado los brazos en el borde y se ha impulsado como si su cuerpo fuese de papel, sin peso, podría haber seguido ascendiendo, volando hasta el cielo. Se pone de pie y se ordena el flequillo, el bañador, los músculos.

—¿Me oyes Guille?

—Jum.
—Esto no puedes…

—Y por qué tengo que ir.

—Cómo qué, es tu, bueno no, Guille, eso ahora lo vemos, hablo con tu tío, no te preocupes…

—Ya y qué hago yo «Haciéndome esto, desde que nací, y ahora».

—Escúchame Guille.

—Me tengo que ir.

—¿Que te vas? ¿Adónde?

—A casa.

—Pero no ¿no me has dicho?, ¿no estás en casa?

—Ya, no no.

—Guille, por favor espera a tu tío.

—Sí, en casa.

Cuelga.

Sin que sepa cómo ha sucedido, con un salto en el tiempo, Juno ha llegado hasta ellos, está sentado en una esquina de la toalla de Piluca, se agarra las rodillas con los antebrazos. Habla, enseña los dientes, Mónica se sube y se baja las gafas, de los ojos a la frente y de la frente a los ojos, se palpa todos los rincones del biquini, se ata y vuelve a atar los tirantes. Todo se acerca y se aleja. Igual que las gafas de Mónica suben y bajan, lo que Guille tiene delante de sí no deja de moverse. Hasta que se detiene, se queda fijo, mucho más fijo que nunca, mucho más intenso, más cerca, el mundo entero se le pega a la cara, se le mete entero dentro de los ojos. Ve todo lo que hay a su alrededor, tal como en las clases de ciencia explicaban que ve un insecto, una mosca pegada al enorme cristal del mundo. Ahí está todo y ahí está él. No va a poder esconderse. ¿De dónde le viene la idea de esconderse? «¿De mi padre? Yo no he hecho nada. Yo estoy aquí.» Terror. Péndulo. Y de pronto piensa, de un modo oscuro, que No ha pasado nada, todo sigue igual, la madre de Trini se ríe, los niños chapotean en la piscina pequeña, pasa una avioneta con una pancarta anunciando un concierto. No hay nada ni un solo detalle que indique que algo, algo serio, algo importante, haya cambiado en la vida de nadie. Todo está dentro de su cabeza. Una voz, unos sonidos que han entrado en su oído. Podría haberlo imaginado, un sueño. Pero no, en el bolsillo vuelve a vibrar el teléfono. No lo va a coger. No hace falta mirarlo para saber quién es. Ni siquiera eso. Ni siquiera su madre le va a conceder diez minutos de tregua, diez minutos en los que el verano seguiría igual y lo más importante que podría suceder sería que JuanCa viniese o no, que Mónica no vuelva a mencionar la palabra Imbécil. No. Ahí está, llamando y

volviendo a llamar, queriendo arrastrarlo, involucrarlo, meterlo en el mismo agujero que ella y su padre se han metido. Y de pronto otro bandazo del péndulo «Mi padre se va a morir». El teléfono deja de vibrar. «¿Será verdad? Lo dicen y luego se salvan.» Loberas ha gastado una broma, Guille sabe que es una broma pero no distingue bien qué significa, ni qué ha dicho exactamente. Sonríe. Juno lo está mirando, le pregunta, ese tío siempre pregunta, siempre va al grano,

Qué pasa.

Y Guille vuelve a sonreír, y el otro a preguntar,

¿Te pasa algo?

Y él responde,

Qué.

Siente la mirada de Mónica, la de la hija de puta de Piluca, y piensa en bañarse. Sería lo mejor. Nadar «Nadar y mi padre muerto ¿de qué? Joder no he preguntado, ¿he preguntado?» Podría llorar. Tendría que hacerlo, ahora o luego «¿Tendré que hacerlo? ¿Cuando lleguen todos? Cuando se muera. Hostia». Hostia, se ve en medio de trajes oscuros, corbatas «Una corbata de mi padre tenía que estar llorando», el armario de su padre, un ataúd, su padre dentro y la familia. Los ve a todos, su tío Emilio, Emilia, su mujer, los primos, la abuela, el tío abuelo Pedro, Pérez Palmis, los del club, Grace Jarvis, la amiga de su madre que vendrá desde Estados Unidos, los del despacho de abogados, el socio del padre Carlos San Emeterio, un remolino, un tiovivo de caras, «Y esta gente la madre de Trini vestida de negro sus tetas joder no, se está muriendo, ¿se habrá muerto?, ¿ahora?, ¿en este momento?, poniéndonos de rodillas, mi tío abuelo y el Jesuita yo tampoco voy a rezar, todo está blando». Loberas se revuelve de la risa, se revuelca en el césped fingiendo que no puede resistir la risa «¿Un shock, ha dicho? Pero qué es qué ha pasado, ¿y Dublín? Dalkey, la playa, la risa de Sarah. ¿Voy a poder ir a Dublín? ¿Y la casa? ¿Podemos seguir viviendo ahí? ¿Un piso, dónde?, joder qué es esto». Guille ve barrios, calles por las que ha pasado sin fijarse en nada, calles con balcones «Mi madre gana pasta mi padre papá ¿no lo voy a ver más?, no quiero ver a nadie morirse eso mi madre no lo va a hacer ¿quiere eso?, el padre del Bores dice que se quería bajar de la cama y daba gritos se quería tumbar en el suelo ¿Dublín?» Ve aviones, un aeropuerto, el finger, una cola detenida antes de entrar en la cabina del avión, una azafata que le sonríe «Hablaban de pasta muchas veces». Tiene demasiada saliva en la boca, sensación de mareo, se vuelve, se pone boca abajo y escupe, deja caer el hilo largo de saliva en el césped, sobre una hormiga «Yo te bautizo», la hormiga empieza a practicar natación en las babas, el buceo, Guille se da la vuelta,

demasiado calor, y de nuevo se sienta, demasiada luz y el mundo entero parpadeando como un intermitente, la náusea de la piscina, el olor del cloro y toda esa gente. Todos esos se detendrán, esta tarde o cuando sea se quedarán quietos y dirán el nombre de su padre y hablarán y hablarán sobre él y su madre, dirán que lo han visto, Estaba allí en la piscina el pobre y no sabía nada, más saliva, las encías, las muelas todo parece que se le convierte en saliva, y Juno que lo vuelve a mirar «Este cabrón a este nunca le pasa nada es de goma por dentro y por fuera». Juno frunce el ceño, levanta la barbilla y un hombro, todo al mismo tiempo conforma un potente signo de interrogación. Él niega con la cabeza y, en contra de su voluntad, abre la boca, pero reacciona a tiempo, no dice nada, sonríe, sorbe, escupe. Ahora ya no deja caer la saliva, la escupe, con asco «¿Me estoy mareando? Qué coño pasa me están gastando una putada me la están gastando no puede morirse lo van a poner dentro de un ataúd». Y de pronto dice,

Me voy.

Juno frunce el ceño aún más, Loberas, casi bostezando, pregunta,

¿Ya? —y argumenta, con una precisión científica—: Si no te has bañado no te puedes ir tío.

Pero Guille ya está de rodillas, no sabe por qué se ha puesto de rodillas,

Me tengo que ir.

Y otra vez le traiciona la máquina que tiene en la cabeza, todos esos líquidos, impulsos y electricidad que le hacen decir lo que no quiere decir y dice,

Mi padre.

Loberas pregunta sonriente,

¿Tu, no era, no estabas hablando con tu madre?

Mi padre ha tenido un accidente —sí, eso es, lo ha dicho—. Mi padre ha tenido un accidente y se va a está muy grave muy mal.

Eso es, ahí está, la liberación, no pasa nada, el mundo sigue ahí, el oxígeno entra en sus pulmones, los niños chapotean en la piscina infantil, se oyen risas, él puede hablar, moverse, todo como antes, todo igual, solo que Loberas tiene la boca abierta, todas las facciones, ojos, nariz, dientes concentrados, metidos en un puño, con la misma cara que se quedaban petrificados los dibujos animados después de recibir un estacazo, todo sigue igual salvo que Juno también se ha puesto de rodillas como si dentro de las piernas tuviera unos muelles potentísimos que lo hubieran impulsado hasta él arrastrando en su estela los ojos espantados y transparentes de Piluca, sus dos manitas puestas en la boca tapando

el virtuoso trabajo del ortodoncista, y atrayendo, claro está, la mirada dulce, la mirada atenta, la mirada compasiva de Mónica. Tan cerca de la gloria:

Mi padre se va a morir.

Cien mil millones.

—Cien mil millones. Ese es el número de individuos que han sido necesarios para que tú y yo vayamos caminando tranquilamente por esta acera, esperando un taxi, sofocados de calor y tú, querida Carole, con tu bonito reloj en la pulsera. Cien mil millones, así que querida, mi querida Carole, no los defraudemos, no hagamos que toda esa cadena de esfuerzos, partos, sangre, sufrimientos, sueños y muertes solo hayan sido un empeño ridículo para desembocar en unas vidas ridículas. Tú no eres así. Vivamos, respiremos. Sabes cómo hacerlo, por eso estamos por eso estás ahora hoy aquí.

—¿Y todo eso de los miles de millones cuándo lo has aprendido o cuándo te lo has inventado? ¿En los descansos de tus negocios o cuándo?

—No. Hay unas cosas unas cosas que se llaman libros y un tipo que se llama Edward Wilson.

—Y sobre todo, ¿para qué lo has hecho? ¿Para embaucar niñas que van solas por el bosque después de comprarles relojes?

—Sí, eso es, lo has adivinado. Ya sabía que eras especial.

—Muy especial sí pero pasar por el túnel de lavado de esa tienda de relojes y pedruscos maravillosos no me ha aclarado gran cosa de ti aparte de estarte muy agradecida, pero no creo que sea lo que tú buscas, el agradecimiento.

—Claro que no, ¿qué hago yo con eso?

—Lo haces por ti, vanidad o lo que sea, orgullo.

—Sí, enteramente, un acto egoísta pero no, vanidoso no.

—Tampoco para que te admire porque en fin qué te voy a contar, hasta podría hacerme la ofendida.

—Te puedes hacer lo que te dé la gana pero lo que importa es cómo te sientes de verdad. Y ofendida, Carole, ofendida no tienes por qué, es algo tan cándido como un beso en la frente. A mí me hacía ilusión y a ti te ha gustado, todos contentos.

—Y los de la tienda, la pánfila esa también. ¿Cuánto te ha costado?

—No, por favor. Qué más…

—Sí, no importa pero simple curiosidad, ¿cinco mil?

—Carole.

—¿Más?

—¿Te gusta tu reloj, te gusta este paseo, derretirte de calor, a mi lado?

—¿Menos? No. La niña del bosque sabe lo que valen los frutos del bosque. Ni te voy a admirar ni a despreciar más ni menos ni me va a gustar más ni menos…

Céspedes saca un recibo del bolsillo de las bermudas, lo aleja de su cara para poder leer 8.850 €:

—Cuatro mil cuatrocientos veinticinco. ¿Contenta, todo claro?

—Igual de contenta. Todo muy claro, clarísimamente dibujado el laberinto Céspedes, un laberinto sin taxis. Qué calor, ¿no hay un solo taxi libre en toda esta ciudad? Ni libre ni ocupado.

—Eso te pasa por coger trenes con desconocidos. Pero la vida es eso, una sucesión de trenes. A veces equivocados —Céspedes pierde su aire de ironía—. Y nos damos cuenta cuando ya es demasiado tarde.

—Mi idea es no coger demasiados trenes equivocados en la vida. No arrastrar demasiadas maletas por los andenes, ya sabes.

—Yo también creí que iba a coger el mío, el que me correspondía y me iba a llevar más lejos, estaba atento, había visto a mi padre, un buen ejemplo a no seguir, pero hace bastante tiempo que me di cuenta de que a pesar de estar alerta…

—Yo no soy tú.

Sonríe Céspedes:

—No.

Vuelven a girar las cabezas al unísono en busca del taxi que, como Godot o el JuanCa, nunca llega.

—No, yo nunca fui una niña perdida en el bosque, no me lo pude permitir.

—¿Me vas a contar la historia de un niño pobre y luchador que superó al papá cobarde o simplemente desgraciado y luego venció a los dragones y a los niños ricos?

—No, ya lo has contado tú con más detalles de los que te iba a dar incluso.

Alza un brazo Céspedes, un taxi enciende sus intermitentes y se detiene con suavidad en el borde de la acera.

—Su carrozacalabaza señora.

—¿Cuánta gente cuántos millones de gente dices? ¿Cuántos millones de abuelitos tenemos?

—Cien mil millones.

—Pues tendrían que haber sido el doble para traer un taxi hasta aquí a una hora decente ¿no te parece?

—Claro alteza.

Y así se pierde el vehículo blanco, esa carroza de plástico, aluminio, acero y vidrio entre otros pobres monstruos metálicos siguiendo el surco oscuro y candente del asfalto con tres seres en su interior, tres descendientes de esos miles de millones de homínidos, cavernícolas, antropófagos, exploradores, labriegos, herreros, marinos, soñadores, miserables, héroes y asustados seres. Las cincuenta y cinco esferas del universo girando sobre sus cabezas, el cuchillo de la vida, ese acertijo imposible, cruzando el cielo en un interminable, alegre y sangriento carnaval.

Sí, eso piensa Céspedes viendo los reflejos, la sombra de los árboles, las ventanas de los edificios y los transeúntes pasar, borrados, perdidos para siempre, hermanos, almas que habéis coincidido aquí en el tiempo, ignorantes de vuestra condición de peregrinos, eso piensa Céspedes, desastrado, agotado —trasnochado y madrugado como el cojuelo—, sí, viejo perro cansado, la noche sin dormir, el día de batalla, el plomo de los años acumulándose en los riñones, entumeciendo los músculos y atorando los respiraderos, animal acorralado, sí, quién es él para hablar de vidas capaces de no decepcionar a miles de millones de individuos, almas, peregrinos, hijos de puta sin más norte que su ombligo como él, este dios de barro y purpurina que no ha dejado de poner velas en su propio altar. ¿Cuáles? Sí, ¿cuáles son los momentos más altos de su vida? Esos de los que se alimenta en las noches de insomnio, los botes salvavidas hacia los que nada en el duermevela. Su hija, sí, ahí tenemos uno. Su hija en el jardín, él mirando a través de la cristalera y la niña caminando entre un macizo de margaritas, una nube que cubrió momentáneamente el sol y ensombreció el día y él supo allí, bajo esa sombra pasajera, que todo había merecido la pena y que todo lo podría soportar, sí, estaba en el techo de la vida, nada podría destruir ese instante, quedaba registrado en un pliegue del universo. Muy bien, sí, ¿y qué más, qué más, Céspedes? Sí, hay más, hay más, una tarde de otoño caminando por la orilla del río Henares, el suelo cubierto de hojas, el sonido de sus pies y de los pies de Vicky arrastrando los cúmulos de hojas secas, riendo, riéndose los dos y aquel amigo que los acompañaba, no recuerda de qué se reían en mitad del frío, había un perro, unos ladridos de perro que se acercaban, el laberinto de los árboles, la juventud, y el futuro extendido allí a sus pies bajo esa alfombra de hojas amarillentas invitándolos a seguir adelante porque todo iba a ser suyo, qué

importaba aquella precariedad de estudiantes, el esfuerzo, el sudor que llegaba desde su casa en forma de un humilde pero puntual giro postal cada día cinco, una carta vergonzosa de su madre y alguna advertencia del padre, esa felicidad bajo los árboles, esa plenitud. ¿Algo más, Céspedes? Sí, anoche mismo, este amanecer, al lado de esta mujer, mirando sus ojos y sabiendo, dulcemente que mi tiempo ya ha pasado, pero sintiendo todavía el vigor, los latidos de un viejo león o al menos de un gato grande, un zorro que ha sabido seducir y embaucar a cuervos de muy distinta especie y tamaño, todavía vivo, quizás más vivo que nunca oliendo el perfume de los vivos, la presencia exultante de la vida. Y también hay días con su mujer, sí, claro, la tarde que la vio al otro lado de la calle, ella esperándolo pero sin verlo, sola, un abrigo negro, una melena estremecida por la brisa, una mujer en medio del laberinto, y supo que la quería, rotunda, vivamente, sí, y aquellos días en una cabaña, aquella paz, la brisa trayendo un olor a pasto seco y la mirada de su mujer que parecía acompasada con la luz, la sensación de no querer estar en ningún otro lugar, sí, y una navidad que de verdad se pareció a la Navidad, su hija, su madre, su mujer, chimenea, Dickens, la empresa flotaba, subía como por arte de magia, todos los vientos soplando a su favor, París, Turín, Milán, dinero que llegaba y salía dejando un rastro brillante, y el mayor tesoro, la despreocupación, esa sensación de absoluta ligereza. ¿Y del otro lado? Sí, era otro lado, en la mente de Céspedes esos otros recuerdos quedaban en una zona de penumbra, cobijados a la sombra de un muro que dividía su memoria. El lado en el que quedaban los recuerdos que tenían otra luz, una iluminación mucho más difusa, engañosa «El lado oscuro del que nos hablaba el padre Isidro en los ejercicios espirituales la sodomía la cicatriz aquella que le cruzaba el cuello, sus gafas de cura labios rojos lo dijo en el silencio de la capilla Aquellos hombres practicaban la sodomía, estaban en el lado oscuro, y ¿usted padre Isidro usted también la practica o solo se limita a tocar las piernas de los niños a decirles como me dice a mí Qué pantalón tan bonito mientras acaricia el tejido, mi muslo?». El lado oscuro, la luz de la luna, «A todos nos engañaron». Sí, por esa zona cruza la sombra de Julia y la de alguna otra. Aquella Elvira de las noches de Barcelona. Recuerda una noche, al salir de un antro de estriptis, sórdido y morboso. El redoble de los tacones de ella en la acera mojada y un peso oscuro atrayéndolo hacia el suelo, el olor de la gasolina y la lluvia en el corazón de las ciudades, cartones mojados, colillas hinchadas, paredes y portales húmedos. Aquello también aparecía flotando en los islotes de la memoria. Los naufragios, los campos amarillos y los terrenos azulencos iluminados por la luna y el neón. ¿Y Julia? Sí, claro, también ella es

una isla en las aguas oscuras de la memoria.

Ahora Céspedes siente una pequeña punzada de remordimiento. Tiene la tentación de mirar el teléfono, cree que ha recibido mensajes nuevos. Tal vez de Julia. No tendría que haberle enviado ese whatsapp, Hasta los huevos, pero ya está hecho. No. No mira el teléfono, no hace nada. Mejor abandonarse, mejor dejar ese recuento absurdo. Nada de islas. Una vida es un continente. Una vida no puede valer tan poco ni estar condensada en unos cuantos instantes. A lo largo de más de medio siglo tiene que haber momentos, días, meses donde todo se haya forjado de un modo mucho más intenso, o más coherente, sí, eso, donde todo habrá tenido un sentido más profundo que el paso de unas nubes sobre un jardín que de pronto se queda en penumbra, por mucho que su hija estuviera allí. El significado de su hija es mucho mayor, tiene una dimensión mucho más amplia y más profunda que la de esa imagen al lado de un seto de flores cuando apenas lograba tenerse en pie y ni siquiera sabía hablar. Un paseo por la orilla de un río treinta años atrás, una mujer masturbándose en un garito ante la mirada estrábica de cuatro o cinco individuos. Los juegos con Julia Mamea, aquel comienzo en un taxi al lado de Ortuño, tantas noches, caras, cuerpos, imágenes, alcohol, miserias y esplendor fugaz, todo eso es nada «Pura calderilla, la esencia la verdad es otra cosa, es una continuidad, un río eso es, un río, una extensión líquida, un río subterráneo que lo hila y lo une todo, sí».

Mejor abandonar esas ideas que quizás solo sean producto del cansancio, de esa fatiga acumulada después de tres días de desgaste y tensión. Su mujer impidiéndole entrar en su casa. Y en el despacho el mal balance de la inversora, el penúltimo regalo. Le dice a Carole:

—¿Sabes a lo que siempre le he tenido más miedo en toda mi vida?

—¿Tú?

—Sí yo.

Céspedes diría que lo está mirando con una mezcla de curiosidad e ironía, pero la mujer acaba diciendo:

—No.

«Cuánto cansancio.» Céspedes mira un instante por la ventanilla y otra vez a Carole:

—Pues yo siempre creía que era miedo a no estar a la altura.

—¿Y ahora piensas otra cosa?

—Eh, no exactamente. He afinado, lo he concretado. Siempre le he tenido miedo a mañana, eso es.

La mujer va a hacer una pregunta, Céspedes la interrumpe:

—No al mañana abstracto, no al futuro, sino exactamente a lo que va a ser mi día de mañana. Haber llegado a este punto y estar a la altura mañana —sonríe Céspedes la mandíbula cuadrada, la dentadura grande, la frente potente. Pero los ojos débiles de un soñador. El nido del miedo.

Sí, la felicidad es posible. La felicidad o lo que llaman con ese nombre es algo que Floren, el primo de Jorge y de Ismael, experimenta cada día. Cada día se levanta envuelto en ese algodón y cada noche se duerme acunado junto a él. La felicidad está encarnada en María del Carmen, su mujer, y en su hija, Carmencita. Nombre este último de azafrán molido, algodón pegajoso de las ferias entre el que vive Floren puede pensar quien quiera. Sí, pero Floren, cuando acaba su trabajo, cuando baja la persiana metálica de su negocio, siente una alegría sosegada y firme. Viajando sobre unos raíles engrasados, sobre una vía con curvas muy suaves y con pendientes apenas pronunciadas.

De modo que mientras los demás compañeros, vecinos de negocios, camaradas de la chapuza y del pequeño comercio, emprenden su camino al bar La Esquinita, hacia el botellín, el pelotazo, el relajo de la lengua y la libertad, la inmensa libertad de ser zafios, de ser hombres de verdad, él prefiere irse directamente, sonrientemente, discretamente a su casa con vistas a antenas, azoteas y baldíos, al paraíso. Porque todo lo que vea en compañía de su mujer y de su hija tiene esencia de paraíso. Por contra, Floren no oirá los comentarios de sus congéneres. Se perderá las hazañas sexuales de Benito, el único soltero de la reunión, y, sobre todo, las del Bizco, un divorciado con mucha solvencia que reprueba las costumbres malsanas de Benito y que, para envidia de los casados, alecciona al muchacho:

No hombre no, lo que tú haces es muy perjudicial para la salud, tomar copas, estar ojeando, el ojeo está bien para la perdiz pero nada más, el desasosiego de si aparece una periquita en condiciones o no, y luego si es estrecha o demasiado ancha, que también las hay, si te quiere poner un anzuelo en la encía y presentarte al niño que tuvo con otro menda o a su prima o incluso a su madre, y aunque no te presente a nadie tienes que aguantarle el rollo del trabajo, lo del último novio o lo del ex, eso es lo peor, oír cómo ella ya lo ha superado y lo cabal que fue ella en la separación y lo cabrón que fue el otro y mientras tú tragando cubata, el hígado inflamado y harto de ti, dándote coces, y tú como un gilipollas mirando el reloj y el muelle cada vez más cansado, una ruina, y las horas de sueño que ya no recuperas nunca, una ruina. No, yo no, ni hablar, eso

fueron los primeros meses de separado hasta que quisqué el panorama y me dije uyy Manolo aparta ese cáliz. No. Mi menda los viernes se va a cenar al bar de Quintana, un buen solomillo, una buena lubina, de las buenas, y que la señora de Quintana prepara como los ángeles, si es solomillo con una salsa de, de no sé qué pero que lames el plato con la lengua como si fuera la sandalia de un apóstol, y si es lubina con su ajito y un aceite que Quintana trae de su pueblo, papeo tranquilo, a gusto, riojita bueno, dos copitas, arroz con leche de postre, hecho por la señora de Quintana, vitamínico, superior, como para un marqués, y como un marqués cojo un taxi, pum: Oiga a calle don Cristián. Y allí me tiene la Loren preparado el nido, con la pajarita dentro, una pajarita que yo he seleccionado por internet, fíjate lo que te digo, veo a la periquita, con lo que pesa y mide y si tiene entrada trasera, todo, y digo, esta, y el viernes está ahí la niña allí puesta, con su tanga o su cosa como se llame, de encajitos, me tomo con ella un cubata flojo, le miro las cosas, los bastidores, la resistencia del airbag, las cosas, sin prisa, sin agobio y sin que me cuente lo del colegio del niño, su suegra lo mala o lo buena que era o su puta madre, la niña se comporta, echo mi quiqui y a las doce y media, la una, estoy en mi cama, lo más saludable del mundo y tú mientras destrozándote el hígado, soliviantado y viéndolas venir, eso no es vida, Benito, te vas a matar, hombre. A vosotros os invitaba yo a lo mismo, aunque me han dicho que a alguno os han visto por allí, claro, que entre horas, sacando un hueco cuando vais a arreglar un compresor, diciendo que tenéis que ver a un cliente o hasta en la hora del desayuno el que lo tenga, o sea malviviendo también como el pobre Benito.

Y él mismo celebra su discurso levantando su vaso de tubo e ingiriendo media cerveza de un trago. Exordio. El del Bizco es el aperitivo de otras grandes manifestaciones por medio de las cuales se dilucida el rumbo de los fichajes futbolísticos, la espesura y dimensión de los pubis femeninos actuales que no alcanzan la perfección que tenían los de hace veinte años, aquellos coños de moqueta como los llama el Bizco, la gran revolución de los automóviles híbridos y el declinar de los motores diésel.

Floren percibe todo eso desde la lejanía en las horas del café, cuando algún miembro de la tertulia le afea esa tendencia suya de escaparse cada día en busca de su mujer y su niña. Ya caerás, le dicen. Y él sonríe y a veces promete tomarse con ellos unos cubatas. Sí, mañana, para decir lo mismo mañana.

El estado beatífico, la felicidad que sí existe y que apenas tiene nada que contar. Salvo que sea una ataraxia pasajera, muy diferente a la de Floren. Por ejemplo la que experimenta el Atleta cuando está con Lucía o piensa en ella.

Porque en su caso, esa efímera cercanía a la plenitud tiene una doble vertiente, ya que está indisolublemente unido a ella el temor de la pérdida, la premonición del desastre futuro, a veces casi inminente. El placer que un habitante de Jericó pudo experimentar al oír la música perfecta de las trompetas justo antes de que la primera grieta, una línea fina como un pelo, se dibujase en una de las paredes de la habitación donde el oyente, el melómano, oía la música celestial antes del derrumbe.

Sí. Lucía le proporciona al Atleta los únicos instantes de paz de su vida, y al mismo tiempo, la presencia real o mental de Lucía lo puede conducir a lo más hondo del abatimiento ante el temor de perderla. Pero qué poco importa ese miedo y qué inconsistente es ante la gran pirámide de Lucía cuando su mirada y sus palabras espantan las sombras. Mírame, dice ella, mírame tonto. Solo eso. Y entonces él se siente hijo del mundo y sabe que podrá con todo. Hasta con la pérdida de Lucía. Es una dinamo, una batería, una fuente de luz que siempre lo estará habitando. Incluso se imagina muchos años adelante —solo, acompañado, mayor, viejo, cerca o en el otro extremo del mundo— recordándola, y recordando la energía, la plenitud que le transmitía.

Es otra clase de felicidad, posiblemente una distorsión de la misma. Una disfunción, pero al cabo se trata de una fuerza benéfica, capaz de elevar el ánimo, igual que las burbujas de oxígeno suben alegres, desesperadas hacia la superficie del agua. Sí, eso también existe. Existe la vida beatífica de Floren y existen los momentos sublimes del Atleta o de la propia Lucía, ese misterio que la joven encierra y del que el Atleta solo tiene indicios, rastros vagos. Burbujas que buscan la superficie. Peces, ahogados, anfibios, submarinistas, máquinas, monstruos dejando escapar el aire que encierran dentro. La ciudad entera emitiendo burbujas. Cientos de miles. Pulmones, branquias, cápsulas, botellas, bombonas. Tejidos vivos y herrumbre, cada cual emitiendo sus desesperadas o jubilosas señales.

Sí. También Dionisio Grandes Guimerá conoció en su juventud una doble cara de la felicidad, o al menos la transición de periodos en los que la plenitud y la desgracia parecían atadas por los tobillos. Alguien le dijo en aquella época que la vida era un tiovivo. Pudiera ser, pero en los malos momentos él visualizaba su caballito siguiendo el movimiento de bajada hasta romper el suelo del carricoche. Las patas arrastradas por la tierra, quebradas, y el émbolo, o lo que fuera que debía subirlo empujándolo aún más hacia abajo. Camino del centro de la tierra. Un caballito hundido hasta el cuello. Era en esos momentos cuando Dionisio Grandes Guimerá, el estudiante aplicado, el Talento, se consideraba al

margen del mundo y atisbaba, ya entonces, la posibilidad de una salida abrupta del mismo.

Eran los años en los que vivía en el número 25 del Camino de Suárez. Piso trasero, su padre levantándose mucho antes del amanecer en busca de la furgoneta. El ruido en el lavabo, él fingiendo dormir, inmóvil. Después, en el silencio de la madrugada, oía el motor ronco de la furgoneta, el sonido de las ruedas en el asfalto mojado. Noches de invierno. Ese alivio al oír cómo el rumor del vehículo, marca Avia, chapa mal pintada — **Frutas grandes**—, salía de su vida llevándose a su padre camino del mercado mayorista. Hasta que en cualquier momento el bumerán volviese con más fuerza.

Fue el tiempo en el que empezó a dejar atrás la pandilla de Enrique Rodríguez, el Pajarito, Meliveo, esa gente. Solo de tarde en tarde recibía una llamada de Enrique. Lo invitaba a alguna fiesta. En casa de Arteaga. Estuvo allí alguna tarde de domingo. Los padres le habían cedido a Arteaga y a sus hermanos la parte alta de la casa. Una habitación con dos grandes banderas. De Gran Bretaña y Estados Unidos. Penumbra. Chicas, ginebra barata. Planes para viajar en moto por el mundo. Para no dejarse atrapar por el sistema. Jugando a ser malditos. Allí Dioni era poco más que un testigo. Música. Aturdimiento. Alguna borrachera. Una tarde de invierno estuvo besándose con una chica morena. Ella también parecía bebida. Años después Dioni la recordaba vomitando en la acera. El reflejo de las farolas en los charcos. Una gran piedad apoderándose de él al retirarle el pelo de la cara. Perdidos.

Estudiaba Derecho. Eso era lo que le importaba. De eso se alimentaba. No había vuelto a experimentar una atracción como la que había sentido hacia aquel chico del bañador blanco en la playa. Al menos no con aquella intensidad. No con tanta intensidad. Esquivaba una voz interior que lo perseguía por las esquinas y que trataba de preguntarle, ¿Lo soy? ¿Soy?

Conoció a una chica. Ángeles. Ojos claros, morena. Compañera de la facultad. Se besaban. La deseaba. En la facultad casi era respetado. El Solitario. En el barrio, el Talento. Su madre daba pábulo a sus hazañas académicas en el ascensor y en la tienda de ultramarinos. Para Dioni la cuestión estribaba en resistir. Conseguir que a su padre no le reventase la furgoneta, que la clientela siguiera comprando con su agónico cuentagotas, evitar el cierre de la frutería antes de que acabase de estudiar. Una carrera contrarreloj en la que los días eran meses. Los ojos claros de Ángeles. Azul transparente. Un domingo la llevó a su casa. Sus padres habían ido a pasar el día en la huerta. En el portal le soltó la mano. Lo intimidó la mirada de la vecina con la que se cruzaron.

Su casa era una casa extraña ante la presencia de Ángeles. La mesa camilla, el escai rajado en el brazo del sofá, la foto de su abuelo. El olor. Él también parecía un visitante. Ella se sentó en el borde de la cama, mirando al suelo. Él observó la colcha, repentinamente envejecida, el estampado descolorido. Pero rozó el cielo. Ella tenía cara de india, llena de ángulos. En la facultad decían que era atractiva. Tal vez. En cualquier caso parecía tener en la cara más huesos de los habituales. Rozó el cielo, sí, lo tocó, entró de lleno en él. Por no se sabe cuántos días. O así lo recordaba.

Ella llevaba un sujetador rosa. Con los tirantes satinados. ¿Raso? Los huesos de los pómulos. El pelo moreno, en ondas. La besó, crujió un muelle de la cama, la voz de un muerto. Un escarnio. Que no pudo con él. La boca de ella se comportó igual que el remolino de un río. Atrapando lo que había cerca de él, vorazmente. Como hacen los peces, como hace la Naturaleza. Él le abrió la blusa. El rosa. Dos lunas. Ella le ponía los dedos en la nuca, acariciaba el nacimiento de su pelo. Guiaba al ciego. Aquel olor. La piel, el rastro de una colonia. No hablaban. Ella se tumbó sobre la colcha. El crujido y la tristeza de aquel tejido bajo la piel. Las cortinas inmóviles y secas como columnas. Dioni pudo librarse de la visión. Dejaron de existir la colcha, la cortina, el Cristo de escayola. Ella sabía. Ángeles conocía los caminos. Alzó las caderas, despegó su cintura de la cama para facilitar que el vaquero se deslizara piernas abajo. La huella del cinturón en el vientre, unos pliegues de carne prensada, una carretera de piel. El encaje rosa también ahí, cortando en diagonal los muslos. Estaba debajo del encaje, la presencia del musgo. Esa emboscada. Tú, dijo ella. Solo eso. Los ojos igual de claros, la boca roja y casi sonriente. Tú. Y él comprendió, librando el primer botón, la camisa. Ella sonrió. ¿Experta? Ella reptó sobre su espalda en dirección al cabecero, retiró la colcha. Sus hombros desnudos en la sábana, el raso del tirante. Se inclinó sobre ella. Como beben los animales. Y de nuevo los dedos en su nuca y el remolino de la boca. La lengua era un náufrago queriendo escapar de la corriente. Saltando como saltan en el agua los que se están ahogando. Entraba en su boca pidiendo auxilio. Las paredes del agua. Se puso de pie, el pantalón en el suelo. La mirada de Ángeles. El rosa de las bragas había desaparecido. El musgo, la ladera de un monte con hierba baja, encrespada. Hierba negra aplastada por el viento. Ella ya no sonreía. Experta. Lo acogió, lo amparó, casi como una madre primero, como un policía luego. Requisando. Sacudiendo, agitando y volviendo a acariciar. ¿Era así? ¿Aquello siempre era así? Esa angustia, esa desesperación de sonámbula que parecía apoderarse de ella. Los ojos cerrados, la boca abierta. Agitándose en una

pesadilla de la que no pudiera escapar. Y diciendo Sí. Dijo Sí. Había una herida abierta allí abajo. Un calor de herida, de sangre. Esa humedad viscosa. Ella lo envolvió. Con habilidad. Levantó las piernas, lo rodeó con ellas, los riñones, los glúteos. Las pupilas de Ángeles fijas en sus ojos un instante. ¿Una interrogación? Él se refugió en su melena, se escondió en ella. Igual que los prófugos se esconden detrás de los árboles. Con esa angustia. La herida, los dedos, las manos encontradas allí abajo. En la embocadura. Fruta blanda, caliente. Babas. Eso era. Así era. Esa boca igual de oscura. Ese pico con hambre. ¿Estaba dentro? El escozor. Entraba. Cabía. Las paredes estrechas, un pasillo angosto. Ella le apartó la cara. Lo miró. Algo parecido a la furia, al desprecio, que se convirtió en un beso, un mordisco, el gemido que precede al llanto. Allí abajo, aquel hierro candente. Una ola, el agua salada, el remolino en el que te envuelve y te arrastra, piedras dolor, el sol la sal en la cara, los tentáculos del molusco, de nuevo bajo el agua, los dedos las uñas en sus hombros, el escozor, ¿sangre?, dientes, la cara de su madre, un sueño, la luz en la ventana, el ojo transparente y ese sonido de charca, ¿siempre así?, ella sabe, ¿es algo que le ocurre a ella?, ¿a todas?, lo araña, un golpe, las venas verdes, ella cabecea, contra la almohada, las uñas, el dolor, cabecea, se ahoga, epiléptica, ¿epiléptica?, no, así es así, los huesos de la cara se le desordenan, salen, se ocultan, se tensa, detiene el cabeceo, se calma, abre los párpados, mira al techo, casi sonríe, un brillo nuevo en los ojos, y vuelve a decir Tú, ahora ya como una súplica, Tú, baja la marea, reflujo, sin dejar de moverse, Tú, el abrazo de las piernas, aumenta de nuevo el ritmo, un balanceo de cuna, el túnel se ensancha, resuenan los pasos en el charco, él se sumerge, así, dentro, dentro, hay luz, no duele, se hace blando, el líquido de los huesos se mezcla con la luz, se sale de sí mismo, desaparece, vuelve, desaparece, aquel campo, el sol blanco, desvaneciéndose, vuelve, regresa a su cuerpo. La habitación, la colcha, el olor. Los dedos de ella en su pelo otra vez, como si siempre hubieran estado ahí. Los sonidos. Notaba los golpes del corazón de ella bajo el color rosa, bajo la piel y el olor. Cuatro breves golpes en una puerta.

Nunca volvió a ocurrir. Nunca Ángeles volvió a estar en su casa, en esa cama. Aquel sol blanco se fue oscureciendo. Aquella sensación líquida se hizo sólida, se cristalizó. Granito, frío. El proceso tal vez durase unos días. El motivo fue desconocido para ella. Él tampoco lo supo. Solo alcanzó a saber que no quería que aquello volviese a ocurrir. Ella no le gustaba. Lo decidió. La miró, en la parada de autobús, y lo supo «No me gusta, no, que no me toque, que no me bese». Tarde de otoño, ya a oscuras. Ella tenía unas gotas de lluvia en la frente.

Le puso los dedos en la nuca él hizo un esfuerzo por no apartarse. Y la sentencia cayó sobre ella.

Vacío. Nunca el mundo había estado tan vacío. Él y el mundo. Un planeta despoblado. Nadie a su alrededor. Vacío, hueco. Un vagabundo entre cuatro paredes.

Dionisio Grandes Guimerá recordaba aquel tiempo relacionándolo siempre con la oscuridad y la noche. El pasillo penumbroso de su casa. La luz tenue en el techo a la caída de la tarde. Las sombras de sus padres. Los libros borrosos. Las madrugadas tumbado en el sofá. Oyendo detrás de la puerta los ronquidos del padre, la respiración entrecortada de la madre. La pared de la noche. Masturbación en el lavabo. Los pezones del muchacho de la playa, la lengua de Ángeles, el escozor, el bulto del bañador, el musgo y la lágrima de carne, el tirante satinado, el movimiento de cuna.

Lo pensó en el silencio de alguna madrugada. La cabeza recostada en el brazo rajado del sofá y frente a él el balcón. Los cuatro pisos volados. El verdadero vacío. Acabar con todo. Desde el sofá veía las ventanas oscuras del edificio de enfrente. Espejos muertos. Toda esa gente allí esperando. Se adormecía con esa imagen en la retina. Al abrir los ojos se encontraba con la mirada brillante de su padre, el resplandor de la luz del cuarto de baño haciendo un dibujo cubista, amarillo, en la pared. El padre de pie, sin afeitar. Chaqueta de pijama abierta, pelos, carne. Qué haces ahí. Y él apenas murmuraba, Me he dormido. Y el padre ordenaba en un susurro, Acuéstate, qué haces ahí. Los músculos gastados. Miraba el balcón de reojo, como a un viejo cómplice, y se dirigía a su cama. El chapoteo del padre en el lavabo. El olor de la cama, y ya entrando en el sueño, no sabía si dos o quince minutos más tarde, el ronquido de la furgoneta alejándose en la noche. Frutas Grandes.

Apareció Ramón Ranea. Con su viruela. El pelo electrificado, igual que el musgo de Ángeles. Electrificado y mal distribuido por la cabeza. Repetidor de curso. Sentado a su lado. Caminando junto a él por los pasillos, preguntándole. En la cafetería. Llegaba a la facultad medio crucificado en una moto con un manillar demasiado grande. Los brazos extendidos, la cara impasible y un cigarrillo en un lado de los labios.

Lobito, rectificada a ciento veinticinco, manillar de Enduro, Ranea le presentó la motocicleta como si fuese una novia, o por lo menos una perra. Te llevo a tu casa.

Dioni encogiéndose de hombros. A horcajadas. El asiento estrecho, los cuerpos unidos. Dioni agarrado a un tubo metálico que cruzaba la parte trasera

del sillín. Al inclinarse hacia atrás para coger ese asidero el sexo se pegaba demasiado al cuerpo de Ranea. Volvía a la posición horizontal.

No te muevas tanto. Agárrate mejor a mí, aconsejaba, impersonal, Ranea.

Las manos en los hombros del piloto, placándolo.

Mejor a la cintura, que así me quitas movimiento, seguía instruyéndolo Ranea en el arte del motociclismo.

Se cogía a la cintura. Intentando prescindir del sentido del tacto. Durante mucho tiempo Dioni recordó la textura y el olor de la eterna cazadora de pana de Ranea. Rígida, acartonada. Un especial olor a rancio zarandeado por el viento y el aroma del cigarrillo incrustado en la boca desde el momento en que Ranea daba la poderosa patada de arranque. Lo dejaba delante de la puerta de su casa y se iba sin apenas decir adiós, petardeando.

No. Era imposible. Dioni nunca podía imaginarse acercándose a Ranea del modo que lo había hecho a Ángeles. Besándolo. Imaginar eso era una vacuna contra sus dudas. Las viruelas, los ojos adormilados y pequeños, el olor, las aisladas púas de pelo asomando entre los cráteres de las mejillas. Y sin embargo, allí estaba, allí estaba su sombra cuando se derramaba en la loza del lavabo. Una presencia vaga que Dioni quiso achacar al roce de los cuerpos, a la continua presencia de ese inesperado y medio mudo compañero. Estaba seguro. Nunca podría acercarse a aquella cara, entornar los ojos, besarlo.

Y no fue así. Todo ocurrió de un modo diferente. La familia de Ranea, acomodada a pesar de lo que Dioni había deducido por el aspecto y la indumentaria desaliñada de Ramón, era propietaria de dos anticuarios, y también tenía un local en el centro de la ciudad, calle Fresca, donde almacenaban algunas piezas y que servía a Barea de lugar de estudio y refugio. Mis tres hermanos juntos hacen más ruido que el resto de la humanidad, le había dicho Barea a Dioni, muy serio, el primer día que entraron allí.

Una estancia destartalada. Cuadros apilados, muebles formando pirámides, unos sobre otros, lámparas. Anaqueles metálicos, unos cuantos archivadores. Al fondo, un ventanuco demasiado estrecho que obligaba a tener siempre encendida la luz eléctrica. Ranea tenía sus libros sobre una mesa lacada en verde y con patas muy finas. Estilo Napoleón tercero, le aclaró a Dioni. Mi padre dice que estudiando encima de esta mesa me vendrán efluvios sabios o no sé qué coño, lo que él diga.

Derecho romano. Abrieron los libros. Cada uno en un extremo de la mesa. Ranea desperdigó los apuntes a su alrededor, farfullaba. Al poco fue a tumbarse

en un sofá con tapicería de damasco dorado. Si me duermo me despiertas dentro de una hora. Se durmió al instante. Respiración profunda. Dioni miró entonces a su alrededor, observó con detenimiento todo aquello. Muros de muebles superpuestos, jarrones, relojes incrustados en esculturas, espejos —uno rajado que le devolvía la atmósfera penumbrosa de la estancia dividida en dos—, «Irlanda», pensó.

Sobre una mesa parecida a la que estaba sentado había dos montañas de libros. Se levantó en silencio y se acercó a ellos. Cogió el que estaba sobre la primera columna, encuadernación en piel verde. *Dante and his circle*. Lo abrió. THE NEW LIFE. A while after this strange disfigurement… Al lado de los libros había dos dibujos enmarcados. Trazo fino. Un árbol, una luna, un joven ¿llorando?

De García Lorca.

Se volvió sobresaltado, Ranea estaba junto a él.

¿Te has despertado?

No. Estoy durmiendo. Todo esto es un sueño.

Ya. No me había dado cuenta.

Son dibujos de García Lorca. Ese y ese. Firmados. Ahí tiene la firma.

Ah sí.

Si tienes cien mil pesetas te los puedes llevar. Cada uno.

El aliento de Ranea era parecido al olor que había en aquel sitio, concentrado. La turbación. Demasiado cerca.

Ya. Los dos me llevo entonces. Y los otros.

Los otros el precio no lo sé y el que los dibujó tampoco. A ver.

Le dio la vuelta. Intentó leer en la penumbra.

Moreno. Está escrito a lápiz. Hace quinientos años por lo menos, no se ve. Moreno. Moreno Villa.

Ah.

¿Sabes quién es?

No.

Yo tampoco.

Ranea se quedó mirando a su alrededor. Como si también él fuese la primera vez que estaba allí.

Yo no voy a estudiar más.

No. Bien. Yo tampoco.

Pues te llevo a tu casa.

No, para qué.

Para que no te gastes las suelas de los zapatos ni despilfarres en autobuses. Tienes que ahorrar para los dibujos acuérdate. Coge tus libros.

El aire limpio de la noche. El humo y el ruido de la motocicleta y la despedida habitual de Ranea, sin apenas mirarlo. El piloto rojo perdiéndose en la oscuridad.

El segundo día en el almacén Ranea dejó sus libros y apuntes en la mesa Napoleón tercero. Pero ni siquiera se sentó a ella. Se adentró por el fondo de la estancia, perdido entre los muebles. Dioni lo oyó abrir cajones, hurgar en los archivadores metálicos.

¿No vas a estudiar?

Golpes en un cajón supuestamente atrancado. Silencio, y luego:

Sí. Ahora.

Por mí, si quieres, lo dejamos.

Ahora. Había aquí mi padre tenía aquí, pero no lo encuentro.

El qué.

Na, nada. Mejor estudiar. O disimular.

Disimular qué.

Sí, eso. Estudiar. Mejor estudiar.

Todavía se oyeron sus movimientos entre los muebles. Pero al salir de entre ellos no se dirigió hacia la mesa de estudio sino al sofá de damasco dorado. Se sentó, mirándose los dedos, como si se los estuviera contando.

Dioni subrayaba sus apuntes. Ranea le habló.

¿Luego vas a querer que te lleve a tu casa?

Eh sí no, no lo he pensado. Da igual.

Tu chófer. A lo que diga el señor.

¿Y eso? A qué, qué pasa.

No, es broma. Ya sabes, me gusta. Conducir. Llevo al señor a donde quiera.

Ya.

Sorbió Ranea, echó la cabeza hacia atrás, mirando la negrura del techo. Dioni trató de volver a los apuntes. Lo mejor era irse de allí. Esperar un rato y luego irse. Y no volver. Ranea, ahora estaba claro, era un gilipollas.

¿Te gusta Milagros?

El gilipollas seguía con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá pero había

bajado la vista y, casi con los párpados cerrados, miraba a Dioni. Este tardó en responderle.

¿Milagros?

Sí, Milagros la de tercero.

Ya sé quién es.

Claro. ¿Te gusta?

Dioni se quedó mirando a Ranea, intentando adivinar.

Le gusta a todo el mundo por eso te pregunto.

Yo no, a mí, no la conozco.

¿No la conoces? Le dicen Morro de Fresa, ¿te has fijado la boca que tiene? Estaba en mi clase el año pasado. ¿La miras porque ella te mira aunque no te gusta y sabes que no es para ti?

¿Qué, qué dices?

El otro día vi que te estaba mirando en la cafetería, riéndose, con la otra, la alta. Calientapollas o peor.

Si tú lo.

Estéticamente sí, dan ganas de mirarla y hasta de tocarla para ver si es de verdad. Pero gustarte, no te gusta.

Tú te lo cuentas.

Claro. Comida para otros pájaros.

Se calló. Se callaron los dos. El aire espeso. Qué estaba haciendo allí, eso es lo que aparecía escrito en los apuntes: Qué estoy haciendo aquí. El arrepentimiento, un odio sordo. Y lo vio. Supo, o intuyó. Por qué estaba allí.

Ranea se pasaba la mano por la entrepierna, la palma abierta, en movimiento circular. Como se acarician los animales. Mirando su propia mano Ranea. Mirando Dioni el papel, las palabras aisladas, los signos indescifrables de su propia letra y percibiendo con su visión lateral los movimientos, la figura borrosa de Ranea hundido en el sofá. Irse. No. Todavía podía disimular. Todavía podía fingir no haber visto nada. Culpable.

Hasta que fue imposible hacer creer que no lo estaba viendo. Ranea se había bajado la cremallera y del interior del pantalón había extraído un miembro que ahora mantenía enhiesto, vertical, como una pequeña estaca que se hubiera clavado en su vientre y que el propio Ranea contemplaba con una cierta extrañeza, con el ceño fruncido.

¿Te has pajeado con amigos muchas veces?

No.

Dioni ya había levantado la vista. Miraba a Ranea a la cara, intentando mantener la vista a la altura de los ojos.

¿No muchas veces?

Ranea movía ahora levemente el mástil de un lado a otro, cogido por su base. Oscilante, pesado, lento.

A ver quién llega más lejos, quién echa más y todo eso, ¿no lo has hecho nunca?

No.

¿Ni quieres probar?

Dioni miró ahora la polla. Gruesa, ancha, oscura. Solo un momento.

No.

Pero no te importa que yo me la sacuda un poco ¿no?

No haz tú haz lo que quieras, yo me voy a ir.

Venga, ¿por eso te vas a ir?

Sí no, pero me voy a ir.

¿Ni por curiosidad?

Por curiosidad qué.

«La playa, las olas, aquel día de sol ¿era eso? Aquel aire limpio esta suciedad oscuro.»

Verlo.

Ranea empezó a subir y bajar la mano muy lentamente por su miembro. Dioni recogió los apuntes, los metió en la carpeta. Su erección era tan fuerte como la de Ranea. Esa rebelión de su cuerpo. Burlándose de él.

Se puso de pie. Casi al mismo tiempo Ranea se levantó del sofá y avanzó hacia él, con las manos alzadas y la polla asomando, en posición completamente horizontal, apuntando.

Venga joder Dioni, ¿de verdad te agobia eso?

No, yo. No.

Ranea se detuvo cerca de la mesa. El pene oscilaba de abajo arriba, impulsado por los músculos internos, por las contracciones inguinales.

Venga, no te vayas, me lo guardo. Somos tíos, no pasa nada.

Es que a mí, yo no.

Vale, era darnos un gusto. Ya ves, se me ha puesto saltarina —nuevas oscilaciones, ahora más exageradas—, tiene vida independiente como ya sabes.

Una sonrisa, un paso más hacia él.

Estaba mirando antes, me acordé de unas revistas que tenía mi padre en los cajones, revistas de tías, follando, americanas.

La polla de Ranea rozaba la mesa. Un animal ciego explorando lo que había a su alrededor. Cerca de los libros, cerca de la mano de Dioni.

Es como la tuya, tócala. Te da el mismo gusto. Cogerla.

Dioni, la cabeza baja, el corazón parado, todo demasiado lento. Olía a Ranea, la esencia de aquello que percibía cuando se pegaba a él en la moto. Todo era todavía secreto, por más que Ranea arañara la pared como un perro. «Nadie sabía, nadie sabe nada. Él lo sabrá. Solo él. Él ya lo sabe, el primer día que se sentó a mi lado ya lo sabía.»

Yo luego te la hago a ti, cógela mira cómo pesa.

Dioni era la estatua, la arena petrificada. Le habría gustado negar con la cabeza. O asentir.

Qué crees que va a pasar. No te conviertes en nada, no pasa nada. Mira.

Negó con la cabeza, muy levemente, y Ranea se acercó un poco más, medio paso, y el animal ciego rozó los dedos de Dioni. Un perro sin piel, caliente, casi quemando, suave y torpe. Sí.

Fue fácil, abrir los dedos tocar la piel enfebrecida y dócil. Un animal, atraparla entre los dedos, abarcarla, más ancha que la suya, apretarla suavemente, olvidarse de Ranea y de su aliento, del olor. Todo lo que lo rodeaba concentrado en el tacto, en ese peso ardiente entre los dedos, ese animal que lo buscaba como a un dueño y no quería desprenderse de él. Acariciarlo, manso, acariciar, arriba, subir, bajar, muy despacio. No hacer caso a las palabras de Ranea, no oírlo.

Sí, así, así ¿ves? Así.

Ignorarlo. Como si fuera otro cuerpo, otro ser independiente de ese animal ciego y poderoso que llenaba su mano, que tenía existencia propia, ajena a la de Ranea y a su voz y a su ropa, a su viruela y a su cara. Su dueño. Dame. Y se arrodilló, sí, al lado de la mesa, al lado de los libros, los papeles, todo formando parte de un pasado ya remoto, todo lejano, arrodillado, la orilla, la playa, el día de sol y aquel bulto en la espuma blanca que ahora aparecía desnudo ante él, mirándolo con un único ojo vacío y ciego, lo rozó con su mejilla, lo pegó a su cara, tanto tiempo después, recuperado, anhelado, abrir la boca, apartó con una sacudida de la cabeza la mano de Ranea de su nuca, los dedos de su pelo, abrir la boca, sí, y tocar aquel calor ardiente con la lengua, apoyarlo en el lecho de su

lengua, untarlo de saliva, al animal herido, al ciego rebelde, endurecido, rígido, y abarcarlo, ahuecar la boca para recibirlo, acogerlo, con el interior de los labios, con la carne viva de la boca, ese contacto de dos cuerpos sin piel, la voz de Ranea llegando desde otra parte, Traga, mama, y él, sí, traga, mama, chupa, succiona ansioso, y paladea, obedece y ese es el máximo descubrimiento, sí, la obediencia, Traga, y él traga, lame, obedece, Traga cómeme puta, el sabor, la frota contra sus labios, boca de fresa, la pasa junto a su cara como una flecha mal dirigida, rozándole la mejilla, la barba rala, y vuelve a entrar, fuerte, entera, la arcada, sale, entra, lame, chupa, se tensa, Ranea se queja, sacude, golpea, se llena, la boca amarga, sale, salpica, caliente, bebe, escupe, se ahoga, las olas, un ruido, Ranea, su voz ronca, caen los libros, abre los ojos «Soy yo», la oscuridad deformada, los muebles en el techo, el dolor en las rodillas, el sabor, Ranea se aparta, y él respira, el vahído, la polla que todavía cabecea y agoniza, la baba que cuelga, el coágulo blanco en el pantalón, y él, sí, también, su propio pantalón inundado y pastoso, de rodillas, vacío, hueco, despojado de cualquier materia interior, recuperando la realidad, y de pronto siente todas las esclusas abiertas y esa sucia marea entrando por cada poro de su cuerpo, convirtiéndose en ira, descubierto, ensuciado, encadenado, esa materia negra llenándolo. Apartó la vista de Ranea, de su sexo moribundo, de su cara, y el cieno entrando, hablaba Ranea, inconexo, tratando de bromear. Mejor no mirarlo. Le da un pañuelo, sus dedos cortos, más olor, limpiarse. Deja el pañuelo en las baldosas mugrientas. Recogió los libros del suelo. El secreto al descubierto. Ahora todo dependiendo de ese tipo, de Ranea, de sus ojos redondos, de su silencio.

Y otros. Otros como Ranea. Una arcada, el sabor amargo de nuevo ocupando toda su boca. Ranea puede hablar, y también otros, como ha hecho Ranea, podrán adivinar. Su secreto. Lo que él creía su secreto. Lo puede negar. Lo puede dejar atrás. El deseo angustioso de que los días se amontonen de golpe, que el tiempo lo aleje de allí. Todo estaba ya al otro lado de una nueva pared. ¿Era eso la vida? Paredes, cristales, muros. Puertas cerradas, rendijas por las que se filtra lo indeseado. Dioni tuvo la certeza y el temor de que todo iba a ser así. Y al mismo tiempo afloraba otra posibilidad, en su horizonte interno se mostraba el atisbo de una voluntad titánica, una herramienta con la que poder cambiarlo todo. Sí. Todo dependía de él y él era el dueño absoluto de su voluntad. Lo que acababa de ocurrir había sido en cierto modo una revelación. Una advertencia. Un paso necesario. Ahora tenía la determinación de controlar su vida. Podía hacerlo. Nada de eso volvería a suceder.

Y salió de allí llevado por ese impulso. Asqueado y renacido. No, le dijo a

Ranea cuando le insistió en llevarlo a su casa. No. Se acabó. Era más fuerte que él. Ahora lo sabía. Salió a la noche, caminó por esa calle estrecha, casi rozando con los hombros los dos muros que parecían a punto de juntarse, aquel embudo, campanadas solemnes, sombras, salió al aire de la calle Larios, las luces rojas de los coches dibujando garabatos en el reflejo de los charcos. La entrepierna enfriándose, esa pasta, ese recordatorio. La resaca de la vergüenza. La penumbra benéfica de la calle Compañía, sus pasos solitarios. No importaba que siempre fuese así, que todas las calles y todas las noches, los años, la vida fueran un camino solitario. La soledad como refugio, como paraíso. Era el dueño de sus pasos.

Desolados, solos, hijos de la nada, caminan, gimen, mueren, ríen. Las bestias se desangran en los mataderos, los matarifes sonríen y mueren de enfermedades oscuras, de sus manos cuelgan los cables, los electrodos y los cuchillos, a su alrededor flota el humo de los intestinos, los animales eviscerados. Los insectos siguen escarbando la tierra, horadan las vidas de los humanos, traspasan los muros, carcomen, roen y ellos levantan la vista al sol. Dime adónde vamos Rai, pide clemente el hombre del cuello torcido, de las venas abultadas y exhaustas, Eduardo Chinarro, Adónde vamos Rai. Tanto sol. Las sombras se vuelven romas, se pegan a los pies de los que caminan. Transeúntes, monigotes recortados en los semáforos, fantasmas. Arde el aire, arde siempre. Tú por qué me quieres, piensa preguntarle el Atleta a Lucía. Dime adónde vamos.

Por qué me quisiste. Abre los cajones del miedo. En el cementerio el Atleta también vio un muerto al otro lado de la mampara. El escaparate de los muertos. Una cara amarilla y seca metida en la caja. La tela blanca ¿seda, raso? Tela falsa rodeando la cara de su padre. Queman los ataúdes. Ese carbón, esos grumos negros que luego meten en una vasija. Así tuvo a su padre, dentro de una vasija y la vasija dentro de una bolsa de El Corte Inglés, una gran broma. Caminando al lado de su madre y el padre en la bolsa de plástico rozando su rodilla, bajo los árboles del parque cementerio.

Viajan en el taxi. El mundo pasa al otro lado de un cristal, la sombra de los árboles y el revés de las hojas apenas entrevisto, rotas por la velocidad, centelleando en el vidrio. «Allí va mi vida, ahí se queda. Las hojas.» Carole habla con los ojos adormecidos. El brillo del cansancio. «Mañana no estará», Céspedes siente el peso de su propio cuerpo, una bolsa llena de líquido espeso. «Ese soy yo.» Ah la vida, sí, ese jadeo. Y esa gente que pasa al otro lado del cristal, caminando por las aceras.

El olor de las comidas en la escalera, las manos marcadas en la cal. Manos de niño en las paredes, huellas de barro antiguo, tinta, rizos de basura en los escalones y la Segueta ascendiendo pesada y jadeante, una máquina blanda, un animal empecinado en busca de la guarida. La sierra de los dientes, la mella y las ubres colgando, campanas sin sonido llamando a una misa miserable. Has tirado el dinero, siempre tú, tú eres para ti y nada más y los demás aquí a expensas de tus caprichos. El Mariano, su marido resignado, sube detrás de ella. «Esta peste, este sueño y no parará de hablar, que me ponga de comer que me deje el cuarto vacío, la cama pequeña, huele a nabos, la Penca, mi nabo, cómo está esa putilla, el escote moreno que llevaba hoy la camiseta amarilla las tetas, que venga a la casa, que entre, Penca entra hija siéntate así que te vea bien cuando te agachas y cómo se te mueven, sin sostén.»

Subir el caliz, ofrecérselo a Dios, mi vida y mi cuerpo, las cortinas quietas. El padre Sebastián bosteza, siente que la ansiedad es un animal escurridizo. «He soñado que me moría en el altar, que me moría y no estaba muerto ¿o lo he pensado?» El zumbido del móvil. El ruido de los coches. Cruzan la calle Unión. Máquinas en celo, ¿perforadoras? Las hormigas hurgan en el suelo, el sabor del muerto, la baba cargada de azúcares. Vodka, barbitúricos.

Dame de beber, dice un niño a su lado. Dame de beber. Amelia, tumbada en la playa, despierta, abre un ojo y oye la voz del niño y el romper suave de una ola, ese ronquido, y los golpes de dos botellas de cristal que chocan y una risa sonora de hombre y una voz de mujer que grita Espérate, y una nueva ola rumiando y el niño que repite Dame de beber y el ruido de un motor y un hombre que dice Ganemos tres cero y otro que ríe y una música, Camarón, y un grito y el chapoteo de gente en el agua y otra ola que se arrastra y piedras succionadas que ruedan, Amelia abre el otro ojo, la cabeza pesada, tanto calor, la sed, Dame de beber, el dolor en el cuello, ¿la hora? La comida, Ismael, las cortinas, las toallas, las tijeras. La psicóloga, la oficina o despacho o como se llame en Trinidad Grund. Gabinete. Flores falsas, revistas antiguas en la salita de espera, Tengo que volver a llevarlo, que lo calme por lo menos.

El cigarrillo que cae pesado en el asfalto granulado y lleno de aristas. Fumar entre los coches, el metal ardiente. El pelo de la doctora Galán cae sobre su mejilla. «Ya nada nunca será igual.» ¿Igual a qué? Quiénes fuisteis, sobre qué mentiras nos levantamos. Funambulistas. Artistas del trapecio. Una fotografía, eso es lo que queda de aquel tiempo. Dioni, el polo azul, los dientes y la risa. La risa inocente, el viento colándose entre su pelo. Guille escondido detrás de su miedo. Ella asomada al vacío. ¿Vendrán por mí?, dice hablando por teléfono un

hombre herido, una venda le envuelve media cabeza. Un turbante. Traumatismo. No sé lo que me ha pasado, estaba de pie, y luego en el suelo, ¿van a venir? Ambla un gato calicó y escuálido al sol. Enfermo o loco. «Vendrán por todos como en la vieja canción, por Dioni ya han venido, ¿era una poesía?» Pesan los órganos, miden el desastre, calculan la calamidad allí abajo. Sala de autopsia. Los tenderos de la muerte. Básculas y hornacinas. Acero, cromo. La razón de la muerte. No su significado. El significado de los llantos, su melodía. Toda esa gente interpretando su himno, autodidactas, llorando. La vida detrás de las paredes. Hormigas de cabezas blancas, bichos de la oscuridad que bucean bajo tierra. Escarban para nosotros. Y a veces, sí, escarban en nosotros. Lo he visto. El amasijo.

Se limpia la baba blanca del vientre con la braga enrollada y siente que ella entera es el mundo. Aurora Perea Pemán. La Penca. Abre los ojos, ve al Nene Olmedo a su lado. Piensa en su casa, su hermano, el Yubri, a punto de ir a la cárcel, y el cabrón de su padre, oliendo siempre a matadero. Es mi oficio, dice orgulloso, doy de comer al mundo. Su casa. En su casa, el perro roe el mueble, tuerce la cabeza cuadrada, ojos de idiota, y atrapa la pata de la cómoda con las muelas. Mastica metódico y aplicado las astillas que extrae del mueble. Las flores de plástico en el marco de su madre muerta. Duerme su padre en lo espeso del calor, al fondo de esa casa angosta. Rezuma sueño, huele la habitación a sueño rancio, la casa entera, la olla en la cocina exuda un vaho espeso que podría ser el aliento de ese hombre sin afeitar que babea en la almohada mientras su hijo Yubri mira embebido su teléfono móvil y mata píxeles, monigotes ensangrentados.

La Penca entorna los ojos, se observa con parsimonia el pubis rasurado, esa tira de vello, ese bigotito que por un extremo apunta al ombligo y por el otro a esa carne rosa, enrojecida, abierta todavía entre sus piernas sudadas. ¿Me has follado mucho Nene tú? La comicidad de su coño, la risa que le provoca verlo. El Nene Olmedo sentado de cara a la pared, estudioso de la cal, meditando sobre la existencia de otros mundos, devoto de los extraterrestres y las abducciones. Cree en ellas como cree en el Cristo Cautivo que lleva tatuado entre los omoplatos. Gesticula el Cristo, hace visajes con los movimientos del Nene Olmedo al rascarse la zona lumbar, sin dejar nunca de mirar la pared. Ese paisaje carcomido. La superficie árida de sus amados extraterrestres. La Penca, Aurora. La ropa tirada por el cuartucho, la braga con el semen en la mano. Coge y suelta y vuelve a coger y se le cae el paquete de Marlboro, todo de goma, todo blando y lejos, todo bien, la Penca, Aurora, consigue llevarse un cigarrillo a los labios y

luego, de un modo más laborioso aún, logra accionar el mecanismo del encendedor, aplica la llama demasiado tiempo al cigarrillo, lo quema, lo ennegrece, también había grumos en el ánfora en la que iban metidas las supuestas cenizas de su madre. Luego se enteró, luego supieron vagamente, que esa gentuza de la funeraria, o del cementerio, o quien fuera, esa gente, quemaba maderas, plásticos, mierda y se la daban a los familiares para que se fueran a tirar esa basura de un modo solemne a los campos, a las orillas de las playas, a los terraplenes donde supuestamente el muerto alguna vez había sido feliz. Los colocaban al pie de los santos, de las vírgenes, entre las fotos de unos muertos reales, y no eran sus restos, no eran ellos, cenizas de muebles viejos. Penqui, mamá no era mamá, mamá era eso que dicen en el arradio que era lo que daban los de la funeraria, el Yubri bizqueaba, el Yubri no sentía la repulsión que ella había sentido al coger un puñado de aquel polvo granulado. Penqui lo que tú pensabas que eran trozos de hueso eran terrones de cosas. El Yubri sentía rencor animal y por eso compró gasolina, cinco litros en una gasolinera, cinco litros en otra, cinco litros en otra, cinco litros en otra. Veinte litros. Y quemó dos coches fúnebres y la fachada de la funeraria. Y fue registrado por cuatro cámaras de seguridad de distintos establecimientos y negocios. El Yubri mastica pulpo frío mientras mata píxeles y el perro roe el mueble. Esa paz. La ceniza cae en el pecho y en la garganta de la Penqui. Nene ¿y el chaval que estaba aquí el que estaba con nosotros? El Nene Olmedo hace un gran esfuerzo y aparta la vista de la pared. Mira la habitación, tal vez trasladada a otra galaxia. Emite un sonido de animal Nnndrra, algo así, y la Penqui observa la colilla, sus uñas con doble capa de pintura. ¿Juanmi? Se llamaba Juanmi estaba ahí, ¿me ha follado él también, Nene? Nnndrra.

Vuelan en bandadas, se dispersan, llenan de aristas el aire. Vencejos, golondrinas, animales con el pico abierto en busca de alimento. Insectos en el aire. Así es la muerte. El pájaro que vuela con el pico abierto y se lleva los mosquitos que encuentra a su paso. Sin tino ni elección. Dame la vida, le dijo un enfermo a la doctora Galán solo unos días atrás. Igual que se le habla a Dios o a los santos. Obra el milagro, dame la vida. Con los ojos amarillos y sus bolsas de líquidos diferentes colgando de la cama. El arcoíris de los muertos. Y allí va él, Guille, camino del Monte Calvario. Remonta la cuesta de la urbanización. Va con su Marta y su María, su Cirineo y su Judas. Guille en medio del fuego, en medio del terral, ese calor que disloca los termómetros. Mónica Ovejero lo miró con ojos de almendra al oír la noticia, le puso una mano en el hombro, la otra en la mejilla. Piluca le dobló la toalla, recogió sus cosas, le puso las chanclas. No le

lavó los pies. Loberas, apóstol endeble, invocó al cuerpo divino. ¡Hostias! El padre se va a morir. La piscina encumbrada a lo más alto del drama y la vida. La tragedia en biquini y oliendo a crema bronceadora. También por aquí vuelan los pájaros. En pie la comitiva. Juno desposeído de sus poderes. La inutilidad de sus músculos. Y al pasar por al lado de la madre de Trini, Piluca se queda a su lado y le anuncia la nueva, la mensajera de la muerte. La adolescente usa la experiencia de los mayores. Lleva dos abuelas enterradas en un año. Susurra las palabras justas. Vieja comadre juvenil. Cù Sìth.

Guille y su séquito suben una calle con nombre de pintor, ¿Rabillo del Toro? El Calvario está al otro lado, en una vía llamada Sierra Pelada. Chalet de piedra. Juncos y buganvillas. La casa familiar, la casa de Dioni, de la doctora, del niño mártir. Ahora es público que el tío de Guille irá allí a recogerlo. Y cuando van hacia allí, al poco de haber abandonado la piscina aparece un todoterreno blanco, Volkswagen Tuareg, que casi atropella al despistado Loberas. Se abre una puerta delantera, la contraria a la del conductor, y, sin que se sepa cómo ha salido de la piscina ni cómo ha volado hasta su coche, la madre de Trini conmina al séquito. Que se suba ese niño, subíos que lo lleve a su casa, por Dios. Que no ande, que no camine, que no se esfuerce ni se desgaste porque lo espera la señora negra. Los trámites agotadores de las defunciones. Las lágrimas, el rencor y el miedo. La herida. Las emociones y las exaltaciones. Que no se canse. Suben los bañadores, las piernas gráciles, los huesos picudos, la adolescencia y la zozobra de la primera muerte, el abismo que los llama. Canción melódica en el cd del coche. Los ojos negros de la madre de Trini en el retrovisor inquieren. Sí, me ha llamado mi madre, me ha dicho. Y se van, el volante firme, los brazos morenos. Camino del Gólgota en Volkswagen.

Ahora sí, ahora sí mataría a la puta vieja. Ahora le cortaría las orejas con el cuchillo afilado de la cocina. Con las tijeras con las que cortó las cortinas y las toallas y los paños de cocina, las sábanas y las servilletas. Triángulos. Ahora que solo siente el asco. Ismael. Ha sido una paja blanda, con la polla semierecta. Esas que acaban antes y lo dejan en ese estado de somnolencia y apatía que después de pasar quince o veinte minutos ovillado en la cama lo llevan a vaciar el frigorífico, a comer de un modo desaforado. No importa qué y no importa cuánto. Comer, tragar, acabar con ese vacío, con esa oquedad que va desde su cabeza a los pies. Le han dado ganas de reventar el cristal del cuadro en el que se ha visto reflejado. Como si fuera otro que se riera de él. Así ha pasado la sombra por el cristal. Mataría al portero, ese cabrón con cara de caballo, ese borrego ahí puesto, apoyando un hombro en el marco de la entrada. Mirando. Mirando qué.

Un día lo esperará en el callejón. Con un pasamontañas. El Jirafa, cuello largo y cabeza pequeña. Consuelo pasando por su lado y el cabrón mirándolo a él cuando entra tras ella. Le retorcería el pescuezo y le escupiría en la cara. A Ismael le gusta presumir de sus asesinatos imaginarios. Cuando murió el viejo del salón recreativo les contó a Federico el de la Primitiva y al que le vende la ginebra en el supermercado que fue él quien lo mató. Les dijo que le abrió la cabeza con un hacha y que al pronto el viejo se quedó vivo y cómo se le movían los ojos como canicas al hijoputa hasta que abrió la boca de golpe con un crujido, como una puerta vieja, y se quedó tieso. La verdad es que al hombre lo encontraron muerto, pero los de la camilla dijeron que había sido un infarto aunque tenía la nariz y las mandíbulas partidas y un corte en la cabeza, algo que se habría hecho al caer por la escalera del local. También le gusta a Ismael decir que va a cargarse a la vieja del abrigo de pieles, la Marquesa. A esa la voy a violar y con un martillo le voy a clavar un clavo en la cabeza, aparte de para despistar, por curiosidad y porque desde niño he tenido ganas de hacerlo. Eso dice cuando está de humor. No como ahora, con la Giganta desaparecida. Veinticuatro horas, veintitrés horas y media tendrán que pasar hasta que mañana Consuelo vuelva a salir del portal con su vestido verde a deambular por las tiendas. A su capricho. Para nada. Las horas, los días, las semanas amontonadas y el ascensor sin dejar de subir y bajar, su puerta pesada cayendo, como una condena, un día más, un día más y una semana más, y ella sigue subiendo sola cada día en ese cajón bamboleante, ascendiendo por ese hueco aspirada por los cables de acero, por unos motores que están en algún lugar oscuro, conducida a otra vida, al otro lado de esa puerta y de esas paredes detrás de las que se desnuda, come, respira, folla, se ducha —sus bragas negras, su olor, los ojos negros, torcidos cuando el marido se le monte encima, qué le dirá—, más días, más horas, más esperas en la esquina mirando el móvil, fingiendo que habla con alguien, inventando trozos de conversaciones, Sí iré, estoy aquí estoy esperando ya te digo sí yo se lo comentaré no el que trabaja allí es mi hermano mi hermano Jorge Gorgo ese sí. Finge que escucha y afirma con la cabeza. Sí, sí. Otras veces ni siquiera disimula, se pone el teléfono cerca de la oreja y nada más. Con desgana, cansado. Mirando desafiante a quien lo mira. Otro día. Más tiempo, esta tarde ir a la bolera o solo al bar y luego, luego donde sea, luego coger dinero y volver a aquel sitio, como se llame la calle esa, en el centro, la whisquería, la colombiana, las tetas grandes y los pezones negros. Y mientras aquí, la vieja asomada en el balcón de enfrente mirando qué, para qué tiene que mirar nada ya la vieja. Todos los días.

Y ahora volverá su hermano. Volverá su madre. Con sueño. Volverán los dos. Se sentarán y lo mirarán, fingiendo también, ellos sí que fingen. Sin atreverse a mirarlo de verdad, asustados, aparentando que no tienen miedo. Escondiendo el desprecio. Mamá. El hermanito Gorgo. Recuerda cuando su madre se lo decía. Ella lo habrá olvidado, pero él la recuerda, la recuerda muy bien, inclinada sobre la cuna, señalándole aquel amasijo de lana y olor a leche agria del que asomaba una cara con mofletes rojos, casi morados, diciéndole Mira el hermanito, Gorgo, sí se llama Gorgo, mira qué bonito tu hermano.

Jorge, Gorgo, escucha sonriente a su primo Floren. Joder con el Pedroche, dice Floren con los ojos brillantes por la risa, ya ha dado con el cura y dice que le va a devolver el dinero, los casi dos mil euros y las joyas, menos mal que el cura es un tío legal y no se lo ha querido quedar, es otro y le dice Oiga a mí de qué me está hablando y se queda con todo o dice que eso es un donativo para la iglesia, con los buitres que hay por ahí pero no, dice el hombre que se hace cargo y ha quedado con él cuando cerremos que vayamos para la iglesia que se lo da todo y que cuide a su mujer que es una buena mujer y en el amor de Dios y todo eso, joder que es buena dice, eso será porque no le ha visto la cara a Pedroche cómo se la ha puesto, en fin chico a ver por dónde sale la cosa, yo me voy a comer que antes de ir a mi casa tengo que pasar por el banco, tú cierras. Sale Floren. Hay un momento en el que su figura parece licuarse al otro lado de la vidriera, luego recupera su volumen habitual y desaparece.

Jorge mira el descampado al otro lado del escaparate, entre los marcos y los expositores de molduras, el aparcamiento, ese paisaje plano y horizontal en el que los coches parecen depositados como piedras al sol, escarabajos dormidos, los matojos calcinados, un árbol medio seco, las hojas suspendidas en el aire, completamente inmóviles. Pulsa el número del Atleta. Mañana irá con él. Correr por el Camino de las Pitas. El campo, el aire de la mañana. O quizás en la pista de la Ciudad Deportiva, donde el Atleta diga. Seis tonos. El Atleta no coge. Quizás cabreado por haberlo dejado colgado esta mañana. Es raro. Susceptible. Casi nunca habla más de lo preciso. Marca el calentamiento, las series. Al Atleta le gusta hacer los estiramientos en el obstáculo del foso. Solo. Te mira y te hace pensar que algo está mal, que algo has hecho mal. No dice qué. Jorge piensa que el Atleta lo desprecia. Él, para congraciarse, le pregunta por gente de la que había oído hablar cuando corría con el grupo de Granero. Gente que corrió en esa pista y a la que el Atleta, aunque es más joven, pudo haber conocido. Le pregunta. Como aquella mañana, al lado del pabellón de baloncesto. Haciendo flexiones en las barras. Venía el olor de los eucaliptos y el viento movía las hojas

y levantaba en ellas un estremecimiento que era más que un sonido, una emoción. Láminas metálicas. Las hojas grises y la brisa pasando entre ellas. El Atleta estiraba los brazos y volvía a auparse hasta colocar la barbilla sobre la barra. Diez, quince, veinte. ¿Es verdad que Azulay era el mejor cuatrocentista que había entonces? ¿Y Soler? El Atleta, bajado de la barra, se queda mirando el tartán rojo de la pista. Por allí pasaron esos corredores, las tardes de sol, aquella megafonía de feria. No, el mejor, el mejor corredor de cuatrocientos que ha habido aquí que ha pisado esa pista ha sido Felipe Vicaría, ese sí que era bueno. Vicaría, repite Jorge, no lo había oído. Sí, Vicaría, más potencia, más fe, más determinación, acababa fuerte, en progresión, los otros dos tenían mejor marca, Azulay mucho mejor, fue olímpico me parece o de los que iban a aquello que había, las universiadas, pero el mejor era Vicaría. Se calló Jorge, con la mirada puesta también en la pista y de reojo observando al Atleta, no queriendo evidenciar la incongruencia y sin poder entender cómo alguien que corría más rápido que otro podía ser peor. Y el de peor tiempo, mejor. Las manías del Atleta, los túneles que tendría en su cabeza. Pero correr con el Atleta estaba bien, sabía, proponía tablas de entrenamiento, no solo trotar, no solo aplastar huevos como los domingueros. Vane. La dependienta de la zapatería Famita. Pasa por delante del escaparate, taconeando «Provocando». Los leggins blancos. Su culo marcado, dibujado. Pasa el culo por un marco vacío, queda encuadrado durante un segundo. Ella no mira hacia el interior del negocio. Tendrá novio «Esas van por ahí como si no existiera nadie, lo llevan todo en la cabeza, saben lo que quieren, desde dos años antes de que tú lo huelas ya lo saben, por eso esta anda así y no mira a ningún lado, hasta que les da la gana, y entonces es peor, miran y ya estás tú de rodillas». La dependienta cruza la calle, se adentra en la explanada que sirve de aparcamiento. El pelo se le mueve al andar. Lleva gafas de sol, mastica chicle. Se hace pequeña bajo el sol. Jorge vuelve a contar los billetes. Camina hasta la trastienda. El olor a cola y barniz. La noche en la playa, la arena fría y Gloria mirándolo a los ojos preguntándole ¿Me quieres? Otra vez. Preguntándolo otra vez. Pidiendo el pasaporte. Con sus cuentos. La arena fría en los pies y él abrazándola. Sí. Bajando la tela fina del biquini. El pezón con sabor a sal.

La casa entera huele a pasta hervida, a carne cruda. La casa entera parece estar hirviendo. Sometida a un ritmo lento de cocción. Las ventanas abiertas y la flama apoderándose de todo como un amo despótico. Todo lo remite a otro mundo, a la extrañeza. No, a la extrañeza no, a un rechazo visceral, justamente porque conoce demasiado bien ese desorden, esos olores, ese amontonamiento

de sensaciones. Rafi Villaplana cierra la puerta del piso, que da directamente al salón. El sofá cubierto con una sábana vieja para que la tapicería de pana no se estropee, el sillón forrado de plástico con una camiseta arrugada y un calcetín tirados en el asiento. La mesa baja —tubos pintados de rojo y tablero de madera clara— es la tarjeta de identidad de la casa. Es un compendio, un arca de Noé que lo contiene todo: Dos ceniceros rebosantes de colillas. Los pequeños cúmulos de ceniza ruedan por la superficie sucia y atestada cuando un pequeño golpe de brisa caliente irrumpe en la estancia. Un periódico destripado con las hojas sueltas, un plato con la cáscara de un huevo duro, un pegote de yema derramado sobre la mesa. Un paquete de Fortuna arrugado, otro mediado, cajas de medicamentos, un cortaúñas, una percha, una cuchara, un salero, unas bragas y a su lado, erigiéndose como un tótem en medio de esa especie de naufragio, el marco de alpaca con la foto de Rafi Villaplana. Cabo de regulares, el bigote tenso, la boca cruel y los flecos del tarbuch rojo colgando debido a la estudiada inclinación de cabeza del cabo Villaplana. El mueble adosado a la pared, de la misma madera y los mismos tubos que la repleta mesa, guarda en sus estanterías la continuación del batiburrillo. Una biblia de cubiertas negras en el estante superior escoltada por las fotos individuales de los hermanos Villaplana Molledo. Dos de ellos están inmortalizados en marcos de plástico endurecido con filigranas rococó. Hojas de acanto o de una yedra deforme envuelven al Pepe —sombrero de paja dejando en penumbra sus ojos claros, la perdigonada de la viruela, la risa chulesca, camisa de cuadros abierta hasta el ombligo— y las mismas hojas se despliegan alrededor de Estefanía, la Niña —ojos esquivos rodeados de maquillaje blanco, mirada concentrada, arrepentida de que le estén haciendo la foto, una camiseta de pico rosa que deja ver el inicio de los pechos, pecas—. El Migue, ahora llamado Jaime por sus nuevas amistades, posa dentro de un marco de caña con una sonrisa alelada —los rizos, los ojos negros, las pestañas exageradas, chaqueta de esmoquin, camisa con los cuellos almidonados volando sobre la corbata de lazo en la boda del Valderrama—, y, finalmente, nueva aparición de Rafi, ahora en marco de madera sintética, y con una sonrisa alegre en el taller de la Universidad Laboral, ataviado con un mandil azul, tantos años atrás, cuando todavía no parecía haberse dado cuenta de que realmente era el gran Rafi Villaplana. Y bajo ellos, los estantes del caos. Una biblioteca formada por …*Y al tercer año, resucitó* y un libro sin lomo, dos platos pequeños de porcelana, un bote de jarabe, un botellín de cerveza vacío, unas gafas de sol, un cuenco con monedas de cobre, un san Judas con una rama de perejil seca a sus pies, una jarra de cerveza de cerámica, desportillada, **Erinnerung a**

Munchen, un calcetín, una góndola de plástico con un cable trabando los brazos del gondolero y el enchufe colgando sobre el tiesto vacío de un pequeño macetero. Una chancla abandonada en el suelo señalaba, como una veleta atrofiada, la dirección de la cocina. El hogar.

Rafi Villaplana oye el chapoteo de su madre en el fregadero de la cocina y su voz saliendo desde allí, ¿Rafi? ¿Rafi eres tú? Sí, mami. Al fondo —todas las puertas, cocina, baño, dormitorios, coinciden en un estrecho espacio que los Villaplana llaman el pasillo—, al fondo del pasillo, pues, se oyen los ronquidos del padre, recién dormidito. El arrepentido Rafi se observa la punta reluciente de los zapatos, el paisaje más reconfortante que puede encontrar en ese sitio. Piel cara, diseño inglés. Asoma de la cocina la cabeza y el torso de su madre. ¿Eres tú Rafi? Ya te he dicho, mami. ¿Quieres comer ya? La encía desnuda, la media hilera de dientes como una ofensa. Mejor no mirar. Mejor no ver las ubres groseras tensando la camiseta a la altura del vientre, las manchas de tomate frito estampando la pechera, la melena despeinada y algo grasienta. La resignación de Rafi al decir, Comeré con los demás mami o a qué vengo si no. Y la madre, devuelta de nuevo a la cocina, argumentando a voces, Tu padre se ha comido un huevo y se ha acostado, el Pepe también porque hoy libraba y ha venido de la playa, la Niña no sé yo si va a comer ahora, ha ido ha ido por algo o a ver a alguien y yo ya, yo he ido comiendo aquí. Se asoma Rafi al quicio de la puerta, la madre mastica, bebe de un trago medio vaso de cerveza. Hace un calor insoportable ¿verdad Rafi?, el terral. Las mellas, la sonrisa.

Sí. Esta desolación, para qué venir. Nada de esto puede arreglarse. Ni un dentista ni cien dentistas. Mil milagros. Caná, el criado del centurión de Cafarnaún, Bartimeo el de Jericó, la oreja de Malco y el paseo por encima del agua. Todos los milagros juntos harían falta. Rafi recuerda sus tiempos de monaguillo. El padre Liébana, las hostias sin consagrar, las propinas sableadas al cepillo. Un milagrero, un domador, una mano de hierro, piensa Rafi, harían falta para enmendar todo esto. Afilar, sacar punta, desbrozar, pulir. La oreja del centurión y los dientes de mi madre. Devueltos a su sitio. Mami. Qué Rafi. Nada. Traer a los padres de Jane aquí. Sí, eso es, que aparezcan en un día glorioso como hoy. Que salga mi madre a recibirlos con las condecoraciones de tomate frito, la mella, las tetas colgantes, la cremallera de la falda abierta y la cerveza de litro. Y mi padre en calzoncillos, tumbado allí al fondo, o en el sofá, roncando a ver si es capaz de tirar las paredes. No van a poner los pies aquí. Y Jane lo menos posible. Nunca más. Y si Jane quiere otra cosa que comprenda. Sí, que comprenda más allá de lo bonito que es la superación, escalar peldaños en la

pirámide social y toda esa mierda. Hablando de los orígenes de su abuelo, recogiendo el hombre chatarra por los descampados después de la guerra por las afueras de Londres, de Birmingham o donde fuera. Sí. Pero qué va a comprender. Qué puede comprender alguien que siempre lo ha tenido todo, ración doble de todo. No puede. Porque lo que su familia y ella misma tienen que comprender es que mis padres, mis hermanos, no son lo que parecen. Que no se queden en lo superficial, en las apariencias.

Apariencias, eso es lo que allí, apoyado en el quicio de la cocina, ve Rafi Villaplana. Su madre removiendo el tomate en la sartén, limpiándose el sudor con el dorso de la mano y llenándose un nuevo vaso de cerveza. Las cosas no son lo que pudieran parecer a simple vista, ni él ni su familia pertenecen a ese barrio desolado ni a esas casas hacinadas. El barrio se degradó con ellos dentro, pero antes era distinto. Así que esto es algo accidental. Algo que ha ocurrido, que ocurrió, y que se va a solucionar. Por mis cojones que se va a solucionar.

Atrás queda el zumbido de los coches. El resol estallando en el cristal de la puerta. Se cierra con un sonido de metal pesado y vidrio. Entra en el frescor inesperado del portal. Cabizbajo, prudente, silencioso. Solo el sonido cansado de su respiración acompaña a Pedroche. Expele el aire por la nariz. Suda por cada poro de su cuerpo. La calva es un páramo sembrado de gotas de sudor. Tan abundantes que su cabeza parece un campo cubierto de escarcha. La gasa que cubre su herida se ha despintado y se ha vuelto de color rosa en los márgenes. Cargado de hombros, bajo. Con la estatura rebajada un grado más por su estado de ánimo. Un peso mayor que la ley de la gravedad, mayor que todas las leyes universales. Anda como un perro temeroso, acostumbrado a que los desconocidos le tiren piedras y lo espanten. El cura ha sido razonable. Se lo devolverá todo. Y lo mantendrá en secreto. No le dirá a Belita que ha devuelto el donativo a su marido. Quizás, sí quizás él deba dejar algo, una consideración, colaborar. ¿Cien euros? Cincuenta. Cincuenta es demasiado poco. Cien y que el cura le asegure que no le dirá nada a Belita. Ni en confesión. En confesión él no tiene que decir nada, ahí quien dice secretos es ella. Que mienta el cura, que peque como pecamos todos. Seguro que con la planta que tiene habrá pecado con más de una. Decían que con Nani, la del quiosco, que la veían todo el tiempo yendo a la sacristía. Que salía muy sonriente. Las cosas del bar. Pedroche oía y callaba. Y cuando le preguntaban se encogía de hombros y decía Todo puede ser. Y los demás seguían con el alboroto y la risa. La maldad.

Con quien seguro que no ha pecado es con ella. Belita se deformó. Cuando Pedroche la conoció no estaba mal. Alta, con formas. A él lo que más le gustó de

todo fueron las formas. Sus atributos. La blusa aquella de pico que se ponía y que se le tensaba. Se podía imaginar uno el peso de aquellos pechos. El peso importante. Y las caderas. Y callada. Era callada. Hacían todas las tardes el mismo recorrido. El descafeinado en el Rey Pelé, el paseo alrededor de la Torre Vasconia y sus escuálidos parterres, la tapia del colegio de los Sordomudos. Cogidos ahí de la mano, ella inclinándose un poco, dócilmente para que se besaran. Él apretándose, sopesando con su propio pecho el peso de los de ella. Su contundencia. Esa promesa. Y con el tiempo él dibujando el perfil de aquellas dos enormes turgencias. Las manos le temblaban a causa del deseo. La avaricia. Ponte la blusa de pico, pedía él. Y ella, indiferente, concedía y la tarde siguiente aparecía ataviada con ella, o con la misma indiferencia se excusaba, Se está lavando, o protestaba, Se van a creer que no tengo más ropa, por tu manía de cochino. El beso largo, el olor raro de ella, limones antiguos, y él no solo ya dibujando el contorno de los pechos sino amasándolos, palpándolos y volviéndolos a palpar hasta que ella, impasible, decía, No sé qué esperas encontrar ahí, siempre igual, no sé qué sacas. Vámonos. Y seguían callados el invariable recorrido. Pedroche erecto y resignado. Confiando en el futuro. Belita andando como una ciega que conociera el camino. De nuevo el pequeño jardín de la Torre Vasconia, avenida de San Sebastián, pequeño tramo de Eugenio Gross y Antonio Jiménez Ruiz hasta llegar al portal, número 3, en el que ella vivía. Aquel pasillo inacabable y oscuro —nueva erección, nueva fantasía frustrada de Pedroche—. Primer piso. Belita sacudiendo los pies en el felpudo, los dos besos en las mejillas. Y adiós. El anzuelo hincado hasta lo hondo del paladar.

Qué desperdicio, qué especie de locura o de ceguera. De engaño. Cómo me atraparon. Ella y su familia. Todos alrededor de aquella mesa. Yo era la carne de los cuervos. Un tonto llegado del pueblo. La niña colocada. Las pastillas que yo no veía, los médicos a los que yo no sabía que iba. Los balnearios. O serían manicomios. Todo tan misterioso. Y yo conformándome. Hasta llegar aquí. Me metieron en la jaula. Y tiraron la llave. Se la tragó ella. Como todo. Tiembla y tintinea el ascensor que eleva a Pedroche al décimo piso. Rascacielos de arrabal. Parada seca. Crujido. El sudor levemente enfriado. En la frente, en la espalda. En las piernas también. El descansillo. Y ahora ella. Verla. Lo que puede decirme. Ese cura. Ha sido razonable. Engreído, casi chulo, pero queriendo ser razonable, dejándome en ridículo en el fondo. Será así con las mujeres. Superior pero fingiendo que no lo es. Yo que él lo habría hecho, a todas. Seguro que él también lo ha hecho, con la que ha querido. Lo hacen, son humanos. Hombres como los

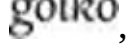
demás. O con niños, con niños un montón. En todos los países donde están. Pedroche mira el Sagrado Corazón de la puerta. Si fuese de plata de verdad se lo habrían llevado. El drogadicto del quinto. O cualquiera. Las llaves. No hacer ruido. Pedroche mira de nuevo el Cristo. Corazón de Espinas. Dedos Sanadores. Dos dedos levantados, preparados para bendecir o como si quisiera llamar la atención de un camarero. La cuenta por favor. Y la hoja de reclamaciones. Mejor no blasfemar. Ni ahora ni nunca. Pedroche siente la tentación de santiguarse. Pero no lo hace.

Abre la puerta con prudencia. Todo está en calma. Ningún ruido, aunque se advierte una presencia. La entrada en penumbra. Un mantón negro colgando de la percha. El espejo del recibidor es un estanque de plata turbia que no refleja nada. Pedroche piensa en todo lo que ese espejo ha visto. Lo que ha reflejado. La quietud de las noches, el paso de sombras que él no ha alcanzado a ver. El mundo de los dormidos. El espejo fue de la abuela de Belita. Se miraría ahí. Ella y otra gente, en otra casa. Mucha gente muerta. Han pasado por ahí. En los cuentos dicen que ahora estarán al otro lado, mirando hacia aquí, hacia donde estamos. Esperándonos. Pedroche se guarda las llaves con cuidado, evitando el tintineo. Nadie debería entrar así en su propia casa. Pero seguro que muchos lo hacen. Como quien va a robar. Sabiendo que quien te espera te aborrece. Lo mismo que tú a quien te espera. La cuestión en esos casos es medir, saber qué temperatura marca el termómetro del aborrecimiento. Da dos pasos hasta asomarse al salón. La goma de sus zapatos gimiendo como un gato recién nacido. Si ella está en la casa ya sabe que he llegado. El salón vacío. La cortina del ventanal se mueve muy levemente. Los cristales abiertos. Si se hubiera tirado. Esa esperanza. Pero no. Si se hubiera tirado yo la habría visto abajo, las ambulancias, la policía y una sábana encima, con la sangre. No quiero que se muera, o sí, que me deje. Que se calle, que se vaya. Que desaparezca. Como desaparecen las enfermedades. Respirar, los pulmones sanos. Puede haberse tirado mientras yo subía en el ascensor. Diez pisos. El golpe. ¿La habría oído desde dentro del ascensor? Ochenta y cinco, noventa kilos desde diez pisos. Peso, velocidad, aceleración. Había una fórmula para eso. ¿Habría gritado mientras caía o iría callada, callada como ella es? Hacia el vacío, en el vacío, hacia el suelo. Con su cara. El aire moviéndole los mofletes. Pedroche está tentado de acercarse al ventanal, de mirar. Pero sabe que no. Que no ha pasado nada. Se oiría un ruido especial, de coches frenando, voces. O silencio. Ese silencio contenido, como de cable eléctrico. Se oiría esa tensión y no el ruido de siempre. Motores, caucho desgastándose sobre el asfalto.

Se asoma a la cocina. Un plato con un huevo. Como si lo hubiera puesto ahí la gallina. O un prestidigitador. Mira otra vez el espejo. Ahí encerrados están todos los antepasados de Belita. Toda su locura. Lo que sus ojos han imaginado al mirarse en él cada vez que ha salido de esa casa o cada vez que ha entrado en ella. Cómo te llamas. La sorprendió una vez ahí de pie, mirando el espejo y preguntando eso, Cómo te llamas. Con la misma apatía que si se lo preguntara a un niño que hubiera venido a vender papeletas para un viaje o algo así. Pedroche se detuvo, intimidado por haberla descubierto, pero ella no se turbó lo más mínimo. Lo miró con la misma expresión de indiferencia con la que estaba interrogando al espejo y fue él quien tuvo que bajar la vista.

La puerta del baño también está abierta, y no hay nadie en él. El pasillo hace un quiebro doble, dibuja una especie de Z. En el primer ángulo hay un ánfora con unas espigas secas dentro. Aire funerario. El entierro de su padre. La hilera de lápidas y los huecos en espera de inquilinos. La hora en la que los nichos bostezan. Los árboles cabeceando por encima de la tapia. Hermosos, con un verde brillante. El cielo nublado, gris azulado. La familia, los primos. Reconfortado. Esa hermandad de los huérfanos. Tan cálida. Sabiendo que no volverán a verse hasta dentro de unos años. Faltará uno de ellos. Y se reunirán para alojarlo en uno de esos huecos. El pasillo. El tramo más largo está vacío. Un zapato, solo uno, allí en medio, apuntando hacia Pedroche. De medio tacón, gastado, agazapado como un animal que se hubiera encogido sobre sí mismo al verlo. Avanza. La pequeña habitación de invitados —donde nunca ha dormido nadie, donde Belita puso la cuna y los dos cuadros infantiles que todavía cuelgan allí— también vacía. Pedroche tiene la tentación de volver a la cocina, al salón. Sabe que ella está en el dormitorio principal, al fondo. Percibe su presencia. Y sabe que a pesar de su sigilo ella lo ha oído. Su respiración, el chirrido de los zapatos. Un ser vivo alentando por la casa. Sí. Avanza. Desde el umbral del dormitorio la ve. Echada en la cama, ropaje negro. Ni de lado ni enteramente boca arriba. Los ojos cerrados. Los pies desnudos. Mármol viejo, venoso. Blanco, azulenco. Abre los ojos, los deja entornados. Sin sorpresa. Párpados pesados por el medicamento y el desprecio. Y los ojos, esa luz débil. Los desproporcionados mofletes, distorsionados por la postura, la boca mínima, los labios ridículos. Lo mira. Pedroche también la mira y hace un gesto de asentimiento antes de apartar la vista y de darse la vuelta. El zapato abandonado ahora le ofrece la popa. Pasa por su lado. Vuelve a sentir el calor, el ruido manso que llega por el ventanal del salón. La enfermedad. Dios bendiga cada rincón de esta casa.

Céspedes rumia en un nuevo taxi: Amblo, soy un caballo cojo, descabalado. El cerebro dicta nuevos movimientos a un cuerpo cansado. Frecuencia baja, onda corta. Radios ruidos. El cansancio es un dolor que va formando nudos por el cuerpo. Y que yo debo ir desatando, delante de ella y sin que lo advierta, sin que note que lo que más me gustaría del mundo es ir a un hotel a cualquier hotel una pensión el Ritz y echarme en una cama. Dormir. Pero debo continuar. Seguir el guión que tracé este amanecer. Y que ella no confunda la improvisación con el desastre, la pequeña aventura con la gilipollez más absoluta. El absoluto absurdo.

Y allá van. Castellana, María de Molina, tapia, setos, paneles de vidrio. Una mujer mayor medio derrumbada bajo una marquesina de autobús. 

,

, sillas y mesas metálicas en la acera, DELICATESSEN. Un letrero enmarcado en verde, avenida de América, otro bajo él en el que Carole solo alcanza a leer plaza. Pasa el tiovivo del mundo, esa serpentina, por la ventanilla del taxi. Carole ve los árboles, quedándose atrás. Nuevos peatones aislados. El sol pintando las sombras con tinta china. Céspedes y ella han sido expulsados del paraíso. O peor, no se les ha permitido la entrada. Un paraíso en forma de restaurante. La indumentaria de Céspedes es un pecado imperdonable. Y de nada ha servido invocar a Alfonso, al señor Alfonso Durán, ausente. No se encuentra, le ha dicho literalmente el maître o quien fuera ese. ¿No se encuentra?, nadie lo hace, ¿quién se encuentra a sí mismo? ha comentado despectivo Céspedes haciendo creer a aquel tipo que lo mira con educación e indiferencia que además de desaliñado está bajo los efectos del alcohol o de alguna otra sustancia perturbadora. ¿No me reconoce, no me ha visto nunca por aquí, hablando con Alfonso? El tipo le ha aconsejado que justamente por respeto al señor Durán y a los clientes que ese día honran el establecimiento, tenga la amabilidad de cambiarse de ropa, que la informalidad puede ser aceptada en el restaurante Santceloni pero no el atuendo playero. En absoluto cuestionaban su gusto, pero lo que procede en otros lugares aquí no. Tan poco como acudir a la playa con corbata. Compréndalo. No es por usted, y mucho menos por nosotros, es por el resto de nuestros clientes, que no lo entenderían. Con agrado le reservarán la mesa, por supuesto, para la hora que indique. Carole lo conmina a ir a cualquier otro restaurante. No. Céspedes no se conforma con que los traten como a parias por muy divertido que pueda ser. Y la providencia, ahora sí, les ha colocado un taxi libre justo en el borde de la acera. Al Corte Inglés, el más cerca. ¿Serrano? El que sea, el más cerca. Carole ha apoyado la frente en el cristal hasta llegar a la

orilla del gran búnker gris. Cúbico, semicúbico. Los escaparates. Las fotos de un verano idílico. Aire acondicionado, escaleras mecánicas, planta de caballeros. Céspedes busca un empleado y el empleado un traje. Azul marino, rayas diplomáticas. Y una corbata, informa Céspedes al dependiente. ¿Una corbata?, le pregunta Carole mirando la camisa hawaiana. Sí, una corbata, si hay que joder se jode. Una corbata con decenas de camellos en miniatura es la elegida. Céspedes se hace el nudo en uno de los espejos exteriores mientras el dependiente cobra y mira de reojo. Corbatón. Carole lo mira escéptica. Lo que mira, piensa Céspedes, es a ella misma, se está tratando de ver desde fuera, preguntándose, ¿Es verdad? ¿De verdad estoy aquí con un tío de cincuenta o sesenta años que no conozco y que está jugando a desafiar a un camarero, maître o lo que sea el mierda del restaurante? Pues sí, querida, aquí estás y has hecho un viaje de quinientos kilómetros, mil contando la vuelta, para ir a comer con un tío que no conoces y que casi te dobla la edad. ¿No querías jugar a ser un poco traviesa, irónica, sarcástica, corrosiva? Pues aquí está la ironía en persona. Un metro ochenta, ochenta y siete kilos de ironía. La ironía Céspedes. Céspedes en barrena, Céspedes en caída libre. ¿Quién podía preverlo? Hace cuatro semanas, hace cuatro días. Se abre una puerta y vuela el castillo de naipes. La puerta se abre y ahí está mi mujer, y yo con los pantalones en los tobillos y la pollita metida en un agujero no adecuado, no correspondiente. Y además Julia ofendida. Cruzándome con ella mensajes de hormigas, de gente que tiene problemas y a la que hay que ayudar, salvar, yo salvando a alguien en estos momentos, eso sí que es ironía en estado puro.

Julia ve pasar apresuradamente a Ramiro. Lo sigue con la vista, se asoma al pasillo y lo ve correr. Y lo sabe. Parada cardíaca. Fin del camino. Ana Galán camina con paso regular. Tiene los ojos brillantes. Julia avanza ocho o diez pasos por detrás de ella. Ve sus hombros firmes, la nuca, el pelo recogido en una cola alta, morena. Incluso hoy parece altiva. Esa actitud de distancia que le ha ganado la antipatía de quienes no la conocen. Se derrumbará esta noche, o mañana. Cuando acabe todo este ritual que ahora empieza y pueda cerrar la puerta de su dormitorio.

Ahí estaba Dioni, oculto tras la mascarilla de oxígeno, conectado a unos monitores que ya no daban ninguna respuesta. Excluido. Al otro lado. Los pies sucios apuntando al techo. Una hormiga subía la cumbre morada de una uña. El Everest del pulgar. La doctora Galán junto a la cabecera lo despoja de la mascarilla. El rostro verdadero. ¿Cuándo lo vio ella por primera vez, cuándo lo miró cara a cara? ¿Cuándo supo quién era, cómo era verdaderamente su marido?,

se pregunta Julia. La doctora Galán mira fijamente uno de los monitores. Ramiro se sitúa detrás de ella. Quizás preparado para recogerla ante un posible desvanecimiento. Como si no la conociera, piensa Julia. Y ella, la doctora Galán, suelta la máscara cuidadosamente sobre el monitor que ha estado observando, lo desconecta y luego mira a su marido. Pone su dedo índice en los labios del muerto.

DIARIO DEL ATLETA

No sé por qué escribí esto: He visto en el fuego la cara inmóvil, azul y verde, de mi padre, lo llamé a voces y no me contestó… llovían gotas de sangre y de los charcos salían manos o había reflejos de manos (espejos los charcos), había una bicicleta desvencijada y un esqueleto.

Escribí un sueño que no soñé. (¿Pensando que alguien iba a leer esto?) (¿El motivo de escribir, la importancia de escribir, yo escritor, delirio, imposibilidad?) La realidad, la verdad: Soñé algo parecido a eso, pero no eso.

Lo que soñé realmente: Soñé con un fuego y lo demás era todo confuso. Notaba la presencia de mi padre, pero no lo veía. Sabía que estaba dentro de ese sueño o que ese sueño le pertenecía a él. Algo así. Que yo estaba en un sueño de mi padre. Era de noche y había sombras. Es lo único que ahora me parece verdad (verdad dentro de lo soñado) al leer lo que entonces escribí (hace dos meses, tres?). Eso y la certeza de que mi padre estaba muerto. Esa es la esencia de lo que soñé. Que mi padre estaba muerto, pero que al mismo tiempo aquello que yo estaba soñando era algo que él había soñado o que de alguna forma le pertenecía.

AHORA. Ahora pienso cómo sería esta casa si él estuviera vivo. Cuáles serían las reglas. ¿Podría yo vivir así? ¿A qué me habría obligado? En el sueño sentía que mi padre era un enemigo. Alguien que interfería en mi vida, una amenaza. ¿Estaría ahora robando dinero a mi madre si él viviera? ¿Estaría ahora echado en esta cama, esperando que me dieran de comer después de un año sin trabajar? Trece meses y medio. ¿Querría yo verdaderamente que estuviera aquí y no detrás de una plancha de mármol barato? Su nombre completo, dos fechas y adiós. Tachado.

Lucía mira su foto y me dice Cómo me habría gustado conocerlo vaya hombre. La hermana de mi madre no se cansa de contar cómo se colgaba de su brazo y le decía Cuñado llévame esta noche al cine. Mi madre la escucha callada, orgullosa y al mismo tiempo despectiva. Ella sabe unir esas cosas,

orgullo y desprecio. La muchacha casi adolescente pavoneándose con el marido de su hermana. Me gustaba más que mi novio. Eso dice. Mi madre la odia, pero no por eso. Eso la halaga. Me llevé lo que tú no pudiste, es lo que queda en el aire. La odia por ser la preferida de su madre. La odia, la admira y la quiere. Las fustiga a las dos por el amor que se tienen. Deben pagarlo. La dejan fuera. Alguna vez la dejaron fuera y ella cavó la trinchera esa en la que vive.

Le gusta pensar que yo también estoy ahí, no importa que no dispare ni grite. O si estoy tumbado en el agujero de los oficiales esperando que me limpien las botas o algo así. Pero imagina que llevo una máscara antigás como ella, y su uniforme. Si se lo dijera, si le hablara de trincheras y todo eso se me quedaría mirando sin entender. Se reiría de mis bromas. Mis ocurrencias. Una ocurrencia mía en boca de cualquier otro miembro de la familia podría condenarlo a ser fusilado al amanecer. Fusilado dos veces. O cien. Como hace con su madre. Cada mañana fusilada en el mismo poste. Ahí atada al sillón. Creo que algunos sitios fusilan a la gente sentada. Sentado y con una diana en el pecho. No da tiro de gracia. Deja a la vieja viva para poder fusilarla a la mañana siguiente. (¿De tanto como la quiere?)

Se nota que ayer vimos la película de la guerra mundial I. Blanco y negro. Lucía apartó la vista al final cuando fusilan al herido, la camilla y todo eso. Como si estuviéramos allí. Ir con ella a Francia en invierno. Mirar por la ventana y ver hierba con rocío, cúpulas.

Mi padre. Ese era el asunto. Los momentos en los que sentí que él era un extraño por completo, un intruso. El primero que recuerdo. Yo debía de tener cinco o seis años. Un bar de la calle Mármoles. Él y sus amigos. Siempre estaba rodeado de aquella gente que yo no conocía. Me daban pellizcos en los carrillos, me pasaban sus manos apestosas a tabaco o a gasolina por la cabeza. Les hacía gracia ver cómo me sacudía después de que me acariciaran. Como un perro. Se reían y volvían a tocarme. No recuerdo qué hice aquel día. Cual fue el motivo por el que mi padre se alteró. Quizás era algo que me negué a comer. Era algo que habitualmente hacía con mi madre. Pero él, él no sabía lo que yo comía, siempre estaba fuera o mi madre me daba de comer a otra hora. Me zarandeó. Su cara con púas negras. El pelo negro. Los ojos duros. Los ojos que les gustaban a las mujeres. Me zarandeó. Y me subió de un solo impulso a lo alto del mostrador. Me sentó allí, entre vasos de cerveza y botellas. Números pintados con tiza, charcos de agua. Mis pantalones limpios. Y así, cara a cara me gritó y me volvió a zarandear. No sé qué me dijo. No recuerdo por qué. Pero recuerdo perfectamente lo que sentí. Atacado por un extraño. En manos de

aquel individuo. Se reían al verme allí, tratando de contener el llanto. Sus amigos. Mi intento les hacía gracia a todos menos a él. Ni había fuego ni llovían gotas de sangre. Entonces era peor que eso. Estar allí, en manos de esa gente.

Ahora, si estuviese vivo, no sería aquel extraño. Me habría habituado a él. Me habitué. No sería un extraño. Pero ese poder suyo estaría presente. Seguro que él olvidó lo que ocurrió en el bar esa misma semana, ese mismo día. Pero el germen de aquello, su influjo, estaría flotando entre él y yo. Porque ya existía antes de ese momento, aquel fue sólo el detonante, pero yo ya sabía entonces quién era cada quién. El invadido y el invasor. El tirano y su preso. La muerte nos libró de esa sombra. Me libró.

Mi hermana es su representante en la tierra. La representante de su espíritu. La forma de hablar, la forma de mirar. Y su evocación permanente. Papá no habría querido, a papá no le habría gustado, papá habría dicho. Pronto se irá. Se casará con ese novio que es lo contrario que nuestro padre. Quizás lo hace para poder cumplir ella esa función. La del que invade, el que controla.

Pronto llegará, a lo mejor ya está metida en el ascensor. Con los asuntos de la gestoría. Medina, el compañero inútil que no la deja respirar. Mateo, el jefe que la comprende pero no lo suficiente. Su sueldo. Cuando se case amenaza con que nos acosarán las necesidades. Ella ya no puede hacer más. No me mira. Habla mirando al televisor. Tranquila. Pero me está escupiendo cada una de sus palabras. Piensa que tenía que haber seguido en esa empresa donde me tenían de recadero, de mozo para todo. Sus amigos. Trabajar en una oficina. Trabajar en una oficina era subir las cajas desde el aparcamiento. Estar de brazos cruzados sin que me dijeran cual era mi función. Bajar a por los cafés. Porque todos estaban muy ocupados. Ir por los colegios, por las comunidades de vecinos preguntando por el director, por el presidente de la comunidad y convencerlos de que trabajaran con nosotros. Con ellos. Me pregunta si he ido a correr. Cada día. Y hace una mueca con la boca. Mira a mi madre. Mi madre agacha la cabeza y come. Mi abuela habla de lo que no debe. Yo les robo.

Cuando lo consiga no se lo creerán. Si lo consigo no se lo creerán.

Humean, arden, se cuecen. Caen en la sartén los trozos de vísceras, cortan en rodajas los troncos de los peces, los desovan, les sacan las tripas y las arrojan al cubo de la basura, caen y se mezclan con la ceniza, las colillas, los desechos de hortalizas, cortan con acero las alas y las patas de los animales, las uñas con sangre, y el Rai rasguea la guitarra. Da entrada al torcido Chinarro. Sartenes, ollas, brasas, hornos, planchas eléctricas y fuego. Eduardo baja los brazos,

separa las piernas como un harterofílico deforme y empieza a entonar los primeros compases de su eterna canción. La carótida, la yugular, los tendones, todo el cableado que va hacia su cerebro y sus ojos se expande para que de la boca mellada pueda salir esa ráfaga de voz rota. Hecha de caña y ron y agua marina.

Calle Bolsa. Mesas con manteles blancos y toneles de una falsa bodega invadiendo la calle. La voz de Eduardo Chinarro y el barullo de la guitarra del Rai se entrecruzan con el rumor de los comensales y los camareros apresurados de El Rescoldo. Algún turista levanta la vista del plato y mira el esperpento. Los habituales alzan la voz, se sobreponen y mastican. Mastica con la sonrisa cruzada Ismael. Victorioso, desafiante, mira con la barbilla levantada a su hermano, concentrado en los macarrones. Macarrones, Gorgo, otra vez, es lo que dan aquí ¿verdad?, mucho macarrón. A ti siempre te han gustado, tercia en defensa propia la madre. Claro que me gustan, me gustan mucho y a Gorgo también, ¿verdad Gorgo?, mira cómo me gustan mira si me gustan. Ismael pincha y pincha macarrones, colma el tenedor y se lo mete en la boca, pincha y pincha más tubos de pasta engrasada en salsa de tomate y la suelta encima de la anterior carga, se atiborra la boca, farfulla: Y el ban y el ban bambién. Y añade al cúmulo de macarrones un pegote de pan. Habla con esa masa húmeda a punto de caérsele de la boca. Y a Gogo, a Gogo bambién le bunta. La madre, Amelia, trata de imponerse. ¡Ismael! Si sigues haciendo cochinadas me levanto, te levantas y comes en la cocina. Ojos tiernos de Ismael, brillantes por el atoramiento, mastica ostentoso y Gorgo come, atento a los grumos de la salsa, al dibujo vegetal y desvaído del mantel. Ensaya Pedroche un discurso, ensaya una mueca, ensaya mentalmente lo que le dirá a Belita, cómo la mirará si ella aparece en la cocina, si ella lo mira. Ensaya cómo mirará al cura y qué le dirá, comedido, prudente, qué le dirá sobre los desvaríos de su señora, con el dinero y las joyas ya en el bolsillo. Mi señora, ya sabe usted, mi señora. Mi señora es ese monstruo que duerme a mi lado y que una noche, sabe usted, padre Sebastián, que una noche puede levantarse con sigilo y ponerme una almohada en la cara, o sacar un cuchillo de cocina de debajo del colchón y apuñalarme padre Sebastián, siendo muy piadosa, tan piadosa y tan puta como usted la ha enseñado padre Sebastián, como la ensañaron aquellos cuervos de su familia, se juntaban alrededor de una mesa todos callados. Y también se juntaban a rezar el rosario. Arde el aceite de la sartén, se levanta una llamarada de azufre infernal en venganza por los pensamientos blasfemos que Pepe Pedroche está teniendo, y la llamarada envuelve el trozo de carne, se levanta como un animal herido y lo

mira. Agua no, agua no. Un plato, una tapadera algo que sofoque el fuego, que le quite el oxígeno, que evite que ella lo oiga, sepa, huela y aparezca en el marco de la puerta. Que duerma, que duerma siempre, que duerma en lo hondo de la casa. En lo hondo. Come Rafi Villaplana, come sentado en el borde del sofá, su bandeja sobre la mesa baja que él mismo ha despajado de ceniceros, paquetes de tabaco, cajas de medicinas, periódicos desbaratados, platos usados, cáscaras de huevo. Come y oye cómo su madre le habla desde la cocina. ¿Y sabes lo que te digo, sabes Rafi? Mami, mami. ¿Eh qué? Mami, baja la voz que te va a oír que lo vas a despertar y ya es lo que me queda, coño, otro numerito. Na, ese no se despierta, no lo despierta ni el terremoto de China, se pasa las noches durmiendo hace cuatro números cuando llega al trabajo y luego se pone a dormir hasta que llega el del turno de mañana, me lo dijo ese te acuerdas, ese que tenía gafas y era tan antipático, un día que fui a recogerlo para ir a lo del Paco, me dijo No vea usted lo bien que duerme su marido que algunas mañanas hasta lo tengo que zarandear como a un niño de pecho, con indirecta ya sabes tú lo antipático que es ese tío o era, ¿se murió?, ¿tú lo sabes Rafi?, a ese lo metieron ahí por enchufe, pues lo que te digo es que yo a tu padre no le paso una más y el embustero me ha dicho que venía sin dinero y ahora al quedarse dormido le he mirado la cartera y tenía sesenta euros, dos billetes de veinte y dos de diez, le he dejado uno de diez a ver qué dice cuando se despierte y eche mano, a mí que no que no me venga con que dónde está el dinero, si no tenía, ¿no me has dicho que no tenías, ahora qué pasa que te había florecido o que me estabas engañando? Mami. ¿Eh? Mami por favor, que te va. Que no se entera, ¿y sabes lo que te digo?, ¿sabes Rafi? Traga, come, mastica y bebe y vuelve a tragar Rafi Villaplana, y mientras escucha rumia. Rumia negocios, rumia afanes, rumia laberintos, sobre su padre, sobre su madre, sus hermanos, sobre el cabrón de Céspedes, sobre Amelia, sobre el padre de su novia, se mira el reloj, Tag Heuer esfera azul, correa de acero. Me lo puedo permitir, es el lema. El lema que siempre rumia y que está compuesto de dos capítulos. I: Me lo puedo permitir, y II: Me lo merezco.

Corre el terral por las calles y los pasajes solitarios, lame las fachadas y los cristales de las ventanas cerradas. Cualquier habitante de este lugar sabe que ante ese viento lo mejor es aislarse, cocerse lentamente en el interior de las casas y no enfrentarse directamente a su flama demoledora. Cerrar las ventanas, entornar los postigos, dejar que el aire se pasee por la calle como una maldición o una plaga, sin entrar en contacto con él, sin permitir que entre en las casas. Viento del norte que desfila por los cauces de los torrentes en busca del mar, por las callejuelas suburbanas moldeando edificios, personas, automóviles y árboles.

Dejando sobre ellos una pátina de aridez, de sequedad desértica. Los insectos son los amos del mundo, presienten la llegada del paraíso. Élitros, antenas, alas, caparazones, corazas, mandíbulas, chirridos, vuelos, zumbidos corriendo por el aire y la tierra recalentada. Posándose en los animales muertos y en los vivos, vigilando el mundo, los cascotes de botellas rotas, los papeles descoloridos, los desperdicios desecados, las ramas momificadas y las espigas calcinadas. El humo en la cocina, Pedroche lagrimeando, atento a los sonidos del pasillo. La Penca sube parsimoniosa la escalera de su bloque. Calle Papamosca, ruido de platos, olor a comida detrás de las puertas. Sube calmosa la Penca. El pasamanos de cemento repintado. Color mostaza. El suelo moteado. Las motas de las baldosas moviéndose como un nuevo hormiguero que alguien acabara de pisar. El recuerdo del Nene Olmedo entre las piernas, quizás bajando lentamente por los muslos, o eso cree sentir. Se confunde todo, todo vuelve y de nuevo, ahí, en mitad de la escalera, siente la boca del Nene Olmedo, sus dientes chocando con sus dientes, el sabor de la lengua del Nene, su saliva, ¿es la saliva lo que se le derrama por los muslos o es su imaginación? Tenía la corrida encima del ombligo, entonces, ¿qué es eso que gotea dentro? Abre la puerta, la llave blanda, la puerta repintada. Mostaza sobre marrón, marrón sobre verde. Ve todas las capas de pintura y todas las puertas. El olor de la casa, el olor del Kuki, que sale a recibirla, ligeramente alegre, moviendo el rabo con parsimonia. Viejo perro borracho. Mete el hocico entre sus piernas y la Penca se lo golpea con la rodilla. Vete a la puta perro. Y el Kuki estornuda, tuerce la cabeza, mira de reojo y vuelve a estornudar. El Yubri grita desde su guarida Ten-tengo hambre Pen-penqui, ¿Penqui? Me he tomado dos foskitos que había y un paquete de aceitunas, ¿Penqui? Y la Penca mira el retrato de su madre y cree que es ella la que le ha hablado. Mira las astillas que el Kuki ha sacado de la pata del mueble, esparcidas por el suelo. Mira al Kuki que todavía tuerce la cabeza a consecuencia del rodillazo y mastica aparatosamente las astillas barnizadas que debe de tener enganchadas en las muelas, en su sucio paladar. Le lanza una patada que el perro, a pesar de su falta de agilidad, esquiva fácilmente. Ten-tengo haambre. Es el momento sublime, es el momento en que Eduardo Chinarro lanza el último górgoro, como un Cristo sin Iglesia ni apóstoles. Se agacha y bendice a su público masticante e indiferente. La lismona, la dádiva corta que el Rai recoge en el revés de la guitarra, extendida entre los comensales a modo de platillo. Monedas para el desamparo. Come, mastica, rumia Rafi Villaplana cuando su madre asoma al salón y su hermana abre la puerta y lo saluda con desgana. Ah. Ese es el saludo al que el Rafi responde con una mirada. Los

pantalones demasiado ceñidos de la hermana. A gusto del ferretero, piensa y mastica Rafi. No me abandones, no me dejes en el camino, no le des las herramientas del Demonio, es lo que reza Belita, moviendo sus labios de muñeca antigua, tumbada en la cama, apartando con la lengua la gota salada de sudor que quería entrar en su boca. Amén. Danos la paz, concédenos el perdón. La comitiva sube la escalinata del jardín, se sienta en el salón refrigerado. Guille, Mónica, Piluca, Loberas, la madre de Trini. Aparece la mucama uniformada e informada. Denuncian su conocimiento de la situación de don Dionisio las lágrimas que le abrillantan los ojos. Demasiado dolor para tan poco tiempo de servicio. Ofrece un tentempié en espera de que llegue el tío de Guille. Está tentada de decir el tío del señorito Guille, pero teme la sobreactuación. En los Andes no le dejaron claro el protocolo. Guille mira a un lado y a otro. Se sientan. La casa tiene un nuevo aspecto, otro mundo. Piluca le toma la mano, ella también llorosa. Mónica solo lo mira. Las piernas bronceadas de la adolescente unidas por las rodillas, el leve vello amarillo. La camiseta que apenas le llega para cubrir la braguita del biquini. Tampoco a ella le han enseñado el protocolo de los muertos. Hay sobre la chimenea una foto del que ellos creen casi difunto y que ya lo es. Cruzó el río. La madre de Trini sigue al mando, toma del hombro a la sirvienta y la lleva rumbo a la cocina. Loberas ensaya muecas. Mira el móvil, piensa en cómo será cuando su padre se muera, en cómo sería si ahora su padre se estuviera muriendo. Las monedas retumban en la guitarra. Poco eco y poco retumbo. Mala cara del Rai. Niña ¿tú vas a comer?, pregunta Rafi Villaplana a su hermana. Ella hace un gesto que puede significar Sí. No entres al cuarto chico, que está tu padre durmiendo, aconseja la madre. Para variar, dice la hija, soba que te soba. ¿Ese vocabulario te lo enseña tu novio poeta? Venga ya, Rafi, siempre con el mismo rollo. Rafi Villaplana hace gestos afirmativos, censores, viendo a su hermana entrar en el pasillo, sacándose la camiseta, dejando ver la espalda, la geometría trasera del sujetador. Aparta la vista Rafi, bebe, traga. Y por la cuenca del río Guadalhorce sube una repentina corriente de aire fresco, una ilusión que de pronto alivia los pensamientos, rebaja la ira, descubre un atisbo de esperanza y de inmediato se convierte en un espejismo porque el terral borra esa corriente de frescor y redobla su esfuerzo, su afán de incendiar el aire y calcinarlo todo. Las chicharras trabajan en los descampados. Las hormigas laboran llevando a cuestas su condena. Intercambian feromonas, el flujo del lenguaje. Acarrean pequeños cadáveres, avispas agonizantes, antiguos hermanos en el árbol genealógico, camino de la despensa. Ismael levanta la voz y pide un brindis a su madre y a su hermano. Solo por amedrentar, por joder. Gorgo sigue

con su estrategia de caracol, la cabeza baja, la mirada huidiza. Ismael piensa que el miedo de su hermano es fingido. Hace más de tres meses. Han pasado tres meses desde que Ismael le pegó por última vez. Dos puñetazos en el estómago y una amenaza. La madre mira a Ismael de reojo. Sí, vamos a brindar por la vieja de enfrente, el pájaro que está detrás del cristal en su jaula y que hoy esta mañana tampoco se ha muerto, ¿creéis que le dan alpiste, o qué come esa vieja? Se detiene el nuevo taxi, cobra el nuevo taxista y Céspedes abre la puerta a Carole. La dama acarreada de un lado a otro bajo el sol implacable. Céspedes, traje azul a rayas, corbata de camellos sobre la camisa hawaiana, zapatos náuticos, la conduce hasta la entrada del restaurante. Floren parte con hambre un trozo de carne que sangra levemente, el zumo rosa derramándose con delicadeza por la loza del plato, y mientras corta pregunta Floren a su hija Carmencita, te lo has pasado bien en la piscina, ¿sí? Y la niña afirma exageradamente con la cabeza mientras su madre intenta introducir en su boca un trozo de pollo pinchado en un peligroso tenedor. ¿Sí? La niña sigue agitando la cabeza en su loco vaivén, comprueba la elasticidad de los músculos y los cartílagos, la habitación le baila y el pequeño vértigo la lleva a aumentar las sacudidas. Ya, ya, ya Carmencita, que te clavas el tenedor, pupa, le advierte la madre. La niña se detiene, levanta las cejas igual que haría el residente de un frenopático y dice Siií. ¿Sí?, el padre mastica la carne levemente hemorrágica, ¿Bien o muy bien te lo has pasado?, prosigue el interrogatorio. Muyy bieeen, responde triunfal la pequeña mientras engulle pollo. Qué bien. Julia lleva cogida del brazo a la doctora Galán, abandonan la sala donde yace su marido. ¿Qué quieres hacer?, le susurra Julia avanzando por el pasillo de luces blancas. ¿Quieres ir a tu casa, ver a Guille? Niega con la cabeza la doctora y se ve obligada a hablar, las primeras palabras de su viudedad, de su nueva vida: Todavía no. Todavía no, parece que repite en voz baja. ¿Vamos a la cafetería?, inquiere Julia mirando al doctor Quesada, que camina un metro detrás de ellas, como si en vez de a su amiga le preguntase al médico, que le hace una señal con la cabeza, apuntando al techo, es decir, a los pisos superiores. Y Julia, que comprende, vuelve a preguntar, ¿Vamos un rato al despacho de Quesada? Niega con la cabeza Ana Galán. ¿La cafetería? Afirma igualmente con la cabeza, entornando los párpados a modo de explicación complementaria. Y Julia se vuelve de nuevo a mirar a Quesada. Pedroche el abatido abre la boca y traga un bocado de huevo cocido. Manosea una miga de pan mientras el huevo se deshace entre sus muelas y su lengua, la gelatina blanda de la clara, la espesura terrosa, odorífera, de la yema expandiéndose por la cueva de su boca, esa arqueología húmeda de estalactitas y

estalagmitas cariadas, el río subterráneo de la lengua. Y cuando del huevo solo queda un vaho fétido en esa gruta, Sésamo se vuelve a abrir y Pedroche introduce en ella la sobada miga al tiempo que mira el cuadrito que cuelga junto al frigorífico. La casita de campo, las ovejas amarilleando con el vaho de los guisos. Las nubes de otro tiempo. ¿Y a mí dónde me dejaréis?, oye Guille que dice Mónica en el sofá. Ya no tiene las piernas tan juntas y ha tomado una postura más cómoda, incluso parece haber olvidado que está en la casa de un muerto o un premuerto. Guille se había levantado para ir a su habitación en busca de una camiseta más gruesa. Tiene mal cuerpo, había sentenciado la madre de Trini, si quieres quitamos o bajamos el aire acondicionado cariño. Y él se ha negado. Ha subido calmosamente los peldaños de madera hacia su habitación. Buscando más el abrigo de la soledad que el del algodón. Estar libre de las miradas, de esos ojos furtivos que se posan en él explorando sus reacciones, lo que siente. O lo que debería sentir. Nada. Que todos hablan al otro lado de una pared, es lo que siente. Y que lo miran como si estuviera enmarcado. Un cuadro abstracto que no comprenden. Y él sin saber cuál es el reglamento, el comportamiento que se espera de un huérfano inminente. Y desde allí, desde su habitación, se ha quedado mirando el horizonte cortado por una nube de buganvillas moradas y blancas, ese esplendor que baja la colina, la arboleda que atempera el rigor del sol, los tejados armoniosos y el mar al fondo, majestuoso y curvo. Como un mugido acabado en a, en una sucesión de aes roncas, surgidas del fondo de una mina, acaba de nuevo la canción Eduardo Chinarro, ahora entre las mesas de los restaurantes La Barra y La Reserva 12. La guitarra y las monedas, el terral y un volcán ardiendo dentro de su garganta agotada. Jadea Chinarro y la mella se le hace dueña absoluta de la boca. Caridad compañeros. Se acomodan en la mesa Céspedes y Carole, la luz tenue los ha envuelto nada más atravesar el arlequinado suelo de la entrada. Partida de ajedrez. La corbata ostentosa en el pecho demolido, la frente y la mandíbula poderosas de Céspedes, los ojos cansados y bellos, ese trazo negro diabólicamente pintado en el párpado, de Carole. Acushla machree. Aire opalino, atmósfera color miel. El silencio del lujo. Una carta abierta entre las manos. Fase cefálica. Sigue Ismael con la sonrisa perdida, ya demasiado forzada, ya cansado de animar la comida. Sin la barrera de las cortinas que él ha troceado al amanecer, la luz entra hasta lugares inusitados del salón. El sol sobre las tres siluetas. Resol en el cristal del mueble bar, fulgores en las paredes acostumbradas a una luz de terciopelo. Jorge sintiendo en su bolsillo el peso del móvil. Volviendo a pensar en Gloria, su novia, y Vane, la zapatera, volviendo a pasar por su mente. Leggins, las cejas, la

espalda bronceada. Pedirle a Gloria que se ponga vetas rubias. La madre intentando con las menos palabras posibles que el equilibrio no se rompa, que Ismael no salga de su actitud pacífica ni que Jorge le haga frente, aunque sea con la mirada. El Atleta hunde la cuchara en el caldo, recoge, como en la pantalla del televisor recogen las autoridades a los náufragos de la patera, garbanzos y líquido. Al llegar, la hermana ha hablado de la oficina, del novio y del vestido que se va a comprar. Ha cuchicheado con la madre en la cocina, ha canturreado en su dormitorio. En la cabeza lleva su boda y su felicidad futura, cuando salga de esa casa y ya solo vuelva a ella ocasionalmente, siendo una extraña. Alguien que los verá desde el otro lado del cristal. La madre del Atleta se levanta, va a la cocina, vuelve, trae bandejas, platos olvidados. Comen en silencio. La abuela derramando en el plato la mitad de cada acarreo antes de que la cuchara abandone el espacio aéreo del recipiente. Temblorosa la mano, y temblorosa la boca que recibe la comunión. Las palabras las ponen un enviado especial a Grecia y el busto parlante de una mujer rubia con rictus de preocupación. Lo demás es ruido de líquidos, agua cayendo en el vaso, caldo que se cuela por las bocas, naufragio y oleaje de judías verdes y garbanzos en los cuatro estanques de sopa. Entran en la casa de la desgracia Juno y Montse, su madre, que viene a medio arreglar, las tiras del biquini asomando por las esquinas del vestido veraniego, Nada más decírmelo el niño me he venido para acá, estaba lista para irme a la playa, con Fonsi, pero al decirme eso el niño, le comunica a la madre de Trini antes de darle dos besos en las mejillas, casi en las orejas. Y en un susurro, Qué ha pasado, di, qué ha pasado. La madre de Trini se encoge de hombros y pone medio en blanco los ojos a modo de explicación. Juno, recompuesto, ya asimilado su rol de condoliente ejemplar, da un abrazo a Guille, olvidando que estaban juntos hace poco más de media hora. Besa a todas las presentes. Mónica, Piluca y madre de Trini e incluso pregunta a esta: ¿Y Trini? Con su tío, en Bomben, le dicen. Afirma Juno con gesto responsable, aprueba la información mientras vuelve a cruzar la sala en busca de su amigo Guille. Le palmea el muslo al sentarse a su lado, y tuerce levemente la cabeza para que el flequillo recién lavado se desplace hacia el lugar largamente pactado con el espejo. La mucama aparece con una bandeja llena de sándwiches. La lleva alzada, dispuesta a hacer una ofrenda a los dioses. O a los muertos. El padre Sebastián y su ventana, bajo ella el desierto de Sinaí en forma de callejón y asfalto sucio. Este es mi reino y tú mi Señor. La doctora Galán hundida en la silla metálica de la cafetería, Julia y sus miradas, Quesada y el silencio. Adónde iremos. Por qué no lloverá y se llevará todo esto. Las imágenes del telediario,

hombres y mujeres apilados en una barcaza. Esos son pobres que vienen buscando trabajo. El mar se los traga y nadie dice nada. Somos egoístas por naturaleza. Venden armas. Tonterías. Y luego vienen y nos matan. Es lo que hacen. Y nosotros mirando. Sí. Sí eso es. Se callan. No dicen nada. Nadie dice nada. La abuela del Atleta tiembla más que antes. Si tú me miraras como esa mujer mira, entonces todo habría sido distinto, eso es lo que le diría a mi mujer, piensa Céspedes. La mandíbula fuerte, los ojos grises. Abre la boca, respira, quiere olvidarse, mira a Carole, otro sueño, algo que nunca sucederá. Comen. Come el Atleta, come su antiguo amigo, el mejor cuatrocentista, Felipe Vicaría, come Consuelo la Giganta con sus dientes pequeños, come la hermana de Rafi Villaplana de pie en la cocina, comen. Comen todos, come el viento y comen las hormigas, comen legumbres, los despojos muertos, la carne cortada, los peces ahogados fuera del agua, la verdura hervida y los animales desangrados, come Guille el sándwich de pepino y miel, come Piluca y come Pedroche. Las muelas y las mandíbulas. Abre la boca la doctora Galán y recibe el primer sorbo de la levadura fermentada y amarga, mientras piensa en su hijo y en el hombre muerto, en medio del silencio toma su primer bocado el abatido Céspedes, el feliz Floren come y ve comer a su hija, el temeroso Pedroche come y come Ismael la última cucharada de leche agria, resbalan, se deslizan y se escurren los alimentos por las bocas y las gargantas. Camino del pozo oscuro. Allí nos veremos. Ve Chinarro comer con ruido de cucharas, platos y calle a sus benefactores, a los ignorantes de su arte, a los indiferentes que ni conocen su idioma ni nunca volverán a pisar esta tierra y alguien dice Aleluya y se abraza a un antiguo conocido. El Tato mastica su hamburguesa en el Mon Rou y ve pasar las ambulancias vacías. Afila un palo el Nene Olmedo y el humo se le mete fino en el ojo izquierdo. Yo también. Comen, en las playas, en las oficinas y en las gasolineras, en los hospitales y en los descampados, en las colmenas y en las casas sosegadas de El Limonar, en la puerta de los mercados y en las calles, bajo las pérgolas y las cañas, en las pensiones y en las terrazas de los hoteles, en jaulas de cristal. Come y mastica la ciudad entera.

Faringe y esófago. Fin de la fase voluntaria. Estómago, páncreas y colon transverso. La factoría en marcha, las enzimas disolviendo el trabajo de los artistas de la cocina y sus mercaderes. Transformando en materia asimilable tanta artesanía. Un tubo con un solo sentido. Ingestión, digestión y absorción. Trabajan la mecánica y la química, la ducha de ácido clorhídrico a los alimentos presos, los corredores y las celdas encharcados. Quimo, bolo, flujo. Se desnaturalizan las proteínas, la musculatura intrínseca de la pared intestinal hace

sus movimientos de obrero cualificado, en ausencia del amo, al servicio de la causa y con un sueldo base.

El reloj finge detenerse unos instantes. La atmósfera se hace un grado más pesada. Los termómetros llevan a cabo un esfuerzo y se elevan unas décimas. Se arrastran las sillas, caen las servilletas, humean los ceniceros, se derraman los licores y los comensales se levantan atolondrados de las mesas mientras otros siguen con la cabeza gacha, rezándole al hambre, acarreando tenedores y cucharas entre la disciplina y la alegría.

Las calles vacías, los hospitales y los niños, los semáforos funcionando, los árboles, las fachadas de los edificios, efigies mudas, reflejos muertos en los cristales, la risa en la orilla del mar, cuerpos de sirenas desnudas al sol y una cruz de oro surgiendo del horizonte, todo cabe en ese duermevela que de pronto se ha apoderado de la cabeza del pobre Pedroche, sentado en la silla de formica. Celeste picoteada de blanco, la silla. El monstruo duerme o vela pero está allí, al fondo de la casa. Los jugos cumplen su función severa y las calles bostezan.

El Atleta siente cómo la piel se le pega al escai del sofá. Se baja un poco el pantalón de deporte para evitar el contacto directo de los muslos con el plástico recalentado. Su abuela niega y vuelve a negar con la cabeza en oscilaciones muy cortas y rápidas. Una señal que indica el cruce de las emociones con el parkinson.

—Sí, ese, el que ha salido en la tele se parece a aquel hombre y lo que hizo aquel era una cosa así, no igual porque hizo otra cosa pero igual de horripilante.

Su hija, retirando el mantel de la mesa, señala despectiva la contradicción:

—Si no hizo lo mismo es que hizo otra cosa. Las ganas de hablar.

No dejan de temblar los pellejos colgantes del cuello, las manos de venas verdes de la abuela. Los ojos chispeantes detrás de la máscara de los años.

—Sí, eso, tú no sabes lo que voy a decir pero ya estás diciendo que no llevo razón.

—No lo voy a saber, como si no lo hubiera oído una un millón de veces, que le decían el Vampiro y todo el cuento —desaparece por el pasillo la madre del Atleta—. El mantel para lavarlo, no sé quién le ha echado estas manchas, puesto de hoy.

—Qué mujer por Dios.

—¿Cuándo fue eso, abuela? —el Atleta trata de estirar de nuevo la tela del pantalón.

—Lo cansina que es. Y picajosa.

—¿Cuándo fue, abuela? Lo del Vampiro.

—¿Qué? Eso. Eso fue hará lo menos sesenta años o cincuentaynosecuántos. Yo era una chiquilla como el que dice. Había tenido a tu madre nada más, no había nacido tu tía, o si había nacido tendría dos o tres añitos. Sí, sí había nacido porque yo la llevaba a la carnicería, es verdad y ella luego, cuando el hombre salió en el periódico decía Mama Canco.

—¿Dónde vivíais entonces? —la hermana del Atleta sigue sentada a la mesa, con ojos brillantes de sueño.

—Vivíamos allí cerca, por eso lo veíamos, en Postigo de Arance…

—¿Esa es la calle…?

—La estrecha que va la que va del río a Carretería. Vivíamos en el solar que hay ahora, que el mes pasado pasé por allí y me dio un vuelco el corazón al ver el derribo con esa tapia, lo bien que viví yo en aquella casa.

—Vivíamos en la calle san Bartolomé —la madre del Atleta, de regreso, hace de apuntador—. Si no cómo ibais a ver desde allí nada ni a enteraros de nada.

—En San Bartolomé, sí, estábamos allí porque estaban arreglando las cañerías de la casa, una cosa provisional que nos alquiló el primo de tu padre, pero vivir, vivíamos en Postigo de Arance.

—Ya, ¿y cómo fue? Lo del hombre ese —el Atleta tiene un recuerdo muy vago de esa historia. Algo que tal vez oyese cuando era niño.

—Pues veréis. Era una noche de invierno, después del día de los difuntos. Os tenéis que imaginar cómo era todo entonces. Apenas había alumbrado en aquella parte, con las casas a oscuras y aquellas callejuelas por las que se oían los pasos de cualquiera. Llevaba lloviendo no se sabe cuántos días y el río a punto de desbordarse, con aquel ruido. Esa noche yo estaba durmiendo tan tranquila cuando oigo a vuestro abuelo decir Ha pasado algo. Abro los ojos y lo veo allí de pie, asomado a la ventana del dormitorio mirando la calle. Algo ha pasado, hay mucha gente. Serían las tres o las cuatro de la mañana. Me levanté y era verdad, al otro lado del derribo que teníamos detrás de la casa se veía gente, sombras muy borrosas. Yo voy a ver qué ha pasado ahora que ha dejado de llover dijo vuestro abuelo. Cómo que vas a ir. Pero él ya se estaba poniendo los pantalones y el abrigo encima del pijama y yo la verdad también estaba deseando saber lo que había pasado, estaban llegando unos coches al derribo y con sus luces se veían piernas y las sombras muy largas en las paredes, la gente en bata y

despeinada allí puesta como si se los fueran a llevar presos a todos. Pensé que a lo mejor era algo del río. Pero qué va. Lo que estaban mirando era otra cosa. Había movimientos de linternas y vi que uno de los coches era de la policía y que los que andaban por el solar llevaban uniforme. Y no os podéis imaginar la impresión que me dio allí sola cuando una de esas luces alumbró un bulto tirado en medio del solar, que estaba tapado por una sábana, el bulto. Todavía me parece que estoy viendo eso y sintiendo ese frío que me subió de los pies para arriba parecía que estaba pisando un témpano y que me estaba haciendo de hielo entera. El helor de la muerte.

—Lo bien que nos vendría hoy el fresco ese —apunta la madre del Atleta interrumpiendo el ruido de los platos en el fregadero y asomando la cabeza al pasillo.

Niega con desprecio la abuela.

—En misa y repicando. No quisiera yo sentir ese frío por nada del mundo. Vuestro abuelo cuando volvió todavía venía peor. Descompuesto. Por oledor. En primera fila. Se había acercado al bulto cuando lo destaparon y le echaron una linterna. En medio del barrizal la criatura. Lo que él vio fue la carita de una niña, le pareció al pronto una niña de once o doce años porque Angelita era tenía la cara muy fina aunque ya era una mujercita. Se le quedó aquella estampa grabada en la mente. Los pelos pegados, pringosos de barro y lo que fuera, sangre o lo que fuera, los ojos ni abiertos ni cerrados y abajo el camisón manchado de sangre, una mano blanca con la palma vuelta al cielo, eso me lo dijo mil veces, la mano esa que era como la inocencia y al lado, el manchón y el agujero en el vientre, la linterna alumbró el brillo de los intestinos derramados en el barro.

—¿La conocíais? ¿A la niña? —la hermana del Atleta se levanta de la silla y se acomoda en el sofá, al lado de su hermano.

—Sí, había. Sí claro que la conocíamos. Había un hombre allí esa noche al que luego vimos mucho rondando y preguntando. Era un policía que se llamaba Machuca. Muy huesudo. Alto y fuerte pero huesudo, joven, con la frente así, dura, calvo aunque todavía era joven. Fijándose en todo. Más que en la niña él se fijaba en la gente que había allí. Se paró delante de dos o tres. Entre ellos Jiménez y aquel, el de la cristalería ¿cómo se llamaba?, uno alto rubiasco…

—¡Amancio! —la voz de la madre del Atleta retumbó desde la cocina.

—Na, Amancio era el electricista, el que la encontró.

—¡El electricista era Aurelio!

—¿Aurelio?

—¡No! ¡No va ser Aurelio! —la madre del Atleta se acerca por el pasillo, secándose las manos en el delantal—. Como que no estuvo años en el barrio, me acuerdo yo llevándole la radio de papá, en la esquina de Salvador.

—Ah sí. Aurelio. El otro, Amancio, el otro era Amancio.

—Ah sí, Aurelio —parodia la madre del Atleta—. Si vas a contar la historia que ya sabemos por lo menos hazlo en condiciones y no inventándote.

—Bueno pues eso, los nombres tampoco, hace tantos años, tampoco tienen importancia. La cosa es que el policía Machuca los estuvo remirando, quieto delante de ellos. Se quedaba con todo, se veía en sus ojos cómo lo absorbía todo. A vuestro abuelo no le hizo ni caso.

—La cara de papá era la de un santo se veía desde lejos que era una buena persona —la madre del Atleta, para inquietud de la abuela, se ha quedado en el salón, con la cadera apoyada en el respaldo del sofá y en apariencia indiferente a lo que se habla.

—El policía aquel y su jefe, uno de paisano, estuvieron hablando con Aurelio, el electricista, porque fue él el que descubrió a Angelita. Aurelio se había levantado a beber un vaso de leche y sin creerse lo que le parecía que estaba viendo desde su ventana bajó al solar y alumbrándose con una cerilla se acercó a aquel bulto blanco, apartó un pico de la sábana y reconoció la cara de su vecina Angelita…

—¿Estaba ya cubierta por una sábana, en un solar? —el Atleta hace un gesto de extrañeza.

—Sí, eso te lo explico luego, la cosa es que Aurelio se subió corriendo a casa de Leonor ¿o de la Peluquera?, ¿quién tenía teléfono? —mira a su hija.

—La Peluquera la Peluquera ¿no te acuerdas que íbamos allí los domingos le dábamos dos pesetas…?

—Un duro.

—… dos pesetas o un duro lo mismo da, ¿y llamábamos al tío Ramón a Albatera?

—Y llamó a la policía.

—Íbamos todos los domingos, como para olvidarse. Lo que pasa es que no te acuerdas de nada y lo revuelves todo dices una cosa y luego otra.

—Yo me voy —la hermana del Atleta hace amago de levantarse del sofá mirando a su hermano—, aquí no hay quien se entere de nada. Ya me dirás tú lo que pasó con la niña, el policía y el electricista o el peluquero.

El Atleta se encoge de hombros, su madre se encabrita:

—No puede una hablar. Está ella diciendo lo que le parece todo el rato y le reís las gracias, dice una algo y todo son faltas y me voy. La que se va soy yo que tengo muchas cosas que hacer para estar aquí perdiendo el tiempo con tonterías.

Toma la madre del Atleta de nuevo el camino de la cocina, bufa, farfulla palabras que en el recalentado saloncito no llegan a entenderse. El escai se come las piernas del Atleta. El seísmo de la abuela alcanza 8,2 en la escala Richter-Parkinson. Permanece callada un tiempo prudencial hasta que la tierra deja de temblar. Los nietos respetan el silencio. El Atleta con las manos bajo los muslos, su hermana mirando los reflejos del sol en la ventana de enfrente. La abuela se inclina y mira el pasillo vacío. Hace una mueca de resignación.

—¿Los padres de la niña quiénes eran? ¿Qué hacían? De trabajo digo —pregunta la hermana del Atleta.

—Ella era huérfana de madre y de padre desconocido. La niña vivía con su abuela, la madre de su madre, muy humilde. Esa noche, en el solar y por todo el barrio se escuchaba el ruido tan ronco que llegaba del final de la calle y que venía de las tapias del río. Venía sucio y con mucho caudal, arrastrando árboles tronchados, piedras y animales muertos, creíamos que se iba a desbordar. El ruido y el agua con tanta fuerza, todos los días. Te despertabas y allí estaba ese ruido, y te dormías y lo hacías con ese sin parar allí al fondo retumbando. Parecía que era tu cabeza la que retumbaba. Fue de impresión. Lo dijo vuestro abuelo cuando cogieron el cuerpo de la niña Angelita y lo llevaron al furgón de los muertos, que no se oía otra cosa que los pasos de los hombres en los charcos y aquel ruido que llegaba del río, los pedruscos que traía chocando contra el muro. Todo tan oscuro. Esa noche el amanecer parecía que no iba a llegar nunca, fue muy lento como si la luz del día no alcanzara a tener fuerzas para apartar una noche tan negra. Ya esa noche estuvieron preguntando y hubo pesquisas. Los policías preguntaron a los que había allí en la calle y a los vecinos de algunas casas. También el policía que os he referido, el joven, Machuca, se fue detrás de Jiménez, alto, como desgarbado, muy buen hombre parecía. Dijeron que fue tras él y le pidió fuego nada más, ya en la esquina de la calle Cruz del Molinillo. Y luego le preguntó, como sin querer la cosa, si conocía a la chiquilla. El carnicero dijo…

—¿El carnicero era ese Jiménez? —el Atleta se sienta en el borde del sofá.

—Sí sí, ese. Pues lo que estaba diciendo, ¿qué estaba diciendo?

—El policía, que fue detrás del carnicero.

—No. Eh no, ah sí, bueno no sé —mira la abuela hacia el pasillo, temiendo la censura procedente de la cocina, pero no se oye nada—. Sí, bueno, esa noche ya se enteró la policía de lo del Vampiro. Desde unas cuantas semanas antes, a lo mejor desde que empezó la lluvia, no sé, alguna gente decía que había visto una figura con capa andando por las noches por el barrio, sobre todo por la Cruz del Molinillo, por los solares y también por los tejados de algunas casas. Con un sombrero así, de, como de punta, de pico, y todo vestido de negro. De momento lo empezaron a llamar así, el Vampiro de la calle Molinillo. Decían que había atacado a un niño, aunque nadie sabía quién era el niño. Y que le había sacado la sangre a un perro, uno que apareció en un derribo, decían que con unos agujeros en el pescuezo. De modo que cuando apareció muerta Aneglita mucha gente dijo, El Vampiro, el Vampiro de la calle Molinillo.

—La policía no se iba a creer eso —el Atleta mira escéptico a su abuela.

—No, ellos no, decían, dijeron…

—¿Y la abuela de la niña qué hizo al…? ¿Qué edad tenía la niña? —pregunta la hermana del Atleta, metiendo a su abuela en un laberinto.

—Eso, el policía, Machuca debía de tener, no sé en esa época los hombres parecían mayores.

—La niña digo.

—Ya ya sé la niña. Tenía catorce años, eso tenía. Aunque no los parecía y eso que entonces las niñas y todo el mundo parecíamos mayores, teníamos que ser mayores por la vida y porque todo era así. El policía, él y su jefe, inspector o como se llamara fueron a ver a la abuela de Angelita. Doña Agueda. Ella ya lo sabía porque se lo había dicho el señor Andrade. El señor Andrade era el farmacéutico. Don Laureano Andrade Andrade. Y amparaba a esa familia, eso no era raro entonces, por lo menos en el barrio en aquel barrio. Él tenía posibles y me parece que había sido novio o había querido serlo de doña Agueda cuando eran muy jóvenes, la cosa es que él estaba allí con la abuela cuando llegaron los policías.

—Estaría destrozada ¿no? —la hermana del Atleta contiene un bostezo. Una avispa zumba en la ventana.

—Pues eso, eso no, no estaba, era muy raro porque esa mujer o estaba enferma desde antes o tenía una de esas depresiones, por la vida que había llevado. Se la notaba rara y esa noche estaba como están los borrachos.

—Si le han matado a la nieta no iba a estar normal —a la hermana del Atleta le brillan los ojos, el sopor, la asfixia del calor.

—Claro la impresión, pero estaba, dijeron, como sin darse cuenta llorando callada. El señor Andrade, él era alto, delgado como una hoja, pelirrojo, todavía se notaba que había sido pelirrojo, de esos que tienen los párpados de color rosa, y la piel con pecas, estaba dándole una infusión y ella al final pudiendo hablar con la policía y diciendo que no sabía cómo había ido a parar la niña allí, al solar, si la había dejado en la cama al acostarse, dormida. Todo el mundo pensaba que esa mujer ya estaba enferma desde antes de lo de la nieta. Una semana o no sé cuántos días antes de aquello se había quedado dormida en la tienda de Antonio, el ultramarinos, se había sentado en un saco de lentejas de aquellos que había antes y el susto que dio, pensando que se había muerto porque fue sentarse y agachar la cabeza y al decirle su nombre nada, no reaccionaba. La tuvieron que mover y abrió los ojos como si de verdad viniera del otro mundo y diciendo Uy no sé qué me pasa últimamente. Después de lo de la nieta no duró mucho y eso que don Laureano no dejó de cuidarla hasta el último momento, como si de verdad hubiera sido su marido o por lo menos su cuñado o algo así. Y eso, ¿qué os estaba diciendo? Sí, eso, le estuvieron preguntando, por los vecinos, si habían notado algo raro, aparte de la historia del Vampiro. Porque desde el principio los policías dijeron que quien había hecho eso seguro que era vecino o conocido. Y más cuando vieron que la sábana, la sábana con la que habían tapado a la niña, era una sábana de su cama. El que la encontró fue el electricista… Aurelio ¿no? Aurelio. Y lo más curioso es que dijo que cuando la encontró la niña ya estaba tapada con la sábana, que no fue él como al principio se creyeron quien la había tapado. Una cosa muy rara. Empezaron a preguntar que quién había visto algo de particular esa noche. A vuestro abuelo también le preguntaron esa noche. Lo metieron en el coche de la policía porque otra vez empezó a llover a mares. Otra impresión, lo del coche. Vuestro abuelo era muy impresionable. Los policías muy serios, tratando a todo el mundo como si llevara una pistola escondida. El coche dijo que tenía un olor a gasolina muy fuerte y lleno de humo, de los cigarros de ellos. Me dijo, las cosas suyas, que el olor a gasolina que había dentro del coche salía del aliento y de los pulmones de Machuca o eso es lo que parecía. Esos hombres estaban acostumbrados a tratar diariamente con la desgracia y la miseria de las personas, las más bajas, pero se notaba, lo noté yo los días después, se notaba que estaban entristecidos por lo que habían visto allí. Porque lo peor se supo unos días después. Primero eran cosas que se decían en la tienda de Antonio o en la carnicería pero luego el propio policía se lo dijo a alguno de los que entrevistó.

—De los que interrogó —el Atleta sigue atento. Su hermana se ha

adormilado.

—Sí, eso, ¿y yo qué he dicho?

—Nada, lo mismo.

—A la niña le habían extirpado sus partes, los órganos.

—¿Los genitales?

—Sí, se los habían quitado.

—Joder.

—Una barbaridad. Y fue entonces cuando empezaron a hablar todavía más del Vampiro. En el *Sur* salió también a lo grande, El Vampiro de la Calle Molinillo en letras grandes. Y una foto borrosa en la que parecía que por un tejado de San Bartolomé había un hombre encorvado, vestido de negro, o de oscuro, en el periódico no se sabe de qué color va la gente y no se sabía si era una mancha o una persona, parecía desde luego una persona y como con un capote. El periodista Roche que era muy nombrado y conocido de tu abuelo fue un montón de veces por allí, indagando y preguntando, y hasta un americano amigo de periodistas, Daniel Murphy, que luego trabajó en un sitio que se llamaba El Pomelo, estuvo por el barrio queriendo saber qué era eso del Vampiro. En esa época era muy raro ver a un americano en persona pero es que todo fue muy raro después de la muerte de esa niña. Fueron unos días de una pesadilla que no se acababa, sin parar de llover, el agua decía tu abuelo que parecía una baba espesa. No era así, era solo lluvia, pero llovía por la mañana y por la noche, todo el día, y en todo el barrio sonaba el estremecimiento de las tapias del río. Y lo volvieron a ver. Después de encontrar a Angelita en el solar la gente no paraba de ver al Vampiro. Unos decían que lo habían visto descolgarse por un balcón, otros asomado a una ventana, por las azoteas y hasta que había aparecido dentro del dormitorio de una niña que al despertarse lo encontró a sus pies. Y en la calle Molinillo también lo vieron, claro. Y por todas partes a la vez.

—Era una psicosis —el Atleta se pone de pie—. Colectiva.

—No sí, no, ¿te vas?

—No, es por estirarme. Se me queda pegado, me quedo pegado al sofá —el Atleta da dos pasos, se gira, se vuelve a sentar.

—Colectiva no porque yo no vi nada.

La hermana del Atleta abre un ojo, frunce la cara, lo cierra de nuevo.

—¿Y qué pasó? —el Atleta busca el espacio menos recalentado del sofá.

—La lluvia no paró, aunque empezó a llover con menos fuerza. Pero el ruido

del río llegaba al barrio con más estruendo, retumbando y con unos quejidos que parecía que salían de los cimientos de las casas y eso no es que lo dijera tu abuelo, era como un ronquido todo el rato sonando, hasta en el suelo de las casas sonaba, sería por las alcantarillas y te daba mucha inquietud. Parecía que la tierra se iba a abrir y nos iba a tragar. El ayuntamiento, digo yo que sería el ayuntamiento, mandó unos hombres para que pusieran sacos de tierra en la tapia del río porque de los muros, en los muros habían aparecido grietas y rezumaban. Nos temíamos lo peor. Una inundación como cuando se desbordó…

—¿Y de la niña?

—No, primero ella tiene que dar el parte del tiempo de todos los días, como si se acordara, no se acuerda de lo que comió ayer y se acuerda del tiempo que hacía todos los días de hace más de medio siglo —la voz y la cabeza de la madre del Atleta asoman por la puerta de la cocina.

—No me voy a acordar. Como si todos los días mataran a una niña a tu lado, una vecina.

—Si casi no la conocías.

—Ya sabes tú a quién conocía yo y a quién no, que no eras más que una mocosa y estabas todo el día con los recortables. Sin levantar la cabeza y poniéndole un vestidito y otro y luego otra vez, que tu padre hasta estaba preocupado y decía Esta niña, va a haber que quitarle los papeles esos, preocupado.

—¡Mi padre! Mi padre es el único que me ha querido. Iba a estar preocupado. ¡El único! —la madre llega hasta medio pasillo, las manos estrujando el delantal, quizás con la ilusión de estar estrujando un pescuezo.

—Eso sí, por las noches no veas cómo llorabas. Y diciéndole a tu padre que se quedara contigo porque venía el Vampiro, que te querías venir a nuestro cuarto todas las noches, sin parar de llorar.

—Nos habíais metido a los niños el miedo con las habladurías. ¿No ves? Si un siglo después sigues y sigues dándole vueltas. Va a decir de mi padre… —inicia una nueva retirada hacia el refugio de la cocina la madre del Atleta, la indignación la dota de unos movimientos eléctricos, un poco incontrolados.

La hermana del Atleta abre los ojos:

—Joder —dobla el cuello, con un gesto de dolor—. Como para poder dormir cinco minutos en esta casa. Cansada de trabajar. Qué hora es.

—¡Temprano! —dicen desde el búnker de la cocina.

Hay unos instantes de silencio. Solo calor. La avispa ya no está en el cristal.

La hermana del Atleta se agarra la frente con las dos manos, los codos en alto. De nuevo en el mundo. «Por poco tiempo» piensa el Atleta, «seguro que tiene por ahí un calendario y tacha los días que le quedan aquí, yo lo haría.»

—Quién la mató —la hermana del Atleta pregunta con los ojos cerrados.

—No me acuerdo si fue un día después o dos de aquella noche, ese policía Machuca vio al carnicero, Jiménez. El policía había ido a recoger el paraguas de su jefe, que lo había dejado olvidado en no sé qué casa, y algo le dijo la figura de Jiménez, a lo mejor porque iba con prisa y como huidizo o por el delantal lleno de manchas sangre que llevaba puesto. Y se acordaría de él, de cuando le pidió fuego la noche esa, que si se lo pidió y fue tras él sería porque ya se había olido algo, una sospecha o una intuición de esas que dicen que tienen. Machuca le dio el paraguas al inspector, cruzó la calle y vio a Jiménez entrar en su carnicería. La llamaban el Establecimiento. No sé por qué. Toda la gente decía Voy al Establecimiento. No sé. Machuca entró muy calmoso en la carnicería Establecimiento. Sin decir nada ni dar los buenos días. Había dos o tres clientas y estaba también el niño que ayudaba a Jiménez, y que era sobrino, ¿sobrino?, sobrino o primo, primo o hijo de un primo, algo suyo. Esperó que Jiménez acabara de atender a las clientas, que se fueron con la mosca detrás de la oreja viendo a aquel hombre con el uniforme, mirando con mucha atención un almanaque con la fotografía de un cerdo negro y la estampa despintada del Cautivo que estaba allí enmarcada en medio de aquellos azulejos amarillentos que parece que estoy viendo. Lo que contaron fue que Machuca no le respondió a los buenos días que le dio el carnicero y que se quedó allí de pie mirándolo todo y que mientras el niño se quedaba parado, Jiménez se puso a cortar sus piezas o a trapichear con lo suyo, hasta que el policía le dijo Creí que había visto al Vampiro ahí en la calle, ¿por casualidad no lo ha visto usted pasar por aquí? Y el otro, sin dejar su faena le contestó, Ya ve usted, trabajando. Y lo de la contestación esa a lo loco no le gustó nada al guardia. Todo eso lo comentaron en el barrio por lo que contó el ayudante del carnicero que miraba a uno y a otro cada vez más nervioso. Ya ves tú, como no detectan eso pronto los policías o los hombres como el policía Machuca, que le preguntó al carnicero a bocajarro, ¿Es que no se ha enterado de lo de la niña Angelita? Y ya Jiménez dejó lo que estaba haciendo. ¿Cómo no se va a enterar uno de una cosa así? Además que usted me vio la noche esa, que le di fuego a usted. Ya, Jiménez, usted es Jiménez, ¿no?, Manuel Jiménez Pineda, le dijo el policía leyendo la licencia municipal que el hombre tenía puesta con un marquito al lado del almanaque. Y se fue con toda la cachaza a la vitrina, mirando las carnes y las vísceras que tenía puestas allí y

como si hablara para él solo preguntó que cómo serían las de un hombre o las de una niña, si los hombres y las niñas tienen por dentro las mismas cosas que los animales que había allí colocados. Miró al chaval, y el chaval con los ojos muy abiertos miró a su tío o primo, lo que fuera. Y Jiménez lo que dijo fue, Yo soy un trabajador que no se mete en nada. Ah, un trabajador, muy bien hombre, ¿pues sabes que el que destrozó a la niña y le sacó sus cosas era un trabajador también, un trabajador de esto de las carnes, las mollejas y las tripas? Como los perros, Machuca había olido el miedo, el rastro ese que solamente ellos huelen, el niño, que luego no paró de contar aquello hasta al lucero del alba, miró así, asustado para un rincón de la trastienda, donde tenían la cámara frigorífica y cuatro cosas. El policía todavía se puso a moverse más despacio, un zorro, y a hablar en voz baja, Yo también soy un trabajador, con uniforme, pero un trabajador, ¿o te parece a ti que no? Yo no digo nada, le dice Jiménez. ¿Y tú, chaval, tampoco dices nada? Le preguntó al niño que hasta ese momento era como si no hubiera existido para él. Y el niño se quedó encogido, sin decir nada. Otra vez hablando con el carnicero va Machuca y dice, ¿Tú crees que habría huevos de hacerme a mí lo que le hicieron a la niña? ¿Apuñalarme y luego entretenerse en quitarme mis cosas y seguir tan campante por ahí, hablando de vampiros y de Drácula y Frankenstein? ¡Eh dime! Y el carnicero igual de callado que el niño. Entró Machuca por detrás del mostrador sin hacer caso del otro que le decía Oiga adónde va usted. Y miró dentro de la trastienda, donde había mirado el niño. Había un saco con manchas de sangre metido en un cubo y al lado, colgado de un pincho un gabán negro. Y va y le dice Machuca, Por qué no pruebas a hacerme a mí lo mismo que le hiciste a la niña, anda prueba so no sé cuántos, le soltó todas las barbaridades que le dio la gana.

—¿Y fue así? —pregunta el Atleta—. ¿En un rato y solo por haberlo visto con el delantal ya el policía adivinó que el carnicero era el asesino?

—Por el delantal, porque la noche primera lo vio lo notó muy raro y vio el abrigo o el capote negro y el saco… —la abuela del Atleta mira hacia el silencio de la cocina, «Un día es capaz de tirarse por el balcón, por soberbia».

—Pero ¿el saco qué tenía?

—¿El saco? Aparte que no fue en un rato, yo no sé cómo lo he dicho, el policía Machuca y los otros estuvieron preguntando por el barrio, iban a las casas, miraban los sitios y las huellas que miran ellos y ya habría visto el policía otras cosas aparte de lo que se imaginaba o de su instinto y de las marcas de los zapatos que habían encontrado alrededor de la niña o qué sé yo, ¿no te digo que estaba todo lleno de barro? Yo qué sé. Las cosas de ellos los policías.

—Ya. ¿Y qué había en el saco?

—¿En el saco? Nada, las cosas de él, un cuchillo y tenazas, las cosas que se usan en la carnicería y que estaba todo manchado de sangre.

—¿Y qué pasó entonces? —mira el reloj de su móvil la hermana del Atleta —. Yo me tengo que ir, ¿me llevas en la moto?

—La tengo rota. Es temprano ¿no?

—Tengo que llegar antes por un lío de papeles. Llamo a Quino y si me recoge espero, si no me voy ya —se levanta la hermana del Atleta, se dirige hacia la cocina buscando en la agenda de su teléfono, se estira.

El Atleta pregunta:

—¿Dijo por qué lo hizo? ¿Lo confesó?

—¿De qué? No, qué va.

—¿La había violado?

—Él lo que dijo, lo que pasó…

—Fue el primo, ¿el muchacho?

La abuela del Atleta sacude las manos, tiembla en varias direcciones.

—No. Lo que confesó lo único cuando ya vio que el policía se ponía de aquella manera, lo único que dijo allí mismo en el Establecimiento viendo lo que le podía caer encima fue Cuando yo llegué Angelita ya estaba muerta. El bofetón que le metió Machuca fue como para quitarle la cara. El niño, el primo ese, saltó por encima del mostrador pensando que también iba a por él, salió que se las pelaba y ya se asomaron los primeros que había por la calle y de momento empezó a correrse la voz y en la puerta del Establecimiento se formó una caterva, llegaron más policías, el jefe de Machuca y no sé cuánta gente más. Cuando sacaron a Jiménez de allí para meterlo en un coche los mismos policías tuvieron que ampararlo porque se lo querían comer todos gritando Asesino Vampiro, los niños acudían corriendo diciendo el Vampiro han cogido al Vampiro. No te puedes imaginar.

—¿Entonces?

—Lo que fue a decir Jiménez fue que él se encontró a Angelita muerta tirada en el solar, con esas heridas que tenía y una sábana al lado, toda empapada, que le dio mucha grima dejarla así y la tapó con la sábana.

—¿Y se fue a su casa, sin avisar ni nada?

—Sí, que estuvo dando vueltas sin saber qué hacer pero que cuando quiso acordar ya estaba allí la policía que había avisado Aurelio —baja la voz— o Amadeo, el electricista.

Vuelve la hermana del Atleta, se sienta en el mismo hueco de antes. El mismo que venía ocupando desde que se mudaron a esa casa. Salvo a la hora de comer, nunca el Atleta la había visto sentada en ningún otro lugar de la casa «No se quiere contaminar».

—Viene Quino a recogerme.

—¿Y por qué no lo dijo de entrada?

—¿Todavía no se ha aclarado el asunto Vampiro? —la hermana del Atleta se estira, los brazos rozando el cuadro que cuelga tras ellos. Un puente, una casa, un río. Nieve. Todo gris, menos la luz anaranjada de una ventana de la casa. Detrás de esa ventana se había soñado a sí mismo el Atleta infinidad de veces, desde que era niño.

—Porque lo que dijo Jiménez fue que había cometido un delito que estaba dispuesto a pagar y es que desde hacía algunos meses compraba animales en un caserío de por los Montes, sin inspección de sanidad, a un hombre que había tenido problemas por no sé qué enfermedad de sus animales, pero que ya estaban bien aunque no tuvieran permiso decía el carnicero. Los sacrificaba él mismo en el campo hasta llevaba sus cuchillos y sus aparejos, los policías vieron en la granja esa el sitio un patio trasero sucio donde todavía había sangre y pelos debajo de un techado de mala muerte, y los traía al Establecimiento de noche y como alguna vez alguien lo había visto de lejos con el gabán ese, pegado a las paredes y con un saco al hombro, lo del sombrero y la capa eran cosas inventadas, habían sacado lo del Vampiro.

—¿Y se iba andando a los Montes? —pregunta el Atleta mientras tiene la vista difusa y piensa en otra cosa.

—No, iba en la moto con sidecar que tenía y para no hacer ruido la dejaba al otro lado del río en Gálvez Ginachero o por ahí, y entraba en el barrio andando, era una cosa muy delicada andar con carne enferma.

—Ya, «La carne las vísceras removiéndose en el saco los cuchillos los animales desangrados en medio de la noche, las patas amarradas, tirados en el suelo esperando su turno oliendo la sangre corderos conejos o pollos plumas y pelos las manos trabajando los gruñidos y el miedo».

—Al principio le había hecho gracia el cuento del Vampiro y hasta él mismo había dicho a las clientas que había visto rondar al Vampiro por la tapia del río. Y hasta el primo o lo que fuera había salido alguna noche a hacer el tonto con el gabán y se había paseado por los solares para que desde lejos lo tomaran por el Vampiro porque aunque no fuera a la granja con el carnicero sí sabía todo el trapicheo que tenía eso sí. En otro saco encontraron medio costillar de cordero y cuatro conejos desollados, si no eran gatos, y claro por el barrio lo que se dijo es que lo habían encontrado era un saco lleno con vísceras y restos de otras niñas, y que Jiménez llevaba no sé cuánto tiempo vendiendo eso en el Establecimiento. Lo que se vivió fue una locura. Personas que tomaron purgantes ya ves tú una semana después de haber comido lo que compraran allí, otros que se querían hacer análisis para ver si eso salía en los resultados, haber comido carne humana, y todo el mundo viendo en lo apocado que era Jiménez la señal de su maldad. Vuestro abuelo, que tenía un amigo en el cuartelillo de Natera, aparte del periodista Roche, contaba que lo interrogaron a base de bien pero que no hubo forma de que dijera nada más. Hubo uno, un policía que se llamaba Márquez y que le decían el Tenazas que lo estuvo interrogando día y noche. Lo tuvieron no sé cuántos días sin dormir, alimentado con pastillas para los nervios. Decían de todo, que le daban golpes con toallas mojadas y azotes con una barra de hierro en la planta de los pies. El de la granja que no estaba mirado por sanidad declaró que sí que era verdad que él le vendía algunos animales por necesidad pero que no sabía nada más. A ese también lo pusieron bien, que cuando salió del cuartelillo a los tres días no lo conoció su mujer. Lo mismo que el primo, el muchacho, que ya había dicho que sabía lo de los animales y todo el trapicheo pero de lo otro no podía apostar por nada ni sabía lo que había pasado en la carnicería porque además la noche del crimen había estado en cama con mucha fiebre y hasta fue un médico a verlo que daba fe de la visita y todo.

La madre del Atleta, desde la mitad del pasillo, le pregunta a su hija:

—¿No vas a llegar tarde?

—Me recoge Quino.

—No habrías estado mejor echada un rato en tu cuarto y no ahí escuchando pamplinas —se vuelve en dirección a la cocina la madre del Atleta—. Total para qué.

—Pesada —susurra la hermana del Atleta—. ¿Y al final qué abuela?

—¿Al final? Pues al final es que —mira al pasillo, baja la voz, temblorosa— pesada es como no hay si vosotros supierais, es para estar aquí todo el día con ella todo el día pumpúm y pumpúm —se limpia la boca con un pañuelo, lo guarda en el bolsillo de su bata, toma aliento—. Al final en el juicio lo que aclararon es que Jiménez del modo que fuera, ofreciéndole algo o amenazándola, había sacado a Angelita de su casa y que eso seguramente había pasado más veces y después de hacerle a la pobre la violación la mató y luego le troceó el vientre como si la niña fuese uno de los animales que llevaba en el saco. Le echaron una condena muy larga no me acuerdo si la perpetua. Lo que pasa es que se murió. A los dos o tres años de entrar en la cárcel, de una enfermedad mala. Y además contaron que los otros presos se lo hicieron pasar muy mal, de todo tuvo que aguantar allí. Y ahí quedó la cosa. Hasta que ocho o diez años después, ya se había muerto la abuela de la niña y nadie se acordaba ni del Vampiro de la calle Molinillo ni de Angelita ni de nada se murió don Laureano.

—¿Quién?

—Don Laureano Andrade Andrade, el farmacéutico, el hombre que amparaba a la abuela de Angelita. Y dejó un testamento. Y cuando el notario fue a leer el testamento se encontró con todo aquello. Y lo llevó a la policía aunque ya para qué. Ya nada tenía remedio. Lo que venía a decir en el testamento es que el día que Angelita había cumplido los catorce años había pasado a ser su amante. Se había hecho su amante.

—¿La niña? ¿Con catorce años? ¿Queriendo? —la hermana del Atleta frunce el ceño.

—Eran otros catorce años.

—¿Y él, el tío el farmacéutico qué edad cuántos años tenía?

—Pues tendría casi setenta. Más de sesenta y cinco seguro. Eran las cosas que pasaban. La tendría engatusada con sus cosas, lo que le daba y sus mañas, hablándole y diciéndole seguro que si por aquí y por allá eso no se sabe.

—Pero qué pasó, por qué la mató —pregunta el Atleta.

—Don Laureano…

—Eso, sigue diciéndole don Laureano.

—¿Y cómo le voy a decir? —la abuela mira a su nieta temblando.

—El pederasta.

—Bueno, pues el como le quieras decir le proporcionaba somníferos a Angelita para que la niña se los diera a su abuela y así aprovechar ellos para sus

encuentros. La niña en cuanto la abuela se quedaba dormida salía para casa de él o según dijeron el propio don Laureano entraba en casa de ellas y allí hacían sus cosas, pared con pared con la abuela que estaba drogada, más que dormida, así se la veía siempre con esa flojedad y como alelada pensando unos que era la vejez y otros una enfermedad. Era ya el invierno de las lluvias y el ruido del río, aquellas semanas que todo estaba oscuro y que pasaban los días uno detrás de otro sin que se acabara de hacer de día ni dejara de llover un instante. Angelita se quedó embarazada. Lo contaba con todos los pormenores don, el farmacéutico en su testamento. De inmediato le hizo tomar a la niña un abortivo de los radical y por la noche a la criatura se le presentó una hemorragia que no había forma de pararla. Teléfono no tenían en esa casa. Así que se anudó la sábana al vientre y se fue a casa de él, a que le procurara un remedio. Pero por mucho que el hombre hacía, la hemorragia no se cortaba. Daba los detalles en el testamento de las cosas que intentó y también que Angelita ya con mucho miedo quiso que llamaran a un médico y la llevaran al hospital y como él le decía que esperase y que iba a probar con esto o con lo otro ella dijo que si no llamaba a nadie ella se iba andando al Hospital Civil. Él queriendo que no diera voces y ella desesperada abrió la puerta del piso para ir al hospital cuando se lo encontró delante y con un cuchillo en la mano. En el testamento dijo que sin saber cómo ya le había dado a Angelita una cuchillada en el vientre y que ya se vio obligado a seguir lo que había emprendido y le dio en esa parte no sé cuántas cuchilladas más.

—Sin saber cómo, ¿no? El cuchillo que se movería solo, cabrón —dice la hermana del Atleta con un gesto de repugnancia.

—Y luego…

Suena el timbre del portero electrónico. Se oye a la madre en la cocina, Sí, sí hijo yo se lo, sí sí está, yo se lo digo, sí ahora mismo.

—Quino te está esperando abajo. ¿Me oyes? Te está esperando. Está aparcado en doble fila.

—Ya.

—Que te des prisa —la voz de la madre del Atleta triunfal al quitarle a su propia madre la mitad del auditorio—. Que si no se va.

—Sí, se va a ir, mañana se va a ir —se levanta la hermana del Atleta. Sin mirar a su hermano ni a la abuela les dice—: Hasta luego.

Entra la hermana del Atleta en el cuarto de baño, se oye el clic de la luz del espejo. El grifo. Tiembla la abuela mirando al pasillo, le aparece un fulgor

intenso en la mirada. El Atleta comprende cómo pudo ser esa mujer hace treinta o cuarenta años, fuerte, vital, ahora acosada. El Atleta habla para difuminar cosas en las que no quiere pensar:

—Vaya con el Vampiro. Era el viejo el farmacéutico.

El clic de la luz. Sale del baño la hermana. Sus tacones retumban en el pasillo, escuchan su voz dentro de la cocina, despidiéndose de la madre.

—Estará cogiendo la manzana del frutero. Se lleva una todas las tardes. Por el régimen de la boda —le aclara la abuela al Atleta, como si este fuese un extraño.

Se abre la puerta del piso, se cierra. Guardan unos instantes de silencio.

—Como si le hiciera falta. La juventud —dice la abuela del Atleta acomodándose en su sillón—. El régimen.

Sin llegar a levantarse, el Atleta despega las piernas del escai, nota cómo las gotas de sudor se enfrían al contacto con el aire a pesar del calor que hace en el pequeño salón.

—¿Y entonces?

—¿El qué?

—Lo del Vampiro, el farmacéutico.

—Sí. Ese. Le dio no sé cuántas puñaladas. Cuando se vio así ya metido dijo la tengo que matar ya la tengo que matar y luego no le quedaba —se vuelve a inclinar y mira al pasillo, baja la voz—. Qué estará haciendo tu madre. No se la oye. Si lo sé no digo nada, me callo. No se puede hablar nada más que de lo que ella quiere, y yo callada.

—No le hagas caso.

Se inclina la abuela, mira hacia el pasillo. Intenta oír algún sonido delator.

—Si no le hago caso peor. Haga lo que haga siempre es peor. Qué ganas de acabar me dan muchas veces.

—Na, no hagas caso.

La abuela inclina la cabeza hacia atrás, le tiembla la piel del cuello y sonríe. Hace un gesto de negación, conteniendo la risa:

—Qué estará haciendo ahí con tal de no oírme. Se pone como loca. Y luego lo cabezona que es. Siempre llevándome la contraria, es como un perro guardián. Que voy para allá: ¡au! Que digo esto: ¡au!, ¡au! Y no se cansa, es para decirle mujer tranquilízate un poco mujer. Yo sé que no es mala pero qué cabezona, después viene y me dice si quiero una taza de caldo y que levante las piernas, que se me hinchan, pero luego a ti seguro que te dice que nada de lo que te he

contado es como yo te lo he dicho. Pero lo que te estoy diciendo es así, don Laureano lo dejó escrito, lo sacaron los periódicos decía que se vio nublado ya por el primer movimiento de dar una puñalada y que luego ya una voz le decía que tenía que seguir. La mató, en su casa. Después vino la tarea de extirparle a la pobre sus órganos digo yo que sería para que no se supiera lo del embarazo como entonces ni harían análisis ni nada y también porque se sospechara que era una violación sexual o algo así. La llevó al descampado y allí la dejó. El policía Machuca dijo, ah no te he dicho, tu abuelo, que lo andaba todo, conocía a un limpiabotas, de los que había, que le decían el Rata que le limpiaba los zapatos a Machuca y me parece que le hacía de confidente y le daba chivatazos, el Rata había estado en prisiones por algo también, pues el Rata le dijo a tu abuelo que cuando se supo lo del testamento de don Laureano el policía dijo que a saber, que el viejo ese de la farmacia nunca le había gustado un pelo y que era capaz de haberse inventado eso por presumir de que había enamorado a la muchacha y que qué más le daba pasar por asesino si ya estaba muerto y total no dejaba hijos ni nada solo unos sobrinos segundos a los que les dejaba unas cosas y otras a las Hermanitas de los Pobres ya ves haciendo obras de caridad después.

—Compensando.

—Para ¿eh?, sí, compensando, para lavarse el alma con detergente antes del juicio final sería. Pero por mucho que el policía Machuca dijera eso, para quitarse él también la cosa de que se había equivocado con Jiménez el carnicero, encontraron en casa de don Laureano, tal como dejó escrito, las braguitas que esa noche llevaba Angelita sucias de sangre, unas manchas verdosas y marrones y a su lado un cuchillo mediano de cocina. Estaba todo en el cajón de un aparador casi a la vista de la mujer que le arreglaba la casa, debajo de una tablita, además había una sierra de esas pequeñas que tienen un hierro por encima.

—¿Una segueta?

—Un, de qué.

—Una segueta.

—Sería. Y unos trozos de encaje y unos lacitos de los que llevan la ropa interior de las mujeres y una foto de Angelita de poco antes de morirse.

—Una foto cómo.

—Una foto, una foto normal de las de entonces, como de carné pero más grande y lo que le dijo el policía Machuca al Rata, por no dar su brazo a torcer, es que tampoco habían hecho nada mal metiendo en la cárcel al carnicero porque a saber a cuánta gente habría puesto mala con esa carne de contrabando que

vendía, que ni se sabía de qué animales era ni en qué condiciones estaba y que a saber cuánta gente dejó de envenenar Jiménez por haberlo metido él preso. Le dijo al limpiabotas y este a tu abuelo, El carnicero era un hijoputa no había más que verlo, como tú, Rata, colgado de un pincho tendríais que estar todos los de vuestra ralea. Eso le dijo. Y así fue. Es lo que pasó, esa es la historia del Vampiro de la calle Molinillo. Nos quedamos muy impresionados todos aquellos días de lluvia tan interminable con el ruido del río retumbando, sin dejar de sonar, los días a media luz y todo oscuro. Días que aquí nunca se habían visto.

Jorge es el primero en levantarse. Su hermano Ismael lo mira. Sentado, Ismael es casi tan alto como su hermano de pie.

—Me voy —dice Jorge a modo de despedida.

—¿Vienes tarde esta noche? —le pregunta su madre.

Y él, ya de espaldas, se encoge de hombros y con desgana responde:

—No sé.

El ruido de la puerta, la liberación.

—¿Y tú? —los labios gruesos de Ismael no se sabe si sonríen o tienen una mueca de desprecio al preguntar.

La madre adivina que se trata de lo segundo. Y sabe lo que viene a continuación.

—Yo qué.

—¿Vas a venir tarde?

—Yo trabajo.

—Jee —muestra los dientes Ismael—. Jeee.

Se miran. La madre desafiante. Piel bronceada, ojos dulcemente rasgados, melena que en medio de aquel sol emite un aura oscura, rojiza. Ismael pálido, balanceándose, con un pie en la burla y el otro en la ira. Todavía indeciso. Los mataría a todos. Algunas noches lo piensa. No a su madre, tampoco a Gorgo. Pero, si estuviera seguro, si supiera que ni lo iba a coger la policía ni le iba a pasar nada, ¿mataría a alguien? ¿A la vieja de enfrente? ¿Al portero, al marido de Consuelo? ¿Al mierda que se folla a su madre? Seguro que sí. A algunos. Y cómo. ¿Un cuchillo? Un martillo.

Le está hablando la madre, de algo, de lo de siempre:

—… y qué te crees que hago, ¿eh? Dime. Contesta. En babia, y luego quieres que te trate normal.

Ismael da un rodillazo en la parte baja del tablero, tiemblan los vasos,

tintinean los cubiertos en los platos y cae a cámara lenta la botella vacía de Font Vella.

Se levanta y cruza la sala inundada de sol.

—Sí, vete así lo arreglas todo. Con los golpes y yéndote hasta que un día.

Sola. Los platos, las migas de pan. Lo que queda de las cortinas colgando de la barra. La bandera después de la batalla. De cuántas batallas. Cada día. Ve en el suelo, detrás de la lámpara de pie, unos cuantos triángulos de tela que se han librado de la escoba. Recuerda la primera vez que lo hizo. Fue con su camisa estampada de piel de leopardo. La encontró pulcramente troceada en la papelera del cuarto de baño cuando fue a tirar el algodón del desmaquillaje. No le sorprendió demasiado. Era el cartel que avisaba de la llegada a un territorio largamente vislumbrado. Aquel día se acercó furiosa a su dormitorio. Lo vio durmiendo. Se dio la vuelta. Por la mañana, silencio. No encontró el momento de decirle nada. Dejar pasar los días. Cuando el marido se fue se sintió liberada. Durante unas cuantas semanas. Se lo dijo poco después de que se hubiera ido, habían quedado para que ella le entregase unos documentos, el pasaporte, un talonario, facturas. Te fuiste y sentí que de pronto se habían abierto todas las ventanas de mi vida. Sí. Hasta que le vino la bilis. El abandono en forma de ácido corrosivo. Cada recuerdo del marido una gota en la piel, o circulando por su organismo.

Sus dos hijos no eran consuelo ni compañía. Ismael con su violencia y Jorge con esa especie de autismo. Huidizo. Ella nunca había trabajado y el primer empleo que encontró tampoco le ayudó demasiado, en aquellas oficinas. Limpiándolas. Las amigas divorciadas, esa tristeza. Mejor sola. El primer hombre con el que se acostó. Bueno, con el que folló. En la parte trasera de un automóvil. Una noche de agosto. Otro agosto. Las ventanillas bajadas, el ruido de las olas y el olor del mar entrando en el coche. Ni se acuerda cómo se llamaba aquel. Hubo unos cuantos más. Intentando borrar no sabía qué rastro. Limpiarse. O enlodarse. O solo divertirse. Y luego el recogimiento. Su amiga Dori. Las cenas en el paseo marítimo, el cine, el senderismo que tanto le aburría. Aquel buen hombre, viudo, tan nervioso la primera vez que la llevó a su casa. Casi se pone a llorar en sus brazos. Necesito tiempo, decía. Como si alguien no lo necesitara. Paletadas, camiones de tiempo.

Vino el trabajo en el hotel. Kelly, limpiadora de habitaciones. Apareció Villaplana. Lo recuerda. La primera vez. Ella volcada sobre una bañera y él parado en la puerta de la habitación 513, mirándola desde el pasillo, al lado del carrito de servicio. Calibrándola. Solo le dijo, más afirmando que preguntando,

Eres la nueva. Sí. Cortó el agua de la bañera. Se quedó de rodillas. Él hizo un leve gesto afirmativo, ambiguo, y siguió su camino, sin decir quién era. Ella lo sabía. Rafi Villaplana, jefe de personal, reincorporado después de una operación de apendicitis. Le besó la cicatriz, como una colegiala. La primera noche. El apartamento en Los Álamos. El ruido del mar y ella desnuda delante de los visillos, mirando el resplandor de la luna en el agua. Rielar. Me siento mujer, desde hace mucho tiempo no me sentía así, Rafi, y quiero decirte gracias. Él tumbado en la penumbra, sus piernas tenuemente iluminadas por la luna, el tronco y la cabeza perdidos en la oscuridad, el punto rojo del cigarrillo indicando dónde estaba su cara.

Paloma, Palomita. En aquel tiempo había una Paloma, una novia oficial de Rafi Villaplana cuyos padres tenían dos perfumerías y cuatro o cinco locales en alquiler. Imperio Aguilera. Amelia tuvo noticias de la existencia de la Paloma justo cuando ya Rafi le abría la jaula para dar caza en toda regla a la inglesa verdaderamente forrada. Su papá forrado. Acabó con Paloma y Amelia sabía que tarde o temprano también lo haría con ella. Nunca te prometí el cielo. Sí, Villaplana nunca le prometió a Amelia el cielo. Ni siquiera una confusa subida en el escalafón laboral que Amelia nunca supo por quién estuvo promovida. Si se debió al propio Villaplana o a Yolanda, la jefa de recepción que se jubilaba. Por mucho que las rabiosas compañeras achacaran a su paso por la cama de Villaplana el meteórico ascenso de kelly a recepcionista, aquello nunca ha quedado claro. Lo que Villaplana da, Villaplana quita, decía la Turbia, tuerta empleada de lavandería que vio dar a Rafi sus primeros pasos laborales. No tenía dientes y ya mordía, aseguraba la veterana cíclope.

La Turbia, Rafi, imágenes amontonadas de noches en Los Álamos que acuden a su mente mientras coloca los platos en el lavavajillas. Los brazos delgados y tensos de Rafi apoyados en la cama, flexionados sobre ella, la cara, los dientes. El sueño como un gas filtrándose en el interior de su cabeza. El ruido de la puerta. Ismael yéndose. Demasiado calor. Amelia deja los vasos en la encimera, cierra la boca del lavaplatos. Se enjuaga las manos en el fregadero. La amenaza de Rafi. Lo que será de ella cuando él desaparezca. ¿Qué le espera, de nuevo las amigas? Otro viudo, divorciados, una barrera de gilipollas hasta llegar a algún puerto medio decente. ¿Fuerzas para saltar los obstáculos? No sé. El frescor del pasillo. Entra en el dormitorio en penumbra. Las ventanas cerradas, las persianas bajadas. La isla blanca de la cama. Se saca la camiseta de tirantes, el rebote de los pechos todavía firmes. Lo mejor que tengo. Y la piel. Estoy muy buena. Me lo dicen. Y lo veo. Cómo me miran. Se extiende sobre las sábanas.

Sensación de sumergirse. El despertador. Ponerlo. La sonrisa de Rafi, una calle estrecha, muros de piedra, un sitio en el que nunca ha estado, calles con escaleras, las voces de la playa, la mano de Jorge en la mesa, los dedos amasando una miga de pan. Pulgarcito.

Plaza del Siglo. El suelo de adoquines blancuzcos es un puzle mareante. El calor lo desdibuja y las líneas parecen jugar, escapadas de la realidad, corren unas sobre otras. Al lado de unos contenedores se amontonan varias bolsas de plástico negro de tamaño industrial, unas cuantas cajas de cartón aplastadas. Sobre ellas, una mesilla de noche abandonada. Barniz descascarillado, brillante, casi derretido, al sol. Eduardo Chinarro la observa con atención. Torciendo la cabeza. Como hacen los perros al oír la voz de su amo.

—Está potable ¿no Rai? La mesilla. En casa de mi madre tenía una igual.

—Y te ha dado la cosa y te has puesto melancólico ¿no? Una cosa romántica por la mesilla de noche.

—No tienes tú cachondeo Rai. Romántico. Como Nino Bravo.

Los años de Carranque, plaza de Pío XII, los naranjos. Un balcón al que asomarse en la calle Virgen de la Estrella y ver la plaza y esa iglesia que parece sacada de un cuadro naif. Una casa, unos muebles que ahora aparecen en la memoria de Chinarro sumergidos en un agua turbia. Un río lento se lo llevó todo. Primero a su padre, luego a su madre. Las cosas.

—La de cosas que hay en el mundo ¿no verdad Rai?

—De qué. Cosas de qué —Rai se cobija del sol bajo la marquesina de Unicaja—. Cosas de qué. Mamones sí que hay.

—De todo, cosas de todo lo que la gente va dejando y lo que tiene en sus casas y después se ponen viejas y cuando se mueren sus hijos las tiran a la basura o se las dan a otros y esos a otros y después todo eso ¿dónde acaba adónde va a parar?

—No veas cómo te ha dado. Nada más que por ver una mesilla de noche.

—Lo he pensado muchas veces un montón de veces, todas las cosas que habrá en el mundo, piénsalo Rai y cada vez más hay más cosas, cacerolas de plástico, juguetes rotos, aparatos de los que tiene la gente ahora.

—Eso, los aparatos, los hacen con las cosas viejas hacen cosas nuevas, del reciclaje.

—Es un montón Rai. Y más y más y las fábricas haciendo más, más de todo sin parar.

Aquellos platos y las tazas que había en el aparador pintados de color rosa, el tapiz con un león que había en el comedor, la ropa de su madre, los zapatos, su monedero negro con las dos bolitas de metal, los vasos, el peine, las sartenes, las toallas, el estuche donde guardaba las fotos ¿y las fotos?, la medallita del hermano muerto, el que él no conoció.

—Hay un montón de cosas en el mundo Rai, tú te ríes pero hay un montonazo de cosas.

Dónde está todo eso. Lo que tiraron y lo que se llevaron su prima la Sorda, Remedios, la vecina que estuvo hasta el último día con su madre y que seguro que ya se ha muerto se quedaría con unas cuantas cosas y tiraría lo demás. En algún sitio, roto o descompuesto, tiene que estar todo eso.

—Si yo te dijera o sea si yo te dijera la de cosas que había en casa de mi madre cuando se murió y que todavía había cosas de mi padre unas gafas y cosas así un transistor de los de antes un montón de cosas, todo eso tiene que estar en alguna parte, seguro. Aunque sea por piezas en alguna parte tiene que estar ¿o no? No lo van a hacer desaparecer por arte magia Rai. ¿Es así o no?

—No veas el coñazo tú.

—Joder Rai es una conversación.

—Una conversación, no veas qué conversación.

—Una conversación de personas.

—No veas el día. Me encuentro un tío muerto o medio muerto comido de hormigas como su puta madre, me tienen los guripas calentándome el coco y más que me lo van a de calentar, aluego no estás donde tenías que estar, me encuentro al mierda ese del Nene Olmedo, la Penqui haciendo la gilipolla, el menda de la Fanta con el niño y ahora tú con el rollo de la mesita de noche, no veas y la gente sin soltar un euro y con el calor derritiéndome la mirla, no veas, para meterte gasolina y un mechero.

Raimundo Arias ha apoyado la guitarra contra la pared, al lado de un cajero automático. A pesar de la queja, la ira se le ha pasado. Siente que todo se difumina a su alrededor y que él mismo tiende a desvanecerse, a confundirse con esa acumulación de ruidos, luz violenta y calor desmesurado.

Raimundo Arias es delgado, extremadamente anguloso. Los pómulos son puntiagudos y tiene una nariz aguileña, exagerada. Da la sensación de que su cuerpo alberga más huesos de los precisos. Moreno, ojos hundidos en unas cuevas sombrías de las que asoma una luz intensa. Tiene una melena larga, el cortinaje del flequillo abriéndose en dos para permitir el espectáculo de una

frente agresiva y amplia. Una cara de prominencias, esquinas y emboscadas. Abre la boca y asoman unos dientes más blancos de lo esperado, en moderada formación, intrusos en medio de esa barahúnda ósea. La camisa, ojo de perdiz, abierta hasta el pecho. Un esternón parecido a una parrilla ahumada, lampiño, enteco. Hombre de tendones. Se acaricia la perilla rala, se baja la mano por el cuello esquivando el bulto desproporcionado de la nuez. Suma y resta. Hace cálculos financieros. Emite un balance de resultados.

—No habemos pillado ni la mitad que un día normal. Vaya caca.

—El calor Rai.

El déficit:

—Y yo además habiendo perdido lo que he perdido, lo que me tuve que dejar en el retrete de la puta gasolinera.

—Aluego como hemos dicho nos damos una vuelta por allí que ya esté todo más tranquilo Rai. Y lo pillamos. Tú metes la mano en los papeles del canasto —se ríe Chinarro abusando del buen humor de su compañero.

—Voy a meter el núo.

Muestra las mellas Eduardo como refrendo de su conformidad, sí, pero vuelve a su desasosiego:

—¿Cuántas personas hay? ¿Tú lo sabes Rai?

Empieza a aburrirse Raimundo:

—Cuántas personas hay dónde.

—En el mundo, en todo el mundo.

—Yo qué sé a mí qué me cuentas.

—Pero tú muchas veces dices esas cosas y lo que ganan los ministros y todo el rollo. Cuántas, cuántos millones.

—¿En el mundo? En el planeta —mira Rai las mesas agolpadas de comensales en la terraza del restaurante La Reserva del Olivo como si de ahí pudiera extraer un cálculo aproximado—. Cincuenta mil millones. O más con los chinos.

Chinarro intenta asimilar el guarismo. Hace un arqueo aproximado. Da por buena la cifra.

—Pues pon, pon que por lo menos la mitad tenga una mesilla de noche…

—Qué coñazo, venga ya coño. Voy y le pego una patada a la puta mesilla y la mando a tomar por culo.

—Es un diálogo, es por ver lo que te estaba diciendo, mira. Pon que haya veinte mil millones de mesillas de noche y después el año que viene un montón

de gente se cansa y se compra otras y el otro año más, eso fueraparte de los que se hacen mayores y se compran un piso y le ponen mesilla, y tenedores, todo el mundo tiene por lo menos seis o diez tenedores en su casa y la pasta de los dientes cincuenta mil millones de tubos y el mes que viene otros cincuenta mil millones y los viejos…

—Los viejos no tienen dientes.

—Digo los tubos viejos, los gastados, luego se quedan en el mundo como todas las cosas —se queda pensativo Chinarro, con la cara contraída, paralizada en una especie de sonrisa desencajada—. Cualquiera sabe.

Por no saber no sabe ni dónde están los huesos de su madre. Recibió una carta, cuando todavía iba a casa de su prima la Sorda a que le diera de comer caliente una o dos veces al mes. Una carta del cementerio diciendo que si no pagaba no sé cuánto sacaban a su madre del nicho y la llevaban a no sé dónde. Mezclada con otros huesos imaginaba Chinarro. Con más gente. Se llevó la carta. La tuvo muchos meses, varios años, metida en el bolsillo de la cazadora de ante, luego en una bolsa de plástico en la mochila, la letra ya casi descolorida, el papel arrugado. No la volvió a leer, pero de vez en cuando la miraba. Como si fuese una foto de su madre. Lo único que le quedaba de ella.

—Tocamos ahí, vamos a La Cosmopolita y trimpamos.

—Bueno, ¿ahí? El camarero está el camarero ese carapapa, ese nos larga rápido Rai.

—Tú tira, y no te alargues.

—Bueno.

—Aluego podemos papear algo ¿no Rai? Tengo gasusa.

—Tú eres el marqués de la confederación. Empieza, acabamos pronto y pasamos por Las Papas del Museo.

—¿Otra vez papas Rai?

—No, si quieres vamos al restaurante del conde de Montecristo.

—Una hamburguesa ¿no Rai?

—Venga ya, vamos.

Dejan el amparo de la marquesina. Se meten de lleno en el sol. El suelo recalienta de inmediato la suela de las sandalias de Chinarro.

—Rai ¿tú sabes que fue una monja quien inventó el alambre de púas?

Ismael sopesa los tres dardos en la mano derecha. Con la izquierda sostiene el jarabe que se prescribe a sí mismo en estas ocasiones. Vaso bajo con tres

cuartos de ginebra y un cubito de hielo. Mira la diana. Observa a los diez o doce parroquianos que en ese momento hay en el bar Danielín, esquina de la calle Ravel. Apura la ginebra. Un trago largo y lento. No tiene prisa. Le gusta recrearse en sus actos, los disfruta «Como un buen gourmet». Ve la televisión, a veces durante quince, dieciocho horas ininterrumpidas, está al tanto de la ciencia culinaria.

Suelta el vaso en la barra y con un gesto le pide a Danielín que lo vuelva a llenar. Y completa la petición de viva voz: Y un redbull. Da unos pasos atrás. Dos pasos a un lado. Dos clientes casi interfieren la imaginaria línea recta que hay entre él y la diana. Aspira sonoramente por la nariz, eleva el labio superior. Echa el cuerpo hacia atrás y lanza el primer dardo. Violento, con fuerza, sonoro. La púa ha pasado cerca de la cabeza de un hombre con un mono de trabajo azul que gira la cabeza sorprendido, sin acabar de creer qué ha pasado. El otro hombre, el que está con él, sí ha visto a Ismael haciendo el lanzamiento.

—¡Coño! ¿Qué coño? —el del mono azul mira el dardo clavado en la diana.

Ismael se acerca a la barra calmosamente. Coge el vaso que le acaba de rellenar Danielín y bebe despacio, un tercio. Hace muecas con la boca. Se apoya en la barra. Mira su bebida incolora. El hielo flotando.

—¡Eh! —el del mono azul, unos cincuenta años, el pelo huyéndole hacia la coronilla en forma de olas sucesivas, marejada de canas y pelambre negra, trata de atraer la atención de Ismael, que lo ignora—. ¡Tú!

Ismael coge el bote de redbull. Echa la cabeza hacia atrás y bebe. Despacio. La lata entera.

El compañero del hombre del mono azul, achaparrado, cabeza elefántica, le pide por lo bajo tranquilidad a su compañero. Lo calma.

—Déjalo, es un chalado, ¿no lo ves? Dime, entonces del sindicato ¿nada?

Nada, del sindicato no hay nada pero el mamón de los dardos se aparta de la barra y vuelve a mirar la diana, de reojo se ve que todavía lleva flechas en la mano y por la cara de becerro, por la expresión sin vida que tiene en los ojos, se ve que es capaz de seguir tirando. Y tira. Aunque en esta ocasión Ismael se ha desplazado más a la izquierda y el dardo ha pasado a más de un metro del hombre del mono azul. Distancia calculada para inquietar pero no lo suficiente como para que el tipo se le encare. Una aparente muestra de buena voluntad. Se ha alejado un poco. Solo es un chico algo atolondrado, ese es el mensaje. Hasta el siguiente dardo.

Ismael espera. Mira con un simulacro de ingenuidad la diana, los dos dardos

anteriores clavados relativamente cerca del círculo central. El capullo del mono azul. Apunta. Es un hombre feliz. O todo lo contrario, radicalmente lo contrario. Pero está aquí, y está pleno, lleno de aire, lleno de vida, lleno de energía, pura energía, el paraíso, el infierno. Lanza. Lanza con mucha fuerza, como si en vez de acertar al centro de la diana lo que quisiera fuese incrustarla en la pared, partirla en dos, acabar con la diana, con el bar Danielín y su puta madre, esta alegría, esta fuerza que desata su brazo, que se prolonga en el dardo. Y el dardo pasa apenas a quince centímetros de la cabeza del operario. El monolítico azul. El hombre alucinado que abre los ojos sin dar crédito a la locura y que se siente invocado a participar en ella, a repudiarla, ahora sí apoyado por su amigo, que ha visto la cabeza de cobre, la punta metálica y las plumas de color azul del dardo pasar como un cometa absurdo tan cerca de la cabeza de su compañero, tan cerca de su propia nariz, y se dirigen los dos hacia Ismael, deseoso de recibirlos entre sus brazos, de sumergirse en el contacto, en el olor y la sangre de esos hombres, esos monigotes que la vida, generosa, pone a su alrededor y que dicen lo que dicen todos, Cabrón, hijoputa, loco, si muevo la cabeza me saca un ojo. Se cagan en su madre, le quieren romper la cara, borrársela, como él quiere romper las suyas, romper la tela de araña, rasgar la sábana y pasar al otro lado, libre, pletórico.

Con el antebrazo izquierdo agarra por el cuello al infeliz del mono azul, le mete la cabeza bajo su axila mientras con la otra mano le da un puñetazo en la sien al otro, el de la cabeza descomunal, que se tambalea como un tentetieso. El de azul golpea con el codo el vientre y el costado de Ismael, y él, el muchacho perdido, el hijo del laberinto, como contraoferta, le muerde la cabeza, la frente.

Se rompe el bar en un cuadro cubista, todo se desencaja así como nueve días atrás se desencajaron las paredes y los espejos del bar Tamarindo, así como un mes y medio antes se movieron y trastocaron los encuadres habituales del Numancia o tres meses antes lo hicieron los penumbrosos muros del Onda Pasadena. Oye y ve Ismael cómo a su alrededor gritan y se apartan los demás clientes así como en aquellos otros lugares gritaban, empujaban y se retiraban mientras él lanzaba una patada en la entrepierna al novio de la chica morena, la de la malla negra y las tetas marcadas a la que había rozado dos veces, mientras le daba un cabezazo y le partía el tabique nasal al tipo que lo había empujado al pasar y luego se había negado a disculparse, así golpea ahora la cara del hombre del mono azul. La cabeza del hombre todavía atrapada bajo su axila izquierda y su puño derecho estrellándose, de abajo hacia arriba, en continuos golpes contra los ojos, la nariz y la boca «El hocico» del hombre bufante. Todo tan lleno de

luz, de una luz tan pura, de un tiempo distinto, de tanta verdad.

Le da una patada en el muslo el de la cabeza grande, le salta por la espalda un espontáneo que intenta trabarlo, que lo traba, arrastran y tiran una mesa, estallan contra el suelo los tres vasos y una taza que había sobre el tablero, rebota por el suelo clinc clonc clanc una botella de cocacola, trata Ismael de golpear con su nuca la cara del que lo traba, recibe nuevos codazos, debilitados, del operario de azul, Ismael lo suelta para poder emplearse con el que lo tiene cogido por la espalda, se lanza hacia atrás, contra la barra, con la intención de aplastar al intruso, casi lo consigue, se abren los brazos que lo tenían asido, viene hacia él el de la cabeza gorda, Ismael se mueve, se acaba de liberar, el de la cabeza gorda le da otra patada, cerca de la entrepierna, Ismael le da dos puñetazos, en la oreja izquierda, en el cuello, el del mono azul sangra por la boca y la nariz, el bocado que le ha dado Ismael en la cabeza también tiene un leve flujo sanguíneo, el hombre apenas se sostiene en pie, con la sensación de que sus pies están pisando el techo y no el suelo del bar, Ismael se vuelve y mira al que tenía a su espalda, un chico delgado, impensable que tuviera tanta fuerza, está casi doblado sobre sí mismo, levanta las manos como si Ismael le estuviese apuntando con una pistola en mitad de una mala película, el mundo empieza a cobrar sus aburridas proporciones de siempre, se endereza el barco, todo depositándose en su sitio, aparecen de la nada las caras de los clientes asombrados, llega la voz de Danielín, sus gritos.

Ismael tiene su cara delante de él, bajo, nervudo «Con huevos aunque sea un viejo de cincuenta años». Dice las cosas que suelen decir los viejos y los pordioseros de la vida. Quién me paga esto, de qué vas tú, qué coño te pasa, a mí no me montas ni una más, no pones los pies aquí en tu puta vida.

Y él, por condescendencia, por estricta simpatía hacia Danielín «Cómo me gustaría que fuera mi tío mi primo mayor o mi abuelo», le dice Han sido ellos, han empezado ellos, yo estaba me has visto ¿no me has visto?, yo estaba tirando los dardos y desde el principio me han puesto mala cara esta gente se cree que el mundo entero es suyo y no se puede respirar porque los señores se molestan. Y viéndolos, viendo al del mono de trabajo sentado en una silla sin poder tenerse en pie y al macrocéfalo falsamente contenido por otro cliente, viendo esa escoria, Ismael abandona el tono calmoso que le debe a Danielín y siente cómo una nueva ola de vitalidad lo impulsa y cómo se sube a su cresta y vuela, ¡Hijoputas salir a la calle salir a la calle maricones que os arranco la cabeza a los dos!

Siente ganas de llorar, un desgarro profundo, una tristeza que quiere doblarle

las piernas, sentarlo como está sentado el mierda del mono azul, sentarse en el suelo y partirse el cráneo contra las baldosas «Los trozos de sesos entre los cristales rotos la sangre», y la visión de su sangre en el suelo, de su propio cuerpo allí tirado, le devuelve el vigor de la rabia y empuja a Danielín, que seguía hablándole, recordándole deberes, derechos, dinero, trabajo, destrozos, lo aparta, se vuelca sobre la barra, mira entre los paleles, los vasos, los trapos que hay al otro lado y encuentra el cubilete donde están los dardos, coge uno, plumas verdes, se vuelve, mira hacia donde está el tipo de la cabeza gorda, que se ha percatado de sus intenciones y a cojetadas corre hacia la puerta de los servicios, la abre, lanza el dardo Ismael y en el instante en que el fugitivo cierra la puerta el dardo se clava entero junto al monigote que representa un hombre.

No lo echan, no le pegan más ni se le acercan. Ismael da una patada a una silla y se dirige hacia la salida del bar Danielín, calle Ravel, cerca de la esquina con Wagner. Solo Danielín camina un par de pasos por detrás de él diciéndole que va a llamar a la policía, que no se le ocurra volver por allí, lo va a denunciar. Y cuando ya está en la calle, cuando Ismael recibe la bocanada ardiente de calor, es cuando el dueño del bar, envalentonado, le grita que sabe dónde vive y que la policía va a ir a su casa.

El sol rebotando en el escaparate de enfrente y el aire inflamado lo desorientan. La ginebra se agita dentro de su cabeza, como si su cráneo fuera un vaso a punto de rebosar. Mira a Danielín sin hacerle caso. Le dice adiós con la mano. Se toca el ojo derecho, dolorido, algún manotazo del tipo que lo ha agarrado por la espalda o tal vez del mierda de la cabeza gorda. Siente una llamarada de ira al recordarlo, ganas de volver al bar y derribar de una patada la puerta de los baños si es que el tío ese todavía está allí dentro. Lo ve aplastado contra los azulejos blancos, los ojos muy abiertos, la sangre en los azulejos, la policía, un juez, su madre en uno de los locutorios que se ven en las películas «Ese cabrón», y lo vuelve a ver, ahora caído al lado del retrete, la loza rota y el tipo muerto, sangre por todas partes. Pero sigue caminando. Acera adelante, atravesando la cortina de aire incendiado.

Le llega la luz potente de la avenida Velázquez, el trasiego de los coches, el bufido sordo de un autobús. Se palpa el cuello, también dolorido. Una contusión leve. Nada que ver con la noche del Numancia. Esa noche acabó en urgencias del Carlos de Haya. Seis puntos en la cabeza, dos en una ceja, uno en el puente de la nariz. La muñeca vendada. Declaración ante la policía y un juicio pendiente. Nada para asustarse. Y por supuesto nada que ver con el gran festival del año pasado, cuando se pasó dos días detenido y su abuelo, que todavía estaba

vivo, tuvo que mover todas sus influencias de viejo capitán artillero para que lo sacaran de los calabozos de comisaría y no lo llevaran a la cárcel.

Todavía el abogado lo intenta asustar con ese cuento. Con que en ese juicio lo condenen y pueda ir a la cárcel. Su madre también lo usa. Allí vas a acabar, tú allí y yo con la vergüenza, en la cola con las gitanas y los vecinos señalándome porque a ti te da la gana, allí te ibas a enterar, se te iban a bajar los humos ni psicólogos ni tonterías te ibas a enterar.

Ismael siente una arcada, se inclina apoyando una mano en la pared, pero no vomita. Le viene a la boca el sabor agriado de la ginebra, un poco de jarabe, el redbull. Lo escupe. Pegajoso. La comida que le dieron en comisaría aquella vez. Esa papilla verde. Crema de bilis, decía el tío de la celda de enfrente. Es de la mujer del guripa que operaron la semana pasada de la vesícula, decía. Una nueva arcada. Sigue andando.

Solo su abuelo. El único que no le daba la murga, ni su hermano, su hermano tampoco, pero su hermano por cobardía. Su abuelo lo miraba con prudencia. Le hablaba en voz baja. Decía las cosas justas. Cuando lo sacó de comisaría le dio una palmada en el hombro, no para felicitarlo, pero sí como a un viejo amigo que ha pasado por un mal trance. En el camino hasta su casa no le dijo nada. Conducía y ya está. Ismael se pudo relajar. Era todo tan nuevo después de estar encerrado. Había tantos colores, tanto movimiento en la calle. La gente iba de un lado a otro adonde quería sin darse cuenta de lo que eso significa. Su abuelo parecía comprenderlo todo. Hicieron el trayecto como dos hombres. El abuelo con unas gafas de sol de pera, las pecas en la calva y el brazo estirado agarrando la parte superior del volante. Solo al dejarlo delante del portal le preguntó ¿Estás bien? Y él dijo Sí. El abuelo levantó un poco la cabeza para señalar con la nariz la fachada de la casa de Ismael y dijo, Sube. ¿Tú no subes?, preguntó Ismael. Y el abuelo negó con la cabeza. No, ya he hablado con tu madre, sube, ya hablaremos nosotros. Ismael se quedó delante del portal y vio cómo se alejaba el coche.

Escupe babas. Sale al sol, el autobús que hay en la parada cierra las puertas, Ismael corre, da dos golpes con la palma abierta en la puerta. El conductor lo mira a través del cristal, sopesa, él vuelve a golpear. Le abre. Sube. Busca en los bolsillos el bonobús. Lo inserta, sin mirar al cabrón del conductor. Avanza por el pasillo, el aire acondicionado entrando por cada poro de su cuerpo, lo respira, lo siente como un veneno. El autobús arranca, el vaivén, otra vez el agua del cerebro oscilando, el sabor agrio en la boca.

La madre de Trini se ha vuelto hacia Guille con las manos puestas en la cara. Con los ojos muy abiertos. Siete u ocho uñas bermellonas como interjeciones en las mejillas. A Mónica se le han caído repentinamente dos lágrimas largas, autopropulsadas, mejilla abajo. Juno ha dicho, ¡Hostias!, y Montse, su madre, le ha hecho un gesto de negación al tío de Guille y luego le ha dicho, No Emilio, no lo sabe, no lo sabíamos. Pero ya era tarde.

Ya había dado la noticia sin querer, sin pensar que allí todavía no sabían que Dioni había muerto. Qué desastre una muerte así, esas habían sido sus palabras al ver a Montse, su querida Montse, la que casi le cuesta el matrimonio. Pero el antiguo romance pseudosecreto y la tristeza por la muerte de su cuñado quedaron aparcados al comprender que con esas palabras había dado a Guille la noticia de la muerte de su padre. A Guille y a todos los que ya superpoblaban el salón de ese chalet de la calle Sierra Pelada.

Emilio retiró las manos de los hombros de Montse y con los brazos en esa misma posición, casi los de un zombi con la voluntad sumida en una rara nebulosa, cruzó la estancia y se dirigió hacia el sofá donde —igual de vagamente, igual de extrañamente sumergido en un líquido espeso— lo esperaba su sobrino Guillermo.

Se levanta a cámara lenta Guille, recibe el olor, ese perfume a hombre, distinguido, vagamente cítrico, almizclero, de su tío, luego el contacto, la camisa, la chaqueta de verano, el roce de la mejilla, cómo será besar a un hombre, esa aspereza, labios, lengua, asco. Las manos de su tío en su espalda, ese calor. Por encima del hombro de su tío, Guille ve ese tropel de gente que se ha agolpado en su casa, todos callados, concentrados, mirando hacia él, ve a la madre de Trini, morena, todavía con las manos en la cara, el vestido vaporoso de la piscina subido, dejando ver los muslos bronceados, ve a Montse, a Piluca que niega con la cabeza y llora con gran sentido de la oportunidad, con gran profesionalidad, adulta hasta la médula, oye remotamente las palabras que su tío pronuncia cerca de su cogote y que apenas entiende, ser hombre, pasará, los que somos, tu madre, ve a Marcus, el profesor de inglés con la clase que debía dar a Guille repentinamente convertida en un velatorio, ve a Loberas, que aparta la vista, sorprendido en algo vergonzoso, la muerte, ve a Asunción Arnedo con su marido, el americano de los pelos azules, y no sabe cómo es posible que estén allí si no es por la misma incoherencia que tienen los sueños, ve a otra amiga de su madre Maica Terés, y sus dos hijos, Maiquita Cabeza, que mira la escena con las cejas alzadas, perpleja, y Currito Cabeza, el pequeño campeón de pádel que ha venido a jugar a la pista de la urbanización vecina y que ahora se abraza

lloroso a la cintura de su madre, intuyendo la presencia de algo que escapa al control de su madre, del mundo de los vivos, ve a dos hombres que no conoce, ve a Juno con su mandíbula cerrada por el candado de la hombría y ve a Mónica con sus dos lágrimas larguísimas renovadas pero sin contraer sus facciones, sin deformar la pose en el sofá, con sus piernas recogidas como una de esas diosas que se estudiaban el año pasado en el colegio.

Se separa Guille de su tío, que ahora le dice, Va a venir tu madre si quieres arréglate por si vamos, si tú quieres ver a tu padre o no, lo que diga tu madre o tú pienses de todas formas no tenemos prisa.

Ya está. Ya ha cruzado el umbral. Pero no siente nada. Está hueco. Una pelota que flota en el agua. Los otros sí. Los otros parecen ver algo que él no percibe. Lo miran como si llevara encima un disfraz que él no se ve. Han dicho cosas, han pronunciado palabras, incluso están llorando, pero nada ha cambiado. El mismo sol, la moto de su vecino Cristóbal remonta la cuesta con su petardeo de siempre, alegre, vivo. Pero ahí está Juno que vuelve a abrazarlo y le dice Fuerza tío. Y él agacha la cabeza y la mueve un poco, fingiendo estar afectado o por lo menos desconcertado, más desconcertado de lo que está, fingiendo superarlo, fingiendo dolor y ánimo. Qué pasaría. Qué pasaría si ahora se acercara a Mónica y le diese un beso en la boca. Si cruzara la habitación y se abrazase a la madre de Trini o a Montse y les tocara las tetas. ¿Estaría disculpado? Dirían pobre chico. No, Guille, no, ven. Ven hijo. Y lo llevarían cogido por el hombro como a un buen camarada, igual que ahora lo tiene Juno, su brazo, sus músculos alrededor de su cuello. Venga tío joder tú puedes. Es lo que le dicen a Currito Cabeza en los partidos, como se jalean Juno, Loberas y él tomando chupitos en el sótano del JuanCa. ¿Y JuanCa? Dónde está. Dónde se ha metido. Le dan ganas de preguntarle a Loberas. Quiere ver la cara que pondrá cuando sepa que su padre ha muerto. Que lo vea así, en medio de un montón de gente, todos atentos a lo que él diga o haga. Y esos, esos que ahora llegan ¿quiénes son? Una mujer rubia, un hombre algo más joven que ella con chaqueta de color claro. Amigos de quién.

Entra Jorge en casa de su novia. El fresco del aire acondicionado. Los muebles parecen haber crecido dentro de esa casa. Han tomado vitaminas. Todo demasiado grande para esas habitaciones estrechas. El formica oscuro del mueble bar saliendo de la pared como un monstruo que quisiera ocupar todo el espacio, la mesa encajonada, el sofá y los dos sillones que lo escoltan amontonados unos sobre otros. «La invasión de los ultramuebles», desde que

entró allí la primera vez Jorge siempre tiene la misma idea.

—Siéntate y cierra la puerta que se va el fresco —le dice el padre de Gloria. Los pelos que rodean la calva de punta, la cara abotagada, la pelambre blanca del pecho queriendo escalar su cuello lleno de pliegues y fallas rugosas.

—No, ya nos vamos Gabriel —responde Jorge, huidizo, cerrando la puerta.

—Siéntate, que estas cuando se ponen a arreglarse. ¿Adónde vais con el terral que hace? Aquí se está bien ¿ein? No veas cómo funciona la máquina —señala con la barbilla el aparato del aire acondicionado, asomando por encima de un aparador.

—Ahí, a dar una vuelta tomar algo, por aquí. Sí, se nota, la temperatura.

—Siéntate.

Jorge levanta una pierna para pasar por encima de los brazos unidos del primer sillón y el sofá. Luego la otra pierna. Le jode su corta estatura, piensa que lo ha invitado a sentarse para verlo en ese aprieto. Se sienta. El padre de Gloria resopla, mira desconfiado a Jorge. Hay olor a comida. O es el aliento del futuro suegro de Jorge.

—¿No trabajas hoy?

—Sí, ahora, dentro de un rato.

Aspira fuerte por la nariz Gabriel, abre la boca como si quisiera bostezar pero no lo hace. Tuerce el cuello para destensarlo o algo así. Seguramente estaba dormido cuando Jorge ha llamado al telefonillo. Jorge imagina que Gloria le ha abierto en sujetador y bragas. Más de una vez la ha visto así deambulando por la casa. El ruido de sus pies desnudos y ella pasando velozmente de una habitación a otra en ropa interior. A veces con una camisa o una falda en la mano, cubriéndose el pecho.

—¿Con tu primo no?

—¿El qué?

—En la tienda, con tu primo, trabajando.

—Sí.

—¿Y le va bien, con los cuadritos y eso? ¿Eso da para vivir bien con todos los que sois?

Se encoge de hombros Jorge. Piensa decirle que no son tantos, solo tres, su primo, Pedroche y él, más cuando contratan a Sedeño, y que además de los cuadros instalan marcos, molduras de puertas, pero para qué. Mira el gran mueble bar. Hipopótamo. El padre de Gloria lo mira de reojo. Es él, Gabriel, el que huele a comida. A comida pasada. Guisos, sótanos. Se acuerda de cuando

era niño y entraba con su hermano Ismael en los sótanos encharcados de los pabellones militares en los que vivían sus abuelos.

Se queda Jorge pensando en aquel sótano sin querer oír la pregunta que Gabriel le hace, por segunda vez:

—Tu hermano, que cómo anda, ¿tranquilito o ha tenido otro follón?

—Bien. No. Bien.

—¿Sabes que el hijo de Ramírez lo conoce? De los Mártires.

—¿Ramírez?

—Jé, Gamíre —se está tocando con la lengua una muela trasera, acaba la faena odontológica—. Sí, Ramírez. El soldador. Amigo de Villanueva.

—Ah, el Toto.

—El Toto, ese, Villanueva. Amigo suyo, de Ramírez.

Se oyen los pasos de Gloria. Aparece. «La morada, la camiseta que me gusta.» La melena recién alisada, brillante, como siempre se le queda después de la playa «El agua del mar.» La camiseta dejando ver los hombros y los brazos ligeramente enrojecidos por el sol, ajustada «Las montañas moradas mi Everest y mi Mulhacén».

—¿Nos vamos? —ella también mira de reojo a su padre.

—Sí —Jorge hace amago de levantarse, sus rodillas tropiezan con la mesa.

—Le dio una buena —el padre de Gloria se echa a un lado para ver mejor la cara de Jorge.

—Qué.

—Tu hermano, le dio una capuana, una de las buenas. Al hijo de Ramírez.

—Papá, déjalo ya.

—Estoy hablando con él. Dialogando.

Jorge consigue ponerse de pie, pasa una pierna por encima del brazo del sofá. Está a horcajadas.

—¿No lo sabías?

Jorge está aturdido, no sabe de quién le están hablando exactamente.

—¿El qué? ¿A quién dice, con quién le pasó eso? ¿Con el Toto?

—¡Con el Toto! ¡Cómo va a ser con el Toto!

Gloria coge del brazo a Jorge, tira de él.

¡Espera! —Jorge protesta, desequilibrado entre el sofá y el sillón.

Gloria hace un gesto de fastidio.

—Que me iba a caer —se disculpa Jorge pasando la pierna al otro lado.

Tierra firme.

Gloria se adentra por el pasillo diciendo:

—¡Las gafas!

—Yo sí que estoy contento de mis hijos. Mi José Manuel en la academia militar y mi Gabriel triunfando en Méjico.

—Ya —Jorge teme que le caiga el discurso de los futuros cuñados. Como oye a Gloria trastear en los cajones y farfullar sin encontrar las gafas de sol hace un amago de contraataque.

—En la de suboficiales ¿no?

—En la abademia eo e lo be imborta —vuelve Gabriel a la espeleología de la muela, desata la lengua y repite—: En la academia, eso es lo que importa. Con galones. Lo que importa son los primeros, luego te caen unos encima de otros. Los galones. Yo me tenía que haber reenganchado.

—Ya.

—Y Gabrielito con un contrato que le van a hacer en Miami, para la tele. Ese sí que va como un tiro. Ese se nos forra.

—¿Todavía hay cosas de esas?

—¿Cosas de qué?

—De telenovelas, de tebeos con fotos, ¿no hacía eso su hijo?

—Na.

—Las fotos como un tebeo y luego les ponían las letras de lo que hablaban, como los tebeos…

—Qué va.

—¿No?

—Qué coño. Eso lo hizo al principio. Hace un montón de años.

—Yo creía.

—Qué va.

Los pasos de Gloria, el eco del pasillo, la camiseta morada surgiendo del más allá.

—Ya está —lleva las gafas de sol en la cabeza, despejándole la frente «Se le pone cara de puta así, un aire a la Vane»—. Nos vamos.

—De eso hace un montón de años.

—Papá, venga ya.

—Eso es cuando llegó a Méjico, ahora, le estoy diciendo contándole lo de Gabriel, lo del contrato de Miami.

—Ya lo sé —la impaciencia de Gloria.

—Tú sí pero él no lo sabe, se lo estoy diciendo, y lo que dices de las fotonovelas, eso al principio para abrirse camino.

—Ya, me lo dijo Gloria, que hacía de modelo y esas cosas raras.

—Na. De modelo no, que hizo unas pruebas. Modelo no, eso tampoco es raro, ¿por qué dices raro? No lo hacen solamente las tías. Ahora es para la tele, un pograma que va a ser un pelotazo.

—Papá.

—¡Joder niña! Te pareces a tu madre coño.

Gloria se cruza de brazos, saca la cadera, dobla el cuello. Mira con pose de estatua hacia la enormidad del mueble bar, quizás mire esa especie de hornacina en la que está la foto enmarcada del susodicho Gabriel, rubiasco, relamido, pajarita, foulard, tupé. En el hueco de al lado está el otro hermano. Boina militar calada, ceño fruncido.

—Bueno pues nada, adiós.

Gloria descruza los brazos, se tira de la camiseta hacia abajo —resurgen los pechos del morado como dos radiantes boyas—, da dos pasos y ya tiene el pomo de la puerta en la mano, da un golpe de cuello, casi se lo parte, para reacondicionarse la melena y abre la puerta. Entra una aparatosa bocanada de calor, se cuela en la casa como un borracho y choca contra el mueble bar, rebota por las paredes.

—Y eso, lo de tu hermano lo que le hizo al hijo de Ramírez, que tenga cuidado porque siguen hablando con un abogado y se le puede caer el pelo. Esas cosas no se hacen y si se hacen se pagan, eso no es.

—Ya, bueno hasta luego.

—Cierra que se va el freco. Cierra.

Vibra con insistencia el teléfono en el bolsillo de Céspedes. Apura el último trago del whisky, deja que el hielo le queme dulcemente el labio superior. Carole lo advierte.

—Las chicharras del verano —dice—. ¿No lo coges? ¿Temor o educación? Si es educación no te preocupes, cógelo, mejor acabar de una vez y que pare el incordio.

—Perdona —Céspedes se dobla en el asiento para sacar el teléfono al tiempo que le señala su vaso con restos de hielo a un camarero, indicándole que lo rellene—. Increíble este cabrón —dice al ver la pantalla del móvil.

Carole entorna los ojos. Se deja envolver por la atmósfera acogedora del restaurante, por la temperatura perfecta. Céspedes pasa el dedo por el vidrio, su monosílabo transmite malagana, desprecio, deseos de humillar, provocación, ira contenida. El monosílabo es casi un insulto:

—Di.

—Céspedes, soy Villaplana, Rafi.

—Di.

—Perdona si no es el momento pero hay un dato tengo un dato sobre eso que ahora te puedo confirmar y que es importante, que debes tener en cuenta antes de tomar una decisión y que nos puede venir muy bien… ¿Céspedes? ¿Me oyes?

—Sí oigo, lo oigo todo oigo hasta el tintineo de las moneditas en tu bolsillo.

—Ya bien —cesa el tintineo, el tono de Villaplana se hace algo más duro, quiere ser más digno— bueno, al grano, lo que te quería decir es que tengo a un geólogo, un experto que puede dar unos informes que avalen la operación.

—¿Un geólogo?

—Sí, experto, profesor en…

—¿Y para qué queremos un geólogo?

—Es un profesor que ha trabajado en Israel, profesor de la universidad, catedrático.

—Quién.

—Ruiz Sinoga.

—¡Qué!

—¿Eh?

—¡Qué dices!

—Ruiz Sinoga.

—¿Jose Damián?

—¿Cómo?

Carole abre un ojo. Observa la dulce Polifema a su Galateo con una mezcla de curiosidad y censura. Céspedes hace un esfuerzo por bajar la voz:

—¿De qué coño me estás hablando?

—¿Lo conoces?

—¿El amigo de Fernando Arcas?

—Ese no sé quién es.

—Yo sí. Él y su amigo.

—¿Y?

—¿Y?

—Sí, de qué va, el que te digo.

—Eres la hostia Villaplana.

—Céspedes, qué pasa, un geólogo puede hacer informes sobre el terreno ¿o no?

Carole abre ahora los dos ojos. Los deja entornados. A pesar de todo le agrada el sonido de los cubitos de hielo que el camarero deja caer en el nuevo vaso de Céspedes. El líquido derramándose sobre el agua cristalizada.

—Bueno y qué pasa entonces —inquiere Villaplana a medio camino entre la altivez y la inquietud.

—¿De verdad crees que Sinoga es de esos que como tú dices puedes engrasar y a otra cosa?

—Se pueden hablar las cosas y hay formas. No soy un patán, no te equivoques conmigo Céspedes.

—Claro. Eres un tipo elegante, seguro que no llegas a su despacho de la universidad con dos putas ni echando un sobre con billetes encima de la mesa. Tienes clase. Aunque parece que no sabes que hay gente que además tiene principios. Y que los cumple.

—¿Lo dices por ti?

—Yo aquí no pinto nada. Lo digo por la gente de la que estás hablando. ¿Sabes? Eres, podrías ser un tipo simpático Rafi, para tomarse unas copas, hablar de tonterías, pero ya está, nada más. Si esas son las ideas que tienes no salgas de tu barrio ni de tu hotel ni de esa gente que le sisa a la empresa con los proveedores y ve con el cuento a tu suegro.

—Ya vale Céspedes. Te estoy dando una oportunidad.

—Gracias. Pero déjame decirte una cosa.

—Di —Rafi Villaplana trata de imitar a Céspedes con su monosílabo.

—Métete la oportunidad por el culo.

Céspedes corta la llamada, echa el teléfono sobre el mantel. Carole lo mira desde el otro lado de la mesa.

—¿Un amigo?

—Íntimo.

—Se nota el cariño.

—Sí, supongo —Céspedes se lleva el vaso con el nuevo whisky a los labios. Bebe, tratando de que el whisky se lleve la bilis.

Bebe y quiere pensar que la bebida, la mirada irónica de Carole, la atmósfera apacible del restaurante, son la única realidad tangible, algo mucho más sólido que su vida anterior, perdida por un inmenso desagüe. La conversación telefónica que acaba de tener es un residuo lejano de aquella otra vida. Esas algas que arrancadas del fondo del mar llegan a la orilla y se pudren al sol.

Tuerce el cuello Carole. La melena se le derrama por un hombro, y pregunta:

—¿Y ahora? ¿Adónde vas a llevarme hombre sin brújula?

—¿Ahora?

—¿Hay trenes que van a otra parte?

Carole sigue mirándolo. Parece que lo hace con piedad. Un perro extraviado al que se le ha dado de comer y al que hay que dejar que siga su camino. Céspedes intuye el trasfondo de esa mirada «No, ya no hay más trenes, y lo sabes».

Ese mundo sólido, el whisky, Carole, el restaurante, un mundo al que apenas le quedan unas horas de vida. Eso es lo que él sabe. Está al otro lado de todo. Quizás exista algún pasadizo, una grieta, algún modo de regresar al mundo anterior. Pero la sola idea de hacerlo, la imagen de su casa, su despacho, su secretaria, su mujer, lo llena de desolación. Mejor apurar lentamente la bebida, mejor apurar el tiempo con Carole. Aquí, ahora. «Es una hora de un día de principios de agosto.» Nada más.

Esta es la hora de un día de principios de agosto. Jorge y Gloria caminan en silencio por el lado en sombra de la calle y aun así el asfalto recalienta las suelas de sus zapatillas. Como si anduvieran sobre las brasas de un incendio. Llegan a la calle Bisbita, salen al sol, la pequeña explanada con la palmera. Jorge toma de la mano a Gloria para cruzar la calle. Ella se suelta.

Esta es la hora de un día de principios de agosto y Gloria le pregunta a Jorge por qué ha tenido que decirle a su padre lo de su hermano, todo eso de las fotos y que si era modelo, sabiendo lo que le jode. Jorge se encoge de hombros, dice No sé. Todo ese laberinto, todas esas calles sin salida que su novia tiene en la cabeza. Se queda callado. Qué mierda le importan a él el tío ese, siempre con el rollo de sus hijos, el medio maricón de México que ahora dice que se va a Miami a seguir mariconeando y el otro imbécil que se cree el primo de Rambo.

Llegan a los bancos, un poco de sombra. Se sientan. La camiseta morada se repliega contra los pechos de Gloria y eso es más que suficiente para que Jorge se explique a sí mismo por qué no dice lo que piensa y se calla, por qué está ahí

en esa tarde de agosto. La limosna. Vuelve a coger la mano de Gloria, corta, carnosa, se inclina sobre ella. Intenta besarla en los labios. Solo alcanza a pasar los suyos por la cicatriz que ella tiene en la comisura de la boca. Huele ese gel, esa frescura que al mezclarse con la piel de Gloria provoca un olor que lo perturba y que le trae al paladar de la memoria los momentos en que está sobre ella, su boca metida entre el cuello y el hombro y la melena de ella. Lo mismo que esa cicatriz, esa raya pálida que acentúa la mueca de desprecio o desagrado de la boca y que le hace recordar los instantes en que ella gime y cierra los ojos y es su boca cerrada, la cicatriz, quien revela toda su sensualidad y su placer, toda esa exuberancia que ella se empeña en tragarse, en dejarla dentro de su cuerpo, atragantándose, doblándose. Un monstruo dentro de su cuerpo que le cambia los huesos de sitio y la deja exhausta. Blanda, dócil, sin ser ella durante unos instantes.

Y ahora está ahí, a su lado, ofuscada, metida en uno de sus silencios, desaparecida en lo hondo de sí misma. Dejando a flote la boya de su olor, los hombros, los muslos apretados por la tela del pantalón vaquero, los pies con las uñas pintadas de sangre oscura asomando por las tiras de la sandalia.

Los hombros y la voz que vibran porque de un portal cercano ha aparecido Estefanía Villaplana y le ha dicho algo de un concierto, algo que las dos debían de haber hablado días antes, deduce Jorge. Las dos se ríen. La risa que Gloria tiene para los demás. Algo que para Jorge ahora está vetado, no sabe muy bien por qué. Estefanía no acaba de acercarse a ellos. Tiene la boca hermosa. Es arisca y tímida y está ahí en esa tierra de nadie, sin irse ni acercarse. Todavía vuelve a decir, Ya sabes, te llamo, y luego levanta la mano, y, entonces sí, se va. Los hombros tensos, los pasos cortos. El sol se la come. Y Jorge se dice a sí mismo que es el hermano de esa chica quien se folla a su madre, se pregunta si ella lo sabe. Si ella lo sabe también Gloria lo debe de saber, y se pregunta qué esconde esa cabeza que ahora está tan cerca de él. Ya cambiará, ya encontrará él la llave del laberinto. Y sobre lo de su madre, él es el primero que no quiere hablar.

Gloria aspira aire por la nariz de forma sonora. Como si diera por acabado algo. No se sabe qué capítulo interior. Del bolsillo trasero de su pantalón saca un paquete de Marlboro y del paquete un porro. El irregular cilindro blanco entre sus dedos cortos. Sonríe a Jorge. La mira a los ojos, ese reflejo de sol y pestañas en un estanque con destellos verdes. Sí. De nuevo las promesas en marcha, de nuevo el oxígeno se expande con libertad por todo el organismo del ya ex taciturno Jorge que se apresta a coger el encendedor Bic, rojo, como las uñas

rojas de Gloria, y lo aproxima al extremo que pende de la boca de su amada, pulsa la tecla azul y la obediente llama quema el papel, las hebras de tabaco y los grumos de resina de hachís, tan cerca de la cicatriz, tan cerca de las promesas en esa tarde de agosto.

El olor de la resina, el olor de Gloria, sus labios contraídos alrededor del irregular cilindro y luego el humo escaso, deshilachado, apenas visible saliendo de la boca entreabierta. Un poco de brisa, de ese aire perezoso, recalentado, asmático, estremece la parte alta de la palmera que tienen al lado y levanta un rumor leve, el oleaje suave de la felicidad. Sabe Jorge que la paz ha vuelto y con la paz la promesa de llevar a Gloria a la Kangoo y comprobar en la palma de sus manos la textura, la blandura, la dureza, la rebeldía de los pechos sobre y bajo la camiseta morada. Sabe que verá los ojos enturbiados de Gloria por el deseo, la cicatriz despótica tensándose, que tendrá la lengua de Gloria dentro de su boca y la boca y la lengua de Gloria bajando hacia su entrepierna succionando y lamiendo mientras él con la mano amansa la melena recién cepillada, ese calor de la nuca, ese trigal oscuro.

Y con los dedos levemente temblorosos y esperanzados toma de entre los dedos seguros de ella el porro y lo lleva a sus labios y aspira. El calor y el nudo en sus pulmones. La promesa, la sonrisa de Gloria.

Y es allí, en ese banco a la sombra, en esa hora candente en la que avanza una tarde de agosto cuando Jorge, Gorgo, el infeliz hermano de Ismael, el hijo menor de la durmiente Amelia, ve cómo por la esquina dobla el Tato, que hace un regate pateando una lata vacía de cocacola y tras él, con paso calmoso, aparece el Nene Olmedo, que le afea al Tato el penoso toque de balón. El Nene, dice Gloria aspirando al momento una nueva bocanada del canuto. Ya tiene ella los ojos brillantes, levemente enrojecidos, cuando el Tato se detiene ante ellos y le dice, Gloria bonita cómo os lo montáis, mira ¿conoces tú al Nene? Gloria sonríe y dobla el cuello, dócil, cervatillo de los cuentos.

Y el Nene Olmedo llega, unos pasos por detrás, del Tato. León de la sabana, lobo de los bosques. Y calibra al Pulgarcito Jorge, a la bella Gloria, el peso de las tetas en la camiseta morada, el dorado de los hombros derramándose como una catarata suave por los brazos y, se supone, también por el vientre, los muslos y la espalda.

¿Quieres?, dice la achispada Gloria, extendiendo el brazo casi perfecto con el porro cogido en la pinza de los dedos. Natural, responde el Tato, y con los dedos marrones, zarpa áspera, uñas trabajadas contra la intemperie y el barro de los días, atrapa la hierba ardiente y se la lleva a los labios oscuros, color burdeos,

pelillos ralos de bigote, perilla descompuesta. Traga, retiene, habla con la voz hacia dentro, Flojo, dice. Y con un gesto, extendiendo hacia el Nene Olmedo el medio porro, interroga a Gloria si tiene a bien invitar a su colega a la golosina. Claro, apenas susurra ella frunciendo el ceño, dando por descontado que la endeble droga es comunitaria. Y el Nene Olmedo, camiseta negra, brazos como látigos, nervio y tendones, toma el cigarrillo e inhala con profesionalidad y brusquedad. Rápido e intenso, una definición de sí mismo. Se lo da personalmente a Gloria, inclinándose más de lo preciso, serio, con la lengua asomando entre los labios perfilados, como si allí hubiera una hebra.

Tú eres la hermana del José Manuel, afirma más que pregunta el Nene. Por contestación, Gloria se lleva a los labios el papel ya reblandecido y medio tintado de gris del porro, y aspira una bocanada profunda, lo que para ella es profunda, mirando los ojos del Nene Olmedo, y es entonces cuando Jorge, ignorado por todos, conscientemente declarado invisible por el Nene, introduce la mano en el denso campo de visión de su novia y del intruso y toma entre sus dedos la recalentada colilla. Ni siquiera así obtiene una mirada del Nene.

Es el Tato, segunda división, quien de pronto parece advertir su presencia, lo identifica y le dice, Jorge qué haces, la goma esa es potable pero ¿quieres de probar una potente? Y Jorge entorna los ojos como un experto del hampa, condescendiendo. Natural. Y así recibe la limosna de un reojo del Nene Olmedo, que se arremanga la ya arremangada camiseta de manga corta hasta las sisas y vuelve a preguntarle a la flotante Gloria, ¿Y va venir pronto el José Manuel de permiso? Y ella, la cicatriz modulándose, los labios ondulándose como los brazos de una bailarina árabe, dice No sé, él nunca dice nada, un día se presenta, otro día se va y así. Ese es su rollo, confirma el Nene Olmedo y pone un pie en el banco, justo en el espacio que separa los muslos de Gloria y Jorge.

Y esta es la hora de un día de principios de agosto en la que el terral se ha hecho el amo de todo y gobierna las cabezas, entra por los poros, los oídos y por cualquier orificio abierto en el cuerpo de cualquier ser humano, bestia, máquina, casa, puerta, grieta, ventana, rendija, herida o llaga. Y todo lo reseca, todo lo deja flameando, no se sabe si más vivo o muerto después de su paso. Conmocionado, alterado como los incendios alteran los montes, las calles, los edificios y avivan y perturban los espíritus.

Y es así como la doctora Ana Galán desciende del coche de su amigo y colega Quesada, pisa el asfalto granulado, sube los peldaños, sin saber si sube o baja del cadalso seguida por la sombra de Quesada, introduce la llave en la cerradura quemante de su chalet, y ya viuda, por primera vez viuda entra en la

casa del difunto, en la vida del muerto, en los restos del naufragio o en el botín de la libertad, ese cofre todavía sellado. Entra y encuentra esa algarabía funeraria, esa excitación crónica de los velatorios, las muecas inesperadas de sufrimiento al verla. La voz se ha corrido, se ha propalado el desastre de la muerte sin que nadie, eso sí, conozca las circunstancias. Solo el dolor, como una sustancia vaporosa a veces, líquida y corrosiva otras, va de un lado a otro.

Un pie, una vieja zapatilla Nike sin cordones, es la bandera que el soldado Olmedo ha colocado entre Gloria y su novio Jorge. El pie, la pierna, el vaquero ajustado casi cosido al tobillo desnudo, bronceado, casi renegrido, doblemente huesudo como huesuda es la cara e incluso la mirada del Nene Olmedo. Huesudo y fibroso como son los perros callejeros, esos que siempre lo entienden todo unas décimas de segundo antes que los demás. La camiseta morada de Gloria es ahora una punzada en el pecho del desarticulado Jorge. Como los brazos desnudos de su novia, como los ojos brillantes y aterciopelados o la cicatriz que ahora parece blanda, flotando en el oleaje de la carne y de los labios.

Busca con sus ojos brillantes Ana Galán a su hijo en medio de la invasión que ha sufrido su casa. Entre las muecas dolientes ve a su hermano Emilio, siente y contiene la repugnancia al verlo hablando con Montse, vence el rechazo y se dirige hacia él, y antes de que él la abrace le pregunta ¿Dónde está Guille? Arriba, en su habitación. Y mientras abraza a su hermano abre un ojo y ve a Montse con la cara contraída por la pena, casi al borde del llanto «Ella que casi le rompe la familia y hace que lo dejen en la calle y sin trabajo, y él poniendo todo en peligro, por un coño porque un coño le gusta más que el que tiene, por un culo una polla Dioni, arrastrado, muerto, no pensar». Habrá otro día para las venganzas. Ahora Guille es el centro de su dolor.

«Mueren como chinches en estos días de calor», oye decir Julia Mamea a su espalda, en el aparcamiento del hospital. Mira y ve a dos auxiliares, una rechoncha, los brazos separados del cuerpo como las alas de un ánade que aprende a andar, la otra espigada y zancuda, que se pierden entre el laberinto de automóviles brillantes, recalentados. Alza Julia la vista y mira el edificio gris. Las ventanas despidiendo reflejos como alaridos. En sus tripas el cadáver de Dioni. La gran trituradora sigue en marcha. Mañana el horno crematorio. Entra en su coche, previamente puesto al ralentí. El aire acondicionado ha conseguido una temperatura soportable. Mira de nuevo el móvil, pasa la yema del pulgar por la pantalla. La tentación de enviar un nuevo mensaje a Céspedes. Cabrón. Abandona el teléfono en el asiento de al lado. Quita el freno. Tiene que ir a casa de Ana Galán. Debajo de la escayola está la piel herida. Y cuando Ana decida

desprenderse de la armadura es probable que la necesite. Sabe que no será hoy, ni mañana, pero mejor ir a verla, enviarle el mensaje de que estará cerca cuando la necesite.

Las calles desiertas y al otro lado del vidrio el padre Sebastián Grimaldos observa el callejón, la pared de ventanas y persianas, la desolación de una ciudad vacía «En manos de Dios» y se compara con la mosca que tiene a su lado posada en el vidrio, quieta, exhausta después de intentar traspasar inútilmente el cristal, «Pronto lo intentará de nuevo zumbará y es posible que yo la mate». La mosca, contemporánea suya «Coincidiendo los dos en este momento de la eternidad, en este mismo lugar y en este mismo instante dentro de la inmensa marea del tiempo, fraternales, los pensamientos absurdos el calor y la hora que enturbian la mente, la llamada de ese hombre reclamando el donativo de su mujer, esa pobre loca, relojes, joyas, sobres, billetes, en el seminario pensé en las misiones, y las misiones eran esto, un callejón triste en una tarde de agosto, la máxima prueba a la que puedo ser sometido tan parecida a la nada, esa descarriada mental acosándome, el confesionario también puede ser una fortaleza sitiada ahí también sufrimos persecución también puede ser una celda, se clavó de rodillas haciendo tambalearse el confesionario entero Moby Dick y me dijo He pecado padre he pecado de forma muy maligna contra el sexto mandamiento, y me lo dijo antes de que yo ni siquiera le preguntase me dijo que había tenido en mente tener un hijo mío que desde que me vio dar la primera misa lo pensó y lo deseó porque ese era el camino natural y además la búsqueda de un ser puro, nuestro hijo, lo decía susurrando, iluminismo de barrio y analfabeto, Dios mío, y no le bastó con eso, yo la intentaba callar era mi deber, pero ella seguía diciendo que sabía que era imposible que ella lo sabía pero que quería confesarlo porque era algo que le dolía muy dentro y que le dolía mucho y al mismo tiempo lo deseaba y que siempre lo iba a desear y que por eso buscaba un consuelo o un remedio y que además del deseo limpio de ver un hijo nacido de su vientre y de la semilla de un hombre puro el cuerpo se le rebelaba y le pedía saciar esa sed se lo exigía del modo que fuera, pobre loca, y que en el baño, En el baño padre, me dijo, en el baño uso el mango del cepillo del pelo y me satisfago con la mente puesta en la concepción padre pero me satisfago así con el mango del cepillo padre pensando y deseando lo que no debo lo que no puedo, con su aliento llegándome a través de la celosía con el olor de su cuerpo y su monstruosidad sin obedecerme sin callarse, Padre perdóneme padre perdóneme también para mí es un tormento soy esclava de ese demonio no me suelta por mucho que lo imploro y me dan tentaciones de castigarme pero nada más que usted me puede ayudar,

qué disparate viene a la iglesia cuando tendría que ir a un psiquiatra, llevarla a un manicomio y así ha continuado desde entonces aunque al menos después de amenazarla con no poder darle la confesión conseguí que omitiera detalles que no me hablara de mangos de cepillos de todo eso que ella llama las suciedades por mucho que el hijo, nuestro hijo lo llama, sea un deseo que la asalta, un deseo imposible reconoce al menos, platónico, eso dice, platónico, la de carcoma que debe de tener haciéndole túneles en el cerebro, pobre y pesada loca, tan doloroso todo y tan cerca de lo cómico como aquella otra mujer confesándome que se masturbaba con la minipimer, hablando yo con lo más hondo de mí mismo para no reírme, había descubierto los beneficios de la vibración del aparato y se apoyaba contra la encimera con la minipimer entre las piernas hasta que las cuchillas le agarraron la falda se la destrozaron y casi le seccionan la femoral o algo así suerte que solo fueron unos cortes superficiales según dijo y a partir de entonces lo hizo sin el brazo de acero, solo con el cuerpo central del electrodoméstico, ese fue su propósito de enmienda quitarle el brazo con las cuchillas a la minipimer para masturbarse con ella apretada entre los muslos de pie en la cocina agarrada al fregadero y con remordimientos según decía muchos remordimientos, o ese otro lunático que cada vez que ve un crimen en el periódico piensa que tal vez sea él quien lo ha cometido y no lo recuerda, y viene con todo su arrepentimiento, Señor esta es mi parroquia esta es mi misión lo que en el seminario veía como un largo camino de redención, esto era en esto quedan aquellos sueños de apostolado, estas son las ovejas del buen pastor, mi consuelo, así que quién puede recriminarme que vea a Lorena que haga el amor con ella que intente conservar un poco de aliento y humanidad en medio de esta nada en la que empiezo a ver a mis congéneres como maniquíes piezas de bolos a las que una pelota oscura se les lleva la cabeza, sin poder traspasar yo tampoco el cristal que me separa del mundo solo las tardes con Lorena solo esos momentos y la paz la recompensa de algunos fieles agradecidos que creen en mí en lo que digo en lo que a mí me dijeron, sí, esta es mi parroquia y este es mi rebaño, verdaderamente Dios es la menor de mis preocupaciones».

Es un material mucho más potente, eso es lo que le dijo el Tato al pasarle el canuto a Jorge y es lo que Jorge repite ahora, Este material sí que es potente, al probar el nuevo porro surgido de las manos del Tato. Quiere congraciarse con el Tato y también quiere marcar el territorio con el Nene Olmedo, que sigue de pie, yendo y viniendo, dando pasos y más pasos en cuatro o cinco metros de baldosas, un animal en su jaula, apoyando su pie en el banco entre Jorge y Gloria, torciendo el cuello para destensarlo, cogiendo el pelo de Gloria y

llevándoselo a la nariz, Cómo huele tu pelo nena parece gominola pero mejor, le ha dicho, y Gloria, aliento para el postergado Jorge que ha dudado si intervenir, se lo ha arrebatado, le ha arrebatado de las manos su propia melena recién lavada y ha mirado con desagrado al Nene Olmedo, que se ha sonreído, felino, gato callejero, y ha continuado mirando a Gloria susurrando algo, tarareando algo para sí mismo, con la sonrisa traviesa, seguro de tener ya en su mano a la joven, y el Tato diciendo Buen rollo, pasando el porro, ¿el tercero, el cuarto?, buen rollo.

El Nene Olmedo, por primera vez, ha mirado directamente a Jorge y le ha dicho, Qué suerte tienes colega, y Jorge, no sabe si por esas palabras, si por comprobar que era capaz de penetrar en el universo de alguien casi legendario como el Nene Olmedo, amigo de los Dalton, curtido en robos, o por lo menos en tirones y en calabozos, le ha dicho con aplomo peliculero, Lo sé tío.

Y eso, sumado al calor desproporcionado, a una porosidad que lo convierte todo en volátil, a la creencia de que Gloria es materia deseada pero que solo le pertenece a él, sumado a las bromas de colega que le gasta el Tato, hace que a Jorge se le suelte la lengua y hable. Habla del fenómeno del día, no de su hermano Ismael y de cómo ha troceado las cortinas de su casa en forma de triángulos equiláteros, sino de Pedroche y de cómo su mujer le ha pegado con una bota en la cabeza y le ha marcado la cara y la calva. Se ríe, se ríe Jorge de lo que no se ha reído por la mañana como si ahora recibiera la noticia, como si ahora viese por primera vez la cara abotagada y vacuna de Pedroche, con las tiritas, los ojos líquidos y los párpados a media asta, Joder nada más le faltaba un cencerro un cencerro de esos grandes que les ponen a las vacas, el caraculo.

Y se ríe el Tato, ¿La mujer, tío? ¿La parienta le ha dado una capuana? ¿De qué va el menda colega? Qué punto. Se ríe, se ríe hasta las lágrimas, encorvado en el banco, Jorge. Negando con la cabeza, intentando volver a hablar, vuelve a reírse ante la mirada expectante del Tato y la mueca de desprecio del Nene Olmedo, que murmura para sí, Niñato.

Y entonces es cuando lo cuenta todo. Entonces es cuando Jorge cuenta que el pelanas ese con el que trabaja está casado con una loca que le ha dado a un cura todas las joyas que tenía en la casa, los anillos, las cadenas, las cosas de ella y de su familia aparte de una pasta, todo se lo ha dado con la cabeza volada a un cura y como el marido le ha dicho pero qué coño has hecho la tía se quitó la bota, lleva botas con el pedazo de calor que hace, y se lió a darle pum pam con la bota en la jeta y en la chola.

¿Y el menda se dejaba?, pregunta verdaderamente perplejo el Tato. Y la sola

imagen de Pedroche recibiendo botazos vuelve a dejar sin habla a Jorge, el pequeño Gorgo, que se vuelve a doblar en el banco, se vuelca contra Gloria, que después de unas risas primeras ya lo mira incómoda. Se medio incorpora Jorge, niega con la cabeza, mira al suelo y vuelve a reír y finalmente consigue decir No. Solo eso antes de una nueva risa de perro, babeante, medio silenciosa, antes de decir, El tío iba conduciendo, y entonces le sobreviene un nuevo ataque cómico, se ríe también el Tato, mira con la boca abierta el Nene Olmedo ahora detenido en su inquieto deambular por los tres metros cuadrados que tiene a su alrededor.

Abraza la doctora Galán a su hijo, lo atrae contra sí y el hijo, desconfiado y con miedo, se deja llevar por la corriente de un río desconocido.

Hasta que paró el coche hasta que lo paró la tía estuvo dándole, iban en el coche y ella se quitó la bota la tía mide la tía es más alta que tú Tato por lo menos mide uno ochenta o lo parece con las botas y él como yo de bajo, y empezó a darle sin gritarle ni decirle nada, nada más se quita la bota y empieza pim pam pim, joder qué risa. Lo mira el Tato con las cejas alzadas, Joder, dice. Se podían haber matado con el coche menos mal que el menda con la que le estaba cayendo atinó a parar y a bajarse y salió corriendo joder qué gracia, dice Jorge, ahora con el ataque de risa aparentemente calmado.

No veas qué chapú, ¿y ahora, ahora el cura se queda con las cosas?, cómo son esa gente, pregunta y comenta el Tato. Sorbe Jorge, se limpia la boca, siente de pronto la presencia renovada del calor. No que va, responde. Es legal entonces el cura, argumenta el Tato. Se lo va a devolver al socio de mi primo que ya ha hablado con él, es legal, extiende el brazo Jorge reclamándole al Tato el canuto nuevo, y ya el interés del Nene Olmedo se acaba de concretar, ya se ha acabado la broma y el juego con la melena con olor a gominola de la chica, ya se han acabado sus tetas y su rollo que siempre van a estar ahí, no como las joyas y la pasta del panoli del que están hablando.

El tono, solo el tono, del Nene Olmedo todavía es de mera curiosidad cuando le pregunta a Jorge: ¿Y el dinero, cuánto dices que es, cuánto le dio la tía al cura? Una pasta. Una pasta ¿cuánto? Siente un punto de náusea Jorge, una sensación intensa pero efímera, e improvisa, exagerando para seguir dándose importancia, sin hacer caso ni entender qué significa la presión del codo que Gloria ejerce en su costado. Tres mil euros, por ahí, más. Lo mira fijo el Nene Olmedo, tan fijo como Gloria mira al Nene, y ahora es este quien extiende el brazo pidiendo lo que queda de porro.

Guille es liberado del abrazo de su madre. Ninguno de los dos llora y él

piensa que algo no funciona. Que no es así como deberían ser las cosas. Están solos en su habitación y él quiere escapar. Quiere huir antes de que ella empiece a hablar. No quiere preguntar y susurra mirando al suelo, Ya me ha dicho el tío Emilio que ha sido del corazón.

¿Dónde se lo va a dar, de dónde de qué iglesia es cura ese? El Nene Olmedo pregunta despacio, él también tiene los ojos brillantes. Gloria dice, Nos tenemos que ir. Jorge atisba ahora el peligro, la mira, ella va a ponerse de pie. El Nene Olmedo hace un gesto con la palma de la mano y el gesto es lo suficientemente claro como para detener a Gloria. Se queda sentada y el Nene, agachándose ahora un poco, le repite la pregunta al desorientado Jorge. Dónde. No lo sé, él, el cura es de por allí, la iglesia de la Ronda Intermedia me parece, que está por calle Unión ¿no?, pero no sé cómo le va a dar las cosas, a lo mejor en la iglesia, tío de verdad me tengo que ir a currar, nos tenemos que ir.

Pues entérate si no lo sabes, le responde con calma el Nene Olmedo. Vale. Vale no, llama, llama al menda ese. Pero yo cómo voy a llamar y qué digo, no puedo. Gloria se pone de pie, Nos vamos. Y el Nene vuelve a cogerla del pelo. Solo que ahora ya no se lleva unos mechones tranquilamente a la nariz ni le importa si huelen a gominola o menta. Coge el mechón de un puñado, al vuelo, y sin tensarlo demasiado baja la mano y hace que Gloria, siguiendo a su pelo, se siente. Jorge despierta, o trata de hacerlo, del sueño que estaba soñando, mira al Tato en busca de amparo, de alguna explicación, pero lo que encuentra es una mirada indiferente.

Llama al menda, al caraculo, ordena el Nene Olmedo. ¿Yo?, si yo no tengo su móvil ni nada. Pues llama a tu primo y que te lo dé. El Nene Olmedo bizquea un poco, hay algo que no le funciona ni le cuadra. Y le pregunto así por la cara oye tú dónde a qué hora has quedado con el cura ese, si él ni siquiera sabe que yo sé el rollo de lo que ha pasado, me lo ha contado mi primo en confidencia si lo llamo él me dice qué coño tú qué coño dices y se la monta a mi primo y no me dice una mierda. A Jorge el miedo le ha soltado la lengua y el Nene Olmedo tiene que repetir el gesto con la palma de la mano abierta dos, tres veces delante de la cara del parlanchín para que se calle.

Da un paso atrás el Nene, tuerce la boca, hace gimnasia con los labios, los arruga y los estira, y luego le comunica a Jorge que muy bien, que se vaya a currar y que en el curro se entere al detalle de lo que se tiene que enterar, que le pregunte a su primo o haga lo que le dé la gana pero que se entere de a qué hora y en qué sitio el cura le va a dar las joyas y el dinero al caraculo y que lo llame nada más enterarse.

Pálido, otra vez con la náusea pasando por su estómago a velocidad de autopista, Jorge asiente, las manos apoyadas en la piedra del banco, el calor entrando y saliendo de su cuerpo. Asiente y dice, Vale. Ya sabe hasta qué punto anda jodido. Contiene una arcada, la boca se le llena de babas, se las traga con asco, y volviéndose a Gloria le dice Vámonos.

Quien contesta es el Nene Olmedo. No, ella se queda con nosotros hasta que tú llames. Qué, dice atolondrado Jorge, creyendo de nuevo que está en medio de un sueño viscoso. Dame tu número y te hago una llamada perdida, el Nene ya tiene claro el plan. Pero ¿qué dices que mi novia se queda aquí? Dame tu número, canijo. El felino que el Nene Olmedo lleva dentro vuelve a asomar y todos lo detectan. Incluso el Tato, que se decide a intervenir y le dice a su colega, Déjala, si los tenemos fichados, la Gloria vive al volver la esquina, en la calle de delante, el colega va a cumplir ¿no verdad?

Afirma con la cabeza Jorge, con poco oscilamiento porque la náusea vuelve a subir desde el estómago o bajar desde la cabeza y a concentrarse en su garganta. Le llega más saliva a la boca. Gloria mira al suelo, Jorge no se sabe si lo que siente su novia es ira o miedo. Por la tensión de los brazos, bronce puro, columnas doradas, parece ira. El Nene Olmedo vuelve a mover los labios de un lado para otro y acaba diciéndole a Jorge, Dame tu número. El muchacho recita los nueve guarismos, el otro teclea en su móvil y pulsa la llamada. Un sonajero sale del bolsillo de Jorge. Okey ya tú sabes lo que tienes que hacer y como te esperes como me llames después de que el cura le haya dado el material al mierda ese entonces tenemos un poblema gordo la chavala, tú y yo, dice, y saca del bolsillo trasero del pantalón un destornillador largo y fino con la empuñadura recubierta de esparadrapo.

Natural, afirma a modo de notario el Tato, está más que claro clarísimo y el colega se va a portar, si nos vemos casi todos los días por aquí ¿no verdad Jorge?, y a la Gloria también y sabemos dónde vive, dónde va y hasta dónde compra las compresas, todo claro clarísimo. Se levantan Gloria y Jorge del banco. La camiseta morada, el trofeo de las tetas, la cicatriz en la comisura de la boca como una vieja promesa, todo ahora es motivo de humillación.

Reo del terral, cabizbajo y turbio camina Gorgo el infeliz. La melena resplandeciente brilla a su lado. Las baldosas marcan el jeroglífico imposible en el que se ha perdido. Mudos, Gloria y él caminando entre las calles de edificios bajos. Él sabiendo que su silencio y el de ella nacen de dos ríos sumergidos y demasiado distantes entre sí. Aguas residuales desbordan el suyo. «No la perderé», piensa deslumbrado por esos golpes luminosos que rebotan en los

parabrisas de los coches, en las ventanas. «Por eso no la voy a perder» y siente unas profundas arcadas.

Guille sale de su habitación. Deja a su madre a su espalda. No quiere saber. Nunca le han dicho nada y nunca ha querido saber, ese era el pacto. Sigue vigente por mucho que su padre se muera. Que no se metan en su vida. Ellos con la suya. Su padre ha tenido un ataque al corazón. Ha sido en un lugar solitario. Después de estar unos días fuera de casa. Por sus negocios, porque se ha peleado con su madre. Cosa de ellos. No lo han matado. Es más que suficiente. Saber por qué estaba allí, de qué discutían al otro lado de la puerta o por qué estaban días sin hablarse no iba ahora a resucitar a su padre. Todo eso se había terminado. Ahora su madre no va a usarlo a él para aliviar su mala conciencia o lo que sea que le pase por la cabeza. Él no va a ocupar el sitio de su padre. Que se olvide su madre de eso. Él no tiene nada que hablar. Ni su madre tiene nada de qué hablarle. Antes de salir de la habitación ha presentido un peligro mayor que la muerte de su padre y la pena que pudiera traer. Un peligro al que no le ponía nombre ni cuya naturaleza acababa de precisar, un animal en la oscuridad. Quizás el peligro de ver su familia, su propia vida, a través de otros ojos.

LO QUE ELLA NO PUDO SABER. LA MUJER VENCIDA. Esos serían títulos aceptables para la historia de Ana Galán y Dionisio Grandes Guimerá. Lo que ella no pudo saber. Lo que se sobreentendió, lo que sobrellevó, aquello a lo que se resignó como algo inevitable.

Ella era una joven médico. Atractiva, con talento. Le auguraban un futuro profesional brillante. Desengañada en lo personal. Hacía nueve o diez meses que había dejado atrás a un novio al que había conocido en la facultad, dos cursos por delante de ella, y que inútilmente había tratado de convencerla de que se dedicase a la enfermería porque la categoría de médico era algo que escapaba no solo a su competencia intelectual sino que podía afectar a la pareja, a la armonía de la futura familia.

Así que, rota esa relación, Ana era la dueña de su soledad, lo que es lo mismo que decir que era la dueña de su vida. Así lo consideraba después de haberse librado de aquel novio inquisitorial que durante tres años había tratado de tutelarla y de dirigir sus pasos y su mente. Y fue así, sintiendo que la libertad era su estado natural, cuando apareció aquel abogado en la cena de una amiga. Discreto. Más reservado que tímido. Su prudencia lo hacía parecer seguro de sí mismo. Atento. Se diría que estaba siempre en segundo plano, así lo sintió Ana Galán desde el principio, cuando esa noche el azar lo sentó a su lado y cualquier

sendero que tomaba la conversación iba dirigido a ella y a sus intereses. Solo cuando las preguntas eran directas hablaba de sí mismo, sin parecer que fuese un tema que le interesara demasiado. Porque se conocía demasiado bien, porque a pesar de tener solo tres o cuatro años más que Ana y que la mayor parte de los amigos de aquella reunión parecía haber recorrido un camino mucho más largo que el que cualquiera de ellos podría recorrer en los próximos años. Era lo que transmitía su falta de egocentrismo. O lo que a Ana Galán le pareció.

Lo que estuvo creyendo durante varios años. Empezaba el verano. En Dioni encontró algo insospechado en su novio médico. Sentido del humor, respeto, inteligencia. El sexo tardando un poco más de lo previsto en manifestarse, haciéndose desear por parte de Ana, pero aceptable cuando llegó. Suave, moroso, desinhibido. A veces rozando la transgresión.

Estaban en la playa. «Mastúrbate», le escribió Dioni con el dedo en la piel. Ella estaba tumbada boca abajo, él le dijo al oído, Adivina lo que voy a escribirte en la espalda, solo una palabra. El dedo índice dibujando unas letras invisibles a lo largo de la columna vertebral, **M a s t ú r b a t e**. Ella sonriendo con la frente apoyada en sus brazos, tratando de adivinar:

—Eme, e.

—No, e no.

Y Dioni volvía a pasar el dedo por la piel, dibujando la letra.

—Eme, a.

—Sí.

—Eme, a, ese, ¿ele?

—No.

—¿Efe? ¿Masfe…?

—No. No es efe.

—Te.

—Sí.

—Masta… Maste…

Dioni volviendo a escribir la palabra entera, despacio, y ella volviendo a deletrear. Y el giro de la cabeza, la sorpresa cuando después de descifrar las seis o siete primeras letras lo miró diciendo incrédula, Mastúrbate, y se encontró con la mirada turbia de deseo de él, Dioni inclinándose sobre ella, diciéndole al oído, Hazlo, ella negando con la cabeza, mirando a su alrededor —una mujer madura adormilada, una pareja relativamente cerca y una familia a más de quince o veinte metros—, y él, con los labios rozando su oreja insistiendo, casi rogando,

Hazlo, nadie te va a ver, solo yo, hazlo. Un deseo que lo trastornaba, que lo transformaba. Y que empezaba a trastornarla a ella. Hazlo. Y, sin cambiar de postura, Ana bajó uno de los brazos, introdujo la mano entre su cuerpo y la toalla, cerró los ojos y disimuladamente empezó a tocarse. Él, viendo cómo los músculos del brazo se tensaban rítmicamente y evidenciaban un movimiento de los dedos allá abajo, le susurraba al oído, Así, así, eso es, date placer, así. El ruido de las olas rompiendo y arrastrando la arena, lamiendo la orilla, el olor del salitre y de la loción bronceadora, el soplo de la brisa, la voz de él entrando en su oído, rozándola con los labios, pero sin llegar a tocarla en ningún momento, Sigue, la voz más intensa cuando el movimiento del brazo se hizo más evidente y rápido, cuando ella frunció el entrecejo y abrió la boca mostrando el brillo de la saliva, los dientes, el susurro rozando la oreja, Así, así, córrete, el tacto del aliento, y ella emitiendo una exhalación ronca, repetida, un gemido inaudible y un estertor antes de quedarse completamente inmóvil, con los ojos entornados, la mirada recomponiendo el mundo, la mano todavía debajo del cuerpo. Tragó saliva, acabó de abrir los ojos y vio la cara de él, sonriente, volviendo a acercarse y diciéndole al oído Puta, y por primera vez desde que dejó de escribir en su espalda tocándola, acariciando su cintura, besándola en la sien.

Fantasías, tríos imaginarios, perversiones suaves. Alguna felación en los servicios de una discoteca, juguetes eróticos que sustituían la penetración, cenas con amigos en las que las bragas de Ana pasaban a estar en el bolsillo de Dioni después de que él le ordenase con un gesto que fuese a quitárselas en el baño. Escarceos que daban paso a fases de sexo infrecuente. La boda y el embarazo. El niño. Guille. La escasez sexual convertida casi en ascetismo. La rutina matrimonial. Unos picos en los que el sexo volvía a aparecer con aire perturbador.

Vendas, velos, fetiches, masturbaciones bajo la mirada del otro, y después la nada. Dioni desaparecido sexualmente y a veces desaparecido literalmente de aquel piso del Morlaco en el que entonces vivían. Llegaron las noctámbulas reuniones de trabajo. Noches en las que Dioni regresaba de madrugada. Y aun así Ana Galán no sospechaba nada, ninguna infidelidad, nada oculto. La vida próspera a la que cómodamente se iban adaptando lo suavizaba todo. El bufete de Dionisio Grandes Guimerá y sus dos socios no hacía otra cosa que crecer, en prestigio y en beneficios. La doctora Galán había ganado ya su fama de joven talento médico. El terciopelo del bienestar era algo que trascendía la situación económica o social, atenuaba las aristas, situaba a cada uno en el lugar que supuestamente le correspondía.

Una vida acolchada en la que las ausencias o las peculiaridades de Dioni eran aceptadas por la doctora Galán como un rasgo de su carácter y del modo personal en que su marido desarrollaba su vida profesional y la relación con sus socios y clientes. Y ni siquiera cuando una madrugada, poco antes del amanecer, Dioni apareció con la camisa desgarrada, un ojo cerrado y el labio partido, pudo Ana Galán atisbar lo que su marido escondía.

Lo había escuchado tropezar en el pasillo y encerrarse en el cuarto de baño. En un primer momento pensó que estaba bebido y que aquel trastear se debía a la búsqueda fatigosa y torpe de algún analgésico con el que prevenir los efectos de la resaca, pero después de oír abrir y cerrarse repetidamente los grifos del lavabo y de unos minutos de espera decidió levantarse. Golpeó la puerta suavemente con los nudillos y pronunció las palabras de rigor. Dioni, ¿te pasa algo? Y la voz pastosa al otro lado, No, nada, acuéstate. Abre. Acuéstate. Dioni, qué pasa, abre por favor, qué te pasa.

Y así lo encontró. El ojo derecho tumefacto y con un derrame, el labio inferior con una herida que lo hendía en dos. El nudo de la corbata aflojado y la camisa rajada desde la altura de la clavícula hasta casi la cintura. Dioni le dijo que dos tipos lo habían asaltado para robarle a la salida del despacho, se había resistido, no mucho, pero eran violentos, me quitaron la cartera y el maletín. El maletín lo encontré en la esquina abierto y con algunos documentos por el suelo, la cartera también, aunque sin el dinero. Hablaba con la voz pastosa pero quitándole importancia. Al final no ha sido nada, voy a ducharme, no quería hacer ruido.

Ella le examinó las heridas y le propuso ir a que le pusieran un par de puntos de sutura en el labio. Dioni se negó. Ni siquiera reaccionó Ana al comprobar que la sangre estaba coagulada, que las heridas no eran del todo recientes. Y al preguntarle cuándo había sido, a qué hora, él contestó que sobre las dos. Ante la cara de asombro de su mujer, se excusó diciendo que había preferido echarse un rato en el sofá del despacho, reponerse un poco, y que se había quedado dormido. Voy a ducharme, no te preocupes, un susto y nada más.

¿Y la policía qué ha dicho?, preguntó Ana, reacia a abandonar el cuarto de baño y a volver a dejar solo a su marido, como si allí pudiera reproducirse de nuevo no se sabía qué peligro. Nada, no he llamado a la policía. Y ante el estupor de su mujer, Dioni añadió, Mañana iré a poner la denuncia, no tenía cuerpo para nada, estas cosas te dejan sin ánimo, es lo peor, cómo te sientes de ultrajado, de humillado, además sé lo que son las comisarías de noche.

Pero, argumentó ella, si te estaban esperando si se han llevado papeles,

documentos que llevabas es que te conocen. No fantasees, del maletín no se han llevado nada, pensarían que llevaba dinero o algo de valor. Ana iba pasando de la preocupación al asombro. Dioni, cansado, repitió su argumento ante la inmovilidad de su mujer, Se han llevado el dinero, se han llevado lo que querían, ya está, he tenido mala suerte, ¿me puedo duchar?

Todavía tardó unos segundos Ana en salir del baño. En medio del desconcierto intentaba darle un mínimo de sentido a todo aquello. Y cuando al girarse vio los dos o tres hematomas de la espalda y la mancha oscura, sangre seca, en los calzoncillos, apenas pudo contener el impulso de volver a entrar.

Esperó sentada en el brazo del sofá, fumando delante de la ventana. Amanecía. Un color rosa se derramaba por el muro lateral del edificio y producía destellos rojos en las ventanas. La bahía brotaba de la bruma y dibujaba su perfil perfecto. La ducha fue larga. Cuando oyó cerrarse el grifo, Ana apagó el segundo cigarrillo apresuradamente y se puso de pie. Dioni aún tardó en salir, envuelto en un albornoz. Déjame que te vea, pidió, casi suplicó ella. Él hizo un gesto de contrariedad y dijo que necesitaba dormir. Por favor, pidió, la espalda déjame que te vea la espalda. Dioni se dio la vuelta y dejó que el albornoz se le deslizara hasta la cintura. La doctora Galán examinó un moretón a la altura de la escápula derecha y algo más abajo, en la parte superior del riñón, unas magulladuras. Ahí presionó cuidadosamente con la yema de los dedos. ¿Te duele? No solo un poco. Te lo debería mirar mañana, hoy, en el hospital. Vale, si me sigue doliendo te lo digo.

Dioni se subió el albornoz. Intentando esbozar una sonrisa dijo Mala suerte, dentro de una semana olvidado, o casi, vaya cabrones. Ana no correspondió a esas palabras con la sonrisa cómplice que parecían requerir. Voy a intentar dormir aunque sea un rato, los mierdas estos no me libran de trabajar mañana, hoy. Avanzó Dioni por el pasillo camino del dormitorio mientras hablaba. Ana Galán hizo un esfuerzo por vencer esa especie de pudor, cuya naturaleza no alcanzaba a comprender, y preguntó, ¿Y lo otro? ¿Lo otro?, respondió Dioni girándose, demostrando que hacía un gran acopio de paciencia, ¿qué lo otro? Ana torció el cuello señalando con la nariz el cuarto de baño, casi titubeó, Los calzoncillos, tenías tenían sangre una mancha. No es sangre, expiró profundamente Dioni. Guardó un instante de silencio y prosiguió, forzado, Cuando me han atacado, se me ha cortado todo, me he descompuesto, el golpe o el disgusto, por eso también me volví al despacho, el vientre iba por su cuenta y me he manchado un poco, en fin, todo muy romántico, de verdad, necesito descansar un rato.

Fueron juntos al dormitorio. Ana Galán se despertó pasadas las nueve. Láminas de sol en la pared. El otro lado de la cama estaba vacío. Dioni, desde la terraza, miraba el mar. El niño, Guille, estaba en su corralito, tratando metódicamente de descabezar una jirafa de peluche. Dioni tenía el pelo mojado. Una nueva ducha. «Se quiere limpiar», pensó ella. Se interesó por su estado. Lo observó de cerca. El ojo con el derrame, el labio herido, inflamado. Una mirada profesional. ¿Ningún problema de visión? Él se esforzó por sonreír. No doctora, lo veo todo claro.

Todo claro. Cuando Dioni se marchó, la doctora Galán revolvió en vano el cesto de la ropa sucia. Miró en la papelera. Debajo de la camisa desgarrada solo encontró, un tubo de dentífrico acabado, un bastoncillo higiénico. «¿Lo ha escondido por vergüenza?», pensó. Y fue a la cocina. La basura. Encontró el recipiente prácticamente vacío. Los calzoncillos se habían volatilizado.

«¿Volver a preguntarle?» Ana Galán se planteaba esa cuestión volcada frente al mar, asomada a la terraza. La quietud. La brisa. «¿Por qué me iba a mentir? ¿Otra mujer, y a consecuencia de eso una paliza? ¿Quién? Un accidente, mala suerte. No serían manchas de sangre. Se descompuso, el susto. No me miente. No lo hace, no lo ha hecho nunca.» Descartado. Una mala noche. Mala suerte. Dioni herido en su orgullo, por eso se mostró esquivo, casi en guardia. Los hombres. Los instintos del simio que nos siguen acompañando. Nosotras amamantando las crías en la rama del árbol y ellos aprendiendo a manejar el garrote, pavoneándose.

El incidente quedó libre de cualquier sospecha. Envolviéndose en una nebulosa que con el paso de los días se fue diluyendo, haciéndose casi irreal. Así quedó durante un tiempo hasta que una tarde de invierno, al pasar por delante del despacho que Dioni había montado en su casa lo vio a él de espaldas, mirando por la ventana mientras hablaba por teléfono. Hizo amago de entrar pero cuando ya estaba en el umbral de la habitación vio la pantalla del ordenador de su marido reflejada en el espejo de enfrente. Sin sonido, un hombre desnudo estaba tumbado sobre una especie de potro, en una habitación sórdida, supuestamente una mazmorra, otro hombre, este con una burda máscara de cuero, lo sodomizaba. Ana volvió a mirar a su marido, que al advertir su presencia se giró y le sonrió, sin darse cuenta de lo que su mujer había visto en el espejo.

Ana siguió en dirección a la cocina, con paso dubitativo pero con la oscura sensación de que las imágenes del ordenador estaban relacionadas con la agresión de Dioni. Con su vida. ¿Había querido estar ciega, qué era todo aquello? Qué estaba ocurriendo y cuál era la naturaleza de su marido, de su

propia familia. ¿Era todo un golpe de intuición o una idea absurda? Esas fueron las sombras que empezaron a crecer alrededor de Ana Galán. Y ella empezó a deslizarse por un territorio en sombras y lleno de inseguridades. Guardó silencio y se reprochaba a sí misma su silencio. Ella, la valiente, la que lo afrontaba todo, la personificación de la entereza.

Así fue el primer descubrimiento. El inicio de un tiempo de duda. Y ahora, esta tarde de un día de principios de agosto, Ana Galán piensa que su hijo toma el mismo camino y huye. Aunque él sin ni siquiera sospechar de qué huye. Pequeño avestruz. Sale de la habitación y escapa por pura intuición. Lo hace en vano, Ana Galán no iba a revelarle ningún secreto. «Tu padre era un enjambre» es lo que piensa al verlo marchar.

Se queda sola en la habitación de su hijo. Le parece ver hormigas cuando entorna los ojos. Hormigas andando sobre la piel cenicienta, moviendo sus antenas casi invisibles sobre la sábana del hospital, marchando como mínimos robots sobre el fonendoscopio y el monitor-desfibrilador. Les han quitado el alimento. Dioni. No siente una pena especial, estaba preparada. Sí nota un cansancio profundo. Un agotamiento mucho más profundo de lo que nunca cree haber sentido antes. Clínicamente lo achaca a la bajada de tensión, a las horas sin sueño, al calor asfixiante que entra por el ventanal abierto de la habitación de Guille. A lo lejos el mar, demasiado oscuro, demasiado sólido, y dos palmeras solitarias, seguramente tan cansadas como ella misma.

DIARIO DEL ATLETA

18 años.

CUMPLEAÑOS Y QUIÉN ERA YO.

Recuerdo que el día que cumplí 18 años estuve mirando a mi padre. Tal vez él ya tenía dentro la carcoma. Aparte del tapiz rojo, la chimenea que no se usaba (seguramente inservible) y un arco que daba al pasillo (le decíamos el pasillillo) no me acuerdo bien de los detalles de la habitación (de la chimenea sí, porque cuando era niño jugaba allí sentado con mis soldados de plástico, los hacía escalar por las paredes que había alrededor del hueco, cada ladrillo formaba un saliente, cada parte de argamasa una oquedad, y en mi imaginación aquello era una gran escala de piedra, los soldados, cuando llegaban arrriba, peleaban, siempre se despeñaban los mismos, pasé muchas horas acuclillado delante de esa chimenea, matando y salvando la vida de mis soldados). No me acuerdo bien de la habitación pero sí de la cara de mi padre.

La veo con todo detalle (la cara que él tenía entonces o la que yo recuerdo/imagino que tenía). Con la tela de las mejillas empezando a colgar. Un cortinaje pesado de carne, un terciopelo áspero (por las púas de la barba) (cuando estuvo enfermo y dejaba de afeitarse durante días, sus mejillas y su cuello parecían un campo con rastrojos de mala hierba, unas hebras quemadas por el sol y otras todavía medio vivas, paja, ortigas, tierra). Ni sonreía ni estaba serio. Se avenía a acompañarme en esa mínima celebración que mi madre se había inventado. Le dio por decir, a ella, desde una semana antes, o desde un mes antes, que todos los días no se cumplen 18 años. Imagino que para ella debió de ser un momento importante en su vida. Con cambios. O descubrimientos. O pensó después, mirando por el retrovisor, que en aquel tiempo su vida había cambiado. No sé lo que le ocurrió. Da igual. Esa idea pasó y pasa por dentro de mí como una nube que no deja lluvia. Pero sí me pregunté entonces por cómo habrían sido los 18 años de mi padre. Ese hombre allí sentado.

Muy distintos de los míos como ya se sabía. Un pueblo cerca de Valencia, pantalones planchados como los de las fotos que vi de joven, camisa blanca, trabajando desde adolescente, seguro, con sus ridículas gafas de sol al lado de esas muchachas que parecían recién salidas de una peluquería (de trabajar en ella o de que las peinaran con artilugios calientes), todo eso. Distintos él y yo en la apariencia y en las circunstancias. Pero ¿no habría mirado él también a su padre entonces, cuando cumplió 18 años? Mirándolo como yo lo miraba a él. Calibrándolo. Diciéndome a mí mismo, ¿así que tú también eres un tío perdido, uno que va por ahí abriendo los codos, haciéndote espacio? Porque te comen. No eres de una pieza ni naciste sabiendo nada. Y sigues ahí, aparentando. O resignado. Vencido. Como todos, sobreviviendo en esta marea que unas veces te impulsa y te eleva y otras parece que quiere llevarte al fondo. Tú, aquel muchacho. Ahora sin tus gafas de sol.

Me habría gustado ver una foto de su padre cuando tenía más o menos la misma edad que mi padre tenía entonces, cincuenta y no sé cuántos. Imaginar lo que mi padre pudo ver o pudo pensar si miró a su padre como yo lo miré a él. Si vio a su padre como un hombre y no como a su padre. (Ahora mi padre era nadie, casi nada, un eslabón entre su padre y yo. Un transmisor. Yo aún creía ser el destino final de esa cadena, no alguien que, como ellos, debía entregar un testigo, un mensaje desconocido, una carta que nadie había leído nunca y que nunca nadie va a leer. Yo entero, yo la finalidad, yo el destino. No el transmisor de un secreto. Una carta vacía. Un papel en blanco. Un sobre sin nada dentro.

Un sobre con unos granos de arena dentro. Yo un recadero. Todos unos recaderos.)

Ahora sé lo que yo sentía. No era desprecio ni furia ni mucho menos odio. Era miedo, o algo parecido al miedo. Asomarse a un precipicio (en el fondo los huesos de todos los despeñados).

Viendo a mi padre allí sentado. Mi hermana, y aquella amiga suya. Mi madre alegre por la celebración, en el fondo hastiada pero fingiendo alegría porque había programado desde semanas o meses atrás esa alegría. Y mi padre volviendo la cabeza atrás para ver cómo llegaba la tarta. En las manos adelantadas de mi madre, como quien lleva una ofrenda al altar, como habría visto en alguna película llevar felizmente una tarta a la mesa (en la película dirían un pastel, y estarían en el salón de una casa con grandes ventanas que daban a un jardín con el césped recién cortado). Mi primo Andrés, Santi Cánovas (entrenaba con él en aquel tiempo y fue a través de él por quien luego llegué a conocer a Felipe Vicaría), además de mi hermana y su amiga, esos eran los invitados a la celebración organizada por mi madre. Y yo.

Aquel tiempo. Mis zapatillas de clavos Múnich. Azules, el aspa blanca. Me las había regalado Santi, usadas. El primer clavo de la puntera en la zapatilla derecha atascado, sin poder quitarse, los demás debían de ser de su nivel, daba igual cómo fuera el tartán o el mondo de la pista en la que corriese. Pensaba que podría ser atleta, atleta de verdad. Por lo menos existía esa posibilidad. No estaba cerrado el camino. Pero también ese estaba lleno de niebla. No era como Santi ni como luego Vicaría, ni como Ángel López ni Azulay ni Cortés. Era disciplinado, entrenaba, competía y entrenaba. Pero mi disciplina era distinta a la de ellos. Corría contra mí mismo. No contra el crono. Contra mí. Guerra civil. Correr, romper, correr más, romper más, y en un determinado momento esa guerra se acababa, me atravesaba, y entonces me liberaba, volaba, ya no había ataduras, por unos segundos, a veces por unos largos largos segundos, escapaba de todo, todo era carrera, yo era carrera, el mundo quedaba atrás, entraba en otro lugar, era veloz, mucho más veloz de lo que marcaba el cronómetro. Llegar el primero. En esas ocasiones siempre llegaba el primero, no importaba qué puesto ocupara en la pista. Era el primero en mi carrera. Y también podía ser el que nunca ganaba. En ese espacio en el que corría no había nadie más que yo, no había nadie alrededor. Corría en una pista de una sola calle.

Tenía una foto antigua en la pared. Sebastian Coe. Dorsal 254. Su cara de loco en esa foto. No solo por ganar, no por haber cruzado la línea de meta sino

por haber cruzado la línea invisible. Por estar al otro lado. Yo quería cruzar esa línea. A veces la adivinaba. Y quería que en la vida, fuera de la pista, esa línea también apareciera. Si no podía cruzarla por lo menos atisbarla, saber que estaba ahí, y que podía correr contra mí mismo hacia ella.

Estaba la otra vida. Los que no corrían. Cumpián, Padín, Sergio, el Mono, esos. Iban a la universidad o iban a ir pronto, alguno trabajaba. Bebían, fumaban, renegaban. Sin motivo. Yo no fumaba, no renegaba. A veces bebía. Hubo una noche. En medio de unos olivos, una carretera. Sergio había cogido el coche de su padre sin permiso, no me acuerdo de adónde íbamos (una fiesta, una feria). El coche pinchó, no se veía nada. Nos bajamos. Sergio, Padín, Inmaculada, alguien más. Borrachos. Sergio se reía intentando colocar el gato, sentado en el asfalto, Padín enfadado, los grillos, las estrellas, yo llevaba en la mano una botella de ginebra, me fui caminando por la carretera vacía, tiré la botella lejos, un sonido sordo en la tierra blanda, las voces, las risas, Inmaculada diciendo mi nombre en tono de interrogación, todo quedaba atrás, el aire limpio, solo un murmullo a lo lejos, caminaba y sentía mis piernas fuertes, y empecé a trotar, a correr suave por el asfalto, con tanta suavidad, con tanta potencia, corría sin percibir ni un átomo de mi cuerpo, corría por la carretera, corría por la oscuridad, era oscuridad, era invisible, había desaparecido y seguía corriendo sin respiración, flotando, rápido, mis zancadas dejaban atrás su sonido y el sonido era tan leve que parecían las pisadas de otro, de alguien que me siguiera muchos metros atrás, yo cortaba la noche, la abría y me metía dentro de ella, el soplo del aire, la respiración de los árboles, el pulmón negro del cielo, tan veloz.

No me encontraron. No me encontraron hasta horas después, cuando regresaban de la fiesta o de la feria, medio extraviados. Inmaculada sin hablarme, los otros dormidos, Sergio conduciendo y riéndose. Me decía Loco, con admiración. Era lo mejor que él sabía decir de alguien. Loco. Significaba ser distinto, con una brújula propia, indiferente al camino de los demás. Ese era mi sitio. No sé cuándo me di cuenta de que ese podía ser mi papel, mi disfraz. El que está aparte. No sé si era así desde siempre o si es el espacio que encontré para sobrevivir. Y lo ocupé, mucho tiempo atrás. Me pareció un lugar adecuado para mí, y desde entonces no me he movido de él. El raro. El líquido que tiene dificultad para mezclarse. El disfraz que te separa de los demás. Que te distancia y sin el que ahora ya estaría desnudo. Mis células ya se han ajustado a él de tal forma que apenas sirven para la mezcla, para combinarse con la facilidad con que lo hacen otros, los fluidos.

Vivo en la cápsula, detrás de mi piel y de las membranas que construí. No sé cuándo empezó todo, es probable que fuese por algo intrascendente, algo que ahora me parecería intrascendente, por que me regañaran, por timidez (¿sabría mi padre antes de morirse cuándo empezó la construcción del muro?, ¿sabría que había un muro entre él y yo? Sí, es posible que al menos supiera que había un muro aunque no conociera el motivo por el que se levantó, también es posible que conociera el material con el que está hecho, mejor que yo. Mi madre no lo puede saber. Ni cuándo empezó ni por qué. Ni que hay muro. Está incapacitada. No se lo puede permitir, sería otro fracaso. Soy bueno, esa es la explicación, soy inocente, soy mejor. A mi hermana no le importa. Tal vez mi abuela sepa algo, sabe que me asomo a una ventana, que cuando hablo con ellos lo hago asomándome a una ventana, pero que vivo dentro de esas paredes, que ellos solo pueden ver algo de mí cuando me asomo y hablo desde el otro lado).

Tal vez por eso, porque desde mucho antes había elegido la distancia, no les dije a esos amigos, Sergio, Padín, el Mono, que aquel día había sido mi cumpleaños, ni que mi madre me había preparado una especie de fiesta. Antes de verlos creía que se lo iba a contar, lo fui pensando por el camino, después de haberme comido mi trozo de tarta, después de haber dejado a mi padre sentado a la mesa, pensaba reírme con ellos, describir la alegría programada de mi madre, lo ridículo que me había parecido todo, pero al verlos supe que en verdad no tenía nada que decirles, porque no tenía nada que ver con ellos, que lo que ocurría detrás de aquellos otros muros, los de mi casa, nada tenía que ver con ellos. Es lo mismo que sentí la noche que empecé a correr por la oscuridad de la carretera entre los olivos y tuve la tentación de levantar los brazos mientras corría, de ponerlos en cruz y mirar hacia arriba con cara de loco o de felicidad, igual que Sebastian Coe en la foto que todavía tengo en mi dormitorio, debajo de la que duermo.

La noche en que Julia viajaba en un taxi entre Céspedes y su amigo Ortuño puede que algo cambiara entre ellos, entre Julia y Céspedes. O al menos eso es lo que ella pensó en aquel momento.

Ahora, en esta tarde de un día de principios de agosto, Julia sabe, hace mucho que lo sabe, que estaba equivocada y que nada cambió en ese taxi cuando abrió las piernas y cedió ante el deseo de Ortuño, permitiendo que su mano se adentrara entre sus muslos mientras ella besaba a Céspedes. Lo que no sabe es por qué ahora, recién salida del depósito de cadáveres, conduciendo bajo esa

atmósfera pesada y ya enferma, recuerda aquella noche con tanta insistencia, como si hubiese algo que oscuramente la relacionara con la muerte de Dioni, con el dolor frío de su amiga Ana.

Quizás hayan sido los mensajes cruzados con Céspedes. Reconocer que ese también es un camino acabado. Lo otro, el tipo de relación a tres que se inició en aquel taxi, poco tiene que ver con Dioni ni con Ana Galán. El vínculo con Céspedes tampoco cambió aquella noche. Ella habría tenido para Céspedes el mismo significado tanto si se dejaba compartir con Ortuño como si no. Estaba tasada. Nunca ocuparía otro lugar en su vida. Por encima del sexo era su confidente, un depósito de confesiones, comprensiones y lealtades, más profundas que las que Céspedes pudiera tener con su mujer, pero el centro de la vida de Céspedes estaba en otra parte. A saber dónde.

Julia fue entrando en la vida de Céspedes como se entra en el agua. Envuelta por esa resistencia suave, una dulzura que oprime levemente y acaricia. Caminando desde la orilla hacia el horizonte. No, nada habría cambiado si esa noche ella hubiese cerrado las piernas o hubiera apartado la mano de Ortuño. No lo hizo. Se dejó llevar. Entrar en la orilla, el agua tibia, las olas suaves. Abrió levemente los muslos ante la presión de él, ofreciendo un mínimo de resistencia, poniendo a prueba el atrevimiento o el deseo de aquel amigo de Céspedes que había conocido apenas un par de horas antes. El ojo del conductor en el espejo. El taxi los llevó al apartamento de Céspedes.

La luz de la calle iluminaba el dormitorio. Los faros de los coches dibujaban una especie de elipsis que parecía detenerse un instante en el techo y súbitamente desaparecía trazando una diagonal en la pared que había frente a la cama. Fueron, por decisión de ellos, moderadamente recatados. Céspedes entró con ella en el dormitorio después de que entre él y su amigo le quitaran la blusa, le bajaran el sujetador, y lamieran a dúo, buenos niños, sus pechos.

Céspedes la llevó de la mano al dormitorio. El amigo esperaba su turno en el salón. Céspedes se lo recordaba a Julia mientras se movía sobre ella. Ahora vendrá él, le decía. Y Julia respondía con una naturalidad que la hacía más impúdica, más oscura y más morbosa, Claro. Te va a follar, te la va a meter, susurraba en su cuello Céspedes, y ella, clavaba los dedos en su espalda carnosa y aceptaba con un gemido, Hum sí. ¿Te gusta mi amigo? Hum, no está mal. ¿No está mal?, ahondaba Céspedes en la pesquisa, regodeándose, aguantando, reteniendo en el cerebro la electricidad de la eyaculación. Sigue, no te pares, sigue, pedía Julia. Alzaba Céspedes el torso, sacaba la cara de la hondonada del cuello de Julia y la miraba a los ojos para hacer la pregunta redundante y

culminante, Te lo vas a follar. Sigue, ordenaba Julia, avara, práctica, centrada en el presente y de pronto ajena a la fantasía del hombre, sigue, dame. Dímelo, exigía, pedía él, dímelo. Entreabría los ojos Julia, salida de un sueño remoto, ¿Eh? Dime, seguía pidiendo él sin dejar de debatirse, resbaladizo, dentro de Julia, en los bordes de la contención. ¿Te lo vas a follar, a mi amigo? Afirmaba Julia con un suspiro, casi un ronquido, entornando los párpados, los ojos desapareciendo bajo el agua. Sí, sí, sí, lo decía ahogada. ¿Ahora? Sí, sí y enlazaba Julia la afirmación con un quejido, doblándose, contrayéndose, trataba de salir de sí misma, contorsionada, perdida y asfixiada, abriendo los ojos de par en par, fijos en la cara de Céspedes como si en él viera la cara de su asesino, de un loco, de un desconocido, hasta que pareció reconocerlo, los músculos perdieron su crispación y su cuerpo desmayado y pasivo siguió moviéndose lánguidamente bajo las acometidas de Céspedes, que susurraba, Ahora, ahora va a venir él va a venir y te va a follar, y Julia, recuperando algo de movilidad, pasó las manos, los brazos, sobre la espalda de Céspedes, intentando blandamente atraerlo sobre ella, le besaba la oreja, el cuello con un atisbo de deseo, una luz pálida renaciendo en sus pupilas, en la boca entreabierta, que tragaba saliva, dejaba entrever los dientes y con ellos se mordía el labio inferior, empezando a gemir de nuevo, suavemente, una niña encerrada allí dentro.

Y así, erecto, contenido y voluntarioso, se salió Céspedes de ella, dio unos pasos desorientados por la habitación hasta dar con un albornoz y salió del dormitorio. Al llegar al salón le hizo un gesto a su amigo, señalando con la sien la entrada del dormitorio. Ortuño pasó por su lado dejando un vacío en el aire y también una inesperada tarascada de celos en el estómago de Céspedes, una ráfaga oscura que estuvo a punto de hacerlo volverse sobre sí mismo y detener a su amigo. Dudó, un paso más a su espalda, dos pasos más, tres. Demasiado tarde. El amigo entró en el dormitorio y Céspedes percibió un susurro, la voz queda de Julia y unas palabras de Ortuño que él no quería oír. El salón estaba iluminado por las luces que llegaban del puerto, por los faros de los coches, los resplandores y el parpadeo de la ciudad entera. «Mi vida, ese barco que se adentra en la negrura del mar, esas linternas que billan en la tinta.»

Apenas un cigarrillo fumado frente a la vidriera, viendo el camino de luces blancas y pilotos rojos por el paseo de los Curas. Apenas medio whisky y ya escuchó el mugido de Ortuño y luego su voz demasiado alta, Cómo eres tía dónde te tenía escondida este cabrón. Tentación de entrar y sacar a Ortuño del dormitorio, pero vino la voz de Julia en forma de susurro, cuchicheando con su amigo, un asomo de risa, y de nuevo una ola de espesa y turbia sensualidad lo

meció. Esa risa, esa impudicia de Julia fue lo que de nuevo lo condujo hacia el dormitorio. Y de nuevo en el pasillo, aunque ahora en sentido contrario, se cruzó con Ortuño. Céspedes sin mirarlo a los ojos, el otro, sonriente, despreocupado.

«Ortuño el de los ojos ahuevados y la boca cruel», piensa ahora Julia. Conduce paseo de Reding adelante. Avenida de Príes, paseo de Sancha. Ha abandonado la ruta más corta. Dejándose llevar por el tiovivo de los recuerdos, retrasando deliberadamente el nuevo encuentro con Ana Galán, ahora en su casa, viuda, hermética. «Ortuño el ladino que disfrazaba su astucia de torpeza, con una falsa inocencia, me daba palmaditas después de echar un polvo casi sin saber acariciar, el lado opuesto a Céspedes, el nervio y la electricidad, demasiado voltaje, ahora lo sé.»

Tu amigo me llama para quedar, le dijo Julia a Céspedes apoyada en el cabecero de esa misma cama, semanas después de aquel encuentro a tres. Céspedes poniéndose los pantalones, el vientre peludo y poderoso a pesar de un ya evidente reblandecimiento. Se echó atrás el pelo, la frente franca, las entradas escoltando ese triángulo agudo de pelo, esa punta de lanza pilosa. Céspedes se la quedó mirando un instante, fijamente, la mandíbula descolgada, y siguió vistiéndose, la camisa impecable, abotonándosela con calma. Y solo cuando acabó de cerrar el último botón y recogió la corbata de la mecedora preguntó: ¿Y? Y Julia se sonrió, encogiéndose de hombros, Eso, que me llama. Ya me lo has dicho, y tú qué le dices. Nada. ¿Nada, te quedas callada, le cuelgas? Le digo que no puedo, le doy largas, te lo quería contar. ¿Mi permiso o algo así, quieres mi permiso, por eso me lo cuentas? La sonrisa se le amargó a Julia, No, decírtelo, no necesito ningún permiso. Ahora fue Céspedes quien se encogió de hombros, se empezó a hacer el nudo de la corbata.

«Cabrón» piensa ahora Julia remontando la calle. A su derecha, en la intermitencia de los edificios ve la raya del mar, gente que anda por el paseo marítimo en bañador. Pululando en medio del calor, y le vino el recuerdo de las hormigas, desorientadas sobre el cuerpo de Dioni. El semáforo en verde, un impaciente tocándole el claxon.

Julia empezó a quedar con Ortuño, de tarde en tarde. Una ruptura de la monotonía, y también algo parecido al calor. Contacto humano, sí, y también había algo entrañable, infantil casi, en Ortuño. Torpe, desmañado e incluso tacaño, pero mejor que la zafiedad de algunos de esos tipos que bajo la camisa parecían llevar un andamiaje de puro artificio. Engolados enamorados de sí mismos, de su pádel, su moto acuática, su BMW, o su Rolex, demasiadas veces de imitación.

No se lo ocultaba a Céspedes y Céspedes se limitaba a decirle Ya lo sé cuando ella le comunicaba que había visto a Ortuño. Nunca supo qué opinaba Céspedes de esos encuentros. Lo más que alcanzaba a añadir era que esperaba que pronto pudieran quedar los tres de nuevo. Y lo hacían. Escueto, al llamarla para concertar una de esas citas, Céspedes le comunicaba más que le preguntaba, Y vendrá Ortuño, ¿te parece bien?

Y repetían. Salvo la escena del taxi, reproducían paso a paso el esquema de la primera noche. Julia sentada entre Céspedes y Ortuño, Céspedes iniciaba la sesión al inclinarse sobre ella y besarla mientras le desabrochaba la blusa, acariciaba sus pechos y los sacaba por encima del sujetador «El aduanero, el dueño del territorio que así daba permiso a su invitado, sentándolo a la mesa de mis tetas». Y el otro obedecía, esperaba la señal, lamía y tocaba hasta que Céspedes susurraba algo al oído de Julia y dejaban allí al invitado hambriento, esperando su turno mientras ellos follaban en el dormitorio y Céspedes, calcadas, le hacía las mismas preguntas de la primera noche, te gusta, te lo vas a tirar, dime, lo vas a hacer, y luego querrás más, luego vendré yo. Y ella decía sí, sí, asfixiada, excitada, con el juguete Ortuño esperando para cumplir su cometido.

«Él nunca estará así de unido a su mujer, nunca por muchos perros, hijas, negocios y casas que compartan habrá ella conocido como yo a este hombre, más mío que suyo, más profundamente mío que de ninguna de las que ha tenido», pensaba Julia en aquel tiempo. Céspedes y ella. Y luego todo lo que quedaba fuera. Lo que nadie entendía. Al otro lado de un río profundo. No era una idea fútil. En demasiadas ocasiones Céspedes se lo hacía notar, con sus confidencias, con sus temores y deseos, con sus secretos compartidos.

Deseada, valorada, complacida. Ella y Céspedes. Disfrutando del presente. El presente en estado puro, la renuncia voluntaria al futuro. Desafiándolo a pesar de saber que sería él, el futuro, quien ganaría la partida, quien de un modo u otro los derrotaría a los dos. A cada uno de una forma diferente, tal vez de un modo más rotundo a él y puede que incluso enfrentándolos. Pero mientras tanto bailarían al son de su propia música.

«Ahora ya se acabó la música de baile, ahora es ya ese tiempo, ahí está el olor dulce que anuncia lo podrido, las heridas sin cura, las amputaciones.» Julia hace un giro de noventa grados, deja a su espalda el mar, la pequeña calle Rafael Pérez Estrada, partida en dos por un árbol solitario, y empieza a remontar el Camino Nuevo. La primera noche que Céspedes y Ortuño la llevaron a aquel chalet también hicieron ese giro y tomaron la misma calle porque Ortuño, torpe

conductor, era el único camino que conocía para llegar al chalet de su amigo. Ahora el destino de Julia era otro, la casa de Ana Galán, una mujer rota, y de su marido, un hombre que ha salido de la vida por la puerta trasera. Escondido, igual que vivió.

Esas hormigas, buscando en los párpados, desorientadas por el desierto del pecho, sin hormiguero ni guía, surgiendo de detrás o de dentro de las orejas, sin parar de salir del pelo, de la nuca de Dioni, rebuscando, quizás acopiando todavía alimento, extrayéndolo de esa mina inmensa, ¿lo devoraban, se lo estaban comiendo? Julia intenta borrar esas ideas de su cabeza, olvidar lo que ha visto, Dioni moribundo, más mortecino que todos esos enfermos que ha tenido bajo su cuidado y que han muerto ante ella, desencajados, lánguidos, dormidos, mansos y rebeldes, asustados y atontados. Mejor dejarlo todo atrás, como esos días malos que guardaba bajo llave, que se quedaban en las salas y los pasillos del hospital en cuanto subía a su coche y giraba la llave de contacto. La tarde, el sol, la vida, esa gente que sube o baja la cuesta del Camino Nuevo con sillas de playa, toallas, sandalias, medio desnuda, buscando la sombra de los árboles, desafiando el terral, mejor dejar a Dioni en su sótano, cerrar puertas, girar llaves.

La primera noche que la llevaron a aquel chalet también era verano. Aquellas parejas, aquellos matrimonios, varados, abiertos, aburridos, aventureros, jugando a ser malos. Pupilas dilatadas, risas fáciles, miradas sopesando el género más allá de lo habitualmente permitido. Insinuaciones, bromas nerviosas. Unos cuantos depredadores paseándose fuera de los corros. Tal vez veinte personas. Y al poco de llegar ellos, Julia, Céspedes y Ortuño, una pareja empezó a besarse en una esquina del gran salón, el hombre —bajo, canoso—, bajando la mano hasta la entrepierna de ella, deteniéndose allí, la mano en forma de pala, acariciando, cavando el deseo. Miradas cruzadas en el resto. Promesa rota. La mujer —más alta que él, morena—, después de que el hombre le subiera el vestido lo suficiente como para mostrar sus muslos y meter la mano bajo el tanga, le cogió el brazo, hizo que sacara la mano del pequeño nido de nylon y le susurró algo al oído. El hombre se volvió a mirar a los que los observaban, amagó una sonrisa y se fue de la mano de la mujer, hacia uno de los dormitorios. Asunto privado. Murmullo de decepción, algún amago de risa, el gracioso de turno imitando al cómico ¡Cobarde de la pradera!, el camino hacia la ordinariez abierto y rápidamente contenido por el dueño de la casa, que viajaba de un grupo a otro prometiendo el maná sexual.

Las luces bajadas. Un murmullo que recorrió el salón y llevó a la mayor parte de los presentes a la terraza para mirar cómo allí abajo, en el césped,

alumbrado por el fulgor turquesa de la piscina, un hombre se movía sobre una mujer. Desnudos, los glúteos del hombre, musculoso, joven, subían y se contraían, una oruga reptando sin avanzar, sin dejar de moverse en el mismo sitio, debajo de él, el charco de una melena rubia esparcida en el césped, las piernas de la mujer, madura, subieron y se arquearon sobre los riñones del efebo, atrapándolo, los zapatos de tacón mecidos sobre las nalgas, la respiración contenida entre quienes observaban desde la balaustrada.

Al lado de Ortuño un individuo bajo, fuerte, pasaba la mano por la espalda de una mujer que tenía la cabeza apoyada en el hombro de su pareja, la mujer le sonrió al intruso, que bajó la mano y le acarició los glúteos, ella susurró algo en el oído del hombre con el que estaba y este, después de mirar al que tocaba a la mujer, se la ofreció, girándola, poniéndosela de frente. La mano del hombre ascendió entonces por el vientre de la mujer, sobre la tela vaporosa de una blusa escotada, la mujer entornó los ojos, recostada sobre su pareja, que le susurraba algo al oído y le arrancaba una sonrisa turbia mientras el invitado le abría la blusa y acercaba su boca a unos pezones oscuros y desiguales, tristes.

Dos o tres curiosos se quedaron en ese lado de la terraza observando al improvisado trío. Julia, Céspedes y Ortuño volvieron con el resto al salón. Allí, una mujer de algo más de cuarenta años se había subido a una mesa baja. Tenía los ojos vendados y se contorsionaba más torpe que sensualmente siguiendo el ritmo de la música. Se desnudaba poco a poco imitando el estriptis de alguna película supuestamente erótica. Un pequeño corro la animaba. La acariciaban, y parecía que el juego consistía en que ella adivinara de quién era la mano que la tocaba. Panolis, susurró Céspedes. Tiene gracia, está buena, dijo Ortuño mirando a la mujer, en ropa interior y, a pesar del calor, con liguero negro y unas medias color carne. Parecen medias de ortopedia, dijo Céspedes. Está buena, insistía Ortuño. Cutre, ¿no?, interrogaba Céspedes.

Julia, vestido verde, melena suelta, camina despacio hacia la mesa central, no esa baja donde se contorsiona la stripper aficionada sino una mesa grande, rectangular y de madera oscura. Mientras camina se abre la cremallera lateral del vestido, se detiene y lo deja caer al suelo, allí se queda ovillado con sus reflejos esmeraldas, y ella, sandalias de tacón y tiras del mismo color, braga también verde, espalda completamente desnuda, avanza unos pasos y se detiene al lado de un hombre que la viene observando desde lejos, alto, frente cuadrada, maduro, ojos acuosos. Desde donde están Céspedes y Ortuño parece que Julia le dice algo al hombre, que la sigue y observa cómo ella apoya las palmas de las manos en la mesa y lo espera.

Los ojos fijos de Céspedes, la boca entreabierta de Ortuño, mujeres que dejan de sonreír, el juego de la gallina ciega se detiene, la mujer que está subida en la otra mesa se quita la venda ante el silencio que se ha hecho en la habitación. El hombre alto besó a Julia en la nuca, la envolvió. Las manos de Julia estaban apoyadas en la mesa, dándole la espalda al hombre que se había abierto la cremallera del pantalón, la música detenida, Julia sacando las caderas, elevándolas y el hombre penetrándola desde atrás, embistiéndola con ritmo creciente y ella con los ojos entornados, fijos en la mesa, Céspedes y Ortuño acercándose entre los que miran, la braga de Julia retirada, pero todavía puesta, el hombre dándole desde atrás, firme y en silencio, las manos de ella crispadas en el borde de la mesa, se vence, baja el torso y apoya los codos en el tablero, la miran, treinta ojos que no se apartan de ella, hombres que se acarician la entrepierna abultada por encima del pantalón, un joven que se acerca por el otro lado, de frente a Julia, y que parsimoniosamente se sube a la mesa, tan ágil como para hacerlo a cámara lenta, Julia haciendo un esfuerzo e incorporándose, despegando los pechos del tablero y recobrando la postura inicial, sacudida por las embestidas silenciosas —solo el golpeteo rítmico de la carne sobre la carne —, saca su miembro el joven que se ha arrodillado sobre la mesa y se lo ofrece a Julia, el pene henchido y oscuro se le pasea por la cara como un animal torpe, Julia, sacudida, trata de cogerlo con la boca como en un juego infantil hasta que consigue atraparlo entre los labios y lo succiona, ansiosa, Puta, qué buena está, Ortuño la redescubre, se maravilla de tener acceso a esa mujer sobre la que se arquea el hombre que la embiste mientras ella emite unos sonidos ahogados, taponados por el miembro del joven que le tiene agarrada la cabeza, unos dedos anchos asomando entre el pelo de Julia, y el gemido ronco del hombre alto que le tiene cogida las caderas y que acerca la boca a la espalda de ella, los labios en las vértebras, el gorjeo y los resoplidos del hombre, electrocutado, y entonces es ella la que se sacude, la que mueve atrás y adelante las nalgas hasta que el hombre se retira, trastabillando como un borracho, tomando aire como un atleta agotado, el sexo oscuro y brillante de Julia se queda vacío, una sirena llamando a los ardientes marinos, Ortuño da un paso adelante dispuesto a cubrirlo pero Céspedes le coge el brazo y con la mirada le ordena que se detenga, la interrogación en el ceño fruncido de Ortuño, un nuevo voluntario, un tipo ancho, con unos rizos alborotados y ralos que tratan de disimularle la calva, se sitúa detrás de Julia, se abre la camisa, barriga prominente, se desabrocha el cinturón, saca un preservativo del bolsillo y deja caer sus pantalones al suelo mientras muerde el envoltorio del condón y mantiene la mirada en la espalda y las nalgas

de Julia, mira al joven que sigue arrodillado sobre la mesa y que le hace un gesto afirmativo, Métesela, pueden leer todos en sus labios, todos menos Julia, que sigue concentrada en el miembro del joven y que recibe a su nuevo ocupante con un leve gemido, respira de modo sonoro y aprobatorio el público, se miran y se hablan entre susurros los dos hombres que se afanan sobre Julia, el joven se tensa, rígido, lo miran todos los ojos, se acercan los pornógrafos militantes en busca del detalle y ven cómo entre espasmos saca el oscuro miembro de la boca inundada de Julia que deja caer la baba viva y saliva y recibe en la cara más flujo, más salpicadura seminal, mientras el joven está a punto de caer de la mesa y el que la posee le azota el culo con sonoras palmadas, yegua en celo, ahora es Ortuño quien retiene a Céspedes, molesto por la violencia de los azotes, sale de la habitación una pareja entre reproches, se los lleva el fantasma de los celos femeninos, voces que se alejan y discuten, el follador trasero también gime, trastabilla y resopla, hunde los dedos crispados en las nalgas de Julia mientras levanta la barbilla al techo de la sala y bufa, los riñones le suben y le bajan, sigue bombeando dentro de Julia, niega con la cabeza, los músculos de la espalda se contraen, los glúteos casi le desaparecen como si también ellos se introdujeran en la vagina de Julia y todo el hombre fuese a desaparecer, y sale, sale despedido, doblándose sobre sí mismo, apoyándose en sus rodillas, los tristes rizos ya a esa altura desertando de su función de camuflaje y dejando ver extraños costurones y hondonadas en la piel del cráneo, y ella, Julia, se queda allí, apoyada en la mesa, la cabeza hundida entre los hombros, todavía lleva puesta la braga verde, la parte trasera hecha un cordón orillado a un lado de su nalga derecha, se le acerca otro candidato a libar en ella, pero también se le ha acercado Céspedes, con el vestido en la mano, y es él quien le pasa el brazo sobre el hombro y le besa el pelo, y la mejilla se le unta de sudor y tal vez de alguna otra sustancia glutinosa.

Conduce Julia por la calle Sierra del Co, desciende parsimoniosamente las curvas cerradas, entre muros altos y buganvillas, y se recuerda a sí misma aquella otra noche, tanto tiempo atrás —no demasiados años, pero sí mucho tiempo acumulado— viajando en el coche de Ortuño al abandonar el chalet en el que había sucedido todo. El pelo húmedo de la ducha, la cabeza apoyada en el hombro de Céspedes, la silueta de Ortuño conduciendo, sentado solo en la parte delantera del coche. Los tres callados. La mirada de Ortuño buscándola a cada tanto en el retrovisor y ella envuelta en una somnolencia infantil, las farolas parpadeando sobre ella, sin saber por dónde ni adónde iba. Los lejanos viajes familiares, arrullada por la música y la voz de sus padres.

Julia llega a Sierra Pelada. La calle está llena de vehículos. «Coches fúnebres.» Imagina los visitantes que han llegado a la casa, imagina a la doctora Galán soportando esa invasión. Esperando el momento de poder derrumbarse.

Maniobra, monta el coche encima de la acera, lo encaja y sale del vehículo. El aire flamígero que corre por la calle la recibe de modo violento. Camina por en medio de la calzada. El gránulo del asfalto arisco, lleno de picos, las plantas que asoman por las tapias de los jardines, expectantes, como perros con la lengua fuera.

Cuando se encuentra a unos metros del chalet de la familia Grandes-Galán, se abre la puerta y antes de que aparezca nadie oye unas risas ahogadas. A medida que se acerca, Julia va viendo aparecer a un adolescente atolondrado y pecoso que deja de reír y se detiene al verla, le sigue otro, con un flequillo aparatoso como una ola rompiente, vestido con traje y corbata, y tras ellos, sonriente, sale Guille, que al verla se detiene en la puerta, esperándola. Con la sonrisa desdibujada.

Julia no titubea, abraza a Guille, lo besa cerca de la oreja mientras le dice Cariño, pero siente que es Guille, que son esos tres muchachos los amos de la situación. Al retirarse del abrazo, Guille ya no sonríe. Mueve los labios con nerviosismo, está siendo estudiado por sus compinches y quiere estar a la altura, responder con solvencia. Julia le pregunta, ¿Está mamá arriba? Y él se vuelve, mirando al interior de la casa, Sí y el tío Emilio, yo, nos vamos me voy a que me dé el aire un poco y luego vengo, o donde me digan.

Claro, dice Julia, y le pasa la mano por el brazo, medio sonríe a los otros dos, que la están calibrando como mujer, y entra. «Mamá, ¿está mamá? ¿Desde cuándo he dicho yo gilipolleces como esa? Está mamá, ridícula.» Sube Julia los peldaños que dan acceso al jardín. Desde allí ve la calle y de nuevo a Guille con sus dos amigos. Bajan en fila india, el del traje en cabeza. Un sendero de hormigas. Hace años Julia las vio en un programa de televisión, llevando esos trozos de hojas verdes que acababan de recortar con sus potentes mandíbulas y se enteró de que esas hormigas ni eran vegetarianas ni las hojas eran su alimento. Supo que aquel era el germen de una gran industria alimenticia y que las hormigas en el interior de su nido dejaban fermentar esa masa vegetal hasta que producía un hongo del cual se alimentaban. Agricultoras, manufactureras, industriales. Tal vez se estaban llevando trozos de Dioni para cultivarlo en la oscuridad de un hormiguero, bajo tierra.

Sale al sol de la avenida de Europa como un espía aficionado y asustado.

Jorge, el infeliz, mira a un lado y a otro. Se vuelve y a través de la vidriera del establecimiento en el que trabaja ve a Pedroche inclinado sobre su mesa y a su lado su primo Floren. Saca el móvil y pulsa el número que un rato antes le ha dado el Nene Olmedo. Tres toques y la voz del Nene, mucho más suave que en persona, le dice:

—Dime, ¿de qué te has enterado, ¿cómo lo van a hacer?

—Yo lo que sé lo que me ha dicho mi primo es que Pedroche, el que le ha pegado la mujer, va a ir a la iglesia a recoger —mira para atrás de nuevo—, que va a ir allí a recoger las cosas, el dinero y eso.

—Qué iglesia.

—La del cura.

—Pero qué iglesia, dónde está —se hace ahora reconocible para Jorge la voz del Nene Olmedo.

—Te lo dije.

—Yo de iglesias no sé, qué iglesia.

—La que hay por calle la Unión, en el cruce de la calle Unión al principio cerca de la avenida Juan XXIII, allí.

—A qué hora va a ir.

—¿Cómo?

—Que a qué hora va a ir el menda a la iglesia.

—Cuando salga de aquí, de trabajar. Es lo que le ha dicho a mi primo, luego.

—Qué hora.

—A las ocho y media, nueve menos cuarto o por ahí. Lo que ha hablado mi primo es eso, cuando salgamos ha dicho.

—Vale. Si ves que se va a ir antes me lo dices al momento.

—Sí.

—¿Y cómo es?

—¿El qué?

—El menda.

Jorge se vuelve para mirar a Pedroche:

—Bajo, calvo, no sé, más bien gordo.

—El Clooney anunciando café.

—¿Qué?

—Que le hagas una foto.

—Ya te digo, tiene un bigotillo…

—Que le hagas una foto, con el móvil y me la mandas.

—¿Una foto?

—Eso.

—Ya, vale, bueno —Jorge se vuelve de nuevo a mirar a Pedroche, que sigue exactamente en la misma posición—, y tiene unas tiritas puestas en la frente también…

—Me la mandas.

—Sí, vale, oye, Nene…

—Qué.

—Que entonces todo bien, yo te la mando la foto y todo bien, no hay problemas con eso —duda Jorge, alza la voz—. ¿Nene? ¿Me oyes? ¿Nene?

Jorge mira el teléfono. El Nene Olmedo ha cortado la llamada. Duda si llamarlo de nuevo. Frente a él está el descarnado aparcamiento, coches recalentados, polvo y matojos secos. Se vuelve otra vez hacia el interior del local, Pedroche, su primo Floren. Observa su teléfono, el número del Nene Olmedo. Descarta llamarlo, pasa el dedo por la pantalla, busca la foto de su novia. Encuentra la que está en la playa, en toples. Ahora le parece inadecuado recrearse en otras partes de la fotografía y aumenta el tamaño de la cara de la chica. La medio sonrisa, la cicatriz en la comisura agriándole el gesto.

Y así entra el pequeño Jorge en el local Marcos y Molduras Ferrer. Gorgo, el huidizo, el ladino y silencioso Gorgo. Entra y camina por el local, llevando el teléfono en la mano. No atiende al comentario que le hace su primo Floren sobre si ya ha acabado de hacer llamadas secretas al fresco de la tarde. Jorge lo despacha con una sonrisa alelada y un balbuceante comentario sobre el calor. Pedroche no levanta la vista de la tira de madera que está encolando. Respira por la nariz sonoramente. Igual que hace siempre. El fuelle que lleva dentro. Piensa Jorge en el modo en que lo ha descrito, bajo, calvo, más bien gordo. Fofo, tendría que haber dicho. Bobalicón, rubiasco a pesar de ser calvo, el bigotito entre amarillo y canoso. Viejo. Un mierda. Eso es. Eso es lo que tendría que haber dicho: Uno con pinta de ser un mierda. Y el Nene Olmedo lo habría entendido. «Uno con pinta de ser un mierda y tú otro mierda, un hijoputa, un cabronazo, eso es lo que eres y como toques a mi novia como te acerques a ella te rajo.»

Eso piensa Jorge mientras su madre abre los ojos en el sofoco de la siesta y su hermano Ismael cruza la plaza de la Merced borracho bajo los árboles atolondrados por el calor, eso piensa Jorge mientras se apoya en una mesa de

trabajo, con su teléfono asomando disimuladamente bajo el brazo y apuntando en dirección a Pedroche, y, una, dos, tres veces, pulsa con la yema del dedo pulgar el círculo blanco de la pantalla y, una, dos, tres veces, la cámara de su móvil registra lo que tiene ante sí.

Mira con disimulo el resultado. Desecha y borra la primera foto, en la que solo se ve la parte superior de la cabeza de Pedroche, la calva, la tirita y el tubo fluorescente. Comprueba que la segunda y la tercera son prácticamente iguales. El perfil de paquidermo de Pedroche, la trompa-nariz, mirando hacia abajo, el hombro carnoso tensando la camisa de cuadros desvaídos. A su lado los pinceles, el marco dorado en el que está trabajando, y detrás de él, con la mirada apuntando al techo, igual que un santo que contempla el cielo, su primo Floren. Selecciona la última.

Se la envía al Nene Olmedo y durante la operación, mentalmente, le dedica nuevos y efusivos insultos mientras su madre observa el techo de la habitación, se despereza, piensa de nuevo en Rafi Villaplana, en la ayudante de recepción que le está causando problemas y a la que habrá que despedir si no cambia de actitud. Se pasa por el torso desnudo la mano con las uñas pintadas de un burdeos oscuro, casi negro. Se recrea en el tacto agradable de las uñas en la piel, en el rastro invisible y duro que dejan bajo la colina doble de sus pechos. Y bosteza mientras su hijo mayor, el desasosegado y ebrio Ismael, deja a su espalda la plaza de la Merced y, caminando por mitad de la calzada, pisando los adoquines desnivelados, se adentra en la calle Conde de Cienfuegos y dejando atrás las paredes atiborradas de grafitis busca el bar en el que estuvo hace no sabe muy bien cuántas semanas. Camboria, cree que se llama.

Y en Las Camborias mastica Eduardo Chinarro el pan tierno, la carne apelmazada, la rodaja de cebolla, la pringue del tomate químico y la mostaza rubia de una hamburguesa. Trabaja con su escasa dotación de dientes y traga al tiempo que trata de hablar.

—Mejor estarse quieto con esas cosas, Rai.

Lo imita malcarado Raimundo Arias:

—Fefó fefarce biebo fon fefa fofa, Fai.

—Joder, coño, Rai —Eduardo traga el bolo alimenticio tensando el cuello y abriendo exageradamente los ojos a causa del esfuerzo y la precipitación. Lagrimea.

Rai lo mira con desprecio, bebe un trago largo de cerveza, sin ganas de seguir imitando los sonidos atragantados de su compañero, que ya, desatorado,

vuelve a hablar con normalidad, con su normalidad.

—Joder, coño, Rai, encima te vas a cachondear que te estoy dando un consejo bueno de colega —traga, ahora ya solo saliva—. Deja el rollo de la Penqui y de darle vueltas al coco.

Rai se vuelve hacia la camarera:

—Cóbrate lo mío.

—¿Qué te crees tú que vas a sacar así? La Penqui es una buena muchacha para mí aunque ahora para ti sea lo peor del mundo por el mierda del Nene Olmedo y que lo has visto con ella en ese plan, Rai, pero lo mejor es dejarlo de correr y estarse quieto con esas cosas —da otro bocado, el penúltimo, a la masa blanda de la carne, el pan y las salsas que lo embadurnan.

—Muy bien, pues tú acaba, paga y nos larguemos.

Va a responderle Eduardo, pero ante el temor de una nueva imitación, calla, mastica y medio traga. Se hurga en un bolsillo del pantalón. Saca un billete muy arrugado de diez euros. Lo estira en su muslo y lo pone al lado del plato. Con la boca casi limpia vuelve a hablar:

—¿Tú no vas a comer, Rai, ni una papa frita?

Niega Rai con la cabeza.

—No tengo hambre. Por el calor —matiza.

—Ya —a la camarera—: Cóbrate niña y te cobras el cocacola de ayer también, que se lo dejé a deber a tu compañera y se lo recuerdas, se lo recuerdas que te lo he pagado —otra vez a Rai—: Aluego te da hambre.

Rai agarra el traste de su guitarra, apoyada hasta entonces en la barra. Mira melancólico por el ventanal que da a la calle Huerto del Conde. Por esa calle viene Ismael, Dios ha escuchado, y a la altura de un grafiti que representa el *Guernica*, surge del pasaje Lesbos un tipo destartalado y de andar torpe, con cara de sapo y labios de mulato trompetero. Al ver la mirada agresiva de Ismael, el hombre, de cincuenta y muchos años, retira la vista acobardado y entre susurros pide perdón. Qué pasa contigo, es la respuesta del violento Ismael, detenido en medio de la calzada mientras el otro, gordo, repelado, sudoroso y moreno, alza la mano en señal de excusa, dice Perdona, perdona, y sigue su camino andando a trompicones, como un verdadero batracio. Maricona, carapapa, lo despide Ismael antes de seguir su camino en busca de Las Camborias.

En Las Camborias insiste Eduardo Chinarro en su propósito de aplacar los celos y el afán de venganza de su colega Raimundo.

—Eso es lo mismo que me pasó a mí con la chavalita aquella, Rai, la

Roberta. De principio…

—Hace veinticinco años —Rai insiste en dejar la vista perdida por el ventanal.

—Veinticinco, coño, Rai con el rollo que tienes. De principio me daban ganas, si no hace ni cuatro, cinco años como mucho. De principio me daban ganas de irme para allá y cargarme a ella y al mierda ese, el Manolín…

La camarera deja la vuelta en el mostrador, cerca de Eduardo, y este le pregunta:

—¿Te has cobrado el cocacola de ayer, niña? —le hacen un gesto—. Vale, se lo dices a tu compañera, y eso, Rai…

—Vámonos —Raimundo deja el taburete en el que medio ha estado sentado y también deja de mirar por la ventana.

Eduardo, que siempre ha estado de pie, recoge las monedas, se despide sin mirar a la camarera, Adiós guapa qué bien haces las hamburguesas cuando triunfe te voy a contratar de cocinera, y sigue a Rai en dirección a la puerta que da a Huerto del Conde.

En el umbral, Rai se topa con la figura ancha, ligeramente bamboleante, de Ismael. Roza y retumba la guitarra en la rodilla del que llega. Ismael mira los ojos hundidos del Rai, que despiden una especie de brea con mal olor. Saca la mandíbula Ismael, anunciando un discurso breve que no se llega a producir. Eduardo ha puesto la mano en la espalda de Rai y lo ha obligado dulcemente a seguir su camino.

Salen. En el cogote, como un sello, llevan la baba y el peso de la mirada de Ismael, el borracho, el hacedor de triángulos equiláteros, o al menos acutángulos, de tela. Eduardo Chinarro tiene la tarde cogitabunda:

—No veas qué menda ¿no Rai? Va hocicando por el mundo, joder el tío cómo va, a esa gente mejor darle puerta y a seguir uno su rumbo y no tener más poblemas que los que tiene de por sí, Rai.

—Le meto la guitarra por el culo y me cago en sus muertos la puta que lo parió.

—Qué va, eso no de compensa. Eso como lo otro Rai, el Nene Olmedo y la Penqui, tú nosotros a lo nuestro, como yo con la Roberta cuando me enteré del rollo con el majarón del Manolín, con esos ojos de huevo.

—No veas qué muermo contigo el rollo que tienes tío. Vamos para la Cruz Verde.

—¿No vamos a la Polivalente, Rai?

—Para qué, el Negre ya no está allí. Y la papela metida en la cubeta de los papeles cagados de la gasolinera esa en el quinto coño, no veas qué día, y el calor rematando, me cago en la pared.

—Al enterarme, con el cabreo hasta cogí el cuchillo grande que había en la casa pensando que hasta habían estado en la cama, la cama de la que yo había comprado el somier con mi dinero, pero después te lo piensas con la cabeza y piensas, voy a acabar yo preso por esos dos, anda ya, que se acueste en el somier y lo reviente ese cabrón cara de huevo. Por mí se la puede follar por la oreja. Eso es lo que importa Rai, lo que conviene. Lo que importa es lo que conviene —sentencia, satisfecho de su hallazgo metafísico, Eduardo Chinarro.

Van calle adelante las dos figuras, el sol nimbando oscura y torpemente en el asfalto asfixiado. Las casas fantasmales de la calle Lagunillas, muros con grafitis y ventanas clausuradas escoltando a la pareja errante. La flama cuece los ladrillos desnudos y Eduardo Chinarro ensaya por lo bajo un cante que le hincha las venas y habla de una niña robada y de un amor muerto.

En Las Camborias, Ismael le pide a la camarera una ginebra con hielo, calibra el local vacío intentando recordar qué pasó y a quién vio la última vez que estuvo allí. El canto oscuro de una sirena lo ha atraído hacia este lugar sin que la niebla le deje ver el cuerpo de quien lo llama. Agita el hielo y lo tintinea contra el vidrio, lo sube despacio hasta la altura de su boca y le inspira miedo a la camarera mientras su madre se saca la braga lisa y negra y entra en la ducha. Los hilos de agua se rompen contra su pelo y hacen de él una masa oscura, forma el agua regatos, torrentes y afluentes que bajan por sus hombros y remontan las ubres en las que Ismael mamó y en las que ahora abreva Rafi Villaplana. Piensa en él Amelia bajo el jabón y la ducha, el olor del gel, la espuma y los recuerdos, y el deseo de que el lazo no se rompa, de que el verano se prolongue y Rafi de nuevo la mire con ese deseo frío, de gato que necesita comer, que la necesita a ella por encima de su ambición, sus intereses, las novias y los negocios «Yo tu gata, yo tu cueva, yo quien te doy lo que necesitas, y luego sí, sal y habla y planea y sueña, pero vuelve lame la leche que te alimenta, con tu lengua áspera, con tus uñas siempre sacadas para que te sientas en la selva, jugando a ser un león».

Gato callejero, felino paticojo, Rafi Villaplana sale del portal en el que vive su madre. La ha dejado atrás, sin sus dientes, la Segueta, con los pechos venidos abajo, bultos mudos bamboleándose detrás de la camiseta manchurreada de salsas, altas condecoraciones de sartenes y ollas. Magníficos ojos de vedette antigua, bellos náufragos en medio de una cara saqueada por los años y la

estulticia. Protesta la Segueta en el hervidero de la casa contra la presencia de su marido, el ínclito Mariano, recién levantado de la siesta, abotagado y en calzoncillos sentado en el sofá, bostezante, con los pelos electrificados de la calva apuntando al techo y los ojos brillantes puestos en la pantalla del televisor Sony de cuarenta y cinco pulgadas. Busca con el mando a distancia algún partido, aunque sea en diferido, o algún programa en el que alguna dama, como a él le gusta decir, muestre sus atributos.

Portada Alta es un páramo flotando en el resol de la tarde. Ladrillos secos, paredes recalentadas, alguna ropa tendida a la calle, almidonada por el sol. Árboles anémicos con los troncos hundidos en los alcorques de tierra cuarteada. Refugio de hormigas, colillas, envoltorios y bolsas transhumantes de plástico. Cruza la sombra de Rafi Villaplana el juego geométrico de las baldosas sucias. Pasa un soplo de brisa, un engaño atmosférico, una cortina de aire fresco que de inmediato deja paso de nuevo al calor secante del terral. Y en una esquina, con un hombro apoyado en la pared, el Nene Olmedo repasa la foto del pelanas con la tirita en la frente, y cerca de él, sentado en un banco de piedra, el Tato se fuma un canuto, y con el humo retenido en el pecho le pregunta, Nene a de cuántos billetes nos llevemos del papanata ese, y, sin recibir respuesta del reflexivo Olmedo, sonríe, echa una neblina de humo y enseña las mellas a la barriada.

Y relativamente lejos, a unos tres kilómetros en línea recta, el Atleta piensa en Lucía. Los ojos verdosos, la voz que siempre lo acaricia y lo comprende. Piensa el Atleta en los compañeros de trabajo de Lucía, el encargado del supermercado, ese Ricardo que siempre le sonríe a ella y, lo que es peor, a él, cuando los ve montados en la moto de tercera mano del Atleta. Él con el codo asomando por la ventanilla de su Audi 3, el cigarrillo colgando de la boca, las gafas de sol y la puta sonrisa.

Lucía le es fiel. No solo sexualmente. Desprecia al moscón y a las otras moscas menores que la rodean. El Chacinero la invitó a cenar dos meses atrás, pensando que Lucía y el Atleta habían terminado, solo porque él, otra avería de la moto, había estado tres días sin ir a recogerla a la salida del trabajo. Se mofa Lucía de esos tipos cuando el Atleta los menciona como posibles rivales. Le enternecen los celos del Atleta, y el Atleta lo sabe. Pero también sabe, o más bien turbiamente intuye, que en algún momento el río subterráneo puede encontrar vetas, hilos de agua, filtraciones en la roca. Y piensa si la risa de Lucía ha podido ser en algunas ocasiones un consuelo para él, un modo de apartarlo de los pensamientos oscuros, no un acto espontáneo. No la verdad absoluta.

Si no encuentra trabajo, si pasan los meses y detrás de los meses un año,

puede que ella no resista el asedio. De esos o de otros que ahora no tienen cara y que son el verdadero peligro. El Atleta sabe que debe dejarlo todo atrás. Ir por los polígonos industriales, como le dijo Vilches, el pariente lejano de su madre que trabaja en el banco, ese tipo que parece que siempre se está enjabonando las manos y que, el Atleta está convencido, pretende convertirse en su padrastro, siempre levantándose cuando su madre va a cobrar su pensión y la de la abuela, siempre acompañándola hasta la puerta y quedándose allí hasta que ella desaparece por la esquina, dispuesto para un último saludo. Matrimonio de viejos, pagas, pensiones, jubilaciones, medicinas. Ataúdes y más pensiones.

Ir por los polígonos y ofrecerse en los almacenes, en las empresas, sean de lo que sean y sea de lo que sea el empleo. Busco trabajo. A los que ven con esa iniciativa los cogen, los ponen a prueba por lo menos, le dice Vilches sin fiarse de él, sabiendo que tampoco esta semana ni la semana que viene ni nunca el Atleta hará esa penosa ronda por los polígonos.

Correr, siempre corriendo, eso no es una profesión ni un beneficio y cuánto tiempo lleva en el paro, para qué te gastaste un dinero que no tenías en esa educación con los curas, ¿para correr, para que estuviera todo el día corriendo sin ir a ninguna parte? Eso le dijo a la madre del Atleta el tal Vilches. Eso le dijo en presencia de su abuela y eso le contó la abuela al Atleta. Correr y pasearse en la moto, ¿qué trabajo es ese? Y la sopa boba, eso lo quiero yo también, sí que ha salido espabilado, tienes que decirle hasta aquí, y que vaya a buscar trabajo de verdad, a los polígonos, o donde lo haya en vez de correr como un tonto.

Correr, liberarse de esas pesas de plomo que no sabe quién ni cuándo le han colocado en los tobillos. El lastre sin el que luego vendrá la carrera más ligera, aérea, limpia. Sí. Vendrá ese tiempo, como vendrá dentro de unas horas el momento en que se reúna con Lucía. Esa noche irá a recogerla al trabajo. La verá salir entre sus compañeros, dibujando la primera sonrisa de la noche al verlo. Lo quiere.

Estará allí, en la curva perfecta de su tobillo, ascendiendo siempre y siempre inmóvil, el tatuaje de la mariquita. La piel bronceada. Caminarán cerca del mar, donde la brisa deje atrás este día parecido a un infierno. Fuego lento, ventanas cerradas, el siseo de las zapatillas de su abuela arrastrándose por el pasillo, yendo y volviendo. Su particular pista de 400. También sin ir a ninguna parte. Olor rancio a comida y detergente saliendo de la cocina y avanzando por el pasillo como un mendigo que le pidiera limosna a la abuela.

Romper con todo. Sí, piensa y quiere creer el Atleta, él será quien acierte en el corazón de la diana, quien deje atrás el miedo y con el miedo a esos

pordioseros que merodean alrededor de Lucía. Esa y todas las noches. Y habrá una puerta, la puerta de una casa que él trata de imaginar, una casa pequeña, un pasillo sin olor a guisos ni tiempo estancado, una casa de paredes limpias y una puerta que él cerrará a su espalda cada noche, como una bendición, porque dentro, en la almendra de esa casa, fuera del mundo, quedarán él y Lucía, ganándole al tiempo días y días, montañas de horas, noches sin fronteras. Eso ocurrirá. Así quiere verse. Y así se ve en la caída lenta de esa tarde de agosto, reflejado en el barniz del armario, ese espejo borroso, el Atleta.

«Nunca admitido, siempre escondido. Huyendo de las miradas. Arrastrado. Dioni. Escondido de sí mismo. Camuflado. Arrepentido, purgado, atormentado. Dobles vidas, triples. Maleta con doble fondo. Lo sucio y lo bello allí abajo oculto, encubierto, disimulado. Sepultado. La impostura comenzando al abrir los ojos cada mañana, y tantas, tantas noches persiguiéndolo por los túneles del duermevela. Aquellos hombres que se le aparecerían en el laberinto de los sueños, en ocasiones liberándolo, en otras denunciándolo. Juzgado, sometido. La verdad a veces era una arcada, un bolo podrido que debía vomitar y que de nuevo, con un portento de voluntad o con una ausencia absoluta de voluntad, volvía a tragar llamándose a sí mismo cobarde, responsable, traidor, miserable, honrado. Libre y oscuro. Pagando su libertad momentánea con kilométricos túneles de penumbra.» Así imagina la doctora Galán que vivió su marido. Así lo sospecha. Cobarde. Incapaz de romper con cualquiera de los dos mundos a los que se sentía atado. Con su responsabilidad a cuestas, con ese pulcro e insobornable compromiso que lo ha llevado a la tumba.

Desmembrado. Esa es la imagen que de pronto ha aparecido en la cabeza de Ana Galán. Aquel viejo espanto de no recuerda qué película en la que a un hombre le ataban las extremidades a cuatro caballos y lo desmembraban. «Eso has hecho contigo mismo, Dioni, tú eras los caballos, solo que lo has hecho lentamente, tan lentamente que al cabo han sido hormigas y no caballos las que te han acompañado en el final.»

Especulaciones de la viuda. Dionisio Grandes Guimerá llevándose al otro mundo el secreto de cómo vivió verdaderamente todos aquellos años de matrimonio y cuánto de amargura o dicha hubo en él. Una cerradura que siempre estuvo sellada. Ni siquiera cuando Ana supo que tenía una doble vida abrieron de par en par esa puerta, solo una rendija, lo suficiente para alcanzar una especie de pacto de silencio o de ojos vendados. Ana Galán, la mujer llena de coraje, la heroína de los hospitales, sin atreverse a saber más de lo necesario. El misterio

que esta tarde de agosto se ha cerrado para siempre. ¿Sin depositario? Veamos.

Era una noche de invierno, húmeda, con amenaza de lluvia. Un viento helado subía desde el puerto y avanzaba calle Larios adelante estremeciendo las bombillas sin luz de la Navidad recién clausurada. Guirnaldas de vidrio, el espejo del mármol reflejando las luces de las farolas perfectamente alineadas. Dionisio Grandes caminaba al lado de un cliente y el frío de la noche, el final de las fiestas navideñas y la perspectiva de un nuevo año le inundaban el ánimo de una ligereza poco habitual en él. En la plaza de la Constitución rehusó el ofrecimiento del cliente de llevarlo a su casa, y allí se separaron.

Dioni prefería caminar unos minutos, sin rumbo fijo. Eso es lo que dijo y lo que flotaba en el campo racional de su conciencia, pero sus pasos se fueron dirigiendo hacia la plaza de la Merced y una vez allí, sintiendo la placentera aceleración de su pulso y la presencia perturbadora de la adrenalina en sus latidos, se fue acercando a los garitos de la calle Madre de Dios.

Lo vio antes de entrar al bar, a través del vidrio de la puerta. Mientras dejaba salir a un par de tipos, vio a Vicente apoyado en la barra, de espaldas al mostrador, los ojos apuntando hacia arriba, como si le pidiese algo del cielo. Pero no estaba vislumbrando la gloria celestial sino mirando un televisor colocado en alto y en el que unos apolíneos surfistas hacían malabarismos sobre la espuma de unas olas gigantescas. Pasó cerca de él sin que Vicente le dirigiera la mirada. Demasiado para mí, pensó Dioni.

Demasiado joven, demasiado atractivo. Pómulos acusados y cara cuadrada, boca caprichosa, pelo abundante, encrespado, casi rubio. Fuerte. Manos anchas y dedos gruesos entre los que casi se perdía el botellín de cerveza que de vez en cuando se llevaba a la boca sin apartar la vista, hipnotizado, de las cabriolas o de los cuerpos de los surfistas. Manos de trabajador, pensó Dioni, sentado a una mesita del fondo, viendo a su vez en el reflejo del ventanal el romper de las olas, aquellas espirales de espuma que a veces se tragaban a los deportistas.

Invitarlo a una nueva cerveza, decirle al camarero que le sirviera una de su parte y desde lejos alzar él su vaso de whisky a modo de saludo. Cliché peliculero, fantasía que se desvaneció dejando paso a la frustración. Una carcoma lenta. El ánimo vaporoso de Dioni se había condensado rápidamente en aquel rincón del bar. Sonaba triste el tintineo solitario del hielo casi derretido en los posos del whisky, ese charco en el que se había convertido la lluvia fina y esperanzadora de la tarde.

El bar casi solitario y una segunda copa que dejó por la mitad. Dionisio Grandes pagó su consumición y cuando ya estaba poniéndose el abrigo de

espaldas a la puerta, una voz le dijo en tono familiar, ¿Ya te vas? Ahora que iba a conocerte.

Por encima de su hombro vio la cara sonriente del chico de la barra. Una sonrisa apagada, unos dientes grandes, poderosos, «Carnívoro». La mano tendida y el chico diciendo Vicente. Y reformulando la pregunta, ¿Te tienes que ir?

El nerviosismo de Dioni, dando la mano, diciendo su nombre, balbuceando y al mismo tiempo reconociendo su balbuceo y su indecisión, Bueno sí no me iba a ir, mira me has puesto nervioso, me iba a ir, estaba esto tan muerto, y tú tan absorbido por la tele, me estaba poniendo el abrigo —se miró la muñeca casi sin ver dónde estaban las agujas del reloj— pero sí me puedo no tengo que irme.

Sacándose el abrigo, adolescente de cuarenta y no sé cuántos años, «Maricona», otro whisky, el bar convertido en el camarote de un barco que se hacía a la mar en medio de una noche que ojalá durara siempre. El corazón alzándose, expandiéndose en un único e interminable latido, sirena de los barcos, todo tan fácil.

Coincidiendo casi en nada y todo tan fácil. Casi veinte años más joven que él, camarero, reponedor de supermercado, trabajador itinerante en empleos precarios, devoto de las películas de acción —¿Stallone? ¿De verdad te gusta Stallone?, preguntaba feliz Dioni, y el otro respondía, Stallone no, sus películas, pero el mejor, las mejores, las de Chuck Norris, esas sí que son buenas, si dices que no es porque no las has visto y de verdad, no, no te rías, ha trabajado con los directores mejores del mundo, ¿de qué te ríes, qué eres uno de esos que les gusta todo puesto con subtítulos y que hablen en checoslovaco?

Fácil, experto, Vicente. Se fueron juntos del bar y con toda naturalidad el chico le propuso ir a un hotel porque a su casa no podían ir, ahora, sin trabajo, estaba viviendo temporalmente con su madre. Dioni titubeó antes de confesar que tampoco podían ir a su casa, y Vicente, dirigiendo una mirada a la mano de Dioni, le dijo, Ya lo sé. ¿Lo sabes?, preguntó Dioni mirándose a su vez la mano y la alianza, que esta vez había olvidado quitarse. Una sonrisa. Casado. Un pecado venial.

Hotel Carlos V, una habitación para un par de horas. Dos amantes. Dioni dejándose llevar por ese joven que lo trataba como a un ser indefenso y tierno y al mismo tiempo despertaba y colmaba su deseo. Que lo colmó. Dulce, fuerte, déspota.

—Eres como uno de esos surfistas que montaban las olas, suave en medio de

tanta fuerza, flotando donde otros se ahogan, llevándome en tu tabla, tu alfombra mágica —le dijo Dioni.

Los dos apoyados en el cabecero de la cama, Vicente fumando en silencio, mirándolo de reojo, respondiéndole en voz baja:

—Le das muchas vueltas tú a las cosas, le buscas muchos pies al gato me parece a mí, alfombra mágica —y a continuación abriendo la boca, sin reprimir un bostezo que le dejó un brillo intenso en los ojos.

—Los tienes casi amarillos —le dijo Dioni.

—El qué.

—Los ojos, los tienes son casi amarillos, verdosos y casi amarillos.

—Será del sueño —arrugó la nariz y frunció el ceño como si de nuevo fuese a bostezar, pero en vez de eso se llevó el cigarrillo a los labios.

«Masculino, salvaje, tío», Dioni le miraba el cuello, el pecho lampiño —¿depilado?—, pectorales duros por los que Dioni pasó la mano y la bajó, el diafragma, el vientre.

—Joder qué sueño —se volcó a un lado Vicente para apagar el cigarrillo.

La espalda carnosa, los músculos dorsales marcados, los omoplatos dibujando una rara figura geométrica, un continente, y al volverse una sonrisa que quería ser amable. Dioni cogiendo el reloj de su mesilla y diciendo Me tengo que ir, fingiendo alarma, más prisa de la que en realidad tenía. Saliendo de la cama, mirando la ropa tirada.

—A ver si encuentro lo mío, espero no confundirme.

—Por mí no hay problema —se estiró Vicente en la cama—, seguro que tu ropa es mejor que la mía.

Dioni alzó unos calzoncillos:

—Calvin Klein, joder, para que te quejes —y se los tiró a la cara, feliz.

—De mercadillo —Vicente cogió al vuelo la prenda, con desgana, mirando provocativo a Dioni desnudo—. No estás nada mal, papá.

—¿Papá?

—Papaíto malo.

—Te voy a dar yo papaíto —Dioni hizo amago de acercarse de nuevo a la cama.

—Anda, que mamaíta te estará esperando, no seas puta —lo disuadió Vicente.

Se fue vistiendo Dioni, nervioso. De nuevo como unas horas antes cuando

veía a Vicente mirar la pantalla de televisión en el bar. Indeciso, temeroso. ¿Pedirle el número de teléfono? Demasiado para mí. Un polvo y nada más.

—¿No te vistes? —le preguntó Dioni, abotonándose la camisa.

—¿Eeh? —somnoliento.

—Que si no te vistes.

—Me quedo a dormir. Ya que vas a pagar la habitación me quedo hasta por la mañana. Te da igual ¿no?

—Sí, claro.

—No tengo ganas de ir ahora a mi casa, mi madre, todo el rollo, la vida que llevo y bumbúm y bumbúm.

—Ya, sí.

—A mí me regañan, no como a ti, que haces lo que te da la gana, maricón.

—Sí, ya, si yo te contara.

Respuesta: Bostezo, gruñido y estiramiento, brazo musculoso, los ojos entornados.

La chaqueta. El abrigo, una mirada de refilón al espejo. Los nervios. Un vistazo a la habitación en busca de algo olvidado. La duda.

—Bueno, ya, Vicente…

—Mañana tengo que ir con mi cuñado al aeropuerto para ayudarle, pero pasado iré otra vez a ver a los del surf, los de la alfombra mágica eran, ¿no?

—Sí, yo, pasado, sí aunque la hora…

—Y si no yo dos o tres veces por semana caigo por allí.

El mundo lleno de sentido. Los planetas, las constelaciones, todo alineado, en un orden perfecto. El aire frío entrando, ahora sí, hasta lo más hondo de sus pulmones, más allá aún, expandiéndose por su cuerpo, llevando oxígeno puro hasta el último capilar de ese cuerpo saqueado, hollado, elevado, pleno.

Los pasos solitarios por la calle Císter, la catedral flotando en la noche. El ruido del agua en los jardines, la oscuridad de los arbustos y de nuevo el tintineo de las bombillas de Navidad, apagadas, estremecidas por el viento. Todo pura lejanía y al mismo tiempo todo formando parte de su propio organismo, el universo circulando por sus venas.

«Esto es la vida estoy vivo» se decía avanzando camino de la parada de taxis del hotel AC. Molina Lario, otra calle desierta. Sus pasos resonando no en las baldosas de la calle sino en el suelo de ese cuarto estrecho en el que Vicente ya estaría durmiendo. La habitación iba con él, lo mismo que la presencia de Vicente, ahora tan lejano el recuerdo cuando lo vio por primera vez, con la vista

levantada hacia el televisor. Lejano como si hubieran pasado meses desde que lo conocía. Y mucho más lejana aún Ana, su mujer. Su casa, Guille, ese mundo en el que entraría dentro de veinte minutos y que ahora parecía estar al otro lado del mundo. Perteneciente a una dimensión ajena. Al otro lado de un cristal indestructible. Eso parecía. Eso quería que pareciera, eso sentía, Dionisio Grandes Guimerá al cruzar ante la fachada principal de la catedral, subiéndose las solapas del abrigo, bajo esa lluvia fina que volvía a mecerse en el aire.

Esparce las semillas como el agricultor del Evangelio. La buena simiente encontrará lugar en la tierra arada y germinará, y la mala se pudrirá entre las piedras al sol. Pero en este caso todas son semillas baldías, granos de lentejas que se derraman por el suelo de falso mármol del salón.

Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero. Belita Bermúdez saca las lentejas del paquete y las esparce parcimoniosamente frente al ventanal. Marca Hacendado. Genitum, non factum, consubstantialem Patri, reza. Rebotan los granos entre sus pies desnudos mientras ella susurra su oración en el silencio de la casa e inexpresivamente mira al horizonte.

Los pecados del mundo. La traición de los mortales, la debilidad de los que nos rodean, todo está ahí fuera. El tumulto que entra y sale de las cabezas. Caballos invisibles que nos galopan a todos, destrozando con sus herraduras el trabajo de los otros. Todo ese ruido, toda esa violencia que duerme con ellos y deja nuestra alma como una tierra desolada. Regiones devastadas.

Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine. Desnuda, noventa kilos de desnudez lenta, mórbida. Poros, piel, livianos cráteres, depresiones y lomas, lunares y grumos. El brazo hace el movimiento mecánico de esparcir las semillas mientras sigue con su murmullo, Crucifixus etiam pro nobis.

Abomina del hombre que ha entrado en ella y la ha emponzoñado sin dejar que una nueva vida germine en su cuerpo y al mismo tiempo le dé la vida a ella. El aliento de un hijo que sería su propio aliento, el corazón que al latir movería la roca sucia, pesada y casi muerta que ella tiene en mitad del pecho. Mala simiente, ese hombre era mala simiente, trigo seco y muerto, lo lleva escrito en la cara como los hijos del mal llevan el pecado señalado en la frente. Saqueador, hombre de tierras desoladas que alienta y duerme a su lado y que solo buscaba satisfacer sus asquerosos instintos, babeando, gruñendo con la misma glotonería con que gruñen los cerdos al revolcarse en el fango. Ella ha sido su lodazal, ella ha sido el depósito de su pecado. Su Sodoma y su Gomorra. Ese puerco.

Los párpados pesados, la mirada lenta. Inmenso galápago sin concha, Belita mira el paquete vacío de lentejas entre sus manos y luego mira a través del ventanal el cielo vacío de la tarde. Lleno de almas invisibles. Átomos de nuestros antepasados. Desde ahí me miráis, vosotros los que os fuisteis. Judicare vivos et mortuos, cujus regni non erit finis. Labios pequeños en mitad de la extensión desproporcionada de la cara, blanda la carne, blanca. Labios que se mueven pronunciando sin sonido la oración aprendida en aquella infancia perdida en el fondo de la memoria. Aguas sumergidas. Palabras que vuelven, labios que atrapan el aire a pequeñas bocanadas. Regni non erit finis. La pelusa rubia sobre los labios, la barbilla perdida entre los mofletes abotagados.

Suelta en el aire el paquete vacío de las legumbres, que cae a un lado. Mariposa muerta. La espalda desnuda, una isla baldía, casi un continente de carne blanca, rosada, amarillenta, levemente morada. Azul. Los brazos pesados, los dedos ciegos y la cabeza de las uñas con el esmalte semitransparente perdido a trozos. Se separan levemente del cuerpo las manos, dejan al descubierto el vientre desplomado y rotundo, las olas detenidas de piel y carne que caen sobre el pubis escondido. Esa vellosidad rala y mustia, casi insignificante, perdida bajo la montaña del cuerpo, anécdota menor en las extensiones de piel desierta. El reino de la vergüenza y la humillación. Por aquí entraste, por aquí quisiste rebajarme, lamerme, puerco, hacerme de los tuyos y emponzoñarme con tus vicios, por eso y nada más que por eso fuiste a mi madre con tu cara de cordero pidiendo casarte conmigo, para meter en mí esa culebra, ese veneno sin vida que derramabas ahí dentro, hombre podrido, macho cabrío. Et in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem.

Se arrodilla Belita, hinca la carne blanda de sus rodillas en el suelo y recibe el ridículo pero doloroso castigo de las lentejas. El dulce silicio, el sufrimiento que la purifica y la une a lo alto. Levanta la vista al ventanal y vuelve a ver el cielo despejado, empezando a desteñirse, a deshacerse. Hijos del mundo, aquí me tenéis, padre Sebastián usted me conoce, usted sabe que busco la pureza y que doy la espalda al pecado y a la maldad. Que lucho contra ellos. No tengo soberbia, no es verdad que la tenga como me dice ese hombre con el que me casé por inocencia, por piedad. Por piedad hacia mi madre no hacia él, que nunca la mereció. Usted lo sabe y sabe cómo he rezado, cómo rezo, cómo sufro y me sacrifico y me sacrificaré. Usted es mi guía, mi pureza y mi verdad. Usted me une a Cristo.

Alza levemente la voz, los labios de Belita emiten un sonido audible en medio de la quietud del salón. Et unam, sanctam, Catholicam et Apostolicam

Ecclesiam. Siente la purificación de las palabras, cómo la oración sana su mente y también su cuerpo. El milagro que de nuevo se cumple en ella. De nuevo soy pura, de nuevo limpia como cuando mi madre me decía tus dientes son perlas de princesa, tus ojos son los ojos de un hada buena a la que Dios quiere mucho más que a otras niñas. Sí, y pasa la lengua por la pequeña fila de sus dientes, ese encaje cubierto de liquen que asoma por la abertura morada de sus labios. También por esta puerta quiso entrar esa encarnación del demonio, también quiso poner su carne sucia en este altar mamá, profanar las perlas, ensuciar todo mi cuerpo, ese hombre deforme con el que me casé para que tú fueras feliz. Mi sacrificio. Mi altar. Y mírame ahora. Sí. Credo in unum Deum. Cree tú en mí. Cree tú en mí mamá. Cree en mí porque yo creí en ti y me sacrifiqué por ti y por todos vosotros.

El dolor de las semillas atravesando su piel y clavándose en sus huesos. Mira al suelo, los granos derramados a su alrededor. Lo que nunca dará fruto. Mira sus pechos, ese peso muerto y redondo, ajenos a la devastación del resto de su cuerpo, un oasis doble, apenas desmayado en medio de la ruina, una incrustación de otra mujer en ese cuerpo vencido. La sombra de las venas recorriendo la superficie blanca, ríos sumergidos en ese mapa olvidado y, en medio, llegadas de otro mundo, las coronas oscura de los pezones. Donde ningún niño mamará, si no haces el milagro, si no viene a mí la pureza, si no renaces en mí como el animal en su madre, como la vida de la tierra cada día y cada año. Sí. Credo in unum Deum.

Padre Sebastián a usted me encomiendo, a la generosidad que vive y reina en su corazón y en todo su cuerpo. Rechazando a los que vienen de la oscuridad y reptan a nuestro alrededor, suben por los desagües y las fachadas de las casas, viven en las cañerías, entre las paredes, escondidos en las grietas de los muebles, en los poros de la madera y la cal, aguardando su hora, esperando nuestra debilidad.

Los ojos muertos. Los muslos descolgados, el relieve abrupto, morado, cárdeno, de los capilares rotos, esa piel, ese paisaje desolado, las erupciones de los vellos prehistóricamente rasurados. Los pies vencidos y disparejos, uñas con desconchones de esmalte. Carne hinchada, carne de matadero. Vinieron a por mí, me entregaron, me entregasteis y yo dije Sí. Por todos vosotros. Era la hora del pecado. Ahora empieza el reino de la luz.

Belita alza los brazos, los eleva lenta y pesadamente hasta ponerlos en cruz, las palmas levantadas al techo. Y así, arrodillada sobre las semillas esparcidas, con los brazos extendidos queda frente al ventanal y frente al cielo. Ante ella

tiene ese paisaje en el que, diez pisos más abajo, se suceden los tejados y los almacenes, las calles vacías de las naves industriales, tapias de solares abandonados, el campo devastado en el que se pierden la ciudad y más allá, en el horizonte azulenco, unas montañas que empiezan a difuminarse con la caída de la tarde. Y mientras dos lágrimas lentas caen por sus mejillas, Belita continúa moviendo sus pequeños y delgados labios, las perlas olvidadas de sus dientes. Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero.

Caminan por el paseo de Limonar bajo la sombra de los árboles. Errantes y gozosos. Excitados por el hecho de estar tocados por la muerte, el primer rayo que se cruza en su camino. Allá van, atrapados por ese vértigo confuso en el que Guille se sumerge y se eleva sin solución de continuidad. Cometa conducida por sus amigos. Juno, flequillo, traje y corbata, manipula su teléfono. Guille está tentado de preguntarle en qué momento y por qué ha ido a su casa a ponerse un traje con corbata. Imagina que Juno lo considera la etiqueta de la muerte. Y ahí va, el líder de la pequeña manada, que se vuelve y les dice a Guille y a Loberas:

—El Tuli nos espera en su casa, está solo y tiene tema.

Loberas hace un silencioso pero brusco gesto de victoria, un futbolista después de marcar un gol en cine mudo. Sin dejar de mirar la pantalla de su teléfono, Juno alza la otra mano pidiendo calma y amplía la información:

—Y que van para allá Cabello, Isidro y la Lori.

—¡Joder! No está buena la tía, su puta madre. ¡Qué grande! —Loberas hace exagerados movimientos de pelvis, fornicando en el aire.

Guille se anima, empieza a vislumbrar el viejo compadreo de la muerte y la sensualidad:

—Oye ¿y Mónica ha dicho que va a venir?

—Ah y que siente lo de tu padre que lo siente mucho y te manda un abrazo tío —ignora Juno la pregunta de Guille.

—No eres pesado tú con Mónica —Loberas se pone al lado de Guille—. ¿No te enteras? Que viene la Lori. ¡Qué grande! ¡Brutal!

Vuelve a hacer Loberas sus ostensibles gestos sin dejar de caminar y sin obedecer a Juno que le hace un reproche, ¡Coño, Loberas!, y sigue mirando la pantalla de su teléfono.

Llega el trío al paseo de Sancha. De nuevo al sol, reciben el fogonazo redoblado del terral. ¿Va a venir Mónica? Pregunta ya más sosegado Guille mientras cruza la calle al lado de su amigo Juno. No sé, dijo que luego llama, le

responde este mientras con un quiebro brusco del cuello se sube el aparatoso flequillo.

Se resigna Guille, se abandona en manos del azar y vuelve a pensar que todo es irreal, que en algún momento recibirá una llamada de su madre y le dirá que su padre acaba de llegar a casa y que todo ha sido un error. Se han equivocado. Y piensa también que están haciendo un experimento con él, que nada se ajusta a la verdad y que ese es el motivo de que no sienta nada. Todo es igual que cualquier otro día, la risa de Loberas, la autoridad de Juno, la normalidad de la gente con la que se cruzan, los coches que pasan por su lado, incluso ese calor, esa interminable cortina de gasa ardiente que los envuelve, y que es el mismo que sentía esta mañana, ayer.

Hasta la erección que tiene al pensar en Lori y el deseo simultáneo de volver a ver a Mónica son sensaciones que lo afianzan en lo cotidiano. Solo el traje oscuro, la corbata, la camisa blanca de Juno le dicen que su padre ha muerto, pero incluso eso es demasiado irreal como para que sea cierto. Pero sabe que es así. Que esa duplicidad existe. Lo sabe porque todavía siente el cuerpo de su madre pegado al suyo al abrazarlo, su peso, su olor, y toda esa gente en su casa, todo ese barullo que ahora es un recuerdo remoto, tan alejado de él mismo como esos sueños que nada más abrir los ojos se pierden por algún extraño conducto y forman parte del pasado, de algo que tiene una naturaleza dudosa y lejana. Sí, pero a pesar de todo sabe, sabe, que ha ocurrido, que su padre ha muerto.

La idea se cristaliza ante él, repentinamente. Casi de modo violento. Como si la moneda que ha estado girando dentro de su cabeza hubiese caído y ahora le ofreciera la cruz. Clara, nítida. Va a decirle a Juno que se vuelve, que tiene que regresar a su casa. Se siente mareado, fuera del mundo, todo puede evaporarse delante de él en un instante, y justo en ese momento, cuando va a tocar el hombro de Juno, este da un brinco y grita:

—¡Cabello cabrón!

La vuelta a la realidad. Nada va a evaporarse, nada se va a esfumar. Allí está Cabello, abrazándose con Juno, sus ojos negros, el pelo casi rapado y esa envidiable sombra oscureciéndole el mentón, sin afeitar durante varios días.

Lo ve, Cabello ve a Guille mientras todavía está abrazado a Juno. Y ya sin apartar la vista de él, se olvida de Juno y se dirige hacia Guille con la mirada brillante, demasiado negra. Lo abraza. Ese olor de hombre, la raspadura de la barba rozándole el cuello, Cabello lo abraza como si hubiera asistido a mil entierros, como si hasta el último padre de sus amigos o conocidos hubiera muerto y él se hubiese visto en el trance de ofrecerles consuelo, valor, estima.

Guille apenas oye las palabras que Cabello le susurra, Cojones, tío, hombre, arriba, duro, pero sabe que Juno y Loberas lo están mirando, que están viendo cómo Cabello, que ha dejado colgado el abrazo con Juno, que ni siquiera ha reparado en Loberas, lo está abrazando fuerte, de igual a igual, diciéndole cosas que los otros no pueden oír, cosas entre ellos. Y Guille siente deseos de corresponderle, de decirle que él también lo apoya, que puede contar con él para lo que quiera, en cualquier momento duro. Joder, menos mal que no se ha vuelto a su casa, menos mal que ha resistido. Hay que resistir.

Y después del abrazo todavía su amigo le palmea los hombros y le dice, Lo superaremos. Claro responde él, tratando de devolverle el gesto aunque no atina y la mano se le queda en el aire.

Retoman la marcha. Bajan los peldaños que dan a unos locales comerciales y se dirigen al portal central del edificio. Cabello pulsa un botón del interfono y, sin que nadie hable, le responde un timbrazo eléctrico. Entran. En el ascensor, Cabello vuelve a depositar la atención en Guille diciendo con la mirada perdida en el panel de los números:

—El padre de mi amigo Chenchu también se murió. Se estrelló con el coche, un BMW X5 negro, contra un bloque de hormigón al salirse de la carretera y lo tuvieron que sacar los bomberos.

—Qué grande, Cabello —apunta Loberas.

—Desguazando el coche con unas radiales especiales que llevan. El tío allí muriéndose y los otros a contrarreloj, un helicóptero y la polla, pero al final se murió antes de que lo sacaran. Lo atravesó una pieza del motor, el pecho, reventado. ¿Tu padre también un accidente?

—No —se excusa Guille, temiendo defraudarlo.

—Eso de las enfermedades es peor —sentencia Cabello—. No veas mi abuela la que lió para palmarla. Lo del padre de Chenchu mucho mejor. Aunque te reviente todo en el momento y te jodas.

—Uno que conocía mi padre, a ese le ardió el coche y con él dentro, lo sacaron carbonizado como de una tostadora —cuenta Loberas sin que nadie le haga mucho caso.

Cabello susurra algo al oído de Juno.

—Mi padre no estaba enfermo —alega Guille.

Pero el ascensor ya ha llegado a su destino y Cabello y Juno salen del cajón sin escucharlo.

En la puerta del piso está el Tuli, descalzo. Va vestido con un bañador

amarillo fosforescente, varias tallas más grandes de la que le corresponde, y una camiseta que alguna vez tal vez fuese azul y que ahora es blancuzca, con el cuello raído.

—¡Hermano! —se abraza aparatosamente a Cabello.

La efusión en los saludos va disminuyendo sucesivamente. Abrazo rápido a Juno, movimiento de cabeza para recibir a Loberas y el mismo gesto de indiferencia para Guille, hasta que Cabello, que ya ha entrado en la casa, le informa:

—Guille es el que se le ha muerto el padre hoy, ¿hace un rato no Guille?

—Joder tío, fuerza —le dice el Tuli. El aliento le huele a vinagre o a algo parecido.

—Sí, hoy —responde Guille a Cabello, pero este ya no lo oye.

Entra Guille en el piso. Al cerrarse la puerta tras él, de nuevo siente la sensación de irrealidad absoluta, la necesidad de volver a su casa. Avanza por un pasillo en zigzag igual que si recorriera un sueño, llega a un salón muy despejado, casi sin muebles. Cabello está sentado en un inmenso sofá blanco que hace una ele y abarca el centro de la estancia. Da la impresión de que Cabello, con un cojín bajo la nuca, mirando con mucha concentración su móvil, lleva allí sentado horas. Guille, a través del ventanal que da a la terraza, mira el mar, apenas a cien metros de distancia. Límpido, de un azul intenso, majestuoso. Mira el perfil de la costa, la luz que se va descomponiendo en mil colores. Pero no está para sutilezas estéticas. El aire acondicionado de la casa, a menos de veinte grados, y la visión del agua, le provocan un escalofrío. Desecha una repentina visión del cuerpo de su padre en un frigorífico, en una de esas bandejas que aparecen en las películas, o desnudo sobre una mesa metálica, ¿la autopsia? «Está allí ahora, no, mejor no, el mar, yo aquí, Cabello, Juno, su traje negro.»

La voz de Cabello lo saca del ensimismamiento.

—¡Qué jefe, colega, qué bestial! —palmea, aplaude. De nuevo es el Cabello que acaba de llegar a la casa, sentado en el borde del sofá, excitado por la sorpresa.

El Tuli se ríe satisfecho por los elogios que le está dedicando su amigo y enseña los dientes, capaces de partir un tronco humano en dos. El Tuli es alto, fuerte. Tiene una nariz poderosa, como de indio. Si Guille tuviese esa nariz estaría profundamente acomplejado, pero en medio de la cara del Tuli es la nariz perfecta, la mejor nariz que pueda encontrarse en el mercado.

Lo que Cabello jalea es la aparición de una pequeña bandeja de plata o un

material parecido a la plata en la que el Tuli lleva tres porros de grandes dimensiones.

—¡Tromperos! —saluda Loberas.

—María selecta, cultivada por mi viejo. Un detalle con su niño —informa el Tuli, aunque ahora sin el menor rastro de risa.

—Un colega perfecto tu viejo. ¿De verdad que te la da él? —Loberas mira con la boca abierta la bandeja, la cara del Tuli.

—¡Qué coño va a dar ese! No da un huevo. Se la birlo cuando me lleva a la finca para joderme. La tiene escondida en medio de una plantación de tomates —el ceño del Tuli se ha contraído severamente. Malos recuerdos.

—¡Qué grande!

—Y un rumano, Caratescu o como se llame, que le riega muy bien los tomates —muestra su información privilegiada Juno echándose violentamente para atrás el flequillo con un movimiento de cuello—. Estuvimos allí el verano pasado, ¿eh Tuli?

—¡Bestial! ¡La polla! —sigue jaleando Loberas.

Se ríe Guille tratando de integrarse en la alegría colectiva, aunque el gesto del Tuli permanezca agriado por el recuerdo de su padre. Desorientado, Guille va a sentarse en un extremo del sofá, cerca de la cristalera y de la visión del mar, pero justo en ese momento Cabello le sisea y da una palmada en el sofá indicándole que se siente a su lado. Ha estado pendiente de él, no se ha olvidado de que existe. El ánimo de Guille sube. Le dan ganas de gritar como a Loberas, ¡Grande! No lo hace, pero al pasar por su lado camino del asiento a la diestra del dios Cabello, le da un manotazo en el hombro y le dice, lleno de alegría, ¡Capullo!, a lo que Loberas responde con una gran risotada.

Serio, formal, profesional, magnánimo, el Tuli enciende el primer canuto, de pie en medio de la sala. Los demás lo miran con expectación. El Tuli retiene el humo en el interior de ese pecho fornido, detrás del telón de su camiseta descolorida. Después de unos segundos exhala un humo neblinoso, apenas visible, y, al tiempo que un intenso aroma se propaga por la estancia, el Tuli deja escapar una exclamación ronca:

—¡Puta madre!

Ovación general, alegría colectiva. El Tuli levanta el porro para que lo coja el primer candidato que quiera seguir su senda justo cuando un timbrazo retumba por toda la casa.

Todos miran en dirección hacia donde se supone que está la puerta.

—¿Tu padre? —pregunta sobresaltado, sorprendido de su propia reacción, Guille.

—¡Qué coño! —al comprobar que es Guille, el reciente huérfano, quien le ha hecho la pregunta, el Tuli suaviza el tono y explica—: Qué va, mi padre está en Túnez o en Turquía, un sitio de esos.

Vuelve a sonar el timbre.

—Parece una alarma de la guerra mundial, Tuli, como que llegan los japoneses —dice Cabello.

—Es de cuando vivía aquí mi abuela, estaba más sorda que las estatuas del parque —explica el Tuli yendo ya hacia la puerta.

Desde el salón oyen el eco de la voz del Tuli, luego, voces, risas, pasos que se acercan por el laberíntico pasillo.

El Tuli aparece de nuevo en la entrada del salón, le sigue un chico huesudo y rubiasco, Isidro, y detrás de él la Lori. Morena de pelo —muy ondulado, largo —, blanca de piel, ojos ligeramente ahuevados y claros. Lleva el gran porro del Tuli entre los labios, aspirando. Babean los chicos al verla. Contemplan cómo los robustos pechos se estremecen bajo la camiseta negra de tirantes mientras ella aspira con los ojos nublados. El humo parece recorrerle los bronquios, la inmensidad de sus pulmones, desplegarse por los brazos, bajar por su vientre, por los muslos blancos y extraordinariamente lisos, generosos, llegarle hasta la punta de los dedos de los pies y a partir de ahí hacer el camino de vuelta, pasando silenciosamente bajo las tiras de las sandalias, ascendiendo por los muslos, perdiéndose bajo los shorts exageradamente cortos y subiendo por su tronco y su cuello hasta aparecer deliciosamente oloroso y desvaído entre la blancura radiante de sus dientes. La fresa de los labios, la separación mágica de sus dos dientes centrales. El deseo. La alegría súbita y pura.

—Los conoces, los conocéis a todos ¿no? —el anfitrión Tuli, cogiendo de entre los dedos de la Lori el porro, dibuja con él un arco, señalando a los presentes.

Todos hacen gestos, levantan las barbillas, Loberas palmea la mano con Isidro, se acerca a la Lori y le besa las mejillas.

—A Guille lo conoces ¿no, Lori?

La Lori, vuelve a cogerle el cigarrillo al Tuli, mira en dirección a Guille y mientras da una nueva calada hace un gesto afirmativo.

—Se le ha muerto el padre hace un rato —presenta las credenciales de Guille.

La Lori sube las cejas hasta casi el nacimiento de su melena salvaje mientras aspira profundamente. Y en el instante en que una leve nubecilla sale de sus labios alcanza a decir, con una voz de ultratumba, casi con una tos:

—¡Qué fuerte!

Guille afirma con la cabeza. Recibe en el muslo una palmada fraternal de Cabello.

—¿Y cómo estás aquí? ¿Te has enterado ahora mismo?

A la Lori se le han abrillantado súbitamente los ojos. No por la emoción del deceso y la repentina orfandad de Guille, como este habría deseado, sino por el canuto.

—Lo hemos sacado de su casa, no veas el mogollón de gente que tienen montado allí y todos con un mal rollo, hechos polvo o haciendo que están hechos polvo, muy rayados —informa Juno, y pide—: Pasa la sustancia.

—¿Y por eso vas tú vestido así? Qué fuerte.

—Por el funeral, creí que íbamos a ir ya para allá.

—Para allá, para dónde —la Lori está a punto de dar una nueva calada al porro, por ver si lo comprende mejor todo.

—Para lo de los muertos, el cementerio joder, que ya ni me salía el nombre. Pásalo.

—Qué fuerte.

La Lori se acerca a Juno y le entrega el testigo humeante al tiempo que en la mesa ve la bandejita con los otros dos porros sin encender.

—Pero si tenéis ahí, qué rácanos —hace amago de quedarse con el suyo, pero ya Juno se lo ha arrebatado.

—Vente Lori que yo te enciendo uno para ti sola —le dice Cabello, y repite el mismo gesto que le hizo a Guille para que se sentara a su lado, palmeando el sofá, ahora en el otro costado.

—Guarrote —se ríe Juno.

—Guarrote tú, nada más pensando en lo mismo —responde la Lori, camino del sofá—. Joder qué frío hace aquí ¿no?

—El Tuli ha invitado a un pingüino —se ríe de su propia gracia Loberas—. ¿Verdad Tuli? Le vamos a echar sardinas, las cogen volando por el aire.

—Eso son las focas —Isidro, el rubianco, tiene aire de dormido, la voz también es somnolienta.

—Los pingüinos del Tuli comen de todo, hasta focas, ¿verdad Tuli?

La Lori, obediente chica de barrio, se sienta al lado de Cabello. Guille la ha estado viendo acercarse, imponente. Más imponente, más inabarcable e indescriptible a cada paso. Le ha parecido, ha creído ver, que mientras ella se sentaba la Lori y Cabello se han besado en los labios, o quizás ha sido un error suyo, o de ellos, no está seguro. Pero no han dado la menor prueba de sorpresa o de contrariedad. Se habrán besado en los labios, queriendo. A Guille se le pone dura.

Piensa que puede despertarse en cualquier momento, en su habitación, un día de invierno, con todas esas nubes que entonces parece que van a entrar por la ventana y a meterse dentro de su cabeza. Le llega el olor de la Lori. Es algo más que un perfume, es el olor de su cuerpo, de la ropa e incluso el olor que debe de haber en su casa, el olor de su jabón, de lo que come, de su respiración. «De su organismo», enuncia mentalmente Guille. Y es un olor agradable a frutas. Ciruelas, limón, sandía. Lo que su madre, la madre de Guille, mete en la batidora y se bebe por las mañanas. Para estar sana. Para tener la piel, o los ojos, o el pelo como lo tiene la Lori. Comerse un trozo de la Lori. Se le pone todavía más dura.

—Joder, qué frío. ¿No tenéis frío? —vuelve a protestar la Lori, y se frota los brazos.

Guille ve, tan cerca, dos botones grandes bajo la camiseta de la Lori. Los pezones abultando de un modo exagerado, sobresaliendo de forma descarada. De forma intencionada, piensa Guille. «Lo hace queriendo, todo lo hace queriendo, gordos, como los de una mujer, como los de la madre de Trini cuando sale de la piscina con el biquini naranja.» Si se pasara la mano por el pantalón, solo dos veces, podría correrse. Así es en los sueños.

—Toma, caliéntate —Cabello pone en los labios de la muchacha uno de los porros de la bandeja. Se lo enciende.

Ella aspira a fondo, retiene, y luego, con los ojos entornados sonríe y deja escapar el velo suave del humo. Guille ve la maravillosa abertura que tienen sus dos dientes delanteros. «Ser humo.» El brillo en los ojos de la Lori, casi una lágrima. «Entrar, salir, frotarme entre esos dos dientes, Sansón, las columnas de un palacio.» Cabello es quien ahora tiene el canuto y fuma. Rápido, intenso. «Todo derrumbándose, el gilipollas ese de la película más antigua que el bisabuelo de Sansón, las columnas de cartón cayendo, yo apoyado en los dientes y los labios, míralos, así, ella tragándome.»

—Le damos a nuestro amigo, ¿verdad, Lori? —Cabello le pasa el porro a Guille.

—No va a ser todo para ti, egoísta.

Guille lamenta que el cigarrillo haya pasado por los labios de Cabello y no venga a él directamente de la boca de la Lori.

—Hay que consolar a nuestro amigo Guille. Hoy necesita consuelo, ¿verdad Lori? —Cabello sonríe, toca el muslo desnudo de la chica, le mira abiertamente el escote y le vuelve a tocar el muslo, muy suavemente, casi ni lo toca con las yemas de los dedos.

Fuma Guille. Una sombra abriéndose camino por su pecho. Su padre muerto. La madre, los hospitales, sus líos. Una ventana abierta. Un barco enorme rompiendo el horizonte.

El Tuli aparece con dos botellas y las deja ruidosamente sobre la mesa central.

—Invita mi padre.

—Qué detalles tiene tu padre con nosotros, joder, qué buen colega es, la próxima vez que lo vea le doy un beso en la frente —Juno se echa para atrás el flequillo poniendo los dedos en forma de horquilla al tiempo que estira el cuello como queriendo escaparse de la corbata.

—¿Tú no te vas a quitar eso? ¿Te vas a quedar vestido así todo el rato? —la Lori mira a Juno con el ceño fruncido, malcarada.

—Jódete Lori —susurra Juno sin mirarla. Levanta una de las botellas—: ¡Coño! ¡Macallan! El mejor.

—Gilipollas. Jódete dice. Jódete tú, gilipollas este.

—Lori, shhh, Lori, mírame. Pasa de él —Cabello le ha cogido la cara, la mira de frente.

—¿Y esta? —Isidro, con un porro encendido entre los labios, ha cogido la otra botella—: Knockando whisky, esto lo bebe mi hermano y dice que es la polla.

—Esta es mejor, ¿verdad Lori? —sonríe Juno con la botella de Macallan entre las manos.

—Maricón de mierda —la Lori extiende el brazo hacia Guille, reclamando el porro.

Guille da una nueva calada y obedece. Los dedos de la Lori, las uñas pintadas de negro. Se van de su mano, los dedos, las uñas, la Lori, el canuto. Su padre. Los cementerios. Ahora son suyos también.

—Sí, sí, maricón como te gustan a ti —Juno sigue sonriendo, sin mirarla.

—No te pases tú tampoco —Cabello mira a Juno serio, sin alterarse, Guille

le ve los colmillos.

—Vale, vale, calma —Juno da dos cabezazos hacia atrás, se diría que con la suficiente fuerza como para mandar su flequillo contra la pared que tiene a su espalda. No mira a Cabello, sino al Tuli—. Calma. ¿Y vasos, Tuli?

—¿Eh? —el Tuli, de pie, mira distraídamente a Juno, tiene una sonrisa blanda, medio ida.

—Vasos, para la sopita —levanta la botella de whisky a la altura de los ojos del Tuli—. Y un poco de hielo.

—El machote —murmura la Lori—, y un poco de hielo, gilipollas.

Cabello vuelve a pasarle la mano por el muslo, le sonríe. La Lori expele un humo que ahora a Guille le parece oscuro, casi marrón. Siente que todo empieza a distorsionarse, a cobrar un perfil más real, o mucho menos real. Mejor.

Hasta siente la tentación de preguntar. De preguntarle a la Lori o a Cabello qué les pasa con Juno. Pero no está lo suficientemente colgado como para hacerlo. Seguro que es algo que no ha ocurrido aquí y ahora. Guille sabe que hacen cosas. Que entre ellos debe de haber asuntos, disputas, afectos, oscuridades. Viven en este mundo y en otro paralelo, inalcanzable para Guille. Como la película aquella del espacio, están en otra dimensión al mismo tiempo que en esta. Entran y salen a través de un espejo.

Guille observa sus gestos, las muecas. Las voces no se corresponden con los movimientos de los labios. La voz de Juno suena en la boca de la Lori. La de Isidro en la de Loberas, que ahora está ahí al lado del ventanal, doblado de la risa y cogiéndose al respaldo del sofá por algo que ha dicho Isidro o por algo que ha dicho él mismo. Y aquí los pezones de la Lori, un poco apaciguados. Animalitos asomados a su madriguera, ahora solo con el hocico fuera. Mirando a través de la tela.

—Lo verán todo borroso —dice Guille, y reprime las ganas de reírse.

Cabello lo mira un instante con el ceño fruncido y sigue hablando con la chica. La mano en el muslo. Los tentáculos del molusco. Juno echa hielo en un vaso, varios cubitos patinan sobre la mesa, caen al suelo. Las perlas de su abuela rodando por el suelo aquel día. Los muebles oscuros. Los cajones cerrados. Ropa de muerto en los cajones. El abuelo. La casa de la Alameda como un panteón. Mal rollo. Mira el mar. El barco grande ha desaparecido, quizás sea ese punto que brilla en una esquina del horizonte, más allá de la torre de la cementera. El resplandor del sol rebotando en las vidrieras o tal vez las luces ya encendidas del barco. Por ese lado vendrá la noche.

Mejor mirar dentro. A Loberas también se le caen varios cubitos de hielo tratando de echarlos dentro de un vaso. El Tuli le da una patada a uno y lo estrella contra el rodapié de mármol en la otra punta del salón. Estalla el hielo, el Tuli grita ¡Gooool! y hace gestos de futbolista, apuntando con los dedos al cielo, al techo. Cabello habla al oído de la Lori. Ella muy seria, él con una medio sonrisa. Guille se pregunta si será verdad lo que dicen. Loberas le ha contado. El Tuli se queja ahora, se agarra el pie con el que ha chutado el pequeño bloque de hielo, se deja caer en el sofá, por encima del respaldo, casi aplasta a Isidro, que apenas se queja ni se mueve, con el otro por encima.

—Me he partido un dedo, lo juro, puta mierda de hielo, ¡Juno, eres un mamón! Con el puto hielo.

—Haber rematado de cabeza —se sonríe irónico Juno y bebe calmosamente un trago de whisky.

La Lori le pasa el porro a Guille, caliente, directamente de su mano. Ella lo mira unos instantes con una intensidad nueva y luego sigue cuchicheando con Cabello. «Qué buena está, los ojos un poco ahuevados, pero mejor, así mejor, verdes, con manchas azules o grises, y mira cómo abre la boca, la fresa, y así será su coño.» Mira la entrepierna apretada de la chica. Pulsaciones, latidos «Ahí está, ahí lo tiene».

Guille fuma, no aspira a fondo. Mira las muecas, las manos, los ojos de todos. Más nítidos que nunca, tiene la sensación de estar viéndolos por primera vez, la primera vez que los ve de verdad. Así son. Antes estaban detrás de una cortina. Ahora son de verdad, como la gente que aparece en los sueños, así de verdad. Ahora son ellos los que parece que van en un barco, sin conocer el rumbo, sin que importe, solo adentrarse en el mar. El piso, el edificio entero. Cabello le pide el canuto, lo que queda de él.

Sí, hacen cosas. Cabello, la Lori, Juno, el Tuli, quizás Isidro también, así con su cara y su pelo de borrego rubio, los ojos azules y dormidos. Es lo que dicen, lo que le dijo Loberas. Juegan con una botella, se colocan en círculo y la hacen girar. Al que señala se va con la Lori a una habitación. Loberas está seguro, lo jura. Cabello se lo contó una noche y le prometió invitarlo. ¿Lo harán hoy, lo harán ahora? La Lori como una estatua, las que hacían los egipcios, una leona, de mármol. Los muslos, tan lisos, el borde del pantalón dibujando un arco perfecto, un cercado, de una parte la tela vaquera y de la otra el desierto de la piel. Los dedos pálidos y las uñas pintadas de negro, moviéndose en el aire. Marionetas, diez figuritas con capucha negra. Verdugos.

Y de pronto la mirada y el aliento de Cabello encima de él, devolviéndolo al

mundo:

—¿Qué dices, quieres? —Cabello lo mira con verdadera curiosidad.

—¿Eh?

—Lo hace por ti —los ojos de Cabello están serios, la boca sonríe, disimuladamente le golpea la pierna con la rodilla.

La Lori lo mira de lado, tiene los ojos más brillantes todavía.

—¿Quieres o qué te pasa? ¿Qué pasa Guillermo? —nuevo golpe con la rodilla.

Guille cree entender, intuye que no se trata de una broma. Su padre ha muerto, no se van a reír de él de ese modo. Cualquier otro día es posible, hoy no. No está seguro de qué le habla Cabello, de por qué la Lori lo mira de ese modo, el ceño cada vez más junto, pero dice sí.

—Sí, perdona, sí. Sí.

Cabello mira a la Lori, gira las manos, las palmas apuntando al techo. Asunto resuelto.

—Es que estoy, con eso, con lo de mi padre —Guille trata de justificarse, de renovar su crédito dramático.

La Lori se pone de pie. Crece hasta casi el techo. Guille, todavía sentado, la ve allí arriba. Las esculturas de los egipcios dicen que medían no sé cuántos metros, inmensas. Así la mira Guille, la diosa en la puerta del templo. La boca y los ojos asomando por encima de las dos prominencias de la camiseta negra, el pelo es una cascada negra congelada, «Las cataratas del Niágara de noche. Caer por ahí en una canoa, cascadas de pelo, vértigo, caer, levantarse». Reacciona Guille. Consigue ponerse de pie.

Casi tan alto como la Lori. Ella le dedica una sonrisa dulce y empieza a andar. Guille la sigue. Sortean el sofá. Vista desde atrás, en vez de caminar, la Lori parece que patina sobre hielo. Se desliza por el suelo de mármol. Segura, suave, sabiendo adónde va. Nadie, salvo Cabello, parece darse cuenta de nada. A su espalda dejan un eco de risas y voces rebotando en el ventanal. Ahora Guille sí siente el frío, casi tiembla.

Fátima Perea Pemán, la Penca. Desde el pasillo minúsculo ve los pies desnudos de su padre asomando por el borde de la cama. Desde que murió la madre de la Penca el padre no quiso volver a dormir en la cama de matrimonio y ahora es ella, la Penca, quien ocupa el dormitorio y la cama principal. El padre dice que la cama tiene los mismos adornos que tenía el ataúd de su mujer. El

cabecero de la cama, es verdad, tiene una apariencia funeraria pero lo de los adornos es cosa del padre. Y de lo que bebe, piensa la Penca, y de lo que le interesa. Nunca le ha importado en qué cama dormía ella, la cama era lo de menos.

Los pies del padre, grises, verdosos, apuntan al techo. Parecen dos animales que vigilan algo. Velan el sueño del resto del cuerpo. A la Penca esa visión le provoca tristeza y algo de miedo. De la repugnancia mejor no hablar. Se da la vuelta, agarrada a la pared. Se ha puesto un tanga limpio. No quiere acordarse de lo que ha pasado en el garito del Nene Olmedo ni tampoco se quiere dejar vencer por esa especie de sueño, esa viscosidad que le lame todo el cuerpo y que la presencia de su padre ha hecho más intensa. Oye el ruido de la play de su hermano. El perro se acerca a ella, moviendo un poco el rabo, más bajo de lo habitual, casi a ras del suelo. Disimulando. Hijoputa qué habrás hecho, le dice la Penca, y el perro agita el rabo ahora de forma más rápida, verdaderamente contento, pensando que las cuentas están saldadas.

Quita, mamón, la rodilla de la Penca golpea la cabeza, un ojo del perro, que parpadea ostentosamente, como un intermitente dislocado. A pesar de todo, sigue los pasos de su ama hasta la habitación del Yubri.

El hermano de la Penca está hundido en un sillón de escai. Aunque está rapado al uno o al dos y lleva una barba irregular de varios días, tiene cara de niño. Redondito, blando, los dedos ágiles sobre el mando matamoros. En la pantalla un monigote musculoso dispara un arma muy sofisticada contra individuos con turbantes. El alter ego del Yubri. Los brazos del sillón de escai parecen haber sido víctima de los disparos del enemigo: el escai verde abierto y una espuma amarilla saliendo a respirar el aire viciado de la habitación.

El Yubri no mira a su hermana, prosigue su tarea de exterminador en la pantalla. Lleva un pantalón de deporte rojo, brillante, que casi le llega a las rodillas. Es su única vestimenta. En la barriga, entre unos vellos que hace una semana debieron padecer una irregular depilación, hay pequeñas migas de pan. El perro prueba con él, le da con el hocico en el brazo en busca de cariño, el Yubri trata de golpearlo con el codo sin apartar la vista de la calle de edificios derruidos por la que transita su héroe, el perro esquiva el golpe y sale de la habitación al trote.

—¿No tienes calor? —la Penca mira por la habitación buscando algo.

El Yubri se encoge de hombros. Su hermana se fija en la nuca empapada en sudor, en el brillo que tienen los hombros del Yubri. El campo de minas de los granos, los comedones, los lunares y el vello que se pierden espalda abajo,

aplastados contra el escai. Encima de la cómoda, entre unas prendas de ropa arrugadas y unas vasijas de cristal barato, la Penca ve un paquete de Fortuna. Se sube a la cama, avanza a gatas hasta el otro extremo y coge el paquete.

—¿Tienes fuego?

—Ahí —el Yubri señala con la sien derecha la mesilla de noche.

La Penca coge un encendedor de plástico celeste. Mira la pantalla mientras saca un cigarrillo del paquete. La nuca de su hermano. Enciende el cigarrillo, va a tumbarse en la cama, revuelta, caliente, va a abandonarse a esa especie de somnolencia viscosa que la envuelve. ¿Qué coño ha hecho con el Nene Olmedo? Ese hijoputa la maneja como quiere, la deja sin voluntad nada más poner encima de ella esos ojos de zorro. ¿Y el otro tío?

—Me ha llegado el aviso —el Yubri sigue matando enemigos de la civilización occidental.

Los pies de su padre. La Penca entorna los ojos. Entra en un agua caliente, un pantano, animales que se mueven en el limo. Abre los ojos y, de nuevo en la habitación, da una calada lenta al cigarrillo y pregunta:

—¿Qué?

—El aviso, me ha llegado —el Yubri abandona la matanza. Apaga el televisor y se vuelve a mirar a su hermana—: ¿Qué te pasa?

—El calor.

—¿Qué te has tomado? ¿Te has metido algo?

—No, na, no. Un gintonic que seguro era garrafón, y el calor —la pequeña columna de ceniza se le cae en el pecho, se queda derrumbada sobre la tela amarilla de su camiseta.

—Tengo que entrar pasado mañana.

La Penca fuma, expele el humo débilmente. Abre los ojos, levanta la cabeza y mira a su hermano.

—¿Qué te has metido Penqui?

—¿El aviso del juzgado? ¿Pasado mañana, tan pronto?

—Sí.

La Penca se incorpora, se queda tumbada sobre un codo, la cabeza apoyada en el respaldo de la cama. Mira a su hermano, todavía sin comprender muy bien:

—¿Tan pronto?

—Llegó, llegó hace tres o cuatro días, pero lo he abierto hoy —se quedan mirándose los dos hermanos—. No quería rayarme.

—¿Se lo has dicho a él? —la Penca hace la pregunta señalando con la barbilla la entrada del cuarto, el pasillo, supuestamente el lugar donde el padre de ambos está durmiendo.

—No, para qué. De todos…

—Vaya mierda, Yubri.

—De todos modos él ya lo sabía. Como yo y como tú ¿o de que tú no lo sabías? El talego me lo iba a comer y me lo voy a comer. Por la cara.

—Vaya mierda, Yubri.

—El abogado ese es un panoli, iba a lo suyo, quería billetes. Ha pasado de mí. Él sabe que yo no lo hice, que voy a hacer ni voy a hacer, ya mismo me cuelgan el atraco de un banco, como los Dalton. Eso es lo que tenía que haber hecho juntarme con ellos y si me pillan que sea por algo de verdad, por ley y no el marrón este.

—Vaya putada, ¿y lo del incendio, lo de los coches de la funeraria?

—Eso no ha salido todavía. Lo otro se lo inventaron y en el reconocimiento que me pusieron los guardias todos maqueados al lado mío y yo después de dos días en el calabozo, me podían haber puesto un cartel diciendo Mangante. Se lo inventaron para decir mira qué guay semos y cómo de pillamos a los chorizos. Les da igual que sea inocente.

—Con antecedentes.

—Por pillar cable, no te jode.

La Penca vuelve a recostarse en la cama. Los pies le suben al techo. Ella es una lámpara con la cabeza hacia abajo, ese calor concentrado dentro de su cuerpo, sus filamentos al rojo vivo. Su hermano la mira con lástima.

—Por pillar cable, Penqui.

Recuerda el Yubri aquella noche en el Campo de Marte. Así lo llamaban Jerónimo y él. El descampado y esos olivos medio urbanos, cubiertos de polvo. El edificio a medio construir, hormigón desnudo, y él y Jerónimo arrastrando los cables de cobre. Callados, sudando. Jerónimo diciéndole, Parece que estamos arando Yubri, para eso nos vamos a currar al campo. Cargando el cobre en la furgoneta y la luz de la linterna deslumbrándolos, una voz ronca gritando ¡Quietos, quietos que os mato hijoputas! Jerónimo corriendo, metiéndose en la cabina y poniendo el motor en marcha, y él saltando dentro, encima de los cables.

Se mira ahora Yubri la cicatriz en el gemelo derecho. Un bocado de carne menos. Recuerda la voz quedándose atrás, gritando, ¡Os mato, os meto un tiro,

para, cabrón! El dolor en la pierna, la sangre volviendo el pantalón pesado, un dolor sordo, difícil de localizar, demasiada sangre, un mareo ligero al pensar que se le había roto una vena grande y se iba a desangrar entre aquellos cables, en medio del olor a cerdo, o a pienso, o a gallinas, que había en el cajón de la furgoneta. Dando bandazos, sin poder ni siquiera sentarse. Jerónimo conduciendo a toda pastilla, a la velocidad que permitía la Ebro aquella, con más años que Matusalén, por el carril lleno de socavones y agujeros.

Se dio dos golpes fuertes en la cara, rebotó y creyó que se había roto varios dientes antes del gran salto. Jerónimo no pudo esquivar un bache, casi una zanja, y la furgoneta hizo dos quiebros antes de salirse del carril y meter el morro en una acequia abandonada. El Yubri, al principio, pensó que habían volcado, hasta que se recompuso en medio de los hierros y consiguió salir. Una de las puertas traseras estaba en el suelo, al lado de unos trozos de cable. Jerónimo ya estaba fuera.

Cojeaba el Yubri, le dolía más la boca que la pierna. La pierna le daba miedo, aquella cosa blanda, sin atreverse a tocarse. El menda de los gritos y la linterna había quedado atrás. Nada más se oían los grillos. La respiración de Jerónimo, repitiendo que ya casi habían llegado a la carretera, que ya casi habían llegado. Y él pensando que era mejor salirse del camino cuando ya estaban allí aquellos dos. Ni se sabía de dónde habían salido. Dos policías municipales. Estos gritaban poco, pero los enfocaron de cerca con una linterna y llevaban las pistolas fuera. Jerónimo hizo amago de correr, pero bastó con que uno de los guardias dijera ¡Eh! para que se detuviera en seco. Luego le dijo al Yubri que había dejado de correr por no dejarlo tirado. Sí, claro.

Tenían el coche patrulla a menos de veinte metros. Como Jerónimo dijo cuando los metieron en el vehículo, los policías debían de haber llegado volando como un ovni.

La Penca consigue abrir los ojos. Casi le quema los dedos la brasa del cigarrillo.

—Un cenicero —pide.

El Yubri le acerca un plato de postre con varias colillas y unos cuantos envoltorios de caramelos. La Penca se incorpora de nuevo sobre un codo. Se sopla la ceniza del pecho, que cae en la cama.

—Ahora yo sola con él aquí.

El Yubri mira hacia donde se supone que está el padre de ambos. Se encoge de hombros.

—Te lo cambio.

La Penca bizquea. El Yubri insiste:

—Tú te vas al talego y yo le hago la sopita a él. Te lo cambio.

—Sí. Y lo otro te lo cambio yo. Luego te mosqueas porque me acerco al Nene.

—¿Lo otro? —el Yubri, junta mucho los ojos—. No digas esas cosas. Lo otro se acabó Penqui, desde que lo puse en su sitio Penqui.

La Penca calla. Traga saliva. Se deja caer otra vez en la cama.

—Eso ya no lo tienes que pensar, se acabó.

Silencio.

—Te ha dado el muermo, si lo sé ni te lo digo. ¿Qué te has metido, has estado con el Nene esta tarde?

—Me he metido ni me he metido, no. Sí, en su bujío.

El Yubri se queda mirando la colcha arrugada a los pies de su hermana. Las uñas pintadas del color de la sangre coagulada. Se muerde suavemente el labio inferior. Cara de niño, ojos de ratón.

—A ver cómo se comportan los colegas de dentro. Tengo pensado apuntarme a un taller.

Su hermana rompe el juego:

—Cualquier día me preña el hijoputa —bizquea de odio la muchacha.

—¡Coño, me cago en la puta! ¡Joder Penqui! —estalla el pacífico Yubri, se pone de pie, da una vuelta sobre sí mismo, se mueve entre la angostura del cuarto y la invasión de los muebles. En la habitación del padre se oye una tos. Uñas de perro por las baldosas del pasillo.

—Lo reviento.

—Él o uno de esos que van con él, me preñan. O este cabrón —mira el pasillo de reojo la Penca, casi disimuladamente, casi del mismo modo que ha dicho O este cabrón, apenas un susurro.

El Yubri deja de moverse. Mira a su hermana. La mira como cuando el Bastián echa a pelear su rottweiler contra el doberman del Viberti.

La Penqui, con una ceja alzada, manipula torpemente el paquete de Fortuna en busca de un nuevo cigarrillo, que, manoseado por los dedos desmañados de la chica, se niega a abandonar su refugio.

—Pero ¿qué coño quieres? —acaba por preguntar el Yubri que no entiende, o no quiere entender.

Sonríe la hermana:

—Como si yo lo supiera.

—Me lo cargo. ¿Quieres que lo reviente? A mí el Nene no me asusta.

La Penca saca el cigarrillo, se sopla la pechera, aunque ya no queden en ella restos de ceniza.

—Hijoputa, me lo llevo por delante, lo mato, Penqui.

—Matar, matar, vas a matar. Tanto matar. ¿A quién vas a matar, a tu padre?

El Yubri parece una estatua de sal.

—Antes lo enveneno yo y me traigo la ruina —la Penca chasquea el encendedor, que se niega a funcionar—. Yo sí que lo voy a matar.

Céspedes sale del baño. Se ha despojado del traje recién comprado y de la corbata. Los lleva hechos una bola dentro de una bolsa de plástico. Vuelve a lucir su camisa hawaiana en todo su esplendor, sus bermudas. Atraviesa el salón de El Espejo, se ve a sí mismo cruzar el local, ve sus pies en el espejo ovalado que hay incrustado en la barra art nouveau. En la acera, espera que pasen dos o tres coches. Cruza la calzada y entra en el pabellón de la terraza.

Verde, vidrio. Al fondo, acomodada en el sillón rojo corrido, está Carole. Mientras lo ve acercarse da un trago largo a su té helado. Céspedes percibe el hastío de la mujer. Toma aire, aspira a fondo.

—Otra vez vestido de niño malo —le dice ella.

—Como si alguna vez te hubieran gustado a ti los niños buenos.

—Tuve un novio seminarista.

—Peor.

—No, se hizo seminarista luego, era yo muy jovencita, cuando vivía en Lille.

—En Lille. Así lo dejarías. Para el seminario. Todavía estará purgando la pena de que lo abandonaras.

—Me dejó él.

—No me lo creo. ¿A que no es verdad?

—No.

—Ves. Pecado venial. Y previsible —Céspedes bebe de su whisky. Se siente libre. Y siente que va por mal camino con la chica.

Ella se lo confirma:

—¿A qué hora es el tren de vuelta?

—A la que quieras.

—¿Sí? ¿Me vas a poner un tren para mí sola? ¿Lo vas a pagar también?

—Más fácil, querida. Saqué el último, y podemos cambiarlo por cualquiera que salga antes. Hay muchos. Muchos trenes que van a todas partes.

—No me digas que quieres ir a otro lado, de gira mundial.

—Los mejores trenes, a ver si lo digo, espera —Céspedes hace acopio de memoria con otro trago, Carole lo observa con la barbilla levantada—. Sí. Así es: son los trenes que no van a ninguna parte los que mejor nos llevan. Luis Mateo Díez.

—¿Quién es? ¿Otro amigo tuyo?

—Es uno de los mejores, no, eso quisiera yo, un magnífico escritor.

—¿Es raro no?

—Qué es raro.

—Es raro que siendo, dedicándote a lo que te dedicas te gusten tanto los libros, la literatura.

—¿Dinero o poesía quieres decir?

—Más o menos. Visto así, dicho así.

—La bolsa o la vida.

—La bolsa o la vida —Carole alza las cejas, bebe, cansada. Deja el vaso en el velador, hace una pausa, lo mira—. De qué, de qué vas disfrazado.

—¿Ahora?

—No, ahora no, tú de qué vas disfrazado. Quizás el que no se sepa es lo que te hace parecer atractivo. Lo sabes y lo potencias. Pero ya que viajamos juntos dime, de qué vas disfrazado.

—De demasiadas cosas.

Otro gesto de cansancio de la mujer. «No es cansancio, puede ser desengaño, el desengaño que nace y crece como una mala hierba cuando uno se pregunta qué hago yo aquí, en qué mala hora dije sí», piensa Céspedes. «Todavía se cree la dueña de su vida, encerrada en su pequeña jaula, haciendo girar la ruedecita con la que cree que moverá el mundo a su compás. Bella y sola. Tan sola, con la tentación de la crueldad, jugando con ella como un gatito con un pajarillo indefenso, sus uñas retráctiles, Carole, niña perdida.»

—¿Quieres decir que llevas un disfraz sobre otro o que te los alternas, dependiendo de cada situación o de con quién estés?

—¿Cebolla o camaleón? Me temo que las dos cosas —aclara Céspedes.

—¿Y ahora?

—Supongo que el primer disfraz sigue ahí, raído, desgastado, y que yo creo que es mi piel, después de tanto tiempo. Y eso es lo que te quiero mostrar. Pero a saber.

Ella lo mira con desconfianza. Y él siente ternura. Céspedes siente ternura. Por ella. Por él, por todos. Por esas figuras aisladas que atraviesan la calle esquivando hoy el calor y mañana el frío, por los que conducen esos coches que pasan detrás de los vidrios, por los que están, sin cara ni nombre, detrás de las paredes de esos edificios que se levantan a su alrededor, todos creyendo que rigen sus destinos, alucinados, persiguiendo visiones, espejismos. Tejiendo trabajosamente una tela de araña sin pensar que un soplo de brisa se la llevará por delante. Inocentes, bondadosos, esforzados, limpios. Toda esa gente mejor que él. Los ha conocido, ha vivido con ellos. Y se ha olvidado de ellos. Céspedes siente que algo se ablanda, no solo en su interior sino en la corteza del mundo. «Y al final todos mezclados y todos huérfanos, todos subidos en esta balsa de la Medusa», viene, más o menos a pensar. «Y la noche rodeándonos a todos, el agua fría y negra donde está ella y ella nos morderá, nos devolverá al fondo. Ciega ella y ciegos nosotros. Allí en el fondo, de nuevo mudos, de nuevo sin nombre.»

—¿Y ahora, de qué vas disfrazado? Anoche cuando te conocí, ¿qué disfraz llevabas?

—El mismo que ahora.

—Sí, ¿y cuál es?

—Desnudo.

—¿Desnudo? ¿Crees que te estás desnudando o solo mostrando tus harapos?

Céspedes aspira aire por la nariz sonoramente y sonríe:

—Yo ya sé poco de mí.

Y ella le responde arqueando aún más la ceja derecha.

La imagina Céspedes en la alta provincia francesa. Lille, aquellos campos sembrados de sangre por los que él también paseó lo que le quedaba de juventud. Tres meses empleados, aparentemente al menos, en cerrar un acuerdo en torno al Eurostar que nunca llegó a nada. Días de cielo abierto. Iglesia de Méteren, campos de Flandes, las excursiones con su mujer, el pequeño piso en la rue d’Angleterre en el que por un tiempo, sin saberlo, fue feliz.

Está tentado de hablar, Céspedes está tentado de decirle a Carole que él conoce Lille, la ciudad donde ella vive, probablemente también el pequeño pueblo donde nació y que ella, al preguntarle él varias horas atrás, se limitó a

decir Un pequeñito pueblo del que no habrás oído hablar nunca. ¿Bailleul, Saint-Jans-Cappel, Béthune? Campos con muertos y metralla bajo su superficie, demasiados muertos y demasiado hierro, brumas lentas que al levantarse dejaban flotando en el aire una pátina gris que poco a poco iba virando a verdosa, como si los espectros de aquellos viejos soldados se levantaran de la tierra y aún siguieran evaporándose con la niebla y las nubes.

—Yo —empieza Céspedes después de un trago largo, empieza sin saber adónde irá— yo, mi familia era una familia humilde, vivíamos en un sitio, dentro de la ciudad, que le llamaban el Fuerte, no sé si todavía se lo seguirán llamando así, ni quién vivirá allí. Entonces los que vivíamos en ese sitio éramos casi todos gente llegada de otra parte, mi padre era, mi padre había llegado del norte y trabajaba en la Renfe no te rías, no me preguntes que si desde entonces me viene la afición a los trenes.

—No, no había caído, aunque cualquiera sabe —Carole casi sonríe, venciendo el cansancio.

—Mi padre heredó un pequeño negocio que le llegó por vía de su hermano, ahogado mientras estaba pescando en una barquita que nunca volvió a la orilla. Soltero, apacible y muy reservado. Bueno, el negocio era una droguería. ¿No te aburro?

Niega con la cabeza Carole, dudando todavía de adónde se dirige Céspedes.

—No. La droguería y tú.

—Sí, pero ya sabes, no tengo ánimo de aburrirte, sería lo último.

—¿Ni de justificarte?

—No, creo que tampoco. ¿Justificar el qué? Sí, sé que tengo muchas cosas de las que justificarme, pero no ahora, no contigo. Es, se trata sencillamente de enseñarte unas cuantas fotos del álbum familiar, o de mirarlas yo, a través de tus ojos, de una persona desconocida.

—Soy una desconocida.

—Sí, ya lo sabes. No podemos ser otra cosa. Es lo que queremos ser y lo que somos.

Algo se mueve en la mirada de Carole. ¿En qué sentido?

—Le fue bien a mi padre. Trabajaron duro, él y mi madre. Mi madre lo aprendió todo de disolventes, pinturas, detergentes y de proveedores, pagos aplazados y bancos. Mi madre pasó muchas horas en aquel sitio porque mi padre tardó unos cuantos años en dejar su trabajo en la Renfe.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿No ayudabas?

—No. Yo era un niño, y luego, cuando fui un adolescente, tampoco. Me querían aparte.

—Y tú te dejaste.

—Sí —resopla Céspedes—, cuando, es decir, cuando tenía edad de verdad para echar una mano ya todo iba sobre ruedas o casi. Mi padre abrió otro negocio, bañeras, lavabos, inodoros. Ya ves.

—Qué.

—No demasiado sofisticado.

Carole emite una sonrisa triste, irónica, distante.

—A mí me habían mandado a estudiar a lo que se consideraba un buen colegio, y fui el primero de mi rama familiar en ir a la universidad desde que varios millones de años atrás mis antepasados se bajaron de los árboles y se irguieron sobre las extremidades traseras.

—Y eso te parecía una responsabilidad.

—También yo hice concesiones, o eso creí. Mi padre había soñado con que fuese economista. La palabra debía de sonarle como algo completamente, no sé cómo decirlo, épico. Un hijo suyo con un título de economista.

—Tu concesión es que tú querías ser otra cosa, poeta y de ahí tu afición por los libros, el pobre chico que se sacrificó para satisfacer a una familia que no sabía apreciar el espíritu libre.

Céspedes alza la mano, por señas le indica a un camarero que quiere más de lo mismo, otro whisky. Mira a Carole, se encoge de hombros. «Sí, un gilipollas, y a saber dónde estarías tú, qué hacías cuando tenías mi edad, hija de familia bien, el lujo de ser rebelde y poder apedrear las ventanas de los burgueses precisamente porque te salían cuajarones de burguesía por las orejas, porque tu médula, tu pelo, esos ojos perfectos que tienes, ese gusto natural para mover la barbilla al perfecto compás de los párpados o atarte un pañuelo al cuello con esa elegancia son el producto de una burguesía acumulada, amontonada durante generaciones, y mírate, ahí, despectiva, y sigues siendo perfecta en tu desprecio.»

—Podría ser una forma de verlo aunque no fue exactamente así, nunca se me habría pasado por la cabeza ser poeta, ya sé que lo dices con sarcasmo, pero me alegré, solo unos años más tarde, me alegré de haber seguido la veneración de mi padre por la palabra economista. Y sí, era un gilipollas, si quieres decirlo así.

Vine aquí, estudié en la Complutense. Conocí a Carlos Moya, un sociólogo, un verdadero intelectual, y me hice amigo de dos discípulos suyos, Carlos Cañeque y Enrique Montoya. Ya sabes, noches de crápulas, muchas lecturas y mucho filosofar como le gustaba decir a Cañeque. No me habría gustado ser poeta, eso nunca se me pasó por la cabeza ni eso ni nada parecido, pero sí poder vivir como ellos, estar en conexión con otros mundos.

El camarero deposita en el velador un nuevo whisky, retira el vaso antiguo, el líquido descolorido por el hielo, y pregunta:

—¿La señora quiere algo más?

Carole niega con un gesto. «Maleducada muy cansada» piensa Céspedes. «Esta aventura se le está quedando escasa.»

—Me volví con eso que se llama un buen bagaje intelectual, mi título universitario y bastante desconcierto.

—Papá contento.

—Papá muerto.

La ceja derecha de Carole vuelve a alzarse en señal de sorpresa y medio luto.

—Un infarto.

—Casi no vio entonces tu título de economista.

—Eso es. Se lo perdió. Murió cuando yo estaba en plena dispersión, el encuentro último no fue demasiado gratificante, podríamos decir que había perdido la fe en mí.

Céspedes bebe un trago largo. La sala de la unidad de cuidados intensivos. El párpado entornado de su padre, hinchado, un ahogado tratando de salir a flote en medio de aquel naufragio. Tubos, máquinas, todo lo que escupía el hundimiento de una vida, flotando a su alrededor. La gruta de la boca despojada de los dientes postizos, la barba sin afeitar, campo de rastrojos. Un párpado, gris, alzándose, la mirada de ese ojo fija en él, al fin captándolo, reconociéndolo, la enfermera mirando al padre con una cierta sorpresa, Va a hablar. Y las palabras que siguieron, con esa pupila única fija en él, claras, roncas: Loco, imbécil, loco. La boca torcida y el ojo todavía mirándolo antes de cerrarse y volver a esa especie de letargo que horas después desembocaría en la muerte. Las últimas palabras de papá. La enfermera turbada tratando de excusar al moribundo, Son, a veces dicen cosas que han oído, nada que estén pensando, un desvarío, quizás ni te ha visto.

—Así que se te acabó la poesía de golpe. Mala suerte.

—¿Mala suerte? Joder. ¿Cómo te las arreglas para remover un resentimiento

mío prehistórico, antediluviano? Resentimiento de clase. Y yo que creía que no quedaba ni una gota de eso dentro de mí.

—¿Yo?

—Sí, tú. Acostumbrada a humillar incluso cuando no juegas a eso. Lo llevas en la sangre ¿verdad? Seguro que ni eres consciente. Es tu casta. Sí, lo has mamado. No mandas en mí.

—Es lo que me faltaba, mandar en ti.

—Ahora me doy cuenta, me llevas a otro tiempo, cuando era capaz de fascinarme por una mujer inalcanzable al mismo tiempo que esa distancia me señalaba mi rincón, me cortaba las alas.

—Y después tuviste lo que querías ¿no? Cuando tuviste dinero y te quitaste tu complejo…

—Cuando las de tu especie empezaron a creer que era de los vuestros, o mejor dicho que podía estar a vuestro lado sin estropear el paisaje. Vosotras y vuestros padres, vuestras madres perdonándome, admitiéndome. Concediéndome el perdón a cambio de dinero, de mucho dinero. ¿Y sabes lo que valía ese perdón? ¿Lo sabes? —una pausa, mira a ambos lados Céspedes, como si fuese a revelar un gran secreto, y luego en voz baja pero tajante dice—: Nada. Una mierda eso es lo que valía.

—Pobre muchacho. ¿Ahora te das cuenta de todo?

—Como si fuerais la nobleza, si al menos fuera eso, pero no, qué ridículo todo —bebe, apura el whisky—. Empezando por mí.

—Y yo soy la culpable última, la encarnación de los pecados de no sé cuántos millones de antepasados.

—Qué ridículos, todos, vosotros, yo, todos.

—¿A cuánta gente quieres sentar en tu Núremberg particular, cuántos millones de personas hemos abusado de ti y te mantuvimos en el gueto?

—¿Eres judía?

—Claro.

—¿Carole?

—¿Me tengo que llamar Raquel o Sara y llevar el pelo rapado?

—Tu padre español. ¿Y tu madre?

—Eres tú el que iba a sacar el álbum familiar, no yo, ¿lo recuerdas?

«Todo desquiciado. Demasiado alcohol. No, demasiadas horas sin dormir, demasiados escombros, demasiados», Céspedes niega con la cabeza.

—Bueno, casi me has visto, como querías, sin disfraz. Dejándome llevar.

—Un estriptis patético. Y, como te decía, enseñando más harapos que desnudez.

—Improvisado. No era lo que pretendía.

Carole mira el reloj. Céspedes también mira el reloj de Carole, el regalo, el absurdo, ella suspira y dice:

—Lo supongo. Las cosas se nos van de las manos. Así es todo ¿no, hombre sabio? Quieres ser bohemio o lo que sea y acabas siendo economista, quieres tener una familia comme il faut y te enredas con amantes, quieres pasar un día metido en una burbuja y acabas removiendo tus raíces.

—Sí, así parece que es todo. El río que nos lleva. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, por qué estás aquí. Hoy.

—Yo no voy a hacer ningún estriptis, pero —frunce el ceño, contrae los labios y vuelve a hablar—, digamos que a mí también se me van las cosas de las manos. No vas a tener la exclusiva de los reveses.

—¿Un novio? ¿Una pelea?

Carole lo mira con intensidad.

—¿Un hartazgo?

—Vamos a dejarlo.

Pasan los coches en silencio por el otro lado de los cristales. «La hora de los condenados. Los relojes no conocen la piedad. Lo inexorable. El invento más inhumano. Tantas ideas absurdas en la tela de araña, de niño pensaba en cuántas vueltas tendría que dar el reloj antes de que yo muriera, los cálculos en el cuaderno escolar, dos vueltas, setecientas treinta y seis vueltas al año, mi padre dándole cuerda a aquel reloj y yo calculando las veces que a él le quedaban por darle cuerda, no erré por mucho, sesenta años me parecían entonces la entrada al callejón sin salida, ahora los rozo y estoy aquí, mi padre y los relojes, loco, imbécil, memorables últimas palabras.»

Céspedes alza la vista. Un trago a los restos del whisky. Oxígeno líquido. Árboles, paz, la calle casi vacía. Y un recuerdo, en otra calle, bajo otros árboles. Era de madrugada y él caminaba por un lateral del Parque, oyó voces cuando pasaba frente a la Vieja Aduana. Allí estaban aquellos tres. Garriga Vela, Taján y Soler. Acababan de salir de ese bar en el que alguna vez los había visto. Alexandra, la dueña, bajaba la persiana y los despedía. Borrachos. Ella se reía. Los tres caminaban ensayando la línea recta. Y de pronto, lo insólito. Aparece un

carro, un carro viejo, tirado por un solo caballo, conducido por un hombre muy mayor, con gorra. En la caja llevaba una montaña de muebles viejos y chatarra. Los cascos del caballo resonando en el asfalto de la madrugada, pulmón negro. El viejo es un afilador y en medio de la noche, al ver a aquellos tres, hace sonar el silbato característico de los de ese oficio. La insidiosa y cortante escala. El carro pasa ante Céspedes, camino del edificio de la Aduana, que destacaba en la noche como un inmenso monumento de mármol o marfil, y a los pocos metros cruza ante las miradas turbias, iluminadas de ese trío calavera. El afilador hace saltar chispas de la piedra que lleva a su lado, un metal chirría, el caballo aminora su ya de por sí lenta marcha y nada más pasar ante ellos, Taján, Garriga y Soler se agarran a la parte trasera del carro, se encaraman, suben a la caja entre protestas y risas ahogadas. Las largas palmeras de la Aduana son flechas apuntando al cielo y asoman por detrás de la estrambótica silueta que forman el afilador, los muebles, la chatarra y los tres polizones. Tambaleante, Taján consigue erguirse entre la cochambre de los muebles. El afilador ríe con una carcajada muda y mellada viendo aquel busto humano al que sus dos compañeros miran desde abajo. Se aúpa Taján y queda de pie sobre una lavadora vieja, con las piernas separadas y los brazos extendidos a la noche, sobrevolando la copa de los naranjos apagados de diciembre. Alza Taján la barbilla y con la mirada tan altiva y lejana como la del canciller Otto von Bismarck, alumbrado por las chispas del afilador, lanza una exclamación y conmina a la ciudad a despertarse.

Taján: ¡Es hora de abrir los ojos! ¡Es hora de despertar!

Le responden los cascos del caballo, el roce de los muebles y la chatarra. La piedra del afilador.

Taján: ¡Os conmino a la resurrección! ¡Durmientes y anestesiados, se acabó el letargo! ¡Soy el rey de la ciudad!

Soler: ¡En ausencia de Rafael Pérez Estrada!

Taján: ¡Por supuesto! ¡Y en toda su misericordia!

Garriga: ¡Aleluya!

El carretero: ¡Afefuya!

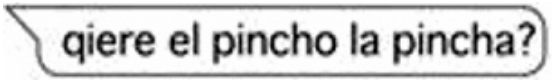
Tambaleante como tambaleante iba la figura de Taján, desapareció el carro por la curva, camino del ayuntamiento y las oscuridades selváticas del Parque. Apenas quedó flotando en la noche el eco de los cascos del caballo en el asfalto y unas voces y risas que se diluyeron en el aire como unos segundos antes habían desaparecido las chispas, el humilde relampagueo de la piedra del

afilador. Céspedes inmóvil bajo los naranjos del invierno.

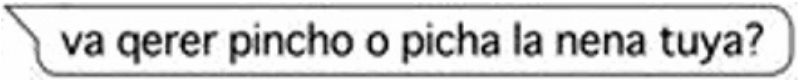
Los coches siguen pasando silenciosos al otro lado de la vidriera. «El gran triturador de la vida. Los otros. La libertad que nunca volvió, agua entre los dedos.» Mira Céspedes las cejas perfectas de Carole, la cortina espesa de su pelo cayendo a ambos lados de la cara. «Cae el telón, fin de la fiesta.» Bebe de un trago lo que le queda de whisky y mira a la mujer silenciosa:

—Creo que mejor nos volvemos ¿no?

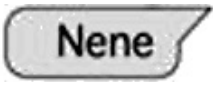
—Sí —dice ella, y no lo mira.



Jorge vuelve a leer el whatsapp del Nene Olmedo. ¿Qué coño dice? Le va a contestar, a preguntarle qué significa eso, cuando ve que el Nene está escribiéndole y un nuevo mensaje aparece en su pantalla.



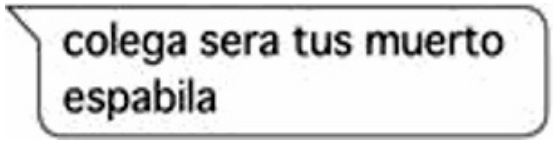
«Hijo de puta.» Jorge va a escribirle preguntándole qué significa eso, se detiene. Escribe:



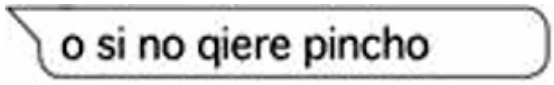
Lo borra. Empieza de nuevo:

Envía. Escribe y envía:

Recibe:



Y al instante:



«Hijo de la gran puta.» Su primo se le acerca. Jorge le da la vuelta al teléfono, oculta la pantalla.

—Joder, tío, deja el móvil un rato.

—Es mi madre. Una cosa de mi hermano.

—¿Tu madre?

—Sí, es…

—Cuando no es tu madre es tu novia y cuando no el papa, tío, curra un rato que no te va a pasar nada, joder.

Pedroche, desde su mesa, lo mira sin levantar la cabeza.

«Cabeza de huevo hijoputa, a ver si el Nene te mete cuatro hostias y se te quita esa cara de mamón vampiro de mierda, gordo.»

—Le contesto y me pongo con el cuadro grande, el que trajo Manrique.

—¿El grande? ¿Qué grande? Joder, venga ponte con él.

—Ya lo he empezado, ajusté los listones. Contesto y eso, y —baja la voz— ¿tú te quedas cuando se vaya ese? A lo del cura. ¿Se va ya o qué?

—Qué tiene que ver, no, por lo visto el cura le ha dicho ahora que tiene que ir a no sé qué de las monjas y que le va a dar las cosas luego —Floren, mal fingidor, mira de reojo a Pedroche y sigue en tono de broma—: A ver si no se va a quedar el cura con todo.

Pedroche vuelve a mirar, sin alzar la cabeza, como si en todo momento quisiera mostrar las tiritas y las heridas del cráneo.

—Vaya rollo, a este es capaz de darle allí la medianoche —vibra el teléfono en su mano al recibir un nuevo mensaje, titubea Jorge—, vaya rollo.

—Pues no sé chico, yo al salir me tomo una caña en La Esquinita para que haga tiempo y estar un rato con él hasta que se vaya a ver al cura y me voy a cenar a casa y él, no sé, que haga lo que quiera —mira otra vez Floren hacia Pedroche, se encuentra con su mirada y se azora, alza la voz, definitivamente no

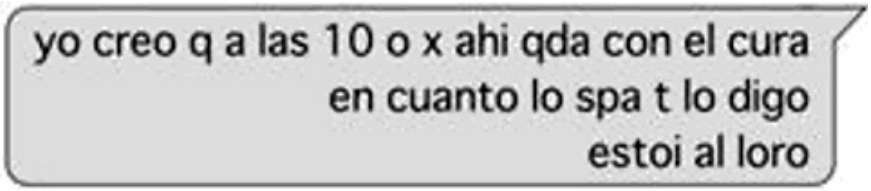
sabe disimular—, bueno, venga joder, ponte con eso con lo de ese, con lo de Manrique, ¿no?

—Contesto a mi madre y voy —dos malos cómicos en una penosa representación con Pedroche de crítico mudo.

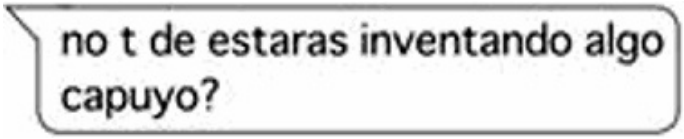
En cuanto su primo se aparta, Jorge mira el móvil:

Escribe y envía:

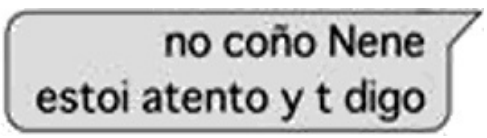
Escribe de nuevo:

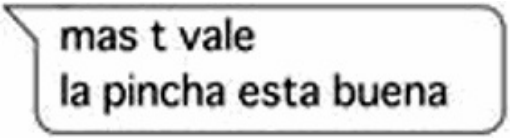


El Nene Olmedo le está escribiendo, Jorge recibe:

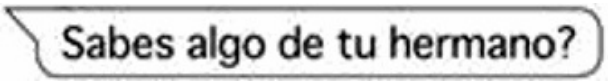


«Hijo de puta este, cabronazo.»





Jorge se queda mirando el teléfono. El Nene Olmedo deja de estar en línea. Mira a su alrededor. Desorientado. Desliza de nuevo el dedo por la pantalla del móvil. Va a enviarle un mensaje a su novia cuando recibe un mensaje de Mamá:



«¡Qué coño voy a saber! Sí, sé que esta mañana me despertó aporreándome la puerta y que luego media casa estaba hecha recortable, eso es lo que sé. Y que me tenéis él y tú hasta los huevos. Eso también es lo que sé.»

La madre mira el teléfono, apoyado en la repisa del lavabo mientras se maquilla frente al espejo. Sabe que Jorge ha leído el mensaje. Perfila cuidadosamente la raya del ojo. Lápiz negro. Pestañas realzadas por el rímel. Párpado oscurecido. Cejas peinadas, arco perfecto. Pasa la lengua tímidamente por el labio superior. A Rafi le gusta la línea de los ojos bien marcada. Mira el teléfono. Da un paso atrás. Alza la barbilla. El sujetador rojo oscuro. La piel lisa «Todavía perfecta, casi casi», dulcemente bronceada, el badén de las clavículas, los hombros bien, un poco, levemente, más carnosos de lo preciso. Los pechos, guarecidos bajo las copas y realzados por los aros, sí son perfectos. Sabe el efecto que causan. En el hotel, en la calle. Las miradas que ella finge ignorar y que le insuflan fuerza, poder. Cuando las miradas cesen. Mejor no pensar en miserias del futuro. Tendrá nietos. Se habrá desprendido de otras miserias. Será feliz. Olvidar. La cita de hoy con Rafi es lo que importa ahora, hoy.

Vuelve a mirar la pantalla del teléfono. Y vuelve a escribir:

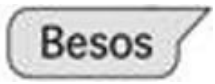
Se observa en el espejo, se da unos toques en el pelo con los dedos en forma de horquilla. Llega el silbido de una respuesta:

Amelia se queda mirando esa palabra solitaria. Siente una repentina tristeza. Algo parecido a una ternura enfermiza, una porosidad, una carcoma que irradia

su corrosión desde el interior de sus vísceras y amenaza con debilitarla. La ataja:

No sabe si se pondrá la camiseta de tirantes rojo sangre o la blusa estampada con un fondo también rojo. Se impone a sí misma ese dilema. Y quiere que sea lo más importante de su vida en ese momento. Lo único.

A pesar de eso escribe:



Y se arrepiente. Pensando en la tacañería emocional de Jorge. En el agujero negro que es Ismael.

Ismael bebe su tercera ginebra con hielo en Las Camborias. La camarera se las sirve cortas y él cabecea observando lo escaso de la medida. Pero no dice nada. Solo la segunda vez preguntó:

—¿Esto lo cobras como una normal?

Y la camarera, fingiendo indiferencia y dándole la espalda, le respondió:

—Es una normal. Aquí las servimos así.

—Y las cobráis normal también.

Silencio, la camarera sigue sacando vasos del fregadero. Ismael bizquea. Una vez vio unos cuantos fotogramas de una película en la que aparecía un actor y le gustó la expresión, el modo de mirar. La cabeza agachada y los ojos mirando hacia arriba, la boca con una sonrisa que no era realmente una sonrisa. Quién es ese, le preguntó a su madre. Jack Nicholson, le respondió ella, ¿quieres verla?, está muy bien la peli.

No, no quiso verla, Ismael no aguanta más de cinco minutos delante de un mismo canal. No entiende cómo la gente se puede pasar horas soportando un mismo rollo. Su hermano y la novia, sentados en el sofá viendo películas que a lo mejor duraban dos horas. Callados, cogidos de la mano como si estuvieran en la consulta del médico A lo más que llegaban era a levantarse para coger una cerveza del frigorífico. El resto del tiempo allí hipnotizados como muertos vivientes. Ya no van a la casa. Ella ya no va a la casa. Desde aquella vez. Jorge dijo que la estaba mirando. Él mirando, a esa. Una mierda. A esa niñata. Fue ella

la que le dijo a Jorge que él la estaba mirando. Ismael se dio cuenta de cómo ella le decía algo por lo bajo, Tu hermano me está mirando o algo así, y el otro imbécil se lo creyó. Nada más acabar ella de susurrar, Jorge volvió la cabeza de golpe y lo miró, con su cara de gilipollas. A ellas les gusta que pase eso. Ella era quien lo miraba a él. Les gusta que estén pendientes de ellas y si no, montan el pollo. Se inventan lo que sea. Hermano contra hermano o lo que sea, no importa. Es lo que hizo la mierda de la niñata y el capullo de su hermano haciendo el papel de qué pasa aquí. Imbécil. Picando el anzuelo. Eso es lo que más le cabreó.

Y lo del pasillo. Ahí empezó todo. Ese día estaba su madre en la casa. Menos mal porque si no habría pasado algo, le habría roto el cuello a Jorge, y a la niñata le habría dado un escarmiento. Para que se le quitaran las ganas de bromas. Estaba oscuro el pasillo y él no se dio cuenta de nada. Salía de dormir, iba mirando para el suelo, ni la vio a ella ni vio nada. El primero que se asustó fue él al llamar ella a Jorge de aquella manera. Casi lo deja sordo. Y luego montando el numerito, que él se había puesto en mitad del pasillo y no la dejaba pasar, que lo había querido esquivar y él se movía para un lado y para otro. ¿Cómo se iba a mover? Como se mueve la gente que se acaba de despertar. Y lo de la polla. Que la tenía grande. Eso sí que es para no parar de reírse, la tía puta diciendo La tenía grande. Por no decir que estaba empalmado, con la de pollas que habrá mamado, con la cara esa que tiene de no haber parado de mamar pollas. Las veces que se metían en el cuarto de Jorge los dos, cerraban la puerta y qué pasa, qué estaban haciendo, rezando, seguro. Por eso ponían la silla contra la puerta, atrancándola. Hartos de follar. Si es que su hermano sabe follar. O lo que sea. Habrá que verlo, a lo mejor lo que le pasa a ella es que quiere que se la follen de verdad. Y lo va pidiendo. La tiene grande. Ismael la tenía grande, Amelia. Eso decía la cabrona, llorando, abrazada a su madre.

Eso fue lo peor, la hija de puta metiendo a su madre en eso. Y que llevaba la polla fuera. Joder si iba en calzoncillos y recién levantado. ¿A las ocho de la tarde estás durmiendo la siesta?, decía sin despegarse de su madre. Qué ganas de partirle la cara. Darle una hostia y que saliera por el balcón. La vio estrellada abajo, con las piernas torcidas como se le quedan a los que se caen desde alto y la cara pegada al alquitrán. También la vio encima de un coche reventado. Voy a dormir cuando a ti te parezca bien, dime tú a qué hora tengo que dormir, anda, dímelo, gilipollas. Menos mal que su madre dijo la verdad, que él duerme a horas raras, que siempre está peleando con él por eso. Y luego lo de que la llevaba fuera, al final dijo, reconoció, lo reconoció, que no llevaba la polla fuera. Casi fuera, dijo. Ah ya no es fuera, ya mismo voy con un abrigo.

Se creció la cabrona. Como eso no estaba claro, y reconoció que el pasillo estaba oscuro y ya no podía seguir dándole vueltas a lo mismo, como su madre la tenía protegida y el enano de Jorge estaba allí, sacando la cabecita como un pollo que quiere picar, ella echó mano de lo del baño. Venga, otra historia. Se nota que se hartaba de ver películas, una detrás de otra, la hijaputa. Que un día, dice la tía, que un día estaba ella en el baño, con la puerta entornada porque se creía que estaban solos en el piso Jorge y ella, mirándose en el espejo después de hacer pis, la tía dice hacer pis, estaba mirándose al espejo y el susto que se llevó al ver a Ismael mirándola. Lo vio en el espejo. Dio un salto atrás miró directamente a la puerta y él ya no estaba, pero salió corriendo a asomarse y vio cómo se cerraba la puerta de su cuarto, la de Ismael. Y además diciendo que había oído los pasos, los pies desnudos de Ismael andando deprisa por el pasillo. Siempre el puto pasillo. Y la madre diciendo Pero ¿eso?, pero ¿eso hija mía? Lo que nos faltaba, una hija postiza, una hermanita.

¿Es que te estuvo mirando todo el tiempo, no te diste cuenta o qué pasó? Y ella, No, no sé desde cuando estaba allí, no sé si me había estado viendo hacer pis todo el tiempo. Lo que quedaba. Ver a una tía meando. No veas. Eso ni a Consuelo, bueno a Consuelo a lo mejor, fíjate, pero a esa niñata. Hacer pis. Vamos que en su casa, en Portada Alta dicen hacer pis, tiene cojones. Consuelo por lo menos diría Meando, y eso ya es otra cosa, un morbo, una meada y un coño de verdad, no el chochito de juguete que tendrá esa. Y el chalado de su hermano diciéndole a la niñata Eso no me lo habías dicho a mí, y mirándolo como si fuese una avispa con su aguijoncito, Uy que me va a picar, jugando a que se cabreaba mucho y poniendo la boca esa que pone que en vez de pegarte parece que va a llorar. Eso no me lo habías contado, decía el majarón. Y ella diciendo Si se me iba a salir el corazón por la boca del miedo. Sí, ya sé yo lo que querías tú que te saliera por la boca. Y que no quería meter cizaña, que por eso no dijo nada. Encima eso. Y lo peor de todo la madre. La madre diciendo A ver Ismael qué pasó. ¿Qué pasó, de verdad me lo preguntas? ¿Qué pasó? Y el hermano repitiendo las palabras de Ismael, Sí qué pasó. Me voy a callar lo que pasó, lo que esta quiere que pase, ¿no lo estáis viendo?

Su madre poniéndose de parte de ella. No del todo, pero sin decirle Mira niña te vas de aquí, aquí no vienes tú a meter follones. Nada más que porque el tonto de Jorge esté encoñado contigo, no pones más los pies en esta casa. Pero no. A ver Ismael qué pasó. Que Jorge le siguiera el rollo a la niñata, normal, pero ¿su madre? Rayándolo más todavía, diciéndole que la novia de Jorge era como una hermana, y que la tenía que tratar así, como a una hermana, y llevarnos todos

bien. A su madre nada más que le quedaba decir Daos la paz y todo eso. Casi consiguen que se cabreara, que se cabreara de verdad. Estaba deseando que su hermano se le acercara, que le tocase un pelo. Eso es lo que al final estaba deseando. Todo por culpa de la niñata. También se la imaginó tirada en el suelo de la cocina, con un montón de puñaladas y toda la camiseta llena de sangre.

Y aquí estaba la camarera. En Las Camborias. Con su espalda carnosa. Y la ginebra acabándose. La tercera.

El agua del mar tiene apariencia de una acuarela amarillenta, deliciosamente desvaída. También podemos decir que la larga tarde de agosto se estira sobre ella cuando Guille sale del dormitorio cogido de la mano de la Lori. Regresan al salón y entonces es cuando ven el mar y el día venciéndose sobre él.

Nadie advierte su llegada. Solamente Cabello, sentado ahora en otro extremo del sofá, los mira con atención y trata de adivinar lo que ha ocurrido entre ellos. Guille se relaja. Esperaba un recibimiento con silbidos, preguntas y risas. La Lori camina segura, como siempre. «Ella no pierde el tiempo calculando qué harán los otros» piensa Guille, «O ya lo tiene calculado desde antes de salir de su casa y sabe lo que tiene que hacer. Aprender de ella.»

La Lori suelta la mano de Guille. La chica se acerca a la mesa del centro, saca un cigarrillo de un paquete, tuerce la cabeza y lo enciende. Juno le ofrece un porro al tiempo que le pregunta que dónde estaba, ella lo rechaza con un gesto leve y se lleva las dos manos a la nuca, como si un policía le hubiera apuntado de pronto con una pistola. Con el cigarrillo colgando de los labios y un ojo entornado, se recoge el pelo, le da dos vueltas y se hace una especie de moño. Con una habilidad extrema.

Guille la ha estado observando. No solo por admiración, sino para evitar encontrarse con la mirada de Cabello. Con la interrogación. No quiere dar explicaciones, una vez oyó a su tío decir que lo que ocurre entre un hombre y una mujer no tiene que saberlo nadie. Una cosa de la edad media, como las espadas y las pelucas, cosas de esas. Pero ahora estaría bien usarlo. Aunque sabe que no puede. Y que antes o después se sabrá que ha estado en una habitación con la Lori y le preguntarán. Lo hacen siempre.

La Lori le ha contado. Es verdad que han jugado a la botella y que ha follado con algunos de ellos. Con él no. Con él ha sido todo distinto. Su padre había muerto.

Al entrar en el dormitorio de los padres del Tuli y ver la cama, tan grande,

Guille sintió que se reblandecía por dentro. Tuvo miedo, pero se acercó a la Lori, por detrás. Al estar tan cerca recibió su olor de lleno, toda la gama de olores. La Lori se volvió, las tetas le rozaron el brazo. Se empalmó. Ella lo supo, miró hacia abajo, su pantalón. Y luego su cara. ¿Estás mal?, le preguntó. No era lo que Guille esperaba. Casi estuvo a punto, él también, de mirarse el pantalón, sin entender. ¿Mal? ¿Qué quería decir? Lo pensó, pero no dijo nada, se calló. Mirando tan de cerca los ojos de la Lori, casi rozándose con ella. Más alta que él, una putada. Al verlo callado, la Lori le dijo, Por lo de tu padre, ¿es verdad que se ha muerto hoy, o es una cosa de esa gente?

¿De qué iba eso? ¿Había alguien escuchando detrás de la puerta? A Guille se le metió ese rollo en la cabeza. El Tuli, Juno, el Isidro ese, y Cabello, aguantando la risa. Miró hacia la puerta. La Lori le preguntó de nuevo, ¿Estás mal? Volvió la cabeza hacia ella, la habitación dio un bandazo, la cama casi se fue al techo, patinando, como una pastilla de jabón en la bañera. Y al mismo tiempo toda la sangre de su cuerpo de deslizó bruscamente, en caída libre hacia sus pies. Se quedó vacío. Si la Lori hubiera querido lo podría haber plegado, igual que se pliega un colchón hinchable una vez vaciado de aire.

Pero en vez de plegarlo, la Lori lo cogió del brazo y lo sentó en el borde de la cama. Y le sopló. Inclinada sobre él, la Lori tomaba aire y le soplaba en la cara. Abría la boca, le enseñaba a Guille la separación de sus dos dientes frontales y aspiraba. Guille deseaba seguir el consabido camino del aire, entrar en la boca de la Lori, pasar volando sobre su lengua y bajar por esa cavidad oscura de la que de pronto brotaba otra bocanada suave, ligeramente perfumada a marihuana y a chicle de menta.

La Lori dejó de soplar y se quedó mirándolo. Todos los colores de sus ojos, astillas verdosas, grises, de color miel, delante de los ojos de Guille. ¿Mejor?, le preguntó. Él tragó saliva y dijo Sí. La chica, seria, con una ceja alzada, todavía lo estuvo mirando fijamente un poco más. Guille bajó la vista y, gracias a la inclinación del tronco que ella mantenía, vio casi la totalidad de sus tetas. La Lori se miró a sí misma el escote, luego los ojos de Guille. Le enseñó de nuevo la separación de sus dos dientes, pero ni sopló ni dijo nada. Se sentó a su lado y el chico pudo ver el cuadro que componían en el espejo que tenían enfrente y que hasta ese momento le había tapado la Lori.

Le costó trabajo reconocerse. Nunca había imaginado que alguien pudiera estar tan pálido. Y las ojeras parecían repintadas, como cuando se disfrazó de zombi. La Lori lo miró en el espejo. «Ave María Purísima», eso entendió Guille que había susurrado la muchacha. Se vio a sí mismo girar la cabeza en el espejo.

Delante de su cara tenía la melena de la Lori, ese bosque, esa maleza insondable. Envió órdenes a su mano para que subiera hasta las tetas de ella. Pero la mano no obedecía. Apenas consiguió que se levantara de la colcha y se depositara en su propio muslo. Nuevas órdenes, un esfuerzo casi telepático que fue interrumpido por la chica.

—¿Qué le ha pasado a tu padre?

—Joder, Lori —es lo único que alcanzó a responder en un susurro.

A Guille le habría gustado recordar en ese momento cómo se llama la gente aficionada a los muertos. Lo habían dicho una vez en una película. Los que se ponen cachondos pensando en muertas o en muertos, y hasta se los follan. Le dio risa, tuvo que aguantarla. Pensó en su padre, en una mesa metálica, desnudo, su polla, como aquel día en la playa, con el bañador bajado por una ola, pensó en su padre y en que alguien se lo podría follar y se le quitaron las ganas de reír, se frenaron las convulsiones cómicas que él pensaba que había reprimido antes de que aflorasen pero que llevaron a la chica a preguntarle, ¿Vas a vomitar?

Negó Guille con la cabeza.

—Ahí hay un cuarto de baño —la Lori señaló con la barbilla una puerta entornada—, los padres de este viven como quieren, bueno y tú también, ¿no? Tu familia es de dinero también ¿no?

«Habla como una chacha» pensó Guille «pero estando así de buena.»

—¿Qué le ha pasado?

—Eso —Guille buceó en su interior tratando de encontrar una nueva forma de decir que la gente se muere y que ese día le había tocado a su padre. Eso era algo que comprendían hasta los niños—. Eso, Lori, joder.

—Se ha muerto —confirmó la chica.

Guille de nuevo respondió encogiéndose de hombros y dejando escapar un suspiro, una especie de siseo sordo.

—Pero no me quieres decir lo que le ha pasado.

—Es que no lo sé, no lo sé bien.

La Lori lo mira, tan cerca.

—Y tú estás aquí —ratifica la Lori.

Ahora Guille respondió subiendo las cejas y pensando «¿Está zumbada o son los canutos?».

Se miran en el espejo. Oyen risas de fondo. La voz de Juno por encima de las demás, probablemente imitando a alguien. Es lo único que hace bien, imitar. Guille ya no piensa que haya nadie espiando al otro lado de la puerta. Ahora lo

que piensa, lo que teme, es que la Lori, atraída por esas risas y después de comprobar que no puede averiguar nada sobre la muerte de su padre o sobre los muertos en general, decida ir a ver qué pasa y dejarlo allí, sentado en el borde de la cama.

Pero, no. La chica tiene un elevado espíritu solidario. Cruza la mirada con Guille en el espejo y le pregunta:

—¿Quieres que te haga una paja?

Silencio. Un momento de duda hasta que Guille torció un poco la cabeza en señal de aceptación, o de resignación, pensando «Adiós a follar, folla con todos o con casi todos y conmigo no, ¿por lo de mi padre? ¿Porque se ha muerto o porque no le he dicho de qué se ha muerto?».

—¿Eh? ¿Quieres que te haga una paja?

La Lori, por su tono, se mostraba comprensiva, aunque no tanto como para que Guille se atreviese finalmente a pujar al alza. Así que, aunque pensaba decir ¿Y follar?, respondió:

—Bueno.

Así fue. Y ahora en el salón, mientras la Lori se ha hecho el nudo en el pelo y Guille evita la mirada y la posible interrogación de Cabello, vuelve la cabeza y la ve. ¡Madre mía! Hasta entonces no se ha dado cuenta de que Mónica Ovejero está allí. Mónica Ovejero y Piluca, sentadas en un extremo del sofá cerca de donde él estaba antes de abandonar el salón en compañía de la Lori.

Alza la mano Guille, saludando, pero se encuentra con la mirada torcida de Mónica y la barbilla alta, la inquisición de Piluca. Instintivamente mira a la Lori. Joder. Lo han visto, lo han visto entrar en el salón cogido de la mano de la Lori. Tose, tropieza con la alfombra y se dirige hacia donde están las dos chicas, alejadas del bullicio que Juno, Isidro y el Tuli están montando, con sus risas, Juno imitando al padre del Tuli hablando como Chiquito de la Calzada.

—Qué hacéis. ¿Cuándo habéis llegado? Hay whisky —dice Guille, sin saber por qué dice lo del whisky.

Mónica mira al mar, digna y tiesa, su maravillosa melena más lisa que nunca. Piluca contesta:

—Cuando estabas con la puta esa es cuando hemos llegado.

—¿Con quién, yo? Ah. ¿Qué dices? —Guille finge que se ríe, mira a la Lori como si solo en ese momento advirtiese que esa chica estaba en la casa o en el planeta Tierra—. ¿Qué pasa?

—Vámonos —le dice Mónica a su amiga.

Y Guille ve un brillo líquido en los ojos de la chica, la sombra de un estanque, una vida, y vislumbra de un golpe lo que es el amor, la redención, el futuro, los hijos, un coche e incluso un trabajo, llegando a su casa y una Mónica Ovejero de treinta años recibiéndolo despreocupada, con un beso. La quería. La quiere.

—Pero, ¿os vais? ¿Por qué? Hay whisky «Otra vez el puto whisky». ¿Adónde?

Se ponen de pie las dos adolescentes. Guille también, y de nuevo el salón, el ventanal y el mar entero dan un giro como si la habitación fuese una pelota y estuviera botando de un lado a otro, con ellos dentro. Ganas de vomitar y ganas de decirle a las dos, a Mónica, Solo me ha hecho una paja, Mónica, te lo juro, una paja, por mi padre. Mi padre que está en una mesa metálica.

Las dos chicas caminan delante de él y los demás riéndose, no de ellos, no de él, sino de la propia risa, de nada. «Todo lo hacemos por nada, como peces en la pecera, nadando para llegar al cristal y quedarse allí, joder qué mal estoy.» Guille detrás de la melena oscilante de Mónica y de la cabeza casi cuadrada de Piluca, diciéndole no sabe a quién, Os acompaño, y más risas detrás de ellos.

Caminando por el pasillo con la sensación de que descendía por el interior de una gruta, hacia el corazón de la Tierra, hundiéndose, recordando la mano de la Lori en su polla, tan lenta, tan asquerosamente sabia, él tocándole las tetas por encima de la camiseta, percibiendo el olor de la melena de la chica al agitarse, un olor que ahora le provoca un conato de arcada, un asomo de repugnancia, la mano moviéndose «Como una máquina industrial» pensó en su momento, la Lori lubricándose la mano con su propia saliva, apartándose un pelo de la boca «Cómo puede estar atenta a esa insignificancia mientras hace lo que está haciendo, sin darle importancia, tan acostumbrada», y él empezando a vaciarse, nublándosele la vista, viendo a su padre riendo, el sol, la madre abrazándolo de nuevo, el olor de la Lori, la boca, los dientes separados, sus pezones marcándose en la camiseta en el salón, la risa de Cabello, los huesos convirtiéndosele en agua, él sin forma, diluyéndose, y al abrir los ojos vio ante sí la mano de ella alzada, viscosa, levantándose y yendo al cuarto de baño, sin mirarlo, como la enfermera que le curó la pierna cuando le echaron los puntos, No veas qué bien huele el jabón que tienen aquí, medio gritó desde el lavabo, por encima del chorro de agua.

Guille sin atreverse a echarse en la cama ni a levantarse. Empequeñeciéndose, deshaciéndose, desapareciendo, igual que un papel echado a una hoguera. Sin querer verse en el espejo que tenía frente a él y cuya imagen

un momento antes le había excitado hasta el punto de provocarle el orgasmo, la visión de la escena al completo, la Lori a su lado, las tetas agitadas, la mano moviéndose no de arriba abajo sino haciendo una especie de giro con la muñeca, la mirada fija en su trabajo manual y una cara de escepticismo, de profesionalidad que lo hizo desbordarse. Y ahora diciendo no sé qué desde el lavabo, algo de las toallas y de la bañera y el hidromasaje «La puta esa».

Por esa gilipollez ahora se iba Mónica. Por una paja, por una paja que se podía haber hecho él mismo estaba viendo cómo Mónica y Piluca entraban en el ascensor. Y él, sin saber qué decir, sin saber cómo rogar o retener a su amor, preguntando, con el mismo sinsentido con que antes había mencionado el whisky:

—¿Vais a ver a mi madre?

Mónica le respondió, pero mirando a Piluca:

—No me lo puedo creer.

Y Piluca dio la orden definitiva:

—¡Cierra!

—Decidle…

—No me lo puede creer —Mónica parecía que fuese a llorar.

Tampoco era para tanto. No estaba diciendo ninguna barbaridad. Y quien se había muerto era su padre no el padre de ella ni el padre de nadie más. Todos estaban deseando tener ahora un muerto, coño. A qué venía eso.

—¡Cierra ya!

Dejó caer la puerta. «Todo por una paja.» Casi le dio risa, en otro momento le habría dado risa. Todo por una paja parecía el título de una película, y se imaginó comentándolo con Juno. Solo que ahora sabía que no se lo iba a decir, nunca. Entre otras cosas porque no iba a confesar que lo único que había hecho con la Lori era eso y porque sentía un odio vivo, feroz, hacia Juno y sus risas. El eco de esas carcajadas le hizo dudar sobre qué hacer.

Irse a su casa. Ver a su madre. Aquella nube de gente. La presencia de su padre. Mucho más fuerte que cuando estaba vivo. Se había multiplicado y estaba por todos los rincones de la casa, colgado del cuello de cada una de esas personas, algunas que ni siquiera conocía. Quizás ya estarían en el cementerio o en el hospital o donde hubiera que estar. Sí, irse. Y de pronto volvió la imagen de la Lori, su mano en aquel movimiento casi circular, lento, esmerado, y un nuevo latido de deseo cruzó por alguna parte de su cuerpo, como una sombra, mezclada todavía con la sensación de repugnancia, pero deseo.

Sí, ir a ver a su madre. Miró la escalera, allí abajo se oían unos pasos. Los de Mónica y el aborto de Piluca. Miró la puerta clausurada del ascensor. Su madre. Sí. Luego. Y volvió a entrar en el piso, oyendo cada vez más cerca las risas y las voces estentóreas de Juno, del Tuli. Mejor llegar antes de que Cabello le preguntase a la Lori qué había pasado. Tenía que decirle a ella que lo que ocurre en una habitación entre un hombre y una mujer es algo que solo lo tienen que saber ellos, así es como lo hace un hombre de verdad. Ella lo iba a entender. Y luego se iría a su casa. A lo mejor Mónica estaba allí. Y vería que él se abrazaba a su madre, que estaba donde tenía que estar. Como un hombre también. Consolando a su madre. Al frente de todo.

Su madre, apoyada en la pared, dulcemente recostada y con los brazos cruzados, mira al horizonte y le dice a Julia que con el tiempo quizás entienda algo, Sí, es posible que alcance a entender lo que ha pasado lo que ha sido mi vida desde hace diez, quince, casi veinte años, pero entonces, cuando lo pueda entender, quizás ya no importe demasiado, lo único que espero es que entonces, desde ahora hasta entonces, en mi vida haya algo, algo de verdad.

Su amiga, sentada en el borde de la cama (están en el dormitorio de Ana Galán), va a hablarle. Ana no la deja, sabe que es una frase de consuelo, algo referente a que ahora también tiene cosas de verdad. Y es Ana la que sigue hablando.

El vacío ahora es lo que más miedo me da. No el vacío que tengo por delante, la soledad quiero decir, eso no me da miedo lo que me asusta es el vacío que tengo a mis espaldas, que todos estos años puedan pasarme factura, todo tan sin sentido tan hueco, es, ¿sabes la sensación que tengo? Como si estuviera en el borde de un precipicio muy alto, pero con el precipicio justo a mi espalda, en el límite de mis talones, y que al menor gesto puedo caerme hacia atrás. Que me trague ese agujero. Y si eso pasa, si me ven hundida, la gente dirá pobre, no pudo con la muerte de su marido, pero si eso pasa, no será porque él haya muerto y esté sola sino por los años que he vivido con él. Eso a ti te lo puedo decir. Me parece que a nadie más.

Se calla. Sorbe con la nariz. Se limpia una lágrima a punto de brotar y se queda mirando por la ventana. El atardecer lento cayendo sobre los tejados, envolviendo las cabezas de las palmeras como algodón. El mar azul petróleo, todo tan suave, tanta belleza suspendida en el aire. Traga. Julia tiene la sensación de que su amiga se traga vía oral las lágrimas que no le brotan de los ojos. Y mirando al frente, con la mirada vacía y pensando en voz alta, la doctora Galán sigue hablando.

Ese es el miedo que tengo, ¿qué otra cosa me va a dar miedo? ¿Estar sola?

Mira con cara de desprecio a Julia. Una rebeldía ciega, tardía, corrosiva, retroactiva. Niega con la cabeza.

Nunca, nunca podría estar más sola de lo que he estado en los últimos años, una soledad de plomo así de espesa y te juro que hoy es cuando me he dado cuenta del todo. Hasta hoy sabía, claro que lo sabía, pero hasta hoy al verlo allí cubierto de hormigas no me he dado cuenta de lo sola, de lo abandonada que he estado todo este tiempo. Y de que no me lo merezco.

Niega otra vez con la cabeza mirando por la ventana. Lo hace con movimientos cortos, pero muy insistentes, con una energía contenida y como si se lo estuviera diciendo a ella misma, a un yo interior al que tuviera que acabar de convencer. Luego vuelve a poner la vista en su amiga, que sigue sentada en el borde de la cama y sabe que, si en algo valora la consideración que Ana siente por ella, no puede volver a intentar endulzarle ese momento con fórmulas al uso. O al menos con ninguna fórmula que ella conozca. Así que lo más que puede hacer es sostener la mirada de Ana mientras esta le habla.

Nunca, nunca me he merecido eso. Sé que Dioni tampoco y me puedo imaginar todo lo que ha sufrido, pero yo no me lo he merecido. Otras cosas, lo que quieras, pero eso no. Y eso es lo que la gente de ahí afuera —mira la puerta del dormitorio— no sospecha. ¿A quién se lo cuento? ¿A mi hermano, a mi cuñada, que lo único que han querido en todos estos años es no saber nada? Y joder cómo han hecho su trabajo, no te lo puedes imaginar, bueno sí cómo no te lo vas a imaginar. Empezando por mi hijo, bueno, empezando por mí, ¿Y ahora qué hago, se lo cuento a Guille? Ha salido huyendo al oler el peligro, al atisbar cualquier cosa que tenga que ver con trastocar el orden.

La herida abierta, que drene, que salga todo lo podrido. Julia piensa que una aproximación médica y no demasiado sensiblera tendrá sentido en ese momento, pero se calla y deja que Ana siga el curso de sus ideas.

¿Y que eso es egoísmo? Sí. Mucho, todo, lo que quieran. Como cada cual va a lo suyo. ¿Dioni no ha sido egoísta? Hasta ayer, o hasta cuando decidiera matarse, ¿qué ha sido si no? Sufriendo, flagelándose pero ¿dejó de hacer lo que quería? Incluso esto que ha hecho, ¿lo ha hecho por nosotros, por su hijo, por mí? Que vengan a hablarme de egoísmo.

Hace como que sonríe, con un gesto triste. Y pregunta a su amiga:

—¿Has visto a Guille, está abajo?

—Se iba con unos amigos cuando yo llegaba.

Mira al suelo Ana Galán y pide:

—Dame un cigarrillo.

Se acerca a su amiga, lo coge de la mano de Julia, coge un encendedor que hay sobre la cómoda. Pero no lo enciende, se queda mirando por la ventana. Las cabezas de las palmeras oscureciéndose, completamente inmóviles, sin viento, el horizonte detenido. Los días que ya no verá Dioni. Lo que no le pertenece.

En una mano el encendedor, en la otra el cigarrillo. La doctora Galán. Hasta aquí la condujeron aquellos pasos. Recuerda la desconfianza que su madre siempre sintió hacia Dioni. Cómo aceptó la relación y la boda, resignada. La voluntad de Dios, es lo que dijo, echando de menos aquel otro yerno posible, médico, con pedigrí.

La voluntad de Dios. Todas esas hormigas caminando por su cara, sin parar de salir del pelo, de la nuca, como si tuvieran el hormiguero en el interior de su cuerpo. Diminutas, empecinadas, caminando por los párpados, moviendo sus minúsculas antenas por ese cuerpo al que llevaban horas considerando como su territorio. Un territorio comestible, una cantera interminable. Saliendo a cientos del ombligo, de las orejas, de entre las piernas. Desorientadas pero sin abandonar nunca su aire laborioso y decidido, mecánico.

Enciende finalmente el cigarrillo la doctora Galán. Abre la puerta de cristal que da a la pequeña terraza y una bocanada de aire caliente se apodera de la habitación en un instante. La voluntad de Dios fue que una tarde ella llegase inesperadamente a su casa. Relevada de su guardia a causa de una gripe que le había subido la fiebre casi a treinta y nueve grados y le impedía mantener una mínima concentración en su trabajo. Oyó las risas desde la escalera. Y desde el momento en que percibió aquel sonido supo que la desgracia estaba cerca y que no se iba a separar de ella durante mucho tiempo.

Más que saberlo, ese dato penetró en su organismo del mismo modo que había penetrado el virus de la gripe. Solo que ningún medicamento iba a poder con él. Entró en su cerebro y se quedó allí alojado como un malestar impreciso, como una perturbación que su raciocinio no acababa de identificar. Quizás porque en un plano inferior de la conciencia existiera la creencia de que ese mal nunca llegaría a desarrollarse y permanecería allí larvado, sin acabar de manifestarse. Hasta que la muerte sobreviniera por otra causa. Pero no. Ha sobrevenido justamente por esa causa, piensa ahora la doctora Galán.

Aquella tarde, al acabar de subir la escalera y acceder al salón, se encontró con un chico joven tumbado en el sofá. Las manos bajo la nuca y los pies

entrelazados, puestos sobre el reposabrazos contrario. Se quedó mirándola sin inmutarse, como si la extraña fuese ella. Una calma que contrastó con el nerviosismo de Dioni, inmediatamente puesto de pie, balbuceante.

Trastabilló cómicamente al meter un pie bajo la alfombra. Tan cómicamente que el chico volvió a emitir sus carcajadas, sin apartar las manos de la nuca ni los pies del reposabrazos. Dioni, devuelto a la adolescencia, preguntó a Ana el motivo por el que estaba allí, al mismo tiempo que señalaba a su amigo y decía su nombre, Vicente, y a Vicente le indicaba que ella era su mujer.

Ya me imagino que no es la criada, fueraparte porque ya la he visto antes, a la criada, y las fotos de ella en los marcos. Y entonces sí, lento y complaciente, se levantó y se acercó a Ana con intención de besarla en la mejilla, algo que ella impidió extendiendo la mano. El gesto poco amistoso arrancó una sonrisa en el invasor, que estrechó la mano e incluso hizo ademán de llevársela a los labios.

Estábamos charlando, se excusó Dioni, el adolescente pillado infraganti fumando o masturbándose en el cuarto de baño. Ana comprendió. Lo vio todo en la sonrisa del tal Vicente, en el rictus de unos labios que formaban una especie de ola. Desafiante. Y sobre todo, lo vio en la mirada dubitativa de Dioni.

Miró a su marido a los ojos y notó el esfuerzo de él por no apartar la vista. Ana dijo que se iba a acostar. Y ante la pregunta de su marido de si le ocurría algo, simplemente repitió que se iba a acostar. Empezó a caminar en dirección al dormitorio. Encantado, dijo Vicente. Ana Galán vio de reojo su sonrisa, pero ni volvió la cabeza ni contestó.

Apenas unos minutos más tarde le pareció escuchar el sonido de la puerta de la calle al cerrarse. Y unos quince o veinte después, «Está acopiando fuerzas, está demostrándome su culpa el muy cobarde, maricón», la puerta del dormitorio se abrió un poco, apenas una rendija. Si en un primer instante Ana Galán, en un acto reflejo, fingió que dormía, de inmediato se dio la vuelta y miró directamente hacia la entrada del dormitorio.

La puerta acabó de abrirse y la silueta de Dioni se hizo visible. Desde el umbral, «Cobarde», preguntó ¿Te encuentras bien? Y no recibió ninguna respuesta. Una roca, una piedra que no necesita alimento ni emociones. Más dura, más inaccesible a cada instante. Así se sintió repentinamente Ana. Y mucho menos que nada necesitaba hablar. Podría haberse dado la vuelta, intentar conciliar el sueño, concentrarse en su estado febril, abandonarse a ese vacío no del todo desagradable que la envolvía.

Pero el miedo de Dioni lo impulsó a entrar, a sentarse en el borde de la cama

y a mirar con cara de extrañeza a su mujer. Qué te pasa. La representación, el inicio de un juego de persecuciones. Gatos y ratones, policías y ladrones. Dime qué te pasa, ¿ha ocurrido algo en el hospital?

Ana Galán vio la estrategia infantil. No hablar del visitante, considerar que esa presencia era tan normal que solo una causa exterior podía justificar el mutismo de su mujer. Esa fue la gota de ácido. El elemento corrosivo. Lo que perforó el granito de su piel y le removió la indignación. Deja, por un minuto, por un segundo deja de disimular por un segundo en tu vida mira las cosas de frente, una vez en tu vida y no me hagas que yo siga volviendo la cara, no me hagas que yo participe en tu teatro, con que te calles es suficiente, vamos a seguir callados, por favor. Eso le dijo, incorporándose sobre un codo. Sabiendo que la respuesta de su marido iba a ser una continuación de la farsa, una nueva fuga.

Y, sí, fueron las palabras esperadas, Qué estás diciendo, de qué estás hablando Ana por favor. Ese tipo de cosas es lo que dijo Dioni. Ana se acabó de incorporar para no encontrarse en inferioridad, para estar al menos una vez erguida frente a él. No disimules más joder Dioni, no me humilles. ¿Qué no te humille? ¿A qué viene esto? ¿Qué sabes tú de humillaciones? «Al menos una verdad, un mínimo reconocimiento.» De verdad, ¿no has visto su cara de triunfo?, solo le ha faltado decirme es mío, no tuyo, te lo he quitado.

La careta de estupor, la falsa sorpresa de Dioni unida al asombro verdadero, el que provocaba la reacción de su mujer. El silencio de Ana, los ojos brillantes por la fiebre y por el resentimiento. Un silencio que Dioni pudo interpretar como el inicio de la calma, una posibilidad de conciliación.

Lo conocí, es amigo de un cliente, un chico no es un lumbreras pero simpático, aunque hoy por, aunque lo has visto así… iba diciendo el incauto Dionisio Grandes Guimerá cuando se produjo el salto al vacío.

Se puede ser maricón pero no cobarde.

Eso es lo que dijo Ana Galán. Eso es lo que impactó en el rostro de su marido y lo dejó blando. Los músculos de la cara se le licuaron.

Ana había saltado. La atracción irresistible por el vacío. Romper las correas de sujeción. El control perdido por un segundo. Uno de esos instantes en los que los caminos de la vida se bifurcan y en un momento debe elegirse uno de ellos.

Ana Galán no lo sabrá nunca, nunca tendrá la certeza por mucho que quiera intuirlo, pero su marido estuvo a punto de aceptar el reto en ese momento, de decir Sí y reconocer en qué había derivado su vida, la vida de ambos. Pero el

camino elegido fue otro y lo que Dioni hizo fue negar con la cabeza y levantarse del borde de la cama mirando la cara de su mujer como si en ella se hubiera abierto un nido de gusanos.

Salió del dormitorio. Durmió en la habitación de invitados. Se fue temprano a trabajar. Ana Galán, después de conciliar el sueño cerca del amanecer, se despertó a media mañana, bastante mejorada de su gripe. Las imágenes y los pensamientos de la vigilia, del duermevela y del sueño estaban enmarañados en su cabeza. Tardó unos segundos en desenredar los hilos de aquella trenza. La vida cobrando un peso desconocido.

Ana no fue a trabajar. Deambuló por la casa. Su ánimo siguió un movimiento pendular, o, mejor, de ruleta. Miedo, vergüenza, arrepentimiento, orgullo y otra vez indignación. Ayudó a Guille a hacer los deberes. El niño convertido en recipiente de sus emociones y de sus temores. El pasado y el futuro encarnados en ese niño.

Dioni llegó tarde. No se besaron. No se miraron a los ojos. Se sentaron a cenar los tres. Le hablaban al niño, no cruzaban ninguna palabra entre ellos. Ella, en contra de la costumbre, al acabar de cenar se quedó sentada a la mesa, él llevó los platos a la cocina. Ana le dijo a Guille que iba a acostarlo y que ella también se iba a la cama porque estaba enferma y necesitaba descansar. El niño protestó, pidió ayuda a su padre, que le respondió con un gesto que invitaba a la resignación, ella se lo llevó de la mano. Una comedia. Y también un atisbo de duda. ¿Había sido todo así? ¿Realmente el individuo aquel fue tan arrogante, estuvo tanto tiempo tumbado en el sofá y la miró con tanto sarcasmo? ¿Era todo tal como ella lo imaginaba? ¿Dioni y él eran lo que ella pensaba? Sí. Lo sabía. Era así. Todo era así. Pero allí estaba aquella sombra. ¿Estaba o la había dibujado ella para tener un atisbo de tranquilidad? O de esperanza. Una puerta por la que huir, la duda. ¿Era todo definitivo? Mejor dormir. Orfidal.

Se durmió relativamente pronto. Y a una hora imprecisa, doblemente borrosa por el sueño y la fiebre, se dio cuenta de que Dioni estaba en la cama a su lado, durmiendo. Al despertarse por la mañana estaba sola. Aguzó el oído. La casa vacía. Hablarían esa noche. A media tarde él dejó un mensaje en el contestador. Tenía una cena de trabajo, volvería tarde. Y además dijo: Espero que estés mejor de la gripe. Una mano tendida. Ella no iba a negociar. No. Pero también sabía que los hilos o los puentes o como se quisiera llamar a las conexiones que la unían a su marido no estaban cortados por completo. No todos. Volvía a tener fiebre. Durmió agitada por una confusión de sueños inconexos, pero profundamente. Cuando se despertó era él quien dormía. Cuando salió de la

ducha, él seguía durmiendo. Empezaba a amanecer. Ella se fue al hospital. Hablarían esa noche. No. Tampoco lo hicieron esa noche. Tampoco el día siguiente. Ni en el resto de la semana, ni en los meses siguientes. Realmente no hablaron nunca. Había llegado el tiempo de la aceptación y de la renuncia.

Empezaron a reconstruir la vida con cascotes. Los escombros pueden ser un buen material de construcción. Hilos, palabras, puentes colgantes movidos por el un soplo de viento. Miradas cada vez sostenidas con menos recelo y menos miedo, más oxígeno entrando en los pulmones. Él no era un mal hombre. Se querían. Lo quería. Claro que lo quería. La primera sonrisa. La luz. Y el hormigón del silencio haciendo su trabajo.

Jorge ve por la vidriera de La Esquinita pasar a Vane, la dependienta de la zapatería Famita. Lleva los mismos leggins blancos que por la mañana. Se ha cambiado, quizás a mediodía, la parte de arriba. Ahora va con una blusa de color fucsia, sin mangas. Los brazos morenos abrazando la misma carpeta azul que por la mañana. Las mechas rubias veteando el pelo negro. Las gafas de sol a modo de diadema. Camina por el borde de la explanada en busca de su coche.

En el descampado quedan pocos vehículos. Polvo y matojos. El suelo recalentado. La chica camina sobre sus tacones como si llevara zancos, ya sin el ímpetu de la mañana. También la luz ha dejado de ser violenta, ahora es una tela porosa que deja transparentar sombras.

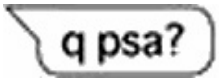
Su primo Floren obliga a Jorge a apartar la vista de la calle al ponerle un vaso de cerveza delante del pecho. Venga ya con las periquitas, le dice el primo, que luego nada más traen problemas, ¿eh? Pedroche, díselo tú.

No, si estaba mirando, estaba mirando ahí, se trata de excusar Jorge, el pequeño rijoso.

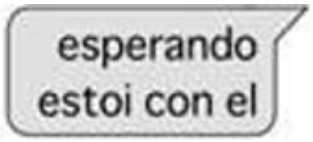
Pedroche se limita a coger la cerveza que le acerca su socio y a emitir un gruñido sordo que lo mismo sirve para desaprobar la broma como la existencia de todo el género femenino sobre el planeta. Se le queda una nube de espuma flotando sobre las púas del bigotito rubio-canoso. Las heridas de la cara parecen más rotundas bajo la luz fluorescente del bar, prematuramente encendida. Al verlo, el camarero le ha preguntado qué le ha pasado. Una escalera, ha respondido. Me he caído por una escalera, ha aclarado al ver que el camarero se quedaba mirándolo.

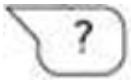
Jorge ve a la dependienta de la zapatería salir con su coche de la explanada. La chica mira a un lado y a otro de la calle antes de ponerse en marcha. Lleva la

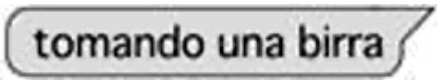
ventanilla abierta y, a pesar de que ya hay poca luz, las gafas de sol puestas. «Su casa, no sé si tiene novio, casada no», está empezando a pensar Jorge cuando el teléfono vibra en su bolsillo. Teme que sea el Nene Olmedo. Mira. Es el Nene Olmedo.



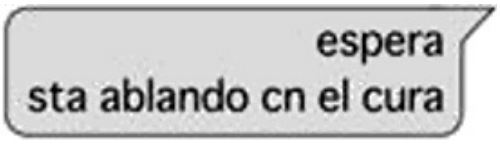
Contesta:





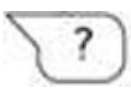


Está a punto de escribir que el cura va a llamar a Pedroche cuando ve que este se contorsiona para sacarse el móvil del bolsillo, mira quién lo llama y le dice a Floren, El cura.



Jorge escucha los susurros de Pedroche. Apenas se despegan las palabras de su bigote. El ruido del bar hace el resto para que Jorge no pueda enterarse de nada de lo que dice ese hombre lastimoso. Solo la última palabra llega clara a sus oídos, Vale.

Vibra de nuevo su teléfono y en la pantalla aparece el mismo mensaje del Nene Olmedo:



Floren le pregunta a Pedroche, ¿Qué te cuenta el cura? ¿Se va a quedar con la pasta o te la da? Pedroche lo mira desde abajo, torvo, mientras se guarda el teléfono, sonríe finalmente y dice, Me la da, claro, todo.

¿Hoy?, le pregunta Jorge, también sonriente. Pedroche lo mira de reojo y no le contesta. Bebe un nuevo trago de cerveza, más espuma al bigotillo.

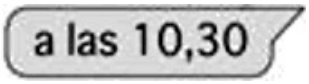
¿Cuándo te lo da?, quien pregunta ahora es Floren.

Pedroche hace un esfuerzo al tragar, casi tose. No ha acabado lo que tenía que hacer, que cuando acabe va a su casa a recogerlo y me lo da.

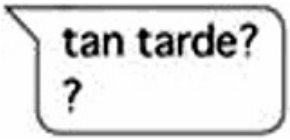
¿En su casa?, pregunta Floren mientras agita en el aire su vaso vacío y se lo muestra al camarero, que le hace un gesto afirmativo.

En la puerta de la iglesia, yo no sé dónde es su casa, en la iglesia. La putada es que dice que hasta las diez por lo menos no llega a su casa. Así que a las diez y media en la puerta de la iglesia, dice. Pedroche está locuaz. Quizás sea la posibilidad de recobrar el dinero y las joyas, quizás las tres cervezas que lleva bebidas.

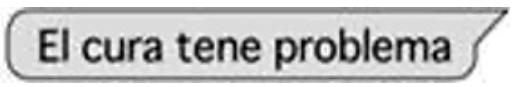
Jorge le envía un mensaje al Nene Olmedo:



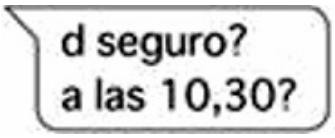
Recibe:



Responde:



Recibe:



Responde:

Entonces voy contigo, total ya la hora que es, te acompaño, le dice Floren a su socio.

No hace falta, lo excusa Pedroche.

Si está al lado de casa, te acompaño y me subo.

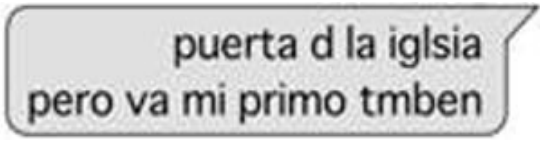
Bueno, tuerce a un lado la cabeza Pedroche, agradecido.

Jorge abre la boca, va a hablar, se calla, habla. ¿No, no te esperaba tu mujer, decías? Para cenar, lo dijiste antes.

Sí, cenamos un poco más tarde, no pasa nada, responde Floren dándole la espalda y cogiendo de la mano del camarero su nueva cerveza. Y sigue hablando con Pedroche. Lo que tienes que procurar es que sea la última vez, el rollo este con tu mujer lo tienes que parar, no sé chico, habla con un médico, coño, la madre de este conoce a unos psicólogos, ¿verdad tú?

Jorge titubea, el teléfono vibra de nuevo en su mano, y mientras afirma con la cabeza vuelve a mirar varios nuevos signos de interrogación y las letras dond.

Escribe:

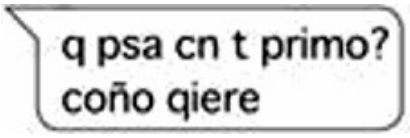


Es que no veas la que tienen en su casa también. Con lo de su hermanito, ¿eh Jorge? ¿Cómo está últimamente?

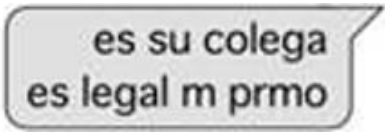
Jorge se encoge de hombros, Ahí con sus cosas.

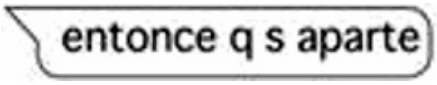
Pedroche, mirando los huevos rellenos del mostrador con melancolía, como si les hablara a ellos, dice, Si a Belita la están viendo los médicos desde que era niña si eso es así desde que era niña, lo que pasa es que no sirve de nada, seguro que desde entonces le dijeron que el panorama era para penarlo, me la

encasquetaron.



Jorge responde:





¿Ha hecho algo nuevo tu hermano?, le pregunta Floren, alegre, a Jorge.

Jorge se encoge de hombros, Pedroche lo mira. Las cosas suyas, dice finalmente Jorge.

Se anima Floren y cuenta: Una vez, bueno aparte de que lo han llevado a urgencias no sé cuántas veces por las peleas que arma, una vez en el horno de la cocina, en el de su casa, se puso a quemar los zapatos de su madre.

Pedroche alza las cejas y por primera vez mira de frente a Jorge. ¿Verdad tú?, dice Floren antes de aupar el vaso de cerveza y luego comentar, Joder cómo entra con el día de calor que ha hecho, pues qué te parece, los zapatos que la madre tenía, los mejores, de tacón y todo eso y va el tío y les prende fuego en el horno.

Los quemó todos, los de tacón y hasta las zapatillas de estar en casa, dice Jorge, intentando ser escuchado, que le hagan caso.

Y suerte que no ardió la casa, añade Floren.

¿Todos los quemó?, le pregunta directamente Pedroche a Jorge.

Menos dos o tres que no encontró porque estaban en otro sitio, una humareda y una peste que no veas y esta mañana ha cogido y se ha puesto a cortar las cortinas de toda la casa.

¿Las cortinas?, Floren vuelve a hacer señas al camarero, ahora hace un pequeño círculo con el índice para comunicarle que quiere tres cervezas.

Sí, las cortinas y toallas, sábanas, las de mi cama también, las he visto

cuando he ido a comer, con unas tijeras, ha hecho cuadraditos con todo, cuadraditos vaya en forma de triángulos.

Pues los psicólogos que conoce la madre no parece que sean muy buenos, por lo que hace digo, comenta Pedroche.

Ahora va a otro ¿no? Uno mejor, dice Floren.

Jorge niega, No, ahora no va a ninguno porque dice él que no.

Es que además sopla, no como nosotros, sopla de verdad, se ríe Floren con la nueva cerveza entre las manos.

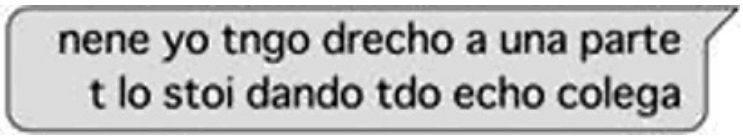
Sí, dice Jorge, y mirando la cerveza añade, ¿No te vas mejor ya a tu casa? Se va a cabrear tu mujer, primo.

Me voy con Pedroche, me aireo y cuando llegue a casa estoy nuevo, me he tomado tres cervezas no una botella de ginebra como tu hermano.

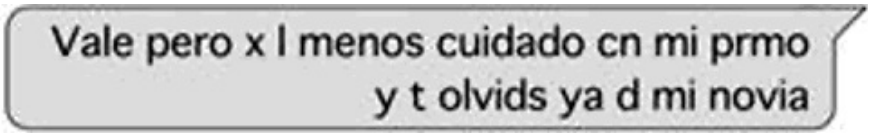
Por lo menos cinco llevas, se sonríe Jorge.

¿Un huevo relleno, Pedroche?, es la respuesta de Floren, ¿Y tú, quieres uno?

Niega Jorge con la cabeza. Mira la explanada al otro lado del cristal. «Se están yendo todos.» Los coches vacíos, la luz vaporosa. El calor que sigue aplastándolo todo. Abre el whatsapp y escribe:



A los pocos segundos recibe un emoticono. Un excremento sonriente. Mira a Pedroche, tragando el huevo duro, la mayonesa recolgándose de ese bigotito-aduana al que va a para una porción de todo lo que traga. Escribe:



Tarda un segundo en recibir el mismo emoticono, ahora doble. Coge su vaso de cerveza. Bebe. Mañana seguro que ha pasado todo. Así hay que vivir, lo decía su padre. Día a día. Que se lleve el dinero el mierda ese y los dejen tranquilos a él y a su novia. Una ambulancia pasa delante del bar dejando unos resplandores de color naranja sobre la tierra polvorienta del descampado. Un parpadeo de feria.

También por los callejones y por los barrios lentos la luz empieza a descomponerse. Una carcoma va comiéndose los perfiles de las cosas. Líneas que se debilitan y pierden su rigidez. Las rejas desnudas de las ventanas a ras del suelo en los callejones despoblados, las señales de tráfico inclinadas por una vieja embestida, los huecos de las ventanas flotando como espejos muertos en las fachadas desnudas.

El Atleta sube la persiana y mira los balcones que hay al otro lado del callejón al que da su dormitorio. Una mujer desaparece de una habitación en penumbra y aparece en la contigua, alumbrada por una temprana y difusa luz eléctrica. La mujer va vestida con una bata ligera que le deja los brazos desnudos, gruesos en la parte superior, con forma de jamón. Habla por teléfono, gesticula, lo mira a los ojos.

El Atleta desvía la mirada, abre la ventana y una flama asfixiante irrumpe en la habitación, choca con su pecho, lo envuelve. Cierra, resuenan los cristales. La mujer lo sigue mirando, ya no gesticula, solo escucha, con el teléfono pegado a la oreja, su brazo desnudo con aire de carnicería. Por la acera cenicienta, delante de la peluquería, dos niñas saltan a la pata coja, con sus vestidos livianos. Ajenas a la desolación.

«¿Es algo que pongo yo, la desolación, o es algo que está ahí, en estos edificios amontonados, en esa luz pobre que sale de la peluquería y se queda en la acera como una mancha de huevo?», se pregunta el Atleta. «Soy yo, esas niñas a la pata coja se ríen, saltan y se ríen, no levantan la vista y no saben que mañana serán como esa mujer que me mira desde el otro lado del callejón. Soy yo. Saltando a la pata coja.»

La ciudad se oscurece. En el descampado donde amaneció Dionisio Grandes Guimerá los cardos, la tierra, las ramas secas empiezan a perder su color ocre y se van tintando de oscuro. Se van borrando los límites. Recalentada la tierra, borrosas las gotas de sangre que allí cayeron de la primera jeringuilla que los médicos introdujeron en sus venas. Intubado. Las hormigas rebuscan entre colillas consumidas, descoloridos envoltorios de plástico, latas de cerveza aplastadas, hojas, papeles resecos, y sobre todo eso, sobre ese páramo marrón, recibiendo la última luz del día, la inmensa foto de un hombre abrazando desde atrás a una mujer preside ese inminente reino de sombras. RENUEVA TU COLCHÓN RENUEVA TU PASIÓN sigue leyéndose en la valla publicitaria. A su lado se encuentra el cartel desgarrado que deja entrever un automóvil blanco, y algo más allá la gran fotografía de una playa idílica que también va oscureciéndose. ***Espíritu***MEDITERRÁNEO. Al otro lado de la rotonda, entre

dos luces, empieza a destacar el neón verde de la gasolinera. Automóviles, hombres que cruzan entre los surtidores, ya situados en otro tiempo, en un universo en el que el hallazgo de un moribundo en el descampado vecino solo es un rumor que se va deshaciendo, mutando, disolviéndose como el día mismo.

Solo el calor persiste. Renovado, terco, reacio a retirarse con la luz y el sol. Farolas que parpadean, personas que abandonan las casas en busca de un frescor que no llega. Sonámbulos, gente a la deriva. El padre Sebastián ha salido de la ducha. Humilde pileta de medio metro cuadrado, baño reducido forrado de azulejos de un amarillo pálido, algunos cuarteados. Con una toalla liada a la cintura ha cruzado la salita y se ha asomado a la ventana.

El suyo también es un barrio lento, sin ninguna vegetación y demasiado asfalto, demasiado cemento, demasiada gente amontonada. Sí, gente a la deriva, y gente salvándose, piensa. Y también piensa en Belita, en las joyas y en el marido de Belita. Yo también siento cómo a veces camino a oscuras y soy uno de los que van a la deriva, mis hermanos. Aprendiendo a no juzgar. Solo en el seminario creyó estar asentado, fijo, integrado en los engranajes del mundo. Luego todo es dispersión. Sobre la mesa ve el sobre con el dinero. La bolsa de terciopelo burdeos con las joyas dentro. Ni siquiera le ha deshecho el lazo que le sirve de cierre, convencido de que el marido o cualquier otro familiar de esa pobre loca aparecería para reclamarlo.

Sus pies descalzos en las baldosas jaspeadas. Apenas seis pasos hasta el dormitorio. La cama deshecha. En la habitación todavía se nota la presencia de Lorena. Ya ni recuerda qué excusa le dio al marido de Belita para retrasar la hora de la cita al saber que Lorena iba a tener un rato libre y podría ir a verlo. Las sábanas con los pliegues marcados. La imagen de la espalda desnuda y bronceada de Lorena, tumbada boca abajo, las nalgas, el triángulo pálido dejado por la marca del biquini y el pelo derramado sobre la mejilla. El padre Sebastián acerca la cara a la sábana, y no encuentra ningún olor.

Habitaciones interiores ya ganadas por la penumbra, pasos. La Penca se adormila en su habitación. Son los pasos de su padre, la luz del pasillo que entra en su dormitorio como un perro dócil. Oye la voz rota del padre hablando con el Yubri. No entiende lo que dicen. El cacareo del padre y los susurros de su hermano. El hermano mete en una bolsa de plástico su equipaje. La ropa que se llevará a la cárcel. Tengo hambre, oye la Penca que dice su padre. Frigorífico, es la palabra que le entiende a su hermano. Y luego oye los pasos del padre que se acercan. A pesar del calor asfixiante, la Penca se cubre con la sábana las piernas desnudas, los hombros, entera. Cierra los ojos. Oye cómo su padre se detiene un

instante en la puerta del cuarto, su resuello ronco, intuye cómo la mira, un bulto blanco en lo hondo de la habitación, y cómo luego sigue su camino hacia la cocina, seguido por el repiqueteo de las uñas del perro en las baldosas.

La Penca imagina, ve, al perro abierto en canal, igual que los animales en el matadero cuando fue a ver a su padre. Abierto en canal pero con la cabeza intacta y hablando, hablando el perro como habla la Segueta, con esa voz que les ponían a las muñecas cuando la Penca era niña y jugaba ahí, en la calle. Jugaba a hacer comida con las hojas de los árboles y la grava de las obras. Antes casi de que el Yubri naciera. Cuando el Nene Olmedo llegó al barrio y le marcó a aquel niño sordomudo la palma de la mano con una navaja siguiendo la línea de la vida. Porque le molestaban sus gestos.

Aquí la noche se hace antes, en estas calles estrechas, en estos desfiladeros de ventanas, ropa tendida, hierros y antenas, donde el sol apenas toca el suelo media hora al día. Ahora comen. El Atleta, con el cuaderno apoyado en sus rodillas escribe una frase más: *Sé que con ella estaré muy lejos de aquí, muy lejos de mí*. Y la tacha. Cursi. Mira el reloj. Dentro de unos minutos irá a buscarla. Todavía hojea las páginas antiguas del cuaderno. Y lee.

DIARIO DEL ATLETA

La distancia. ¿Una defensa? La usé. No sé bien cuándo empecé a usarla. A poner distancia entre mí y el resto. Podría ser pesimismo, aceptar la derrota de antemano. Seguro de que no llegaría muy lejos intentando integrarme, de que era un camino sin salida. Arañar un cristal.

Mejor perderme dentro de mí mismo. Mejor andar todos esos caminos desconocidos que llevo dentro. Ir construyendo un mapa, orientándome. Hay regiones enteras en las que no he entrado. Edificios vacíos. Habitaciones con puertas entornadas. Esquinas.

El atletismo me ayudó a crear esa distancia. Correr. Esa soledad concentrada. Correr para no llegar a ninguna parte. Vueltas a un círculo. Para no llegar a ninguna parte ni siquiera como atleta. Correr. Solo correr. Alejándome de los demás y en el fondo sin moverme del mismo sitio. Eran los demás los que se alejaban, los que se movían.

Escribir también me hizo sentirme lejos de los demás. Solo cerca de mí mismo. Este diario. Todas esas historias que están dormidas en los circuitos de mi ordenador y en algunos cuadernos. El plástico que guarda mis emociones, los papeles. Escribir. Dar vueltas a otros círculos. ¿He ido a algún lado?

O pudo ser a consecuencia de la soberbia. No os necesito. Ninguno de los que me rodeáis me puede dar nada que no tenga. Ese fue un acto de inocencia. No, de ingenuidad. Inocencia no. Nunca fui inocente. Ingenuidad. Y ceguera. No prever lo largo que puede ser el camino (un mal maratoniano, errando en el cálculo de esfuerzos y distancias). Ni lo altos que pueden ser los muros creados por la soledad (y cómo se solidifican y luego ya es imposible derribarlos) (es mucho peor arañar esos muros de piedra que el cristal, el suelo lleno de uñas).

(*Sobre la no inocencia) Ni siquiera cuando era niño me sentí inocente. En ningún momento. Entonces menos que nunca. Escondía cosas, ocultaba mis sentimientos. Trataba de manipular. Me defendía, esa era la única cercanía que tenía con la inocencia. Que hacía las cosas en defensa propia. Mentir, callar, calcular. Espiaba.*

La causa no la sé. Pero sí sé que en algún momento de la adolescencia vi la distancia como una posibilidad, como un camino, y me pareció adecuado para mí. Un buen disfraz. De mi talla.

Los amigos que vinieron entonces, Sergio, Padín, el Mono, hablaban de mi serenidad, de mi calma. Solo era cálculo. Contener la lengua, dejar que ellos hablaran. No desgastarme (buen maratoniano). Otra vez el pesimismo, ¿para qué hablar? Los veía vaciarse. Hervir, burbujear, dispersarse. Yo seguía el camino contrario, me concentraba. Me iba haciendo más pequeño. Abarcaba menos espacio.

Algo peor que el pesimismo o que el cansancio, mucho peor. Resignación. ¿Eso se lo debo también a mi madre? Ella ha salido perdiendo de todos los sitios a los que ha entrado. Me ha contagiado, posiblemente. Palabras perdidas que se fueron metiendo bajo mi piel, entraron en mi sangre y se alojaron en las circunvoluciones de mi cerebro. Y ahí están. Emitidiendo mensajes, censurando lo que no les conviene. Segándome.

Mi madre se agarra a mí como la última esperanza. Ha decidido de antemano que yo no la voy a defraudar. Finge que me entiende. Cuando le demuestro que me molesta, disimula. Un día lloró sentada en el borde de la cama por algo que le dije. No recuerdo qué fue pero sí que se secó las lágrimas con un pico de las sábanas. Deshizo la cama para coger ese pico de tela y llevársela a la cara. Debía de estar completamente conmocionada para hacer

eso. Llorar. Deshacer la cama. Eso es lo que he visto, ese es el rincón más lejano del universo que han alcanzado mis ojos, como las gotas de lluvia, Orión y todo ese rollo de la película del replicante. Mi madre sentada en el borde de la cama y moviendo los hombros con un llanto silencioso. Un agujero negro.

Yo no dije nada. Pude contenerme. Seguir de pie. Mirarla de reojo. Por dentro notaba cómo todo mi esqueleto y mis vísceras se transformaban en un polvo fino, igual que el de los relojes de arena, cayendo hacia abajo, luego alguien dándome la vuelta.

La misma arena yendo de un lado a otro. Así fue hasta que encontré a Lucía. No hizo caso de mi distancia. Vio mi debilidad como algo casi cómico. Le enterneció ver a alguien desvalido al que los demás tomaban por demasiado fuerte. Un niño metido dentro de una armadura que apenas puede manejar. Piensan que domó al perro arisco. Le puso una pomada en las heridas, le atenuó el miedo, nada más. Fue más que suficiente.

Al principio me trastornó, aquel horizonte fuera de mi piel, aquella extensión sin murallas. Fue como si me hubieran sacado de mi raíl, como si anduviera a ciegas. En una habitación que conocía, pero a ciegas. Deslumbrado. Desacostumbrado. Y ahora sé que el mundo entero sería una enorme habitación a oscuras si ella desaparece. El miedo.

Ella arrinconó mis miedos, esos perros viejos y llagados. Al poder mirarlos a la luz los vi así, esqueléticos, con los colmillos romos, babeantes. Ridículos. Pero un miedo nuevo, voraz, grande y con muchas filas de colmillos afilados empezó a crecer en la sombra. Siempre hay sitio para las sombras. Siempre tengo un rincón preparado para ellas. El miedo a perderla. A que todo se detenga.

La luz no llegaría nunca al suelo de ese callejón. Las paredes se llenarían del moho que yo respiraría. Vigas oxidadas, huesos oxidados.

Necesito un golpe de suerte para librarme de todo. Para estar seguro de que esos que viven a su alrededor, los que trabajan con ella o en esos negocios cercanos, esa gente que va allí a comprar, los que desayunan juntos, los que la invitan y ella dice No, todos esos, ninguno de esos la haga mirarme de otro modo y recapacitar. A pensar lo que todos ellos piensan. Qué haces con ese. Por qué ese.

Nunca me he atrevido a decir en voz alta lo que sueño. Mi hermana me pregunta para qué esos libros amontonados que ya no me caben en la estantería. Para qué escribo. Para qué corro. Sus hermanas se lo preguntan a

mi madre. Me miran con conmiseración. Lucía se ríe. Sabe tratarlas. Les cae simpática y al mismo tiempo sospechan de ella. Imaginan que pronto me dejará. Seguro que lo han hablado entre ellas. Lo poco que yo puedo darle a nadie.

Cada día un milagro.

El Atleta cierra el cuaderno. Lo hará. Seguirá escribiendo y será una vacuna contra el miedo. Mira la hora en el reloj destartalado. Un reloj de cocina que su madre colocó en su dormitorio porque nadie en la casa se atrevió a perforar los azulejos de la cocina. Mejor vestirse y empezar a caminar hacia el supermercado. Esperar en la acera de enfrente la salida de Lucía. Acompañada por algunos de sus compañeros. Por el encargado, el Ricardo ese con su Audi, con sus miradas, con esa media sonrisa. También alguna vez acabará con eso.

Oscurece. La gente ha salido de sus casas recalentadas. Busca algún atisbo de frescor bajo los escuálidos árboles, alumbrados de naranja por una farola municipal. Hay sillas y butacas en las aceras, hombres con la camisa de manga corta abierta, oreando la tripa, niños que corretean y se persiguen, mujeres que hablan en voz baja. La calle Cruz Verde es un desfiladero inhóspito, una cicatriz larga a la que esa gente se empeña en darle vida. Raimundo Arias y Eduardo Chinarro caminan por el lado derecho de la calle. Una mujer gorda, con camiseta de tirantes ceñida, el pelo recogido en una raquítica coleta, llama a Eduardo.

—¡Eduardito, corazón!

Eduardo se vuelve, se le alegra la cara.

—¡Remedios! Qué alegría de verte, Remedios.

La mujer ha abandonado el grupo con el que estaba y se abraza a Eduardo.

—¿Que cómo es que estás tú aquí Remedios? Qué alegría de verte, Remedios.

—Que he venido a casa de mi sobrina, que tenía al niño malo —señala con la barbilla el corro de mujeres sentadas en sillas de playa.

—Ah, bueno. ¿Y tu hija cómo está? ¿Cómo está la Merceditas?

La mujer saca una sonrisa lastimera.

—Ella con lo suyo, ya sabes tú.

—La depresión.

—Sus cosas.

—Hasta que se ponga buena un día.

—Le había dicho que viniera conmigo a ver a su prima pero qué va. No sale de las cuatro calles del barrio, pero ay hijo, Eduardito, ¿tú cómo estás corazón?

Te veo así como estropeado, ¿no? O será el día de calor.

—Eso, que no veas el día que llevamos, aquí el Rai y yo. Este es mi amigo Raimundo y ella era vecina de mi madre.

Rai hace una mueca de asentimiento. Apoya la base de la guitarra en el suelo y espera que Eduardo acabe pronto con el rollo.

—Yo era más una hermana que una vecina para tu madre Eduardito.

—Eso sí es verdad, Remedios, me acuerdo yo mucho de todo eso.

—Y tu madre conmigo más que una hermana, ni mi madre se comportó conmigo como tu madre.

—Era, mi madre era muy buena, yo me he dado cuenta aluego.

—No veas qué marrón —murmura Raimundo.

—¿Lo qué? —le pregunta desafiante Remedios.

—El calor que hace para estar aquí parado. Me se van a derretir los pies.

—Pues ponte a circular a ver si coges fresco.

Raimundo mira a la mujer con los ojos muy juntos, Eduardo no hace caso y sigue:

—Me acuerdo cuando tú no tenías tele…

—Me la tiró mi marido por el hueco de la escalera, mala muerte tuvo el indeseable —escupe a un lado, el Rai aparta el pie aunque la saliva iba lejos— que se la ganó a pulso, y antes la fuera tenido.

—Sí, no veas cómo era el Lucas. Y cuando mamaba mucho peor.

—Siempre era peor él, cuando llegaba mareado era por eso y si no se estaba rumiando a ver qué idea de chino se le ocurría. No estuviera en el infierno —vuelve a escupir la señora, el Rai ya no aparta el pie.

—Me acuerdo de ver tu ropa volando por la ventana también, pero cuando tú no tenías tele…

—Mi ropa y las cosas del colegio de Merceditas, todo, los libros, las libretas, y hasta el babero, venga, todo lo tiraba por la ventana, todo a tomar por culo, para la calle, hijo de la gran puta.

—Sería por no tirarse él, a lo mejor —apunta en voz baja pero queriendo ser oído Raimundo.

—¿A tu amigo el gracioso qué leche le pasa? Porque la hija de mi madre aguantó al Lucas pero ya no aguanta a nadie más.

—¿Qué le pasa ni le va a pasar? El día que llevamos, Remedios. Pero mira que te diga, me acuerdo de entonces, de lo de la tele. Me acuerdo —se dirige

ahora a Raimundo— fíjate Rai, me acuerdo que Remedios venía a mi casa a ver las corridas de toros por la tele.

—Ay es verdad —se palmea los muslos Remedios—, pero no cuentes eso, chiquillo, ay qué risa.

—Le gustaban mucho los toros pero como le daba miedo pensar que podían coger al torero se ponía unas gafas de sol así de grandes, allí delante del televisor.

—Natural, así se veía todo mucho peor.

—Y dando unos repullos y poniéndote de pie, que parecía que la que toreaba eras tú, y la Merceditas me acuerdo que llorando y diciendo qué pasa mamá, qué risa. Y tú santiguándote y diciéndole al picador Pero hombre pínchale hasta sacarle el palo por el culo pínchale más que ahora va el bicho para esa criatura. Eso decías, eso decía, Rai.

—Qué gracioso —dice Rai con cara de sepultura.

Un niño gordo, de unos ocho años y ataviado con una camiseta a la sisa de color amarillo limón se acerca al grupo. Lleva el pelo rapado hasta la altura de las sienes y una especie de cresta mohicana con algunas mechas tintadas de rubio anaranjado.

—Tita, que dice mi madre que me lleves arriba.

Se vuelve Remedios al grupo de mujeres:

—¡Que estoy un momento hablando con mi Eduardito, coño! No puede una distraerse. ¿Y tú no puedes mover el pandero y subir a tu hijo?

Una de las mujeres le responde algo que ni el Rai ni Eduardito logran entender.

—¡Anda sí! Tú sigue fumando eso que verás qué bien se te van a poner los nervios.

—Llévame tita —el niño junta las rodillas y contorsiona un poco el tronco, mira a Remedios con cara lastimera.

—¡Sí, anda sí! A ver si te lo haces encima cacho fiera. Bueno, Eduardito, corazón, que me voy a llevar a este. ¿Y tú por aquí qué haces, a qué has venido?

—A ver a una amiga de aquí del Rai, Remedios. Y aluego nos vamos.

—¿A la Pasoslargos la ves?

—¿A la Pasoslargos? No. Se le mató el Boris con el amoto ¿no?

—Se echó al tren.

—¿Con el amoto?

—Tita —se queja el gordo.

—Ya, espera. Se echó al tren.

—¿Con el amoto? A mí me dijeron —Eduardo se rasca la cabeza—, me dijeron que fue que se mató con el amoto.

—No sé yo si con el amoto pero se echó al tren porque me lo dijo la hermana de la Pasoslargos.

—¿Vas a llevar al niño? Se lo va a hacer encima —le recuerda a Remedios su sobrina.

—¡Que sí! ¡Que si se aguanta no le va a pasar nada, joder con el niño y con la madre del niño! Para lo que ha quedado una. Bueno, Eduardito, me voy para arriba.

Se abrazan Remedios y Eduardo. La mujer se da media vuelta y vuelve a dirigirse a su sobrina:

—¡Y ya podías haber enseñado al niño a hacer sus cosas solo! Con la edad que tiene. Por tu pachorra. Venga niño, vamos —lo coge de la mano, el gordo se bambolea al lado de su tía abuela, que sin dejar de andar, se vuelve a dirigir a Eduardito—. Lo que yo quería a tu madre, Eduardito, y ella a mí. No te metas en cosas malas Eduardito, corazón.

Raimundo Arias, levanta al fin la guitarra del suelo y se la echa al hombro al tiempo que dice, La tía perra, no iba a parar nunca.

—Qué dices, Rai, tú no la conoces no sabes lo buena que ha sido conmigo.

—Sí, y tu madre con ella, y ella con tu madre, que erais la casa de la pradera de Carranque, de eso ya me he enterado, no veas lo bien que me he enterado colega.

Y ya con las sombras forrando de moho los rincones y las entradas de los portales, Rai y Eduardo toman la calle Melgarejos, corta y empinada. Descienden en dirección a la arboleda de la plaza Miguel de los Reyes, la calle huele a lejía sucia. Camina meditabundo Eduardo, un par de pasos por detrás de Rai, que anda con una cierta urgencia, más nervioso que rápido. La guitarra sacudida sobre su hombro casi como una maraca.

Y es allí, bajo los árboles adormilados de la plaza, donde el Rai se encuentra con su proveedora. Una anciana menuda, de apenas metro y medio de estatura, con delantal, bata de estampado gris y un niño de seis o siete años pegado a su costado. Jardín de la infancia podría titularse esta parte.

—Antoñito qué haces —le pregunta Eduardo.

—Con mi abuela —dice el niño cogiéndose de un puñado al delantal de la

mujer.

Ojos grandes, cuerpo tan frágil y menudo como el de su abuela. El niño mira de reojo a un lado y a otro.

—¿Te gusta el fútbol, Antoñito? —pregunta Eduardo.

Niega con cara de desagrado el niño, cansado de una pregunta que debe de ser recurrente por parte de Eduardo.

Discuten entre susurros la abuela y Raimundo. Hablan de deudas y promesas de pago. Rai menciona que esa mañana ha tenido que tirar lo que llevaba en el retrete de una gasolinera.

—Porque me encontré un muerto en mitad del campo. ¿Es verdad o no Eduardo?

—Sí, es verdad, señora Juana. Uno que el Rai no conocía de nada.

—Y estaba todo lleno de policías. Un pasón. Yo qué sé de lo que se había muerto el menda.

El niño mira a uno y a otro.

—¿Y la playa, te gusta la playa, Antoñito?

—Que no.

—¿No? Con el calor que hace, ¿no te gusta ir a la playa y darte un chapuzón y hacer hoyos en la arena?

El niño mira fijamente a Eduardo, aferrado al delantal de su abuela, que vuelve a discutir con Raimundo entre susurros.

—¿Quieres que te cante?

—No.

—¿No? Una canción muy bonita de un niño que fue a la luna en un cohete de goma.

—No.

—¿Y la guitarra? ¿Quieres tocar la guitarra?

Mira el niño la guitarra de Raimundo, apoyada en el suelo y hace un gesto seco, afirmativo.

Eduardo va a acercarse a Rai para cogerle la guitarra, pero, justo en ese momento, la abuela del niño y el compañero de Eduardo llegan a un acuerdo y la anciana le entrega una pequeña bolsa. Rai la abre mira, cuenta, y dice, Tú ya sabes que soy legal y que no te vas a de arrepentir Juana.

—Mejor, porque si me arrepiento con quien hablas es con el Gregorio —dice la anciana con su voz de pito.

Y nada más pronunciar la última palabra ya ha empezado a caminar en dirección a Lagunillas. El niño agarrado a su delantal. Eduardo los sigue con la vista hasta que el niño y su abuela doblan la esquina.

—No veas qué marrón, la tía esta qué dura es. Vamos para Capuchinos —Rai se echa la guitarra al hombro.

—Qué va, Rai, yo me parece que hoy ya no hago nada más.

—Qué dices, vamos a casa del Monegro y aluego hacemos otra ronda.

—Qué va, Rai, yo ya tengo mucho cansancio en los huesos. Será el calor.

—Venga, vamos —Rai empieza a subir la cuesta.

Eduardo se queda mirando la figura alargada y angulosa. Mira la esquina contraria, por donde han desaparecido el niño y su abuela. Una farola parpadea en la esquina y saca sombras alocadas entre los árboles. Eduardo resopla y empieza a caminar.

—Rai, espera, Rai.

293 Km/h. El tren es un gusano de luz. Al otro lado de las ventanillas han desaparecido los reflejos morados, las nubes oscuras y solitarias flotando en el cielo como pesados aerostatos. Paisaje negro. Las ventanillas convertidas en espejos. Céspedes se ve ahí retratado. Le gustaría burlarse de sí mismo en voz alta, increparse. Se perdona. Lo deja correr.

Bajo su mentón, apoyada en su pecho, está la cabeza de Carole. Dormita. Huele su cuero cabelludo. Polen perfumado. Quiere otro whisky. En Atocha ha tomado dos más. Mientras Carole lo miraba con indiferencia, ¿con desprecio?

En el vidrio, Céspedes observa el movimiento ocular de Carole. Sueña. Su mirada se encuentra en el cristal con la del pasajero que tiene enfrente. Viajan en asientos encontrados. El pasajero retira la vista. Céspedes lo mira directamente, ya no a través del cristal. El hombre hace una mueca que puede ser un esbozo de sonrisa, de complicidad. Un elogio por llevar Céspedes dormida sobre él una mujer como Carole. La chica tiene los botones superiores de la blusa desabrochados, se le ve casi la mitad de los pechos. Céspedes entorna los ojos y murmura, Pogue mahone.

Entraron en el vagón cuando el tren ya estaba en marcha. Habían subido tres coches más atrás y al llegar a su asiento este viajero lo había ocupado. Pidió disculpas, Céspedes tropezó, casi se derrumbó encima de él, se le cayó la bolsa de plástico en la que llevaba el traje que se había comprado unas horas antes. No disimulaba la borrachera. Quería provocar a Carole, que estallase de una vez. Céspedes le dijo al hombre —un tipo de unos cuarenta años, chaqueta de verano

colgada del gancho de la ventanilla, viaje de trabajo— que había llevado a su sobrina de compras. Carole observaba las construcciones industriales, los edificios alargados, los primeros eriales, las sombras moradas de las torres eléctricas estirándose sobre los campos desnudos.

Céspedes le preguntó al hombre si tendría amigos de la edad de su sobrina, Necesita amigos, gente de su edad que la comprenda. Carole le dijo al viajero, Sí, a ver si me buscas a alguien porque mi tío es un muermo. El hombre sonreía, contestaba con evasivas, miraba a Carole, la sopesaba. Céspedes se sentía en el alero de un edificio. «Cobarde para saltar, cobarde para entrar al interior y comportarme con serenidad. Aquí, en el borde, haciendo el ridículo, sabiendo que mañana o pasado volveré a hacer los deberes. Soy el chico de los recados, y mañana recogeré y pagaré los trozos de todo lo que hoy haya roto.»

Suena el teléfono en el bolso de Carole. Despega la cabeza del pecho de Céspedes. Adormilada, bucea en el bolso. Rescata el teléfono. Mira la pantalla fijamente. Aspira y desliza el dedo para descolgar.

—Dime.

—

—En el tren. Sí, en un tren.

—

—Qué más da. Sola. ¿Te pregunto yo a ti?

—

—No, te dije que no lo sabía.

Los ojos de Céspedes se cruzan con los de Carole en el vidrio de la ventanilla. Ella le mantiene la mirada.

—Tu n’aimes pas ça? Qu’est-ce que tu n’aimes pas?

—

—Oui, peut-être oui, demain aussi.

—

—Tu peux y résister.

—¿Un pajarito enamorado? —Céspedes fuerza una sonrisa, Carole lo mira fugazmente—. No me habías hablado de eso.

—Personne. Le train. Je n’aime pas quand les trains s’arrêtent.

—¿Eres un pajarito enamorado? —Céspedes ha acercado su cara al teléfono de Carole, a su boca—. Un petit oiseau?

Carole baja el teléfono, lo pone contra el asiento. Le brillan los ojos:

—¿Qué haces?

Céspedes se arrepiente. Pide perdón alzando una mano. Carole vuelve a hablarle al teléfono:

—Oui, non, pas de tout.

—Está muy poco amigable —Céspedes le habla al viajero que tienen enfrente—. A las francesas les pasa eso. De pronto se vuelven ariscas.

—Ça vaut la peine de risquer le coup.

—

«Otro huérfano, otro tipo perdido, le estará pidiendo un día de gracia, una oportunidad, a saber.»

—Ah, si tu veux, mon ami, mais tu sais, la géographie et moi… —Carole trata de ser irónica, pero no acaba de conseguirlo, la voz está a punto de quebrársele—: Ça m'a fait mal moi aussi. M'a fait mal. Beaucoup.

Carole se queda con el teléfono pegado a la oreja. Céspedes no sabe si han colgado al otro lado o si le hablan y ella da por finalizada la conversación. Se retira el teléfono de la cara. Lo cierra. Mira la oscuridad que pasa por la ventanilla, esa negrura que huye a trescientos kilómetros por hora. En el cristal Céspedes ve el brillo de los ojos.

—¿Todo bien? —le pregunta.

—Estáis todos paranoicos. Los tíos —Carole trata de volver al terreno de la ironía.

—¿Y tú cómo estás?

—¿Yo? ¿No lo sabes?

—Creo que no demasiado bien, aunque con tu forma de dosificarme la información sobre ti solo puedo intuir cosas, así que no lo sé Carole. No sé cómo estás.

—Y tú, ¿cómo crees que estoy? —Carole le pregunta al viajero que tienen enfrente.

—Muy bien, me parece a mí. Pero lo otro tú lo sabes, por dentro digo.

—Por fuera la ves bien ¿no? —le pregunta Céspedes, que mira el escote de Carole, la blusa entreabierta.

Sonríe, se encoge de hombros el viajero, mira a los ojos a Carole, que le aguanta la mirada.

—No sé, es cosa de ustedes.

—Es cosa nuestra —Céspedes susurra al oído de Carole, los labios rozándole

la oreja. Ella no se retira. Céspedes puede ver el inicio de una areola, el peso de un pecho «Por qué no», se dice a sí mismo como a sí mismo se dice que no debería haber bebido tanto, porque el whisky le empasta la boca y el pensamiento—. Ya ves, eres tierra ignota, un misterio.

—¿Eso es lo que tienes que decir? Tanto dar vueltas, tanto querer ir al fondo de todo, un día viajando hacia la verdad y al final no dices nada, Céspedes, el pequeño y caprichoso Céspedes. Así sois.

—No me metas en ningún club. Bastante tengo con ver mi barco hundirse.

—Autocompasión, automplacencia. Anoche cuando te vi y empezaste a hablarme me dije, bueno al menos uno que no es cobarde.

—Y ahora piensas que te equivocaste.

—Ahora, como tú, no lo sé.

Céspedes se queda mirándola a los ojos. Esa tristeza. «Hermana indefensa, bienvenida al reino de los desventurados aunque tú tengas visado de salida.» Y sin saber por qué deja brotar las palabras que se ha estado guardando todo el día:

—Sabes que no volveremos a vernos, ¿verdad?

—¿Te vas a poner sensible?

—Sí, ya estoy muy sensible, Carole.

Carole mira el cristal, ve el reflejo de su cara en medio de la oscuridad. Aparta la vista de la ventana, mira la entrepierna de Céspedes.

—Ya, cómo no. Te refieres a otro tipo de sensibilidad.

—Todas las sensibilidades. Esa y todas. Eres consciente de todo el poder que tienes. Lo vas a disfrutar durante muchos años.

—No te da para más ser un caballero ¿no? Hasta aquí has llegado. ¿Es lo que quieres decir?

—No sé lo que iba a ganar, además que a lo mejor te ofende que lo sea. Una ofensa a tu belleza.

—Claro, te estoy provocando, ¿no? Me pone provocarte, ¿verdad?

—Nos podemos ahorrar los sermones —Céspedes roza la oreja de Carole al susurrarle. Se la besa.

—Lo tenías en la cabeza desde que me viste anoche. Dime, por curiosidad sobre el género humano, ¿no has pensado en otra cosa desde entonces, no has tenido otra idea en la cabeza?

—He tenido por lo menos tres ideas más.

Carole sigue mirándolo, no da la respuesta por válida. Céspedes obedece, le

responde:

—Lo tengo ahora en la cabeza. Olvídate de anoche, de esta mañana y de todo, diez minutos —Céspedes le besa el lóbulo de la oreja.

—Diez minutos. Un polvo rápido, ¿eso es lo que quieres?

Céspedes retira la cabeza, mira a los ojos a Carole, siente sobre ellos el peso de la mirada del viajero, gira la cabeza hacia él, el hombre aparta la vista.

—Quiero lo que tú quieras. Lo que me quieras dar. Es así. Ahora es así.

—Mendigo. ¿No sabes hacerlo peor?

—No. No me importa perder la dignidad que me queda. No se me ocurre un mejor modo de gastarla te lo aseguro.

Céspedes se acerca, besa los labios de Carole. Ella se deja besar. Unos segundos. Lo mira a los ojos. Se retira despacio. Mira la ventanilla, se ve a sí misma y a Céspedes allí reflejados, al viajero que los observa con disimulo. Carole tiene la mandíbula apretada. Podría empezar a llorar o a reírse.

No hace ninguna de las dos cosas. Sin variar la expresión se levanta. Sale de su asiento, rozando con sus nalgas el pecho de Céspedes. Automáticamente se abre la puerta de vidrio del vagón. Sale Carole a la plataforma. Céspedes se levanta, pisa la bolsa en la que lleva metido el traje que se compró hace unas horas, pierde el equilibrio, está a punto de caer sobre el otro viajero, recupera la estabilidad. Sale a la plataforma.

Carole ha entrado en el cubículo del baño. La luz indica que no ha echado el pestillo. Céspedes se ve reflejado en el cristal de la puerta del tren, ojeroso, fatigado, la camisa hawaiana arrugada, las bermudas «Los últimos disparos del cazador».

Abre la puerta del baño. Carole está apoyada en el minúsculo lavabo. Entran en un túnel, las paredes del tren parece que se comprimen violentamente, se vuelven a dilatar. Céspedes cierra la puerta tras de sí, echa el pestillo y la intensidad de la luz aumenta un poco. Céspedes, pegado a Carole, va a besarla, ella aparta la cara y susurra No. Sácatela. Céspedes ve sus ojos en el espejo que hay sobre el lavabo metálico, la melena de Carole, sus hombros, su espalda. Sabe que se está equivocando. Pero a sí mismo se dice que ya nada importa. No es dueño de nada.

Se abre la cremallera de las bermudas. Tiene los ojos de Carole cerca de los suyos. Ella mueve el brazo, Céspedes nota los dedos finos de la mujer cogiendo su miembro, casi erecto. Una temperatura dulce, una promesa. Carole mueve la mano despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos. Céspedes va a decirle Déjalo,

pero solo alcanza a despegar los labios. Carole se agacha, se sienta en el retrete, atrae a Céspedes hacia ella. «No era esto, se lo podría jurar. No tocarla, no contaminarla con mi vida, que fuese una isla, es lo que quería.» Entorna los ojos, recuerda la figura de Carole la madrugada anterior, su perfil, sola en el jardín, y ya no sabe si salida de la memoria o de la imaginación, de la turbiedad del alcohol, la ve bajo la sombra de aquellos grandes árboles, también con un teléfono en la mano y unas lágrimas en las mejillas.

La humedad, la saliva, el calor mojado de la lengua «Dos animales llenos de sangre, dejarlo, sí, parar, solo un poco más y parar». Céspedes no quiere mirar hacia abajo, apenas distingue la melena de Carole haciendo un movimiento rítmico, se siente zarandeado por la velocidad, el tren lo recorre por dentro, lo desmiembra, la velocidad entra y sale de su cuerpo, alguien gira el pomo de la puerta, intenta entrar, desiste, otro túnel, otro zumbido y otra expansión, Carole combina lengua y labios, se aplica, traga, lame, succiona, «Quiere hacer un trabajo de experta, pobre chica, un diploma en mamadas, qué desastre, qué locura, todavía, cuándo seré adulto, solo cuando deje de levantárseme, la condena» Céspedes entierra los dedos en forma de rastrillo en la melena de la chica, la otra mano baja hasta el escote, recuerda la imagen del pecho cansado, el asomo de la areola, la piel tan suave, seda, nota el pezón entre las yemas de los dedos, pequeño, un animal que será de color rosa, puede eyacular, ahora sí, pero abre los ojos y vuelve a ver el movimiento mecánico de la cabeza, la aplicación voluntariosa, esa artesanía sexual gracias a la que algunos jóvenes le habrán dicho Nunca me la han chupado así. Ese orgullo. Y a Céspedes lo inunda una nueva ola de tristeza, la noche ahí afuera, esos campos comidos por la negrura, esas casas abandonadas en medio de los páramos, y ellos en ese cubículo de plástico, lanzados a trescientos kilómetros por hora hacia el absurdo.

No, definitivamente no era eso lo que quería, ahora lo sabe, y sabe que si eyacula en la cara o en la boca de ella aún será peor, mucho peor. Depresión, vacío. Enfrentado a la nada. A su propia y profunda miseria. Sí, mejor resistir la tentación, mejor no rememorar de nuevo la imagen del escote, el pecho dormido, la pincelada de color crema anunciando el pezón, mejor acabar con este malentendido, el malentendido que él provocó la madrugada anterior cuando se acercó a esa mujer y que ha mantenido a lo largo del día, queriendo ignorar la realidad, saltarla, burlarse de ella, un ejercicio inútil. Ni siquiera narcisista, ni siquiera placentero. La constatación del vacío, solo eso.

No.

Eso es lo que dice al abrir los ojos, volviendo de otro mundo, No. Y se

encuentra con los ojos nublados de Carole, brillantes, lacrimosos.

Todo parece cobrar un nuevo sentido. Como si despertaran de un sueño. Carole sentada en la taza del retrete metálico, Céspedes zarandeado por la velocidad, agarrado a las paredes, su camisa hawaiana, el sexo erecto, las lágrimas en los ojos de Carole. «Pero qué es esto.» Se ven desde fuera. Y Céspedes sabe que ya todo está roto para siempre. Que el personaje que ha estado fabricando ante esa mujer a lo largo de las últimas quince o veinte horas ya es un espantapájaros, un saco relleno de paja, «Me asoma el relleno por todas las costuras, se acaba el camino». Y que el personaje de ella también ha llegado al límite de su actuación.

Céspedes se retira en la medida que permite la estrechez del compartimento. Se da un golpe en la nuca con un saliente. Se apresura a guardar su miembro, convertido en la prueba de tanta estupidez. Se cierra el pantalón y quiere hablar. Pero solo dice el nombre de la mujer, Carole. ¿Adónde ha ido a parar el tipo seguro, el irónico, el culto, el tiburón de los negocios y de la vida? Carole, escucha, dice Céspedes.

Carole se ha puesto de pie. Tiene la mirada perdida y muestra los dientes inferiores, como si obedeciera la orden de un médico. Lentamente, niega con la cabeza. Levanta una ceja. Esa belleza.

Céspedes hace un intento fallido con la ironía. ¿Vamos? Nos estará echando de menos el del asiento de enfrente. Carole alza el brazo, se echa atrás la melena, y el reloj prendido en su muñeca, se convierte en el centro del cubículo. Céspedes intuye lo que va a ocurrir.

Carole se coloca el brazo en el pecho, como en cabestrillo, y se desabrocha el reloj. Coge la correa por un extremo, con dos dedos. La velocidad lo balancea.

—Tómalo.

Céspedes niega con la cabeza.

—¿No lo quieres? —pregunta Carole.

Céspedes niega con la cabeza y luego, con una sonrisa, dice en voz baja:

—No. Es tuyo —se encoge de hombros, tiene una sonrisa desdibujada en la cara, aparta la vista al retrete metálico.

Carole se gira, levanta la tapa. Mira de reojo a Céspedes, que mantiene su sonrisa, ahora un poco más abierta, más parecida a una verdadera sonrisa, y abre la pinza de los dedos. El reloj cae, se queda enroscado en el reducido fondo metálico, parece una lagartija negra allí abajo, con sus brillos, respirando. Carole pulsa un botón en la pared. Un chorro de líquido azul, acompañado de un sonido

brusco, sale a presión y se derrama sobre el reloj antes de ser tragado por las tripas del tren, que de nuevo entra en un túnel y parece que sus paredes se van a contraer, a plegarse unas contra otras.

Es la noche primera. Todavía hay en poniente un resplandor verdoso flotando en el cielo, una luz pálida que arde detrás del horizonte y que se niega a extinguirse. Del mar llega una brisa fresca y un bullicio expansivo se arremolina en las apretadas terrazas del paseo marítimo del Pedregal. Una belleza de cristales rotos. Cena, bebe, respira, ríe y se esponja la gente, satisfecha de haber salvado ese día asfixiante y tórrido. Hijos de esta tierra y de este mar, saben que la noche es una promesa y una liberación.

Guille camina unos pasos por detrás de Cabello y la Lori. Pueden estar hablando de él. Loberas va a su lado, choca con su hombro, el muy imbécil no puede mantener la línea recta. Detrás van Juno con su traje y corbata fúnebres, Isidro y el Tuli. Y de allí llega el silbido que los detiene a todos. La confusión. Se preguntan unos a otros qué pasa. Vamos a La Chancla, Por qué os paráis, Es el Tuli, que dice que esperemos. Guille siente ganas de vomitar. Forman un corro a su espalda. Loberas sale de él riéndose, doblado de la risa, diciendo No hay huevos. Empuja a Guille.

Unas viejas. Qué, pregunta Guille. Unas viejas, esas de ahí. Guille ve a tres mujeres mayores sentadas en la heladería Cremades. No entiende. Le gustaría saltar el pequeño muro que los separa de la playa, adentrarse en la arena y tumbarse cerca de la orilla. Despertarse dentro de dos o cuatro meses. Cuando todo haya pasado, cuando haya acabado definitivamente este día que durará, lo sabe, mucho más de veinticuatro horas.

¡Lori! ¡Lori!, el gilipollas del Isidro ese llama a la chica, que sigue hablando con Cabello muy seriamente, como si no hubieran fumado ni bebido. Ven, Lori que tú das el pego. Ven, que el Tuli te va a invitar a un helado.

Se acerca Cabello a Guille. ¿Estás bien?, le pregunta. Sí, un poco así, pero bien. ¿No vas a ir a tu casa?, Cabello lo mira fijamente. Sí, sí, ahora, se excusa Guille, aparta la vista de los ojos oscuros y absorbentes de Cabello y mira a la Lori, que se está sentando con Isidro, Juno y el Tuli a una mesa de la heladería, cerca de las tres mujeres mayores. Está buena la Lori, dice Guille, sondeando a Cabello, indagando sobre lo que este puede saber acerca de lo ocurrido entre él y la chica en casa del Tuli. Cabello hace un leve gesto afirmativo. Tendrías que irte a tu casa, con tu madre, ¿no te parece? Y luego, mirando con desconfianza al grupo de sus amigos, se pregunta a sí mismo, ¿Qué rollo se traen estos? Y se

queda mirando cómo la Lori le pide fuego a una de las mujeres.

La van a cagar, dice Cabello. ¿Qué?, Guille no entiende, solo quiere escapar, salirse de su vida. Mejor vete a tu casa, yo me piro. Cabello se da la vuelta, comienza a andar paseo marítimo adelante.

Sí, dar tres pasos, cruzar al otro lado del pequeño muro, andar enterrando los pies en la arena y tumbarse allí, cerca del frescor, cerca del agua. Y luego ir a su casa, sí, llamar a su madre, echarse en su cama con el aire acondicionado. Esperar a que pase todo.

Y es entonces cuando se le acerca Loberas y le dice Vente, la vamos a liar, qué jefe, qué grande, el Tuli es la polla. Y así va Guille con Loberas y se sienta entre sus amigos, excitados. La Lori habla con una de las mujeres, se oyen músicas y gritos de niños, la noche emite bocanadas calientes que se llevan el aire fresco del mar, el teléfono vibra en el bolsillo de Guille, su madre, mejor no descolgar, sí, mejor no hacerlo, que vibre, ya se cansará. Y es así como la doctora Galán mantiene el oído pegado a su móvil. Su casa también es un hormiguero. Adónde ir, es la pregunta.

Los trenes rompen la noche. Desde la oscuridad, las figuras de las ventanillas parecen fantasmas, gente de otro tiempo viajando por otra dimensión. En la cámara frigorífica una hormiga sobrevive al frío y escarba atolondrada en la ingle del muerto, arranca con sus mandíbulas una escama de piel y se gira sobre sí misma, torpe y desfalleciente, sin saber dónde está su hormiguero. Adónde llevar su provisión para el invierno. En el oído interno de Dionisio Grandes Guimerá otra hormiga bucea y busca, ya sin brújula.

El Atleta baja las escaleras, no enciende las luces, atraviesa el portal estrecho y sale al calor de la calle. Alrededor de la farola que hay junto al portal revolotea un ballet de mosquitos y mariposas. Su abuela se ha quedado mirándolo al salir, oscilando la cabeza por el parkinson y la tristeza de ver a su nieto preferido salir a la deriva. Dile a Lucía que venga pronto, ha dicho, pero la puerta ya se ha cerrado dejando un eco sordo, un silencio que la anciana teme que se vea roto por la voz de su hija desde la cocina. Pero no ocurre nada. Sólo llegan las voces de los televisores encendidos en el bloque, los ruidos de la calle que entran por las ventanas, abiertas en busca de un frescor que no llega.

Cruz Verde arriba, Eduardo Chinarro camina a diez pasos de distancia de su compañero guitarrista. Allí la temperatura parece ir en aumento y las paredes y el asfalto repelen el calor que han absorbido a lo largo del día.

Mírame, le dice la Penca a su hermano antes de despedirse. Si me toca lo

mato, le confiesa en un susurro mirando de reojo al pasillo, por donde vaga la sombra de su padre. Y el Yubri mira al suelo, las baldosas jaspeadas y cuarteadas, el perro con sus ojos glaucos. Eso no va a pasar, dice el muchacho, ya no más, Penqui.

escribe Jorge en su teléfono y pulsa la flecha que envía el mensaje al Nene Olmedo. Se alejan a pie su primo Floren y Pedroche, marchan en paralelo a la explanada de tierra donde ya apenas quedan dos o tres automóviles aparcados. Sus voces se pierden en la oscuridad y Jorge escribe a su novia

Recibe una X del Nene Olmedo, un signo que él supone de aprobación, o tal vez de amenaza. De su novia no recibe nada. Ve las dos rayitas azules que indican que ella ha leído su mensaje, pero inmediatamente ha salido de la red.

Ahora la novia ni siquiera abre el mensaje y Jorge se queda a la orilla del descampado sin saber adónde ir. Siente que la noche está llena de grietas. Ya se han perdido a lo lejos las figuras de Floren y Pedroche. El cura baja las escaleras de su bloque. Se siente bien. Sí, no tiene por qué encerrarse en esos pensamientos oscuros que a cada tanto lo envuelven como una pegajosa tela de araña. Los milagros no existen pero la vida sigue siendo un tributo, el camino está abierto, y hay frutos en la orilla. El Sol Sale Para Todos, así se llamaba el ultramarinos de su barrio. Y así lo ordena Dios. Sale a la calle, ese bochorno, el aire recalentado, un vagabundo que lame las paredes. En la pequeña maleta de falsa piel lleva el dinero de esa pobre infeliz, la bolsa de terciopelo con sus joyas. Hay vidas mucho peores. La suya está llena de consuelos. Y hace el bien. Sí, al cabo hace el bien, módicamente. Un lugar a la diestra del Señor Dios. Un taburete.

La doctora Galán observa a su hermano. Emilio acompaña a la puerta al

pequeño grupo que han formado la madre de Trini, Asunción Arnedo y su marido, Montse, Carlos San Emeterio, el socio de Dioni en el despacho. Se despiden, antes de salir le lanzan nuevas miradas de afecto. Caras de conmiseración. Cuando crucen la verja saldrán a la vida. San Emeterio, afectado, vislumbrará en medio del dolor lo que puede ser el despacho con la ausencia de Dioni. Asunción y su marido, bajarán la cuesta agradecidos a la vida en este rincón del paraíso. La madre de Trini y Montse planearán la cena, retrasada por la desgracia, comentarán algo sobre la extraña muerte de Dioni y el drama de Ana, sobre el trastorno que ese día les ha causado la muerte, cómo cambia todo en un momento y sobre lo que harán mañana, la piscina, la playa, el aperitivo, acondicionándolo todo al funeral. Las grandes e imprescindibles nimiedades con las que se fabrican las vidas.

Julia le pregunta si quiere algo. La doctora Galán la mira distraídamente y le dice que no. Julia está de pie. Se le acerca, se agacha, hinca una rodilla en el sofá y le da un beso en la mejilla. Dice que se va. Mañana vendrá temprano. La doctora Galán dice sí a todo. Ve cómo su amiga cruza el salón. La oye hablar con Emilio cerca de la puerta. Preparativos de funeral. Emilia, en la terraza, mira desde el otro lado del ventanal, un pez en la pecera. Esta lentitud, este tiempo embarrancado, con todos los engranajes detenidos.

Sobre el mueble lacado las fotos parecen más mudas que nunca. ¿De verdad que eso es el resumen de una vida? Es imposible que todo sea tan ridículo. Un doble perfil de Ana y Dioni en Viena, viaje de novios, la noria del Prater al fondo. Ana y su madre cogidas del brazo caminando por una calle comercial. Paraguas, gabardinas, risas. Guille con un casco de motorista subido a hombros de su tío, Guille vestido con un kimono de judoka. Ana interviniendo en un congreso médico, la mirada inteligente por encima de las gafas, las manos apoyadas en el atril. Y esa otra foto en un marco de plata, esa foto que Dioni siempre quiso salvar de todas las quemas y todas las renovaciones. Él, con ocho o nueve años, delante de una ventana, asido con una mano a la reja y mirando con cara de pena al fotógrafo, seguramente su padre.

Sí, todo demasiado ridículo, piensa la doctora Galán. Mucho más parecido a una caricatura que al resumen de ninguna vida. Piensa en las fotos que faltan, las piezas de un puzzle que se han perdido y que dejan el paisaje incompleto. Lo que no está ahí expuesto y nunca vio la luz. Los huecos, los fantasmas, las ausencias que marcaron las vidas de todos ellos. Las aguas subterráneas. El andamiaje que sostiene el decorado.

Una foto para Vicente. Sí, debería haber una para él, el otro miembro de la

familia. Sin él, piensa la doctora Galán, es muy probable que hoy Dioni no estuviera muerto, que la existencia hubiese elegido otros caminos. Sabe que, después de aquel encuentro ocasional en su casa, Dioni siguió viéndolo. Sabe que fue alguien muy importante en la vida de su marido. Y se pregunta en qué consistió realmente esa importancia. Si de alguna forma aquel muchacho podía competir con ella en el mundo de los sentimientos o era solo una pulsión. Una atracción mucho mayor que la que Dioni sintió nunca por ella y mayor que la que podría sentir por ninguna mujer.

Una pulsión incontenible, absoluta. La plenitud del deseo. Pero ¿solo del deseo? ¿Hasta dónde llegaba ese amor? ¿Y de qué modo fue correspondido? ¿Ese chico llegó a querer de verdad a Dioni, cómo fue todo aquello que nunca quiso saber? Y que ya nunca sabrá. La verdad, o lo más parecido a la verdad, ahora está ahí, encerrada en un depósito de cadáveres, sobre una bandeja fría. Tan inaccesible como siempre lo estuvo. Igual de lejos.

Lo que Ana nunca sabrá

Sí, hubo un tiempo de dicha. Un tiempo en el que Dioni se desenvolvió en esa doble vida de una forma relajada, casi natural. Entregaba a su familia todo lo que cualquier otro hombre ejemplar pudiera hacer. Desvelo por su hijo, cariño a su mujer, educación, cuidados, estabilidad, atención, seguridad. Y al margen, sin que en apariencia perturbase lo más mínimo su entorno familiar, mantenía la relación paralela con Vicente. Al iniciar la relación con él, Dioni dejó atrás aquellos encuentros con chaperos, ese juego, a veces violento, con la autodestrucción.

El chico entendió que la discreción era un elemento fundamental. Y casi siempre cumplió con ese precepto. Ningún número en público, ninguna nueva visita a su casa, estuviera Ana o no en la ciudad. En muy contadas ocasiones apareció por su despacho. Solo lo hizo en momentos de ansiedad, amagos de ruptura o desesperación. Nada más que una vez lo hizo por motivos económicos. Dioni lo ayudaba en ese apartado. Nada establecido, nada regular, pero Vicente tenía caprichos y ni su falta de administración ni sus empleos inestables se los permitían. Dioni sí. Y también estaba allí para los momentos de apuro.

Vicente lo acompañó en algunos viajes de trabajo. Lo esperaba en la habitación contigua del hotel, cenaban en restaurantes apartados. Sabía darle a Dioni lo que necesitaba. Cariño, sexo, humor, desinhibición.

La deriva llegó de un modo natural. Primero como una confesión

intrascendente. Una mujer. Una chica demasiado joven. Por la que Vicente decía no sentir nada. Sí, eso sí, un poco de atracción, mezclada con más cosas, un poco de ternura, o: A lo mejor lo hago por recordar cómo era eso, cómo soy yo con una mujer, cómo soy ahora, llámalo como quieras tú que eres el dueño de las palabras, le dijo a Dioni. Y ante la preocupación de Dioni: Le diré que vamos a acabar, que hemos acabado. Y, con su mejor sonrisa preguntó, ¿Tranquilo? Palabra de Vicente.

La chica quedó embarazada. Empezó la montaña rusa emocional. Un trabajo de desgaste largo, maratoniano. La fortaleza de Dioni, o su amor, o su necesidad, acabaron por jugar en su contra. Si hubiera soltado amarras, si no hubiera soportado tantas frustraciones y desengaños habría sobrevivido. No está claro si fue demasiado fuerte o demasiado débil. Aquello duró años.

Primero fue el embarazo. El movimiento pendular de Vicente. El aborto inminente que se fue posponiendo. La compasión que Vicente sentía por la chica. Y por qué no, la posibilidad de ser padre, la ilusión de un hijo. No tenía por qué vivir necesariamente con la muchacha pero sí reconocer a su hijo, verlo algunas veces, que el niño supiera que era su padre. Por qué tenía que renunciar a eso. Dioni debía comprenderlo, él también tenía un hijo. No era distinto, Dioni no podía ampararse en ese argumento egoísta. ¿Distinto por qué, porque ahora el hijo va a ser mío y no tuyo? Tú ya lo tienes, tú lo tienes todo, deja que yo también tenga algo.

Insomnio. Escapadas de Dioni en solitario. Bares de ambiente en los que se sintió fuera de lugar. Una noche con un chapero. Sexo duro. El borde de un abismo al que renunció asomarse.

Nació el niño. La alegría de Vicente. Su emoción encontró una grieta en el pecho de Dioni. Se abrazaron, se querían por encima de cualquier circunstancia. Todo iba a ser diferente. Todo iba a ser posible. Dioni casi llegó a creerlo. Lo rozó. Aquel entusiasmo, aquella vitalidad de Vicente eran casi contagiosos.

En cierto modo, Vicente tuvo razón. Todo fue posible. Aunque en un sentido muy diferente al que se podía desprender de sus palabras. Poco después de nacer el niño se fue a vivir con la chica, Gema. Dioni la conoció. Vicente le había contado a Gema que tenía un amigo especial. Lo que Gema pudiera haber entendido sobre lo especial que era esa amistad, Dioni nunca lo supo. La chica era amable con él. Tenía motivos. Además de unas cuantas facturas colaterales, Dioni pagó los primeros meses de alquiler del piso al que se fue a vivir la nueva familia. Un apartamento cercano a la calle Bolivia. La proximidad del mar le parecía a Vicente un requisito indispensable para que el niño creciera sano. El

sol, la playa, los paseos. Así que Dioni apechugó. Desinteresadamente o muy interesadamente, ya saben cómo es eso.

Pero su generosidad económica, o su avaricia sentimental, no lo eximieron de sufrimiento. Ni probablemente tampoco a Vicente. Vinieron las primeras escapadas en serio de Dioni. Primero noches enteras, más adelante un día, dos días desaparecido. Empezando a cavar su zanja. Creció su gusto por lo sórdido. Tal vez vislumbrara que ese era el camino para librarse de todo. Absolutamente de todo. Una vía lenta y oscura. A su regreso traía huellas de esa oscuridad. Un moratón, arañazos en la espalda, desgarro anal.

Las lesiones íntimas no fueron conocidas por parte de Ana Galán. Las evidentes fueron justificadas por tropiezos o descuidos. Carne para la sospecha. Atisbo de una sima demasiado honda como para ser creíble. Vicente sí descubrió algunas de las que Dioni podía ocultar a su mujer.

Esas heridas convirtieron a Vicente de forma súbita en un hombre de buenas costumbres, en censor. Le señaló a Dioni la vida que no podía llevar, el modo y la celeridad con que debía acabar con todo aquello. Dioni tenía la munición preparada para responderle: Me has abandonado, me has dejado tirado por una putilla analfabeta y patética, no por un niño como dices sino por un coñito, el niño no te importa, nada te importa nada más que esa puta. La mano de Vicente aferrada al cuello de Dioni, el brazo poderoso y sin vello, tenso, una viga que lo aplastaba contra la pared. Pégame, encima pégame. El niño, tal vez tuviera entonces dos años, los miraba desde su corralito con los ojos muy abiertos, expectante, casi sonriente.

Pasearon por la playa. Los tres solos, Dioni, Vicente y Quilín. Gema había encontrado trabajo en una peluquería. Su especialidad eran las uñas, la manicura. Tuvieron una conversación de personas maduras. Gente que afronta los hechos sin resentimiento y sabe aceptar la vida como es, sin buscarle demasiadas vueltas. Al menos eso es lo que pretendió expresar el iluso de Vicente. Somos una familia, míralo así, le dijo sentado en el poyete del paseo marítimo de Pedregalejo mientras miraba la lejanía del horizonte y Quilín jugaba en la arena a unos metros de ellos. Somos una familia, Gema, Quilín, tú y yo. Tú, tu mujer y Guille sois otra familia pero tú también eres de esta. Gema te acepta, Quilín te quiere. ¿Gema me acepta? ¿Sabe que follamos, o mejor dicho, que follábamos? ¿Qué no podías vivir sin mí o que por lo menos es lo que me decías, sabe eso? Vicente negó levemente con la cabeza, no como respuesta a Dioni, sino desaprobando su actitud. Sabe lo que tiene que saber y te acepta, míralo así, Dioni, una familia, eso es lo que somos. Y dejó ir de su boca el humo del

cigarrillo mientras volvía a mirar el horizonte, igual que un actor dentro de una mala película.

Y Dioni pensó que sí, que tal vez el único equivocado era él mismo, que quizás Vicente había sido una mera fabulación, un espejismo que él había fabricado y alimentado para combatir su absoluta soledad. La red que le evitaba el horror al vacío. Pero ahí estaba el abismo. Y no había red. Y ahí estaba ese hombre que ahora le sonreía a su hijo y que tal vez no fuera otra cosa que eso, la pareja perfecta de una peluquera de barrio. Regenerándose a su modo, dejando atrás una juventud calavera y pretendiendo adoptarlo a él, a Dioni, como padrino de su ridícula familia.

No necesito ninguna familia, ya tengo la mía, te quiero a ti, tú sabrás lo que quieres. También Dioni se sintió a la altura de un mal melodrama al decir aquella frase, o una muy parecida, antes de marcharse.

En ciclismo se llama hacer la goma al momento en que un corredor empieza a perder contacto con el grupo que sube un puerto a buena marcha y vuelve a enlazar y a descolgarse en una sucesión de agónicos esfuerzos por mantener el contacto, con dolorosos cambios de ritmo. Es lo que le ocurrió a Dionisio Grandes Guimerá. Se descolgaba y volvía a conectar con Vicente. Solo que la ascensión a ese puerto de categoría especial duró años. Y Dioni no llegó a ninguna cumbre. Todo lo contrario.

Descenso. Sima. Disolverse en sí mismo. Nada parecido a la calma ni mucho menos a la paz. Eso es lo que vino. Si acaso, lo que Dioni buscaba tenía semejanza con el silencio, con el acallamiento de esas voces interiores que nunca dejaban de parlotear en todos los tonos posibles.

Hubo reconciliaciones, peleas, separaciones que amenazaban con ser definitivas. Una de aquellas veces, Gema, la peluquera especializada en manicura, fue a verlo a su despacho. No habló de nada que pudiera evidenciar su conocimiento de la relación entre Vicente y Dioni, pero sí fue muy clara al decirle que Vicente estaba hundido, que lo necesitaba, que, lo creyera o no, Dioni era muy importante para él. Eres quien le da la luz, dijo. Su Endesa, pensó Dioni. Gema le pidió por favor que fuese a verlo. Lo hizo. Fue la última reconciliación. Detrás de todo aquello había problemas económicos. De rodillas, Vicente le juró que no lo necesitaba por eso. Y que él no habría permitido nunca que Gema fuera a verlo. Ella no le dijo que la habían despedido de la peluquería, ni que estaban a punto de desahuciarlos. Una depresión se estaba cebando con Vicente, al menos ese fue el diagnóstico improvisado de Dioni.

Se fueron de viaje. Los cuatro. Vicente, Gema, Quilín y Dioni. Tres días en

un Parador. Un campo de golf, una playa, una piscina en la que Gema y Quilín pasaban casi todas las horas del día. El niño con un flotador en forma de cocodrilo, ella atiborrada de cócteles. Dioni descubrió que era alcohólica. Por eso la despidieron de la peluquería. Se llevó por delante medio dedo de una cliente al intentar quitarle un pellejo rebelde. Fue la última vez que Dioni y él tuvieron un encuentro sexual. A media mañana. Dioni sodomizó por primera vez a Vicente, mientras le decía puta, maricona, lindezas. Se regodeó en la humillación. Sometió a Vicente a su rol habitual. La verdad es que le supo a poco. Al lado de sus prácticas con los chaperos aquello era sexo blanco.

Dioni siempre recordó el último día en el Parador y el viaje de regreso en su coche como la escenificación de un tormento. Peluquera borracha, niño con cocodrilo, Vicente. En el Parador todo formaba parte del mismo magma. Las horas detenidas. Calculó los minutos que le quedaban para regresar a su casa. 1.560 desde el momento en que eyaculó en el recto de Vicente. Veintiséis horas. Cada hora con sus sesenta minutos y cada minuto con sus sesenta segundos. A partir del encuentro sexual —Vicente con la cabeza hundida bajo la almohada, su espalda olvidada de los músculos perfilados de años atrás, enrojecido por el sol, casi seboso— todo fue una agónica cuenta atrás. Para llegar a su casa. Al vacío.

Ana, Guille. La triste comedia. Lo que en la distancia se dibujaba como un refugio apenas sobrepasaba las condiciones de un viejo sanatorio para tuberculosos. Pulmones podridos, aire infectado. Montaña mágica sin cumbres despejadas ni otra filosofía que la del ocultamiento. Se descubrió a sí mismo observando a Ana de una forma inquisitiva. ¿De verdad ella nunca le iba a decir nada que tuviera que ver con la realidad, lo que sentía? Pregúntame. Pregúntame, aquí me tienes, abierto en canal para ti. Puedes mirar por cualquier escondrijo, hurgar donde y como quieras. Aunque sea por curiosidad, pregunta. Pero no. Ella es tan cobarde como yo. Esa era la cuestión. Y la quería. Y la compadecía. Y sentía unos profundos remordimientos.

La honda disforia poscoito que sintió en el Parador se convirtió en un pozo del que no pudo salir en no se sabe cuánto tiempo. No contestó a las llamadas de Vicente. Dioni aún podía ver su cara de desolación después de habérselo follado. ¿Le iba a preguntar ahora lo que entonces no se había atrevido a hacer? ¿El porqué de su conducta y del desprecio que le había demostrado, el deseo de humillarlo? Ya era mayor para comprenderlo.

Durante varios días, muchos días, Dioni volvió a casa temprano. Cenas con Ana y algunos conocidos. Un fin de semana en el campo con Ana, Guille y la

familia del doctor Quesada. Su mujer profesora de química, tan comprensiva con los seres humanos como con los elementos de la tabla periódica, entendiendo todas las reacciones. Su hijo, una especie de ingeniero informático de doce años, con todo el sentido del humor del mundo. Gente feliz. Sin llegar a equipararse a la familia Quesada, por un instante Dioni llegó a pensar que tal vez pudiera convertirse en un hombre de buenas costumbres. Que todo lo oscuro podía pertenecer al pasado. Eso elevó su ánimo y, al elevarse, su ánimo tuvo apetencias, necesidades. Comienzo de una nueva vuelta al círculo vicioso.

El descenso fue rápido. Ya no tenía el control emocional de Vicente. Desapariciones serias. Noches y días en los que no se supo dónde ni con quién estuvo. Regresos lastimosos. Sombríos. Hermetismo. Su socio y amigo Carlos San Emeterio le tendió todos los puentes posibles. Su mujer indefensa, a ratos alerta y a ratos huyendo de la realidad. Dioni había renunciado a cualquier posibilidad de cambiar de rumbo. Ya solo se trataba de hundirse lo más hondo y lo más rápido posible. Y lo consiguió. El camino, como saben, acabó en un descampado cercano a la avenida Ortega y Gasset. Al lado de un nido de voraces hormigas argentinas. Fin de la historia.

Fin de la historia, fin de los detalles que Ana Galán nunca sabrá. Nunca supo con exactitud de qué dimensión eran los sufrimientos ni los placeres de su marido, desde qué cumbres caía o cómo de insalubres y asfixiantes eran los pozos en los que se sumergía. Nunca conoció ni conocerá la existencia de aquella familia postiza que Vicente quiso ofrecer a su marido. Ni la de la peluquera Gema ni la del niño Quilín. Sobre eso, solo supo que su marido y Vicente, después de aquel día en el que los encontró en su casa, continuaron viéndose. Oyó el nombre de Vicente al final de alguna conversación telefónica, vio la letra V anotada en la agenda de su marido, sospechó e intuyó, ya vencida. Pudo comprobar personalmente la permanencia de esa relación. Todavía no había nacido el hijo de Vicente. Era la época en la que Dioni aún mantenía un cierto equilibrio entre sus dos vidas. Una tarde de invierno Ana llevó a Dioni al aeropuerto. Él viajaba a Ámsterdam por trabajo. Se despidieron. Cuando Ana estaba cerca de la salida descubrió que en su bolso llevaba las gafas de Dioni, cogidas apresuradamente mientras salían de su casa. Volvió sobre sus pasos, con un poco de suerte quizás podría alcanzar a su marido en la cola de los controles de seguridad. No fue así. Dioni ya estaba al otro lado, y junto a él, sonriendo, aquel chico. Los vio desaparecer hacia la puerta de embarque. Aviones remontando el vuelo, vibración del aire, ruidos y ecos que se alejaban. La electricidad del silencio.

Los atrapó un policía municipal de paisano, los cogió por el cuello. A Guille y Loberas. El policía Alberto Marín, fuera de servicio, había salido a estirar las piernas después de cenar. Estaba dudando si sentarse a tomar un gintonic en la terraza de la Chancla cuando oyó la voz de alarma y vio a los niñatos correr.

El primero se le escapó, un pijo de unos dieciséis años vestido con traje y corbata. A los dos que venían detrás, con los ojos iluminados y una sonrisa desquiciada, los enganchó al vuelo. Literalmente por el cuello. Un pez en cada mano. Un pelanas completamente atufado de hierba y alcohol que no paraba de retorcerse y otro que nada más ser retenido empezó a lloriquear y a decir que su padre había muerto.

Al minuto de tenerlos allí, antes incluso de que el municipal llamase a una patrulla para que se hiciera cargo de esos dos mequetrefes, apareció una señora sin respiración, pálida y con el tinte casi azul de su pelo manchado en la parte anterior de rojo oscuro, el mismo color que bajaba en forma de hilo por su frente. Los señaló. Esos son, eran más, pero esos son, y una, también había una muchacha, la que nos estaba distrayendo para que ellos me robaran.

Le habían quitado el bolso. El Tuli fue el ideólogo del plan. Isidro el artista que deslizó la mano y, mientras la Lori les pedía fuego y parloteaba con la señora y sus dos amigas, atrapó el bolso y salió corriendo. O trató de salir corriendo. El bolso tenía las asas pasadas doblemente por el brazo de la silla. Fueron precisos dos tirones fuertes —Isidro balanceó vivamente a la señora— para arrancar el bolso y dejar las asas colgando de la silla y a la mujer derrumbada por el suelo. Tiempo suficiente para que un camarero cogiese por el pelo a la Lori pero no para que dos ingleses ubicados en una mesa vecina atraparan a algún miembro de la improvisada banda.

Isidro, llevando el bolso como un balón de rugby y echándoselo como tal al Tuli —un perfecto pase colgado—, saltó el murete de la playa y se fue corriendo por la arena. El Tuli, con el bolso en el vientre, huyó por las callejuelas colindantes en dirección a la calle Bolivia. Juno, Guille y Loberas tomaron el camino equivocado, paseo marítimo adelante. Hasta el policía municipal Alberto Marín Marcos, fuera de servicio pero siempre dispuesto a hacer cumplir la ley y ganar méritos en el escalafón.

El camarero de la heladería Cremades, escoltado por las amigas de la dueña del bolso, llevó a la Lori hasta la jurisdicción del guardia Marín. La Lori, todo desparpajo, aseguraba no conocer de nada a esos pijos. Si al minuto de llegar a la heladería se sentaron a su lado fue una puta casualidad. Trataba de convencer al

municipal amansando la voz y dejando constancia de sus atribuciones mamarias. La noche cálida y la generosidad del escote la ayudaban, pero la presencia de la dueña del bolso, la expectación de los curiosos y la conciencia del deber del guardia dificultaban la seducción y finalmente la hicieron imposible. Dos compañeros de Marín Marcos, uniformados y con las esposas en ristre, pusieron las trabas a los tres jóvenes acusados de hurto y los encaminaron hacia el coche patrulla sin atender a las incoherencias de Loberas, al llanto de Guille ni a las peticiones de clemencia y al brillo lacrimoso de los ojos de la Lori.

Sí, la noche iba expandiéndose, trazando círculos en espiral para poco a poco llegar a su propio corazón. A ese ojo de cerradura que encierra todos los misterios. Adensando las conciencias. Dejando a la gente enfrentada a sus laberintos.

Unos se abandonaban a esa circunstancia de modo irremisible, angustiándose o disfrutando de ese camino hacia lo insondable. Otros la combatían tratando de mezclarse con los demás y de diluir en los otros lo que dentro de ellos quemaba. El modo en que cada cual lo hacía era lo que menos importaba. Alegría o frustración, vagabundeo, hermanamiento, recelos o esperanzas. Violencia y deseo. Los caminos del Señor son infinitos.

El padre Sebastián había llegado con bastante retraso. Pedroche y Floren esperaban en la escalinata de la iglesia. Demasiada cerveza para estar lúcidos. Demasiado calor. Demasiada viscosidad en las manos del Yubri, el hermano de la Penca. La sangre de su padre.

La sangre de Dios vertida en el cáliz, tú te ríes pero eso es lo que trastornó a Belita, le dice Pedroche a Floren mientras esperaban delante del portón de la iglesia. Eso, a una niña enfermiza como ella le causó mucho trastorno, Floren, te lo digo de verdad, se le metió en lo hondo del cerebro, que seguro que ya estaba medio carcomido, apolillado y seco como esos cuadros que nos traen las viejas para que les cambiemos el marco. Pero eso la acabó de volver loca, me ha dicho muchas veces, me ha hablado muchas veces de la sangre de Dios y como ella nos va a salvar. A algunos, solo a algunos va a salvar. A ella la primera. Por eso estamos aquí, por eso le quiere dar todo a este cura, por lo que se le metió de niña en la cabeza trastornada. Para salvarse.

Habla Pedroche y su amigo y socio Floren, el inocente, escucha sin creer la mitad de lo que Pedroche dice. Y, desde el otro lado de la calle, cobijados bajo un cartelón que dice **Terés y Garcia**, el Nene Olmedo y el Tato observan y callan. Ese es el panolis, había dicho el Tato cuando llegaron y a lo lejos vieron a Pedroche. Y el otro el primo del mierdecilla, completó el ayudante del Nene

Olmedo, el cual se limitó a una confirmación seca. Jum, o algo así, es lo que dijo. El pincho lo llevaba el Nene en el bolsillo. Un destornillador desproporcionado. Fabricado más para desenroscar vidas que tornillos.

Observaron los dos compinches cómo llegaba a las inmediaciones de la iglesia un hombre alto. Con camisa de manga corta y aire antiguo. El cura, acertó el Tato. El Nene Olmedo bajó la barbilla en señal de confirmación mientras miraba cómo el cura subía ágilmente los peldaños del templo con una cartera bajo el brazo y estrechaba las manos de Pedroche y Floren. Sonriente, como solo los curas saben sonreír.

Sí, la sangre en las manos. La sangre en el suelo y la sangre en la pared. Lo que el Yubri usó para herir, y matar, a su padre fueron unas tijeras. Las tijeras grandes con las que su madre costurera había cortado tanta ropa, tantos vestidos, tantas sisas, tantos patrones, cuellos y mangas, esas tijeras con las que se ganó la vida y alimentó a la niña Penqui, al pequeño y medio retrasado Yubri y, la mayor parte del tiempo, a su marido, el vago e incestuoso que abusaba de su hija.

El padre estaba en el suelo. Llevaba calzoncillos blancos de algodón y camiseta de tirantes, también blanca, también de algodón, nada más que eso. Los pies los tenía descalzos, con unas uñas grandes y gruesas que tiraban a verdoso. La panza oronda manchaba la camiseta de líquido oscuro. Alzaba la mano derecha, la movía débilmente, como si estuviera durmiendo y tuviese el asomo de una pesadilla, con los ojos vueltos. Las tijeras ya no estaban en la mano derecha del Yubri, sino hincadas en el colodrillo de su papá.

Allí volcado, apoyados los hombros contra el mueble de formica y con las tijeras en lo alto de la cabeza a modo de una peineta posmoderna, el hombre hacía pompas de sangre con la boca, temblaba con unas convulsiones nerviosas y parecía más borracho que agonizante. El perro, asustado, miraba alternativamente al hombre, al Yubri y el charco de sangre que se iba formando. Tentado de lamerlo, pero conteniéndose.

El Yubri había resuelto que su padre no iba a volver a follarse a la Penqui. Nunca más. Él, en cualquier caso, iba a ingresar en la cárcel. Si le multiplicaban su condena en ese momento le daba igual. En sus cortas luces pensaba que de todas formas nunca saldría del penal. O que si lo hacía sería para volver al mes siguiente. Así que mejor cortar por lo sano.

Se lo dijo a su padre antes de la primera acometida. El viejo estaba en la cocina, manoseando unas piezas de fruta, sin saber cuál iba a comerse primero. Ninguna.

Ya no vas a comer más y ya no le vas a hacer nada más a la Penqui. Eso dijo el Yubri. Y el padre, despeinado y todavía con cara de sueño, le hizo una pregunta retórica. Qué coño dices. Todavía no había visto las tijeras. En realidad solo vio su reflejo sin forma, el brillo que extrajo de ellas el tubo fluorescente de la cocina cuando el Yubri ya las dirigía contra su abdomen con todo el ímpetu del que el muchacho era capaz.

El perro dio un salto atrás. Las uñas, demasiado largas, lo hicieron patinar, dar con el hocico en el suelo al tiempo que el acero desgarraba la camiseta sudada del padre del Yubri y rasgaba su piel, le perforaba los intestinos y provocaba la primera hemorragia. Un chapoteo. Así, o de modo muy parecido, sonaron aquellos golpes. El choque de un objeto sólido en el fango. Un perro que no puede salir de una charca.

La Penca tuvo una premonición. O habría que decir que tuvo el atisbo de una premonición, porque justo cuando el presentimiento empezaba a perfilarse en su conciencia llegaron los alaridos del padre. Fueron muchos y muy intensos. En un primer instante casi distrajeron al Yubri de su tarea. El hombre gritaba con el eco y la insistencia de una sirena de ambulancia o de un coche de bomberos. Repetida, estridentemente. Aullaba. Manoteaba. El perro dio dos vueltas sobre sí mismo, el rabo entre las patas, viendo cómo el Yubri se desentendía del guirigay de su padre y se concentraba en su tarea. Tres, cuatro golpes fuertes. Entrar y salir de las tijeras en la barriga del padre para luego separarse de él. Como el pintor que se aleja para ver con claridad el resultado de sus pinceladas. Dar dos pasos atrás y ver la cara de espanto del artífice de sus días. Su barriga supurando cosas raras y él derramándose mueble abajo, con la espalda apoyada en la formica y todavía sin parar de gritar, aunque ya con menos de decibelios. Solo dejó de hacerlo cuando el Yubri, avanzando de nuevo hacia él, le clavó las tijeras en la cabeza. El Kuki vio en ello un motivo de fiesta, saltó hacia delante y luego hacia atrás agitando el rabo con alegría y mirando con avidez la golosina de la sangre que ya se expandía por las baldosas de mezclilla, aunque, quizás inapetente, sin decidirse a meter la lengua en ella.

En ese momento es cuando apareció la sombra de la Penca en la entrada de la cocina. No entró. No vio más que los pies sucios de su padre. Le bastaron aquellos dos apéndices gruesos, romos, lívidos bajo la luz del tubo fluorescente para saber que era libre. En el cristal esmerilado de la ventana, en su reflejo, sí vio la silueta difusa de su hermano. Quieto, ensimismado. Más allá de la ventana, en el edificio de enfrente, un cómico parloteaba en un televisor y la noche temblaba.

En aquel recodo del Parque Litoral la noche, sin embargo, tenía un aliento pesado. La vegetación respiraba, exudaba. El aire se hacía espeso y cada vez parecía más caliente. Rafi Villaplana la estaba esperando en su coche. Amelia lo había visto al llegar, con la cabeza agachada y el resplandor de la pantalla del móvil iluminándole una parte de la cara.

No iba a ser fácil. Amelia lo sabía desde antes de llegar. Ni los días anteriores ni las palabras de Rafi por teléfono auguraban nada bueno. Pero no podía creer que las cosas fuesen a suceder de aquel modo. El día, con sus cortinas, sábanas y toallas cortadas en triángulos, no había comenzado bien. Tampoco tenía por qué concluir de buena manera.

Su hijo Ismael vagaba por los alrededores de las calles Refino y Carrión en busca de camorra. En el parking de Refino se había abroncado con un automovilista que salía del aparcamiento y que según Ismael casi lo atropella. Le dio dos patadas a la puerta del conductor. El automovilista, retenido por su señora, y él se cruzaron insultos. Ismael concluyó la disputa dando un manotazo en el capó y cogiéndose de modo ostentoso su aparato reproductor por encima del pantalón.

Siguió su rumbo trastabillado. Saltó la tapia del solar que hay al comienzo de la calle Carrión y allí, entre los arbustos, encima de un trozo de espuma sintética que debía de servir de catre a algún vagabundo, vomitó. Exagerando el ruido, recalcando las arcadas. Deambuló por el solar, tronchando arbustos y dando patadas a las latas. Luego trató de masturbarse pensando en Consuelo. Imaginaba que le quitaba la bata verde en el ascensor. Y que ella llevaba unas bragas de encaje negro. Grandes, casi llegándole al ombligo. Pero no consiguió concentrarse. Asfixiado por el calor, iluminado por el alcohol que bombeaba por sus arterias, estaba seguro de que muy pronto Consuelo se desnudaría para él. Sus dientes pequeños, los ojos negros, la boca de puta diciendo Ismael fóllame. Inició de nuevo el bombeo del nabo.

Su madre entró en el coche de Rafi Villaplana por la puerta del copiloto. Rafi apenas separó la vista de la pantalla del móvil para mirarla de reojo. Un momento, dijo. Tecleaba la pantalla, enviaba y recibía mensajes. Amelia pensó que se comunicaba con su novia inglesa. Nunca la había visto. Solo una vez, una foto en el teléfono de Rafi, cuando durante una semana la tuvo en su perfil de whatsapp. Morena, los dos con las caras juntas, sonriendo. Después volvió a poner la suya de siempre. Gafas de sol, un bigote que ella nunca le había visto y una mueca que se parecía a una sonrisa.

Amelia estaba preparada para que Rafi le hablase de su novia al acabar de

teclear. No lo hizo. Se quedó mirando el teléfono, con la pantalla todavía iluminada. Lo apagó, lo dejó en el compartimento de la puerta y luego, mirando la negrura del Parque Litoral, suspiró y dijo, Vaya mierda de día con el puto Céspedes de los cojones. Y solo entonces volvió la cabeza hacia ella, y la calibró. Vaya camisetita, dijo, mirando el escote de Amelia. Hay días que no son días, argumentó confusamente Amelia, solidarizándose con Rafi y recordando su propia jornada. La vida es muchos días, concluyó Amelia. Ja, afirmó el ambicioso Villaplana pensando que eso lo podría haber dicho su propia madre o cualquier comadre del barrio y sin saber, como tampoco lo sabía Amelia, que esto último lo había escrito James Joyce.

Lo tuyo no es la filosofía, Amelita, susurró sonriente Rafi. ¿No?, preguntó Amelia, feliz por el derrotero que llevaba la conversación y porque la presencia de la novia de Rafi se alejaba por las sombras del Parque adelante. ¿Y qué es lo mío entonces?, inquirió, provocativa. Esto, alargó Villaplana la mano izquierda y ahuecándola moldeó, sopesó y estrujó levemente el pecho izquierdo de Amelia. Ella despegó un poco los labios y mostró las cuentas de sus dientes. Se miraban a los ojos y tenían las bocas muy cerca una de la otra. Cada cual percibía el aliento del otro. ¿Te has puesto esto para mí?, Rafi señaló con los ojos el torso de Amelia, supuestamente se refería a la camiseta. La mujer hizo un gesto ambiguo, torciendo un poco la cara. Puede ser, significaba el mohín.

«Qué guarra.» La respuesta de Rafi Villaplana consistió en sobar el pecho con más entusiasmo y urgencia. Alzaba él la barbilla y le miraba la cara de arriba abajo, igual que se mira a alguien que se reta o se desprecia.

Ahora sí, el Kuki acercó el hocico a la sangre y lamió. Tímido. La sangre de terciopelo extendida en las baldosas baratas. El tubo fluorescente sufrió un parpadeo y el parpadeo sacó al Yubri de su ensoñación. Allí estaba de nuevo la realidad. Esto no se esfumaba como ocurría con sus sueños. El padre ya no padecía espasmos, apenas le temblaban los dedos de una mano, las tijeras, allí arriba de la cabeza, parecían un artefacto de fontanería. Retiró con el pie al perro de la sangre y miró su reflejo en el cristal esmerilado de la ventana. Se preguntó si seguiría en la cárcel el mismo peluquero que cuando estuvo la otra vez. Era un borde y se negaba a afeitarle la cabeza.

Ya todo era noche cerrada y las luces brillaban bajo la bóveda caliente y negra. Nandita es una buena mujer, decía el cura, solo hay que tener paciencia con ella, no se desmoralice usted y trate de comprenderla, ya no como cristiano ni como marido sino como hombre, como ser humano. Pedroche torcía la cabeza a un lado, dudando si confesarle al cura que aquellas heridas de la cara y de la

cabeza se las había hecho su mujer. Pero pensó que al cura no le importaban nada ni su mujer ni él ni sus heridas, porque si algo le importara le habría preguntado por el origen de aquellas mataduras que él, veinticinco centímetros más alto que Pedroche, había podido ver desde todas las perspectivas posibles mientras le soltaba el sermón. De modo que lo único que Pedroche dijo fue, Nandita no, Belita. Se llama Belita. Mi mujer se llama Belita. Maribel Bermúdez Covaleda, se dio el capricho de decir.

Y el cura levantó la barbilla al cielo y entornó los ojos, Claro, hay otra mujer, Nandita, y con la confusión, con el calor y este día uno confunde los nombres, no a las personas, eso no. Y desde la esquina, igual que dos rateros de película barata, el Nene Olmedo y el Tato miraban la comedia y cómo el cura abría la maletita de plástico y sacaba un sobre y una bolsa de trapo que desde lejos se veía que contenía cosas pequeñas pero de peso. Y sopló una bocanada de viento más caliente aún, y en el coche patrulla Loberas balbuceaba y ahora era Guille quien callaba y miraba pasar las palmeras, los edificios, la noche por el cristal. Ya habían llamado a su casa, ya había dejado de insistir en que ese día habían encontrado a su padre muerto, ya todo se había puesto en marcha y daba la sensación de que el tiempo estancado de nuevo fluía.

Así quiero que me lo hagas, así, despacio, le decía Rafi Villaplana a Amelia, así. Y dijo lo que ansiaba decir, lo que más excitación podía producirle, Y yo te pago. Qué, quiso girar la cara Amelia, pero él la retuvo y le dijo, Házmelo así, como quiero y te doy dinero, nada más por probarlo, venga, chupa. Se resistió, se detuvo Amelia en el descenso de su cara y de su boca hacia el sexo erecto de Rafi, pero él forzó el descenso con la mano empujándole la cabeza hacia abajo y repitiendo Así quiero que me lo hagas, y susurró, así zorra.

La espalda del Atleta está apoyada en la pared recalentada. Delante de él pasan los automóviles en una procesión lenta y observa cómo al otro lado de la calle bajan la última persiana metálica del supermercado. Ve salir al tipo de la charcutería, ya solo deben de quedar dentro su novia y el encargado, ese cabrón. Las dos cajeras han pasado cerca de él, una lo ha saludado con un movimiento de la barbilla, la otra, sin darse cuenta de su presencia, hablaba, como siempre, del abuso de los horarios de esta gente y del cuento que tienen con los inventarios, tenerlas allí hasta tan tarde por la cara, por diez euros.

La Penca ha avanzado por el corredor con pasos cuidadosos, como quien camina por los pasillos de un barco en medio de una tormenta. Y, casi sin temblar y sin querer mirar la fotografía de su madre, ha ido a sentarse en una esquina de su cama. Con las rodillas juntas y las manos apoyadas en el colchón.

Se ha quedado mirando las baldosas y dentro de ella crece la sensación de que de pronto, como en una atracción de feria, el pasillo, la habitación y la casa entera se pondrán del revés.

Parece que cada vez hace más calor y que no va a parar de hacer más calor, ¿no Rai? Parece que han puesto una estufa en todo lo alto del mundo ¿no verdad? Está nervioso Eduardo Chinarro. Va de un lado a otro del cubículo. Él ya ni siquiera necesita metadona y no quiere mirar a su socio. No quiere ver. Ni la cucharilla ni el papel de plata ni el brazo de su colega. Rai no contesta, se aplica con la jeringuilla. Se saca un poco de sangre y la sangre se mezcla con el líquido blancuzco que contiene el cuerpo de la jeringuilla. ¿Este es el cuarto que te presta tu colega? Es dabute, Rai, aunque haga mucho calor, hoy en todas partes hace muchísimo calor. Me lo alquila, no me lo presta ese no presta, a mí nadie me presta nada. Tuerce el cuello Eduardo. Llevado por los nervios, parece que es una fuerza exterior y no él quien contorsiona el cuello. Lo pone derecho, se queja, Me duele el pescuezo, y luego reconoce, Es verdad, te lo alquila, Rai, ochenta euros ¿no? Noventa, uno encima de otro. Mira Eduardo el colchón de espuma en el que está sentado Raimundo Arias, la guitarra a sus pies, colocada contra la pared y sirviendo de perchero a la camisa, ojo de perdiz, que el Rai llevaba puesta hasta que llegaron allí.

Yo me voy a ir, Rai. Bombea Rai el émbolo de la jeringa. Los párpados le cuelgan cuando pregunta a Eduardo que adónde va. Hace mucho calor, Rai, aquí tu cuarto es lo mejor, dabute, pero yo ya me voy a ir, voy a papear algo, es lo que el cantante le responde. Y por si el Rai no percibe el fuego que desprenden las paredes ni ve el sudor que cubre la cara de Eduardo y mancha su camisa, este se sopla ostentosamente el escote y sacude la tela. ¿Tú no comes, Rai? Es muy tarde, además yo ya estoy papeando, responde Raimundo tocándose el brazo, la vena hinchada. Ya mañana nos vemos, Rai, tengo un nudo aquí, muestra las mellas con su sonrisa Eduardo Chinarro y se toca el esternón, como si me faltaran los huesos del pecho o me se fueran derretido.

Y así, con esa mueca clavada en la cara, con ese rictus que se parece más a un gesto de espanto que a una sonrisa, baja los peldaños de la escalera y sale al aire caliente y seco de la noche Eduardo Chinarro, el cantante afónico, el niño de Carranque, el superviviente. Si tú fueras tenido un padrino y te fueran cuidado como a otros, fueras llegado muy alto de artista, Eduardito, eso lo saben hasta las muñecas de plástico, por lo bien que cantas, pero el mundo es muy caprichoso, Camarón. Sin saber por qué, se acordó de su amigo Moreno Peralta, y de la noche en que le dijo eso. Hacía casi tanto calor como ahora.

A Eduardo le falta el aliento, igual que si hubiera estado corriendo. Se encuentra ya en la calle Postigos, baja por inercia la cuesta, dándole vueltas a lo que dos o tres años atrás le había dicho Moreno Peralta. No sabía si su amigo seguía siendo el entrenador del Olímpica Victoriana. A lo mejor no. El mundo del fútbol es muy duro, lo decían en todas partes, hoy estás arriba y mañana nadie se acuerda de ti. También es muy caprichoso ese ambiente. Mejor seguir bajando la cuesta, mejor no acordarse de nada, como si la noche fuese el estómago de la ballena aquella de la que siempre hablaba el maestro en la escuela y él estuviera allí encerrado, dejando que el tiempo y todas las cosas pasaran fuera del animal.

Traga el miembro de Rafi, duro y resbaladizo de saliva. Absorbe, succiona y lame Amelia, pero lo hace con recelo porque nunca antes habían hecho nada dentro de un coche, porque no sabe a qué ha venido quedar en ese sitio y porque nota a Rafi distinto, más tenso. Vengativo. ¿Es esa la despedida? Los dedos no dejan de apretarle la nuca, de aferrarse a su cabeza con más violencia que deseo después de haber mencionado lo del dinero. Y yo te pago, te doy dinero, había dicho. No había vuelto a hablar, solo la tenía atenazada. Respiraba con fuerza, tensaba las piernas y lo que él susurraba no se entendía.

La noche entera es un susurro en los oídos de Amelia, tiemblan los árboles del Parque Litoral empujados por una bocanada de aire caliente y, al temblar, el reflejo de las hojas dibuja un jeroglífico extraño en el cristal del coche que ella, asustada, solo ve de reojo, como todo lo que no sea el miembro de Rafi Villaplana, su pantalón arrugado y el llavero con una pluma que cuelga de la llave de contacto. En la Alameda, Julia está detenida en un semáforo y también ve cómo los ficus gigantes tienen un estremecimiento. Un día para olvidar, un día que nunca olvidaremos, esas son las palabras que por medio de un pensamiento difuso recorren su mente agotada mientras la luz roja la tiene detenida camino de su casa. Una ducha. Mañana, funeral. ¿Y pasado? Ana irá al hospital como si nada hubiera pasado. Poniendo distancia para que nadie le pregunte nada, para que nadie se conduela. Es experta en eso. Y atenderá a otros enfermos, a otros agonizantes en la sala donde murió su marido, y nadie percibirá nada. Las hormigas, aquel cuerpo pálido invadido por los insectos y la mirada de Ana. Se enciende la luz verde y la imagen de la doctora Galán desaparece de la cabeza de Julia. Una ducha. El coche avanza con suavidad por la calzada solitaria. La ciudad se extiende, todo empieza a quedar atrás, las luces de la avenida pasan por el cristal como un tiovivo enmudecido.

Ven cómo el cura vuelve a dar la mano a los dos panolis y baja la escalinata

de la iglesia. El Tato da con el codo al Nene Olmedo y señala con el mentón a los dos pringados. Tienen la lana, asevera. El Nene Olmedo mira al frente y respira por la boca, atento a los movimientos de Pedroche y Floren, que están hablando, sin moverse de la puerta del templo. A ver para dónde tiran, dice el Tato, convertido por los nervios en comentarista del asalto. Pedroche parece decir que sí, Floren señala hacia un lateral. Bajan los escalones, el Nene Olmedo mete la mano en el bolsillo del chándal y toca el destornillador. Hay mucha gente, el Tato mira a un lado y a otro, a ver para dónde tiran Nene porque aquí hay mucha gente. Da un paso adelante el Nene Olmedo. El Tato va tras él.

El tren atraviesa la noche, la abre, y el desgarro se cierra de inmediato a su paso. A su paso queda un vacío, un sonido sordo flotando en el aire, unas briznas de hierba seca y pequeños residuos meciéndose camino del balasto. El tren ya sobrevuela las copas de una plantación de naranjos, se adivinan los árboles dóciles, alineados en la oscuridad. Fin del trayecto. Se acabó la huida. De nuevo Céspedes tiene sobre su hombro la cabeza de Carole. Dormida, abandonada al cansancio. El rastro del perfume, el olor del pelo, todo lo que se desvanecerá cuando dentro de unos minutos lleguen a la estación y sus vidas se separen para siempre. Cerrado el paréntesis. Adiós a este sueño absurdo, a esta fuga que ahora concluye. De nuevo la muralla de los días que están por venir, su mujer, una casa a la que no puede entrar, abogados, intentos de reconciliación, más odio, más palabras, insultos, y esa larga larga cadena de reproches, el deber de reavivar el rencor para obtener un saldo mejor en el reparto. El viajero que tiene enfrente pasa la vista por Carole. Ella tiene las manos entre las rodillas, como una niña, la respiración suave, el pelo que se derrama sobre su hombro. ¿Te cambiarías por mí?, le pregunta Céspedes, y el hombre, descubierto en su contemplación, se excusa con torpeza. Creí que estaba dormido. No, solo los ojos cerrados, ¿te cambiarías por mí? Y el hombre sonríe y mira hacia la ventana. Allí están los tres, nítidamente reflejados. A veces no hay forma de escapar, piensa Céspedes, mira al hombre a través del cristal y vuelve a entornar los ojos. Posa la mejilla sobre el pelo de Carole.

Entra el Yubri en la habitación de su hermana Aurora, la Penca. Penqui, ya no se mueve, dice en voz baja. Entra el perro tras él y se pega a los pies de la Penca, mueve el rabo con timidez, consciente de la tragedia. He cerrado la puerta de la cocina, para que el Kuki no toque, dice el Yubri a modo de consuelo. Un hombre bien hecho. Siempre queriendo ser admirado por su hermana. Se callan. Entran los faros de un coche por la ventana y se pasean por el techo. Desaparecen. Penqui, me voy a ir. Y Aurora levanta los ojos, grandes,

rebosantes, dos monedas, y su hermano añade, A la policía. Y la Penqui hace un esfuerzo enorme para abrir los labios y decir, No te vayas, llama, mejor llámalos. No quiere quedarse sola con el muerto. Llámalos Yubri. Ya todo se mueve, sí, Guille siente que todo fluye, solo su padre se ha detenido, solo él está en alguna parte, quieto, inmovilizado, pero la vida sigue y pasa por su lado, lo lleva, está en el llanto infantil y drogado de Loberas, en la Lori, que lo mira y le sonríe, en esos policías que pasan por su lado y le dicen que se siente y que espere y que vuelva a repetir su nombre y su domicilio y el nombre de su padre y el nombre de su madre, y él vuelve a decir, ya casi como una broma, Mi padre se murió esta mañana. Pero sigue teniendo nombre, dice inesperadamente Loberas y se ríe. La Lori mira sonriente a Guille y un policía susurra para sí mismo, Y decías que no os conocíais ¿no? Pijos de mierda. Fueras llegado muy alto, fueras sido alguien, Eduardo Chinarro baja por la Cruz del Molinillo. Moreno Peralta era su amigo. La última vez le dio una tarjeta. Tenía un balón de fútbol pintado al lado de su nombre. Tendría que haberla guardado. Mañana podría ir a verlo al Olímpica Victoriana. Si te vieran los de la tele tú triunfabas Eduardo. Sí, así podría haber sido. Pero eso era antes, la voz se le había fundido, desperdiciada por las calles, ahora nada más que le queda el arte. Mañana, mañana irá. Leyenda del tiempo. El cantante Eduardo sigue caminando por la calle vacía, las baldosas de la acera recalientan la goma de sus zapatillas. Va a llamar al Monasterio de la Merced. Eso va a hacer. Ayer, cuando lo vieron durmiendo en los escalones, al sol, le sacaron agua. Esta noche pueden darle algo de comer, si hay alguien despierto. Los curas y las monjas se acuestan temprano, eso lo sabe todo el mundo. Nada más que a unos cientos de metros de allí Ismael camina por la calle Montaño. Se detiene delante de una casa con las ventanas tapiadas y una puerta blanca. Se acerca y trastea la cerradura. Siente una nueva arcada. El hijo de puta del bar de la Cruz Verde le ha dado matarratas en vez de ginebra. Luego iré por él. Da una patada a la puerta. En una casa vecina ladra un perro. La puerta no cede. Da una nueva patada, el perro redobla los ladridos y en la casa de enfrente se enciende una luz. Ismael escupe sobre la puerta firme, mira a un lado y a otro de la calle y toma la dirección contraria, baja hacia la calle Madre de Dios. El Onda Pasadena a lo mejor ya está abierto y hay tías. El líquido es espeso y amargo, y aunque Rafi le aprieta la cabeza Amelia deja escapar de su boca la baba. Bufa y gime, tieso como una tabla, Rafi Villaplana, derrama su semen por la boca y el cuello y el hombro de la rebelde Amel, la del nombre ridículo, que no cumple su penúltimo deseo, que se zafa y con el pelo en la cara se incorpora y lo mira, él todavía temblando, todavía espasmeándose, los grumos

blancos salpicados por su pantalón y su muslo, el cíclope enrojecido todavía eyaculando una última baba blanca, casi líquida, derramándose dócil por su tronco, esa columna con venas. Sí, Floren y Pedroche bajan las escalinatas de la iglesia y entran en la calle Pedro de Paz al tiempo que el Nene Olmedo y el Tato salen de debajo del cartelón **Terés y Garcia** y cruzan la calle Unión siguiendo la estela de los panolis. Vamos al Maqui, venga, joder tío, y nos tomamos la última, ya tienes lo tuyo, el dinero y lo otro, ¿qué quieres, subir a tu casa y encontrarte con esa? Floren convence a su socio, que se encoge de hombros y dice, Eras tú, Floren, que te querías ir pronto para cenar con tu mujer. Habrá cenado con la niña, estarán durmiendo y ya qué más da. La calle está mal iluminada, y es ahí donde las sombras se alargan y los pasos suenan con un eco blando. No contesta su novia a los mensajes y Jorge vuelve a mirar la fotografía en la pantalla. La sonrisa de su novia en la playa. Los pezones de color crema, mirándolo como dos ojos con sueño. Una cara muda. Mejor acostarse, mejor apagar el teléfono después de enviarle un último mensaje. Volviendo a decir que ya está todo solucionado, que no se preocupe por el Nene ni por nadie. Que él está ahí. Gloria estoy ahí, siempre me vas a tener ahí. Sí, todo solucionado, Jorge camina por la casa vacía, su madre en el trabajo y su hermano Ismael no se sabe dónde, mejor lejos, mejor que no vuelva hasta por la mañana, cuando él se haya ido, o mejor que no vuelva nunca. No que se muera, pero que no vuelva nunca. Abre los cajones de la cómoda en la habitación de su madre. Busca sábanas sin recortar por su hermano. Las suyas estaban hechas tiras. Las debió de cortar cuando él ya se había ido a trabajar. Los sujetadores de su madre. Cuidadosamente doblados, blandos. Bragas con encaje. Casi no se atreve a tocarlos. Huelen. Un principio de erección. Cierra el cajón. Sale, Lucía, la novia del Atleta, sale por la puerta lateral, sale de la oscuridad del portal acompañada por el fulano sonriente del coche, Ricardo, el encargado. Ella también sonríe, inclina la cabeza en un gesto de despedida a su compañero de trabajo y la sonrisa se le abre del todo al verlo a él, apoyado en la pared al otro lado de la calle, y avanza, se detiene al otro lado de la calzada. Pasan entre los dos los coches que van hacia el centro de la ciudad y entre faros de doble parábola y pilotos iluminados de rojo el Atleta y su novia se miran. Es el milagro, lo imposible que cada día se cumple. El oxígeno baja hasta lo hondo de los pulmones, otra vez. Se miran y hay un atisbo de timidez en ella que el Atleta relaciona con el sexo, cómo Lucía lo miraba la última vez al fondo de los ojos, revelando la existencia de un ser nuevo dentro de ella, y le decía Más quiero más dame más dame más fuerte fóllame como si no fuera yo dame dame. El Atleta cruza la calle, rozando

la parte trasera del último automóvil. Allí está su cuerpo, su olor y el tono de su voz. Todo renacido con el beso rápido, con el abrazo fugaz. Un toque breve de claxon los hace volverse. El jefe de Lucía lleva la ventanilla bajada y guiña un ojo, Adiós, parejita. Los dientes de su sonrisa, el brillo del cristal y de la pintura del coche, todo desaparece con el mismo acelerón. Imbécil, sonríe Lucía, y el Atleta calla, mirando cómo las luces de freno iluminan de rojo su contorno y el coche se detiene delante del último semáforo, ya casi al final de la calle. Melantio. Te comerán los perros. Ana Galán se hunde en el sofá, entorna los ojos y ante el espanto de las imágenes que aparecen en su mente, Dioni, las hormigas, Guille también intubado, también comido por un millón de hormigas, abre los ojos y respira. Flota en el silencio de la casa. La palmera que hay al otro lado del ventanal permanece inmóvil, las ramas de escayola, el aire de la noche espeso, caliente y quieto. La casa ha vuelto a la calma. Le ha costado demasiado esfuerzo, hasta el hastío, que la dejen sola. Su hermano ha tratado de convencerla de que Emilia se quedase con ella, de que no estuviese sola mientras él iba a comisaría para solucionar lo de Guille. Ese chico perdido, ese pobre chico que ahora te necesitará doblemente, que nos necesitará a todos, le había dicho Emilia, su cuñada, la más sabia de las mujeres. Necesitará lo que ha necesitado siempre, yo se lo daré y él lo recibirá protestando, es la norma, había cortado Ana la prédica de la cuñada. Y luego había convencido a su hermano de que su mujer lo acompañase. Ella también es abogada y yo necesito un minuto, por lo menos un minuto de tranquilidad. Cruce de miradas y últimas recomendaciones antes de irse y dejarla sola. Tardarán poco, tendrán los teléfonos abiertos. Sí, sí. Los buitres dulces, los buitres blandos, los buitres buenos que acuden cuando llega la muerte. Toda esa amabilidad, toda esa bondad que la doctora Galán ha visto tantas veces en el hospital y que ahora le gustaría depositar en una de esas bolsas de plástico duro en las que el jardinero mete las ramas secas, las malas hierbas y los tallos recién podados, todavía exudando savia, todavía palpitando. Así se supone que debería encontrarse ella. Supurando savia, dejando escapar su dolor hasta que el flujo poco a poco se fuese solidificando, formando una barrera de contención que impidiera la hemorragia. Solo que la hemorragia y la cicatriz, la savia y los tallos rotos, todo eso se produjo hace mucho tiempo y ella ya solo es una casa vacía, y una mujer vacía es Amelia, el sabor del semen en su boca, esa baba agria que le mancha la barbilla, ¿Por qué, pregunta, a qué viene esto? Y Rafi Villaplana, ya con el pantalón cerrado, todavía con las manchas y los grumos en su muslo le tiende el billete azul y le dice Porque me pone porque te lo he dicho al empezar, tú me la

chupas y yo te pago, me pone y no hay más que hablar o qué coño pasa qué te has creído tú conmigo. Amelia niega, Pedroche niega en la calle oscura, el Nene Olmedo niega cuando el Tato dice Ahora vamos por ellos, No, el Nene argumenta que en ese tramo por el que van Floren y Pedroche hay demasiada luz, así que el Nene y el Tato se detienen y ven entrar a los dos pringados en el bar Maqui, y Eduardo Chinarro niega cuando vuelve a pensar en su amigo Moreno Peralta y sabe que nunca irá a verlo, ni al Olímpica Victoriana ni a ningún sitio. Ilusiones. Barataria. Niega la Penca suavemente, diciéndose a sí misma que no. Niega Céspedes con los ojos cerrados y niega Belita, No, dice en un susurro, acostada en la cama matrimonial, insomne, No ese hombre no va a vivir aquí, no va a acostarse en esta cama, no va a pedirme más sacrificios, yo sé por qué y por quién me tengo que sacrificar, no por ese hombre sucio, ese puerco, y se levanta, Belita aparta la sábana que cubría sus muslos blancos y pesados, dormidos, casi muertos, la masa de sus pechos, se levanta y camina por el pasillo oscuro, los pies descalzos, el camisón dándole a su cuerpo una forma de campana, al final del pasillo aparece la penumbra del salón, el resplandor que entra por el ventanal, Belita se dirige hacia allí. Ya no susurra. Ahora piensa que los milagros se cumplen, que no son algo del pasado, no, no son cosa de los circos romanos y los mártires, de los cuadros oscuros de las iglesias, cuando los apóstoles y el Señor tenían que estar presentes en cuerpo físico, sino que se siguen produciendo, día a día, por debajo del ruido del mundo, aquí en las calles, en los portales, en las escaleras, en los pisos de la Cruz de Humilladero o San Andrés, en los polígonos industriales, entre la ropa tendida, entre los niños que lloran, en las mercerías y en los quioscos. Cada día, por todas partes, el milagro existe y es posible encontrarse con la Verdad, es posible que todo lo malo se borre. Que desaparezcan de su cabeza los malos pensamientos, las malas presencias, lo dañino. Belita vuelve a negar con la cabeza, acercándose al ventanal. Su boca pequeña, sus labios finos se abren en medio de la extensión de sus mejillas y dicen en voz baja No. Yo estaba embarazada y ellos decían No. Sus pies desnudos pisan las semillas de lenteja esparcidas por allí hace un rato. A lo lejos hay luces, puntos diminutos dibujados en la oscuridad. Bajo ella, a diez pisos de distancia, está la línea recta de la calle iluminada, coches de juguete que bajan y suben la rampa del puente. Sin saber adónde van, sin saber adónde van, repite Belita con la boca rozando el cristal. Allí abajo. El Nene Olmedo y el Tato esperan pegados a la fachada de la venerable hermandad del Cristo de Humildad y Paciencia. Ahora no se nos escapan. Ahora cogemos lo nuestro, Nene, afirma el Tato, dudando de la autoridad de su jefe, demasiado

apagado, demasiado prudente. Y el Nene con aplomo le dice, Cuando salgan del bar va a ser porque es mejor y ya van a estar con una papa que ni se van a enterar. Jorge abre un nuevo cajón de la cómoda, saca unas sábanas y debajo de ellas aparece un sobre. Roto por un lado, en la parte frontal el nombre y los apellidos de su madre, la dirección de su casa y un sello. Detrás solo una palabra, el nombre de su padre. Ernesto. Abre el sobre, una carta breve escrita a mano. *No vas a volver a tener más noticias mías ni yo te voy a escuchar más insultos ni tu despecho como ayer hiciste por teléfono. Es mi decisión y es mi vida que te quede claro. Tú y yo ya no tenemos futuro, hace mucho que no lo tenemos y tú sabes bien por qué. Y si ahora te duele todo esto piensa lo que me dolió a mí todo entonces. Eloísa está embarazada. Eso es lo que ayer con tu rabia y los insultos que nunca más voy a consentir ni a escucharte no me dejaste decirte o yo ya no quise decirte. Es mi vida y es lo que voy a hacer. Y voy a ser feliz con ella. Lo siento por Ismael y Jorge. Ellos si lo supieran todo me iban a entender. A lo mejor un día lo hacen. Que yo vaya a tener otra vida y otro hijo y me aparte de todo no significa que no los quiera. E.* Un hermano. En alguna parte tiene un medio hermano. Es lo que Jorge piensa, y a continuación vuelve la vista y lee la palabra que más inquietud le ha producido. *Entonces. Lo que me dolió a mí todo entonces*. Y siente Jorge, el pequeño Gorgo, el atribulado, el abandonado, siente la misma sensación que cuando tocó la ropa interior de su madre. Con la misma repulsión mete la carta en el sobre, la cubre con las sábanas que ha sacado de allí y cierra el cajón. Da un paso atrás y mira ese mueble maldito, tan parecido a aquel pozo al que se asomaba cuando era niño y su padre le decía Mira, ¿qué hay ahí?, ¿qué hay en el fondo? Apaga la luz, la habitación huele a su madre. Sale. Llega el tren a las proximidades de la estación, una voz femenina anuncia por megafonía el fin del viaje y agradece a los viajeros su confianza. Carole despega la cabeza del hombro de Céspedes y solo después de hacerlo, cuando ya está completamente incorporada, abre los ojos. Mira a su alrededor como si estuviese en un sueño, en medio de un decorado que no reconoce. Mira a Céspedes de la misma forma y Céspedes abre los labios en una sonrisa limpia. Soy tu pesadilla, piensa él, pero no te preocupes, duraré poco. Hemos llegado, es lo que dice. Fin de la excursión. Llega Julia a su garaje. Aparca entre las dos columnas, abre la puerta del coche y el aire hirviente de la noche deshace la burbuja del aire acondicionado en la que venía inmersa y la envuelve por completo. Siente el impulso instintivo de cerrar la puerta, pero reacciona, coge el bolso, sale y se encamina hacia el ascensor entre los coches dormidos y el hormigón recalentado del garaje. El último paso, el último impulso, es lo que siempre piensa en los

días duros de trabajo, en los momentos de adversidad, cuando está a punto de dejar atrás el esfuerzo o el infortunio y ya acaricia el reposo. Llegan los primeros policías al portal de la Penca. Monreal, Deusto, Montero, Arias y el motorista Faneca. El Yubri, fiel cumplidor de los deseos de su hermana, ha llamado a la policía. A la nacional y a la municipal. A ambos les ha dicho lo mismo. He matado a mi padre. Escueto. Y luego ha dado las señas. A los municipales, después de indicar la dirección, les ha dicho al final, Creo yo que está muerto. No quiere tener responsabilidades médicas, decir que es lo que no es. De modo que ahí están los dos coches patrulla más la moto de Faneca, alumbrando con sus luces azules la fachada de los humildes edificios de Portada Alta y los árboles esmirriados, tristemente desvelados en sus parterres. Se descorren cortinas y se abren ventanas, ya sin importar que el aire fresco del ventilador o de la máquina refrigeradora se escape. Caras contraídas por el sueño y la curiosidad, pelos revueltos, camisetas de tirantes, torsos desnudos y batas mal puestas se asoman olfateando una tragedia que aumenta de decibelios cuando una ambulancia silenciosa irrumpe en la placita y añade su luz naranja a los resplandores azulados de la pasma. El bloque del Yubri dice el Viberti desde su terraza, conteniendo por el collar a su doberman Jiler, derivación sonora del nombre original del can, Hitler. Bajan un hombre y una mujer de la ambulancia y caminan con paso rápido hacia el portal. Empieza a haber ambiente. Llegan reporteros, Juan Cano y Alvaro Frías, tándem de postín, Riverita, hijo del mítico Corbata, Gross Gross y su fotógrafo Julián Rojas. Cónclave de la pluma con sangre. Las ventanas y terrazas de los bloques vecinos se pueblan de gente que habla en la penumbra, cada vez en voz más alta. Empiezan a correr historias sobre lo sucedido. El Yubri, que se ha ahorcado por no ir a la cárcel, al padre que le ha dado un infarto, la Penca que estaba borracha y se ha ahogado en la bañera. Mariano Villaplana es el primero en llegar al lado de la ambulancia. Insomne por su larga siesta y librando esta noche del trabajo, se encontraba fumando en el banco de la plaza cuando ha visto llegar primero un coche de la policía y a los cinco segundos otro. Con su educación exquisita da las buenas noches al conductor de la ambulancia, le ofrece un cigarrillo que el otro rechaza con un gesto y habla de las penalidades de los trabajos nocturnos, algo que él conoce muy bien, dice. Las cosas malas casi siempre pasan de noche, afirma siguiendo un protocolo que pronto desemboca en la cuestión fundamental, ¿Sabe usted lo que ha pasado? A lo que el conductor responde encogiéndose de hombros y queriendo quitarse de encima al pesado, Algo grave, nada más es lo que sé. Llegan otros vecinos. Pijamas estrafalarios, don Anselmo con el Pato Donald en

el pecho, la Carmeli casi enseñando las tetas, Osuna con los pelos de punta y Manolo el Cojo masticando pan, y todos le hacen al padre de Rafi Villaplana la misma pregunta. Una cosa mortal, responde él afirmando, grave, contenido, cuando desde el portal del fondo le llega un siseo familiar. Es Encarnación, la Segueta, su mujer, que le hace señas para que vaya y le informe. Ella, a esas horas, y con la bata descompuesta, no se mezcla con el populacho sediento de crímenes y desgracias. Camina con sus andares zambos Mariano hacia el redil, maldiciendo por lo bajo su estampa. La noche tiene una respiración bronca, resacosa. Demasiado calor para dormir. No lo quiero, pero qué te pasa, a mí no me des eso. Amelia rechaza el billete de veinte euros que le tiende Rafi Villaplana, el hijo ínclito de la Segueta, el vástago ilustre de Mariano el patizambo. Me pasa lo que te he dicho, Rafi Villaplana achica la boca, mira a Amelia fijamente. Me pone pagarte, así que coges el dinero por la mamada que me has hecho, llevo mucho tiempo con ganas de hacerlo eso es lo que pasa. Veinte euros, intenta sonreír Amelia. ¿Estás de broma o qué coño pasa contigo? Sí, barata, responde impasible Rafi, eres barata. Eso se lo das a tu novia, es lo que le dice Amelia, y hace un movimiento rápido para salir del coche, aunque no tan rápido como el de Villaplana para pasarse el billete por la mancha de semen que tiene en el pantalón y colocarlo en la mano de su amante antes de cerrarle, estrujarle, el puño. Cabrón, hijoputa, no te creas no te creas que yo. Amelia, ya fuera del automóvil, le habla a Rafi agachada, ha dejado la puerta abierta. Te lo has ganado, contesta Rafi. Y ya verás cómo te gusta y lo repites con otros, verás cómo te gusta, te estoy haciendo un favor, te he hecho muchos, no lo olvides. Sorbe aire bruscamente por la nariz y ordena, Cierra la puerta. Hijoputa, cerdo. Sigue, sigue, que todavía te quedas en la calle y vienes de rodillas a pedirme trabajo. Se vuelca Rafi sobre el asiento vacío del copiloto, alcanza la puerta abierta y la trae sobre sí, la cierra, gira la llave de contacto. Ve la mueca de Amelia, oye vagamente la retahíla de insultos, repetitiva, girándose, mostrando su torso, la espalda. Rafi mete primera y todavía susurra, Está buena la cabrona, es lo peor que tiene, que está buena. Amelia ve cómo el coche se aleja despacio. Hace un esfuerzo por no llorar. No, no llorar por el cabrón este. Pero sabe que va a llorar, ella y solo ella es el motivo de esa ola de pena que la abraza, la revuelve y la arrastra, ese desgarro, esa suciedad, como si una cloaca se hubiera abierto dentro de su cuerpo. Te lo has ganado, ha dicho el miserable pero del mismo modo podría haber dicho te lo has buscado. Y ese es el dolor mayor, lo que urgentemente necesita enterrar, esconder, amontonar rabia sobre ese pensamiento, sobre esas palabras para que no vuelvan a salir de esa fosa séptica,

honda y oscura. En la mano tiene el billete arrugado, aplastado y húmedo. Abre los dedos y lo deja caer. Mira a su alrededor. El parque vacío, por encima de los árboles hay luces en algunas ventanas. La mayoría está a oscuras, convertidas en agujeros. Camina hacia su coche. No quiere llorar. Ya no más. El olor que hay en el interior de su coche es un consuelo, un útero conocido, protector. Su hijo Ismael, Dios ha escuchado, entra en el Onda Pasadena. Baja los escalones. El local está casi vacío. Una pareja sentada en la parte interior, con las cabezas juntas. Otra parejita bailando con desgana, seguramente amigos de los otros dos. En la barra un tipo pequeño que se pone de puntillas para hablarle a la camarera, la rusa. Demasiado temprano, poca gente todavía. El portero le ha leído la cartilla antes de dejarlo entrar. Ni una palabra ni una mirada, como mires a alguien te saco a hostias, no me compliques la vida, Chumi. Al portero, cuando lo conoció, le dijo que se llama Chumi, por vacilarle. Lo hace a menudo. Chumi, Quini, Fini, y a veces Gorgo, el apelativo de su hermano. Ismael ha prometido buena conducta y le ha recordado al portero que la última vez fue un cliente modélico. Lo único que me faltó fue lavar los vasos y fregar los retretes con mascarilla antigás, tío, le ha dicho. Y también que lo de la pelea con los dos gilipollas fue culpa de ellos. Buen colega, el portero. De los baños sale un tío con una camisa de rayas. Se parece al Bocas, el mamón que no paraba de joderlo en el colegio. A lo mejor es él. El fulano se coloca en la otra punta de la barra. Ismael se acerca al que está hablando con la camarera. Un plasta. ¿De verdad eres rusa o te lo haces?, le está preguntando. La chica responde, De Kiev. ¿Y eso qué es? Ucrania. Ya, bueno es lo mismo, los países modernos de Rusia ¿no? La camarera se dirige a Ismael. ¿Qué te pongo? ¿Te está molestando este?, pregunta él a su vez. El tipo pequeño se aparta un poco de la barra, mirando al recién llegado. Qué dices. Yo contigo no estoy hablando. La camarera coge a Ismael por el brazo, Tranquilo, estamos hablando. Si te molesta me lo dices. Pero este de qué va. El pequeño tiene la cabeza torcida, el ceño muy fruncido. Desde lejos, el que se parece al Bocas sonríe. La noche se expande, la oscuridad se cuaja como la sangre. Eduardo Chinarro vuelve a llamar golpeando la puerta del Monasterio de la Merced con la palma de la mano. Tiene la cara contraída, como si fuese a empezar a cantar. Hecha de caña y ron y agua marina, cantinero. No. Mejor lo que cantaba su madre, más dulce, sí, más suave y además mentando a Dios. Mira Chinarro la puerta, la cara a solo unos centímetros de la madera. Cómo era la canción aquella. No se acuerda. Rueda por su cabeza la cara de su madre, la luz del patio. Quería Dios fundir con su poder cuatro rayos de sol. Quería Dios hacer una mujer. Quiso Dios con su poder. No abren. Aunque cante

no van a abrir. Puede ir detrás del Hospital Civil, allí murió su amigo Antonio hace la tira de tiempo, si está abierto el garito del Moderno seguro que se enrolla. Le hace un bocata y lo deja dormir en el altillo, aunque haga mucho calor. Llevan los dedos entrelazados, caminan bajo los árboles y ya sienten el frescor del mar, el Atleta y Lucía desembocan en el paseo marítimo, el agua lame la orilla y sus olas menudas son un diapasón blando, Hoy he sentido que todo se me escapaba, que me quedaba sin nada y he tenido miedo, dice el Atleta y ella lo mira con el ceño fruncido y una sonrisa en los labios. ¿Es una sonrisa de verdad o es miedo o cansancio por lo que le digo?, piensa el Atleta. Pero al verte, antes de verte incluso, al pensar en ti de verdad, he dejado de tener miedo y sé que todo va a salir bien, que voy a ser lo que quiero ser. Ella deposita la cabeza en su hombro como gesto de cariño, pero él sigue pensando, Cuanto más hablo más lo empeoro y ella puede creer que soy más débil de lo que soy, los demás parecen más fuertes porque callan más, hablan más pero callan más, lo callan todo, ese del coche no diría nada de lo que digo, diría que el sábado la va a llevar a cenar a un sitio caro, que la va a llevar en su coche y que su coche le ha costado treinta mil euros pero que merece la pena porque tiene una potencia de ciento cincuenta caballos que los pueden llevar al fin del mundo, a donde él ordene, a donde ella quiera. Los pies descalzos de Gorgo, Jorge, el hermano pequeño y desvalido de Ismael, el cobarde, avanzan por el pasillo haciendo un ruido de ventosas. No enciende las luces, no quiere abrir ningún cajón más. Llega a su habitación. Pone la silla contra la puerta, la atranca. Se echa en la cama sin sábanas. Mañana le gustaría abrir los ojos en otra parte. Tiene la tentación de levantarse y coger el móvil, pero ni siquiera despega la cabeza de la almohada. Mejor olvidarse, mejor no pensar. Ni en su madre, ni en la carta del cajón, ni en su novia, ni en su primo Floren, ni en el Nene Olmedo, ni en la factura falsificada que hoy ha dejado en la tienda. Imaginar o recordar cosas agradables. El domingo adelantando de una vez al Atleta en la curva del 200. La Derbi Mulhacen que piensa comprarse en octubre. Vane, la dependienta de Calzados Famita, saliendo de su coche esa mañana, los leggins blancos, cómo lo miró, seguro que llevaba tanga, y la boca así. Andando tan despacio. Dónde estará ahora. Follando, seguramente. Sí. En el descampado que hay a la espalda del instituto Ben Gabirol, el Tato ha cogido una piedra grande, la lleva en la mano, la sopesa con ostentación cuando llega al lado del Nene Olmedo. Tenía que aliviarme las tripas Nene, explica. El otro no lo mira. Esos siguen ahí, asegura más que pregunta el Tato. Afirma el Nene con la cabeza, apenas un movimiento perceptible para decir que sí. La vista al frente. La luz mendicante

que sale del bar Maqui. Sí. Dos mujeres mayores surgen de la oscuridad cogidas del brazo. Carmen Marcos Díaz, Elena Moreno Úbeda, pasan cerca de los dos maleantes. Carmen va diciendo, Cuántos días han pasado. Elena pregunta, ¿Dónde está mi vida? Pasan sin mirarlos, sin advertir la presencia de los dos compinches. Ellas sabrán de qué hablan, susurra el Tato. Natural que lo saben, responde con desgana el Nene Olmedo. Las dos figuras se pierden calle adelante, sus voces se acallan. Yo de joven me llamaba Libertad, parece decir una de ellas. Yo lo que tengo es una sobredosis de locura, le contesta la otra, y los pasos se atenúan y se extinguen en la penumbra. El callejón respira. La luz del bar Maqui tiembla. Las partes de la noche se dilatan y se contraen, cada una con un ritmo distinto. Cabeza, tronco y mil extremidades. Noche viscosa, poblada, caliente, extensa, vacía, hueca, rebosante, iluminada, falsa, rotunda, devastadora, inextinguible y podrida, verdadera, alta, dudosa y densa, débil, bella, cobarde, árida, redonda, sonora, asfixiante, llena. El aliento de Belita empaña el cristal, Belita descorre el cristal y el aire ardiente allí, a diez pisos de altura, le roza el cuerpo, la cara, los brazos desnudos, como una mano lujuriosa la envuelve el aire y allí delante está esa extensión sin nombre, el dudoso perfil de los polígonos industriales, las burbujas de luz y al fondo la pantalla negra del horizonte, campos que no son campo, se agarran sus dedos inflamados a ambos lados del ventanal, Belita abre sus piernas y deja correr la orina hacia el suelo, caliente, muslos abajo, la boca pequeña, casi ridícula de Belita se abre para tragar todo el aire de la noche, Yo tenía una vida dentro, dice, yo tenía una vida dentro, padre, caminan los viajeros por el andén sofocado, callados, entre un murmullo de ruedas y maletas, voces sin palabras, cansancio y calor, el hormigón recalentado que rodea las vías, el tren es un perro echado al suelo después de una carrera larga, jadea en silencio y escupe más gente, Céspedes va en silencio y a su lado Carole es una moneda que da vueltas sobre su eje, antes de caer, antes de que todo caiga, salen del Maqui titubeantes y risueños Floren y Pedroche, del edificio de la Penca surge un grito que acalla el murmullo de los curiosos, los árboles quietos, vacíos de pájaros, también contienen la respiración, ha sido un grito único, solo, un rayo oscuro, y luego nada, nada más que los susurros en aumento de los espectadores, ha sido el grito de la Penca, el perro la mira con las orejas echadas hacia atrás y el rabo escondido entre las patas, se aleja, encogido, casi retorcido, todo se aleja y se contrae, el agua se desliza tibia, reparadora por el cuerpo de Julia Mamea, desciende el agua la cuesta de sus pechos, corona sus pezones y cae al vacío de la bañera, un desfile de gotas, una cascada mezclada con burbujas de jabón y espuma olorosa, las imágenes de

Dioni muerto, las hormigas, la voz de Ana Galán, su amigo al borde del desahucio, los mensajes de Céspedes, todo se desliza por su cuerpo y se pierde por el desagüe, Quedarme vacía, dormir, que nada importe, todo yéndose como el agua, la médico certifica la muerte, el padre de la Penca es un saco volcado en el suelo, lleno de cosas ya inservibles, un despojo del que hay que deshacerse, guantes de goma, sangre pisada, voces crepitantes saliendo de esos aparatos negros que llevan los policías, el reflejo de las luces azules alumbrando las caras, las manos de los muertos, el Yubri está sentado en el brazo del sofá, las anillas de acero en las muñecas y un policía que vuelve a preguntarle si la que está en la otra habitación es su hermana, si sabe qué ha tomado, Penqui, mi hermana, el padre Sebastián se gira en el calor de la cama, pega los labios y la nariz a la sábana de abajo, cree que todavía conserva el rastro de Lorena, el olor en el que ella estará envuelta en ese momento sin ser consciente de esa esencia, de esa mezcla que desprenden su cuerpo, su piel y su perfume, el sudor y las vísceras, los flujos, los tintes, las cremas, los alimentos fermentados en su interior, las uñas lacadas, el jabón, el pelo, todo lo que la forma y la envuelve, eso es lo que a ciegas en el seminario llamaban pecado, ese abismo que hace dudar a un hombre y lo arrastra, lo que le hace afirmar que ese es el centro de la vida, que ese es el verdadero milagro, el verdadero camino, la gota divina, la esperanza, la tierra contra el cielo, la penumbra contra la luz, alza el Tato la piedra, antes de hablar, antes de decir nada, sorprendiendo al Nene Olmedo, haciendo volverse lentamente a Pedroche, desfigurando la sonrisa de su socio Floren, ¿Te conozco yo a ti?, le pregunta Ismael al de la camisa de rayas, ya en el otro extremo de la barra, ya a su lado, y el de la camisa de rayas se encoge de hombros, ¿Tú no estabas en el colegio de las Mercedes y te decían el Bocas?, los pies de Belita pisando el charco tibio de la orina, Yo tenía una vida, yo tenía una vida, Guille mira el suelo, su tío Emilio y su tía Emilia hablan con el hombre del bigote gris, de paisano, hablan con él y a cada tanto vuelven la vista y lo miran, ya lo han apartado de Loberas y de la Lori, el túnel vuelve a estrecharse, el hombre del bigote abre la boca como un pez y el bigote parece estar haciendo un número de contorsionismo sobre el labio, La vida depende de los otros, le había oído decir Guille a su padre, se lo había oído muchas veces, demasiadas veces, es lo que hacen los cobardes, pensaba Guille, dejar la vida en las manos de los otros, un golpe fuerte, la piedra escapa de la mano del Tato después de golpear la frente de Pedroche, la tira de esparadrapo que tenía allí ha actuado como diana, el sonido del golpe es blando, de algo que se chafa, una calabaza, un melón que cae y se abre contra el suelo, las manos de Floren se agitan en la noche, parecen blancas,

Su padre ha muerto esta mañana, está descentrado y él no ha sido quien ha cometido el hurto ni ha herido a la señora, con independencia de la falta que pudiera haber debería usted tomar en consideración el contexto, la luz demasiado blanca confiere al despacho un aire de pecera, el hombre del bigote tiene la piel transparente en las sienes, venas, lombrices azules, la calle es una bóveda vacía, la vidriera pobre de los semáforos en ámbar, Amelia conduce como si ella formase parte del vehículo, como si fuese un engranaje, y el asco, el odio y la rabia, la humillación, son algo mecánico también, cosas que están fuera de ella y forman parte del paisaje, de esos edificios que van quedando atrás, carteles, cañaverales, páramos a ambos lados de la carretera, la ciudad desintegrándose, neones apagados, resplandores, AUTO CENTER *CEPSA*, SEDUCTORES DEL OLIMPO, Carrefour, **Todos los Días 2×1 en Pizzas**, luces que se cruzan en sentido contrario, Pedroche hinca una rodilla en el suelo, bufa, el Nene Olmedo saca el destornillador, tembloroso, el Tato escupe babas y emite un chillido agudo, de rata, cuando da una patada en el costado a Pedroche y Floren se abalanza sobre él y el destornillador dibuja un arco irregular, una serpentina rota en el aire y también cae al suelo, a los pies del Tato, que babea, bombillas verdes, cola de taxis y humo de tabaco rancio en la puerta de la estación, desfila Céspedes, la bolsa de plástico con su traje golpeando su pierna derecha a cada paso, Carole ya es una melena que camina delante de él, alguien que se va y que pronto se confundirá con el paisaje hueco de la noche, de sus recuerdos, de este día robado al tiempo, el esbozo de lo que quiso ser un paréntesis y solo ha sido un garabato absurdo, uno más en su vida, bienvenido a la colección, bienvenida Carole, avanzan despacio en la cola de los taxis, casi puede oler su cuerpo, casi puede rozarla, si extiende los dedos la tocará, el aire de pronto ha traído un soplo de frescor y Belita entorna los ojos, allí abajo las líneas de la calzada forman un dibujo que quiere decirle algo, deja de apretar el marco metálico del ventanal y se da cuenta de que los dedos le duelen, tienen marcas, surcos blancos, morados, el camisón está pegado a sus muslos, mojado, los pies en el charco de orina, se retira, las lentejas, da un paso hacia atrás y siente un escalofrío, Chiqui, dice, Padre Sebastián, ¿Chiqui?, se vuelve y pregunta de nuevo a la oscuridad del salón, ¿Chiqui, estás ahí?, su Chiqui, Pedroche, está en el suelo a cuatro patas, resoplando, en la cabeza tiene un goteo rápido de sangre que le baja por la nariz, ve un destornillador grande que cae a su lado, lo van a matar, Me van a matar, hace un movimiento para coger el destornillador pero una mano huesuda y morena se le adelanta, siente cómo tiran de él hacia atrás, cómo algo se desgarra y algo cae y lo aplasta, ¿Seguro que no te decían Bocas?, Ismael tiene una

sonrisa de lerdo subiéndole y bajándole de la boca a los ojos, se lleva el vaso con ginebra a los labios, la camarera de Kiev mira desde lejos, entran nuevos clientes, la música va subiendo, Ismael es el rey de la noche, bebe, da un trago largo, agota el vaso, el hielo pegado al labio superior, y después de beber lo dice, ya con la voz demasiado pastosa, Yo no sé si tú eres el Bocas, pero yo soy el rey del Onda Pasadena, el que aquí tiene los huevos, ¿La gallina?, pregunta con indiferencia el supuesto Bocas, Eduardo Chinarro mira pasar los coches que de tarde en tarde cruzan la calle y dejan un olor a goma quemada en el aire y una vibración que retumba en esas casas viejas, su oído es fino y está hecho para la música, fuera llegado muy alto, con un padrino fuera llegado muy lejos, está sentado en los escalones del Monasterio, como ayer cuando en medio del calor, viéndolo allí derrumbado salieron a darle de beber, y trata de recordar aquel estribillo, lo que su madre cantaba asomada a la ventana mientras tendía la ropa, Fundir cuatro rayos de sol y hacer con ellos una mujer, en la ventana, rodeando a su madre, había matas de geranios y las sábanas eran como velas de barcos, se envuelve en un albornoz esponjoso, se mira en el espejo Julia Mamea, alza las cejas y se echa el pelo mojado hacia atrás, se gusta, sale del cuarto de baño, coge su móvil, lo mira, ve los últimos mensajes, ninguna novedad, y apaga el dispositivo, lo desconecta, Lucía señala las luces de un barco flotando en la negrura del mar y pregunta, ¿Te gustaría ir en ese barco?, el Atleta levanta la barbilla, mira las luces, esa promesa, y dice Sí, ¿Adónde?, pregunta su novia, y él responde A donde vaya, el barco eres tú, y los dos se quedan callados observando cómo ese fulgor se aleja en silencio sobre la tinta y el silencio los abraza y los une, Adiós, Céspedes pone la mano en el hombro de Carole, el coordinador de los taxis apremia, Aquel es el suyo, caballero, aquel es el suyo, Carole, cansada, ojeras de niña, se alza sobre las puntas de los pies y besa la mejilla de Céspedes, muy cerca de la oreja, No dejes que nada te aplaste, pirata, le dice y sin mirarlo se dirige al taxi que le indican, Caballero si usted no va a coger uno deje pasar por favor caballero, Céspedes da un paso atrás, se sale de la fila, ve la melena de Carole bajar, perderse dentro del taxi, la puerta se cierra y detrás del cristal, entre reflejos que huyen, la ve irse, el automóvil hace un giro, avanza hacia la oscuridad del puerto y las grúas y Céspedes se da la vuelta, de la estación sigue saliendo gente, sus maletas rayan la noche con el ruido de sus ruedas en las estrías de la acera, Sabías que ibas a llegar aquí, se dice a sí mismo, en la mano la bolsa con el traje arrugado, ataviado con las bermudas, los náuticos, la camisa desencajada, El viajero del tiempo, se sigue diciendo, el mejor naufragio, buscar un hotel, sí, quizás eso sea lo mejor, da unos pasos

dubitativos por la acera, llega a la esquina de la calle Héroe de Sostoa, la carretera muda y caldeada, los árboles somnolientos, casi tan cansados como él mismo, todo revuelto, era Floren, el peso que había caído sobre la espalda de Pedroche era su socio y amigo Florencio Ferrer Pérez, derribado por el ímpetu del desesperado y nervioso Nene Olmedo, la noche se revuelve como un vómito, del bar Maqui surge una sombra que pregunta, Qué pasa, Floren hace un esfuerzo enorme, se gira sobre sí mismo y se levanta, Qué pasa ahí, la voz que viene del bar es más una amenaza que una pregunta, Qué pasa, y entonces sí viene la pregunta, Floren, Floren, ¿eres tú?, las sombras agitadas, las sombras que se amontonan y vibran y no dicen nada, sólo emiten gruñidos y jadeos, ahogos y ronquidos, y es entonces cuando Floren se vuelve, grita y con el grito le llega la mano del Tato con el destornillador empuñado, fuerte, oscuro y entra en la parte alta de su muslo, casi en la ingle, y Floren siente que algo le revuelve literalmente el estómago, la espalda, la cabeza, un cable eléctrico, sin saber todavía que está herido, y del Maqui surgen dos nuevas sombras, Ignacio y Popeye, los últimos clientes que avanzan hacia aquel alboroto sordo y las figuras que se revuelven en la penumbra, Belita moja la toalla en el lavabo, la escurre y con el paño húmedo se limpia los muslos y la entrepierna, el camisón en el suelo, el cuerpo blancuzco, rosado y verdoso convierte el espejo en una masa blanda, baja la toalla por las piernas, Padre nuestro, Padre nuestro que estás en el cielo, no me dejes aquí, no me dejes aquí de esta forma, tráeme la esperanza, bendíceme también a mí, bendíceme como cuando era niña y me vestía de blanco y me hacían una cruz en la frente, llevaba flores al altar, soy hija tuya, padre Sebastián, tu enviado, dadme vuestra bendición, venid a mí, tened piedad de mí como yo la tengo de los pobres y los necesitados, duerme sobre la cama sin sábanas el pequeño Gorgo, el indefenso, duerme con los brazos levantados como si en el sueño un gánster o un pistolero le hubiera ordenado levantar las manos, la silla contra la puerta, duerme el padre Sebastián, la boca entreabierta, un hilo de saliva derramándose justo donde había encontrado el último rastro de perfume de Lorena, el último vestigio de esa tarde que ahora fluye, que ahora navega en forma de impulso eléctrico por las circunvoluciones de su cerebro y se deposita en la corteza prefrontal como un limo suave, láminas, impulsos, mecánica y química que llevan la imagen de la espalda, las caderas, Lorena acostada de lado, el reflejo turbio de la mirada y su propio deseo navegando por ese mundo líquido, anfibio, mientras el sueño resucita otras imágenes y en su laboratorio combina los recuerdos con lo imposible, los dedos agitándose sobre la sábana, la habitación encogiéndose y dilatándose con la lentitud y la firmeza

de sus pulmones, padre Sebastián, deme la vida, líbreme de quienes me acosan y me atan a esta roca que me hiere el cuerpo y el espíritu, tenga usted también piedad de mí, todo el bar se tambalea, el de la camisa de rayas, que no es el Bocas, ha sido más rápido y antes de que Ismael levante una mano, antes de que pronuncie un insulto con el que iniciar la agresión, ha estrellado su frente contra el ceño de Ismael, más borracho de lo que pensaba, más lento, flojo y pesado, y se derrumba, cae a cámara lenta, primero sosteniéndose con un brazo en la barra y luego desmoronándose, deslizándose mostrador abajo hasta quedar sentado en el suelo, con el bar convertido en marea y oscilando a su alrededor, el hombre del bigote gris mira el papel, lee los nombres y apellidos del Tuli, de Juno, los que han huido, y solo el nombre de pila de Isidro, porque Guille, que quiere colaborar, que solo ha dado un mal paso confundido por la terrible noticia de la muerte de su padre, no conoce los apellidos de ese chico, y también ha dado el nombre completo de Cabello, Alberto Cabello Mendoza, domicilio, calle Ortuño de Prados 3, así aprenderá a no mirarlo con superioridad, a no creerse más hombre que nadie ni dueño de la Lori y de todo lo que hay a su alrededor, el hombre del bigote gris hace un movimiento afirmativo y lento con la cabeza antes de decir, Está bien, llévenselo, corren calle adelante el Tato y el Nene Olmedo, veloz y con zancada recta el Nene, desencajado y con espuma en la boca el Tato, detrás de ellos los gritos, la carrera de Ignacio, que pronto pierde fuelle y se agarra el costado, las amenazas de Popeye, y ya inaudible la voz de Adolfo, el dueño del bar Maqui, que se inclina sobre Pedroche y se mancha las manos con la sangre que mana de la frente de su cliente, Me han hecho algo, dice con más sorpresa que preocupación Floren, Me han hecho algo, joder, qué dolor, aquí en la ingle o por ahí, joder, en la ingle, llega Popeye e ilumina con la linterna de su móvil la escena, Pedroche a cuatro patas, como si fuese a jugar al caballito con el hijo que no tuvo, Floren de pie, encorvado, apoyándose en una sola pierna y encogiendo la otra con una especie de calambre, Pedroche, algo bizco, alza la vista entre el goteo de la sangre y tiene lucidez para declarar, El destornillador, le han hincado el destornillador, Hijos de puta venid aquí, grita Popeye al vacío de la calle, a los pisos dormidos, a la borrachera que lo llena de frustración, Ve por el coche, ordena el dueño del Maqui, trae tu coche, y Popeye se pone en movimiento, Amelia conduce despacio por el Camino de Doña María, la vegetación cuelga sobre la carretera estrecha, los faros del automóvil sacan de la oscuridad sombras alargadas, distorsionadas, mira el reloj del salpicadero, llega tarde a pesar de haberle pedido a Félix que cubriera la primera hora de su turno, ha venido demasiado despacio, por el camino más largo y dos

veces ha tenido que detenerse, intentando no pensar, vaciar su cabeza y su cuerpo de sensaciones, empieza a surgir un temor dentro de ella, es el aliento de un perro, sabe que Rafi puede volver a llamarla, y sabe que ella podría decirle que sí por mucho que ahora esté segura de que ni siquiera le cogerá el teléfono, de que nunca volverá a cruzar una palabra con él, pero un animal escurridizo vive dentro de ella, nunca en el mismo sitio, circula por su organismo, cambia de tamaño y cuando quiere ordena, y ella le obedece, son los impulsos ciegos, lo que no se desea y se hace, Lo que me ha traído aquí, se dice Amelia, la desolada, la invadida, la ahogada, sí, un río la cubre, un monstruo por el que ella navega, ella es el animal, Yo soy, y este es mi cuerpo, la noche es su cuerpo, los faros del coche son sus ojos escrutando la oscuridad que respira, es el monstruo que alimentamos, que nos alimenta, y su hijo, su hijo Ismael, sangra por la nariz y escupe una baba pegajosa, el portero lo saca a la calle, Te lo dije capullo, a meter bronca te vas a tu puta casa, Ismael trastabilla, arrastra los pies, se le doblan, trata de decir No me toques, pero solo consigue emitir una especie de gorgoteo, un emplasto sonoro en medio del que se le traba la lengua, la borrachera aumentada por el golpe, por el cabezazo que le ha dado el cabrón del Bocas que no es el Bocas, da dos pasos hacia la calzada, se gira, escupe, se limpia la sangre de la nariz y finalmente consigue decirle al portero, que sigue mirándolo con aire de amenaza, A ese me lo cargo, ya puedes entrar a decirle que lo estoy esperando aquí, hasta que salga lo mato, el portero avanza hacia él, decidido, y solo se detiene cuando desde la entrada del bar surge una voz, Carlo, déjalo, déjalo ya, es la camarera ucraniana, que ha salido y hace un gesto con la cabeza, apuntando al local, Déjalo y vente, Ismael sonríe, Por ella te vas a librar, le dice al portero, escondiéndote detrás de las mujeres todos sois iguales de valientes, la camarera ya tiene cogido el brazo del portero, No ves la borrachera que tiene, Sí, sí, muy valientes todos, ya nos veremos tú y yo, muy valientes, Ismael se gira, la calle es un barco atravesando unas aguas negras, el alquitrán, el río del asfalto, rebotan blandos los pies en el suelo y él es una marioneta con demasiados hilos rotos, se aleja del bar, Ya he estado aquí, ya he estado aquí hoy, le dan ganas de reír y de gritar pero solo escupe, más babas, Lo mato, susurra, Céspedes está clavado en el borde de la acera, quieto al lado de los árboles quietos, pasa un coche con la ventanilla abierta y un sonido de discoteca, después del zumbido de la música se quedan flotando en el aire el eco de unas voces, la de los dos macarras que viajaban dentro, un tufo de hachís, Todavía una bala, piensa Céspedes, en la mano tiene el teléfono, prolongar el viaje, retrasar el regreso a la realidad, busca el nombre de Julia en la agenda del teléfono, Por qué no, nada se

pierde, y pulsa el pequeño símbolo, en la pantalla se dibuja una flecha verde, Céspedes se lleva el teléfono a la oreja, una voz mecánica le comunica que el número al que llama está apagado o fuera de cobertura, una piedra cayendo dentro del agua, un pozo, Céspedes resopla, mira a un lado y a otro de la calle, ¿Enviarle un mensaje?, se muerde el labio, suelta la bolsa con el traje, cae blanda a sus pies, Joder, dónde coño se ha metido esta, mira otra vez la pantalla muda del teléfono, mueve rápido el pulgar, vuelve a llamar, voz mecánica, otra vez quieto como un árbol, otra vez la brújula imantada, la veleta sin viento, la calle vacía, la habitación vacía de un hotel vacío, da una patada a la bolsa, que se arrastra por la calzada con un sonido rayado y se queda en medio de la calzada con la boca abierta y una manga de la chaqueta asomando como el brazo de un ahogado, fin del viaje, Pedroche gatea, rechaza la mano que le tiende Ignacio y finalmente consigue ponerse de pie, el goteo de sangre sigue manándole de la frente, medio pantalón le cuelga por la parte de atrás, rajado, da dos vueltas sobre sí mismo, una peonza gorda y con el eje torcido, Un zapato, dice, no encuentro un zapato, y las joyas, Popeye detiene el coche al lado de los heridos, se baja, ayuda a Ignacio a colocar a Floren en la parte de atrás, Joder, pues no me ha dado frío, se excusa Floren, y ganas de vomitar, el trompo Pedroche sigue mirando el suelo, Alumbra, pide, Espera, le dice Popeye mientras Floren saca la cabeza del vehículo y suelta por la boca un caño de cerveza caliente, las palmeras se estremecen por encima de las cabezas del Atleta y de Lucía, él piensa en su casa, en su diario, en todo lo que hay escrito allí como en un lugar remoto, un mal sueño del que ahora despierta, Alumbra aquí, las joyas, hijos de puta, Pedroche se agacha, de la frente se le derrama otro golpe de sangre, rastrilla el suelo con los dedos, Qué coño dices, le pregunta Popeye, pero el socio de Floren ya no responde, solo refunfuña en la negrura arañándose las yemas de los dedos con la lija del asfalto y cuando llega Popeye con su linterna lo único que encuentran por allí es el destornillador del Nene Olmedo y el zapato abarquillado de Pedroche, que concluye, Me las han robado, Vámonos joder, pide Ignacio, que se asusta por los temblores de Floren, me han robado las joyas Floren, informa Pedroche a su socio al subir al coche, Qué putada, dice el otro, Ponte esto en la cabeza, Popeye le tiende una bayeta sucia a Pedroche, Está lleno de mierda el trapo, A ver si te crees que esto es una ambulancia, Arranca, ordena Adolfo, que llega a la carrera después de echar la llave a su negocio, sube al asiento del copiloto con el coche ya en movimiento, Julia, se vuelca en la cama, el aire acondicionado y las sábanas limpias, Mañana, piensa, mañana, dejar atrás estos días que pesan como si cada uno de sus minutos fueran lingotes de plomo,

mañana, enciende la luz de la mesilla, la burbuja de la habitación, Ismael, Dios ha escuchado, alza la vista y ve cómo los árboles de la plaza se inclinan sobre él y luego se levantan, se disparan hacia el cielo, el túnel oscuro, ese cañón por el que no deja de subir el ascensor con Consuelo temblando dentro, abriendo la boca y pronunciando su nombre, Ismael, ¿Y por qué yo?, pregunta el desolado Mariano Villaplana, el patizambo, a su mujer, Segueta, Encarnación, ¿por qué soy yo el único que no puede estar ahí? Porque no te corresponde, dice la mellada, mirando con desconfianza y miedo ese pulular de gente, esa noria de luces encima de los coches de la policía, ese terror viejo de niña amedrentada, la superstición de los muertos, hace dos cruces la Segueta, en la puerta y en el pecho del desconsolado Mariano, y luego ordena Para arriba, ¿Te duele?, le pregunta Ignacio a Floren y este dobla la cabeza sin conocer muy bien la respuesta, Es más como un malestar, ¿Y te sale mucha sangre?, se interesa Popeye mientras conduce, No, lo normal, responde Ignacio por el herido, ¿Lo normal cuando te hincan un destornillador?, nos ha jodío Ignacio, las cosas que dices, comenta Adolfo todavía asfixiado por la carrera, Popeye da un volantazo para entrar en la calle la Unión, Ya no sabemos ni lo que hacemos, apunta Ignacio, también borracho, Yo sí sé lo que hago, dice en voz baja Pedroche apretándose la bayeta sucia contra la frente, Eso es lo malo, le responde Popeye, que lo ha oído, circulando en dirección prohibida llegan a la avenida Juan XXIII, el coche avanza bajo la luz de las farolas altas por la calle solitaria, tan vacía y tan inmóvil que todo parece una maqueta aumentada de tamaño, un decorado de casas huecas, Eduardo Chinarro camina cansado, arruga la cara como cuando canta, deja atrás el colegio de La Goleta y empieza a cruzar el puente de Armiñán, dos coches que van en paralelo pasan por su lado, los ocupantes se hablan de un vehículo a otro a través de las ventanillas abiertas, Eduardo se detiene al llegar a la mitad del puente y se apoya en la baranda, bajo él el lecho seco y pedregoso del antiguo río desciende hacia el mar entre matojos secos, bolas de algodón sucio en medio de la noche, los edificios dormidos a cada lado, al fondo el puente de la Aurora, bajo sus pies siente Eduardo el suelo metálico de ese puente cuando muchos años atrás, viniendo desde Carranque, atravesaba calle Mármoles y cruzaba aquel puente, durante todo el camino cantaba en un tono bajo, calentando las cuerdas vocales para empezar a ganarse la vida cantando por las calles del centro, el puente de la Aurora era la frontera de sus sueños, y allí está, con sus adornos de hierro, perdido en ese mundo que ya no le pertenece, entre edificios desconocidos, sin agua ni barro bajo él, solo hormigón, luces que en el vacío de la noche parecen reflectores carcelarios, mejor seguir el

camino, mejor ir a ver si el Moderno todavía está abierto, le da algo de comer y lo deja dormir en el altillo, Eduardo escupe por encima de la baranda y antes de que su saliva toque el suelo ya ha empezado a andar en busca del papeo y el catre, se detiene asfixiado el Tato y llama al Nene Olmedo, que sin dejar de correr mira hacia atrás y ve a su compañero doblado sobre sí mismo, las manos apoyadas en las rodillas, el Nene mira al fondo de la calle y solo se detiene cuando comprueba que nadie los sigue, entonces sus pulmones, sus bronquios y el galope de su corazón se manifiestan de repente, al mismo tiempo, él también se dobla, y en esa postura espera que se le vaya acercando el Tato, quien, orgulloso, levanta en el aire una bolsa pequeña y pesada, Las alhajas Nene, el Nene con la boca abierta, dejando escapar un hilo de baba, lo observa, mitad satisfecho, mitad jodido, el Tato, triunfal, pregunta, ¿Has cogido el sobre?, el Nene Olmedo se endereza, busca la autoridad en su tono de voz, Qué sobre, El dinero Nene, los billetes, niega con la cabeza el Nene Olmedo, escupe a un lado, Estaba muy oscuro, Coño también estaba muy oscuro para coger esto, vuelve a levantar las joyas el Tato, haberle dado catite al capullo como yo le he metido, le he metido el destornillador en la barriga, que se te había caído con la mano blanda, Se lo has metido al otro que no pintaba nada, pasa una motocicleta por el camino de San Rafael, se la quedan mirando hasta que desaparece de su vista, Se lo he metido porque si no estamos ahí todavía con el pincho por el suelo y tú tirándole de los pelos al pringao, Si quieres ve y llama al telefonillo del bloque por si no te han escuchado bien, cállate coño, el Tato mira el edificio que tienen al lado, dos o tres ventanas con las luces encendidas, el Nene Olmedo le hace un gesto con la mano indicándole que le enseñe la bolsa, el Tato, receloso, se la da, el Nene, lento, la abre, mira a un lado y a otro, se agacha y vacía su contenido en la acera, pendientes con piedras moradas, cadenitas de oro, anillos, varias pulseras, dos o tres medallas, un anillo con una piedra roja, Amelia se mira en el espejo retrovisor, se asegura de que no quede ningún rastro de Villaplana, semen seco, arañazo o rímel corrido, corta una lágrima casi antes de que brote, sale del coche, llega hasta allí, suave, el rumor del mar, el olor de la vegetación, el calor, y en medio de la noche, iluminado, irreal, se levanta el edificio del hotel, la colmena de balcones y ventanas, y hacia él conduce sus pasos la dócil Amelia, camina sobre el roer de la grava, y la grava parece que asciende por sus tobillos y le va llenando los pulmones con su peso, con su oscuridad, lo más importante es no llorar, la Penca tiene la boca abierta, respira como una asmática, mira a su alrededor, el paquete de Fortuna se quedó en la habitación del Yubri, tan lejos como la otra punta del universo, donde habitan los marcianos del Nene Olmedo,

y es como si los viera, como si viera encima de ella los labios del Nene, abriéndose muy despacio, esa tarde, o esa mañana, ya no lo sabe bien Aurora, la Penca, antes de que pasara todo, preguntándole, ¿Te gusta?, y ella cerrando los ojos, dejándose ir, hundiéndose en la corriente de un río, bajo el agua, sin ahogarse, mecida, ¿Es bueno?, pregunta el Tato mientras su compinche toca con el índice las joyas, las separa, hace un gesto que parece indicar que sí, Se las damos a los Dalton, a ver qué nos dan, Los Dalton no hacen eso, se las damos al cuñado del Cararropero, Que no nos engañe, Es colega, Le he metido el pincho, joder, parecía manteca, alza la vista el Tato, desde el balcón de un primer piso un hombre en camiseta de tirantes los está mirando, Tú qué te pasa a ti, ¿que no tienes sueño?, venga para la cama que mañana hay que madrugar, o quieres que suba y te acueste, el hombre tose, escupe a la calle un gajo de naranja a medio masticar y desaparece, el policía le dice al Yubri que se levante, Nos vamos, el Yubri se queda mirando un punto fijo del suelo, quiere decir algo, duda y finalmente levanta la cara y pregunta si puede ver a su hermana, el policía mira a un hombre de paisano que niega con la cabeza, Ahora no, le dice el policía, y el Yubri responde Bueno, y se pone de pie, mira la habitación, ¿Y el perro?, pregunta, el policía de uniforme mira al de paisano, Encerrado en el cuarto de baño, dice este, Bueno, responde en voz baja el Yubri, salen él y el policía al pasillo, hay gente que no conoce, la casa está llena de gente, algunos lo miran, no sabe si dar las buenas noches, decide mirar al frente, por este pasillo jugaba al fútbol con la Penqui, cuando eran niños, dos porterías, una en cada punta del pasillo, una pelota de tenis y las protestas de su madre, desde la cocina llega la luz blanca, se pregunta si le habrán puesto a su padre una sábana por encima o estará todavía ahí con la cara de atontado que se le quedó, mirándose los pies, con las tijeras en la cabeza, como un robot piensa el Yubri, hundida en la cama, palpándose la tela del camisón limpio que acaba de ponerse, Belita tiene los ojos abiertos, la casa está a oscuras, enciende la luz del despertador que le alumbra la cara de verde, demasiado tarde para que su marido no haya vuelto, la masa negra del pasillo parece moverse, detrás de la cortina siempre puede haber alguien, cuando era niña su prima ponía zapatos bajo las cortinas y Belita, al verlos, sentía un escalofrío que la dejaba inmóvil, paralizada como una estatua, el pasillo respira, el mal también hace milagros, milagros negros, mira la oscuridad, que parece llena de telarañas, ¿Chiqui?, ¿Chiqui estás ahí?, no me asustes, no me castigues, yo ya te he perdonado, le responde el silencio amenazante de las paredes, los muebles que flotan en la oscuridad, al frente tienen el edificio del hospital, creciendo noche arriba, Popeye lo anuncia, Carlos

Haya, ya llegamos, Pedroche se palpa la frente con la bayeta sucia, la sangre ha dejado de manar, apenas salen ya unas gotas y por primera vez desde que fueron asaltados repara en su socio, ¿Te duele?, Floren dice que se acuerda de Carmen y de Carmencita, y que tendría que haberse ido a cenar con ellas nada más cerrar el negocio, Así son las cosas, afirma Popeye que ya sube la rampa de Urgencias, Decidles que soy alérgico a la penicilina, pide Floren, Díselo tú joder, que no te vas a morir, ni a quedar mudo, le responde Adolfo, si no has echado ni seis gotas de sangre, Guille avanza por el pasillo entre su tío Emilio y su tía Emilia, a un lado y a otro quedan oficinas y dependencias desiertas, las luces encendidas, al pasar por delante de una de esas habitaciones Guille ve sentados en un banco a la Lori y a Loberas, este, con la cabeza torcida y apoyado contra la pared, duerme, la chica mira a Guille esperanzada, siente el impulso de levantarse, de hablarle, pero Guille ya ha desaparecido, sigue camino de la calle, Julia se abandona al sueño, en su pecho reposa un libro, el taxista pregunta a Céspedes por segunda vez adónde quiere ir, hotel Las Vegas, levanta la vista Eduardo Chinarro, a lo lejos ve el letrero luminoso del Moderno, sobre su cabeza las ramas de los ficus gigantes, un útero vegetal, la noche temblando, ¿Chiqui, eres tú?, Belita se encoge en la cama, Ismael se sienta en un banco de la plaza de la Merced, imagina la habitación oscura en la que estará durmiendo Consuelo, la respiración turbia, el cuerpo desnudo enredado en un camisón y el marido tumbado a su lado, el centinela dormido, la puerta del ascensor caerá despacio y ella le dirá Sube, sube conmigo, el pasillo del hospital es un laberinto de luces, desde la silla de ruedas Floren dice adiós a sus amigos, El hijoputa, parece que se va de viaje, sonríen Ignacio y Popeye, Amelia cruza la recepción del hotel, desde lejos le hace un gesto de disculpa a su compañero por el retraso con el que llega, sus pisadas resuenan como si el mundo estuviera hueco, Vendrá una psicóloga, le dice la policía María Eloy a la Penca, sentada en el borde de su cama, la misma donde la violaron la primera vez, donde otras veces se ha preguntado por su culpa y si hubo un momento en que ella sin saberlo pudo provocar a su padre, el perro araña la puerta, la casa huele a sangre, el pantalón rajado arrastra detrás de Pedroche, Míralo, con su cola de novia, dice Popeye, y Pedroche sigue caminando hacia la sala de curas, la bayeta sucia en la cabeza, echan un vistazo a un lado y a otro, el Nene Olmedo y el Tato cruzan el paseo de los Tilos, Ni a Portada ni a mi bujío, esta noche vamos con el Cararropero, ha ordenado el Nene Olmedo, y el Tato ha acatado, hay un reflejo de luces azules, el Yubri baja los escalones despacio, por uno de los ventanales de la escalera ve la gente agolpada delante de su bloque, el murmullo, los resplandores, se le ensancha el pecho, se

siente importante, el Atleta posa sus labios en los labios de Lucía, desde el mar llega un soplo fresco de brisa, se dobla suave el aire, velos invisibles se mueven y rozan la piel, los ojos entornados de ella, sale a la calle el Yubri, encoge la cara y mira a su alrededor, toda esa gente, Eduardo Chinarro se despega de la acera y a lo lejos ve una mancha de luz en el local del Moderno, está abierto, acelera el paso, salen a la calle Guille y sus tíos, la ciudad nueva, los edificios, los semáforos, los coches quietos en el borde de la acera, los dibujos geométricos en la calzada, la vitrina de un banco, los escaparates lejanos y oscuros de las tiendas, todo tiene sentido y todo es perfecto, todos los caminos son posibles.

En el sofá, Ana Galán ve brillar la pantalla del móvil. Un mensaje de su hermano. Todo solucionado. Sí, todo solucionado. El problema de Guille solucionado, el de Dioni solucionado, el suyo solucionado. El día de mañana y los días y los meses que seguirán, solucionados. Una broma pesada, casi macabra. Ojalá tarden mucho en volver a casa, ojalá se extravíen, se detengan a hablar, a aleccionar a Guille, a insuflarle ánimo y responsabilidad, lo que quieran. Ahora eres el hombre de la casa, tú también debes cuidar de tu madre, debéis estar más unidos que nunca. Todo solucionado.

Dormir sería una conquista. Limpiarse de lo que ha sucedido, de lo que ha sentido desde que esa mañana se recibió la llamada en el hospital. Desde que días atrás Dioni desapareció, desde que hace años su vida ha estado metida dentro de una cápsula, de una habitación cerrada. Limar las aristas más afiladas del dolor, en eso consistirán los esfuerzos de los meses siguientes. Un trabajo que debe empezar esa misma noche, «Que empecé desde que supe que el hombre del descampado era él». Continuar con este anestesiamiento, prolongar el vacío.

Abandona el sofá. Busca en los cajones de una cómoda china. Una estilográfica de Dioni, la funda de unas gafas también suyas. La idea de vaciar la casa, los armarios, su ropa, sus documentos, aparece como un hongo oscuro que de inmediato la invade y se hace dueño de su respiración, «Cuanto antes, mañana, pasado, dentro de una semana la casa solo con las huellas precisas de Dioni, las elegidas, las inevitables». Abre un cajón más, otro. Encuentra un paquete de Winston, un encendedor. De nuevo está ante otra tanda de fotografías familiares, colocadas sobre la cómoda. Guille en bañador y haciendo un gesto de surfista, ella, diez años atrás, en Perugia, Dioni levantando los brazos al cielo, riendo, su madre en blanco y negro, quizás antes de que Ana naciera, gafas de pasta negra, barbilla elevada, altiva. «¿De qué estabas orgullosa? ¿De la vida

mediocre que en el fondo tenías? ¿Qué fue para ti el placer, cómo fue la noche que me concebiste, qué pensabas de mi padre y qué sentiste en tus últimos meses? ¿Le hablaste a alguien del miedo que sentías, debajo de qué alfombra lo escondías todo? ¿Me parezco a ti, mamá? Esta noche te lo podría preguntar todo, y también podría desnudarme delante de ti.»

Qué pensaría su madre si supiera cómo era verdaderamente Dioni. Cómo era la vida de su hija. Tal vez, piensa Ana Galán, alguna vez intuyeran algo, ella o su padre. En cualquier caso lo borrarían, de ningún modo lo habrían comentado entre ellos. ¿No? No, seguro que no. Todo guardado, todo bajo llave, «Tampoco yo le haría esas preguntas si realmente la tuviese delante de mí, ni me desnudaría, no, sería como siempre, adivinando, entreviendo, sospechando y callando, lo otro es fantasía, quizás en otra vida, con otra madre, siendo yo como no soy, decirlo todo, una vez en la vida, ¿y si Vicente se presentara en el funeral?».

Algo improbable. No imposible. Ana Galán lo visualiza, en un rincón. Apartado, solo. Debería acercarse a él, debería reunir valor y acercarse, abrazarse a él. Las dos personas a quien Dioni ha amado, no importa de qué modo. No tendría que dar explicaciones a nadie. Pero sabe que jamás lo haría. Sería reconocer que toda su vida ha estado equivocada, negando y volviendo a negar para ahora aceptarlo todo de un golpe. Cuando ya nada importa. O quizás cuando todo verdaderamente importa. Un instante en el que se pesa y se mide la vida.

No. En caso de que apareciera se quedaría allí, apartado. Perro callejero olisqueando en la puerta de la carnicería. En vano. No hay hueso ni desperdicio para ti.

Ana Galán atraviesa con pasos lentos el salón. Ni siquiera sabe dónde ubicarse en su propia casa. Cuál será a partir de ahora su rutina, su territorio. Y de pie en medio del salón se pregunta quién vería a Dioni por última vez. Con quién cruzó las últimas palabras, si Dioni mostró desesperación, si desveló algo. Cómo llegó allí, a ese descampado lejano. Cuánto sufrió, qué pensó y cuándo decidió hacer lo que ha hecho. ¿En verdad lo decidió? ¿En verdad fue una decisión, un pensamiento razonado, un plan? ¿O solo avanzar ciegamente, con los ojos vendados, sin pensar, hacia el abismo? Sin un recuerdo para nadie, sin ningún otro mensaje que el de su propio fin. Cerrar una puerta, nada más.

Buscar el sosiego. Finalmente, el sosiego. Descargar el peso que lo aplastaba. Sin que nadie le hubiera obligado a soportarlo. Solo él. «Él eligió, con venda en los ojos o sin venda, como elegimos todos, él eligió mucho más que yo,

mucho más, yo solo elegí callar, él mentir y luego también callar, eligió más, ha sufrido más, yo también necesito esa paz, ese sosiego, por un camino distinto, en la dirección contraria, no tiene derecho a arrastrarme con él, ya no más, ni un centímetro más.»

Ana Galán abre la puerta de cristal y sale a la terraza. Recibe de lleno una bocanada caliente, humedecida por la vegetación que surge de los macetones y trepa por las paredes. Las plantas parecen contener la respiración, haber interrumpido su movimiento con la llegada de la dueña, que camina con paso lento y se dirige a la baranda. Ahí está la noche, frente a ella, extendiéndose como la piel inmensa de un animal recién cazado, todavía sangrante. La noche sí respira, la noche sí tiene pulso, es un pulmón negro y lento que se expande y se contrae sobre todos nosotros.

Las palmeras recortadas contra la oscuridad del mar y el perfil difuso de la costa, las montañas invisibles. Por ahí, por algún lugar perdido de esa negrura estará el descampado donde lo encontraron. Allí seguirán las hormigas trazando su red implacable. Sí, allí, en ese terreno abrupto y reseco, están los cartelones con los anuncios quemados por el sol, la fotografía gigante de una pareja que duerme en el mejor colchón del mundo, el paisaje idílico de una playa de arena blanca y esos dos monolitos de hormigón con sus letras pintadas **BUEST, WAS**. Y bajo ellos, a sus pies, están los arbustos marchitos, los plásticos y las latas descoloridas, los insectos arrastrándose por la tierra árida y recalentada, entre cardos desecados y espinosos, colillas, un guante sanitario, gasas, el cerco que dejó el cuerpo de Dioni y por el que todavía transitan las hormigas buscando alimento, escarbando en el cuerpo de otros insectos, llevándose consigo trozos de alas, antenas, élitros, larvas, semillas, entrando y saliendo de ese hormiguero inacabable, ese laberinto oscuro que se expande bajo tierra mucho más allá de lo que nadie pudiera pensar. Millones. Como si fuese el sueño de los hombres, el revés de este mundo, una pesadilla apenas vislumbrada que atrapó a Dioni y se lo llevó con ella.

Ana Galán deja escapar un suspiro largo y se concentra en la visión alquitranada, brillante y lejana del mar. Los reflejos que oscuramente zigzaguean sobre la negrura del agua. Un soplo suave, casi fresco, viene desde allí y pasa junto a ella como una sombra. Ana Galán enciende un cigarrillo y apoya los codos en la baranda, el torso arqueado, la barbilla alzada. Fuma calmosamente. Y desde una casa cercana, un vecino anónimo la observa en secreto, como tantas otras noches.

CENSO DE PERSONAJES

Dado que la mayor parte de los personajes son mencionados en la novela por sus nombres de pila o apodos, aquí se los ordena siguiendo ese criterio. Aquellos de los que no se mencionan sus nombres o motes aparecen por el parentesco que los une al personaje principal con el que están vinculados.

Los personajes relacionados con la historia de *El Vampiro de la calle Molinillo* que cuenta la Abuela del Atleta aparecen a continuación del censo general.

Abuela del Atleta. Abuela materna del Atleta, al que admira e intenta proteger dentro de sus precarios límites. (Le da cincuenta euros mensuales de su parca pensión. Es la única ganancia fija, y magra, del Atleta.) Padece parkinson y el acoso intransigente de su hija. Sociable. Tiene cualidades para haber tenido una vida mejor. Pero no ha sido posible. Cuestión de economía y de los malos tiempos. Cuenta a sus dos nietos la historia del Vampiro de la Calle Molinillo.

Abuelo de Ismael y de Jorge (Gorgo). Oficial del Ejército, arma de Artillería. Hombre bonancible y recto. Desde su jubilación ve el mundo como algo extraño, ajeno a lo que siempre pensó que era o debía ser. El orden perdido de los cuarteles. Un escéptico.

Afilador (Francisco Pérez). Afilador y chamarilero que inopinadamente aparece una madrugada por el centro de la ciudad conduciendo un carro tirado por un caballo viejo. Natural de Santo Estevo, Orense. Hijo y nieto de afiladores. Hombre noble. Descendiente por vía materna de Romasanta, el Hombre Lobo de Allariz.

Alberto Marín Marcos. Policía municipal que detiene a Guille, Loberas y la Lori. En cumplimiento del deber se resiste a las insinuaciones de la Lori, que, al verse esposada y camino de comisaría, se convierten directamente a proposiciones. Marín Marcos supera la ardua prueba que el destino ha puesto en

su camino esa noche de terral. Podríamos decir que en el paladar le queda un sabor agridulce.

Alexandra (**Hornbostel**). Propietaria del bar La Vieja Aduana, del que en una extraña madrugada y ante la mirada de Céspedes, surgen Garriga Vela, Taján y Soler para inmediatamente encaramarse los tres en un carro de chatarra. Alexandra los despide con una sonrisa.

Alfonso Pallarés. Amigo de Juanmi en la Facultad de Letras. Con vocación de sinvergüenza, es, sin embargo, un estudiante práctico y brillante.

Álvaro Frías. Solvente reportero del diario *Sur*. Hijo del mítico y querido José Antonio Frías. Acude a Portada Alta al conocer que allí se ha cometido un asesinato.

Amelia (Martínez Robles). Madre de Ismael y de Jorge (también llamado Gorgo). Amante de Rafi Villaplana. Le gusta que la llamen **Amel**, pensando que el nombre así acortado tiene resonancias románticas e incluso aventureras. Trabaja de recepcionista en el hotel Los Patos. Temerosa de la soledad, superviviente. Abandonada por su marido (Ernesto) al que, según puede desprenderse de una carta que guarda entre su lencería, ella fue infiel en tiempos pasados.

Americano de los Pelos Azules (**Mark Aldrich**). Marido de Asunción Arnedo. Se encuentra en la vivienda de la doctora Galán cuando se conoce el óbito de Dioni. Nacido en Boston. Zurdo. Brillante pitcher del equipo juvenil de los Red Sox. Apartado de ese deporte a causa de una grave lesión en la mano izquierda mientras practicaba karate, su otra pasión. Ahora corre maratones populares. Profesor de literatura en Dickinson College de Pensilvania. Amigo de Daniel Murphy y de Grace Jarvis. Lo fue, y muy querido, de Rafael Pérez Estrada.

Ana Galán. Médico de urgencias. Mujer de Dioni y madre de Guille. Fuma apoyada en la baranda de su terraza.

Ángel López. Atleta de 800 que en tiempos pasados entrenaba con el Atleta y con Santi Cánovas. Tenía una zancada potente. La correspondiente a un Alberto Juantorena de Carranque, podríamos decir. Trabaja como inspector de la empresa de limpieza municipal. Tiene los ojos claros, mirada de niño. Sigue entrenando, ya alejado de la competición.

Ángeles (Aragón Sixto). Primera novia de Dioni. Con ella da sus primeros pasos en el mundo de la sexualidad. Morena, ojos azules, pómulos acusados. Como el propio Dioni, estudiaría la carrera de Derecho. Jueza.

Anita. Vecina del Atleta, que muere a los veintinueve años a consecuencia de un fallo cardiovascular y queda como ejemplo en el vecindario de la levedad de la vida.

Anselmo, don. Vecino de Portada Alta. Sesenta y seis años mal llevados. Tiene un pijama con un dibujo del Pato Donald en el pecho. Curioso, sale a la calle para olisquear cuando el Yubri ha matado a su padre y los coches de policía y la ambulancia le dan aire de verbena al barrio.

Antoñito. Nieto de la señora Juana, la camello que le proporciona droga a Raimundo. Antoñito es tímido, se agarra al delantal de su abuela. No le gusta hablar con Eduardo Chinarro por mucho que este insista.

Asunción Arnedo. Amiga de la doctora Galán. Se encuentra en la vivienda de esta cuando se conoce la muerte de Dioni. Nacida en San Sebastián. Casada con Mark Aldrich, el Americano de los Pelos Azules. Profesora en Dickinson College de Pensilvania. De vacaciones en la ciudad.

Atleta, el. Antiguo atleta que persiste en su entrenamiento. Corre infinidad de kilómetros para no ir a ninguna parte, o al menos eso piensan algunas personas de su entorno. A veces entrena con Jorge (también llamado Gorgo). El Atleta es novio de la dulce Lucía. Parado crónico y semivoluntario. Tiene una moto que se le estropea. Una Abuela a la que quiere y una Madre a la que teme parecerse demasiado. Una Hermana que pronto se irá de la casa por vía matrimonial. Escribe un diario. Realmente y de modo inconfeso aspira a convertirse en escritor algún día y que de ese modo sus tías, sus primos, el tipo que burdamente corteja a su madre y esos hombres que pululan alrededor de Lucía lo miren con algo parecido al respeto. O al menos sin conmiseración ni desprecio.

Azulay (Carlos). Antiguo atleta de los que le hablan a Jorge (Gorgo). Especialista en 400 y 400 vallas. Saltador de altura. El atleta más completo que pisó la pista de Carranque. Pelo rizado.

Bartolo. Empleado de la gasolinera BP, en la avenida Ortega y Gasset, a la que acude Rai al descubrir el cuerpo de Dioni comido por las hormigas. Va vestido con el mono verde reglamentario de la empresa y tiene cara de pez, sin barbilla, sin apenas cuello, los ojos pequeños y mal humor. Lleva ocho años entre surtidores. Anteriormente fue camionero. Era un hombre feliz conduciendo su Iveco Stralis 420. Un accidente —en el que el camión ardió, su compañero Andrade murió y él quedó incapacitado para el oficio por un problema de cadera — le agrió el carácter. Considera una degradación llevar el mono verde. Raimundo Arias se burla de su nombre.

Bastián, el. Habitante de Portada Alta, dueño de un rottweiler llamado Boss. A veces lo echa a pelear con el doberman del Viberti. El Bastián fue amigo de la infancia de Rafi Villaplana. En la playa de Sacaba hacían agujeros en la arena y lo cubrían con cañas, papel de periódico y un poco de arena. Disfrutaban viendo caer a la gente. Metían petardos en los canalones de desagüe. Cuando Rafi comenzó a trabajar en el hotel empezó la distancia entre ambos. Ahora no se saludan. El Bastián tiene un puesto de hortalizas en el mercado de Huelin. Pesa ciento diez kilogramos.

Belita Bermúdez Covaleda. Mujer de Pedroche que padece diferentes trastornos mentales. Ha entregado al padre Sebastián Grimaldos mil ochocientos euros y las joyas de la familia como dádiva. Fríe los huevos que ha de comer su marido con varias horas de antelación.

Benito. Joven soltero de la tertulia informal del bar La Esquinita. El pobre sale a ligar los fines de semana, para dolor de su hígado y de su economía, según dictamina Manolo el Bizco.

Bizco, el. Manolo. Divorciado, miembro de la tertulia informal del bar La Esquinita que teoriza sobre el buen vivir. Asunto que básicamente consiste en comer, fornicar y dormir a horas regladas y regulares.

Blasco (Luisa). Enfermera en el hospital donde trabajan la doctora Galán y Julia Mamea. Hermana menor de la actriz Maite Blasco. Como ella, Luisa nació en Madrid y también se inició en el mundo del teatro. Con menos fortuna que su hermana, no pasó del teatro amateur. Su papel estelar fue la Anna Balicke en *Tambores en la noche*, de Bertoldt Brecht.

Cabello (**Alberto Cabello Mendoza**). Amigo de Guille. Adolescente desenvuelto, líder natural. A ello contribuye la precocidad de su vello facial y un don especial para tratar a las chicas. Amigo de la Lori, amigo del Tuli y, como se ha dicho, amigo de Guille, al que ampara en el día de la muerte de su padre. Amigo de todos y un peldaño por encima de todos.

Camarera de Kiev. Camarera del Onda Pasadena que atiende a Ismael. Sirve copas y aguanta a borrachos. Violinista, aspira a ser música profesional. Tiene una ascendencia especial sobre Carlo el portero del local.

Canijo, el. Misterioso personaje que vincula al Atleta con Ismael. Al Atleta le prestaba libros años atrás, Ismael lo busca por la playa de Sacaba sin que se sepa qué extraños puntos en común pueda tener con esas dos personalidades tan dispares. Pero así es la vida.

Cararropero, el. (**Hipólito Fernández Miramón**). Protector del Nene

Olmedo y al que acude este una vez perpetrado el robo de las joyas de Belita Bermúdez. Pescador jubilado, tiene un puesto en los rastros de la provincia. Vende baratijas y trapichea con menudencias. Fue amigo del padre del Nene Olmedo y de ahí le viene la querencia por el Nene. El Cararropero tiene las mandíbulas anchas, y ahora es sordo.

Carlo. Portero del Onda Pasadena. Primero admite y luego echa a Ismael del bar. Musculoso. Peinado al cepillo. Estudió dos cursos de Física en la Universidad de Cracovia.

Carlos Cañeque. Amigo de Céspedes en sus años juveniles de Madrid. Teórico y practicante del inmovilismo. Escritor, director de cine, actor polifacético y trompetista sin trompeta. Como escritor ha sido ganador del premio Nadal y junto a la diosa Grau ha publicado libros de entrevistas sobre Borges, Ciorán y Berlanga.

Carlos San Emeterio. Abogado. Socio y amigo de Dioni. Hombre de temple, generoso. En ocasiones confidente de Dioni. Al margen del Derecho y de Adriana, su mujer, su pasión es la aeronáutica. Ha publicado varios libros sobre la materia. Experto en la vida y obra de Antoine de Saint-Exupéry.

Carmeli. Treinta y dos años. Vecina de Portada Alta que acude a curiosear cuando el Yubri ha matado a su papá clavándole unas tijeras de tamaño noble varias veces en el vientre y una en el colodrillo. Deslenguada, simpática por días. Trabaja en el Gino's, puticlub de pasado glorioso y presente penoso. En el día de autos libra por visita del menstruo, tiene un hijo con síndrome de down (Javierín, seis años). Estaba dormida cuando la han despertado los resplandores de la policía y la ambulancia. En los primeros instantes, al salir del sueño, creyó que estaba en una discoteca y que Rodolfo, el padre de Javierín, le decía que le había tocado la BonoLoto. Cuando salió a curiosear llevaba una camiseta verde de tirantes con sisas tan desmesuradas que casi se le ven las tetas.

Carmencita (Ferrer). Hija de Floren. Se lo pasa muyyy bieeen en la piscina. Dificultosa para comer, de poco apetito (asquerosita).

Carole Benoit. Conoce a Céspedes en la fiesta que han dado la noche anterior en un chalet de los Pinares de San Antón. Francoespañola nacida en Lille. Juega al malditismo, pero no le acaba de salir. Espadachina con florete de goma. Es bella, es joven y no sabe en qué casilla del laberinto está. Padece una dolencia amorosa que trata de disimular, pero eso tampoco le sale. De muy buena familia. A algún antepasado sí le salieron bien los negocios y ella heredó el confort.

Céspedes. Economista, empresario. Casado, su mujer (Marta Giménez Landau) lo ha echado de casa después de sorprenderlo fornicando con una fulana (Natalia Ibáñez, la Ibáñez). Desde años atrás mantiene una relación extraconyugal con Julia Mamea. Es acosado por el ambicioso Rafi Villaplana, que pretende involucrarlo en negocios que a Céspedes, en estos momentos complicados, no le interesan. Conoce a Carole en la fiesta que han dado la noche anterior en un chalet de los Pinares de San Antón. Tiene la ocurrencia de invitarla a comer a Madrid. Le compra un reloj por valor de 8.850 euros que acaba en el retrete de un tren. Este no es el mejor día de su vida. El whisky que bebe es de malta.

Chico del bañador blanco. Muchacho que conmociona a Dioni cuando lo ve en la playa de El Candado. Homosexual. Aprendiz de soldador. Murió cuatro meses después de que Dioni lo viese en la playa. En un accidente de moto.

Consuelo (también llamada **la Giganta**). Vecina de Ismael de unos cuarenta y cinco años a la que este espía de continuo con la finalidad de subir en el ascensor con ella y la fantasía de acceder carnalmente a ella. Es alta, tiene los dientes pequeños y los ojos negros. Va peinada a lo Marilyn, correspondientemente teñida, y habitualmente lleva un ligero vestido verde. Casada con un tipo huraño, tiene un hijo (Manolo). Desde su casa, Ismael consigue a veces verle el sobaco mientras la Giganta tiende la ropa.

Corbata, el (**Agustín Rivera**). Periodista que en tiempos, entre otros, sacó a la luz el caso del famoso asesinato del bar de alterne El Pomelo. Culé furibundo, sus ídolos, a pesar de la devoción y gratitud que siente por Iniesta, Ronaldinho y Messi, siguen siendo Asensi y Marcial. Amigo de Dany Murphy. Padre del también periodista Riverita.

Cortés. Antiguo atleta de los que le hablan a Jorge (Gorgo). Especialista en decatlón. Rubio, ojos azules, usaba bigote y sentido del humor.

Covaleda. Antiguo comercial de Chupachups que al quedarse en paro fue contratado por Rafi Villaplana en el hotel Los Patos. Rafi interpretó mal algunas intervenciones de Covaleda en el comité de empresa y pasó a considerarlo su enemigo.

Cumpián (Alberto). Antiguo amigo del Atleta. Simpático y surrealista. Trabajaba en un concesionario de Seat mientras sus demás amigos estudiaban. Generoso, subvencionó la compra por parte de Padín de una motocicleta Triumph con veintidós años de antigüedad.

Cuñado del Cararropero (**Constancio Pastrana**). Perista.

Currito Cabeza. Hijo de Curro Cabeza y de Maica Terés Soler, hermano de Maiquita Cabeza. Campeón infantil de pádel. Se encuentra en casa de la doctora Galán en el momento en que se conoce la noticia de la muerte de Dioni. Gran comedor de salchichón y fuet.

Dalton, los. Banda de atracadores de bancos a la usanza de los forajidos clásicos. Cuando no están ocupados en sus asuntos, uno de ellos canta flamenco en tablaos de la provincia, otro es cinturón negro de karate y un tercero compite en carreras ciclistas de aficionados.

Danielín. Propietario del bar del mismo nombre al que Ismael acude de vez en cuando y en el que monta la trifulca con dos hombres. Danielín tiene cincuenta años. A pesar del carácter virulento de Ismael y de lo imprevisible de su conducta lo admite en el bar por haber sido amigo de su padre. Además, sobre su conciencia pesa el hecho de haber sido él, Danielín, quien presentó al padre de Ismael a Eloísa, la mujer con la que actualmente vive y con la que tiene un hijo.

Dioni (**Dionisio Grandes Guimerá**). Abogado. Marido de la doctora Galán, padre del inminente huérfano Guille. Amante de Vicente. El hombre que aparece moribundo en el descampado cubierto por miles de hormigas argentinas. Homosexual inconfeso. Cuando estaba vivo su sonrisa tenía un cierto aire de melancolía.

Domínguez. Empleado de hostelería enemistado con Rafi Villaplana. Cuando vio por primera vez a Rafi, Domínguez creyó en la transmigración de las almas, tal era el odio que sintió hacia él, sin otro motivo que el de su propia existencia. Domínguez pensó que esa abominación solo podía tener origen en un profundo conflicto no resuelto en una vida anterior.

Dori (Salvadora Heredia). Amiga aburrida de Amelia en el tiempo posterior al divorcio de esta. Iban juntas al cine, salían a cenar. Dori animó a Amelia a hacer senderismo. En el cine Dori comía palomitas y lloraba con las escenas románticas. En la cena hablaba siempre de lo mismo. En los caminos por el campo no paraba de exaltar los paseos por el campo.

Eduardo Chinarro. Compañero mendicante de Raimundo Arias (Rai). Insistente cantante de la canción *Cantinero de Cuba*. Se le hinchan notoriamente las venas y arterias del cuello al cantar, debido a su pasión y profesionalidad. Trata de recordar qué cantaba su madre mientras tendía la ropa entre geranios, cuando las sábanas parecían velas de barco. Con un poco de suerte habría llegado muy alto en el mundo de la canción, tal como asegura Moreno Peralta, antiguo conocido suyo. Alma pura.

Elisa. Mujer de Céspedes. Creció entre algodones, aunque algunos de ellos tuvieran olor a rancio. Estudió en un colegio suizo. Juventud en Londres con leves locuras antes de sentar la cabeza y contraer matrimonio con Céspedes, un joven que venía de la nada y parecía que que iba a llegar a algo.

Elvira. Amiga de Céspedes en las noches crápulas de Barcelona. Rubia, abogada, zurda, y en cierto modo antecesora de Julia.

Emilia (**Pujol**). Mujer de Emilio Galán y por tanto cuñada de Ana Galán y de Dioni. Abogada. Usa gafas. Es esquiva. Después de una purga considerable y un periodo de sorda venganza, aceptó civilizadamente la infidelidad de su marido con Montse.

Emilio (**Galán**). Hermano de la doctora Ana Galán y por tanto cuñado de Dioni. Marido de Emilia Pujol. Abogado. Mantuvo una relación extraconyugal con Montse, presente en la casa de Ana Galán al conocerse la noticia de la muerte de Dioni. Aquella relación fue descubierta en su día por la mujer de Emilio y le valió al matrimonio una profunda crisis. Afortunadamente superada, aunque bajo la cicatriz haya quedado un raro circular de la sangre conyugal.

Enrique Montoya. Amigo de Céspedes en sus años juveniles de Madrid. Nacido en México, educado en Francia. Sociólogo, experto en conductas desviadas y en confusiones. Tiene voz y actitud radiofónica. Es decir, habla muy bien y siempre. Hombre tan tierno como inteligente.

Enrique Rodríguez. Amigo de juventud de Dioni. Chico simpático y pecoso que le anda buscando los placeres a la vida. Calavera dentro de unos límites.

Ernesto. Padre ausente de Ismael y Jorge (Gorgo). Abandonó a su mujer, Amelia, y a sus hijos para rehacer su vida al lado de una tal Elisa, con la que tiene un nuevo hijo y vive apaciblemente. Ernesto es agente comercial.

Estefanía Villaplana Molledo. Hija de Mariano Villaplana y de Encarnación Molledo, la Segueta. Hermana de Rafi. Amiga de Gloria, la novia de Jorge (Gorgo). Tiene un novio que es un presunto poeta.

Faneca. Policía motorizado que acude a la llamada del Yubri cuando este ha atacado a su padre. Barcelonés.

Federico, el de la Primitiva. Regenta un local de apuestas y loterías del Estado en el barrio de Ismael. Escucha con paciencia cómo Ismael fantasea con el dinero que va a ganar con la bonoloto y con los crímenes que va a cometer el día menos pensado.

Felipe Vicaría. Atleta de 400 y 200 al que el Atleta considera el mejor corredor que ha pisado la pista de Carranque.

Félix. Compañero de trabajo de Amelia en el hotel Los Patos. Tiene un bigote fino y rubio. Fue cantante melódico. Sin fortuna.

Fernando Arcas. Amigo de José Damián Ruiz Sinoga, historiador, amante de la danza contemporánea. Conocido de Céspedes, que lo considera el colmo de la integridad.

Floren (**Florencio Ferrer Pérez**). Amigo y socio de Pedroche en la empresa Molduras y Marcos Ferrer. Casado con Carmen y padre de Carmencita. Hogareño y feliz. Es primo de Ismael y de Jorge, a quien tiene empleado en su negocio.

Fonsi (Alfonso Corbalán). Amigo de Montse. Su amante actual, con el que habría ido a la playa si no hubiese ocurrido la desgracia de Dioni. Fonsi es cinco años más joven que Montse. Empresario, ramo de la construcción.

Gabi (Gabriel Muñoz). Policía que habla con Raimundo en la gasolinera y que tiene la amabilidad de llevarlo en su coche. En días precedentes ha rescatado a dos niños de morir ahogados en la playa de la Misericordia. Amelia (Amel) estaba presente y quedó admirada por el arrojo que demostró el policía.

Gabriel (Muñiz). Padre de Gloria. Tipo pesado que gusta de poner en aprietos a su futuro yerno Jorge (Gorgo) y de presumir de todas sus posesiones, ya sean sus hijos José Manuel y Gabriel o el aparato de aire acondicionado.

Gabriel (Muñiz Muñoz). Hermano de Gloria. Fue a México para participar en una campaña publicitaria en calidad de modelo y se quedó a vivir en aquel país donde sus modales refinados le procuraron trabajos como modelo para fotonovelas. Sobrevive en un piso del DF con su novio Jairo Jesús. Según dice su padre le van a hacer un contrato para una cadena televisiva en Miami. Pero no habría que confiar demasiado en eso.

Gamal. Marroquí. Empleado de hostelería al que Rafi Villaplana protegió de forma generosa.

Garriga Vela (**José Antonio**). Novelista al que Céspedes ve en medio de una madrugada lejana encaramarse a un carro de chatarra en compañía de Taján y Soler. Escribe magníficas novelas cuando su afición al fútbol se lo permite. Madridista acérrimo, ve los partidos enfundado en una camiseta con el número 7 en honor a su ídolo. Es caballero de la irlandesa y convulsa Orden del Finnegan’s.

Gema (Moncada). Novia de Vicente, el amante de Dioni. Peluquera con tendencia al alcoholismo. Una buena chica a la que le gusta llevar uñas de porcelana, al estilo de las viejas actrices pornográficas. Debido a su buena

figura, durante un tiempo paseaba por el ring contoneándose y anunciando los asaltos en los combates de boxeo que se celebraban en el pabellón de Carranque. Lo hacía en biquini y sonriendo. Ahora está un poco gorda y tiene el pelo achicharrado por tanto tinte.

Gloria (Muñiz Muñoz). Novia de Jorge, también llamado Gorgo. Tiene una pequeña cicatriz en la comisura de la boca. Gusta de dormir hasta tarde. Su padre es un pesado y su madre una cacatúa, según opinión de Jorge. Sus hermanos un chalado belicoso y un maricón (también aplicando el rasero de Jorge). Gloria tiene una bonita camiseta morada.

Grace Jarvis. Amiga muy cercana de Dioni. Norteamericana. Guille pasó un año alojado en su casa, mientras hacía un curso en el High School de Carlisle. Grace es profesora en Dickinson College en esa localidad de Pensilvania.

Granero. Empleado de banca con el que a veces corre Jorge (Gorgo). Le gusta hablar de antiguos atletas locales: Carlos Azulay, Cortés, Padilla, Soler, Santi Cánovas, Felipe Vicaría, Pedro Delgado, etc.

Gross Gross. Acreditado periodista de *El País* que acude a Portada Alta al conocerse que allí ha ocurrido un hecho luctuoso.

Guille (**Guillermo Grandes Galán**). Hijo de Dioni Grandes Guimerá y de la doctora Galán. Familia muy partidaria de la letra G. Adolescente en trance de asumir la orfandad paterna. Desorientado. Desubicado. Con los complejos propios de quienes tienen poco ánimo y poco cuerpo. Enamorado platónicamente de Mónica Ovejero. La Lori le hace una paja.

Hermana del Atleta. Oficinista. Independiente, pronta a abandonar el hogar familiar y sus trifulcas porque pronto se casará con Quino. Ufana.

Hijo de Consuelo la Giganta. Adolescente atolondrado al que odia Ismael por tener cierto parecido con su madre. Detectar algunos rasgos de Consuelo en ese chico altera e indigna al perturbado Ismael.

Ibáñez, la (Natalia Ibáñez). Mujer venal que Rafi Villaplana presenta y ofrece a Céspedes como gesto de buena voluntad y por ver si consigue sus intereses. Morena, alta. Lleva flequillo, tuvo una infancia desgraciada. Jugó con muñecas hasta muy tarde. Trabajó durante una corta temporada en un bar de carretera en El Bierzo. Comprobó que aquello no era lo suyo. Aunque no le va bien prefiere montárselo por su cuenta. Cecea.

Ignacio. Cliente del bar Maqui. Sale en socorro de Floren y Pedroche cuando son atacados. Natural de Tomelloso, cincuenta y seis años, prejubilado de la banca y aficionado a jugar al frontenis. Ha bebido en abundancia.

Inmaculada Berruezo. Amiga de juventud de Dioni, Enrique Rodríguez, Meliveo y Vicky Leyva.

Ismael. Hijo de Amelia y hermano de Jorge a quien Ismael, todavía sin hablar bien, llamaba Gorgo al verlo en la cuna. Entonces Ismael era cariñoso. Ahora aspira a tener relaciones sexuales con Consuelo la Giganta, a la que espía de continuo. Violento y con tendencia al alcoholismo. Desequilibrado mental. Para sí mismo invoca muchas veces el significado bíblico de su nombre: Dios ha escuchado.

Jane (Rice). Novia actual de Rafi Villaplana. Hija de un solvente hombre de negocios. Enamorada de esa especie de latin lover que es Rafi. También ama la hípica. Recibe clases de equitación. La familia de Rafi le parece encantadora, dentro de su exotismo.

Jerónimo. Amigo y compinche del Yubri. Juntos roban cable en el Campo de Marte y son detenidos al estrellar Jerónimo la vieja furgoneta que conducía. Cara picada de viruela, ojos diminutos, espalda ancha. Anda encorvado.

Jesús. Joven trabajador de la gasolinera BP cercana al lugar en el que aparece Dioni.

Jiler. Perro doberman propiedad del Viberti. Su nombre es una derivación de Hitler.

Jirafa, el. Conserje del edificio en el que vive Ismael y su familia. Hombre de pocas palabras, cuello largo y lento. Observa, sin comprenderlas, las maniobras de Ismael para coincidir en el portal con Consuelo. En sus cortas luces, el Jirafa piensa que detrás de todo eso hay algún asunto económico (apuestas ilegales, de peleas de perros o de gallos a las que tal vez acuda el inestable Ismael y a las que, a espaldas de su marido, apueste Consuelo). A él quien le gusta es Saray, la joven de veinticinco años del tercero.

Jorge (también llamado **Gorgo**). Hijo de Amelia, hermano de Ismael. Novio de Gloria. Trabaja en el negocio de marcos y molduras de su primo Floren. Rijoso, bajo. Cobarde y apesadumbrado. Sisa a su primo. Espera que mañana las cosas se solucionen.

José Damián Ruiz Sinoga. Geólogo al que Rafi Villaplana pretende involucrar en un turbio negocio urbanístico. Céspedes, que tiene referencias de Ruiz Sinoga, se burla de la idea de Rafi.

José Manuel (Muñiz Muñoz). Hermano de Gloria y posible futuro cuñado de Jorge (Gorgo). Un fantasma en opinión de Jorge. Estudia en la academia de suboficiales. Antes de ingresar en ella era amigo del Nene Olmedo. Se fumó con

él sus buenos petardos e incluso cometieron juntos dos robos, uno en una tienda de electrónica de El Palo y el otro en un chalet de El Candado. Ahora es un ferviente defensor del orden y la patria.

JuanCa. El esperado. Admirado amigo de Guille, Loberas y Juno que nunca llega. El Godot de aquí.

Juan Cano. Bienquisto reportero del diario *Sur*. Es el primero en acudir a Portada Alta cuando el Yubri perpetra su crimen ya que se encontraba hablando con el policía motorizado Faneca cuando este recibió la llamada de la central.

Juana, Señora. Traficante minorista. Le proporciona droga a Raimundo Arias. Setenta y nueve años, un metro cincuenta centímetros de estatura, cuarenta y seis kilos de peso, pero toda autoridad. Nacida en La Chancla, Almería. En la infancia, acompañando a su madre se dedicó al estraperlo. Emigró a Francia en 1956, con apenas veinte años. Allí trabajó en diferentes oficios, dependienta de carnicería, barrendera, timadora y prostituta ocasional. De vuelta a España, con cuarenta años, se instaló en el barrio El Bulto. Allí descubrió los beneficios económicos del mundo de la droga. Al lado de Cristóbal el de la Metralleta se hizo de una reputación y posteriormente se independizó. Da la sustancia cortada solamente al 30%. El Gregorio le hace de recaudador y guardaespaldas. Con frecuencia atiende el negocio acompañada por su nieto Antoñito, de nueve años.

Juanmi (**Juan Manuel Ares Ruiz**). Adicto fortuito a la heroína, conocido de Eduardo Chinarro y del Nene Olmedo. Hijo del otorrinolaringólogo Juan Ares Gonzaga y de la maestra Brígida Ruiz Beltrán. Estudió un curso y medio de filología. Tuvo amigos volanderos. Se ríe bastante.

Julia Mamea. Enfermera, amiga de la doctora Ana Galán. Mantiene una larga relación sexual/sentimental con Céspedes. Ocasional con Ortuño (y es de suponer que con algún otro). Su nombre, curiosamente, coincide con el modo en que era llamada una sobrina del emperador romano Septimio Severo. Fue madre de otro emperador, Alejandro Severo. Murió, como su hijo, a manos de los propios soldados del emperador, amotinados. Aquella Julia Mamea tenía tres pechos. La de la presente historia, dos.

Julián Rojas. Fotógrafo de *El País* que acude a Portada Alta cuando el Yubri comete su crimen. Hecho a sí mismo a fuerza de talento. Cuando era niño jugaba en el solar de la calle Mármoles con el Pompo, Castillo y el Muelas. Los otros llevaban navaja. Él prefería la templanza. El alma blanca y no el arma blanca podríamos decir.

Juno. Amigo de Guille, hijo de Montse. Posee una musculatura ejemplar y un flequillo muy potente del que se encuentra muy orgulloso. Hace ostentación de él mesándoselo o echándoselo bruscamente hacia atrás con feroces golpes de cuello. Mónica Ovejero lo ama. Él dice entender de whiskies. A pesar del calor se apresura a colocarse traje oscuro y corbata para estar a la altura de la muerte. Líder.

Kuki. Perro de la Penca y del Yubri. Recibe golpes. Roe patas de muebles, por desesperación.

Isaías Abril, Padre. Sacerdote de la orden de los agustinos. Profesor de Ciencias Naturales en el colegio Los Olivos. Antiguo profesor del Atleta. Gafas oscuras, tupé alto y rubiasco. Pagaba una módica cantidad de dinero a los alumnos que le llevaran escalopendras y escorpiones vivos. Con ellos, en las largas tardes de los sábados y domingos, fabricaba en el laboratorio del colegio pisapapeles de poletilmetacrilato que tenían una pasable salida comercial en un establecimiento de la calle Compañía.

Isidro. Amigo del Tuli, de Juno y la patulea de Cabello. Ojos claros y soñadores, tal vez debido al continuado consumo de hachís y marihuana. Pelo lanar.

Isidro, Padre. Sacerdote que en la primera adolescencia alertaba a Céspedes contra los pecados de la carne. Antiguo legionario, lucía una violenta cicatriz en el cuello. Según los rumores infantiles se debía al ataque sufrido en África por un árabe que, celoso, intentó degollarlo.

Lago (Eduardo). Amigo de Céspedes en sus tiempos de estudiante en Madrid. Vive en Nueva York. Es miembro de la convulsa Orden del Finnegan's.

Leandro. Mecánico. Dueño de un local que hace de taller y de compraventa de motocicletas, cercano a la casa del Atleta. Es un hombre de pueblo y es depresivo. A veces piensa cuánto tardaría en asfixiarse si cerrara la persiana del local y dejase las ocho o diez motos que tiene dentro arrancadas.

Liébana, Padre. Sacerdote al que Rafi Villaplana ayudaba como monaguillo en las misas de los sábados. De él aprendió Rafi el arte de la especulación, la firmeza y el propósito de enmienda. Si bien el padre Liébana lo orientaba a la conquista del cielo y Rafi lo aplicó a asuntos terrenales.

Loberas. Amigo de Guille, de Juno y del Godot Juanca. También de Mónica Ovejero e incluso de Piluca. Risible, alma de bufón.

Loren, la. Cincuenta y nueve vistosos años. Encargada del burdel al que acuden Manolo el Bizco, y, según parece, algún miembro más de la tertulia del

bar La Esquinita. Publicita sus productos en internet. La Loren hizo su guerra como meretriz en lenocinios de Levante, mayormente.

Lorena. Mujer rubia de cuarenta y dos años que mantiene una relación oculta con el padre Sebastián Grimaldos, tres años más joven que ella. Padece una leve cojera a consecuencia de una antigua fractura de tibia y peroné.

Lori, La. Amiga de Cabello, conocida de Guille, con la que llega a intimar. Habitante de la Granja de Suárez. Chica de barrio con melena rizosa y abundante, dientes delanteros separados y prominentes atributos femeninos que goza de la amistad de algunos chicos bien del lado este de la ciudad gracias a haber coincidido dos años atrás con Cabello en un retiro espiritual. Cabello acudió allí debido a una de sus periódicas crisis místicas. La Lori, porque daban de comer gratis y hacían excursiones. Viste una camiseta negra de tirantes y unos pantalones muy cortos y ajustados a unos muslos tan generosos que prometen desbordamiento en el plazo de tres años y caos en un lustro y medio.

Lucas, el. Antiguo vecino de Eduardo Chamorro. Alcohólico y propenso a la violencia. Cuando llegaba a su casa borracho era muy partidario de lanzar los enseres domésticos por la ventana. De modo que la humilde vajilla, los vestidos, las sábanas e incluso las sillas eran una lluvia familiar en el barrio. También los libros y cuadernos escolares de su hija Merceditas.

Lucía. Novia del Atleta. Trabaja en un supermercado. Luz y guía del Atleta. Su esperanza.

Madre de Céspedes (Miguelina Roncero). Delgada, ojos muy juntos pegados a una nariz puntiaguda, lo cual le valía el apodo de la Grajilla en la barriada de El Fuerte. El mote desapareció con la mudanza de barrio y la prosperidad que empezó a llegar a la familia cuando su marido heredó la droguería de su difunto hermano y doña Miguelina tomó las riendas del negocio.

Madre de Gloria. Mujer seca y falsa según la apreciación de su posible futuro yerno Jorge (Gorgo). Fiel consumidora de ansiolíticos.

Madre de Jane (Alice Rice). Posible futura suegra de Rafi Villaplana. Mujer que conserva un evidente atractivo. Mantuvo relaciones extraconyugales con su monitor de golf varios años atrás. En contra de lo que Rafi piensa, es quien siente una mayor animarversión hacia él dentro de la familia Rice.

Madre de la Penca. Difunta. Su retrato está en un marco barato, con flores de plástico como testimonio inmarcesible del cariño de su hija. También es madre del Yubri.

Madre del Atleta. Mujer desgarrada por la Vida. Para ella la Vida es un

ente, alguien que le atacó a traición. Se refiere a ella con rencor, como si fuese una persona que la ha estafado. Quizás por haberle dado la existencia o por no habérsela dulcificado lo suficiente está resentida con su propia madre. Protege y perdona en todo a su hijo. También tiene una hija.

Madre de Trini. Amiga de la doctora Galán. Desconocemos su nombre. Mito sexual entre los adolescentes. Mujer diligente y morena. Lleva a Guille a su casa al conocer que su padre está en peligro de muerte. Se encuentra en la vivienda cuando se conoce el óbito de Dioni. Se abraza a Montse.

Maica Terés Soler. Amiga de la doctora Galán. Madre de Maiquita Cabeza Terés y de Currito Cabeza Terés, acude con sus hijos a casa de Ana Galán al conocer la desgracia que se cierne sobre ella. Es sobrina de Soler, el cuatrocentista del que el Atleta habla con Jorge (Gorgo).

Maiquita Cabeza Terés. Hija de Curro Cabeza y de Maica Terés, va con su madre y su hermano pequeño a casa de Ana Galán al conocerse que una desgracia ha ocurrido allí. Adolescente, bailarina de ballet.

Malcolm (Otero). Amigo de Céspedes en sus tiempos de estudiante en Madrid. Editor. Es miembro de la Orden del Finnegan's, como Jordi Soler y Enrique Vila-Matas.

Manolín, el. Se acuesta con la Roberta, novia o algo similar de Eduardo Chinarro. No es partidario de madrugar, motivo por el cual abandonó su trabajo en pescadería y se dedicó a la venta de lotería ilegal. Descuidero. Tres condenas por hurto. Tiene la voz aguardentosa y siempre lleva navaja, por si acaso. Verdaderamente, como dice Chinarro, tiene ojos de huevo.

Manolo. Cliente habitual de la gasolinera BP cercana al descampado en el que aparece Dioni. Cuarenta años, lleva un sello de oro en el meñique izquierdo.

Manolo el Cojo. Vecino de Portada Alta que sale a la calle atraído por los coches de policía y la ambulancia en la puerta del Yubri. Mastica pan. Es un hombre con hambre. Albañil.

María del Carmen. Mujer de Floren. Modista. Simpática. Morena. A su lado Floren es feliz. Ella también.

María Eloy (**García**). Miembro del Cuerpo Nacional de Policía que anuncia a la Penca la llegada de una psicóloga tras el asesinato de su padre. Por las noches escribe versos.

Mariano Villaplana. Marido de Encarnación Molledo (la Segueta). Padre de Rafi, Miguel, Estefanía y Pepe Villaplana. Hombre que gusta de ver la tele en calzoncillos y que, además de en su trabajo nocturno, duerme en la puerta de La

Amistad, establecimiento del ramo de la alimentación. Aficionado a las máquinas tragaperras. Según afirma con frecuencia estudió bachiller superior.

Marido de Consuelo la Giganta. Fresador. Alto, activo, de maneras desabridas. Celoso, ignora por completo el acoso al que Ismael somete a su mujer. Mejor que no se entere.

Marquesa, la. Vecina de la calle Juan Sebastián Bach a la que sin motivo alguno odia Ismael. Setenta y ocho años, delgada. Friolera, suele llevar un abrigo con cuello de zorro sintético, lo cual le vale el apelativo de Marquesa.

Mateo. Jefe de la hermana del Atleta. Comprensivo, equitativo, aunque no lo suficientemente comprensivo ni equitativo según el criterio de la hermana del Atleta. A Mateo le gustan el aeromodelismo, la fotografía y el jazz. Lo que su padre llamaba Música de negros. Ha hecho un curso de enología. Cuando pide un vino le da muchas vueltas a la copa.

Medina. Compañero de trabajo de la hermana del Atleta. De él se sabe que es machacón, puntilloso y asfixiante en el trabajo.

Meliveo (**Antonio Carlos Sebastián Meliveo Mena**). Amigo de juventud de Dioni, Enrique Rodríguez, El Pajarito, Inmaculada Berruezo y Vicky Leyva. Solía vestirse de blanco y se alisaba el pelo por el rudimentario método de la plancha. Un malo con alma de bueno.

Merceditas. Antigua vecina de Eduardo Chamorro. Hija de Remedios y del Lucas. Padece profundas depresiones y algún que otro desequilibrio mental.

Miguel Villaplana Molledo, el Migue. Hijo de Mariano Villaplana y de Encarnación Molledo (la Segueta). Hermano menor de Rafi. Ahora se hace llamar Jaime por sus amigos. Trata de imitar las maneras mundanas de su Rafi, con gran torpeza.

Milagros. Compañera de estudios de Dioni en la Facultad de Derecho. Chica muy bella y de baja estatura. Ojos profundos, boca de fresa. Dulce. Se siente atraída por el esquivo Dioni, que apenas llegará a cruzar con ella unas pocas palabras en el bar de la facultad. No acabaría sus estudios. Se casa con un sargento de la Armada norteamericana al que conoció durante la escala que hizo el portaaviones *Coral Sea* en la ciudad. Vive en Annapolis, Maryland.

Moderno, el (José Parejas Blanco). Dueño del garito del mismo nombre en las inmediaciones del Hospital Civil y en el que aspira a dormir Eduardo Chinarro. El Moderno, hombre bondadoso y con la voz rajada a consecuencia de una penosa enfermedad en las cuerdas vocales, purgó condena de diez años por dar muerte a su mujer, Rosalía Fernández, en un arranque de celos que

posteriormente se vieron injustificados. Su bondad actual proviene de aquel acto miserable. En prisión intentó ahorcarse dos veces (de ahí deriva la enfermedad de su garganta). En el local, encima de las botellas empolvadas de Ponche Caballero, Licor 43 y Marie Brizard, hay una foto de la difunta Rosalía (con demasiadas cagadas de moscas).

Mónica Ovejero. Amiga íntima de Piluca, amiga de Guille y de su pandilla. Medio enamorada de Juno. Comparte con este el culto por el cabello.

Mono, el. Antiguo amigo del Atleta. Las cejas pobladas y la nariz chata le proporcionaron el mote. Alto como un gorila.

Montse. Amiga de la doctora Galán. Mantuvo una relación con el hermano de esta, Emilio, estando en esas fechas él ya casado con Emilia y ella con José Ramón Méndez, de quien se encuentra divorciada actualmente. Madre de Juno. Se encuentra en la vivienda cuando se conoce el óbito de Dioni. Se abraza a la madre de Trini.

Moreno Peralta. Entrenador del equipo de fútbol Olímpica Victoriana. Antiguo conocido de Eduardo Chinarro al que daba buenos consejos musicales. Se decía entendido en la materia porque según el propio Moreno Peralta en su familia había un chaval que cantaba tan bien como Pablo Alborán.

Nani. Propietaria de un quiosco en las inmediaciones de la parroquia del padre Sebastián Grimaldos. Treinta y cinco años, ojos rasgados, pelo ritualmente cogido en una cola alta y tensa. Durante un tiempo se murmuró que el cura y ella mantenían una relación sexual. Falso.

Negre, el (Francisco Hernández Negre). Amigo de Raimundo Arias. Las noches en las que Raimundo está en vena, Negre canta bulerías mientras Rai toca. Eduardo Chinarro mira por encima del hombro el espectáculo y siempre lo salda con el mismo comentario: Ya están Camarón y Tomatito, no te digo. Luego increpa a Negre: Mira, si tanto te gusta el cante ¿por qué no te vas tú aluego con el Rai a cantar por ahí todo el día, al sol y a la sombra, Negre? A lo que el templado Negre siempre responde lo mismo: Yo tengo mis asuntos, y mis cosas. Todo eso ocurre en un local llamado La Polivalente.

Nene Olmedo. Amigo del Tato. Amante esporádico de la Penca. Atractivo y felino delincuente menor con ínfulas que aspira a jugar en la primera división del crimen sin conseguirlo de momento. Se desenvuelve entre hurtos, tirones, estafas y trapicheos. Cree profundamente en la vida extraterrestre y en la presencia de vida no terrícola en nuestro planeta. Lo demuestra científicamente.

Niño del Sordo. Mecánico al que el Atleta le gusta llevar a reparar su moto.

Rubio, ojos celestes, casi transparentes. Tiene uno de sus dientes frontales roto. Una antigua caída, cuando pretendía ser piloto de motorismo. El Sordo es su jefe, de ahí el apelativo con el que se lo conoce en el barrio.

Nuri, la. Antigua amante de Rafi Villaplana. Tenía un cierto parecido físico con Amelia, aunque por lo demás la Nuri era bastante más burda. Se maquillaba como una vampiresa, usaba gasas, encajes y transparencias, pero para Rafi aquello nunca pasó de un torpe disfraz. A saber qué fue de ella.

Ortuño. Amigo de Céspedes y amante ocasional de Julia Mamea. Torpe en el amor, rijoso y desmañado. Mucha gente no se explica cómo Céspedes lo tiene como amigo. Es más bien gordo y al andar tiene tendencia a escorarse hacia la derecha.

Osuna (**José Luis Osuna Vallejo**). Vecino de Portada Alta que sale a la calle atraído por los coches de policía y la ambulancia en la puerta del Yubri. Felizmente casado con María Urbieta. Repartidor de bollería industrial con furgoneta en propiedad. Treinta y seis años. Lleva los pelos de punta porque se encontraba durmiendo desde las once de la noche. Comienza el reparto de la bollería a las 5.30 h.

Padín (**José Manuel Caparrós Padín**). Antiguo amigo del Atleta. Circunspecto, sobrio. Irónico. A veces se comunicaba con el Atleta por medio de los silencios.

Padre de Céspedes (**Lorenzo Céspedes**). Empleado de Renfe. Hereda una droguería de su hermano. Hombre meticuloso y ahorrador. En unos pliegos cuidadosamente doblados llevaba anotado todo el dinero que había ganado a lo largo de su vida, desde que ingresó como aprendiz en un taller de bicicletas (1942) hasta dos días antes de sufrir el infarto que acabaría con su vida (1979).

Padre de Dioni (Ramón Grandes). Hombre humilde, represaliado políticamente en su juventud y encarcelado durante dos años. De nada de eso quiso hablar nunca en su casa, y que sepa, con nadie. Al salir de prisión trabajó como peón de albañil. Con sus ahorros montó una frutería.

Padre de Jane (Edward S. Rice). Posible futuro suegro de Rafi Villaplana. Empresario. Tuvo sus inicios en el sector metalúrgico. Tiene a Rafi en cuarentena.

Padre de la Penca (Andrés Perea Tejedor). Padre de la Penca (Aurora Perea Pemán) y del Yubri (Calixto Perea Pemán). Trabajador del matadero con largos periodos de inactividad laboral en los que era asistido económicamente por su mujer, hoy difunta. Gusta de llevar camisetas de tirantes (caladas) y barba

de dos días. Pelo rizoso, boca caprichosa, barriga prominente. Como su hijo y triste heredero, tiene vellosidad en los hombros y espalda.

Padre del Atleta. Difunto. El Atleta lo menciona en su Diario como un enigma. Una noche cuando el Atleta era niño, su padre le regaló un enorme recipiente con peces de colores.

Pajarito, el. (Véase Soler.)

Palmiro. Dueño del bazar La Amistad. Confraterniza con Mariano Villaplana y le deja una silla de playa para que se siente a leer el periódico en la puerta del local y a dar profundas cabezadas.

Paloma (Aguilera Somarriba). Antigua novia de Rafi Villaplana. Mujer dulce. Educada en el colegio el Monte. Sus padres son unos pequeños empresarios. Para Rafi Villaplana este noviazgo representaba un ascenso social. Cuando conoció a Jane, pensó que este iba a ser su verdadero despegue, el *Apolo XI* que definitivamente lo sacaría de la órbita de Portada Alta y dejó atrás a la dulce Paloma.

Paquito Arteaga. Amigo de juventud de Dioni, Enrique Rodríguez, Meliveo, El Pajarito, Inmaculada Berruezo y Vicky Leyva. También lo llamaban Kesko, Van der Kesko o Van der Rayo. Primo de la periodista Mar Arteaga.

Pedroche. Marido de Belita. Socio y amigo de Floren. Hombre de pueblo y ensimismado. Bajo, rechoncho, calvo, rosáceo y rubiasco de bigote. Ojos pequeños con pestañas abundantes (en realidad parecen los ojos de una muñeca de juguete incrustados en la cara de un bruto). Resignado, sueña con la vida que no tuvo. Su mujer lo ha agredido más de una vez, aunque no con tanta violencia como ahora. En su cabeza, él tiene la imagen de que su mujer es una ballena. Y así es como mentalmente se refiere a ella, Ballena, o Cachalote. Se siente estafado. Come con resignación las patatas y los huevos fritos que su mujer ha cocinado horas antes.

Penca, la (**Aurora Perea Pemán**, a veces llamada en el vecindario **Aurori**). Hermana del Yubri (Calixto Perea Pemán). Es la Dulcinea del guitarrista Raimundo. Mantiene esporádicas relaciones sexuales con el Nene Olmedo. Sufre a su padre. Abusada. Añora a su difunta madre, que posa en un marco de plástico que imita (mal) la plata. Tiene prendidas en el marco unas flores blancas, también de plástico. Era modista y tenía unas hermosas tijeras a las que el Yubri da uso parricida.

Pepe Villaplana Molledo, el Pepe. Hijo de Mariano Villaplana y de Encarnación Molledo (la Segueta). Tarambana que se las da de listo y profundo

conocedor del mundo, las ciencias y las letras porque estudió un curso de Económicas. Aprobó dos asignaturas. Ahora, a sus treinta y seis años, de vuelta de todo. Vive en una casa rural en compañía de una chica vegana y retraída. Tienen un pequeño huerto en el que tratan de cultivar hortalizas. Usa sombrero de paja y unas sandalias gruesas que ofenden a Rafi Villaplana. El Pepe llama al conjunto de la cochambrosa casa y el huerto, Mi campito.

Pérez Palmis (Pepe). Amigo de Dioni. Fue algo parecido a un mecenas en los primeros años de profesión de Dioni. Economista, humanista. Amigo de juventud de Miguel Espinosa y buen conocedor de su obra literaria.

Peruana (Eusebia Reátegui Romero). Mucama en la casa de Ana Galán y Dionisio Grandes. Originaria de Arequipa. Trabajó desde los once años en una fábrica conservera en Lima, adonde fue su madre cuando enviudó. Al cumplir los dieciocho emigró a España. Trabajó en una panadería, seis meses, y en una tienda de pinturas, dos meses, donde fue acosada sexualmente por el dueño. Entró posteriormente en el servicio doméstico y durante un año y medio trabajó en casa de una señora que la cuidó casi como a una hija. La susodicha señora amaneció muerta tres meses atrás. Eusebia apenas hace tres semanas que trabaja para la familia Grandes Galán.

Piluca (**María del Pilar Bravo Ruiz**). Amiga íntima de Mónica Ovejero, a la que adora debido a su belleza y en la que se ve reflejada. De las dieciséis horas del día en la que está despierta pasa quince con su amiga, o al menos lo intenta. Ella es baja y regordeta. Ni siquiera sus espléndidos ojos azules la salvan del cruel apelativo de Callo al que la condenan Guille y sus amigos. A pesar de ello, carece de complejos, o al menos se comporta como si no los tuviera. Redicha, madura prematura, habla con las mujeres que le doblan o le triplican la edad de igual a igual. Aunque ella aún no lo sabe, tiene una falla ovárica.

Policías (**Monreal, Deusto, Montero, Arias**). Policías que acuden a la llamada de emergencia que realiza el Yubri tras matar a su padre y cuyos apellidos curiosamente coinciden con los de algunos miembros de la gloriosa plantilla del Club Deportivo Málaga en los años setenta del pasado siglo).

Popeye (**Miguel Ruiz González**). Cliente del bar Maqui. Sale en socorro de Floren y Pedroche cuando son atacados. Cincuenta y ocho años, albañil. Ha bebido en abundancia, pero conduce hacia el hospital con solvencia y habilidad.

Quesada, doctor. Médico compañero de Ana Galán. Amigo de Ana y de Dioni.

Queta. Empleada del hotel Los Patos. Compañera de Amelia. Mantuvo una

conflictiva relación sexual con Rafi Villaplana durante varios meses. Aconseja a Amelia que no siga sus pasos. Inútilmente.

Quilín (**Vicente Gómez Moncada**). Hijo balbuceante de Vicente y Gema.

Quino. Novio de la hermana del Atleta. Informático, trabaja para una próspera empresa. Es condescendiente con la familia del Atleta, aunque prefiere no mezclarse demasiado con ella. En el fondo, se considera a sí mismo el príncipe azul que va a rescatar a la princesa de los bajos fondos.

Quintana. Propietario de la casa de comidas del mismo nombre a la que acude Manolo el Bizco la noche de los viernes antes de ir al prostíbulo. Hombre de pueblo, con antecedentes policiales por furtivo contumaz. Emigró a Alemania (Stuttgart) donde trabajó en la red de alcantarillado. A su regreso de la emigración abrió la casa de comidas. Apasionado de las carreras de galgos.

Quintana, señora de. Fina cocinera de la casa de comidas propiedad de su marido. Lo conoció en Alemania, donde ella era taquillera de una sala de espectáculos picantes. Allí la conoció su marido. Ella mantenía una relación sentimental con el dueño del local, casado. Algo que nunca supo ni llegó a sospechar su actual marido.

Rafael de la Fuente. Rafi Villaplana lo menciona como el colmo de la finura lingüística. Director de importantes instituciones del mundo de la hostelería. Políglota. Culto. Hombre de exquisitas maneras y una ironía extrafina.

Rafi Villaplana Molledo. Amante de Amelia (Amel). Novio de Jane, con cuyo padre aspira a hacer negocios. Para ello parece muy importante el concurso de Céspedes, a quien acosa. Hijo avergonzado de Mariano Villaplana, de Encarnación Molledo (la Segueta) y en general de todo el barrio de Portada Alta. Hombre de ínfulas y ambiciones. Cumplió servicio militar obligatorio en el cuerpo de Regulares (tabor Tetuán de Ceuta).

Raimundo Arias (**Rai**). Guitarrista, compañero mendicante de Eduardo Chinarro. Pómulos salientes, cara geométrica, cubista. Encuentra a Dioni cubierto de hormigas en un descampado de la avenida Ortega y Gasset. Enamorado de la Penca, su Dulcinea.

Ramírez. De él y del Toto Villanueva le habla el padre de Gloria a Jorge (Gorgo). Gente que no se sabe quién es. Los únicos datos, y no tienen por qué ser fiables, es que Ramírez es soldador y trabaja (o vive) cerca de la plaza de los Mártires.

Ramiro González (Achucarro). Enfermero que junto a la doctora Galán

atiende a Dioni cuando llega al hospital. Treinta y seis años, panameño. Estudió en la Universidad Channel Islands, en Camarillo, California. Descendiente de exiliados republicanos. Su bisabuelo perteneció al gabinete de Manuel Azaña cuando este fue ministro de la Guerra.

Ramón Ranea. Compañero de estudios de Dioni en la facultad de Derecho. Lo inicia en las prácticas homosexuales. Picado de viruela y con el pelo crespo. Lleva un cigarrillo incrustado en una esquina de la boca. Dueño de una Bultaco Lobito de setenta y cuatro centímetros cúbicos rectificada a ciento veinticinco. Hijo de un anticuario.

Remedios. Antigua vecina de Eduardo Chamorro a la que este encuentra de modo casual en la calle Cruz Verde. Quería a la madre de este como a una hermana. Baja, pelo con raíces canosas recogido de forma muy tensa en un moño de color impreciso gracias a un cúmulo de tintes desgastados. Va metida dentro de una camiseta de tirantes de color caqui que ostentosamente le marca las mollas. En casa de Eduardo veía por televisión algunas corridas de toros, siempre con gafas de sol para no ver de modo nítido una posible cogida del diestro. Madre de Merceditas, desequilibrada mental.

Ricardo. Responsable del supermercado en el que trabaja Lucía, la novia del Atleta. La invita a salir, coquetea con ella. Es alto pero desgarbado, tiene los ojos claros, la piel morena. El habla es un poco pastosa, algo que desagrada a Lucía y que esta le ha hecho notar al Atleta, aunque el Atleta piense que Lucía le dice esto simplemente para tranquilizarlo. Ricardo tiene un Audi 3 rojo, un Rolex Datejust 41 de imitación. Se peina con flequillo, va tres veces por semana al gimnasio.

Riverita. Acreditado reportero de *El Confidencial*. Hijo del también periodista Agustín Rivera más conocido como el Corbata. Acude a Portada Alta al conocerse que allí ha ocurrido un hecho luctuoso.

Roberta, la. Antigua novia, o algo parecido, de Eduardo Chinarro. Rubicunda, de piel y ojos claros. Limpiadora de oficinas. Carácter volcánico. Al mismo tiempo que con Chinarro se acostaba con el Manolín, un vendedor de lotería ilegal con ojos de huevo. Eduardo Chinarro desconoce que la Roberta lleva muerta dos años a consecuencia de una caída por la escalera de su casa.

Santi Cánovas. Atleta de 3.000 obstáculos que en tiempos pasados entrenaba con el Atleta y con Angel López. Le regaló al Atleta sus primeras zapatillas de clavos. Unas Múnich azules con el aspa blanca que tenían un clavo viciado. Además de correr cientos de kilómetros al lado del Atleta se convirtió en su amigo.

Sarah (Callahan). Chica irlandesa a la que Guille conoció el verano anterior en Dalkey, Irlanda, y a la que tenía la esperanza de volver a ver en las dos semanas siguientes a este día de agosto. Más alta que Guille, pelirroja, ojos azules. La había besado, cerca del mar.

Saray. Vecina de Amelia, Ismael y Jorge (Gorgo). Tiene veinticinco años, dos hijos, un novio que trabaja en una carpintería metálica. Saray es maldiciente, metomentodo. Lanza pullas cuando puede, siempre con una sonrisa.

Sebastián Grimaldos. Cura. Belita está enamorada de él y lo ha hecho depositario de mil ochocientos euros y de las joyas familiares. Salmantino de nacimiento, se formó en el Seminario Menor Diocesano de Ponferrada, donde su padre fue destinado como guardia civil. Mantiene una relación amorosa con Lorena desde el verano anterior. El padre de Grimaldos, el sargento Grimaldos Guindos, tenía una cicatriz en forma de media luna que le bajaba desde la sien derecha hasta la barbilla, consecuencia del estallido de una granada en la Guerra Civil y a causa de la cual era conocido en Ponferrada y en todo El Bierzo como el Ogro Grimaldos.

Segueta, la (**Encarnación Molledo Méndez**). Mujer de Mariano Villaplana, madre de Rafi, de Miguel, Estefanía y Pepe Villaplana. Tiene la mayor parte de las encías desnudas. Enemiga de los sujetadores, sus pechos cuelgan como campanas blandas detrás de sus camisetas. Estas están laureadas con condecoraciones de salsa de tomates, salpicaduras de aceite y manchurrones de fritangas y guisos. Arrastra un carrito de la compra de tamaño desproporcionado y bebe grandes cantidades de cerveza.

Seoane. Empleado de hostelería favorecido con varios ascensos por Rafi Villaplana. Le gusta el buceo y le está relativamente agradecido a Rafi.

Sergio (del Alcázar). Antiguo amigo del Atleta. Ruidoso y divertido hasta el disparate.

Soler (**Antonio**, también llamado **El Pajarito**). Antiguo corredor de 400 al que hace referencia el Atleta. También amigo de Dionisio en su juventud, cuando este se relacionaba con Enrique Rodríguez, Meliveo, Inmaculada Berruezo y Vicky Leyva. Y también escritor al que muchos años después Céspedes ve en medio de la madrugada encaramarse a un carro de chatarra en compañía de Garriga Vela y Taján. Autor de una novela titulada *Sur*.

Sorda, la. Prima de Eduardo Chinarro. Una enfermedad infantil le hizo perder el 80% de audición del oído derecho y el 50% del izquierdo. Dieciséis años mayor que Eduardo, una vez que la madre de este murió, la Sorda lo acogía

en su casa una o dos veces al mes para que Eduardo comiera caliente. Eduardo dejó de ir, desesperado de dar voces al oído de la prima. Según Eduardo, la capacidad de su prima se limita a un 1% en ambos oídos.

Taján (**Alfredo**). Escritor al que Céspedes ve en medio de una madrugada lejana encaramarse a un carro de chatarra en compañía de Garriga Vela y Soler. Escribe estupendos libros de poesía y novelas cuando sus variados asuntos se lo permiten. Usa corbatas caras y en la mano derecha lleva un hermoso anillo con su correspondiente compartimento para la cicuta.

Tato, el (**Marcelino Inestrosa**). Compañero de fechorías del Nene Olmedo. Zascandilea, pica de aquí y de allá. Una condena menor por hurto. Es muy delgado y le faltan dos dientes frontales en el maxilar inferior.

Taxista, que lleva a Céspedes, Julia y Ortuño (Domingo Conejo). Hombre apacible. Ha visto muchas cosas en el taxi, pero pocas lo han excitado tanto como la noche que vio a Julia Mamea entre Céspedes y Ortuño en la parte de atrás de su taxi. Los dos hombres volcados sobre ella, comiéndosela, medio desnudándola. «Y la tía puta me miraba, no me apartaba la vista del retrovisor, vamos, que estuve a punto de parar el taxi y meterme allí detrás», les ha contado decenas de veces a los compañeros del gremio.

Taxista, que lleva a Céspedes y Carole a la estación (**Rafael Recalde**). Rapado, boca ancha, mal aliento. Veinte años en el taxi. Le joden los señoritos y sus pamplinas, no lo puede evitar. Es cuñado de Vicente, el amante de Dioni.

Tipo con Camisa de Rayas del Onda Pasadena. Joven que bebe solo en la barra del bar Onda Pasadena y que a Ismael le recuerda a un compañero de colegio al que llamaban el Bocas. En realidad, el de la Camisa de Rayas se llama Jacinto Castro y está recién llegado a la ciudad, procedente de Bilbao, donde nació y estudió. Allí hizo un curso de fotografía con Ricky Dávila.

Torrecillas, doctor. Eminente urólogo que, sin embargo, no pudo hacer nada por salvar la vida del padre de Juanmi.

Toto Villanueva, el. De él y Ramírez le habla el padre de Gloria a Jorge (Gorgo). Gente que no se sabe quién es.

Tuli, el (**Gonzalo Trujillo McManus**). Amigo de Juno, Cabello, Loberas y Guille. Dispensa whisky y canutos a sus amistades en casa de papá.

Turbia, la. Empleada en la lavandería del hotel Los Patos. Sesenta y dos años, viuda. Tiene un ojo nublado, de ahí su apodo. Ha contemplado en primera línea la trayectoria de Rafi Villaplana. Lo vio llegar al hotel como botones. Como ella misma dice, sabe la leche que mamó.

Valderrama. Amigo de Miguel (Jorge) Villaplana. De él solo se sabe que se ha casado muy joven, y que en su boda abundaban las camisas y pajaritas horteras y el perfume barato.

Vane (**Vanesa Ramírez**). Dependienta de Calzados Famita. Rubia teñida, piel bronceada. Despierta el deseo del rijoso Jorge (Gorgo). Lleva unos leggins blancos. Jorge (Gorgo) supone que usa tanga.

Veloso. Amigo de Juanmi en la Facultad de Letras. Poetilla.

Viberti, el. Dueño del doberman Jiler (derivación de Hitler). En un principio pensó llamar al perro Adolfo, pero el nombre le sonaba fondón, fofo. Curiosea desde su balcón cuando llega la policía a la casa del Yubri. No se atreve a bajar a la calle debido a que tiene causas pendientes con la justicia.

Vicente (**Gómez Peña**). Amante de Dioni, pareja de Gema y padre de Quilín. Hombre sin oficio claro, camarero a salto de mata, trabajador esporádico para rentacares. De joven se creyó el rey del mambo. Con el paso de los años abandonó la aristocracia.

Vicente, el tonto de la carnicería (Ortiz Burgos). Infeliz deficiente mental que pasa las horas en una carnicería vecina al negocio de Floren. Es objeto de numerosas bromas por parte de los trabajadores de los negocios cercanos.

Vicky Leyva. Amiga de juventud de Dioni, Enrique Rodríguez, Meliveo e Inmaculada Berruezo. Curiosamente fue amiga cercana de Céspedes en sus años de Madrid. Poco después, y teñida de rubio, trabajaría durante una temporada en un lugar de dudosa reputación llamado El Pomelo.

Víctor Calero. Amigo de Juanmi en la Facultad de Letras. Mal imitador de Alfonso Pallarés, introduce a Juanmi de modo confuso en el consumo de heroína.

Vilches (José). Empleado de banca, subdirector de sucursal. Pretendiente de la madre del Atleta. Diabético, sesenta años. Se peina para atrás las canas y deja ver una frente moteada de manchas. Relamido, ahorrativo, pulcro. Considera al Atleta un vago. Fue seminarista. Tiene en su casa la colección de los premios Nobel de Literatura (1901-1985).

Yolanda. Jefa de recepción del hotel Los Patos. A ella se debe el ascenso laboral de Amelia. Lesbiana, siempre ejerció de valedora en la sombra de Amelia, no por una cuestión sentimental ni sexual, sino de simple simpatía y reconocimiento de la profesionalidad y afán de superación de Amelia.

Yubri, el (**Calixto Perea Pemán**). Hermano de la Penca. Tiene antecedentes penales por robo de cables. Condenado por robo a mano armada en una

gasolinera, del que se declara inocente. También incendió varios coches fúnebres. Se encuentra a la espera de su inminente ingreso en prisión. Su coeficiente intelectual en la escala de Wechsler es de 74.

El Vampiro de la calle Molinillo

Agueda, doña. Abuela de Angelita. Viuda. Era socorrida en sus precariedades económicas por el farmacéutico don Laureano Andrade Andrade.

Amancio. Cristalero. Hombre apocado y servicial. Viudo. Con el tiempo se descubriría que era cleptómano.

Angelita. Adolescente que en una noche de lluvia aparece asesinada en un descampado próximo a la calle de la Cruz del Molinillo.

Antonio. Dueño de una tienda de ultramarinos en el barrio. Hombre ingenioso. Despacha pan duro como si fuese del día, vende garbanzos cuando le piden lentejas, o chorizo cuando le solicitan salchichón, siempre jugando con los márgenes de beneficio y de sus existencias. Los clientes, casi todos mujeres, salen satisfechos de su local, así es Antonio de mañoso, simpático y envolvente.

Aurelio. Electricista que descubre el cadáver de Angelita en el descampado. Durante meses, al cerrar los ojos, vio la cara de la muchacha, empapada por la lluvia y con apariencia de mármol.

Daniel Murphy. Norteamericano de vida movida. Acude por el barrio después de la muerte de Angelita, interesado por el misterio del Vampiro. Experto en la poesía de Vicente Aleixandre, traductor, empleado en una pequeña compañía naviera en el río Susquehanna, camarero en el local El Pomelo y actor en varias películas de terror (y de terrorífico bajo presupuesto). Motivo este por el cual tal vez se interesara en la historia del Vampiro de la calle Molinillo.

Jiménez (Manuel Jiménez Pineda). Carnicero. Su negocio era conocido en el barrio, no se sabe bien por qué, como El Establecimiento.

Laureano Andrade Andrade, don. Farmacéutico que frecuenta la casa de doña Agueda y Angelita.

Machuca. Policía nacional con alma de perro de presa. Tiene pocos escrúpulos y menos amigos. Además de este crimen, en aquel periodo oscuro de la sociedad, investigó en otros siniestramente renombrados, entre ellos, el triste caso de Azucena Beltrán.

Márquez, el Tenazas. Policía de mala fama. Torturador. Interroga a Jiménez repetidas veces. En vano. Pasó toda la Guerra Civil escondido en el fondo de una

doble pared. Tres metros cuadrados. «Un metro cuadrado por año», solía decir con la cara muy agria.

Niño, sobrino o primo de Jiménez. Dieciséis años, aunque parece tener no más de catorce. Realmente es primo segundo de Jiménez. Le ayuda en la carnicería. En las noches de lluvia y ante el rumor existente sobre el Vampiro, se divierte poniéndose el capote de su primo y saliendo de madrugada por el barrio bajo la espesa lluvia. Epiléptico.

Rata, el. Limpiabotas. Se dice por malevolencia o ignorancia que es confidente de la policía. A ello contribuye el hecho de que Machuca es cliente suyo, un cliente que no le paga. Estuvo en la cárcel cinco años por un oscuro caso de robo con violencia del que probablemente fuera inocente. Menudo, ojos vivos. Superviviente.

Roche (Antonio). Afamado periodista que acude al barrio para escribir e investigar sobre el asesinato de Angelita y la identidad del misterioso Vampiro.

AGRADECIMIENTOS

El autor queda agradecido a:

Raquel de la Concha,
Ana Lyons,
Beatriz Coll,
Manuel Longares,
José Damián Ruiz Sinoga,
Mar Llorente,
Lidia Rey,
Blanca Navarro,
Joan Tarrida.
Y, por supuesto, a la doctora G.

Todo lo que aparece en esta novela, hechos, lugares o personajes, está contemplado desde la óptica de la imaginación. El vínculo con la realidad, por tanto, es únicamente literario.